

Valle de sombras

Nora Roberts

PRIMERA PARTE

Otoño

El año hermoso y golpeado por la muerte

E. HOUSMAN

El hecho de que hubiera muerto no significaba que Jack Mercy fuese menos hijo de puta. Una semana de muerto no borraba sesenta y ocho años de vivir como un cretino. Muchas de las personas reunidas alrededor de su tumba estarían encantadas de poder decirlo.

Lo cierto es que, funeral o no, Bethanne Mosebly susurró esas palabras al oído de su marido mientras permanecían de pie en medio de la hierba crecida del cementerio. Ella solo estaba allí por el afecto que le tenía a la joven Willa y se lo repitió en ese momento al oído a su cansado marido, como se lo había estado diciendo durante todo el trayecto hasta Ennis.

Después de haber escuchado el cotorreo de su esposa durante cuarenta y seis años, Bob Mosebly solo contestó con un gruñido que apagó a la vez la voz de su mujer y las palabras del predicador.

No porque Bob tuviera buenos recuerdos de Jack. Odiaba a ese viejo cretino, lo mismo que lo odiaban casi todos los que vivían en el estado de Montana.

Pero los muertos, muertos están, pensó Bob, y sin duda debían haber llegado en multitud para enviar al infierno a ese jodido.

En ese rincón pacífico del Rancho Mercy, ubicado a la sombra de las grandes montañas Belt, cerca de las orillas del Misuri, se reunía en ese momento un gentío compuesto por rancheros y vaqueros, comerciantes y políticos. Allí, en las colinas donde pastaba el ganado y los caballos caracoleaban en pasturas bañadas por el sol, había generaciones de la familia Mercy, enterradas bajo la hierba ondulante.

Jack era el último. Él mismo encargó el reluciente cajón de madera de castaño, lo mandó hacer a medida con la Ms que era la marca del rancho, inscrita en oro. El cajón estaba forrado de raso blanco y en ese momento Jack se encontraba dentro, con sus mejores botas de piel de víbora, su sombrero Stetson más viejo y preferido y con el látigo en la mano.

Jack había prometido morir tal como vivió. Con un estilo impresionante.

Corría la voz de que Willa ya había encargado la lápida, de acuerdo con las instrucciones de su padre. Sería de mármol blanco, nada de granito ordinario para Jack Mercy, y las palabras que llevaría inscritas eran de su propia autoría.

Aquí yace Jack Mercy.

Vivió como quería, murió de la misma manera.

Al demonio con cualquiera a quien no le haya gustado.

La lápida se colocaría una vez que la tierra se hubiera afirmado, para unirse con todas las otras que se destacaban sobre el suelo rocoso, desde Jebidiah Mercy, quien vagó por las montañas y reclamó la tierra, hasta la última de las tres esposas de Jack; la única que murió antes de que él tuviera tiempo de divorciarse de ella.

¿No es interesante, pensó Bob, que cada una de las esposas de Mercy le haya dado una hija cuando él estaba empeñado en tener un hijo varón? A Bob le gustaba creer que era una pequeña broma que Dios le jugó a un hombre que, en todos los demás aspectos de la vida, no hizo más que pisotear espaldas... y corazones, con tal de conseguir lo que quería.

Recordaba bastante bien a cada una de las mujeres de Jack, aunque ninguna de ellas le duró demasiado. Eran todas impactantes, pensó, y las hijas a quienes dieron a

luz tampoco estaban mal. Bethanne estuvo colgada del teléfono desde que se enteró de que las otras dos hijas de Jack volaban hacia allí para asistir al entierro. Ninguna de ellas había puesto sus pies en tierras de Mercy desde que tuvieron edad para caminar.

Y, si hubieran querido hacerlo, no habrían sido bien recibidas.

Solo Willa permaneció allí. Fue algo que Mercy no pudo evitar, considerando que la madre murió casi antes de terminar de amamantar a la criatura. Como no tenía parientes a quienes cargar con la chica, se la pasó a su ama de llaves, y Bess la crió lo mejor que pudo.

Cada una de las muchachas tiene algo de Jack, pensó Bob, mientras las observaba con disimulo. El pelo oscuro y el mentón puntiagudo. Y aunque las tres ni siquiera se conocían, no cabía duda de que eran hermanas. El tiempo indicaría cómo se iban a llevar, y el tiempo diría si Willa tenía en ella bastante de Jack Mercy como para ser capaz de dirigir un rancho de doce mil hectáreas.

Ella estaba pensando en el rancho, y en el trabajo que había que llevar a cabo. La mañana era clara y resplandeciente, y los montes estaban teñidos de colores tan atrevidos y hermosos que casi lastimaban los ojos. Las montañas y el valle tal vez hubieran sido pintados con esos tonos para el otoño, pero el viento del oeste soplabla caluroso, seco y espeso. A principios de octubre hacía suficiente calor como para trabajar en mangas de camisa, pero eso era algo que al día siguiente podía cambiar. Ya había nevado en las tierras altas, y ella alcanzaba a ver que entre los picos negros y grises, la nieve cubría solapadamente de blanco los bosques. Era necesario juntar la hacienda, revisar y reparar las alambradas, volverlos a revisar. Era necesario sembrar el trigo de invierno.

A partir de ese momento, dependía de ella. Todo dependía de ella. «Jack Mercy ya no es el Rancho Mercy -se recordó Willa-. Lo soy yo.»

Escuchó al predicador que hablaba de la vida eterna, del perdón y de la entrada al cielo. Y pensó que Jack Mercy escupiría a cualquiera que pretendiera darle la bienvenida en un lugar que no fuese suyo. Montana había sido suyo, esa ancha tierra de montañas y de praderas, de águilas y de lobos.

Su padre sería tan desgraciado en el cielo como podría serlo en el infierno.

Permaneció tranquila, en apariencia, mientras bajaban el cajón reluciente a la última cicatriz de la tierra. La piel de Willa era dorada, tanto un legado de la madre y de su sangre Pies Negros como de la vida al aire libre. Los ojos, casi tan negros como la trenza que apresuradamente se hizo para asistir al entierro, permanecían fijos en el cajón que contenía el cuerpo de su padre. No llevaba sombrero y el sol brillaba como fuego en sus ojos. Pero no permitió que se le llenaran de lágrimas.

Tenía un rostro orgulloso, pómulos altos, una boca ancha y altiva, ojos oscuros y exóticos, de párpados pesados y pestañas espesas. A los ocho años se había roto la nariz al caerse de un potro salvaje. A Willa le gustaba creer que la nariz algo torcida hacia la izquierda, agregaba carácter a su cara.

A Willa Mercy le importaba mucho más el carácter que la belleza. Sabía que los hombres no respetaban la belleza. La utilizaban.

Permaneció muy quieta, mientras el viento hacía ondear algunos mechones sueltos de su pelo. Una mujer de estatura media, esbelta, que lucía un vestido negro que no le quedaba bien y un par de zapatos de tacón alto que, hasta esa mañana, nunca estuvieron fuera de su caja. Una mujer de veinticuatro años, con la cabeza llena de pensamientos de trabajo y el corazón rebosante de dolor.

Porque, a pesar de todo, quería a Jack Mercy. Y no les dijo nada, ni una sola palabra, a esas dos mujeres, las desconocidas que compartían su sangre y que acababan de llegar para presenciar el entierro de su padre.

Por un instante, solo un instante, dejó vagar la mirada y la detuvo en la tumba de Mary Wolfchild Mercy. La madre, a quien no recordaba, estaba enterrada bajo un macizo de flores silvestres que resplandecían como joyas bajo el sol de otoño. Obra de Adam, pensó mientras miraba a su medio hermano. El sabría lo que nadie más podía sospechar: que Willa tenía el corazón anegado en lágrimas que nunca lograría derramar.

Cuando Adam le tomó la mano, Willa enlazó los dedos con los de él. En su mente y su corazón, ahora era el único familiar que le quedaba.

-Vivió como le gustaba -murmuró Adam con voz serena. De haber estado solos, Willa se habría vuelto para apoyar la cabeza sobre su hombro y encontrar consuelo.

-Sí, así lo hizo. Y ahora ha terminado.

Adam miró a las otras dos mujeres, las hijas de Jack Mercy, y pensó que algo más acababa de empezar.

-Tienes que hablar con ellas, Willa.

-Se alojan en mi casa y se alimentan de mi comida. -Dirigió una mirada deliberada a la tumba de su padre-. Con eso basta.

-Son de tu sangre.

-No, Adam, tú eres de mi sangre. Ellas no significan nada para mí.

Se alejó y se preparó para recibir las condolencias de los presentes.

Los vecinos llevaban comida para el funeral. Era una tradición muy arraigada, así como que Bess hubiera cocinado durante tres días para preparar lo que ella llamaba «la comida del duelo». Y eso, para Willa, no era más que una imbecilidad. Allí el duelo no existía. Curiosidad, sí. Algunos de los que se agolpaban en la casa principal habían estado antes en ella. Pero la mayoría no. La muerte de Jack les abría la puerta de la casa y aprovechaban para conocerla.

La casa principal era un lugar de exhibición, al estilo de Jack Mercy. En un tiempo allí se alzaba una cabaña de troncos y de adobe, pero eso fue más de cien años antes. Ahora la casa era una amplia estructura de madera, de piedra y de vidrio resplandeciente. Sobre los suelos encerados de madera de pino o de cerámica se extendían alfombras importadas de todas partes del mundo. A Jack Mercy le gustaba coleccionar. Cuando llegó a ser el dueño del Rancho Mercy, dedicó cinco años a convertir lo que era una hermosa casa de campo en su palacio personal.

Los ricos viven como ricos, solía decir.

Y él lo hizo. Coleccionó cuadros y esculturas, agregó habitaciones donde poder exhibir sus obras de arte. La entrada de la casa era un atrio inmenso con suelo de azulejos en tonos zafiro y rubí en los que se repetía la forma de la marca del Rancho Mercy. La escalera que subía al primer piso era de roble lustrado, brillante como el cristal y rematada por un poste tallado con la forma de un lobo aullante.

Y en ese momento allí se reunía una multitud de personas, muchas de las cuales miraban todo con los ojos fuera de las órbitas, mientras balanceaban sus platos de comida. Otros se agolpaban en la sala de estar con su media hectárea de suelo de madera y la amplia curva de no sofá tapizado en cuero color crema. Sobre la piedra alisada de la pared que rodeaba la enorme chimenea, colgaba un cuadro de tamaño natural de Jack Mercy montando un caballo oscuro. Tenía la cabeza inclinada, el

sombrero echado hacia atrás, un látigo enrollado en una mano. Muchos sentían que esos duros ojos azules debían estar maldiciéndolos por estar allí sentados, bebiendo su whisky y brindando por su muerte.

Para Lily Mercy, la segunda de las hijas a quienes Jack concibió y rechazó, todo era aterrador. La casa, la gente, el ruido. La habitación que el ama de llaves le destinó el día anterior, a su llegada, era una verdadera belleza. Tan tranquila, pensó mientras se acercaba al pasamanos del porche del costado de la casa. La cama hermosa, la bonita madera dorada contra las paredes cubiertas de seda.

La soledad.

Era lo que quería en ese momento. Lo que más quería, al mirar hacia las montañas. ¡Y qué montañas!, pensó. Tan altas, tan ásperas. No se parecían en nada a las bonitas colinas de su casa de Virginia. Y todo ese cielo, ese azul interminable que se curvaba sobre más tierra de la que era posible que existiera.

Las planicies, que se extendían ondulantes, y el viento, que parecía no dejar nunca de soplar. Y los colores, los dorados y bermellones, los bronce y los rojos que en montañas y llanuras explotaban en el otoño. Y ese valle, donde se extendía el rancho en un lugar de una belleza y una fuerza casi imposibles. Esa mañana había visto por la ventana venados bebiendo en un arroyo que brillaba como plata a la luz del amanecer. Y oyó caballos, voces de hombres, el canto de un gallo y lo que creía, esperaba, que fuera el grito de un águila.

Se preguntó si, en el caso de reunir el coraje suficiente para caminar por el bosque que cubría el pie de las montañas, llegaría a ver los alces, los antes, los zorros acerca de los que había leído con tanta ansiedad en el vuelo hacia allí.

Se preguntó si le permitirían quedarse un día más..., y adónde iría, qué haría, si le pedían que se fuera.

No podía volver al este; todavía no. Se tocó con timidez el moretón que trataba de ocultar con maquillaje y gafas oscuras. Jesse la había encontrado. Ella tuvo mucho cuidado, pero de todos modos la encontró y las órdenes judiciales no le impidieron usar los puños. Nada le impedía usar esos puños. No lo impidió la sentencia de divorcio y tampoco lo impidieron las mudanzas y huidas de Lily.

Pero aquí, pensó, tal vez aquí, a miles de kilómetros de distancia, en un lugar tan enorme, tal vez pudiera volver a empezar. Sin miedo.

La carta del abogado en la que le informaba de la muerte de Jack Mercy y le pedía que viajara a Montana fue como un regalo del cielo. Aunque le pagaron el viaje, Lily devolvió el pasaje de primera clase en un vuelo directo y reservó varios vuelos zigzagueantes a lo largo del país y bajo tres nombres distintos. Deseaba con desesperación que allí Jesse Cooke no la pudiera encontrar.

¡Estaba tan cansada de huir, de tener miedo!

Se preguntó si podría mudarse a Billings o a Helena y encontrar un trabajo. Cualquier trabajo. No carecía de habilidades. Tenía su diploma de maestra y sabía informática. Tal vez pudiera encontrar un apartamento pequeño para ella sola, aunque fuese de una sola habitación, para poder empezar hasta que consiguiera volver a ponerse de pie.

Podría vivir aquí, pensó mientras contemplaba el espacio vasto, aterrador y glorioso. Tal vez hasta perteneciera a ese lugar.

Saltó cuando una mano le tocó el brazo y apenas pudo contener un grito. El corazón se le subió a la garganta.

No es Jesse, comprendió, con la sensación de ser una tonta. El hombre que estaba a su lado era moreno, mientras que Jesse era rubio. Ese hombre tenía la piel

bronceada y el pelo le llegaba hasta los hombros. Ojos bondadosos, oscuros, muy oscuros, en un rostro tan apuesto que parecía un cuadro.

Pero Jesse también era buen mozo. Lily sabía lo cruel que podía ser la belleza.

-Lo siento. -Adam le hablaba con voz tranquilizadora, como si acabara de asustar a un cachorro o a un potrillo enfermo-. No quise sobresaltarla. Le traje un poco de té helado. -Le cogió la mano, notando cómo temblaba y la envolvió alrededor del vaso-. Hoy el día está muy seco.

-Gracias. Lo que sucede es que no lo oí acercarse. -Siguiendo una costumbre de la que ella ni siquiera tenía consciencia, Lily dio un paso al costado para poner distancia entre ellos. Espacio para poder huir-. Solo estaba... mirando. ¡Esto es tan hermoso!

-Sí, lo es.

Ella bebió un trago de té, que le refrescó la garganta reseca, y se ordenó permanecer tranquila y ser amable. Cuando una se mostraba tranquila, la gente hacía menos preguntas.

-¿Usted vive cerca?

-Muy cerca. -Sonrió, se acercó al pasamanos y señaló hacia el este. Le gustaba la voz de esa mujer, su deje sureño lento y cálido-. Vivo en esa casita pequeña del otro lado de las caballerizas.

-Sí, la he visto. Su casa tiene persianas azules y un jardín en el que dormía un perrito negro. -Lily recordaba lo hogareño que le pareció el lugar, mucho más acogedor que la casa principal.

-Ese es *Beans*. -Adam volvió a sonreír-. Me refiero al perro. Le encantan los guisantes fritos. Yo soy Adam Wolfchild, el hermano de Willa.

-¡Ah! -Durante un instante estudió la mano que él le ofrecía, luego se obligó a estrecharla. En ese momento notó el parecido entre los hermanos; los pómulos altos, los ojos-. No sabía que ella tuviera un her... Eso nos convierte a nosotros en...

-No. -La mano de Lily parecía muy frágil y Adam la soltó con suavidad-. Usted y Willa compartieron un padre. Willa y yo compartimos una madre.

-Comprendo. -Se dio cuenta de lo poco que había pensado en el hombre a quien enterraron ese día, y se sintió avergonzada-. ¿Usted estaba muy unido a él... a su padrastro?

-Nadie estaba unido a Jack. -Lo dijo con sencillez y sin amargura-. Tengo la impresión de que usted no se siente cómoda aquí. -Notaba que se mantenía apartada de los grupos, que evitaba a los demás, como si el contacto casual con un hombro pudiera lastimarla. Así como también había notado las marcas de violencia sobre su rostro, que ella intentaba ocultar.

-No conozco a nadie.

La han herido, pensó Adam. Siempre se sentía atraído por los seres heridos. Era hermosa y estaba lastimada. Vestía con esmero un sencillo traje negro y zapatos de tacón alto y tan solo debía medir un par de centímetros menos que el metro setenta y cinco que medía él. Además estaba demasiado delgada para su estatura. El pelo oscuro con reflejos rojizos le caía en ondas suaves que le recordaban las alas de los ángeles. No alcanzaba a verle los ojos ocultos por las gafas oscuras, pero se preguntaba de qué color serían y qué más podría leer en ellos.

Notó que tenía el mentón de su padre, pero la boca era suave y más bien pequeña, como la de una criatura. Y cuando se esforzó por sonreírle, junto a esa boca había un hoyuelo. Tenía la piel muy blanca; un frágil contraste con los moretones que ella no alcanzaba a disimular.

Está sola, pensó, y tiene miedo. Tal vez le llevaría algún tiempo suavizar el corazón de Willa hacia esa mujer, su hermana.

-Debo ir a examinar un caballo -dijo Adam.

-¡Ah! -A ella misma le sorprendió su propia desilusión. Quería estar sola. Cuando estaba sola se sentía mejor-. No lo voy a retener.

-¿Le gustaría acompañarme? ¿Ver algunos ejemplares?

-¿Los caballos? Yo... -No seas cobarde! Este hombre no te va a hacer daño, se ordenó-. Sí, me gustaría. Pero no quiero resultarle una molestia.

-Ninguna molestia.

Como sabía que era tímida, no le ofreció la mano ni la tomó del brazo, sino que sencillamente bajó con ella la escalera y le indicó el tosco camino por el sendero de tierra.

Varias personas los vieron alejarse y comenzaron los comentarios de siempre. Después de todo, Lily Mercy era una de las hijas de Jack aunque, como varios señalaron, no había logrado nada de particular en la vida. Algo que nunca fue el problema de Willa... no, sin duda. Esa era una chica que decía mucho, lo que fuera y cuando le daba la gana.

En cuanto a la otra, bueno, era harina de otro costal. Altiva, luciéndose en su vestido elegante y mirando a todos con aire desdeñoso. Cualquiera que tuviera ojos pudo notar su manera de permanecer junto a la tumba, fría como el hielo. Sin duda era una belleza, una verdadera pintura. Jack había tenido hijas hermosas y esa, la mayor, heredó los ojos del padre. Duros, agudos y azules.

No cabía duda de que se consideraba mejor que las otras, con su lustre de California y sus zapatos caros, pero no eran pocos los que recordaban que su madre había sido una corista de Las Vegas, con una risa fuerte y una manera grosera de hablar. Y aquellos que la recordaban, sin duda alguna preferían a la madre y no a la hija.

A Tess Mercy no podía importarle menos. Estaría allí, en ese lugar alejado de la mano de Dios, tan solo hasta que se pudiera leer el testamento. Entonces tomaría lo que fuera suyo, que sería menos de lo que le debía ese viejo cretino, y se sacudiría el polvo de sus Perragamos.

-El lunes como muy tarde estaré de vuelta.

Se paseaba con el teléfono en la mano, sus movimientos rápidos y bruscos, desparramando energía nerviosa a su alrededor. Cerró la puerta de lo que supuso debía ser el despacho, con la esperanza de poder gozar por lo menos de algunos momentos de intimidad. Tuvo que hacer un esfuerzo para ignorar las cabezas disecadas de animales que poblaban las paredes.

-El guión está terminado. -Sonrió apenas y se pasó los dedos por el pelo negro y lacio que se ondulaba por debajo de sus orejas-. Obviamente es brillante y lo tendrás en tus manos el lunes. No me des prisa, Ira -le advirtió a su representante-. Yo te haré llegar el guión y tú te encargarás de venderlo. Mis ahorros han disminuido de una manera alarmante.

Sujetó el auricular con un hombro y se sirvió una copa de coñac del botellón que había sobre la mesa. Todavía escuchaba las promesas y las súplicas de Hollywood cuando vio pasar por la ventana a Lily con Adam.

Interesante, pensó, mientras bebía. La tanta y el Noble Salvaje.

Antes de iniciar el viaje a Montana, Tess se encargó de llevar a cabo algunas rápidas averiguaciones. Sabía que Adam Wolfchild era hijo de la tercera y última

esposa de Jack Mercy. Que tenía ocho años cuando la madre se casó con Mercy. Wolfchild era Pies Negros, o por lo menos en su mayor parte. La madre tenía ascendencia italiana. Hacía veinticinco años que ese hombre vivía en el Rancho Mercy y lo único que había logrado era una pequeña casita y la tarea de atender los caballos.

Tess tenía intenciones de obtener mucho más. En cuanto a Lily, lo único que pudo averiguar era que estaba divorciada, que no tenía hijos y que viajaba bastante. Posiblemente porque su marido la usa como usan el saco de arena los boxeadores, pensó Tess y se obligó a evitar una sensación de lástima. En ese lugar no se podía permitir el lujo de tener reacciones emocionales. No era más que una cuestión de negocios.

La madre de Lily era una fotógrafa que viajó a Montana para fotografiar el verdadero oeste. Y conquistó a Jack Mercy... aunque eso no la debió de haber beneficiado mucho, pensó Tess.

Después estaba Willa. Al pensar en ella, Tess endureció el rictus. La que se quedó, la que el viejo cretino conservó.

«Bueno, supongo que a partir de este momento ella debe ser dueña del lugar», pensó Tess encogiéndose de hombros. Y lo merecía. Sin duda se lo había ganado. Pero Tess Mercy no pensaba irse de allí sin un buen fajo de billetes.

Por la ventana, a la distancia, alcanzaba a ver las planicies ondulantes, planicies ondulantes e interminables, desiertas como la luna. Con un estremecimiento, le dio la espalda al paisaje. ¡Dios! Ella quería estar en Rodeo Drive.

-El lunes, Ira -dijo con tono cortante, molesta por la voz de su representante que le zumbaba en los oídos-. Estaré en tu oficina a las doce en punto. Así me podrás invitar a almorzar. -Y con esa frase como despedida, colgó el teléfono.

Tres días como máximo, se prometió, y levantó la copa de coñac para brindar con una cabeza de ciervo. Después saldría de Dodge como alma que lleva el diablo y regresaría a la civilización.

-No debería tener que recordarte que tienes huéspedes abajo, Will. Bess Pringle puso los brazos en jarras y se dirigió a Willa con el mismo tono con que le hablaba cuando tenía diez años.

Willa siguió poniéndose los vaqueros; Bess no creía en detalles como la intimidad y apenas había llamado antes de entrar al dormitorio. Willa le contestó del mismo modo que le habría contestado a los diez años.

-Entonces no me lo recuerdes. -Se sentó para ponerse las botas.

-¡No seas grosera!

-Trabajar no es una grosería y todavía queda mucho trabajo por hacer.

-Y tienes bastantes peones en este rancho como para que se encarguen de todo por un día. Hoy no saldrás a ninguna parte. ¡Tan solo hoy! No corresponde.

Lo que correspondía o no correspondía constituía la base del código social de Bess. Era una mujer con aspecto de pájaro, toda huesos y dientes, aunque fuera capaz de preparar una montaña de tartas y le gustaran tanto los dulces como a una niña de diez años. Tenía cincuenta y ocho años, y había modificado la fecha de su certificado de nacimiento para poder demostrarlo. También tenía una cabellera intensamente roja que teñía en secreto y que peinaba tirante y hacia atrás como para indicar que no le gustaban las tonterías.

Su voz era ruda como la corteza del pino, su rostro terso como el de una jovencita, sus hermosos ojos verdes y la nariz respingona era típica de los irlandeses. Tenía manos pequeñas, rápidas y habilidosas, y un genio vivo.

Sin apartar las manos de las caderas, se acercó a Willa y la miró.

-Baja de una vez esa escalera y atiende a tus visitas.

-Tengo un rancho y debo dirigirlo. -Willa se puso de pie. No tenía importancia que con las botas puestas midiera alrededor de doce centímetros más que Bess. El equilibrio del poder siempre pasaba alternativamente de una a la otra-. Y no son mis invitados. Yo fui la que no tenía ningún interés en que vinieran.

-Han venido a ofrecerte sus respetos. Es lo que corresponde.

-Han venido a curiosear y a pasearse por la casa. Y ya es hora de que se vayan.

-Tal vez esa haya sido la intención de algunos -contestó Bess, asintiendo con la cabeza-. Pero son más los que están aquí por ti.

-Yo no los quiero. -Willa dio la vuelta, tomó su sombrero y luego se quedó mirando por la ventana, mientras estrujaba el ala de este. La ventana daba a las montañas, a ese oscuro cinturón de árboles, los picos del Big Belt que contenían toda la belleza y el misterio del mundo-. No los necesito. No puedo respirar con tanta gente a mi alrededor.

Bess vaciló antes de apoyar las manos sobre los hombros de Willa. Jack Mercy no quiso que su hija fuese criada como un ser débil y suave. Nada de mimos, ni de malcrianzas ni de caricias. Lo aclaró cuando Willa todavía usaba pañales. De manera que Bess solo la mimó, la malcrió y la acarició cuando estaba segura de que Jack no la descubriría y la alejaría de allí como había hecho con sus esposas.

-Querida, tienes derecho a estar triste.

-Está muerto y enterrado. No gano nada con lamentarme. -Pero levantó una mano y la apoyó sobre la pequeña que tenía sobre el hombro-. Ni siquiera me dijo que estaba enfermo, Bess. Ni siquiera fue capaz de regalarme esas últimas semanas de vida para que yo pudiera tratar de cuidarlo, o para que me pudiera despedir de él.

-Era un hombre orgulloso -dijo Bess. Pero pensó, ¡Cretino! ¡Cretino egoísta!-. Fue mejor que el cáncer se lo llevara rápido en lugar de hacerlo sufrir durante mucho tiempo. Eso le habría resultado odioso y habría sido mucho más duro para ti.

-De una manera o de otra, ya está. -Alisó el ala ancha del sombrero y se lo puso-. En este momento tengo animales y gente que depende de mí. Los peones tienen que saber, ahora mismo, que yo estoy a cargo del rancho. Que al frente del Rancho Mercy todavía hay una Mercy.

-Entonces haz lo que tengas que hacer. -Años de experiencia le habían enseñado que lo que correspondía no tenía demasiada importancia cuando estaba el rancho de por medio-. Pero debes estar de vuelta a la hora de comer. Te sentarás a la mesa y comerás como Dios manda.

-Lo haré siempre que eches a esa gente de la casa.

Salió en dirección a la escalera de atrás que le permitiría pasar por el cuarto de los abrigos sin que nadie la viera. Pero aun allí alcanzaba a oír el zumbido de las conversaciones que surgía de los otros cuartos y las ocasionales carcajadas. Furiosa con todo eso, salió dando un portazo y se detuvo en seco al ver a dos hombres que fumaban amigablemente en el porche del costado.

Entrecerró los ojos al mirar al mayor de los dos y la botella de cerveza que balanceaba entre sus dedos.

-¿Divirtiéndote, Ham? -preguntó.

El sarcasmo de Willa no hizo mella en Hamilton Dawson. El fue quien la montó en su primer poni, quien le vendó la cabeza después de la primera caída. Le

enseñó a usar el lazo, a disparar un rifle, a azotar un venado. En ese momento solo se metió el cigarrillo en la boca rodeada por un espeso bigote y lanzó un anillo de humo.

-Es... -formó otro anillo de humo-, una bonita tarde.

-Quiero que reviséis las alambradas del límite noroeste del campo.

-Ya lo hicimos -contestó él con placidez mientras continuaba apoyado contra el pasamanos, un hombre corpulento con las piernas totalmente combadas. Era el capataz del rancho y creía saber tanto como Willa lo que había que hacer-. Envié a un grupo de hombres con la orden de repararlas. Mandé a Brewster y a Pickles a las tierras altas. Allá arriba perdimos un par de cabezas. Parece que fue un puma. - Volvió a inhalar una bocanada de humo y a exhalar por la boca-. Brewster se encargará de eso. Le gusta cazar.

-Quiero hablar con él en cuanto vuelva.

-Supuse que lo querías. -Se enderezó, apartándose del pasamanos y se puso bien el sombrero-. Es época de destete.

-Sí, lo sé.

Ham supuso que lo sabría y volvió a asentir.

-Iré a vigilar el grupo que está arreglando las alambradas. Lamento lo de tu padre, Will.

Ella sabía que esas sencillas palabras unidas a la frase anterior sobre los trabajos del campo eran más sinceras que las docenas de ramos de flores y de coronas enviadas por desconocidos.

-Más tarde iré a caballo a reunirme contigo.

El asintió en dirección a ella, en dirección al hombre que tenía a su lado y se encaminó a su jeep.

-¿Cómo te sientes, Will?

Ella se encogió de hombros, frustrada al comprender que no sabía qué hacer.

-Quiero que llegue el día de mañana -contestó-. Mañana todo será más fácil, ¿no lo crees, Nate?

Como él no quería decirle que la respuesta era no, bebió un trago de cerveza. Estaba allí por ella, como amigo, como vecino, como camarada ranchero. También estaba allí en calidad de abogado de Jack Mercy y sabía que poco después destrozaría a esa mujer que estaba a su lado.

-Te propongo que caminemos un poco. -Dejó la botella de cerveza sobre el pasamanos y tomó a Willa del brazo-. Necesito estirar las piernas.

Y sus piernas no eran poca cosa. Nathan Torrence era alto. Llegó a medir un metro ochenta y ocho a los diecisiete años y siguió creciendo. En ese momento, a los treinta y tres, medía un metro noventa y tres. El pelo trigueño se le ensortijaba bajo el sombrero. Sus ojos eran tan azules como el cielo de Montana y tenía el apuesto rostro curtido por el viento y tostado por el sol. Brazos largos que terminaban en manos grandes. Piernas largas que acababan en grandes pies. Pero a pesar de todo, era sorprendente la gracia con que se movía.

Tenía aspecto de vaquero, y se movía como un vaquero. Cuando se trataba de asuntos de familia, de sus caballos o de la poesía de Keats, su corazón era tan suave como una almohada de plumas. Pero en asuntos de leyes, de justicia, de lo que sencillamente estaba bien y estaba mal, su mente era dura, como una piedra.

Abrigaba un afecto profundo y grande hacia Willa Mercy. Y le resultaba odioso no tener más alternativa que hundirla en el infierno.

-Nunca he perdido a un ser querido -comenzó diciendo Nate-. No puedo decir que sé lo que sientes.

Willa siguió caminando y pasaron frente al edificio de la cocina, la casa de los peones y el gallinero.

-El nunca permitió que nadie se le acercara. La verdad es que no sé lo que siento.

-El rancho... -Era un tema peligroso que Nate decidió tratar con cuidado-. Dirigirlo no va a ser asunto fácil.

-Tenemos buena gente, buenos animales y buena tierra. -No le resultó difícil sonreírle a Nate. Nunca le costaba hacerlo-. Y buenos amigos.

-Puedes llamarme en cualquier momento, Will. A mí o a cualquiera del condado.

-Ya lo sé. -Miró más allá de él, hacia las caballerizas, los corrales, los graneros, la casa de los peones, y aún más allá, donde la tierra se extendía hasta unirse con el cielo-. Hace más de cien años que un Mercy ha dirigido este lugar. Criando ganado, sembrando cereales, persiguiendo caballos. Sé lo que hay que hacer y cómo debe hacerse. En realidad, nada cambia.

Todo cambia, pensó Nate. Y el mundo del que ella hablaba estaba a punto de sufrir un cambio drástico a causa de la dureza de corazón de un hombre muerto. Sería mejor hacerlo enseguida, antes de que ella montara un caballo o se subiera a un jeep y se alejara.

-Será mejor que leamos el testamento cuanto antes -decidió.

El despacho de Jack Mercy, ubicado en el primer piso de la casa, era del tamaño de una sala de baile. Las paredes estaban cubiertas de madera de pino amarilla, procedente de árboles de sus propias tierras, cuyo brillo daba un resplandor dorado a la habitación. Enormes ventanales proporcionaban vistas del rancho, de la tierra y del cielo. A Jack le gustaba decir que alcanzaba a ver todo lo que un hombre podía querer ver desde esos ventanales, sin cortinas pero con marcos cuidadosamente labrados.

El suelo aparecía cubierto por parte de las alfombras que él coleccionaba. Los sillones estaban tapizados en cuero, como a él le gustaba, en distintos tonos de marrones.

De las paredes colgaban sus trofeos: cabezas de alces y de ovejas de largas astas, de osos y de venados machos. Agazapado en un rincón, como preparado para el ataque, había un enorme oso gris, con los colmillos expuestos, los ojos negros llenos de furia.

En armarios con puertas de vidrio se exhibían algunas de sus armas favoritas. El rifle Henry y el Colt Peacemaker de su abuelo, la escopeta Browning con que liquidó al oso, el Mossberg 500 que él llamaba su plumero contra las palomas, y la Magnum 44 que prefería cuando salía a cazar con armas cortas.

Era una habitación masculina, con olor a cuero y a madera y con un dejo fugaz del tabaco cubano que a él le gustaba fumar.

El escritorio, que mandó hacer por encargo, era un lago de madera resplandeciente, con múltiples cajones, todos con tiradores de bronce muy brillante. En ese momento Nate estaba sentado detrás de él, estudiando papeles para que todos los presentes tuvieran tiempo de colocarse.

Tess pensó que parecía tan fuera de lugar como un barril de cerveza en una reunión organizada por la parroquia. El vaquero abogado, pensó con una leve sonrisa, que vestía su mejor traje dominguero. Y no porque no fuese atractivo, de una manera ruda y campesina. Parece un Jimmy Stewart joven, pensó, todo brazos y piernas y una tranquila sexualidad. Pero los hombres altos y flacos que usaban botas con sus trajes de gabardina no eran su tipo.

Y lo único que ella quería era terminar de una vez con ese maldito asunto y volver a Los Ángeles. Miró el oso gris, la cabeza de una cabra de montaña y el conjunto de armas con que se les había dado muerte. ¡Qué lugar!, pensó. ¡Y qué gente!

Junto al abogado vaquero estaba el ama de llaves flaca, sentada en una silla de respaldo recto, con las rodillas muy apretadas una contra la otra y modestamente cubiertas con una horrible falda negra. Después venía el Noble Salvaje, con su rostro emocionante y hermoso, sus ojos enigmáticos y el leve olor a caballos que se desprendía de su cuerpo.

La nerviosa Lily, pensó Tess, continuando su recorrido, con las manos apretadas una contra la otra como si las tuviera atornilladas, y con la cabeza gacha, como si con eso pudiera ocultar los moretones de su rostro. Hermosa y frágil como un ave perdida rodeada de buitres.

Cuanto Tess notó que comenzaba a emocionarse, se volvió con toda deliberación a estudiar a Willa.

La vaquera Mercy, pensó frunciendo el cejo. Hosca, posiblemente estúpida y silenciosa. Por lo menos la mujer quedaba mejor en vaqueros y una camisa de franela que con ese vestido amplio que se había puesto para el entierro. En realidad, Tess decidió que era un verdadero cuadro, sentada en un gran sillón tapizado en cuero, con una bota apoyada sobre la rodilla de la otra pierna y el rostro extrañamente exótico, duro como si estuviera esculpido en piedra.

Y como no había visto deslizarse una sola lágrima de esos ojos oscuros, Tess decidió que Willa no le debía haber tenido más cariño que ella a Jack Mercy.

Esto es solo un asunto de negocios, pensó, mientras hacía tamborilear los dedos con impaciencia sobre el brazo del sillón. Será mejor ir al grano enseguida.

En el instante en que Tess lo pensaba, Nate levantó la vista y las miradas de ambos se encontraron. Durante un incómodo momento, tuvo la sensación de que el vaquero abogado sabía exactamente lo que estaba pensando. Y la desaprobación que ella le merecía, que le merecía todo lo que a ella se refiriera, era tan clara como el cielo que se veía a sus espaldas por la ventana.

«Piensa lo que se te dé la gana», decidió Tess, y le mantuvo la mirada con una frialdad equivalente a la de él. Lo único que quiero es que me entregues el dinero.

-Podemos hacer esto de dos modos distintos -empezó diciendo Nate-. De un modo formal, es decir, leyendo el testamento de Jack, palabra por palabra y explicándoles después qué diablos quiere decir toda esa terminología legal. O les puedo explicar primero los significados, los términos del testamento y las opciones. - Miró con deliberación a Willa. Ella era la que más le importaba-. De ti depende.

-Hazlo de la manera más fácil, Nate.

-Bueno, está bien. Bess, a ti te dejó mil dólares por cada año que hayas estado en Mercy. Eso suma treinta y cuatro mil dólares.

-¡Treinta y cuatro mil! -exclamó Bess con los ojos abiertos de asombro-. ¡Dios Santo, Nate! ¿Qué se supone que voy a hacer con tanto dinero?

Nate sonrió.

-Bueno, puedes gastarlo, Bess. Y si quieres invertir parte, te puedo echar una mano en ese sentido.

-¡Dios mío! -Sin poder reponerse de la sorpresa miró a Willa, se miró las manos y volvió a mirar a Nate-. ¡Dios mío!

Y entonces Tess pensó: «Si el ama de llaves recibe treinta y cuatro mil, a mí me debe tocar por lo menos el doble», y sabía muy bien lo que haría con esa importante suma.

-Adam -continuó diciendo Nate-, de acuerdo con un convenio que Jack hizo con tu madre cuando se casaron, tú recibirás una suma total de veinte mil, o un interés del dos por ciento de lo que rinda el rancho Mercy. Lo que prefieras. Te puedo adelantar que el porcentaje significa más que el dinero, pero la decisión es tuya.

-¡No es bastante! -exclamó Willa, sobresaltando a Lily y haciendo que Tess alzara una ceja-. ¡No es justo! ¿Dos por ciento? Adam ha trabajado en este rancho desde que tenía ocho años. El ha...

-Willa. -Desde donde se encontraba, detrás del sillón que ocupaba su media hermana, Adam apoyó una mano sobre su hombro-. Es más que suficiente.

-¡Una mierda si lo es! -La furia que le provocaba la injusticia contra Adam, la obligó a apartarle la mano con rudeza-. Tenemos una de las mejores yeguas del estado. Eso es obra de Adam. Ahora los caballos deberían ser suyos, y también la casa donde vive. Debería haber heredado tierras y el dinero necesario para trabajarlas.

-Willa. -Con paciencia, Adam volvió a apoyarle la mano sobre el hombro y allí la mantuvo-. Es lo que nuestra madre pidió. Y es lo que él me ha dado.

Ella se calló porque había extraños que los observaban. Y por que ya se encargaría de reparar esa injusticia. Antes de que terminara el día, haría que Nate redactara los papeles necesarios.

-Lo siento. -Apoyó las manos con tranquilidad sobre los amplios brazos del sillón-. Continúa, Nate.

-El rancho y todo lo que posee -volvió a comenzar Nate-, el ganado, los equipos, vehículos, los derechos sobre bosques y plantaciones... -Hizo una pausa y se preparó para la difícil tarea de destruir esperanzas-. El negocio del Rancho Mercy debe continuar como siempre, pagando los gastos, los sueldos, depositando o reinvertiendo las ganancias contigo como empresaria, Willa, y bajo la supervisión de los albaceas, durante el plazo de un año.

-Espera -dijo Willa, alzando una mano-. ¿El quiso que tú supervisaras la dirección del rancho durante un año?

-Bajo determinadas condiciones -agregó Nate, con una expresión de disculpa en la mirada-. Si esas condiciones se cumplen durante el curso de un año, a partir de no más de catorce días de la lectura de este testamento, el rancho y todo lo que posee se convertirá en propiedad de los beneficiarios.

-¿Cuáles son esas condiciones? -preguntó Willa-. ¿Qué es eso de beneficiarios? ¿Qué diablos es todo esto, Nate?

-Jack le ha dejado a cada una de sus hijas un tercio del rancho. -Notó que el color desaparecía del rostro de Willa y, maldiciendo en su interior a Jack Mercy, continuó con el resto-. Pero para heredar, ustedes tres tendrán que vivir en el rancho, pudiendo abandonar la propiedad durante un período no superior a una semana en un año entero. Al finalizar ese tiempo, y si las condiciones se han cumplido, cada una de las beneficiarias será dueña de un tercio del rancho. Y durante un período de diez años, esa herencia solo podrá ser vendida o transferida por alguna de las beneficiarias a una de las otras dos.

-¡Espere un momento! -exclamó Tess, depositando su vaso sobre una mesa auxiliar-. ¿Está diciendo que soy propietaria de un tercio de un rancho ganadero de un lugar olvidado de la mano de Dios, Montana, y que para cobrarlo tengo que mudarme aquí? ¿Vivir aquí? ¿Renunciar a un año de mi vida? ¡Ni por todo el oro del mundo! Se puso de pie con un movimiento lleno de gracia-. No quiero tu rancho, muchacha -le dijo a Willa-. Con gusto te regalo cada hectárea polvorienta y cada vaca. Esto no tiene validez legal. Solo quiero que me entreguen mi parte en efectivo y no me volveré a cruzar en el camino de ninguno de ustedes.

-Discúlpeme, señorita Mercy -la interrumpió Nate, estudiándola desde su asiento frente al escritorio. Está furiosa como una gallina de dos cabezas, pensó, y es lo suficientemente fría como para ocultarlo-. Este testamento tiene total validez legal. Las condiciones y los deseos de Mercy fueron muy bien pensados y están muy bien presentados. Si ustedes no están de acuerdo con las condiciones, el Rancho será íntegramente donado a una sociedad de Conservación de la Naturaleza.

-¿Donado?

Sorprendida, Willa se llevó las manos a las sienes. En su interior había una mezcla de dolor, de furia y de un miedo horrible. De alguna manera debía vencer esas sensaciones y pensar.

Comprendía la condición de los diez años. Era para impedir que las tierras fueran tasadas al precio de mercado y tuvieran que pagar impuestos de acuerdo con ese precio. Jack odiaba al gobierno como si fuese veneno y nunca estuvo dispuesto a

cederle un solo centavo. Pero no tenía sentido que amenazara con quitarles todo para entregarlo a una de esas organizaciones de cuyos integrantes se burlaba llamándolos enamorados de los árboles o de las ballenas.

-Si no cumplimos con esos requisitos -dijo, mientras luchaba por mantener la calma-, ¿él puede sencillamente regalar el rancho? ¿Estaría dispuesto a regalar las tierras que han sido de la familia Mercy durante más de un siglo, si estas dos no cumplen con las condiciones que establece el testamento? ¿Si no las cumplo yo?

Nate respiró hondo, odiándose.

-Lo siento, Willa. No hubo manera de razonar con él. Esa fue su voluntad. Si alguna de vosotras tres se va de aquí, quebranta las condiciones y el rancho será confiscado. En ese caso, cada una de vosotras tres recibiría cien dólares. Y eso es todo.

-¿Cien dólares? -El absurdo de la cifra golpeó a Tess quien se volvió a dejar caer en el sillón, riendo-. ¡Qué hijo de puta!

-¡Cállate la boca! -La voz de Willa chasqueó como un látigo cuando se puso de pie-. ¡Cállate la boca de una vez! ¿Podemos luchar contra esto, Nate? ¿Tiene sentido tratar de anularlo?

-Si quieres mi opinión como abogado, te diría que no. El juicio se demoraría durante años, exigiría mucho dinero y lo más probable sería que lo perdierais.

-Yo me quedaré. -Lily luchó por respirar con tranquilidad. Un hogar, la seguridad. Lo tenía todo allí, en la punta de los dedos, como un brillante regalo-. Lo siento. -Se puso de pie cuando Willa se volvió hacia ella-. No es justo para ti. No está bien. No sé por qué habrá hecho esto, pero yo me quedaré. Cuando haya pasado el año, te venderé mi parte por lo que tú digas que es justo. Es una maravilla de rancho -agregó tratando de sonreír mientras Willa seguía mirándola fijamente-. Aquí todo el mundo sabe que ya te pertenece. Después de todo no es más que un año.

-Es muy amable de tu parte -dijo Tess-. ¡Pero maldita sea si estoy dispuesta a quedarme aquí durante un año! Mañana por la mañana regreso a Los Ángeles.

Con la mente hecha un torbellino, Willa le dirigió una mirada. Aunque se muriera de ganas de que ambas se fueran, lo que más le interesaba era el rancho. Mucho más que cualquier otra cosa.

-Nate, ¿qué sucedería si una de las tres muriera repentinamente?

-¡Qué gracioso! -dijo Tess, volviendo a coger su vaso-. ¿Esa es una muestra del tipo de humor de Montana?

-En el caso de que una de las beneficiarias muriera durante el año de la transición, las dos beneficiarias restantes heredarían el rancho por mitades, pero bajo las mismas condiciones.

-Entonces ¿qué piensas hacer? ¿Matarme mientras duermo? ¿Enterrarme en la llanura? -Tess hizo un gesto definitivo-. No puedes amenazarme para que me quede a vivir aquí.

Tal vez no, pensó Willa, pero para cierto tipo de gente el dinero es muy importante.

-Yo no te quiero aquí. No quiero aquí a ninguna de las dos, pero haré todo lo que sea necesario para conservar este rancho. Nate, tal vez la señorita Hollywood tenga interés en saber cuánto valen sus polvorientas hectáreas.

-Un precio estimado del valor actual del mercado por las tierras y las construcciones solas, sin tener en cuenta el ganado ni las maquinarias... yo diría que entre dieciocho y veinte millones.

La mano de Tess se estremeció hasta el punto de que estuvo por volcar el contenido de la copa de coñac.

-¡Dios santo!

La exclamación le valió un silbido de desagrado de Bess y una sonrisa malvada de Willa.

-Supuse que ese argumento te llegaría -murmuró Willa-. ¿Cuándo fue la última vez que ganaste seis millones en un año... hermana?

-¿Podría beber un poco de agua? -preguntó Lily, atrayendo la atención de Willa.

-Siéntate antes de que te caigas -dijo, dándole un pequeño empujón para que volviera a instalarse en el sillón. Enseguida comenzó a pasearse por la habitación-. Después de todo, Nate, me gustaría que leyeras el documento, palabra por palabra. Quiero tener todo esto claro en la cabeza. -Se acercó al bar laqueado e hizo algo que jamás habría hecho en vida de su padre. Abrió su botella de whisky y bebió.

Bebió en silencio, permitiendo que el líquido le fuera quemando la garganta con lentitud mientras escuchaba las palabras de Nate. Y se empeñó en no pensar en todos los años durante los que luchó con tanto denuedo para ganar el amor de su padre, o por lo menos su respeto. O su confianza.

Y al final lo único que consiguió fue que la clavara con las hijas a quienes él ni siquiera conocía. Porque eso significa que, en definitiva, pensó, no tenía interés en ninguna de las tres.

Un nombre que Nate acababa de murmurar, le hizo arder las orejas.

-¿Un momento! ¡Solo un maldito momento! ¿Dijiste Ben McKinnon?

Nate cambió de postura y se aclaró la garganta. Tenía esperanzas de que, por lo menos por el momento, eso pasara desapercibido. Willa ya había sufrido demasiados sobresaltos para un solo día.

-Tu padre nos designó a Ben y a mí para que supervisáramos la marcha del rancho durante el año de prueba.

-¿Quiere decir que ese pichón de cuervo va a estar mirando sobre mi hombro durante todo un maldito año?

-No maldigas en esta casa, Will -ordenó Bess.

-Maldeciré hasta echarla abajo si me da la gana. ¿Por qué mierda eligió a McKinnon?

-Tu padre consideraba que, después de Mercy, Three Rocks es el mejor rancho de la zona. Quería que te apoyara alguien que conociera todos los detalles del negocio.

Nate recordó que Mercy le había dicho: «McKinnon puede ser despreciable como una víbora y no permitirá que ninguna maldita mujer se le enfrente».

-Ninguno de los dos estará mirando sobre tu hombro -la tranquilizó Nate-. Tenemos que dirigir nuestros propios ranchos. Esto no es más que un detalle sin importancia.

-¡Mentira! -Pero Willa controló su furia-. ¿McKinnon está enterado de esto? No lo vi en el entierro.

-Tenía que hacer unos trámites en Bozeman. Regresará esta noche o mañana. Y sí, está enterado.

-Y supongo que se habrá reído a carcajadas, ¿verdad?

En realidad McKinnon estuvo a punto de ahogarse de risa, recordó Nate, pero hizo un esfuerzo por no perder la sobriedad.

-Esto no es una broma, Will. Son negocios, y pasajeros, además. Lo único que tendrás que hacer será superar cuatro estaciones. -Esbozó una sonrisa-. Es lo que tendremos que hacer todos.

-Las superaré. Pero solo Dios sabe si estas dos lograrán superarlas. -Estudió a sus hermanas y meneó la cabeza-. ¿Por qué tiemblas? -le preguntó a Lily-. No te enfrentas con un pelotón de fusilamiento, sino con millones de dólares. ¡Por amor de Dios, bebe un poco de esto! -Y puso el vaso de whisky en manos de Lily.

-¡No sigas maltratándola! -Tess se interpuso entre las dos, en un movimiento instintivo por proteger a Lily.

-¡No la estoy maltratando, y no te me acerques!

-Estaré cerca tuyo durante un maldito año, así que será mejor que te vayas acostumbrando.

-Entonces será mejor que te vayas acostumbrando a la manera en que se vive aquí. Si te quedas, no te quedarás sentada sobre tu gordo culo, tendrás que trabajar.

Al oír eso de «gordo culo», Tess respiró hondo. Había sudado tinta y se mató de hambre para perder todos los kilos de más que arrastró durante la universidad, y estaba orgullosa de los resultados.

-Recuerda esto, bruja: si me voy, tú pierdes. Y si crees que voy a recibir órdenes de una vaquera ignorante con cara de pan, eres mucho más tonta de lo que pensaba.

-Harás exactamente lo que yo diga -la corrigió Willa-. Porque en caso contrario, en lugar de tener una cama cómoda dentro de la casa, te tendrás que pasar un año en una carpa, a la intemperie.

-Tengo tanto derecho como tú a vivir bajo este techo. Tal vez más, porque él se casó primero con mi madre.

-El único resultado de eso es que eres más vieja -replicó Will y tuvo el placer de comprobar que su dardo había dado en el blanco-. Y tu madre era una corista con más tetas que cerebro.

Lo que Tess hubiera sido capaz de contestar o de hacer quedó en suspenso cuando Lily rompió a llorar.

-¿Estás contenta ahora? -preguntó Tess, pegándole un empujón a Willa.

-¡Basta! -Harto de ser un testigo mudo, Adam las contuvo a ambas con una mirada-. ¡Debería darte vergüenza! -Se inclinó y le habló en murmullos a Lily mientras la ayudaba a ponerse de pie-. Te hace falta tomar un poco de aire fresco -dijo en tono bondadoso-. Y debes comer algo. Entonces te sentirás mejor.

-Llévala a caminar un poco -dijo Bess poniéndose pesadamente de pie. Le dolía muchísimo la cabeza-. Iré a preparar la comida. Y me avergüenzo de vosotras -agregó, dirigiéndose a Tess y a Willa-. Conocí a vuestras madres y estoy convencida de que ellas hubieran esperado un comportamiento mejor de sus hijas. -Aspiró aire por la nariz con expresión desdeñosa. Luego se volvió hacia Nate con aire digno-. Si quieres quedarte a comer, serás bienvenido, Nate. Hay comida más que suficiente.

-Gracias, Bess, pero... -Pensaba salir de allí lo antes posible; no quería que lo despellejaran vivo-. Tengo que volver a casa. -Reunió sus papeles sin dejar de vigilar a las dos mujeres que seguían mirándose con aire torvo-. Os dejo tres copias de todos los documentos. Si tenéis alguna pregunta o alguna duda, ya sabéis dónde encontrarme. Y si no tengo noticias vuestras, pasaré por aquí dentro de un par de días para ver... Para ver -finalizó. Tomó su sombrero y su portafolios y se alejó del campo de batalla.

Ya controlada, Willa respiró hondo.

-Desde el día en que nací no he hecho más que poner sudor y sangre en este rancho. Eso a ti te importa un bledo y a mí me da igual. Pero no pienso perder lo que es mío. Supones que eso me convierte en un ser débil ante ti, pero no lo creas, porque estoy convencida de que no te irás de aquí dejando atrás más dinero del que has visto

en toda tu vida, más de lo que hayas soñado con tener. Así que tenemos los mismos intereses.

Tess asintió, se sentó sobre el brazo de un sillón y cruzó las piernas enfundadas en medias de seda.

-De manera que debemos definir las condiciones para vivir durante el año que viene. Tú crees que para mí no tiene importancia abandonar durante un año mi casa, mis amigos y mi estilo de vida. Pero no es así.

Tess no pudo menos que pensar sentimentalmente en su casa, su club, Rodeo Drive. Pero apretó los dientes.

-Pero no, tampoco pienso abandonar lo que es mío.

-¿Tuyo? ¡Qué caradura!

Tess inclinó la cabeza.

-Nos guste o no, y dudo que a ninguna de nosotras dos nos guste, soy tan hija de él como tú. No crecí en el rancho porque él se deshizo de mi madre y de mí. Es un hecho y te advierto que después de haber estado aquí un día, empiezo a agradecérselo. Pero aguantaré un año en este lugar.

Pensativa, Willa tomó el vaso de whisky que Lily no había tocado.

La ambición y la avaricia eran motivaciones excelentes. No cabía duda de que Tess se quedaría.

-¿Y cuando el año termine?

-Puedes comprar mi parte. -La sola idea de una cantidad tan grande de dinero le produjo un mareo-. Y en caso de que no sea eso lo que quieras, me podrás mandar los cheques de mis ganancias a Los Ángeles. Que es donde estaré al día siguiente de vencer el año.

Willa probó el whisky y se recordó que en ese momento debía concentrarse.

-¿Sabes montar?

-¿Montar qué?

Willa bufó y bebió otro trago de whisky.

-Es lógico. Probablemente tampoco sepas la diferencia que hay entre una gallina y un gallo.

-¡Ah, no! Te aseguro que conozco un pajarito cuando lo veo -contestó Tess y le sorprendió oír la carcajada de Willa.

-La gente que vive en este lugar, trabaja. Eso es un hecho. Yo ya tengo bastante que hacer con dirigir a los peones y el ganado, de manera que tú aceptarás las órdenes que te dé Bess.

-¿Pretendes que acepte las órdenes que me dé un ama de llaves?

En los ojos de Willa hubo un reflejo acerado.

-Recibirás órdenes de la mujer que te dará de comer, que preparará tu ropa y que limpiará la casa donde vivirás. Y la primera vez que la trates como a un sirviente, será la última. Te lo prometo. Ahora no estás en Los Ángeles, Hollywood. Aquí cada uno hace algo útil.

-Pero sucede que yo tengo una carrera.

-Sí, escribes guiones de cine. -Posiblemente hubiera trabajos menos útiles, pero a Willa no se le ocurría ninguno-. Bueno, el día tiene veinticuatro horas. Es algo que descubrirás con mucha rapidez. -Cansada, Willa se acercó a la ventana, detrás del escritorio-. ¿Qué mierda voy a hacer con ese animalito asustado?

-Más bien diría que es una flor que ha sido aplastada.

Sorprendida por el tono compasivo de su hermana, Willa la miró, luego se encogió de hombros.

-¿Te hizo algún comentario sobre los moretones?

-No he hablado con ella más que tú. -Tess luchó para no sentirse culpable. Es importante no comprometerse, se recordó-. Esta no es exactamente una reunión familiar.

-Se lo dirá a Adam. Tarde o temprano, todo el mundo le cuenta a Adam lo que le duele. Por lo menos por el momento, dejaremos en sus manos la herida de Lily.

-Muy bien. Mañana por la mañana volveré a Los Ángeles. A empaquetar mis cosas.

-Uno de los hombres te llevará en coche hasta el aeropuerto.

Como despidiendo a Tess, Willa se volvió hacia la ventana.

-Te aconsejo que te hagas un favor Hollywood. Cómprate ropa interior de lana y calzones largos. Los necesitarás.

Willa salió a caballo al anochecer. El sol sangraba al caer detrás de los picos del oeste y teñía el cielo de un rojo intenso. Ella tenía necesidad de pensar, de tranquilizarse. Bajo su cuerpo, la yegua pintada bailoteaba y mordía el freno.

-Está bien, *Moon*, saquémonos todo esto de encima con un buen galope.

Con un movimiento de las riendas, Will cambió de dirección y luego le dio rienda suelta a su cabalgadura. Se alejaron de las luces, de los edificios, de los sonidos del rancho, rumbo al terreno abierto por el que zigzagueaba el río.

Siguieron el borde del río, hacia el este donde ya brillaban las primeras estrellas y donde los únicos sonidos eran el del agua que corría y el retumbar de los cascos. El ganado pastaba y las chotacabras volaban en círculos. Al llegar a la cima de un monte, Willa pudo ver kilómetros y kilómetros de siluetas y sombras, árboles que se alzaban, la hierba de una pradera mecida por el viento y la línea interminable de las alambradas. Y a la distancia, en el aire claro de la noche se reflejaban las luces leves de un rancho vecino.

Las tierras de McKinnon.

La yegua sacudió la cabeza y piafó cuando Willa la frenó.

-No conseguimos sacárnoslo de encima, ¿verdad?

No, el enojo todavía bullía en su interior, lo mismo que la energía bullía en su cabalgadura. Willa quería superar esa furia amarga que la destrozaba y el dolor que hervía debajo. No la ayudaría a superar el año siguiente. Tampoco me ayudará a superar la hora siguiente, pensó, y cerró los ojos con fuerza.

Se prometió que no lloraría. No lloraría por Jack Mercy, ni por su hija menor.

Respiró hondo y gozó del olor a hierba, a noche y a caballo. En ese momento, lo que le hacía falta era control, un control calculado, irreductible. Encontraría la manera de manejar a las dos hermanas que le acababan de imponer, la manera de mantenerlas en línea y en el rancho. Por más que le costara, se aseguraría de que ellas vivieran allí ese año.

Encontraría la manera de apañárselas con los supervisores que le habían impuesto. Mientras ponía a *Moon* al paso, decidió que Nate era irritante pero que no le acarrearía problemas. No haría nada más ni nada menos que lo que considerara que era su deber legal. Cosa que, en opinión de Willa significaba que se mantendría apartado de los problemas diarios del rancho y que desempeñaría su papel a grandes rasgos.

En el fondo de su corazón, hasta le tenía lástima. Lo conocía desde hacía demasiado tiempo y demasiado bien como para creer por un instante que disfrutaría de la posición en que lo acababan de poner. Nate era justo, honesto, y le gustaba ocuparse de sus propios asuntos.

Ben McKinnon, pensó Willa, y el enojo amargo volvió a agitarse en su interior. Esa era harina de otro costal. No le cabía duda de que Ben disfrutaría de cada minuto

de su nuevo trabajo. Metería la nariz en todo, y ella no tendría más remedio que aguantarlo. Pero, pensó con una sonrisa sombría, no tenía necesidad de aguantarlo de buen modo, y de ninguna manera le facilitaría la tarea.

Por cierto que sabía lo que se proponía Jack Mercy y eso le hacía hervir la sangre. Al mirar la silueta y las luces de Three Rocks sintió que el calor le abrasaba la piel a pesar del fresco de la noche.

Desde hacía generaciones, las tierras de McKinnon y las de Mercy marchaban lado a lado. Algunos años después de que los Sioux hicieron un trato con Custer, dos hombres que cazaban en las montañas y vendían sus pieles en Tejas, compraron ganado barato y lo arreararon juntos hacia el norte, a Montana como socios. Pero la sociedad se rompió y cada uno de ellos reclamó sus propias tierras, sus propias cabezas de ganado y edificó su propio rancho.

Así que, a partir de entonces, existieron el Rancho Mercy y el Rancho Three Rocks, y cada uno de ellos se expandió, prosperó, luchó y sobrevivió.

Y Jack Mercy vivía deseando las tierras de McKinnon. Tierras que no se podían comprar, ni robar ni obtener con ninguna clase de truco. Pero se podrían unir, pensó Willa en ese momento. Si las tierras de Mercy y de McKinnon se unieran, el resultado sería uno de los ranchos más grandes y, sin duda, más importantes del oeste.

Lo único que Jack tenía que hacer era vender a su hija. ¿Para qué otra cosa servía una mujer?, pensó Willa. Negociarla, como se negociaría una vaquilla linda y gorda. Ponerla frente al toro las veces necesarias y la naturaleza se encargaría del resto.

De manera que, como Jack no tuvo hijos varones, estaba haciendo lo que pareció más conveniente. Ponía a su hija frente a Ben McKinnon. Y todo el mundo se dará cuenta, pensó Willa mientras se obligaba a relajar las manos con que aferraba las riendas. No pudo llevar a cabo el negocio en vida, de manera que sigue tratando de lograrlo desde la tumba.

Y por si la hija que estuvo a su lado durante toda la vida, la que trabajó a su lado, la que sudó y sangró en esa tierra no era tentación suficiente... bueno, tenía otras dos.

-¡Maldito seas, papá! -Con manos temblorosas se volvió a poner el sombrero-. El rancho es mío y seguirá siéndolo. Y maldita sea si pienso abrir las piernas para Ben McKinnon o para ningún otro.

Alcanzó a ver un relámpago de luces de faros, le habló en murmullos a la yegua para tranquilizarla. No llegaba a distinguir bien el vehículo, pero notó con claridad la dirección que tomaba. Esbozó una leve sonrisa al ver que las luces giraban hacia la casa principal de Three Rocks.

-Así que ha vuelto de Bozeman, ¿verdad?

Instintivamente se irguió en la montura, levantó el mentón. El aire era tan limpio que alcanzó a oír el ruido que hacía la puerta del vehículo al cerrarse, los ladridos de bienvenida de los perros. Se preguntó si Ben levantaría la cabeza y miraría en dirección al monte. En ese caso vería la sombra oscura de caballo y jinete. Y Willa pensó que sabría quién lo observaba desde el límite de sus tierras.

-Ya veremos lo que sucederá ahora, McKinnon.-murmuró-. Cuando todo esto termine, ya veremos quién dirige el Rancho Mercy.

Se oyó el aullido de un coyote que le cantaba a la luna en cuarto creciente. Y Willa volvió a sonreír. Existe toda clase de coyotes, pensó. Por bonito que sea su canto, no por eso dejan de ser animales que se alimentan de carroña.

Ella no permitiría que ninguno de esos animales entrara en su tierra.

Hizo girar a la yegua y se encaminó a su casa a la luz del anochecer.

-¡Qué hijo de puta! -exclamó Ben, inclinándose sobre la montura y meneando la cabeza sin dejar de mirar a Nate. En sus ojos, protegidos por el ala ancha de un sombrero gris oscuro, relampagueaba un verde frío-. Lamento haberme perdido su entierro. Mis padres me comentaron que fue todo un acontecimiento social.

-Sí, lo fue.

Nate golpeó distraído con una mano el flanco del caballo oscuro que montaba. Había logrado alcanzar a Ben instantes antes de que su amigo partiera rumbo a las tierras altas.

Desde el punto de vista de Nate, Three Rocks era uno de los lugares más bonitos de Montana. La misma casa principal era un ejemplo excelente de eficiencia y estética. No era un palacio, como lo de Mercy, sino una casa atractiva forrada en madera y con cimientos de piedra y distintos ángulos de techo que le agregaban encanto. También contaba con abundantes porches para sentarse a contemplar las montañas.

La familia McKinnon tenía un rancho prolijo, activo pero tranquilo.

Alcanzaba a oír las protestas bovinas que surgían de un corral. El destete de los terneros que eran separados de sus madres, no era tarea agradable. Los machos serán aún más desgraciados, pensó Nate, porque los castrarán y los descornarán.

Era uno de los motivos por los que él prefería trabajar con caballos.

-Ya sé que estás ocupado -continuó diciendo Nate-. No quiero hacerte perder el tiempo, pero supuse que debía venir a explicarte cómo están las cosas.

-Sí.

En realidad Ben tenía mucho trabajo por delante. Octubre dejaba paso a noviembre y ese límite dudoso anterior al invierno no duraba mucho. En ese momento, el sol brillaba como un ángel sobre Three Rocks. Los caballos pastaban en la pradera más cercana y los peones trabajaban en mangas de camisa. Pero era necesario examinar los alambrados y llevar a cabo la cosecha fina. El ganado que no pasaría el invierno en el rancho debía ser reunido y embarcado.

Pero levantó la mirada sobre praderas y pasturas y la fijó en el rancho Mercy. Supuso que esa mañana, Willa Mercy tendría más trabajo que nunca en la mente.

-No tengo nada en contra de tu capacidad como abogado, Nate, pero supongo que todas esas mentiras legales son insostenibles, ¿no es cierto?

-Los términos del testamento son claros y muy precisos.

-Siguen siendo estupideces de abogados.

Hacía demasiado tiempo que se conocían para que Nate se sintiera ofendido.

-Willa podría impugnarlo en un juicio para tratar de anular el testamento, pero le resultaría cuesta arriba y nada fácil de ganar.

Ben volvió a mirar hacia el sudoeste, imaginé a Willa Mercy y meneé la cabeza. Se sentaba con tanta comodidad sobre una montura como cualquier otro hombre en un sillón mullido. Después de treinta años de vida de rancho, ese era su medio de vida natural. No era tan alto como Nate pero medía un metro ochenta y tres y su cuerpo delgado era particularmente musculoso. Tenía el pelo de un castaño dorado, desteñido por muchas horas bajo el sol, y lo bastante largo como para que le llegara al cuello de la camisa. Sus ojos eran agudos como los de un halcón y por lo general tan fríos como los de esa ave, en un rostro apuesto y tostado por el sol, típico del hombre que se siente cómodo en la vida al aire libre. Una cicatriz horizontal le

marcaba el mentón, un recuerdo de su juventud y de una caída mientras jugaba con su hermano.

En ese momento Ben se pasó la mano por la cicatriz, un gesto distraído y habitual en él. El día que Nate le informó sobre los términos del testamento, su primera reacción fue sentirse divertido. Pero ahora que era una realidad, ya no le resultaba tan cómico.

-Y ella ¿cómo lo está tomando?

-Es duro.

-¡Mierda! No sabes cuánto lo lamento. Willa quería a ese viejo cretino, solo Dios sabe por qué. -Se quitó el sombrero, se pasó los dedos por el pelo y se lo volvió a poner-. Y lo que más rabia le debe dar es que yo figure en el asunto.

Nate sonrió.

-Bueno, sí. Pero creo que también le daría rabia que fuera cualquier otro.

No, pensó Ben, no tanta. Se preguntó si Willa estaría enterada de que en una ocasión su padre le ofreció cinco mil hectáreas de tierras bajas de la mejor calidad si se casaba con ella. Como si fuera un rey de porquería, pensó Ben, que trataba de unir su reino con otro.

Mercy sería capaz de regalarlo todo, pensó entrecerrando los ojos para mirar el sol. Prefería mil veces regalarlo antes de soltar las riendas.

-Willa no nos necesita a nosotros dos para dirigir el rancho -dijo Ben-. Pero haré lo que el testamento dice que debo hacer. Y, demonios... -Su sonrisa se extendió lenta, arrogante y casi modificó las facciones de su rostro-. Será entretenido que tengamos un enfrentamiento cada cinco minutos. ¿Y qué tal son las otras dos?

-Distintas. -Pensativo, Nate se apoyó contra el parachoques de su Land Rover-. La del medio, Lily, se asusta con facilidad. Da la sensación de que sería capaz de salir de un salto de su propia piel si uno hiciera un movimiento rápido. Tenía la cara llena de moretones.

-¿Tuvo un accidente?

-Más bien diría que chocó por accidente contra los puños cerrados de algún tipo. Tiene un ex marido. Y la justicia ha emitido una orden judicial que lo obliga a mantenerse alejado de ella. Lo han arrestado varias veces por pegar a su mujer.

-¡Hijo de puta! -Si existía algo peor que el hombre que pegaba a su caballo, era el que pegaba a su mujer.

-Ella se mostró encantada ante la posibilidad de poder quedarse -siguió diciendo Nate y, a su manera tranquila y metódica, empezó a liar un cigarrillo-. Tengo la sensación de que considera que el rancho es un buen lugar para ocultarse. La mayor es más elegante. Típica de Los Ángeles, vestido italiano, reloj de oro. -Volvió a meter la bolsa de tabaco en un bolsillo y encendió un fósforo-. Escribe guiones de cine y está espantada ante la idea de tener que vivir un año en la soledad y la selva. Pero quiere el dinero que eso le dará. Va camino de regreso a California para empaquetar sus pertenencias.

-Ella y Willa deben llevarse como un par de gatas en celo.

-Ya se han enzarzado -informó Nate, exhalando el humo con aire contemplativo-. Debo admitir que fue entretenido presenciar ese enfrentamiento. Adam las calmó.

-Es prácticamente el único capaz de calmar a Willa. -Con un crujido de cuero, Ben cambió de posición en la montura. Spook, su caballo, se estaba impacientando y demostraba con movimientos de cabeza sus ganas de ponerse en marcha de una buena vez-. Ya me encargaré de hablar con Willa. Ahora debo ir a examinar a un

grupo de peones a quienes mandamos a las tierras altas. Nos azotan algunas tormentas. Mamá tiene café preparado en la casa principal.

-Gracias, pero debo volver. Yo también tengo trabajo que hacer. Nos veremos dentro de un día o dos.

-Sí. -Ben llamó a su perro y observó a Nate subir a su Land Rover-. Nate, supongo que no permitirás que ella pierda ese rancho.

Nate se acomodó el sombrero y sacó las llaves del coche.

-No, Ben. No permitiremos que lo pierda.

Cruzar el valle y trepar hasta el pie de las montañas exigía un buen galope. Ben lo tomó con tranquilidad, observando la tierra mientras avanzaba. El ganado estaba gordo; tendría que elegir algunos ejemplares de Angus para terminarlos en corrales de engorde antes del invierno. A los demás los irían rotando de una pastura a otra y los conservarían durante otro año.

Desde hacía casi cinco años, la selección y la venta era responsabilidad suya porque sus padres poco a poco iban dejando la dirección de Three Rocks en manos de él y de su hermano.

La hierba estaba alta y todavía verde, y resplandecía contra el verde más oscuro de los árboles. Oyó un zumbido sobre su cabeza y levantó la mirada, sonriente. Zack, su hermano, estaba volando. Ben se sacó el sombrero y lo saludó. *Charlie*, el border collie de pelo largo, comenzó a ladrar y a correr en círculos. La avioneta respondió al saludo con un balanceo de las alas.

A Ben todavía le costaba pensar en su hermano menor como un hombre casado y padre de familia. Pero así eran las cosas. En cuanto Zack vio a Shelly Peterson, cayó enamorado a sus pies. Menos de dos años después lo convirtieron en tío. Y, pensó Ben, eso le hacía sentir increíblemente viejo. Empezaba a sentir que en lugar de ser tres años mayor que Zack, le llevaba treinta.

Se ajustó el sombrero a la cabeza y guió a su caballo monte arriba por entre un bosquecito de pinos amarillos. El aire era más fresco, casi frío. Vio rastros de ciervos y en alguna otra ocasión habría cedido al impulso de seguirles las huellas, para llevarle carne fresca a su madre. *Charlie* olisqueaba el suelo, esperanzado, y de vez en cuando miraba hacia atrás, como para pedir permiso para salir a cazar. Pero Ben no tenía ganas de cazar.

Olía la nieve. Todavía estaba por debajo de la línea de la nieve, pero alcanzaba a olerla en el aire. Ya había visto bandadas de gansos canadienses volando hacia el sur. El invierno llegaba temprano y posiblemente fuese duro. Hasta la caída de agua del arroyo que bajaba de la montaña hacía un ruido frío.

A medida que los árboles eran más espesos, la tierra se ponía más dura. Ben siguió el curso de agua. El bosque le resultaba tan familiar como el patio trasero de su casa. Allí estaba el alerce a cuyos pies una vez él y Zack cavaron en busca de un tesoro enterrado. Y allí, en el claro pequeño, mató su primer gamo, con su padre de pie a su lado. Allí pescaban, sacando truchas del agua con la misma facilidad con que se arrancan bayas de un arbusto.

En esas rocas, una vez escribió el nombre de su amor. Las palabras se destiñeron y se fueron lavando con los años. Y la bonita Susie Boline se escapó a Helena con un guitarrista, rompiendo el corazón de Ben a los dieciocho años.

El recuerdo todavía lo estremecía, a pesar de que preferiría sufrir los tormentos del infierno antes de confesar que era un sentimental. Cabalgó más allá de las rocas y de los recuerdos y siguió trepando, manteniéndose en el sendero que zigzagueaba por

entre árboles de colores tan brillantes como los vestidos de las mujeres en un baile de sábado por la noche.

El aire se hacía cada vez más liviano y frío y el olor a nieve era cada vez más fuerte, Ben silbaba entre los dientes. Su viaje a Bonzeman fue productivo, pero echó de menos todo eso. El espacio, la soledad, la tierra. Aunque se dijo que llevaba consigo un saco de dormir tan solo como precaución, ya planeaba acampar durante la noche. Tal vez durante dos noches.

Podía cazar un conejo, freír un poco de pescado y quizás hasta quedarse a pasar la noche en compañía de los peones. O acampar alejado de ellos. Los peones llevarían el ganado a los campos bajos. Tanto olor a nieve en el aire significaba que tal vez tuvieran una tormenta, una nevada fuerte, un desastre para los animales que estuvieran pastando en las praderas altas. Pero Ben creía que todavía tendrían tiempo de evitarlo.

Se detuvo un instante para mirar un potrero desde las alturas: una pradera moteada de vacas, bordeada por un río; para disfrutar de las flores silvestres otoñales y del canto de los pájaros. Se preguntó cómo era posible que alguien pudiera preferir la aglomeración de las calles de las ciudades, los edificios colmados de gente y de problemas.

El ruido de un disparo espantó a su caballo y aclaró la mente de Ben, obligándolo a olvidar sus ensoñaciones. A pesar de que era un país donde un tiro por lo general significaba la caza de algún animal, Ben entrecerró los ojos. Al escuchar el disparo siguiente, en un movimiento automático tiró de las riendas para dirigir al caballo hacia allí y lo espoleó para que comenzara a trotar.

Lo primero que vio fue la yegua. La pintada de Will todavía temblaba, las riendas sobre una rama. La sangre tenía un olor fuerte y dulzón y, al percibirlo, Ben sintió que se le revolvía el estómago. Después la vio a ella, con una escopeta en la mano y a menos de tres metros de distancia de un oso gris caído. Lanzando un gruñido, el perro se adelantó y solo se detuvo al oír la orden de Ben.

Ben no bajó del caballo hasta que Willa tuvo tiempo de volverse y mirarlo por encima del hombro. Notó que estaba pálida y que sus ojos parecían más oscuros que nunca.

-¿Está completamente muerto?

-Sí. -Ella tragó con fuerza. Odiaba matar, odiaba derramar sangre. Hasta ver desplumar una gallina para la cena le revolvía el estómago-. No pude evitarlo. Me atacó.

Ben asintió, sacó el rifle de la funda y se acercó.

-¡Qué bestia! -No quería ni pensar en lo que podría haber sucedido si a Willa le hubiera fallado la puntería; lo que un oso de ese tamaño podría haberles hecho a un caballo y a su jinete-. Es una hembra -informó en voz baja-. Es probable que tenga crías por los alrededores.

Willa volvió a colocar la escopeta en su funda.

-Es lo que supuse.

-¿Quieres que te la cuere?

-Yo sé cuerear animales.

Ben solo asintió y fue en busca de su cuchillo.

-De todos modos te echaré una mano. Es un animal enorme. Lamento lo de tu padre, Willa.

Ella sacó su propio cuchillo, uno muy parecido al de Ben.

-Tú lo odiabas.

-Pero tú no, de manera que lo lamento. -Empezó a cuerear la osa, evitando la sangre cuando era posible, aceptándola cuando no quedaba más remedio-. Esta mañana anduvo Nate por aquí.

-Apuesto a que sí.

La sangre humeaba en el aire helado. Mientras movía la cola con entusiasmo, *Charlie* comía las vísceras con delicadeza. Por encima del cuerpo de la osa, Ben miró a Willa a los ojos.

-Si quieres estar furiosa conmigo, adelante. Yo no redacté ese maldito testamento, pero haré lo que haya que hacer. Y lo primero que debo hacer será preguntarte qué hacías aquí arriba, a caballo y sola.

-Supongo que lo mismo que tú. Tengo peones en las tierras altas y ganado que es necesario arrear hacia abajo. Yo puedo dirigir mi negocio tan bien como tú diriges el tuyo, Ben.

El esperó unos instantes en silencio, con la esperanza de que ella dijera algo más. Siempre le había fascinado la voz de Willa. Era ronca y sonaba extremadamente sensual. Más de una vez Ben había pensado que era una pena que una mujer de campo tuviera una voz de tanto atractivo sexual.

-Bueno, tenemos un año para averiguarlo, ¿no es cierto? -Al ver que ella no respondía, Ben se pasó la lengua por los dientes-. ¿Piensas hacer disecar la cabeza de este animal?

-No. A los hombres les hacen falta los trofeos para señalarlos y jactarse. No es mi caso.

Entonces Ben sonrió.

-Sí, es cierto, nos gustan los trofeos. Y tú podrías convertirte en un trofeo interesante. Eres bonita, Willa. Y creo que es la primera vez que le digo eso a una mujer por encima de las vísceras de un oso.

Willa se dio cuenta del esfuerzo que hacía Ben por mostrarse encantador, y se negó a dejarse embaucar. A lo largo de los dos últimos años, su decisión de no sentirse atraída por Ben McKinnon había adquirido proporciones inusitadas.

-No necesito tu ayuda con el oso ni con el rancho.

-Pero la tienes, para las dos cosas. Lo podemos hacer en paz o como adversarios. -El perro *Charlie* se sentó a su lado y él lo acarició distraído-. De todos modos no me importa demasiado cuál de las dos formas eliges.

Notó que Willa tenía profundas ojeras. Eran como moretones sobre la piel dorada. Y su boca, que siempre le resultó particularmente atractiva, estaba convertida en una línea dura y delgada. Ben prefería verla refunfuñando y creía saber cómo lograrlo.

-¿Tus hermanas son tan bonitas como tú? -Al ver que ella no contestaba, tuvo que luchar para contener una sonrisa-. Pero apuesto a que serán más amistosas que tú. Tendré que ir de visita, para comprobarlo personalmente. ¿Por qué no me invitas a comer, Will? Así nos podremos sentar a conversar sobre los planes futuros para el rancho. -Willa lo miró, echando chispas por los ojos, y él sonrió sin disimulo-. ¡Sabía que con eso lo lograría! ¡Por amor de Dios! Nada te queda mejor que esa expresión de la más pura terquedad.

Ella no quería que le dijera que era bonita, si de eso se trataba. Era algo que siempre le producía una extraña incomodidad en la boca del estómago.

-¿Por qué no ahorras tus fuerzas para levantar este cuerpo para que termine de desangrarse?

Apoyado sobre los talones, él la estudió.

-Podríamos sacarnos todo esto de encima de una vez por todas. Si nos casáramos terminaríamos con el asunto.

Aunque aferró con fuerza el cuchillo ensangrentado, Willa respiró hondo tres veces. Por supuesto que la estaba provocando y nada en el mundo le gustaría más que verla gritar y ponerse de pie, presa de una rabieta. Pero en lugar de ello, inclinó la cabeza y le habló con una voz tan fría como el agua del arroyo cercano.

-Hay tantas posibilidades de que eso suceda como las de que este oso se alce sobre sus patas y te muerda el trasero.

Al ver que ella se ponía de pie, él la imitó, le rodeó las muñecas con los dedos e ignoró su rápido movimiento de protesta.

-No te deseo más de lo que tú me deseas a mí. Pensé que sería más fácil para todo el mundo si sacáramos este asunto del camino. La vida es larga, Willa -agregó con más suavidad-. Un año no es mucho tiempo.

-A veces un día es demasiado tiempo. Suéltame, Ben. -Levantó la mirada con lentitud-. El hombre que vacila en escuchar a la mujer que empuña un cuchillo, merece lo que le suceda.

El podría haberle arrancado el cuchillo de las manos en menos de tres segundos, pero decidió dejar las cosas como estaban.

-Te gustaría darme una puñalada, ¿no es cierto? -El hecho de que supiera que era cierto lo irritaba y excitaba a la vez. Pero no era extraño, Willa solía provocarle esas reacciones-. Métetelo de una vez en la cabeza: no quiero lo que es tuyo. Y, lo mismo que tú, no me entusiasma la idea de cargar con más tierras ni con más ganado. -Al oírlo ella palideció, y Ben asintió-. Ya sabemos en qué posición estamos, Will. Tal vez alguna de tus hermanas sea de mi gusto, pero hasta entonces esto no es más que una cuestión de negocios.

La humillación que sentía era tan cruda como la sangre que le teñía las manos.

-¡Hijo de puta!

Como medida de prudencia, él le sostuvo la mano con la que empuñaba el cuchillo.

-Yo también te quiero, mi amor. Ahora colgaré el oso. Tú ve a lavarte.

-Yo lo cacé. Puedo...

-La mujer que vacila en escuchar al hombre que empuña un cuchillo, merece lo que le suceda. -Volvió a sonreír con lentitud-. ¿Por qué no tratamos de lograr que este asunto sea tranquilo para los dos?

-Porque es imposible. -Toda la pasión y la frustración que bullían en su interior se fundieron en esas tres palabras. Te consta que es imposible. ¿Cómo te lo tomarías tú si estuvieras en mi lugar?

-Pero no lo estoy -contestó él con sencillez-. Ve a lavarte esa sangre. Hoy todavía nos queda mucho por cabalgar.

Se volvió a agazapar para dejarla ir, consciente de que ella seguía de pie a su lado, luchando por controlarse. Ben no se relajó por completo hasta que Willa se alejó hacia el arroyo con el perro corriendo tras ella con felicidad. Entonces Ben lanzó un bufido y bajó la vista para contemplar los colmillos expuestos de la osa.

-No hay duda de que ella preferiría un mordisco tuyo a una palabra amable mía -murmuró-. ¡Malditas mujeres!

Mientras terminaba la desagradable tarea, admitió para sus adentros que había mentido. En realidad la deseaba. Lo increíble del asunto era que, por menos que quisiera que fuera así, más crecía su deseo.

Transcurrió casi una hora antes de que ella volviera a hablar. Ambos se habían puesto chaquetas de piel de oveja para protegerse del frío y del viento, y los caballos avanzaban a través de cerca de treinta centímetros de nieve, con *Charlie* siguiéndolos.

-Quédate con la mitad de la carne del oso. Es lo que corresponde -dijo por fin Willa.

-Te lo agradezco.

-El agradecimiento es un problema, ¿verdad? Ninguno de los dos tiene ganas de estarle agradecido al otro.

«La comprendo mejor de lo que a ella le gustaría que la comprendiera», pensó Ben.

-A veces no queda más remedio que tragarse lo que uno no puede escupir.

-Y a veces uno se ahoga. -En ese momento se abrió una de las heridas de su corazón-. A Adam prácticamente no le dejó nada.

Ben le estudió el perfil.

-Jack era un tipo duro. -Y Adam Wolfchild no era de su sangre, pensó Ben. Eso debió ser lo que más pesó en la mente de Jack.

-Adam debería recibir más. -Tendrá más, se prometió Willa.

-No pienso estar en desacuerdo contigo en lo que a Adam se refiere. Pero si conozco a alguien capaz de cuidarse solo y de ganar su propia fortuna, es tu hermano.

«Es lo único que me queda», pensó. Estuvo a punto de decirlo, pero se contuvo cuando recordó que sería un error abrir parte de su corazón delante de Ben.

-¿Cómo está Zack? Esta mañana vi su avioneta.

-Anda revisando alambrados. Considerando que no hace más que andar sonriendo día y noche como un tonto, yo diría que está feliz. El y Shelly están locos por ese bebé.

«Lo estamos todos», pensó Ben, pero ni loco confesaría que no podía dejar de acariciar a su pequeña sobrina.

-Es un bebé precioso. Pero todavía me resulta difícil ver a Zack McKinnon habiendo sentado cabeza y convertido en un hombre de familia.

-Shelly sabe cuándo debe acortarle las riendas. -Sin poder resistirse, Ben le sonrió-. Supongo que no seguirás enamorada de mi hermano menor, ¿verdad Willa?

Divertida, ella se volvió y le sonrió con dulzura. Hubo un tiempo muy breve, cuando eran adolescentes, durante el que ella y Zack se sintieron atraídos.

-Cada vez que pienso en él, me palpita el corazón. Cuando Zack McKinnon ha besado a una mujer, esta no puede ya pensar en ningún otro.

-Querida... -Estiró una mano y le pasó la trenza sobre el hombro, dejándola caer a su espalda-. Eso es porque nunca te he besado yo.

-Antes preferiría besar a un zorro de dos colas.

Riendo, Ben hizo mover a su caballo lo suficiente para que su rodilla chocara contra la de ella.

-Zack sería el primero en confesar que le enseñé todo lo que sabe.

-Tal vez sea así, pero creo que puedo vivir sin ninguno de los muchachos McKinnon. -Alzó un hombro y luego movió apenas la cabeza-. Humo. -Era un alivio esa señal de la presencia de gente y de que se acercaba el fin de su solitaria cabalgata con Ben-. Es probable que los peones estén en la cabaña. Ya es hora de cenar.

Con otra mujer, con cualquier otra mujer, pensó Ben, hubiera estirado un brazo, la habría acercado para besarla hasta dejarla sin aliento. Solo por principio.

Pero como se trataba de Willa, se acomodó en la montura y mantuvo quietas las manos.

-Tengo ganas de comer. Voy a organizar un rodeo de los animales para bajarlos. Va a nevar más.

Ella solo lanzó un gruñido. Alcanzaba a olerlo. Pero había algo más en el aire. Al principio se preguntó si sería un resabio de la osa y de la sangre que tuvo en las manos, pero persistía y parecía aumentar.

-Hay algo muerto -murmuró.

-¿Qué?

-Hay algo muerto. -Se irguió en la montura y escudriñó los cerros y los árboles. Reinaba un silencio de muerte, una enorme quietud-. ¿No lo hueles?

-No. -Pero no le cabía duda de que ella sí lo olía y volvió su caballo cuando ella lo hizo. Ya sobre el rastro, *Charlie* se adelantaba-. Es tu parte de sangre india. Supongo que alguno de los peones cazó algo para la cena.

Era sensato. Debían haber llevado provisiones consigo, y la cabaña siempre estaba bien provista, pero era difícil resistirse a la carne fresca. Sin embargo eso no explicaba el terror que sentía en el estómago ni el frío que le recorría la columna vertebral.

Oyeron en lo alto el grito de un águila, el eco salvaje y estremecedor de ese grito, luego el silencio absoluto de las montañas. El sol se reflejaba, enceguecedor, en la nieve. Siguiendo su instinto, Willa abandonó el agreste sendero y condujo al caballo sobre terreno duro y accidentado.

-No tenemos mucho tiempo para andar dando vueltas -le recordó Ben.

-Entonces, tú sigue.

El lanzó una maldición y se volvió para comprobar que tenía el rifle a su alcance. Allí también había osos. Y pumas. Pensó en el campamento a apenas diez minutos de distancia y en el café caliente que herviría sobre la cocina.

Entonces lo vio. Tal vez su olfato no fuera tan agudo como el de ella, pero su vista lo era. Había sangre salpicada por todas partes y formando pequeños charcos sobre la nieve. El cuero negro de la res estaba cubierto de sangre. El perro dejó de dar vueltas alrededor del novillo mutilado y corrió hacia los caballos.

-¡Vaya, mierda! -exclamó Ben, desmontando.

-¿Lobos? -Para Willa era más que el precio que el novillo habría obtenido en el mercado. Era el desperdicio, la crueldad.

Ben empezó a asentir, luego se detuvo en seco. Un lobo no mataba para después dejar la carne. Un lobo no acuchillaba. Solo existía un depredador capaz de eso.

-Un hombre.

Willa exhaló con fuerza al acercarse y ver los daños. El novillo estaba degollado, tenía el vientre desgarrado y los intestinos fuera de él. *Charlie* se apretó contra sus piernas, temblando.

-Lo han descuartizado. Mutilado.

Se agachó y pensó en el oso. En ese caso no le quedó más alternativa que matar y lo cuerearon con eficiencia y con los elementos que tenían a mano. Pero eso... eso era algo salvaje, malvado y sin propósito.

-Casi a la vista de la cabaña -comentó-. La sangre está congelada. Es probable que lo haya hecho hace horas, antes de la salida del sol.

-Es uno de los tuyos -dijo Ben, después de examinar la marca.

-No interesa de quién sea. -Pero notó el número que figuraba en la tarjeta amarilla de la oreja. Tendría que registrar la muerte. Se puso de pie y observó el hilo

de humo que se elevaba-. Lo que importa es por qué. ¿Has perdido ganado de esta manera?

-No. -Ben se irguió para quedar de pie al lado de Willa-. ¿Y tú?

-Hasta ahora, nunca. No puedo creer que sea uno de mis hombres. -Respiró-. Ni uno de los tuyos. Debe haber alguien acampando por aquí arriba.

-Tal vez. -Ben miraba el suelo con el entrecejo fruncido. En ese momento estaban hombro contra hombro, unidos por ese espanto que tenían a sus pies. Ella no se apartó cuando él le pasó la mano por la trenza ni cuando la apoyó amigablemente sobre su brazo-. Tuvimos más nieve y mucho viento. El suelo está bastante pisoteado, pero creo que hay un rastro que se dirige al norte. Buscaré algunos hombres y lo seguiré.

-Era mi novillo.

El la miró.

-No importa de quién fuera -repitió-. Tenemos que hacer un rodeo de tus animales y de los míos y debemos presentar la denuncia de lo que ha sucedido. Supongo que puedo contar contigo para eso.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Ben tenía razón. Era bastante inútil cuando se trataba de seguir una huella, pero podía organizar un rodeo. Asintió y se volvió hacia su yegua.

-Hablaré con mis hombres.

-Will. -En ese momento apoyó una mano sobre la de ella, piel sobre piel, antes de que Willa pudiera montar-. Cuídate.

Ella saltó a la montura.

-Son mis hombres -dijo con sencillez mientras se ponía en marcha rumbo al humo que se alzaba hacia el cielo.

Al entrar a la cabaña, encontró a sus hombres a punto de almorzar. Pickles estaba junto a la pequeña cocina, las piernas abiertas, el estómago amplio que le caía sobre el cinturón. Apenas tenía cuarenta años y su calvicie avanzaba con rapidez, cosa que él compensaba con un bigote pelirrojo que era cada año más largo. Había adquirido el sobrenombre por su amor obsesivo por los pickles, y por su personalidad, igualmente amarga.

Al ver a Willa gruñó una bienvenida y se volvió a ocupar del jamón que estaba friendo.

Jim Brewster estaba sentado con las botas sobre la mesa y gozando de las últimas bocanadas de un Marlboro. Tenía apenas treinta años y un rostro particularmente apuesto. Un hoyuelo en cada mejilla y el pelo oscuro que se le ondulaba hasta el cuello. Sonrió a Willa y le dedicó un guiño pedante con los ojos azules chisporroteantes.

-Tenemos compañía para el almuerzo, Pickles.

Pickles lanzó otro gruñido sordo, eructó y dio la vuelta al jamón.

-Casi no hay bastante carne para dos. Levanta tu trasero perezoso y abre una lata de guisantes.

-La nieve se acerca -dijo Willa, colgando su abrigo de un gancho y encaminándose a la radio.

-Falta por lo menos otra semana.

Ella volvió la cabeza y su mirada se encontró con los ojos marrones enfurruñados de Pickles.

-No lo creo. Hoy mismo empezaremos el rodeo.

Esperó, sosteniendo la mirada de Pickles. Él odiaba recibir órdenes de una mujer y ambos lo sabían.

-La hacienda es suya -murmuró él volcando el jamón sobre un plato.

-Sí, así es. Y uno de mis animales ha sido descuartizado a medio kilómetro al este de esta cabaña.

-¿Descuartizado? -Jim hizo una pausa en el momento en que le alcanzaba a Pickles una lata abierta de guisantes-. ¿Un puma?

-No a menos que hoy en día los gatos anden armados de cuchillos. Alguien descuartizó uno de mis novillos, lo hizo pedazos y lo dejó allí tirado.

-¡Mentira! -Pickles se adelantó con los ojos entrecerrados-. Eso no es más que mierda. Will, hemos perdido un par de animales a causa de los pumas. Alguno de ellos debe haber andado dando vueltas para cazar un novillo, nada más.

-Conozco la diferencia entre las zarpas y un cuchillo. -Inclinó la cabeza- Ve a verlo tú mismo. Justo hacia el este, más o menos a medio kilómetro de aquí.

-¡Por supuesto que lo haré! -exclamó Pickles cogiendo su abrigo mientras lanzaba improperios contra las mujeres.

-¿Está segura de que no puede haber sido un felino? -preguntó Jim en cuanto Pickles salió dando un portazo.

-Sí, estoy segura. Sírreme un poco de café, ¿quieres, Jim? Voy a llamar al rancho por radio. Quiero comunicarle a Ham que bajamos.

-Los hombres de McKinnon están aquí arriba, pero...

-No. -Willa meneó la cabeza y apartó una silla de la mesa-. No conozco a ningún vaquero capaz de hacer eso.

Se comunicó con el rancho, escuchó los ruidos de estática, esperó a que desaparecieran. El café, y el crujido del fuego ahuyentaron lo peor del frío mientras ella hacía los preparativos necesarios para el rodeo. Ya estaba bebiendo la segunda taza de café cuando pasó la información al rancho de McKinnon.

Pickles entró dando otro portazo.

-¡Cretino hijo de puta!

Aceptando esas palabras como la única disculpa que recibiría, Willa se acercó a la cocina y llenó su plato.

-Vine a caballo con Ben McKinnon. El ha decidido seguir unos rastros. Nosotros ayudaremos a bajar su rodeo junto con el nuestro. ¿Alguno de vosotros ha visto a alguien por los alrededores? ¿Gente acampando, cazadores, idiotas del este?

-Ayer, mientras seguíamos las huellas del puma, nos cruzamos con un lugar donde hubo un campamento. -Jim se volvió a sentar con su plato en la mano-. Pero estaba frío. Tenía por lo menos dos o tres días de antigüedad.

-Dejaron una gran cantidad de latas de cerveza. -Pickles comía de pie-. Como si esto fuera su propio patio trasero. Los deberían acribillar a balazos.

-¿Están seguros de que a ese novillo no lo mataron de un tiro? -preguntó Jim, mirando a Pickles para recibir una confirmación, hecho que Willa se esforzó por no considerar ofensivo-. Ya saben cómo son esos muchachos de ciudad: les gusta tirar contra cualquier cosa que se mueva.

-No lo mataron de un tiro. No es obra de ningún turista. -Pickles se metió una cucharada de guisantes en la boca. Deben haber sido esos malditos adolescentes. Esos malditos adolescentes locos y drogados.

-Tal vez. Si es así, Ben los encontrará con toda facilidad.

Pero no creía que fuera obra de unos adolescentes. Desde el punto de vista de Willa hacían falta muchos años más para llenarse de una furia tan grande.

Jim empujaba los guisantes alrededor del plato.

-¡Ah! Nos enteramos cómo están las cosas. -Se aclaró la garganta-. Anoche hablamos por radio y Ham supuso que debía contarnos lo que sucedía.

Willa alejó su plato y se puso de pie.

-Entonces os diré exactamente cómo están las cosas. -Hablabla con voz muy fría, muy baja-. El rancho Mercy sigue funcionando como siempre. El viejo está enterrado y ahora la que lo dirige soy yo. Vosotros recibiréis mis órdenes. -Jim intercambió una rápida mirada con Pickles, luego se rascó la mejilla.

-Quise decir otra cosa, Willa. Lo que nos preguntábamos era cómo lograría que las otras, sus hermanas, se quedaran en el rancho.

-Ellas también acatarán mis órdenes. -Arrancó el abrigo del gancho-. Y ahora, si habéis terminado de almorzar, será mejor que ensillemos.

-¡Mujeres de mierda! -murmuró Pickles en cuanto la puerta se cerró tras Willa-. No conozco ninguna que no sea una puta mandona.

-Eso te sucede porque no conoces bastantes mujeres. -Jim fue en busca de su abrigo-. Y esa es la patrona.

-Por el momento.

-Es la patrona hoy. -Jim se puso el abrigo y los guantes-. Y hoy es todo lo que tenemos.

Cuando debía habérselas con su madre, y Tess siempre consideraba que los contactos con su madre significaban habérselas con ella, se preparaba con una dosis suplementaria de Excedrin. Sabía que sería un dolor de cabeza, de modo que ¿para qué soportar el dolor?

Decidió que iría a verla a media mañana, convencida de que era la hora del día en que tendría mayores probabilidades de encontrar a Louella en su apartamento de Bel Air. A mediodía ya habría salido rumbo a la peluquería, o a la manicura o a alguna sesión de compras.

A las cuatro, Louella estaría en su club haciendo bromas con el barman o entreteniendo a las camareras con historias de su vida y sus amores en la época en que era corista en Las Vegas.

Tess hacía todo lo posible por evitar el club de Louella. Aunque ir a su apartamento tampoco la hacía feliz.

Era una hermosa casa pequeña construida en estuco, estilo californiano español, con techo de tejas, y graciosos arbustos. Podía, y debía, haber sido un lugar para exhibir. Pero como Tess afirmó en reiteradas ocasiones, Louella Mercy era capaz de convertir el Palacio de Buckingham en un lugar vulgar.

Cuando llegó, exactamente a las once, trató de ignorar lo que Louella alegremente llamaba su jardín artístico. El jockey con la sonrisa grande y tonta, los leones en dos patas, la resplandeciente luna llena azul sobre su pedestal de cemento, y la fuente de la muchacha serena que vertía agua de la boca de un pez de aspecto sorprendido.

Las flores crecían profusas, en una variedad de colores contrastantes que lastimaban los ojos. No existían ritmo, motivo, ni plan alguno para los arreglos florales. Cualquier planta que llamara la atención a Louella, se plantaba en el lugar que a la dueña de la casa se le antojaba. Y no cabe duda de que Louella tiene muchos antojos, pensó Tess.

En medio de un cantero de flores escarlatas y anaranjadas, se encontraba el último agregado: el torso sin cabeza de la diosa Niké.

Tess meneó la cabeza y tocó el timbre que hacía sonar los primeros compases de *The Stripper*.

Louella misma abrió la puerta y envolvió a su hija en mares de seda, un pesado perfume y la fragancia de los cosméticos. Louella jamás salía más allá de la puerta de su dormitorio a menos que estuviera completamente maquillada.

Era una mujer alta, de físico exuberante, con cuyas largas piernas todavía podía ejecutar toda clase de pasos de baile. Y lo hacía. Hacía mucho tiempo que el verdadero color de su pelo había caído en el olvido. Hacía años era rubio, de un tono tan estridente como la risa de Louella, y lo llevaba muy crespado al estilo más admirado por los evangelistas de la televisión. Pese a la cantidad de capas de base, de polvo y de rubor que se ponía, su rostro era impactante, con huesos fuertes y labios generosos, que destacaba un lápiz labial carmesí. Los ojos eran de color celeste claro, lo mismo que la sombra que decoraba sus párpados. A las cejas, arrancadas sin piedad, las suplía un fino trazo de lápiz negro.

Como siempre le sucedía, Tess se sintió tironeada por conflictivas oleadas de amor y de intriga.

-¡Mamá! -Sonrió al devolver el abrazo de su madre, pero alzó los ojos al cielo al ver a los dos perros pomerania a quienes Louella adoraba y que en ese momento ladraban como enloquecidos, fascinados por la excitación de tener visitas.

-De manera que has vuelto del salvaje oeste? -La tonada de Louella, típica del este de Texas tenía la resonancia de las cuerdas del banjo. Besó la mejilla de Tess y le limpió la mancha de rouge con la punta de un dedo mojado con saliva-. Bueno, entra y cuéntamelo todo. Espero que hayan enterrado con estilo a ese viejo cretino.

-Fue... interesante.

-No me cabe duda. Te propongo que tomemos un poco de café, querida. Es la mañana libre de Carmine, así que nos tendremos que servir nosotras mismas.

-Yo lo prepararé. -Le resultaba mil veces preferible preparar ella misma el café que tener que enfrentarse al criado de su madre. Tess trató de no imaginar el resto de los servicios que ese hombre le proporcionaba a Louella.

Cruzó la sala de estar decorada en rojos y dorados, rumbo a una cocina tan blanca que cegaba la vista. Como era habitual, no había ni una miga fuera de su lugar. Aparte del resto de obligaciones que Carmine asumiera en esa casa, no cabía duda de que era prolijo como una monja.

-Prepárame un poco de café también a mí. Estoy hambrienta como un oso.

Con los perros dando vueltas alrededor de sus pies, Louella abrió los armarios y la nevera. A los pocos instantes, la cocina era un caos. Tess debió esforzarse por contener una sonrisa. El caos seguía a su madre con tanta fidelidad como sus perritos, *Mimí* y *Maurice*.

-¿Has conocido a tus hermanas en el rancho?

-Si te refieres a mis medio hermanas, sí.

Azorada, Tess contempló la tarta de café que su madre acababa de sacar. Louella la estaba cortando en porciones enormes con un cuchillo de cocina. El trozo que sirvió en un plato decorado con enormes rosas debía ser el equivalente de diez billones de calorías.

-Bueno, ¿qué tal son? -Con idéntica generosidad, cortó un trozo de tarta para sus perros y colocó el plato de porcelana en el piso. Los perros comenzaron a comer y a gruñirse.

-La hija de la esposa número dos es callada, nerviosa.

-Esa es la divorciada de un tipo a quien le gustaba usar los puños. -Chasqueando la lengua, Louella depositó sus caderas amplias sobre el banquito de la cocina-. ¡Pobrecita! Una de mis chicas tuvo un problema parecido. El marido le pegaba hasta dejarla hecha un trapo. Por fin conseguimos internarla en un asilo. Ahora vive en Seattle. De vez en cuando me envía una postal.

Tess hizo un gesto de asentimiento. Las chicas de su madre eran todas las que trabajaban para ella, desde las camareras hasta las encargadas del bar, las que se dedicaban al *striptease* y las cocineras. Louella las abrazaba a todas, les prestaba dinero, les daba consejos. Tess siempre pensaba que el bar de Louella era en parte un club y en parte un hogar para bailarinas de torso desnudo.

-¿Y la otra? -preguntó Louella mientras atacaba su tarta de café-. La que tiene sangre india.

-¡Ah! Esa es una verdadera vaquera. Dura como el cuero, siempre anda caminando por todas partes calzada con botas sucias. Supongo que es capaz de desmayar de un golpe a una vaca. -Divertida por la idea, Tess sirvió el café-. No se

molestó en ocultar que no le gustaba que nosotras estuviéramos allí. -Se encogió de hombros, se sentó y probó un trocito de la tarta-. Tiene un medio hermano.

-Sí, ya lo sé. Conocí a Mary Wolfchild... por lo menos andaba por allí. Era una belleza de mujer y tenía un hijo de rostro muy dulce. Cara de ángel.

-Ha crecido, pero todavía tiene cara de ángel. Vive en el rancho y trabaja con los caballos o algo así.

-Creo recordar que su padre se encargaba de arrear las reses.

-Louella metió la mano en el bolsillo de su bata colorada y sacó un paquete de Virginia Slims-. ¿Y qué me dices de Bess? -Soltó el humo junto con una sonora carcajada-. ¡Dios, qué mujer! Con ella no tuve más remedio que andar con cuidado. No pude menos que admirarla: dirigía esa casa a la perfección y tampoco aceptaba ninguna tontería de Jack.

-Por lo que llegué a ver, sigue dirigiendo la casa.

-Una casa espléndida. Un rancho espléndido. -Al recordarlo, Louella sonrió-. Y un lugar espléndido. Aunque no puedo decir que lamente haber tenido que pasar solo un invierno allí. Uno vivía con esa maldita nieve hasta los sobacos.

-¿Por qué te casaste con él? -Al ver que Louella arqueaba una ceja, Tess se movió, incómoda-. Ya sé que nunca te lo he preguntado, pero te lo pregunto ahora. Me gustaría saber por qué te casaste con él.

-Es una pregunta muy sencilla y tiene una respuesta muy sencilla. -Louella vertió una avalancha de azúcar en su café-. Era el hijo de puta más sexualmente atractivo que conocí en mi vida. Tenía unos ojos fantásticos y una manera increíble de taladrarte con la mirada. Inclínaba la cabeza y sonreía como si supiera exactamente lo que haría más tarde y quisiera llevarte consigo.

Lo recordaba todo hasta el último detalle. El olor a sudor y a whisky, las luces que la cegaban. Y la manera como Jack Mercy entró en ese club nocturno cuando ella estaba en el escenario, solo cubierta por un par de plumas y un enorme tocado.

Su forma de fumar el cigarro mientras no le quitaba los ojos de encima. De alguna manera supuso que la estaría esperando después de su última actuación de la noche. Y fue con él sin dudarlo, de un casino a otro, bebiendo, jugando, con el Stetson de Jack sobre la cabeza.

En menos de cuarenta y ocho horas estaba de pie a su lado en una capillita de esas con música de disco y flores de plástico. Y tenía una alianza de oro en el dedo.

Tampoco le sorprendió no haber conservado más que dos años esa alianza.

-El problema fue que no nos conocíamos. Fue una cuestión de calentura y de fiebre de juego. -Con filosofía, Louella apagó el cigarrillo en el plato vacío-. Yo no estaba hecha para vivir en un maldito rancho ganadero de Montana. Tal vez podría haberlo intentado. ¿Quién sabe? Estaba enamorada de él.

Tess tragó un bocado de tarta antes de que se le quedara pegada en al garganta.

-¿Lo querías?

-Durante un tiempo, sí. -Louella se encogió de hombros con la tranquilidad que daban los años y la distancia-. Una mujer no podía seguir mucho tiempo enamorada de Jack, a menos que le faltaran células grises. Pero por un tiempo lo quise. Y de ese amor te saqué a ti. Además de cien mil dólares. No tendría a mi hija y tampoco tendría mi club si Jack Mercy no hubiera entrado esa noche al bar de Las Vegas y si no se hubiera encaprichado conmigo. Así que estoy en deuda con él.

-¿Estás en deuda con el hombre que sacó a patadas de su vida a ti y a tu hija? ¿Que te arregló con cien mil dólares de mierda?

-Hace treinta años, cien mil dólares valían mucho más que ahora. -Louella había aprendido de la nada a ser madre y empresaria. Y estaba orgullosa de haberlo logrado-. Y desde mi punto de vista, hice un trato muy conveniente.

-El rancho Mercy vale veinte millones. ¿Sigues creyendo que hiciste un buen arreglo?

Louella frunció los labios.

-El rancho era suyo, querida. Yo solo estuve un tiempo allí de visita.

-El tiempo suficiente para tener una hija y que te echaran a patadas de allí.

-Yo quise quedarme con mi hija.

-¡Mamá! -Ante esas palabras gran parte de la furia de Tess disminuyó, pero la injusticia seguía ardiendo en su corazón-. Tenías derecho a recibir más. Yo tenía derecho a más.

-Tal vez, y tal vez no. Pero en ese momento ese fue el trato que hicimos. - Louella encendió otro cigarrillo y decidió llegar tarde a su cita en el instituto de belleza. Presentía que en toda esa conversación había algo más-. La vida sigue su curso. Jack terminó teniendo tres hijas, y ahora ha muerto. ¿Me quieres decir qué te dejó a ti?

-Un problema. -Tess le quitó el cigarrillo a Louella e inhaló una rápida bocanada de humo. Fumar era un hábito que no aprobaba. ¿Qué persona sensata podía aprobarlo? Pero debía elegir entre esa bocanada de humo y los millones de calorías que todavía tenía en el plato-. Me dejó una tercera parte del rancho.

-¡Una tercera parte del...! ¡Dios santo, Tess, querida, eso es una fortuna!

Louella se puso de pie de un salto. Tal vez solo midiera un metro sesenta y su peso fuese más que generoso, pero había sido entrenada como bailarina y sabía moverse. Y en ese momento se movió con rapidez. Rodeó la mesa y abrazó a su hija con entusiasmo.

-¿Qué estamos haciendo aquí, bebiendo café? Debemos conseguir un poco de champán francés. Carmine tiene algunas botellas guardadas en alguna parte.

-Espera, mamá, espera. -Cuando Louella volvió a abrir la nevera, Tess le tironeó la bata-. No es tan sencillo.

-¡Mi hija la millonaria! ¡La magnate de la hacienda! -Louella descorchó la botella y las bañó en champán.

-La condición es que debo vivir allí durante un año. -Tess suspiró mientras Louella, feliz, se llevaba la botella a la boca y bebía a gollete-. Las tres debemos vivir allí durante un año, juntas. Porque en caso contrario no nos deja nada.

Louella se lamió el champán de los labios.

-Debes vivir un año en Montana? ¿En el rancho? -Empezó a temblarle la voz-. ¿Con las vacas? ¿Tú con vacas?

-Esa es la condición. Yo y las otras dos. Juntas.

Sosteniendo la botella con una mano y con la otra apoyada sobre la mesa, Louella empezó a reír. Rió tanto y durante tanto rato que le corrieron lágrimas por la cara, estropeándole el maquillaje.

-¡Dios mío! ¡Ese hijo de puta siempre supo hacerme reír!

-Me alegra que te parezca tan gracioso -dijo Tess con tono gélido-. Tú puedes reírte todo lo que quieras en Los Ángeles, pero yo tengo que mirar crecer el pasto.

Con un floreo, Louella vertió champán en las copas.

-Querida, siempre puedes mandarlo al diablo y seguir como hasta ahora.

-¿Y renunciar a varios millones? No me parece.

-No. -Louella se puso seria al estudiar a su hija, ese misterio al que de alguna manera había dado a luz. Es tan bonita, pensó, tan fría, tan segura de sí misma-. No,

no podrías hacer eso. Aguantarás ese año, Tess. -Y se preguntó si su hija no sacaría más de ellos que la tercera parte del valor de un rancho ganadero. ¿Ese año logrará suavizarla, limar sus aristas?

Alzó las copas y le entregó una a su hija.

-¿Cuándo te vas?

-Mañana a primera hora. -Soltó un largo y profundo suspiro-.

Tendré que ir a comprarme unas malditas botas -murmuró y luego, con una pequeña sonrisa, brindó por sí misma-. ¡Qué diablos! No es más que un año.

Mientras Tess bebía champán en la cocina de su madre, Lily estaba de pie al borde de una pradera, observando pastar a los caballos. Jamás había visto algo tan hermoso como el viento que soplaba a través de sus crines, con esas montañas detrás, todas azules y blancas.

Por primera vez en muchos meses había dormido toda la noche, sin somníferos, sin pesadillas, arrullada por el silencio.

Y en ese momento reinaba el silencio. A la distancia, alcanzaba a oír el ruido de las maquinarias. Era solo un zumbido en el aire. Esa mañana oyó a Willa hablando con alguien acerca de la necesidad de cosechar, pero ella no quiso ser un estorbo. Podía estar sola allí, con los caballos, sin molestar a nadie, y sin que nadie la molestara a ella.

Durante tres días la dejaron vivir a su antojo. Nadie decía nada cuando vagaba por la casa o cuando salía a explorar el rancho. Si pasaban a su lado, los peones la saludaban llevándose la mano al sombrero, y Lily imaginaba que harían comentarios y que habría murmuraciones. Pero no le importaba.

Allí el aire tenía un gusto a dulce. Desde donde estuviera alcanzaba a ver algo hermoso: el agua de un arroyo que caía sobre unas rocas, el relámpago del vuelo de un pájaro en el bosque, ciervos que cruzaban el camino.

Pensó que un año en ese lugar sería el paraíso.

Adam permaneció un momento observándola, balde en mano. Sabía que Lily iba allí todos los días. La había visto alejarse de la casa, del granero, de las caballerizas y encaminarse a esa pradera. Y allí se quedaba, junto al alambrado, muy quieta, en silencio.

Muy sola.

Esperó, convencido de que necesitaba estar sola. Por lo general, cicatrizar las heridas era una cuestión solitaria. Pero también creía que Lily debía necesitar un amigo. Así que en ese momento caminó hacia ella, con cuidado de hacer bastante ruido, para no sobresaltarla. Cuando ella se volvió, su sonrisa fue lenta y vacilante, pero sonrió.

-Lo siento. Aquí no estoy en su camino, ¿verdad?

-No está en el camino de nadie.

Como ella ya se estaba acostumbrando a relajarse con él, volvió a mirar los caballos.

-Me encanta mirarlos.

-Puede mirarlos más de cerca.

No le hacía falta el balde lleno de cereal para atraer a los animales hacia el cerco. Cualquiera de ellos se le acercaría si lo llamara. Le entregó el balde a Lily.

-Lo único que tiene que hacer es sacudirlo.

Ella obedeció y notó, fascinada, que varios pares de orejas se levantaban. Los caballos se acercaron al trote al cerco. Sin pensar en lo que hacía, ella metió la mano dentro del balde, la sacó llena de grano y alimentó a una hermosa yegua baya.

-Veo que no es el primer contacto que tiene con caballos.

Ante el comentario de Adam, Lily retiró la mano.

-Lo siento. Debería haberle preguntado antes de alimentarla.

-No se preocupe. -Lamentaba haberla sobresaltado, haber borrado su sonrisa.

Esa luz veloz que se le reflejó en unos ojos que eran de un tono que estaban entre el gris y el azul. Como el agua de un lago cuando refleja las sombras del anochecer, pensó Adam-. Ven, *Molly*.

Al oír su nombre, la ruana recorrió el alambre al trote hasta llegar a la tranquera. Adam la condujo al corral y le puso una cabezada.

De nuevo con timidez, Lily se limpió el polvo del grano de los vaqueros y avanzó con paso vacilante.

-¿Se llama *Molly*?

-Sí. -Adam mantuvo la mirada fija en la yegua para darle tiempo a Lily de volver a tranquilizarse.

-Es bonita.

-Es una buena yegua de paseo. Bondadosa. Tiene un galope un poco duro, pero ella hace todo lo que puede, ¿verdad, muchacha? ¿Sabe montar a caballo en monturas del oeste, Lily?

-Si yo... ¿qué?

-Es probable que haya aprendido en monturas inglesas. -Adam hizo un esfuerzo para mantener un tono de conversación ligero mientras le ponía el mandil a *Molly*-. Si lo prefiere, Nate tiene monturas inglesas. Le podemos pedir alguna prestada.

Ella entrelazó las manos, como lo hacía cada vez que se ponía nerviosa.

-No comprendo.

-¿Tiene ganas de montar, no es cierto? -preguntó él mientras deslizaba una de las monturas viejas de Willa sobre el lomo de *Molly*-. Se me ocurrió que podríamos subir un trecho a los montes. A lo mejor vemos algún ciervo.

Ella se sintió tironeada entre las ganas y el miedo.

-Hace mucho que no monto. Demasiado tiempo.

-Es algo que uno nunca olvida. -Adam calculó el largo de las piernas de Lily para acomodar los estribos-. Una vez que conozca los alrededores, podrá ir sola si quiere. -Entonces se volvió y notó que a cada momento ella miraba hacia la casa principal. Como si midiera la distancia-. No debe tenerme miedo.

Lily le creyó. Eso era lo que le daba miedo: que resultara tan fácil creerle. ¿Cuántas veces creyó en Jess?

Pero eso ha terminado, se recordó. Si ella misma lo permitía, podría comenzar una nueva vida.

-Me gustaría dar una vuelta corta, si usted está seguro de que no hay inconveniente.

-¿Qué inconveniente puede haber? -Se le empezó a acercar, pero se detuvo instintivamente antes de que ella se dejara vencer por la timidez-. No es necesario que se preocupe por Willa. Tiene buen corazón, un corazón generoso. Lo que pasa es que en este momento le duele.

-Ya sé que está angustiada. Y tiene todo el derecho del mundo. -Sin poder resistirse, Lily levantó una mano y acarició la cara de *Molly*-. Y debe de estar más angustiada después de encontrar a ese pobre novillo. No comprendo quién pudo

hacer algo así. Willa está muy enojada. Y muy ocupada. Siempre tiene algo que hacer y en cambio yo... bueno, simplemente estoy aquí.

-¿Quiere tener algo que hacer?

Con la yegua entre ellos, le resultó fácil sonreír.

-No si se trata de castrar terneros. Los oí esta mañana. -Se estremeció, luego logró reír de sí misma-. Salí de la casa antes de que Bess pudiera obligarme a desayunar. Creo que no hubiera podido aguantar nada en el estómago.

-Es una de esas cosas a las que uno se acostumbra.

-No lo creo. -Lily exhaló sin darse cuenta de lo cerca que estaba su mano de la de Adam sobre la cabeza de la yegua-. Para Willa todo eso es natural. ¡Es tan segura y tiene tanta confianza en sí misma! Le envidio eso de saber exactamente quién es uno. Para ella yo no soy más que un estorbo y por eso no he podido reunir el coraje suficiente para hablarle, para preguntarle si hay algo que pueda hacer para ayudar.

-Tampoco debe tenerle miedo a Willa. -Pasó la yema de los dedos sobre los de ella y, cuando Lily apartó la mano, continuó acariciando la cabeza de la yegua-. Pero mientras tanto, me lo podría preguntar a mí. Me hace falta un poco de ayuda. Con los caballos -agregó, al ver que ella se quedaba mirándolo fijo.

-¿Quiere que lo ayude con los caballos?

-Es mucho trabajo, sobre todo cuando llega el invierno. -A sabiendas de que acababa de sembrar la semilla, retrocedió-. Piénselo. -Después unió las manos y volvió a sonreírle-. La ayudare a montar. Mientras yo ensillo usted puede dar vueltas con ella por el corral, así empiezan a conocerse.

Ella tenía la garganta tan cerrada que tuvo que tragar con fuerza para aclararla.

-Usted ni siquiera me conoce.

-Pero supongo que también nosotros nos llegaremos a conocer. -Permaneció donde estaba, con las manos unidas para ayudarla a montar, mirándola con paciencia a los ojos-. Solo tiene que apoyar un pie sobre mis manos, Lily, no la vida.

Lily se sintió tonta, así que aferró la montura y permitió que él la ayudara a montar. Una vez arriba, lo miró, los ojos solemnes en el rostro maltratado.

-Adam, mi vida es un lío.

El solo asintió mientras le revisaba la altura de los estribos.

-Tendrá que empezar a desenredarla. -Le apoyó un instante la mano sobre el tobillo, para que ella se acostumbrara a su contacto-. Pero hoy, lo único que tiene que hacer es dar una vuelta por los montes.

La putita, permitiendo que ese medio indio la manoseara. La puta llorona que creía que podría librarse de Jesse Cooke, que pensaba que podría huir sin que él la alcanzara. Que lo hizo perseguir por la policía. Se lo haría pagar.

Jesse observaba la escena a través de los binoculares mientras le hervía de rabia la sangre. Se preguntó si ese mestizo que se dedicaba a cuidar caballos ya habría conseguido poner de espaldas a Lily. Bueno, el cretino también se las pagaría. Lily era la mujer de Jesse Cooke y muy pronto se lo volvería a recordar.

La pequeña imbécil se creyó muy lista al huir a Montana. Pero el día en que Jesse no pudiera ganarle en inteligencia a una mujer, sería el primer día en que el sol no saldría por el este.

Sabía que ella no haría nada sin antes ponerse en contacto con su querida mamá. De manera que solo tuvo que montar guardia frente a la pequeña casa de Virginia. Y dedicar todas las mañanas a revisar la correspondencia en busca de una carta de Lily.

La perseverancia le dio excelentes resultados. Tal como imaginaba, la carta llegó. Jesse se la llevó a su habitación del hotel y abrió el sobre al vapor. ¡Ah, sí! Jesse Cooke no era ningún tonto. Leyó la carta, se enteró del lugar adonde ella se dirigía y de lo que pensaba hacer.

Va a cobrar una herencia, pensó con amargura. Y quería impedir que su propio marido obtuviera su porción de la tarta. Eso ni loco, pensó Jesse.

En cuanto volvió a cerrar el sobre y lo colocó en el buzón de la madre de Lily, se dirigió a Montana. Y en ese momento sabía que llegó dos días antes que la imbécil de su mujer. Con el tiempo suficiente para que un tipo tan inteligente como él estudiara el terreno y consiguiera trabajo en Three Rocks.

Un trabajo de mierda y miserable, pensó en ese momento, como mecánico encargado de reparar los motores. Bueno, se apañaba bien con los motores y siempre había un jeep que necesitaba una puesta a punto. Y cuando no estaba trabajando con motores, lo tenían día y noche revisando alambrados.

Pero eso le resultaba útil, muy útil, como en ese momento. Un hombre que salía a revisar los alambrados sobre cuatro ruedas, bien podía desviarse un poco para enterarse de lo que sucedía.

Y acababa de ver más que suficiente.

Jesse se pasó los dedos sobre el bigote que se había dejado crecer y que tiñó, lo mismo que el cabello, de un castaño claro. No es más que una precaución, pensó, un disfraz pasajero por si Lily llegaba a hablar de él. Si lo hiciera, estarían atentos para ver aparecer a un hombre rubio con la cara perfectamente afeitada. También se dejó crecer el pelo y seguiría dejándolo crecer. Como un maricón de mierda, pensó, furioso ante la necesidad de renunciar a su severo corte de infante de Marina.

Pero en definitiva, todo valdría la pena. Cuando recuperara a Lily, cuando le recordara quién era el jefe. Quién mandaba allí.

Hasta que llegara ese día feliz, se mantendría cerca. Y observaría.

-Diviértete, puta -murmuró entrecerrando los ojos detrás de los binoculares mientras veía a Lily salir a caballo al paso, junto a Adam-. Ya llegará el momento en que me lo pagarás todo.

Cuando Willa regresó a la casa del rancho, el día casi llegaba a su fin. Descornar y castrar el ganado era un trabajo desagradable, miserable y agotador. Sabía que se estaba obligando a hacer demasiado y también sabía que seguiría haciéndolo. Quería que los peones la vieran en todos sus aspectos, capaz de llevar a cabo todos los trabajos. Aún en las circunstancias más favorables, cambiar de patrón era una transición difícil. Y las de ellos estaban lejos de ser las circunstancias más favorables.

Por eso intervino cuando un rebaño de alces echó abajo un alambrado causando estragos: lideró personalmente a los peones para ahuyentarlos y reparar los alambrados.

En ese momento, con el trabajo del día terminado, y cuando los hombres se instalaban para comer y para jugar a las cartas en la casa de los peones, ella se moría por darse un buen baño y por comer algo caliente. Estaba a mitad de camino de la escalera para dirigirse al baño, cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Como sabía que Bess debía de estar ocupada en la cocina, bajó a abrir.

Recibió a Ben con el entrecejo fruncido.

-¿Qué quieres?

-Una cerveza fría me caería muy bien.

-Esto no es un bar. -Pero mientras lo decía se volvió hacia la sala de estar y se dirigió a la nevera que había detrás del bar-. Date prisa, Ben, porque yo todavía no he comido.

-Yo tampoco. -Tomó la botella que ella le acercaba-. Pero supongo que no me invitarás a acompañarte.

-Tengo ganas de estar sola.

-En realidad nunca te he visto con ganas de estar acompañada. -Echó atrás la cabeza y bebió de la botella-. No nos hemos visto desde que estuvimos en las tierras altas. Creí que debía decirte que no pude encontrar nada. Se me perdió el rastro. Te aseguro que quien haya estado allá arriba conocía el lugar y sabía ocultar su rastro.

Ella tomó otra botella de cerveza y, como le dolían los pies, se dejó caer en el sofá, junto a Ben.

-Pickles cree que fue obra de algunos chicos. Drogados y locos.

-¿Y tú?

-Yo no lo creo. -Se encogió levemente de hombros-. Aunque eso parece la mejor explicación.

-Tal vez. No tiene mucho sentido que volvamos a subir. Ya bajamos el ganado. ¿Tu hermana ha vuelto de Los Ángeles?

Willa dejó de mover la cabeza para aflojar la tensión de sus hombros y lo miró.

-Veo que estás muy interesado en los asuntos de Mercy, McKinnon.

-Ahora eso es parte de mi trabajo. -Le gustaba recordárselo, lo mismo que le gustaba mirarla, con el pelo que se le escapaba de la trenza y las botas apoyadas al lado de las suyas-. ¿Has tenido noticias de ella?

-Llegará mañana, de manera que si con eso termina tu interés en meterte en mis asuntos, puedes...

-¿Me la vas a presentar? -Se dio el gusto de extender una mano para jugar con el pelo de Willa-. Tal vez me caiga bien, en cuyo caso la mantendré ocupada y fuera de tu camino por un tiempo.

Ella le apartó la mano con impaciencia, pero Ben la volvió a acercar.

-¿Las mujeres siempre caen rendidas a tus pies?

-Todas menos tú, querida. Y eso debido a que no he encontrado la manera correcta de hacerte perder el equilibrio. -Le pasó la yema de un dedo por la mejilla y la miró entrecerrar los ojos-. Pero me estoy esmerando en ese asunto. ¿Y qué me dices de la otra?

-¿Qué otra?

Willa estaba deseando alejarse un poco de él, pero sabía que si lo hacía quedaría como una tonta.

-Tu otra hermana.

-Anda por ahí.

Ben sonrió con lentitud.

-Te estoy poniendo nerviosa. ¿No te parece interesante?

-Veo que de nuevo hace falta que alguien te baje el ego.

Empezó a ponerse de pie. Ben le apoyó una mano en el hombro para impedirlo.

-¡Bueno, bueno! -exclamó al percibir que ella vibraba bajo el contacto de su mano-. Parece que no te he estado prestando bastante atención. Ven aquí.

Willa se concentró en mantener una respiración uniforme y cambió con lentitud su manera de sostener la botella de cerveza. «Qué arrogante es! -pensó-. ¡Qué pedante! Está convencido de que si aprieta el botón indicado yo me derretiré ante él.»

-Quieres que me acurruque contra ti -ronroneó mientras notaba que Ben abría los ojos sorprendido por la calidez de su tono-. Y si lo hago, ¿qué sucederá?

Ben podría haberse calificado de tonto... si le quedara sangre en la cabeza para permitirle pensar. En ese momento lo único que pudo hacer fue percibir la lujuria que despertaba en él esa voz ronca.

-Diría que ya es hora de que lo averiguáramos.

Le agarró la camisa y la atrajo hacia sí. Si no hubiera apartado la mirada de los ojos de Willa para fijarla en su boca, lo habría visto venir. Pero en cambio de repente se encontró lejos de esa boca y' bañado en la cerveza que ella le había vertido sobre la cabeza.

-¡Eres tan tonto, Ben! -Orgullosa de sí misma, se inclinó para depositar la botella de cerveza vacía sobre una mesa-. ¿Crees que habría podido vivir la vida entera en un rancho, rodeada de hombres lujuriosos sin prever a mucha distancia una actitud como la tuya?

El se pasó con lentitud una mano sobre el pelo mojado.

-Supongo que no. Pero por otra parte...

Se movió con rapidez. Cuando se encontró atrapada bajo el cuerpo de Ben, Willa pensó que hasta una víbora cascabelea antes de atacar. Y en ese momento a ella solo le quedaba el disgusto que sentía hacia sí misma por encontrarse apretada contra los almohadones del sofá con un hombre con los ojos inyectados en sangre encima.

-No lo viste venir. -Le tomó las muñecas y la obligó a levantar los brazos por encima de la cabeza. Willa estaba colorada, pero él no creyó que solo fuera por efecto de la rabia. La furia no la hacía temblar, ni habría puesto esa repentina mirada femenina en sus ojos-. ¿Te da miedo permitir que te bese, Willa? ¿Tienes miedo de que te guste?

A ella el corazón le latía con demasiada fuerza, hasta el punto de que tuvo miedo de que le atravesara las costillas. Le ardían los labios, como si sus nervios se prepararan para lo que estaba por suceder.

-Cuando quiera que me beses, te lo diré.

Ben solo sonrió y se inclinó más hacia ella.

-¿Por qué no me dices que no quieres? ¡Vamos, dímelo! -La voz se le puso ronca cuando le besó el mentón con suavidad-. Dime que no quieres que te guste. Una sola vez.

No podía decírselo. Habría sido una mentira, pero las mentiras no la preocupaban. Sencillamente tenía la garganta tan seca que le resultaba imposible pronunciar una sola palabra. De modo que se decidió por la otra opción, y levantó la rodilla con fuerza y rapidez.

Tuvo el placer de verlo ponerse pálido como un muerto antes de desplomarse sobre ella.

-Levántate de encima mío. ¡Levántate pedazo de idiota! No me dejas respirar.

Desesperada por inhalar un poco de aire, se arqueó y lo hizo lanzar un gemido. Willa consiguió respirar una bocanada de aire antes de aferrarle un mechón de pelo y tirar con fuerza.

Rodaron del sofá y fueron a dar sobre el suelo. Ella vio las estrellas cuando su codo golpeó contra una mesa. El dolor y la furia la llevaron a atacarlo. Algo se rompió en el suelo mientras luchaban encima de lo que fuera, gruñendo y lanzando maldiciones.

Ben trataba de defenderse, pero no cabía duda de que ella iba en busca de sangre. Y lo demostró mordiéndole el brazo justo debajo del hombro. Ben aulló,

convencido de que le iba a arrancar un pedazo y consiguió aferrarle el mentón y apretarlo. Con la presión, Willa aflojó el mordisco.

Rodaron entre ruido de botas, pegando codazos, tratando de aferrar al otro con las manos. Willa no se dio cuenta de que estaba riendo hasta que él consiguió inmovilizarla. Y siguió riendo, incapaz de detenerse siquiera para respirar, mientras él la miraba fijo.

-¿Te parece gracioso? -Ben entrecerró los ojos y luego sopló para sacarse el pelo de la cara. Pero en definitiva, agradecía que ella no hubiera podido arrancárselo a manojos-. Me has mordido.

-Ya sé. -Hablabla con dificultad y se pasaba la lengua por los dientes-. Creo que tengo parte de tu camisa en la boca. Suéltame, Ben.

-Para que me puedas volver a morder o pegarme un puntapié en las pelotas? - Como todavía le dolían, y mucho, entrecerró los ojos y rió con aire despectivo-. Luchas como una chica.

-¿Y qué? Da resultado.

El estado de ánimo de Ben volvía a cambiar. Alcanzaba a percibir esa cálida transición que iba del enojo a la lujuria, del insulto al interés. Tal como habían quedado en el suelo, el pecho de Willa estaba agradablemente apretado contra el suyo y tenía las piernas abiertas, con las de él entre ellas.

-Sí, da resultado. El hecho de que seas mujer parece convenir a la situación.

Agitada entre el pánico y el deseo, ella notó el cambio de la mirada de Ben.

-¡No lo hagas! -En ese momento él tenía la boca a apenas dos centímetros de la de ella, y Willa volvía a respirar con dificultad.

-¿Por qué no? No le hará daño a nadie.

-No quiero que me beses.

Ben alzó una ceja y sonrió.

-¡Mentirosa!

Y ella se estremeció.

-Sí.

La boca de Ben estaba casi sobre la suya cuando oyeron el primer grito de desesperación.

Ben rodó sobre sí mismo y se puso de pie. Esa vez, mientras corría tras él, Willa no pudo menos que admirar su velocidad. Los gritos todavía resonaban cuando él abrió la puerta de entrada.

-¡Dios! -susurró mientras saltaba sobre el revoltijo sanguinolento para tomar a Lily en sus brazos-. Está bien, querida.

En un movimiento automático se movió para impedir que siguiera viendo el desagradable espectáculo, comenzó a acariciarle la espalda con suavidad y su mirada se encontró con la de Willa.

En sus ojos advirtió el impacto que sufría, pero no era el horror desesperado de la mujer a quien tenía en brazos. Esta es frágil, pensó, mientras que Willa siempre será fuerte.

-Deberías entrar -dijo, dirigiéndose a Willa.

Pero Willa meneaba la cabeza y seguía con la mirada clavada en el cuerpo destrozado, mutilado y sanguinolento que tenía a sus pies.

-Debe ser uno de los gatos del granero.

O lo fue, pensó con aire sombrío, antes de que alguien lo decapitara, le abriera el vientre, le sacara los intestinos y dejara todo desparramado en la puerta de su casa, como un regalo.

-Llévala adentro -insistió Ben.

Los gritos habían atraído a otros. Adam fue el primero en llegar al porche. Vio a Lily sollozando en brazos de Ben. Y el nudo que se le formó en la boca del estómago tuvo tanto que ver con eso como con lo que vio sobre el porche.

Con un movimiento instintivo, se acercó, apoyó una mano sobre el brazo de Lily y, cuando ella se sobresaltó, trató de tranquilizarla.

-Está bien, Lily.

-Adam, yo vi... -Tuvo un acceso de náuseas.

-Ya sé. Ahora entra. Mírame -agregó alejándola con cuidado de Ben y conduciéndola hacia la puerta. Dio un rodeo para no pisar el cuerpo sanguinolento que había sobre el piso-. Willa te llevará adentro.

-Mira, tengo que...

-Cuida a tu hermana, Will -interrumpió Adam y tomando la mano de Willa la colocó con firmeza sobre el brazo de Lily.

Willa perdió la batalla al percibir que Lily temblaba. Murmuró una maldición y la tironeó hacia dentro.

-Ven. Debes sentarte.

-Yo vi...

-Sí, ya sé lo que viste. Olvídalo.

Willa cerró la puerta con decisión dejando que los hombres se encargaran del cuerpo sin cabeza del gato.

-¡Por amor de Dios, Adam! ¿Eso es un gato? -preguntó Jim Brewster, pasándose una mano por la boca-. No cabe duda de que alguien se entretuvo con él.

Adam se volvió y estudió por turno a cada uno de los hombres: Jim, pálido, con la manzana de Adán moviéndose; Ham, con los labios apretados; Pickles con un

rifle al hombro. También estaban Billy Vincent, de apenas dieciocho años, con ojos ansiosos, y Wood Book quien se acariciaba la negra barba sedosa.

El primero que habló fue Wood, con tono tranquilo.

-¿Dónde está la cabeza? No la veo por aquí.

Se acercó. Wood se encargaba de sembrar, atender y cosechar los granos y su esposa, Nell, era quien cocinaba para los peones. Wood olía a Old Spice y a pastillas de menta. Adam sabía que era un hombre sensato, tan implacable como el peñón de Gibraltar.

-Tal vez a quien haya hecho esto le gusten los trofeos.

Las palabras de Adam interrumpieron los murmullos. El único que no podía dejar de hablar era Billy.

-¡Por amor de Dios! ¿Alguna vez habéis visto algo semejante? Desparramó las entrañas del gato por todas partes, ¿verdad? ¿Quién puede ser capaz de hacerle eso a un gato estúpido? ¿Qué creen que...?

-¡Cállate la boca, pedazo de imbécil! -La orden con tono de cansancio fue impartida por Ham. Lanzó un suspiro y sacó su paquete de cigarrillos-. Vuelvan todos a comer. Aquí no tienen nada que hacer, aparte de quedarse mirando con la boca abierta como unas viejas en un desfile de modelos.

-No tengo demasiado apetito -murmuró Jim, pero los demás se alejaron.

-No cabe duda de que esto es un lío -dijo Ham-. Supongo que podría ser obra de un chico. Los hijos de Wood son un poco salvajes pero no desalmados. Si me lo preguntan, hay que ser desalmado para hacer una cosa así. Pero de todos modos les hablaré.

-Ham, ¿te importa si te pregunto qué han estado haciendo los peones durante la última hora?

Ham estudió a Ben por entre una cortina de humo.

-Han andado por aquí y por allá, lavándose para la comida y cosas por el estilo. Pero si eso es lo que me pregunta, no los he estado vigilando. Los hombres que trabajan en este rancho no andan descuartizando un gato por divertirse.

Ben solo asintió. No correspondía que hiciera más preguntas, y ambos lo sabían.

-Tiene que haber sucedido en la última hora. Hace un rato que estoy aquí y cuando llegué esto no estaba.

Ham aspiró una bocanada de humo y asintió.

-Hablaré con los chicos de Wood. -Dirigió una última mirada a lo que había en el suelo del porche-. No cabe duda de que es un verdadero lío -repitió, y enseguida se alejó.

-Les han descuartizado dos animales en una semana, Adam.

Adam se puso de rodillas y apoyó los dedos sobre la piel ensangrentada del gato.

-Se llamaba *Mike*. Era viejo, estaba casi ciego de un ojo y debería haber muerto mientras dormía.

-Lo siento. -Ben comprendía bien el afecto y hasta la intimidad que uno podía tener con un animal y apoyó una mano sobre el hombro de Adam-. Creo que tenéis un verdadero problema.

-Sí. Esto no ha sido obra de los chicos de Wood. No son malvados. Y tampoco estuvieron arriba en las montañas cuando alguien descuartizó ese novillo.

-No, no creo que anduvieran por allí. ¿Conoces bien a tus hombres?

Adam levantó la mirada. Su dolor era fuerte, directo.

-Los peones no son responsabilidad mía. Los caballos, sí. -Todavía está tibio, pensó mientras acariciaba la piel del gato. Se enfriaba con rapidez, pero todavía estaba tibia-. Pero los conozco bastante bien. Aparte de Billy, hace años que están todos aquí, y a él lo contrataron el verano pasado. Tendrás que preguntárselo a Willa, ella debe saber más que yo. -Volvió a mirar los restos y se conmovió por ese gato viejo y casi ciego a quien todavía le gustaba cazar-. Lily no debió haber visto esto.

-No, no debió de haberlo visto. -Ben suspiró y pensó en lo cerca que había estado esa muchacha de ver al autor del hecho-. Te ayudaré a enterrarlo.

En el interior de la casa, Willa se paseaba por la sala de estar.

¿Cómo mierda se suponía que debía cuidar a esa mujer? ¿Y por qué le habría encomendado Adam una tarea tan inútil? Lo único que Lily hacía era permanecer hecha un nudo en un rincón del sofá, temblando.

Le había dado whisky, ¿verdad? Y, por falta de algo mejor, hasta le llegó a palmear la cabeza. Tenía un problema entre manos, ¡por amor de Dios! y lo último que necesitaba era que lo empeorara una debilucha del este.

-Lo siento. -Fueron las primeras palabras que Lily pudo pronunciar desde su entrada en la casa. Respiró hondo y volvió a intentarlo-. Lo siento. No debí haber gritado de esa manera. Nunca había visto nada... estaba con Adam, ayudándolo con los caballos y entonces yo... simplemente.

-Bébetese ese maldito whisky, ¿quieres? -pidió Willa con tono cortante, pero se maldijo al ver que Lily se encogía y obediente, se llevaba el vaso a los labios. Furiosa consigo misma, Willa se pasó las manos por la cara-. Supongo que cualquiera habría gritado al encontrarse con algo así. No estoy enojada contigo.

Lily odiaba el whisky, el ardor que producía, el olor que tenía. A Jess le gustaba el Seagram's. Y a medida que descendía el nivel del líquido de la botella, su humor empeoraba. Siempre. Pero en ese momento ella simuló que bebía.

-¿Era un gato? Me pareció que era un gato. -Lily se mordió los labios con fuerza para que no le temblara la voz-. ¿Era tu gato?

-Los gatos son de Adam. Y los perros también. Y los caballos. Pero me lo hicieron a mí. No lo dejaron en el porche de la casa de Adam. Me lo hicieron a mí.

-Igual que... igual que el novillo.

Willa dejó de pasearse por el cuarto y la miró por encima del hombro.

-Sí. Igual que el novillo.

-Aquí tenéis una linda bandeja con té -dijo Bess entrando apresurada, bandeja en mano. En cuanto la apoyó sobre una mesa, comenzó a quejarse-. ¿Cómo se te ocurre darle whisky a esa pobre chica, Willa? Lo único que ganará será una descomposición de estómago. -Con suavidad sacó el vaso de las manos de Lily y lo depositó sobre un mueble-. Bebe un poco de té, querida, y descansa. Has sufrido un impacto muy fuerte. Will, deja de caminar de un lado para el otro y siéntate.

-Encárgate tú de cuidarla. Yo voy a salir.

A pesar de servir el té con mano segura, Bess dirigió una mirada dura a la espalda de Willa que en ese momento iniciaba la retirada.

-Esa chica nunca escucha.

-Está angustiada.

-¿No crees que lo estamos todos?

Lily tomó la taza con las dos manos, al beber se sintió inundada por una agradable calidez.

-Para ella es más angustioso. Se trata de su rancho.

Bess inclinó la cabeza.

-También es tuyo.

-No. -Lily volvió a beber y poco a poco se fue calmando-. Siempre será suyo.

El gato había desaparecido pero el suelo de madera del porche todavía estaba cubierto de sangre. Willa volvió a entrar en la casa, en busca de un cubo con agua jabonosa y de un cepillo. Sabía que era algo que Bess habría hecho, pero no se trataba del tipo de cosa que le gustaba pedirle a otro.

De rodillas y bajo la luz del porche, lavé las señales de violencia. La muerte sucedía. Había creído que era algo que aceptaba y comprendía. Los vacunos se criaban por su carne y una gallina que dejaba de poner terminaba en la olla. Los ciervos y los alces se cazaban y se comían.

Así eran las cosas.

La gente vivía y moría.

Ni siquiera la violencia le era desconocida. Ella misma había disparado sobre un ser vivo y luego cuereado el animal con sus propias manos. Su padre insistió en que lo hiciera, le ordenó que aprendiera a cazar, a observar al venado que caía sangrando. Le exigió que supiera vivir con ello.

Pero esa crueldad, ese desperdicio, esa maldad que acababan de dejar frente a su puerta, no formaba parte de ese ciclo. Limpió cada gota de sangre. Y con el balde lleno de un líquido sanguinolento a su lado, se puso de cuclillas y levantó la mirada al cielo.

Mientras observaba, cayó una estrella, atravesando la noche con su blanca cola y hundiéndose en el olvido.

Desde algún lugar cercano gritó una lechuza y supo que los animales en peligro de ser cazados estarían corriendo a buscar refugio. Porque era una noche con luna de cazadores, llena y brillante. Esa noche habría muerte... en los montes, en los bosques, en el pasto. No existía manera de negarlo.

Pero eso no debió darle ganas de llorar.

Oyó pasos y recobró con rapidez su compostura. En el momento en que se ponía de pie, Ben y Adam llegaban desde el otro lado de la casa.

-Yo me habría encargado de hacer eso, Will -dijo Adam, tomando el balde-. No era necesario que lo hicieras tú.

-Ya está hecho. -Estiró un brazo y le acarició la cara-. Siento lo de *Mike*, Adam.

-Le gustaba tomar el sol en la roca detrás del granero. Lo enterramos allí. -Miró hacia la ventana-. ¿Y Lily?

-Está con Bess. Ella la ayudará más de lo que podría ayudarla yo.

-Tiraré esto y luego iré a ver cómo está.

-Está bien. -Pero mantuvo otro instante la mano sobre la mejilla de Adam, murmurando algo en el idioma de la madre de ambos.

Lo hizo sonreír, no por las palabras de consuelo sino por el idioma en que las pronunciaba. Pocas veces lo usaba, y solo en momentos muy importantes. Se alejó y la dejó con Ben.

-Tienes un problema en las manos, Will.

-Te diría que tengo varios.

-El que haya hecho eso, lo hizo mientras nosotros estábamos dentro. -Peleando como un par de niños tontos, pensó-. Ham va a hablar con los hijos de Wood.

-¿Con Joe y Pete? -Will lanzó un bufido, luego se balanceó sobre los talones para reconfortarse-. De ninguna manera pudieron ser ellos, Ben. A esos chicos les gusta moverse como locos por todas partes, y de vez en cuando se pelean como desesperados, pero serían incapaces de torturar a un gato viejo.

Él se rascó la cicatriz del mentón.

-Notaste cómo estaba, ¿verdad?

-Tengo ojos, ¿no crees? -Tuvo que volver a respirar hondo para no descomponerse-. Lo fue cortando a pedacitos y también tenía algo parecido a quemaduras, posiblemente hechas con un cigarrillo. No fueron los chicos de Wood. La primavera pasada Adam les regaló un par de gatitos. Los malcrían como si fueran bebés.

-¿Últimamente Adam ha hecho algo que pueda haber enfurecido a alguien?

Ella no lo miró.

-No se lo hicieron a Adam. Me lo hicieron a mí.

-Está bien. -Como estaba de acuerdo no pudo menos que asentir. Y se preocupó-. ¿Has hecho enfurecer a alguien últimamente?

-¿Aparte de a ti?

Ben sonrió apenas, subió un escalón y se colocó a la misma altura que ella.

-Tú me has estado enfureciendo y ahuyentando toda la vida. Así que eso no cuenta. Y te lo digo en serio, Willa. Cerró una mano sobre la de ella y entrelazó los dedos de ambos-. ¿Se te ocurre que puede haber alguien que quiera hacerte daño?

Sorprendida por la unión de su mano con la de Ben, ella las miró.

-No. Tal vez a Pickles y a Wood pueda resultarles un poco molesto que yo esté a cargo del rancho. Sobre todo Pickles. Porque soy mujer. Pero no tienen nada personal en mi contra.

-Pickles estaba en las tierras altas -señaló Ben-. ¿Lo crees capaz de hacer algo como esto para dañarte? ¿Para asustar a una mujer?

Esas palabras despertaron todo su amor propio.

-¿Te parezco asustada?

-Me sentiría mejor si lo estuvieras. -Pero se encogió de hombros-. ¿Crees que puede haberlo hecho él?

-Hace un par de horas habría dicho que no. Ahora no estoy segura. -Comprendió que eso era lo peor de todo. No saber con seguridad en quién confiar, o hasta qué punto confiar en ellos-. Pero no lo creo. Tiene genio rápido y le gusta hablar y jactarse, pero no me lo imagino matando sin motivo.

-Yo diría que en todo esto existe un motivo. Es lo que debemos tratar de descubrir.

Ella alzó el mentón.

-¿Tú crees?

-Tu tierra es vecina a la mía, Will. Y durante el próximo año, formas parte de mis responsabilidades. -Cuando ella trató de retirar su mano, él la retuvo con más fuerza-. Es una realidad y supongo que, con el tiempo, los dos nos acostumbraremos a ella. Estoy decidido a cuidarte y a cuidar de lo que es tuyo.

-No te acerques demasiado, Ben, corres el riesgo de terminar con un ojo negro.

-Correré ese riesgo. -Pero por si acaso, le tomó la otra mano y las mantuvo a ambas a los costados del cuerpo de Willa-. Tengo la sensación de que este año me resultará interesante. Sumamente interesante. No había luchado contigo en... cerca de veinte años. Estás agradablemente rellenita.

A sabiendas de que él tenía más fuerza que ella, Willa permaneció quieta.

-Eres muy hábil con las palabras, Ben. Como con la poesía. Deberías oír cómo me late el corazón.

-Me encantaría, querida, pero si lo hiciera aprovecharías para tratar de revolcarme por el suelo.

Ella sonrió al hacerlo se sintió mejor.

-No, Ben. Sin duda te revolcaría por el suelo. Y ahora vete. Estoy cansada y quiero comer.

-Ya me iré. -Pero no todavía, pensó Ben. Deslizó las manos hasta las muñecas de Willa y le intrigó percibir que a ella también le galopaba el pulso. Uno nunca lo habría adivinado por la expresión de sus ojos, tan fríos y oscuros. Hay muchas cosas que uno no sabría con solo mirar a Willa Mercy, decidió-. ¿No me vas a dar un beso de buenas noches?

-Lo único que conseguiría sería arruinarte para todas esas otras mujeres con las que te gusta jugar.

-También me arriesgaré a eso. -Pero retrocedió. No era el momento ni el lugar. Sin embargo tuvo la sensación de que muy pronto andaría en busca del momento y el lugar adecuados-. Volveré.

-Sí. -Metió las manos en los bolsillos mientras lo observaba subir al jeep-. Ya lo sé.

Esperó hasta que las luces del vehículo desaparecieran por el largo camino de tierra. Después miró por encima de su hombro la casa, las luces. Estaba deseando darse ese baño, comer algo caliente y dormir una noche entera. Pero todo eso tendría que esperar. El rancho Mercy era suyo y debía hablar con los peones.

En su papel de propietaria, trataba de mantenerse alejada de la casa de los peones. Estaba convencida de que los hombres necesitaban su privacidad, y ese edificio revestido de madera, con las mecedoras en el porche era la casa de ellos. Allí dormían y comían, leían si la lectura les resultaba un placer. Jugaban a las canas y discutían sobre el juego, allí veían televisión y se quejaban de la patrona.

Nell cocinaba las comidas en la cabaña que compartía con Wood y los hijos de ambos, y luego la transportaba hasta allí. Pero no les servía a los peones, y cada semana uno de los hombres se encargaba de hacer la limpieza. De esa manera podían comer como más les gustara. Después de trabajar, podían sentarse a la mesa cubiertos de polvo o en ropa interior. Y podían mentir y fanfarronear contando historias sobre sus mujeres y sobre el tamaño de sus penes.

Después de todo, para ellos ese era el hogar.

De manera que Willa golpeó y esperó hasta que la hicieron pasar. Estaban todos allí con excepción de Wood, que comía en su casa, con su familia. Los peones estaban sentados alrededor de la mesa, Ham en la cabecera, con la silla echada hacia atrás, dado que acababa de terminar de comer. Billy y Jim continuaban devorando pollo y pasta hervida como si fuesen un par de lobos desesperados por comer carne. Pickles bebía cerveza, con el entrecejo fruncido.

-Lamento interrumpirles la comida.

-Ya casi hemos terminado -dijo Ham-. Billy, dedícate a lavar los platos. Si comes más, explotarás. ¿Quieres una taza de café, Will?

-No me vendría mal. -Se acercó ella misma a la cocina, se sirvió una taza y no le agregó leche. Comprendía que ese era un asunto delicado y que tendría que tratarlo a la vez con tacto y de una manera directa-. No entiendo quién pudo haber descuartizado a ese viejo gato. -Bebió un sorbo de café-. ¿A alguien se le ocurre una idea?

-Yo investigué a los chicos de Wood. -Ham se puso de pie para servirse café-. Nell dice que estuvieron casi toda la tarde dentro de la casa, con ella. Bueno, los dos tienen cortaplumas y Nell les pidió que los buscaran y me los mostraran. Estaban completamente limpios. -Sonrió mientras bebía-. Pete, el más joven, se puso a llorar cuando se enteró de lo que le había sucedido al viejo *Mike*. Pete es un chico alto. Uno se olvida de que solo tiene ocho años.

-He oído historias de chicos que hacían porquerías como esa -agregó Pickles mirando su cerveza con aire sombrío-. Después, cuando crecen se convierten en asesinos en serie.

Willa decidió no mirarlo siquiera. Si existía alguien capaz de empeorar las cosas, era Pickles.

-No creo que sea el caso de los hijos de Wood.

-Pudo haber sido McKinnon -dijo Billy mientras metía los platos en el fregadero, deseando que Willa notara su presencia. Siempre tenía la esperanza de que lo notara; su enamoramiento hacia ella era tan grande como todo Montana-. Estaba aquí. -Movi6 la cabeza para sacarse el pelo rubio de los ojos. Frot6 con el estropajo los platos con más fuerza de la necesaria para que se le notaran los músculos de los brazos-. Y sus hombres estaban en las tierras altas cuando mutilaron al novillo.

-Deberías pensar antes de abrir la boca, pedazo de imbécil -dijo Ham sin enojo. Desde su punto de vista, cualquier hombre de menos de treinta años era, potencialmente, un imbécil. Y Billy con su mirada ansiosa y su exceso de imaginación, tenía un potencial mayor que el de ningún otro-. McKinnon no es el tipo de hombre capaz de destrozar un maldito gato.

-Bueno, pero estaba allí -insistió Billy con tozudez, mientras miraba de reojo para saber si Willa lo escuchaba.

-Sí, estaba allí -acotó ella-. Pero estaba dentro, conmigo. Yo misma le abrí la puerta y en ese momento no había nada en el porche.

-Cuando el viejo andaba por aquí nada de esto sucedía -dijo Pickles bebiendo otro trago de cerveza y mirando de soslayo a Willa.

-¡Vamos, Pickles! -Incómodo, Jim se movió en su silla crujiente-. No es posible que culpes a Willa de una cosa como esta.

-No hago más que establecer un hecho.

-Es cierto -dijo Willa asintiendo con tranquilidad-. Nada de esto sucedió mientras el viejo andaba por aquí. Pero ahora está muerto y la patrona soy yo. Y cuando averigüe quién hizo esto, me haré cargo personalmente de él. Depositó la taza sobre la mesa-. Me gustaría que todos pensarais en el asunto, para ver si alguien recuerda algo o vio algo. Si se os ocurre alguna idea, ya sabéis dónde encontrarme.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Ham le pegó un puntapié a la silla de Pickles y estuvo a punto de hacerlo caer.

-Por qué tienes que ser tan idiota? Esa chica nunca ha hecho nada que no fuera lo mejor.

-Es mujer, ¿no es cierto? -Y desde su punto de vista eso cerraba la discusión-. Uno no puede confiar en las mujeres, y mucho menos depender de ellas. ¿Quién nos puede asegurar que el que haya destrozado un novillo y luego un gato no intentará luego hacerlo con un hombre? -Bebió otro trago de cerveza mientras permitía que se hundiera en las mentes la semilla que acababa de sembrar-. ¿Vais a depender de ella para que os cubra las espaldas? Yo os aseguro que no lo haré.

Billy dejó caer un plato. Tenía la mirada llena de excitación.

-Creéis que alguien trataría de hacerle eso a uno de nosotros? ¿Que intentaría matarnos y destrozarnos con un cuchillo?

-¡Por qué no te callas la boca! -exclamó Ham depositando con fuerza su taza sobre la mesa-. Pickles solo trata de ponernos nerviosos porque le revienta que su patrona sea una mujer. Matar un novillo y un gato pulgoso no es lo mismo que matar a un hombre.

-Ham tiene razón. -Pero Jim tuvo que tragar con fuerza y perdió interés en el resto de la comida que tenía en el plato-. Aunque tal vez sería prudente que durante

un tiempo fuésemos cuidadosos. Ahora hay dos mujeres más en el rancho. -Apartó el plato y se puso de pie-. Tal vez deberíamos cuidarlas.

-Yo cuidaré a Will -dijo Billy con rapidez y Ham le dirigió una mirada de desprecio.

-Tú harás tu trabajo, como siempre. No toleraré que un puñado de cobardes se asusten de las sombras por culpa de un gato. -Volvió a tomar la taza de café-. Pickles, si no tienes nada inteligente que decir, te aconsejo que te calles la boca. Yeso sirve también para los demás. -Se tomó unos instantes para mirarlos uno a uno y luego asintió, satisfecho-. Voy a ver la tele.

-Os diré una cosa -dijo Pickles en voz baja-. Yo pienso tener el rifle a mano y el facón dentro de la bota. Y si llego a ver a alguien con actitudes raras por aquí, me encargará de él. Y cuidare de mí mismo. -Tomó su vaso de cerveza y salió.

Jim rechazó el café y se decidió por una cerveza. Mientras abría la botella miró el rostro pálido de Billy. ¡Pobre chico!, pensó. Seguro que tendrá pesadillas.

-Pickles solo fanfarroneaba, Billy. Ya sabes cómo es.

-Sí, pero... -Se secó la boca con una mano. No era más que un gato, se repitió. Un gato viejo y roñoso-. Sí, ya sé cómo es Pickles.

Willa tuvo pesadillas. Despertó bañada en sudor frío, con el corazón palpitante y con un grito encerrado en la garganta. Luchó por liberarse del enredo de sábanas, y por respirar un poco de aire fresco. Sola y temblando, se sentó en medio de la cama, mientras la luz de la luna entraba por la ventana y una pequeña brisa golpeaba contra el vidrio.

No recordaba bien la pesadilla que acaba de tener. Sangre, miedo, pánico. Cuchillos. Un gato sin cabeza que la acosaba. Trató de tomarlo a risa, apoyó la cabeza sobre las rodillas levantadas e intentó reírse de sí misma. El sonido que surgió de su boca fue peligrosamente parecido a un sollozo.

Cuando saltó de la cama, sintió que las piernas no la sostenían, pero se obligó a caminar hasta el baño, encendió la luz, bajó la cabeza hasta el lavabo y se lavó la cara con agua helada. Entonces se sintió mejor, ya desaparecido ese sudor frío. Levantó la cabeza y se estudió en el espejo.

El rostro seguía siendo el mismo. Eso no había cambiado. En realidad, nada había cambiado. Sencillamente acababa de vivir una noche infernal. ¿No tenía derecho a estar un poco estremecida por todo lo sucedido? La preocupación pesaba como un plomo sobre sus hombros y debía hacerle frente sola. No tenía a quién pasársela, ni con quién compartirla.

Eran sus hermanas, y también el rancho y lo que lo estuviera haciendo peligrar. Ella tendría que encargarse de todo.

Y si se llegaba a producir un cambio en su interior, algo molesto, algo que reconocía como esencialmente femenino, también se encargaría de eso. No tenía tiempo ni el temperamento necesario para andar jugando con Ben McKinnon.

De todos modos, él solo trataba de irritarla. Se cepilló el pelo hacia atrás para apartarlo de sus mejillas mojadas y se sirvió un vaso de agua fría. Ben nunca tuvo interés en ella. Y si lo tenía en ese momento, era solo porque le divertía. Algo típico de Ben. Casi sonrió mientras bebía el agua fría.

Pensó que, después de todo, tal vez lo besara. Solo para sacarse el asunto de encima. Una especie de prueba. Quizás entonces conseguiría dormir mejor. Un beso tal vez ahuyentaría a Ben de sus sueños y de sus pesadillas. Y una vez que dejara de

preguntarse cómo sería, una vez que dejara de pensar en eso que ardía en su interior, se podría concentrar por completo en el rancho.

Miró la cama y se estremeció. Necesitaba dormir pero no quería volver a ver la sangre, ni los cuerpos destrozados, mutilados. De manera que no los volvería a ver.

Respiró hondo antes de volver a acostarse. Apartaría esas imágenes con solo su fuerza de voluntad. Pensaría en otra cosa. En la primavera, todavía tan lejana. En flores cubriendo las praderas y en una brisa cálida que bajaba de las montañas.

Pero cuando soñó, volvió a soñar con sangre, y miedo y terror.

Del diario de Tess Mercy:

Después de dos días de vida en el rancho, he decidido que odio Montana, odio las vacas, los caballos, los vaqueros y sobretodo, los pollos. Bess Pringle, la déspota que dirige la casa donde me retienen prisionera, me ha encargado que me ocupe del gallinero. Ayer, después de comer, me enteré de esta nueva carrera que debo iniciar. Quiero aclarar que la comida consistía en carne de oso asada. Parece que la misma Danielle Boom subió a las montañas y mató personalmente un oso gris. Estaba delicioso.

En realidad me pareció rico basta que me enteré de lo que estaba comiendo. Debo informar que, pese a que se diga lo contrario, la carne de oso no se parece en lo más mínimo a la de pollo. A pesar de todo lo que pueda decir sobre Bess, y podría decir bastante considerando la manera en que me mira, esa mujer cocina como los dioses. Tendré que cuidarme para no volver a caer en el estado de gordura de mi juventud.

Mientras yo estaba de regreso en el mundo real, ha habido bastante excitación en La Ponderosa. Por lo visto alguien descuartizó un novillo en lo que ellos llaman tierras altas. Cuando comenté que creía que eso era lo que se hacía con el ganado vacuno, Annie Oakley hizo lo posible por matarme con la mirada. Debo admitir que tiene algunas cosas buenas. Si no fuese tan altanera y sabelotodo, creo que hasta llegaría a gustarme.

Pero he caído en una disgresión.

Al novillo no lo mataron como corresponde sino que más bien lo mutilaron, cosa que ha causado cierta preocupación entre los personajes de esta tierra. La noche antes de mi regreso, uno de los gatos del granero fue decapitado y colocado sobre el suelo de porche de entrada. Lo encontró la pobre Lily.

No sé si debe preocuparme saber que este no es un acontecimiento habitual en estas latitudes o simular que lo es y asegurarme de que mi puerta esté bien cerrada por la noche. Pero la reina de las vaqueras parece preocupada. Bajo otras circunstancias, eso me produciría una pequeña y cálida satisfacción. Willa realmente me pone nerviosa. Pero dado como están las cosas y pensando, o tratando de no pensar, en los largos meses que tengo por delante, me siento incómoda.

Lily pasa gran parte de su tiempo con Adam y sus caballos. Los moretones van desapareciendo, pero sigue con los nervios de punta. Creo que ni siquiera se imagina que el espléndido Noble Salvaje se está enamorando de ella. Es bastante divertido observarlos. No puedo menos que tenerle simpatía a Lily, porque es indefensa y está muy perdida. Y, después de todo, las dos estamos en el mismo barco, por así decirlo.

Los otros caracteres del guión incluyen a Ham; es perfecto, parece salido de una película. El típico vaquero patizambo, de ojos brillantes y manos callosas. Me saluda llevándose la mano al sombrero pero habla poco.

Después está Pickles. No tengo ni idea de si el individuo tiene otro nombre. Es un tipo malhumorado, de rostro amargo, botas puntiagudas y casi completamente calvo, salvo un enorme bigote rojizo. Casi siempre anda con el entrecejo fruncido, pero lo he visto trabajar con el ganado y se ve que sabe lo que hace.

Está la familia Wood. Nell cocina para los peones y tiene un rostro dulce y hogareño. Ella y Bess se reúnen para conversar y para llevar a cabo las cosas de las mujeres del rancho, de las que prefiero no enterarme. El marido es Wood, que según he descubierto es Woodrow, acortado. Tiene una hermosa barba negra, una sonrisa y un modo de ser agradables. Me llama señora y sugirió con mucha amabilidad que debería conseguirme un sombrero como la gente para no quemarme la cara cuando estoy al sol. Tienen dos hijos varones de alrededor de ocho y diez años, a quienes les encanta andar dando vueltas por ahí y luchando a brazo partido. Son tan apuestos que yo los calificaría como guapos. Los vi haciendo una competición de escupitajos detrás de uno de los edificios. Parecen muy hábiles.

Después está Jim Brewster, que parece uno de esos hombres buenazos. Del tipo larguirucho cuyo modo parece decir: «Ya estoy llegando. Seré patrón». Me resulta muy atractivo, en sus vaqueros con esa pequeña redondez en el bolsillo de atrás que, estoy segura, esconde algo asqueroso, como tabaco para mascar. Me ha dedicado algunas sonrisas pretenciosas y algunos guiños. Hasta ahora me he podido resistir.

Billy es el más joven. Por su aspecto uno diría que apenas tiene edad suficiente para conducir un coche y sus ojos de cachorro no se apartan de nuestra vaquera favorita. Es un gran conversador y, cualquiera que se encuentra cerca de él, no hace más que decirle que se calle la boca. El no se ofende y por lo general no hace caso. Casi me atrevería a decir que me inspira sentimientos maternos.

Desde mi regreso no he visto al vaquero abogado y todavía ni siquiera conozco al infame Ben McKinnon de Three Rocks, quien por lo visto es la causa de todas las aflicciones de la existencia de Willa. Estoy segura de que, solo por eso, le tendré una enorme simpatía. Creo que deberé encontrar la manera de suavizar a Bess para que me dé todos los datos de la familia McKinnon, pero mientras tanto tengo una cita con el gallinero.

Trataré de pensar en ello como en una aventura.

A Tess no le importaba levantarse temprano. De todos modos siempre se levantaba a las seis. Una hora en el gimnasio, tal vez una reunión durante el desayuno y luego se dedicaba a trabajar hasta las dos de la tarde. Después se daba un chapuzón en la piscina, o tenía otra reunión o salía a hacer compras. Quizá tuviera una cita o quizá no, pero su vida le pertenecía y se desarrollaba tal como a ella le gustaba.

Levantarse temprano para habérselas con una serie de gallinas era algo que tenía un gusto totalmente distinto.

El gallinero era enorme y sin duda parecía limpio. A los ojos poco entrenados de Tess, las cincuenta gallinas de las que se ufanaba el rancho parecían una legión de depredadoras ominosas con ojos como cuentas.

Les dio la comida tal como se lo indicó Bess, les llenó los recipientes de agua fresca, después se quitó el polvo de las manos y miró a la primera de las gallinas que estaba sentada.

-Se supone que debo juntar los huevos. Creo que debes estar sobre uno de ellos, así que si no te importa... Extendió la mano, vacilante, sin dejar de mirar a la gallina. De inmediato resultó evidente que esta era la más fuerte. Tess lanzó un aullido ante el picotazo que recibió en la mano, y saltó hacia atrás-. Mira, hermana, debo cumplir las órdenes que me han dado.

Fue una batalla desagradable. Volaron las plumas, se encendieron los malos humores. En el gallinero entero hubo una erupción de cloqueos y de chillidos cuando las gallinas vecinas se unieron a la lucha. Tess consiguió coger un huevo tibio con la mano y enseguida retrocedió, jadeante y colorada.

-Tienes una técnica extraña.

Al oír la voz a sus espaldas, Tess soltó el huevo, que se cayó al suelo.

-¡Maldita sea! Después de todo el trabajo que me ha costado.

-Te he asustado. -La conmoción del gallinero había atraído a Nate. Así que en lugar de ir en busca de Willa hizo un rodeo y se encontró con la conexión californiana, que lucía sus vaqueros de alta costura y sus relucientes botas nuevas, y que en ese momento luchaba a brazo partido contra las gallinas. Lo único que Nate pudo pensar fue que era un verdadero cuadro-. ¿Buscabas huevos para el desayuno?

-Más o menos. -Se apartó el pelo de la cara-. ¿Y tú qué andas buscando?

-Tengo que hablar de negocios con Will. Te sangra la mano -agregó.

-Ya sé. -Malhumorada, se chupó la herida del dorso de la mano-. Ese maldito pájaro me ha atacado.

-Lo que pasa es que no lo estás haciendo bien. -Le ofreció un pañuelo para que se vendara la mano y luego se acercó a la siguiente gallina echada. Y Tess notó que conseguía hacer la tarea con gracia, a pesar de que tuvo que inclinarse y doblarse en dos para que su cabeza no chocara contra el techo-. Tienes que hacerlo como si fuera algo natural. Hazlo rápido pero sin movimientos bruscos. -Le hizo una demostración: metió la mano debajo de la gallina echada y la sacó con un huevo. El ave ni siquiera movió una pluma.

-Es mi primer día en este trabajo. -Un poco malhumorada, alzó el cubo-. A mí me encanta encontrar los pollos en el sector de nevera que les corresponde, envueltos en celofán. -Mientras Nate avanzaba por el gallinero, recogiendo huevos, ella lo seguía-. Supongo que tú también tienes gallinas.

-Sí, antes tenía. Ahora no me entretengo con eso.

-¿Vacas?

-No.

Tess alzó una ceja.

-¿Ovejas? ¿No es un riesgo? He visto una cantidad de películas del oeste donde se señala que es peligroso mezclar ovejas con ganado vacuno.

-Tampoco crío ovejas. -Metió un huevo en el cubo-. Solo caballos. Cuarto de milla. ¿Tú montas?

-No. -Se echó atrás el pelo mientras se encogía de hombros-. Aunque me han dicho que me convendría aprender. Y supongo que me daría algo que hacer aquí.

-Adam te podría enseñar. O te enseñaría yo.

-¿En serio? -Esbozó una lenta sonrisa mientras parpadeaba para lucir sus largas pestañas-. ¿Y por qué se molestaría en hacer eso, señor Torrence?

-Como una prueba de buena vecindad. -Tiene un perfume exquisito, pensó. Algo un poquito oscuro, un poquito peligroso. Y muy femenino. Puso otro huevo dentro del cubo-. Y me llamo Nate.

-Está bien. -La voz de Tess era cálida y parecía un ronroneo. Le dirigió una mirada furtiva-. ¿Somos vecinos, Nate?

-Bueno, es una manera de hablar. Mi rancho está al este de aquí. Por tratarse de alguien que ha estado empeñada en una batalla campal con gallinas, desprendes un aroma riquísimo señorita Mercy.

-Me llamo Tess. ¿Estás flirteando conmigo, Nate?

-Solo respondo a tu flirteo. -La sonrisa de Nate fue lenta y sincera-. ¿Era lo que estabas haciendo, no es verdad?

-De alguna manera. Por hábito.

-Bueno, si quieres que te dé un consejo...

-Los abogados están llenos de consejos -interrumpió ella.

-Es cierto. Mi consejo sería que te refrenes un poquito. Por aquí los muchachos no están acostumbrados a mujeres con tanto estilo como el tuyo.

-¡Ah! -No sabía con seguridad si acababa de recibir un halago o un insulto, pero decidió que le concedería el beneficio de la duda-. ¿Y tú estás acostumbrado a mujeres con estilo?

-No puedo decir que lo esté. -Le dirigió una larga y pensativa mirada de sus tranquilos ojos azules-. Pero por lo menos las reconozco. En el plazo de una semana los habrás vuelto locos a todos y estarán dispuestos a matarse entre ellos.

Bueno, eso es un cumplido, decidió Tess.

-Eso daría vidilla al rancho.

-Por lo que me han contado, no es que hayáis estado aburridos.

-Gatos y novillos muertos. -Sonrió-. Un asunto desagradable. Me alegro de no haber estado aquí.

-Pero ahora estás aquí. Bueno, parece que no hay más huevos -agregó Nate mientras ella miraba el contenido del cubo.

-Son bastantes. ¡Y vaya si están sucios! -Era posible que durante un tiempo no tuviera ganas de comerse una tortilla.

-Los lavarán. -Le quitó el cubo y comenzó a salir del gallinero-. ¿Te estás adaptando a este lugar?

-Sí, lo mejor posible. No es mi medio, mi modo habitual de vivir.

Nate se pasó la lengua por los dientes.

-La gente de tu, ¿cómo se dice?, de tu ambiente viene por aquí a todas horas. Aunque no se queda. -En un movimiento automático, baló la cabeza para no golpearla contra el umbral de la puerta del gallinero-. Esa gente de Hollywood llega llena de entusiasmo, compra tierras y echa abajo casas que valen más que la tierra misma.

Creen que van a criar búfalos o salvar de la extinción a los potros salvajes o Dios sabe qué otra cosa.

-¿A ti no te gusta la gente de California?

-La gente de California no se siente cómoda en Montana. Por regla general. Muy pronto vuelven corriendo a sus restaurantes y a sus clubes nocturnos o lo que sea. -Se volvió y la estudió-. Que es lo que harás tú cuando se venza el año.

-Puedes apostar a que sí. Os regalo vuestros amplios espacios, compañero. Yo me quedo con Beverly Hills.

-Y el *smog*, los deslizamientos de barro, los terremotos.

Ella solo sonrió.

-¡Por favor, me estás haciendo que lo añore!

Supuso que sabía de memoria el tipo de hombre que era ese. Nacido y criado en Montana, un pensador lento pero profundo, a quien le gustaban la cerveza helada y las mujeres modestas. El tipo de hombre que en el último rollo de una película de serie B del oeste, besaría a su caballo.

Pero Dios, ¡oh, Dios! Era encantador.

-Por qué estudiaste Derecho, Nate? ¿Alguien ha mandado a juicio a tus caballos?

-Últimamente no. -Siguió caminando, pero con más lentitud para que ella pudiera mantenerse a su lado-. Me interesaba. El sistema. Y ayuda a mantener el rancho en marcha. Llegar a tener una yeguada sólida, exige tiempo y dinero. Lo mismo sucede con la reputación del criador.

-De manera que fuiste a la universidad para ayudar a mantener el rancho. ¿Adónde estudiaste? ¿En la Universidad de Montana? -En su boca había una expresión burlona y divertida a la vez-. Porque supongo que en Montana habrá universidad, ¿no es cierto?

-Sí, me han dicho que sí. -Reconoció el sarcasmo de Tess y la miró a los ojos-. No, estudié en Yale.

-En... -Como se detuvo en seco, él estaba varios pasos adelante cuando Tess logró reponerse. Tuvo que hacer un esfuerzo por alcanzarlo-. ¿Vale? ¿Fuiste a Yale y volviste a este lugar para jugar al abogado vaquero en beneficio de una serie de vaqueros y de peones?

-Yo no juego con la ley. -La saludó con el sombrero en un gesto de despedida y se encaminó a un corral junto al granero.

-Yale -repitió Tess. Fascinada, tomó el cubo que Nate había dejado y corrió tras él para alcanzarlo-. Escucha, Nate...

Se detuvo. Había mucha actividad en el corral. Dos peones y Willa le estaban haciendo algo a un ternero. Algo que por lo visto al ternero no le gustaba. Tess supuso que lo estarían marcando y tuvo ganas de ver cómo se hacía. Además, quería volver a hablar con Nate y él parecía decidido a intervenir en la acción.

Levantó el cubo, se acercó a la puerta hecha con trancas y la cruzó. Nadie se molestó en mirarla. Estaban enfrascados en su trabajo y el ternero atraía la atención de todos. Con los labios fruncidos, Tess se acercó y se inclinó sobre el hombro de Willa para ver de qué se trataba.

Cuando vio a Jim Brewster quien, con rapidez, prolijidad y eficiencia castraba al animal, se le pusieron los ojos en blanco y se desmayó sin emitir un solo sonido. Fue el ruido de la caída del cubo y de la rotura de los huevos lo que hizo que Willa mirara hacia atrás.

-¡Por amor de Dios! ¿Qué ha pasado?

-Ha caído desmayada, Will -informó Jim y por toda respuesta recibió un gesto de impaciencia de su patrona.

-Eso lo sé. Encargaos del ternero. -Se levantó, pero Nate ya tenía a Tess en brazos-. Es un peso pesado.

-Bueno, no te digo que sea un peso pluma -contestó él, sonriendo-. Tu hermana está muy bien formada, Willa.

-Puedes disfrutar de ese pequeño beneficio mientras la llevas a la casa. ¡Maldición! -exclamó, levantando el cubo-. Ha roto casi todos los huevos. A Bess le dará un ataque. -Disgustada, volvió a mirar a Jim y a Pickles-. Vosotros dos seguid con el trabajo. Yo tendré que ocuparme de ella. ¡Como si no tuviera nada que hacer aparte de ir en busca de sales aromáticas para una tonta mujer de ciudad!

-No debes ser tan dura con ella, Will -dijo Nate mientras cruzaba el camino de tierra para llevar a Tess a la casa principal. Le costó sofocar una sonrisa-. Está fuera de su ambiente.

-Ojalá volviera a su ambiente y me dejara en paz! Esta se me desmaya y la otra anda a mi alrededor de puntillas, como si fuera a pegarle un tiro entre los ojos si me mirara.

-Eres una mujer atemorizante, Will. -Bajó la mirada cuando Tess se estremeció en sus brazos-. Creo que está volviendo en sí.

-Déjala caer en alguna parte -sugirió Willa abriendo de un tirón la puerta de la casa-. Iré a buscar un poco de agua.

Nate tuvo que admitir que le resultaba agradable llevar en brazos a Tess. No era una de esas mujeres huesudas y flacas típicas de California, sino una muchacha suave y redondeada con el peso distribuido en los lugares justos. Tess lanzó un quejido y pestañeó mientras él la llevaba a un sofá. Lo miró, como sin comprender, con sus ojos muy azules.

-¿Qué? -fue todo lo que logró decir.

-Tómatelo con calma, querida. Te desmayaste, nada más.

-¿Que me desmayé? -Tardó un instante en comprender el significado de la palabra-. ¿Dices que me desmayé? ¡Qué ridiculez!

-Y debo advertirte que caíste con muchísima gracia. -Recordaba que había caído como un árbol, pero no creyó que a ella le gustara la analogía-. Supongo que no te habrás golpeado la cabeza, ¿verdad?

-¿La cabeza? -Todavía mareada, se llevó una mano a la cabeza-. No lo creo. Yo... -Y entonces recordó-. Oh, Dios, ese ternero! ¿Qué le estaban haciendo a ese ternero? ¿Por qué sonríes?

-Me imagino lo que debes haber sentido al ver por primera vez convertir a un ternero en novillo. Supongo que es algo que no se debe ver con frecuencia en Beverly Hills.

-Nosotros guardamos el ganado en la casa de huéspedes.

El asintió.

-Bueno, veo que te estás recuperando.

Así era, sin duda. Se estaba recuperando lo suficiente como para darse cuenta de que él la acunaba contra su pecho, como si fuese una criatura.

-¿Por qué me tienes en brazos?

-Bueno, porque me pareció una actitud de buen vecino no traerte hasta la casa arrastrándote por el pelo. Estás recobrando el color.

-¿Todavía sigues con ella en brazos? -preguntó Willa entrando al cuarto con un vaso de agua en la mano.

-Me gusta tenerla así. Tiene muy buen olor.

El exagerado acento de Montana con que lo dijo hizo que Willa lanzara una risita y meneara la cabeza.

-Basta de jugar con ella, Nate, y tiéndela en el sillón. Tengo que seguir trabajando.

-¿No puedo quedármela, Will? No tengo ninguna mujer en el rancho. Y a veces me siento solo.

-¿Sois el colmo! -Luchando por recuperar cierta dignidad, Tess se apartó el pelo de la cara-. ¡Bájame, pedazo de idiota!

-Sí, señora.

Desde una altura considerable, la dejó caer sobre el sofá tapizado en cuero. Tess rebotó una vez, frunció el entrecejo y se irguió.

-Bebe esto. -Con muy poca simpatía, Willa puso un vaso de agua en manos de Tess-. Y te aconsejo que te mantengas lejos de los corrales.

-Te aseguro que lo haré. -Furiosa consigo misma y con el hecho de que seguía estando temblorosa, Tess bebió-. Lo que estabais haciendo allí era repugnante, bárbaro y cruel. Si mutilar un animal indefenso no es ilegal, debería serlo. -Apretó los dientes al ver que Nate le sonreía-. Y no sigas sonriendo cuando me miras, pedazo de tonto. No creo que te gustara que te cortaran las pelotas con un par de tijeras de podar.

Nate se aclaró la garganta.

-No señora, no creo que me gustara.

-Por aquí no castramos a los hombres hasta haber terminado con ellos -dijo Willa con sequedad-. Mira, Hollywood, el destete y la castración son parte de la vida de un rancho. ¿Qué crees que sucedería si dejáramos enteros a todos los terneros? Tendríamos toros saltando por todas partes.

-Y orgías de ganado todas las noches -agregó Nate, pero luego retrocedió al ver la mirada que le dirigían ambas mujeres.

-No tengo tiempo para explicarte las realidades de la vida -continuó diciendo Willa-. Lo que te aconsejo es que te repongas y que durante los próximos dos días te mantengas alejada de los corrales. Bess te encontrará trabajo dentro de la casa.

-¡Ah! ¡Qué alegría!

-No sé para qué más puedes servir. Ni siquiera eres capaz de juntar huevos sin romperlos todos. -Al ver que Tess le dirigía una mirada asesina, se volvió hacia Nate-. ¿Querías hablar conmigo?

-Sí, por eso he venido. -No esperaba pasar una mañana tan divertida-. En primer lugar quería saber si estabas bien. Me enteré del problema que tenéis.

-Estoy bastante bien. -Willa le quitó el vaso de agua a Tess y bebió la que quedaba-. Por lo visto no puedo hacer mucho con respecto a ese asunto. Los peones están un poco espantados y mantienen los ojos bien abiertos. Depositó el vaso vacío sobre una mesa y se echó atrás el sombrero-. ¿No has oído que a algún otro le haya sucedido algo parecido?

-No. -Y eso le preocupaba-. No sé qué puedo hacer por ayudar, pero sí se te ocurre algo, pídemelo.

-Te lo agradezco. -Willa le cogió la mano y la apretó, un gesto que hizo que Tess frunciera los labios con aire pensativo-. ¿Pudiste encargarte de ese otro asunto del que hablamos?

Su testamento, pensó Nate, en el que nombraba beneficiario a Adam. Y los papeles en los que, transcurrido el año, transfería a su nombre los caballos, la casa en que vivía y la mitad de sus intereses en Mercy.

-Sí, tendré un borrador listo para mostrártelo a finales de semana. -Gracias. -Le soltó la mano y se puso el sombrero-. Si tienes tiempo que perder, puedes quedarte a charlar con ella. -Le dirigió una sonrisa malvada a Tess. Yo tengo que seguir castrando terneros.

Mientras Willa salía, Tess cruzó los brazos sobre el pecho y trató de contener su mal humor.

-Podría aprender a odiarla. No me costaría ningún trabajo.

-Lo que pasa es que no la conoces.

-Sé que es fría, grosera, poco amistosa y que está empeñada en luchar por el poder. Con eso me basta y me sobra. -No, comprendió al ponerse de pie, su malhumor no se le pasaría pronto-. No he hecho nada para merecer que me trate así. No pedí que me obligaran a instalarme aquí, y te aseguro que tampoco pedí estar emparentada con una bruja como ella.

-Ella tampoco lo pidió. -Nate se sentó en el brazo de un sillón y comenzó a liar metódicamente un cigarrillo. Tenía un poco de tiempo y consideraba que algunas cosas debían ser dichas-. Permíteme que te pregunte algo. ¿Cómo te sentirías si te enteraras de repente que te podrían quitar tu casa, tu hogar, tu vida, todo lo que alguna vez has querido?

Sus ojos tenían una expresión tranquila cuando encendió el cigarrillo con un fósforo.

-Para conservarlo, tendrías que confiar en desconocidos, y aun en el caso de que lograras no perderlo, no te quedaría más que una parte. Pero otra buena parte pasaría a manos de esos desconocidos. Personas a quien no conoces, que nunca tuviste oportunidad de conocer y que en este momento viven en tu casa y tienen tanto derecho a ello como tú. No puedes hacer nada al respecto. Además de eso, tienes toda la responsabilidad sobre tus hombros porque esas desconocidas no saben absolutamente nada sobre campo ni sobre dirigir un rancho. Así que de ti depende mantenerlo en marcha. Lo único que ellas tienen que hacer es esperar, y si esperan, recibirán lo mismo que tú, aunque hayas sido la que trabajó, la que sudó, la que se preocupó.

Tess abrió la boca y la volvió a cerrar. Así, dicho con tanta sencillez, cambiaban por completo las cosas.

-Pero yo no tengo la culpa -dijo en voz baja.

-No, por supuesto que no tienes la culpa. Pero ella tampoco. -Volvió la cabeza y estudió el cuadro de Jack Mercy que colgaba sobre la chimenea-. Y tú tampoco tuviste que vivir con él.

-¿Cómo era...? -Se interrumpió y se maldijo. No quería preguntar. No quería saberlo.

-¿Cómo era Jack Mercy? -Nate exhaló una bocanada de humo-. Te lo diré. Era duro, frío, egoísta. Sabía cómo llevar un rancho mejor que nadie a quien yo conozca. Pero no sabía criar una criatura. -El recuerdo de eso lo acaloró. A partir de ese momento habló con tono cortante-. Nunca le dio una sola muestra de afecto ni, por lo que yo sé, nunca le dijo una sola palabra de aliento, aunque ella se rompiera el alma por él. Willa nunca era lo bastante hábil, ni lo bastante rápida, ni lo bastante inteligente para conformarlo.

No voy a permitir que me ahogue la sensación de culpa, pensó Tess. Nate no conseguiría que se sintiera culpable ni que le tomara simpatía a Willa.

-Pudo haberse ido.

-Sí, pudo haberse ido. Pero amaba este lugar. Y quería a su padre. Tú no tienes que llorar a tu padre, Tess, lo perdiste hace muchos años. Pero Willa lo está llorando. No importa que él no lo merezca. No la quiso, lo mismo que no os quiso a ti ni a Lily, pero Willa no tuvo la suerte de tener una madre.

«Está bien, me dejaré llevar por la culpa. Un poco», pensó.

-Lo siento. Pero eso no tiene nada que ver conmigo.

Nate inhaló con lentitud el humo de su cigarrillo, luego lo apagó con cuidado mientras se ponía de pie.

-Tiene todo que ver contigo. -La estudió y, de repente, su mirada fue fría, lejana e incómoda como la de un abogado-. Si no comprendes lo que te acabo de decir, eres demasiado parecida a Jack Mercy. Y ahora me voy. -Se llevó la mano al sombrero en un gesto de despedida y salió.

Durante largo rato, Tess permaneció donde estaba, mirando fijamente el retrato de ese hombre que había sido su padre.

A kilómetros de distancia, en tierras de Three Rocks, Jesse Cooke silbaba entre dientes mientras trabajaba en el motor de una vieja *pickup* Ford. Se sentía muy bien, alentado por la conversación que mantuvieron durante el desayuno, acerca de los animales muertos y mutilados en Mercy. Y lo más reconfortante y perfecto, era que fue Lily la que encontró al gato decapitado.

Le hubiera gustado verla en ese momento.

Pero Legs Monroe oyó de boca de Wood Book de Mercy, que la pequeña mujer de ciudad del ojo amoratado gritó hasta quedarse ronca.

¡Vaya si eso lo reconfortaba!

Jesse silbó una canción country mientras con dedos hábiles arreglaba el motor del Ford. Siempre le había resultado odiosa esa música, con mujeres que lloraban por sus hombres, y hombres poco viriles que lloraban por sus mujeres. Pero se estaba acostumbrando. Todos los peones, sus compañeros ene! rancho, se volvían locos por esas canciones y eran las únicas que escuchaban. Pero él se estaba acostumbrando. En realidad, empezaba a pensar que Montana era el lugar donde le correspondía vivir.

Decidió que era una tierra para verdaderos hombres. Hombres que sabían comportarse y mantener a raya a sus mujeres. Después de haberle enseñado una buena lección a Lily, se establecerían allí. Porque Lily iba a ser rica.

De solo pensarlo comenzó a marcar un ritmo propio con el pie, mientras reía en voz baja. ¡Quién hubiera dicho que esa tonta de Lily heredaría la tercera parte de uno de los ranchos más importantes del estado! Un rancho que valía una auténtica fortuna. Y lo único que le costaría sería esperar un año.

Jesse asomó la cabeza que tenía metida bajo el capó del auto y miró a su alrededor. Las montañas, la tierra, el cielo.., eran todos duros. Duros y fuertes, lo mismo que él. De manera que ese era su lugar y Lily tendría que aprender que su lugar era estar con él. El divorcio no le importaba una mierda a Jesse Cooke. Esa mujer le pertenecía y si era necesario que de vez en cuando utilizara los puños para recordárselo, bueno, era su derecho.

Todo lo que debía hacer era tener paciencia. Pero mientras se pasaba una mano engrasada por la cara, tuvo que admitir que esa era la parte más difícil. Si ella llegaba a enterarse de que él estaba cerca, huiría. Y él no podía permitir que huyera hasta que hubiera transcurrido el año.

Lo cual no quería decir que no pensara vigilarla, no por descontado que no. Vigilaría a la inútil de su mujer.

Era fácil hacerse amigo de un par de los peones imbéciles de Mercy. Beber unas cuantas cervezas, jugar un poco a las cartas y sonsacarles información. Además podía vagar por el rancho vecino cuando le diera la gana, siempre que Lily no lo viera.

Y el día en que Jesse Cooke, ex infante de marina, dejara que una mujer pudiera más que él, equivaldría al fin del mundo.

Volvió a agacharse bajo el capó y retomó el trabajo. Mientras tanto empezó a preparar sus planes para la siguiente visita que haría a Mercy.

Sarah McKinnon puso masa sobre la plancha de la cocina, encantada de que su hijo mayor estuviera allí frente a la mesa, bebiendo su café. En la actualidad, lo más habitual era que se preparara su propio café en sus habitaciones ubicadas sobre el garaje.

Y ella lo echaba de menos.

En realidad añoraba no tener ya a sus dos hijos en la casa, discutiendo y peleando como cuando eran críos. Dios era testigo de que a veces creyó que la volverían loca, que nunca volvería a tener un momento de paz.

Y ahora que eran hombres y ella disfrutaba de esa paz tan deseada, se descubría añorando las peleas, el ruido, los malos humores.

Siempre quiso tener más hijos. Deseo de todo corazón poder tener una mujercita a quien mimar en esa casa llena de hombres. Pero ella y Stu nunca pudieron engendrar un tercer hijo. De manera que se conformó al pensar que tenía dos varones sanos y hermosos y eso era todo.

Ahora tenía una nuera a quien quería y una nieta a la que adoraba. Y sin duda tendría más nietos. Solo deseaba poder incitar a Ben para que se casara con la muchacha indicada.

Pero ese chico es muy raro, pensó dirigiéndole una mirada de reojo mientras él seguía enfrascado en la lectura del periódico. Y no se trataba de que siguiera soltero a los treinta años por falta de oportunidades. Dios era testigo de que no eran pocas las mujeres que habían entrado y salido de su vida., y también de su cama, aunque ese era un tema en el que prefería no pensar.

Pero Ben nunca dio un paso en falso con una mujer, y Sarah suponía que era mejor así. Uno siempre daba un traspie antes de caer, y enamorarse era un asunto serio. Por lo general cuando un hombre elegía con cuidado, elegía bien.

Pero, maldita sea, ella quería más nietos.

Con un plato lleno de tortas fritas en una mano, se detuvo un momento frente a la ventana de la cocina. Amanecía en el este y ella observó la llegada del nuevo día, rosado, lleno de luz y de nubes bajas.

En la casa de los peones, los hombres ya estarían levantados y desayunando. Dentro de pocos instantes escucharía los pasos de su marido en el primer piso. Ella siempre se levantaba antes que él, para disfrutar de esos primeros momentos del día en el corazón de la casa. Después bajaba. Stu, recién afeitado, con olor a jabón y con el pelo húmedo. Le daba un enorme beso de buenos días, le palmeaba el trasero y bebía su primera taza de café como si en ello le fuera la vida.

Ella lo amaba por ser tan previsible.

Y amaba la tierra del rancho por ser tan poco previsible.

Amaba a su hijo, ese hombre que, de alguna manera, había surgido de ella, de la combinación de ella y su marido.

Mientras apoyaba el plato sobre la mesa, pasó una mano sobre el pelo espeso de Ben. Y con repentina y extraña claridad, recordó la primera vez que hizo que se cortara el pelo, a los siete años.

¡Qué orgulloso estaba Ben! ¡Y qué tonta fue ella cuando se le cayeron las lágrimas al ver que los rizos de su hijo iban a dar al suelo de la peluquería!

-¿Te preocupa algo, muchacho?

-¿Hummm? -Apartó el periódico. En su casa se les permitía leer el periódico en la mesa hasta que se servía la comida-. Nada importante, mamá. Y tú, ¿en qué piensas?

Ella se sentó y tomó la taza de café entre ambas manos.

-Te conozco Benjamin McKinnon. Estabas pensando en algo en particular.

-En trabajos del rancho, en realidad. -Para ganar tiempo, empezó a dar buena cuenta de su desayuno. Las tortas fritas eran tan livianas que parecían flotar en el aire y el tocino estaba crujiente-. Nadie cocina como mi madre dijo, sonriéndole.

-Nadie come como mi Ben -replicó ella. Se sentó a esperar.

Durante un rato él no habló. Disfrutaba de la comida, de los olores, de la luz que entraba por la ventana a medida que amanecía. Disfrutaba estando con su madre. Es tan previsible como la salida del sol, pensó. Sarah McKinnon, con sus bonitos ojos verdes y su resplandeciente pelo rubio rojizo. Tenía ese tipo de piel irlandesa muy blanca que desafiaba al sol. Ahora tenía arrugas en su rostro, pensó Ben, pero eran tan suaves, tan naturales, que uno ni siquiera las notaba. Pero en cambio era imposible dejar de ver esa sonrisa, tan cálida y confiada.

Era una mujer delgada que vestía vaqueros y camisa plisada. Pero Ben conocía su enorme fortaleza. No solo en un sentido físico, a pesar de que muchas veces lo había levantado por el aire colocándole una mano en el trasero, era capaz de montar incansablemente a caballo o estar horas sobre un tractor en medio del frío más intenso o el calor más tremendo, y también podía cargar con una bolsa de grano de veinticinco kilos como si se tratara de un bebé.

Pero por dentro, que era lo que más contaba, parecía de acero. Nunca vacilaba. En toda su vida, jamás la había visto darle la espalda a un desafío, o a un amigo.

Si él no encontraba una mujer igualmente fuerte, buena y generosa, prefería seguir soltero toda la vida.

Una idea que habría estremecido el corazón de Sarah.

-He estado pensado en Willa Mercy.

Sarah alzó las cejas, movida por la esperanza.

-¿Ah, sí?

-No de esa manera, mamá. -Pero también había pensado así en ella. Y mucho-. Está pasando un mal momento.

La luz de los ojos de Sarah se extinguió.

-Lo siento mucho. Es una buena chica y no merecía este dolor. Pensé ir hasta allá a caballo, para hacerle una visita. Pero me consta que en este momento debe estar muy ocupada. -Sarah sonrió-. Y me muero de curiosidad por conocer a las hermanas. No tuve mucho tiempo para observarlas bien en el funeral.

-Creo que Will te agradecería que le hicieras una visita. -Para ganar tiempo, comió otra torta frita-. Aquí nosotros tenemos todo bajo control. Creo que podría dedicar un poco de tiempo a ayudar en Mercy. No porque considere que a Will le haría gracia, pero creo que tener un hombre más por allí de vez en cuando, le facilitaría las cosas.

-Si tú no la acosaras tanto, os llevaríais mejor.

-Tal vez. -Alzó un hombro-. Lo que me preocupa es no saber hasta qué punto dirigía el rancho antes de la muerte del viejo. Supongo que debe ser capaz de hacer frente a lo que sea, pero con Mercy muerto, le debe faltar un hombre. Y no he oído decir que piense contratar a otro peón.

-Hubo especulaciones acerca de la posibilidad de que contratara a alguien de la universidad como administrador. Así corrían los chismes de un rancho al otro: a

través de las líneas telefónicas-. Un muchacho agradable con experiencia en cría y cruce de animales. No porque Ham no conozca su trabajo, pero se está haciendo viejo.

-Eso es algo que Willa no hará. Está decidida a demostrar lo que vale y además le tiene mucho cariño a Ham. Yo puedo echarle una mano -continuó diciendo-. No porque ella tenga mucha fe en mi título universitario. Estaba pensando en que me daría una vuelta por allí esta mañana para tantear el asunto.

-Creo que es muy bondadoso de tu parte, Ben.

-No lo hago por bondad. -Le sonrió por encima del borde de su taza y la suya era la misma sonrisa traviesa que tenía desde la infancia-. Me dará una oportunidad de volver a cortejarla.

Sarah rió y se puso de pie para ir en busca de la cafetera. Acababa de oír los pasos de su marido en el piso de arriba.

-Bueno, eso la ayudará a no pensar tanto en sus problemas.

Le habría venido bien una distracción. Los chicos de Wood se acababan de meter en el piquete de los toros para jugar a los toreros con el delantal colorado de la madre. Pudieron salir vivos y solo uno de ellos terminó con un esguince en un tobillo. Ella misma los salvó, arrojando a un Pete mareado y cubierto de sudor por sobre el alambrado y dejando atrás un toro furioso que echaba chispas por los ojos.

La bronca que tuvo que echarles a los dos chicos no le produjo el menor placer... y tampoco le dio placer el miedo cerval que el incidente le produjo. Y terminó ayudándolos a ocultar la travesura al apoderarse del delantal y prometer que lo lavaría ella misma antes de que Nell se diera cuenta de que le faltaba.

Esto le ganó la admiración desesperada e inconmensurable de los culpables. Y, esperaba Willa, les inspiró el temor suficiente para impedirles gritar «toro» frente a un negro Angus por un tiempo.

A uno de los tractores se le acababa de romper una pieza y tuvo que enviar a Billy a la ciudad a buscar una de recambio. Los alces habían vuelto a destrozar los alambrados del sector noroeste y ahora no le quedaba más remedio que reparar una parte.

Bess estaba resfriada. Por tercera vez en la semana, Tess había roto la mayoría de los huevos y Lily, la ratita, por el momento estaba a cargo de la cocina.

Y para acabar de arreglar las cosas, los peones discutían entre ellos.

-Si un hombre juega una partida de póquer y tiene una racha de buena suerte, yo digo que tiene la obligación de darle al resto de los jugadores la oportunidad de resarcirse.

Pickles sujetó la cabeza del ternero en el cepo de la manga y le cortó los cuernos al son de una música con fondo de balidos.

-Lo que pasa es que no sabes perder -replicó Jim-, ni siquiera sabes jugar.

-Un hombre tiene derecho a recuperar lo que es suyo.

-Y un hombre tiene derecho a acostarse cuando le dé la ganas ¿No es cierto, Will?

Ella vacunó al animal, clavando la aguja con rapidez y eficacia,

Ese día hacía más fresco. El otoño se acercaba con rapidez. Pero la chaqueta que tenía puesta al comenzar el trabajo colgaba ahora de un poste y tenía la camisa sudada.

-No pienso intervenir en vuestras discusiones.

Pickles frunció el entrecejo hasta el punto de que se le formaron arrugas verticales entre las cejas y le tembló el bigote.

-Entre Jim y ese tramposo de Three Rocks, me sacaron doscientos.

-JC no es un tramposo. -Más para molestar a Pickles que por otra cosa, Jim salió en defensa de su nuevo amigo-. Solo que jugó mejor que tú. Tú ni serías capaz de engañar a un ciego galopando a caballo. Y además estás furioso porque arregló el jeep de Ham y lo dejó como nuevo.

Como todo eso era completamente cierto, Pickles adelantó el mentón.

-No me hace falta que un imbécil de Three Rocks venga a arreglar nuestros jeeps y a ganarme dinero a las cartas. Yo mismo hubiera arreglado ese jeep en cuanto tuviera tiempo.

-Hace una semana que lo dices.

-Pero me habría llegado el momento de hacerlo. -Pickles apretó los dientes y se puso de pie-. No me gusta que venga un intruso y se haga cargo de todo. Me revienta que ese tipo pretenda cambiar las cosas. En mayo hará dieciocho años que trabajo en este rancho. No necesito que un recién llegado me diga lo que tengo que hacer.

-¿A quién estás llamando imbécil? -Acalorado, Jim se puso de pie de un salto y se enfrentó a Pickles-. ¿Quieres pelear conmigo, viejo? Vamos, no te pares.

-¡Ya basta! -Cuando los peones alzaron los puños, con los nudillos blancos, Willa se interpuso entre ellos-. Dije que basta. -Utilizando ambas manos apartó a los hombres. Con una mirada hizo que descartaran su intención de empezar una pelea-. Por lo que veo, en este momento aquí hay dos imbéciles que no tienen la sensatez necesaria como para pensar en el trabajo que están haciendo.

-Yo puedo cumplir con mi trabajo -contestó Pickles con los dientes cerrados y echando chispas por los ojos-. Y no necesito que él o tú me digáis lo que tengo que hacer.

-Me parece bien. Y yo no necesito que vosotros empecéis a discutir en el momento en que estamos descornando y castrando. Tú ve a tranquilizarte. Y cuando estés más tranquilo, coge tu jeep y ve a echar un vistazo a lo que está haciendo el equipo que repara los alambrados.

-Ham no necesita que nadie revise lo que está haciendo y yo tengo trabajo aquí.

Willa se le acercó y midió sus fuerzas con las de él.

-Te dije que te tranquilizaras. Después sienta tu culo en el jeep y ve a examinar los alambrados. Lo harás, y lo harás ya mismo o empezarás a preparar tus cosas para pasar a buscar tu último cheque.

Pickles estaba cada vez más colorado, en parte de furia y en parte por la humillación que significaba tener que recibir órdenes de una mujer de la mitad de su edad.

-¿Crees que puedes despedirme?

-Sé que puedo despedirte y tú también lo sabes. -Señaló la puerta con la cabeza-. Y ahora empieza a moverte. Aquí estás en mi camino.

Durante unos segundos permanecieron mirándose fijamente. Después él se hizo a un lado, escupió en el suelo y empezó a caminar hacia la puerta. De pie junto a Willa, Jim dejó escapar el aliento entre los dientes cerrados.

-No le conviene perderlo, Will. Dios sabe que es intratable, pero es un excelente vaquero.

-Pickles no se irá a ninguna parte. -De haber estado sola, se habría llevado una mano al estómago tembloroso. Pero en cambio se arrodilló y preparó la siguiente inyección-. Una vez que se le pase la rabietta, estará bien. No tuvo intención de agredirte, Jim. Te tiene tanta simpatía como a cualquier otro.

Ya sonriente, Jim arreó un ternero hacia la manga.

-Eso no es mucho decir.

-Supongo que no. -Sonrió a pesar suyo-. ¿Cuánto le ganaste anoche?

-Alrededor de setenta. Les he echado el ojo a unas botas de piel de víbora espléndidas.

-Eres un crío, Brewster.

-Me gusta vestirme bien para las damas. -Le guiñó un ojo y continuaron con la rutina-. A lo mejor alguna vez la invitaré a salir a bailar conmigo, Will.

Era una vieja broma e hizo desaparecer la tensión. Willa Mercy no sabía bailar.

-Y tal vez esta noche él te vuelva a ganar los setenta. -Se secó el sudor que le cubría la frente y preguntó con tono indiferente, ¿Quién es ese vaquero de Three Rocks?

-JC. Es un buen tipo.

-¿Trajo alguna noticia de ese rancho?

-No dijo mucho. -Mientras seguían trabajando, Jim recordó que JC parecía más interesado por lo que sucedía en Mercy-. Nos contó que la chica de John Conner rompió con él y que John se emborrachó tanto que perdió el conocimiento en el baño.

A partir de ese momento fue más fácil. Acababan de retomar la rutina. Viejos chismes, nombres familiares.

-Sissy rompe con Conner cada quince días y él siempre se emborracha.

-Nada más que para que uno sepa que las cosas siguen como siempre.

Se sonrieron, dos personas hundidas en sangre y excrementos, con la brisa fresca que diseminaba el olor por todas partes.

-Le apuesto veinte a que él le comprará un regalo y que el lunes ella habrá vuelto a aceptarlo.

-No pienso apostar. No soy ninguna tonta.

Trabajaron juntos durante otros veinte minutos, comunicándose con gruñidos y por señas con las manos. Cuando se detuvieron el tiempo necesario para refrescar las gargantas reseca, Jim cambió de postura, nervioso.

-Mire Will, Pickles tampoco quiso ofenderla. Echa de menos al viejo, eso es todo. Pickles le tenía mucho respeto.

-Ya lo sé.

Entrecerró los ojos e ignoró el dolor que le estrujaba el corazón. La línea de tierra que se veía en el camino significaba que Billy estaba de vuelta. Pensó que iría a buscar a Pickles, que tranquilizaría su amor propio herido y le encargaría que se hiciera cargo de reparar el tractor.

-Ve a almorzar, Jim.

-Esas son mis palabras favoritas.

Willa había llevado su propia comida. Trepó al asiento del Land Rover y comenzó a comer el sándwich de rosbif sosteniéndolo con una mano, mientras con la otra dirigía el volante y avanzaba por el camino de tierra reseca llena de marcas de neumáticos y de huellas de cascos de caballos. El sendero discurría a través de pasturas, hasta un monte, después subía y le ofrecía una vista fascinante de los colores del otoño.

El otoño ya está acabando, pensó, las hojas se marchitan y caen de los árboles. Pero alcanzaba a oír el llamamiento alto e insistente que hacía uno de sus hombres para reunir el ganado cuando bajó el vidrio de la ventanilla para dejar entrar el viento. Esa música tan familiar debió tranquilizarla. Quería que la tranquilizara y no comprendía por qué no lo hacía.

Con mirada cuidadosa fue estudiando los alambrados junto a los que pasaba, satisfecha al comprobar que, por el momento, estaban bien reparados. El ganado pastaba con placidez, de vez en cuando un animal levantaba la cabeza para observar con total desinterés el paso del jeep y su ocupante.

Hacia el oeste, el cielo se ponía oscuro y malhumorado, arrojando sombras y una luz espectral sobre los picos. Supuso que antes de la noche nevaría en las montañas y llovería en el valle. Dios era testigo de que la lluvia les vendría bien, pero dudaba que cayera esa lluvia suave y serena que necesitaban y que empapaba bien la tierra. Lo más probable sería que cayera con gotas grandes y duras, que arruinarían las cosechas y rebotarían como balas contra la tierra.

Ya estaba deseando oír la azotar el techo como si fuera el golpe de puños furibundos, para estar a solas durante algunas horas con ese sonido violento y con sus propios pensamientos. Y para mirar por la ventana, pensó, y ver una pared de lluvia que lo enmascaraba todo y a todos.

«Tal vez sea la proximidad de la tormenta lo que tanto me inquieta», pensó al darse cuenta de que miraba por cuarta vez el espejo retrovisor. O tal vez fuese porque la enojaba haber encontrado pruebas del trabajo del equipo de reparación de alambrados, pero no a los hombres mismos.

Ningún jeep, ni el sonido de martillazos, ni hombres que recorrían los alambrados en la distancia. Nada más que tierra, camino, y montañas que se alzaban hacia un cielo herido.

Se sentía demasiado sola. Y eso no tenía sentido para ella. Le gustaba estar sola en su propia tierra. Aun en ese momento estaba deseando poder tener tiempo para estar sola y sin que nadie le hiciera preguntas, le exigiera respuestas o le presentara quejas.

Pero los nervios seguían saltando como truchas dentro de su estómago, arrastrándose por su nuca como hormigas laboriosas. Se descubrió echando la mano hacia atrás, apoyando los dedos sobre la culata de la escopeta. Después, con mucha deliberación, detuvo el jeep para bajar de él y recorrer la tierra con la mirada en busca de señales de vida.

Era peligroso. Sabía que era peligroso, pero ahora tenía un placer especial por el asunto y no se podía detener. Pensó que había elegido bastante bien el momento y el lugar. Se preparaba una tormenta y el equipo de reparación de alambrados había terminado de trabajar en ese sector. Supuso que ya debían estar de vuelta en el patio del rancho, esperando la comida.

La visibilidad no era la mejor, pero sabía cómo aprovechar lo que veía. Había elegido uno de los mejores novillos de la pastura, un novillo gordo que habría proporcionado bastante dinero en el mercado.

Eligió su lugar con mucho cuidado. Una vez que hubiera terminado, volvería al galope largo y estaría muy pronto de regreso en el patio del rancho o en algún punto lejano de las tierras de Mercy. Un lado del camino trepaba por las sierras y se volvía rocoso bajo una serie de árboles.

Nadie se acercaría desde esa dirección.

La primera vez que lo hizo, el primer vistazo de la sangre le revolvió el estómago. Hasta entonces, nunca había hundido el cuchillo en un ser tan vivo y tan grande. Pero después, bueno, fue tan... interesante. Descuartizar un ser vivo muy pesado, percibir el latido del pulso, cada vez más lento hasta que se esfumaba como un reloj que se iba deteniendo.

Observar la vida que se desangraba.

La sangre era caliente y latía. Por lo menos latía al principio, después solo surgía, roja y mojada, como un lago.

El novillo no se resistió. Lo atrajo con grano, luego lo ató con una soga. Quería llevarlo a cabo en el mismo centro del camino del rancho. Tarde o temprano alguien pasaría por allí y ¡oh, oh, qué sorpresa! Los pájaros volarían en círculos, atraídos por el olor de la muerte.

Tal vez también bajarán los lobos, atraídos por el mismo olor.

Antes ignoraba lo seductor que podía ser el olor a muerte. Hasta que la provocó.

Sonrió al ver que el novillo comía el grano del cubo, le pasó una mano sobre la piel dura y negra. Después se envolvió completamente en el impermeable de plástico para estar seguro de que lo cubría bien y con un movimiento firme hundió el cuchillo en la garganta del animal. No había duda de que mejoraba con la práctica. Y rió encantado al ver surgir sangre a raudales.

-Vete, perrito -canturreó al ver que el novillo se desplomaba en el suelo.

Luego inició el trabajo que le resultaba realmente interesante.

Pickles estaba dedicado a disfrutar de su mal humor. Mientras viajaba a lo largo de la línea de los alambrados, ensayaba en su mente diferentes conversaciones. Entre él y Jim. Entre él y Willa. Después ensayó las palabras que le diría a Ham cuando se quejara de que Willa amenazaba con despedirlo.

Como si esa cría pudiera hacerlo.

Lo había contratado Jack Mercy y, desde el punto de vista de Pickles, nadie más que Jack Mercy podía despedirlo. Y Jack estaba muerto, que Dios se apiadara de su alma. Así que asunto terminado.

Tal vez sencillamente renunciaría. Tenía ahorros en un banco de Bozeman que le daban rendimientos interesantes. Podía comprar su propio rancho, empezar con poca cosa y llegar a convertirlo en algo que valiera la pena.

Le gustaría saber qué haría esa mujer mandona si llegara a perderlo. Nunca lograría pasar el invierno, pensó con amargura, y mucho menos un maldito año entero.

«Y tal vez me lleve conmigo a Jim Brewster», pensó Pickles, olvidando que estaba furioso con Jim. El chico era un buen peón y trabajaba duro, aunque siempre fuera un idiota.

Tal vez lo hiciera, compraría un poco de tierra al norte y criaría algunos Herefords. Y también podría llevarse a Billy, nada más que para jorobar. Y mantener el rancho puro, pensó para gozar más de sus fantasías. Ninguna maldita gallina, ni granos de cosecha fina, nada de cerdos, ni de caballos, aparte de los que un hombre necesita como herramienta de trabajo. Esa diversificación de porquería no era más que eso. Una porquería. Desde su punto de vista, era el único error que cometió Jack Mercy.

Permitir que ese muchacho indio criara caballos en tierras ganaderas.

No porque tuviera nada en contra de Adam Wolfchild. Ese tipo se ocupaba de su trabajo, se mantenía al margen de los demás y entrenaba algunos espléndidos caballos de silla. Pero era una cuestión de principios. Si la chica se salía con la suya, entre ella y el indio le darían la vuelta a Mercy como si se tratara de un guante.

Y en opinión de Pickles, lo llevarían a una ruina total.

Las mujeres, se dijo, deben permanecer en la maldita cocina y no fuera, dándoles órdenes a los hombres. ¿Echarlo? ¡Ni muerto! pensó con un bufido y dobló por el desvío de la izquierda para ver si Ham y Wood habían terminado.

Se prepara una tormenta, pensó distraído, después vio el jeep detenido en el camino. Lo hizo sonreír.

Si se había descompuesto un jeep, él tenía su caja de herramientas en el asiento de atrás. Le demostraría a todo el mundo del sudoeste de Montana que tuviera bastante sentido común como para rascarse el trasero, que sabía más sobre motores que nadie en cien. kilómetros a la redonda.

Detuvo el jeep, se metió los pulgares en los bolsillos de los vaqueros y se acercó.

-¿Tiene algún problema? -preguntó. Luego se detuvo en seco.

El novillo estaba abierto en dos y había bastante sangre como para bañarse en ella. El olor a sangre lo asqueó en el momento que se acercó casi sin mirar al hombre agazapado junto al animal muerto.

-¿Otro más? Por todos los santos, ¿qué está pasando aquí? -Se acercó más-. Está fresco... -Empezó a decir, y entonces vio.., el cuchillo, la sangre que corría por la hoja. Y los ojos del hombre que tenía el cuchillo en la mano-. ¡Santo Dios! ¿Tú? ¿Por qué lo hiciste?

-Porque puedo. -Notó en los ojos de Pickles que acababa de comprender la verdad y también notó que dirigía una rápida mirada hacia su jeep-. Porque me gusta -agregó con suavidad. Como lamentándolo, levantó el cuchillo y lo hundió en el vientre blando de Pickles-. Hasta ahora nunca había dado muerte a un hombre -dijo, y empujó el cuchillo hacia arriba con mano segura, sin rastros de nerviosismo-. Es interesante.

Interesante, pensó, observando los ojos de Pickles que pasaban del horror al dolor, a la inexpresividad. Siguió avanzando hacia arriba con el cuchillo, hacia el corazón. Se inclinó cuando el cuerpo cayó, luego se puso a horcajadas.

Olvidó por completo la fascinación que le causaba el novillo. Comprendió que esa era una caza mayor, mucho mayor. Un hombre tiene cerebro, pensó mientras sacaba el cuchillo de la carne con un sonido húmedo. El ganado era imbécil. Y el gato, aunque inteligente, era una cosa pequeña.

Se echó atrás, pensativo, preguntándose cómo lograr que ese momento, ese nuevo paso, fuese algo especial. Algo de lo que la gente hablaría en todas partes y durante mucho, mucho tiempo.

Después sonrió, rió tanto que se tuvo que apretar la boca con la mano ensangrentada. Sabía exactamente cómo lograrlo.

Hizo girar el cuchillo en su mano y se dedicó alegremente a trabajar.

Cuando Willa vio al jinete que galopaba sobre su pradera, detuvo el jeep. Reconoció el oscuro de gran estatura que montaba Ben y al perro *Charlie* que andaba saltando junto a Spook, como si fuese su sombra. Su primera reacción fue de alivio, y no le gustó. Pero había algo fantasmal en el aire y habría agradecido ver al diablo mismo acercándosele.

Aunque era un espectáculo impresionante, frunció la nariz ante la manera en que el padrillo oscuro y su jinete volaron sobre el alambrado.

-¿Te has equivocado de camino, McKinnon?

-No. -Detuvo el caballo junto al jeep. *Charlie*, en señal de feliz bienvenida, levantó una pata y orinó sobre el neumático delantero de Willa-. ¿Has hecho arreglar

ese alambrado? -Sonrió al ver que ella lo miraba fijo-. Esta mañana, cuando Zack lo sobrevoló en la avioneta, vio que estaba caído. Este año los alces han sido una verdadera tortura.

-Siempre lo son. Supongo que Ham ya ha terminado de levantar los alambrados. Iba a revisar el trabajo.

Ben desmontó y se asomó por la ventanilla.

-¿Eso que veo allí es un sándwich?

Willa miró la segunda mitad de su almuerzo.

-Sí. ¿Por qué?

-¿Te lo vas a comer?

Ella lanzó un suspiro y se lo acercó.

-Has venido a buscarme para conseguir un almuerzo gratis.

-Ese no es más que un beneficio accesorio. Voy a embarcar ganado hacia el corral de engorde de Colorado, pero pensé que tal vez quisieras sacarme unas doscientas cabezas de las manos y terminarlas. -Con aire generoso, rompió una esquina del sándwich y se la arrojó al perro que lo miraba esperanzado.

Willa observó al perro que devoró el pan y la carne y luego sonrió. La sonrisa de ese perro, pensó ella, no es demasiado distinta de la de su dueño. La sonrisa de un ser arrogante, satisfecho consigo mismo.

-¿Y quieres que discutamos el precio aquí mismo?

-Pensé que lo podríamos hacer de una manera más amistosa. Más tarde, y con una copa en la mano. -Metió una mano por la ventanilla para jugar con un mechón del pelo de Willa que el viento había separado de la trenza-. Todavía no me has presentado a tu hermana mayor.

Will puso en marcha el jeep.

-No es tu tipo. Refinada. Pasa por casa si quieres. -Lo observó comer el último trozo del sándwich-. Pero después de comer.

-¿Quieres que también lleve mi propia botella?

Willa solo sonrió y apretó el acelerador. Después de pensarlo un momento, Ben volvió a montar y la siguió al trote. Ambos sabían que ella avanzaba despacio para que él pudiera mantenerse a la par.

-¿Adam estará allí? -preguntó Ben, alzando la voz para que ella lo oyera por sobre el ruido del motor-. Tengo interés en comprar un par de caballos de silla.

-Pregúntaselo a él. Yo estoy demasiado ocupada para dedicarme a la vida social, Ben. -Para irritarlo, aceleró, llenándole la cara de polvo. Pero a pesar de todo se sintió desilusionada cuando dobló por el desvío de la izquierda y él tomó por el lado contrario.

Deseó haber peleado con él acerca de algo, haberlo enfurecido hasta el punto de que volviera a aferrarla. No podía olvidar la manera en que Ben la tomó en sus brazos pocos días antes.

No pensaba mucho en hombres... por lo menos en ese sentido. Pero era sin duda divertido pensar en Ben de esa manera. Aun cuando estuviera decidida a no hacer nada al respecto.

A menos que cambiara de idea.

Sonrió. Tal vez cambiara de idea, nada más que para enterarse de cómo era todo eso. Tenía la sensación de que Ben podría enseñarle mejor que nadie exactamente qué podía hacer un hombre con una mujer.

Tal vez esa misma noche lo irritaría hasta que él la besara. A menos que lo distrajera la pechugona de Tess y su perfume francés. Ante esa idea aceleró, pero frenó al ver el jeep de Pickles estacionado en la curva del camino.

-Bueno, mierda, lo encontré.

«Y ahora tendré que aplacarlo», pensó. Bajó del jeep mirando el alambrado y la pradera a cada lado. No veía señales de Pickles, ni motivo alguno para que hubiera dejado el jeep cruzado en el camino.

-Debe haber ido a alguna parte para darle cuerda a su mal humor -murmuró y se acercó al jeep para tocar la bocina.

Entonces lo vio, a él y al novillo, tendidos delante del jeep, lado a lado y en un río de sangre. No comprendió por qué no la habría olido, sobre todo cuando en el aire flotaba un fuerte y espeso olor a muerte. Pero en ese momento el olor le subió por la nariz y le llegó a las entrañas. Trastabilló hasta el costado del camino y vomitó con violencia el almuerzo.

Seguía haciendo arcadas cuando pudo acercarse a duras penas a su propio jeep en el que apretó la bocina. Mantuvo la mano sobre la bocina y la cabeza apoyada contra el marco de la ventanilla mientras trataba de recuperar el aliento.

Volvió la cabeza y trató de escupir el gusto a vómito que conservaba en la garganta, luego se pasó las manos por la cara sudada. Cuando se le oscureció la visión y sintió que se mareaba, se mordió los labios con fuerza. Pero no pudo obligarse a caminar por el sendero, a volver a mirar. Se dio por vencida, cruzó los brazos y bajó la cabeza. Ni siquiera la levantó al oír el ruido de cascos de caballo y el agudo ladrido de *Charlie*.

-¡Eh! -Ben desmontó con el rifle al hombro-. Willa.

Un gato montés en pleno ataque no lo habría sorprendido tanto como le sorprendió ella al volverse y enterrar la cara en su pecho.

-Ben. ¡Oh, Dios! -Le rodeó el cuello con los brazos-. ¡Oh Dios!

-Está bien, querida. Ahora está todo bien.

-No -contestó ella cerrando los ojos con fuerza-. No. Delante del jeep. Del otro jeep. Hay... ¡Oh, Dios, la sangre!

-Está bien, niña, siéntate. Yo me encargaré de todo. -Con expresión sombría la sentó en el asiento del jeep y frunció el entrecejo al ver que ella enterraba la cabeza entre sus rodillas y se estremecía-. Quédate sentada aquí, Will.

Por la expresión de Willa y por los ladridos frenéticos del perro, Ben pensó que debía ser otro novillo, o tal vez alguno de los perros del rancho. Ya estaba furioso antes de acercarse al jeep abandonado. Antes de ver que era más, mucho más que un novillo.

-¡Dios mío!

Podría no haber reconocido al hombre, sobre todo después de lo que le habían hecho. Pero reconoció el jeep, las botas, el sombrero cubierto de sangre junto al cadáver. Se le revolvió el estómago de furia y también él se sintió descompuesto. Un pensamiento se le cruzó en el momento en que le ordenaba a *Charlie* que se quedara quieto.

Quienquiera que hubiera hecho eso no era simplemente un loco; era un ser malvado.

Se volvió con rapidez al oír un sonido a sus espaldas, luego extendió un brazo para impedirle el paso a Willa.

-No -ordenó con voz dura y apoyando una mano firme sobre el brazo de ella-. No puedes hacer nada y no hay ninguna necesidad de que vuelvas a ver eso.

-Ya estoy bien. -Colocó una mano en la de Ben y se acercó-. Era mío y lo miraré. -Se pasó el dorso de las manos sobre los ojos-. Le arrancaron el cuero cabelludo, Ben ¡Por amor de Dios! Lo cortaron en pedazos y le arrancaron la cabellera.

-¡Ya basta! -La obligó a volverse con rudeza y a echar la cabeza para atrás hasta que los ojos de ambos se encontraron-. Ya basta, Willa. Vuelve a tu jeep y llama por radio a la policía.

Ella asintió, pero al ver que no se movía, Ben la envolvió en sus brazos y volvió a enterrar el rostro de Willa contra su pecho.

-Espera un minuto hasta reponerte -murmuró-. Agárrate a mí.

-Yo lo mandé aquí, Ben. -Se aferraba a él con todas sus fuerzas-. Me puse furiosa con él y le dije que tomara el jeep y viniera para aquí o que empaquetara sus cosas y pasara a buscar su cheque. Yo lo mandé aquí.

-¡Basta! -Alarmado por la manera en que a Willa se le quebraba la voz con cada palabra, apretó los labios contra su pelo-. Tú sabes que no tienes la culpa de esto.

-Trabajaba para mí -repitió ella, después se estremeció y se apartó-. Cúbrela, Ben. ¡Por favor! Necesita que lo cubran.

-Yo me encargaré de eso. -Le tocó una mejilla deseando poder devolverle el color-. Quédate en el jeep, Will.

Esperó hasta que ella estuvo de vuelta en el vehículo, después sacó la vieja manta que había en la caja del jeep de Pickles. Era lo único que tenía para cubrirlo.

Desde la ventana de la cocina, Lily alcanzaba a ver el bosque y las montañas que se alzaban hasta el cielo. A medida que octubre daba paso a noviembre, la noche caía más temprano. Desde la ventana podía observar el sol que se iba acercando a los picos. Hacía casi dos semanas que estaba en Montana, pero ya sabía que una vez que el sol se escondía detrás de esos picos sombreados, la noche llegaría con rapidez y el aire se pondría frío.

La oscuridad aún la asustaba.

Siempre estaba deseando que llegaran los amaneceres. Los días. Había tanto que hacer que no le quedaba un minuto libre. Se sentía agradecida por haber podido volver a ser útil, por sentirse parte de un lugar. En tan poco tiempo ya había llegado a depender del paisaje de ese cielo ancho, esas altas montañas, ese mar de tierras. Contaba con escuchar el ruido de los caballos, del ganado y de los peones. Y el olor de todo ello.

Le encantaba su habitación, la intimidad que le ofrecía, y la casa espaciosa donde abundaba la madera encerada. La biblioteca estaba llena de libros y podía leer las noches que tenía ganas de hacerlo, o escuchar música o dejar la televisión encendida y murmurando.

A nadie le importaba lo que hiciera con sus noches. Nadie criticaba sus pequeños errores ni le alzaba una mano amenazadora.

Todavía no.

¡Adam era tan paciente! Y era suave como una madre con los caballos. Y debía admitir que con ella también. Cuando le guiaba la mano a lo largo de la pata de un caballo para enseñarle a descubrir si existía mi esguince, no se la apretaba. Le enseñaba a cepillar los caballos, a curar un casco partido y a mezclar vitaminas para darle a una yegua preñada.

Y cuando la descubrió dándole una manzana a un potrillo, no la reprendió. Solo sonrió.

Las horas durante las que trabajaban juntos eran las mejores de su vida. Ese nuevo mundo que se abría ante ella le ofrecía esperanza, la posibilidad de un futuro.

Y a partir de ese momento todo eso podía llegar a su fin. Acababa de morir un hombre.

Se estremeció al pensarlo, al verse obligada a admitir que el asesinato acababa de introducirse en su resplandeciente mundo nuevo. Un golpe malvado acabó con la vida de un hombre y ella era otra vez incapaz de controlar lo que podía suceder en el futuro.

Le avergonzaba saber que pensaba más en sí misma y en lo que podría sucederle que en el muerto. Es cierto que no lo conocía. Con la habilidad de los perseguidos, Lily evitaba todo contacto con los peones del rancho. Pero ese hombre formaba parte de su nuevo mundo y era un egoísmo no pensar en él ante todo.

-¡Dios, qué lío!

Lily pegó un salto cuando Tess entró en la cocina y tensó el paño de cocina que tenía en las manos.

-Preparé café. Fresco. ¿Están...? ¿Todos siguen allí?

-Will sigue hablando con la policía, si a eso te refieres. -Tess se acercó a la cocina y frunció la nariz frente a la cafetera-. Yo traté de no estar en el camino, de manera que no sé con exactitud lo que está sucediendo. -Se acercó a la despensa y empezó a abrir y cerrar los armarios con movimientos nerviosos-. ¿No hay nada más fuerte que café por aquí?

Lily retorció el paño entre sus manos.

-Creo que hay vino, pero me parece que no deberíamos molestar a Willa preguntádoselo.

Tess levantó los ojos al cielo y abrió la nevera.

-Esta adecuada aunque levemente inferior botella de Chardonnay es tan nuestra como de ella. -La sacó de la nevera y preguntó:- ¿Tienes un sacacorchos?

-Hace un rato vi uno. -Se obligó a soltar el paño. Ya había limpiado dos veces la mesa de la cocina. Abrió un cajón, sacó un sacacorchos y se lo pasó a Tess-. ¡Ah! Preparé un poco de sopa -dijo, señalando una cacerola-. Bess todavía tiene fiebre, pero consiguió comer un plato de sopa. Creo, espero que mañana ya se sienta mejor.

-Ajá. -Tess buscó las copas de vino y lo sirvió-. Siéntate, Lily, creo que debemos hablar.

-Tal vez yo debería llevarles un poco de café.

-Por favor, siéntate. -Tess se instaló en el banco de madera de la mesa del desayuno y esperó.

-Está bien. -Lily se sentó frente a ella, con la mesa brillante entre ambas, y cruzó las manos sobre la falda.

Tess le pasó una copa de vino y alzó la suya.

-Supongo que, con el tiempo, tendremos que contarnos la historia de nuestras vidas, pero este no me parece el momento indicado. -Sacó de un bolsillo el único cigarrillo que había separado de los que, secretamente, reservaba para emergencias y lo hizo girar entre sus dedos antes de coger la caja de fósforos-. Es un asunto bastante feo.

-Sí. -En un movimiento automático, Lily se puso de pie y fue en busca de un cenicero que colocó sobre la mesa-. ¡Ese pobre hombre! No sé cuál de ellos era pero...

-El calvo con un gran bigote y un vientre aún más grande -dijo Tess, y con un esfuerzo de voluntad, encendió el cigarrillo.

-¡Ah! -Ahora que tenía un rostro para enfocar, su vergüenza aumentó-. Sí, lo he visto. ¿Lo acuchillaron, verdad?

-Creo que fue peor que eso, pero no conozco los detalles. Solo sé que Will lo encontró en uno de esos caminos que recorren todo el rancho.

-Debe haber sido terrible para ella.

-Sí. -Tess hizo una mueca y tomó la copa de vino. Tal vez no le tuviera demasiada simpatía a su media hermana menor, pero la suya era una experiencia que no podía desearle a nadie-. Ella sabrá llevar el asunto. Aquí los crían duros. De todos modos... -Bebió y se dio cuenta de que el vino no era tan malo como suponía-. ¿Qué piensas hacer? ¿Te irás o te quedarás?

Más por necesidad de hacer algo con las manos que por ganas de beber vino, Lily tomó su copa.

-En realidad, no tengo adónde ir. Supongo que tú volverás a California.

-Lo estuve pensando. -Tess se echó atrás y estudió a la mujer que tenía delante. Mantiene los ojos bajos y las manos ocupadas, pensó. Tenía la seguridad de que la tímida Lily ya habría reservado pasaje para volar a algún lugar lejos de allí-. Yo lo analizo de esta manera. En Los Ángeles, se cometen asesinatos todos los días. Los

chicos se matan a golpes por pintar grafitis en lugares que no les corresponden. Cada vez que uno pestaña se producen problemas de drogas. Tiroteos, gente apuñalada, robos, intimidaciones, cachiporrazos. -Sonrió-. ¡Dios, cómo me gusta esa ciudad!

Al ver la expresión espantada de Lily, Tess echó atrás la cabeza y rió.

-Lo siento -dijo un instante después, mientras se apretaba el pecho con una mano-. Lo que quiero decir es que por terrible que sea esto, por cerca de nosotros que haya sucedido, no es más que un asesinato. Comparativamente no es nada tan tremendo y sin duda no basta para hacerme huir y perder lo que es mío.

Lily volvió a beber y luchó por aclarar sus pensamientos.

-Así que te quedas. Te vas a quedar.

-Sí, me quedare. Nada ha cambiado.

-Yo creí... -Lily cerró los ojos y permitió que la recorriera el alivio y, al mismo tiempo, la vergüenza-. Estaba segura de que no te quedarías y entonces yo no habría tenido más remedio que irme. -Abrió los ojos suaves, de color celeste con reflejos grises-. ¡Es terrible! Ese pobre hombre ha muerto y en lo único que pienso es en la forma en que me puede afectar a mí.

-Eso es ser sincera. No lo conocías. ¡Vamos! -Como había algo en Lily que la emocionaba, Tess tomó la mano de su hermana-. No te tortures por este asunto. Aquí todas tenemos mucho en juego. Tenemos derecho a pensar en lo que nos pertenece.

Lily bajó la mirada y observó las manos unidas de ambas. Las de Tess son tan bonitas, pensó, con el brillo de anillos y esa envidiable fuerza y confianza que tenían sus dedos. Levantó la vista.

-Yo no hice nada por merecer este lugar. Y tú tampoco.

Tess solo asintió y, retirando su mano, volvió a tomar la copa.

-No hice nada para ser ignorada durante toda mi vida. Y tú tampoco.

En ese momento entró Willa y se detuvo en seco al ver a las dos mujeres frente a la mesa. Todavía estaba pálida y sus movimientos eran nerviosos. Después de tantas preguntas, de repasar y volver a repasar las circunstancias en que descubrió el cuerpo, se sentiría más que feliz cuando la policía se fuera.

-Pero bueno, ¡qué escena tan hogareña! -Al acercarse a la mesa, se metió las manos en los bolsillos. Todavía le temblaban-. Supuse que estaríais haciendo vuestro equipaje en lugar de encontraros manteniendo una charla amable.

-Hemos estado hablando acerca de eso. -Tess alzó una ceja pero no hizo ningún comentario cuando Willa se apoderó de su copa de vino y lo bebió-. No iremos a ninguna parte.

-¿En serio?

Como el vino le pareció una buena idea, Willa se acercó hasta un armario y sacó otra botella. Después se quedó allí parada, incapaz de moverse, casi sin poder pensar.

En ningún momento alcanzó a considerar a fondo la pérdida del rancho. Pero allí, en el trasfondo de su mente, tuvo la seguridad de que las mujeres que le habían sido impuestas, huirían. Y con ellas se iría su propia vida. Pero en ese preciso momento, al saber que se quedarían, recibió el impacto. Y fue un impacto muy fuerte.

Se dio por vencida, apoyó la cabeza contra el armario y cerró los ojos.

Pickles. ¡Dios bendito! ¿Alguna vez lograría olvidar lo que le hicieron, lo que quedó de él? Y toda esa sangre, que se cocía al sol. La manera en que la mirada de ese hombre se clavó en ella, el horror congelado en esos ojos.

Pero por el momento, el rancho estaba a salvo.

-¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¡Oh Dios!

No se dio cuenta de que pronunció el quejido en voz alta hasta que Lily apoyó una mano sobre su hombro. Willa se irguió enseguida, apartándose de su medio hermana.

-He preparado sopa -dijo Lily, con la sensación de que la suya era una frase bastante tonta, pero sin saber qué más decir-. Deberías comer algo.

-En este momento te aseguro que no podría comer nada.

Willa retrocedió, atemorizada de que tanta calidez conspirara contra su fortaleza. Volvió a la mesa y, ante los ojos fascinados de Tess, llenó de vino un botellón.

-Eso me parece bien -murmuró Tess admirada, al ver que Willa bebía vino como si fuera agua-. Me parece muy bien. ¿Durante cuánto tiempo puedes hacer eso y permanecer de pie?

-Tendremos que averiguarlo. -Se volvió al oír que se abría la puerta de la cocina y lanzó un suspiro al ver entrar a Ben.

No quería avergonzarse por haberse apoyado en él, por desmoronarse en sus brazos, por permitir que él hiciera todo el trabajo mientras ella permanecía sentada como una espectadora, demasiado descompuesta para funcionar. Pero era un trago difícil.

-Señoras. -Con un gesto que imitaba el de Willa, le quitó la copa de las manos y bebió-. Brindo por el fin de un día espantoso.

-Yo lo acompañaré en ese brindis -dijo Tess, mientras lo estudiaba. El vaquero de oro, pensó. Y se le hizo la boca agua-. Soy Tess. Y usted debe ser Ben McKinnon.

-Me alegro de conocerla. Lamento que no haya sido en circunstancias más agradables. -Tomó el mentón de Willa con una mano y la obligó a volverse para mirarlo-. Ve a acostarte.

-Tengo que hablar con los peones.

-No, nada de eso. Lo que debes hacer es acostarte y olvidar esto por un rato.

-No pienso esconder la cabeza como un avestruz porque...

-No hay nada que puedas hacer -la interrumpió él. Willa estaba temblando. Él percibía la fuerza que hacía para no dejarse llevar por esos temblores, pero los percibía a través de la punta de sus dedos-. Estás enferma y cansada, y acabas de tener que revivir una docena de veces una experiencia realmente desagradable. Adam va a llevar a los policías a la casa de los peones para que los interroguen, y lo único que tú tienes que hacer es tratar de dormir un poco.

-Mis hombres son...

-¿Quién los va a sostener mañana, y el día siguiente, si tú te desplomas ahora? - Ben inclinó la cabeza al ver que ella cerraba la boca-. Puedes subir a acostarte por tus propios medios, Will, o te llevaré yo mismo. De una manera o de otra, es lo que harás. Ahora mismo.

Las lágrimas le ardían en los ojos, le bullían en la garganta. Demasiado orgullosa para permitir que fluyeran delante de Ben, le apartó la mano, giró sobre sus talones y salió.

-Estoy impresionada -dijo Tess cuando la puerta de la cocina se cerró de un portazo-, no creí que existiera nadie capaz de obligarla a hacer algo.

-Ella me habría hecho frente, pero sabía que se iba a desmoronar. Y Will nunca se permitirá desmoronarse. Frunció el entrecejo con la mirada clavada en el vino, mientras lamentaba no haber sido capaz de convencerla con suavidad en lugar de tener que amenazarla-. No conozco a muchas personas capaces de haber vivido lo que ella ha vivido hoy, sin desmoronarse.

-¿Le parece que conviene que esté sola? -Lily se llevó los dedos a los labios-. Podría subir a acompañarla pero... no sé si eso le gustará.

-No, está mejor sola. -Pero Ben sonrió, contento de que Lily se hubiese ofrecido-. Este no ha sido exactamente un fin de semana agradable para ninguna de ustedes, pero de todos modos quiero darles la bienvenida a Montana.

-A mí me encanta este lugar. -En cuanto lo dijo, Lily se ruborizó y se apresuró a ponerse de pie mientras Tess lanzaba una risita-. ¿Le gustaría comer algo? He preparado sopa y hay la suficiente cantidad de ingredientes para preparar sándwiches.

-Si eso que huelo es sopa, me encantaría tomar un poco.

-Perfecto, ¿Tess?

-Por supuesto, ¿por qué no? -Como Lily parecía ansiosa por servirles, Tess permaneció sentada haciendo tamborilear los dedos sobre la mesa-. ¿La policía cree que fue obra de alguien del rancho?

Ben se sentó frente a ella.

-Supongo que ante todo concentrarán sus investigaciones aquí. No existe acceso público al rancho, pero eso no quiere decir que alguien de fuera no haya podido entrar y llegar hasta el lugar del crimen. A caballo, en jeep. -Se encogió de hombros y se pasó una mano por el pelo-. El acceso desde Three Rocks a Mercy es bastante fácil. Diablos, si yo mismo estaba allí.

Levantó una ceja ante la mirada especulativa de Tess.

-Por supuesto que puedo decirle que yo no lo hice, pero usted no me conoce. También se puede llegar hasta ese lugar a través del rancho Rocking R, o desde el rancho de Nate, o por las tierras altas.

-Bueno -Tess se sirvió más vino-, eso decididamente reduce las posibilidades, ¿no es cierto?

-Solo les diré una cosa: cualquiera que conozca las montañas, las tierras de los alrededores, podría permanecer oculto durante meses e ir más o menos adonde le diera la gana. Y sería muy difícil encontrarlo.

-Le agradecemos que nos haya tranquilizado tanto. -Dirigió una rápida mirada a Lily, quien en ese momento colocaba platos de sopa humeantes sobre la mesa-. ¿No es cierto, Lily?

-Yo prefiero saber la verdad. -Lily se instaló en el borde del asiento junto a Tess y volvió a unir las manos-. Si uno sabe, puede tomar precauciones.

-Así es. Yo diría que una buena precaución sería que, por el momento, ninguna de ustedes dos se alejara mucho sola de la casa.

-Yo no soy muy propensa a alejarme. -Aunque de repente tenía el estómago un poco revuelto, Tess se puso una cucharada de sopa en la boca-. Y Lily siempre anda muy cerca de Adam. -Miró a Ben-. ¿Adam es uno de los sospechosos?

-No sé lo que piensa la policía, pero les puedo asegurar que sería más probable que a Adam Wolfchild le crecieran alas que pensar siquiera en la posibilidad de que pudiera apuñalar y arrancarle el cuero cabelludo a un hombre. Levantó la mirada cuando la cuchara de Tess se estrelló contra la mesa. Si con eso hubiera ganado algo, se habría maldecido-. Lo siento. Creí que conocían los detalles.

-No. -Tess decidió dedicarse al vino en lugar de la sopa-. No los conocíamos.

-¿Y ella vio eso? -Lily se retorció las manos sobre la falda-. ¿Eso fue lo que descubrió?

-Y con eso tendrá que vivir. -Los dos tendremos que vivir con eso, pensó Ben, porque estaba seguro de que era una imagen que jamás se le borraría de la mente-. No quiero asustarlas, pero les pido que tengan cuidado.

-Le aseguro que en lo que a mí respecta puede estar tranquilo -prometió Tess-. Pero ¿y ella? -Señaló el cielo raso con el pulgar-. No va a poder mantenerla encerrada en la casa, a menos que la ate.

-Adam la vigilará. Y yo también. -Con la esperanza de aliviar la tensión, tomó un poco más de sopa-. Y andar por aquí con frecuencia no va a ser un sacrificio si este es el tipo de comida que me ofrecerán.

Ambas mujeres se sobresaltaron cuando se abrió la puerta del frente. Entró Adam, junto con una ráfaga helada.

-Por ahora han terminado conmigo.

-Únete a la fiesta -le invitó Tess-. Esta noche nuestro menú consiste en sopa y vino.

Adam le dirigió una mirada solemne antes de observar a Lily.

-Creo que preferiría un poco de café. No, no te levantes -agregó al ver que Lily empezaba a ponerse de pie-. Me lo puedo servir yo mismo. Vine a ver cómo estaba Willa.

-Ben consiguió que subiera a acostarse. -Los nervios y el alivio hicieron que, antes de que pudiera impedirlo, Lily estallara en un borbotón de palabras-. Le hacía falta descansar. Te puedo servir un poco de sopa. Debes comer algo y hay sopa de sobra.

-Yo me la puedo servir. Siéntate.

-También hay pan. Me olvidé de sacar el pan. Debería...

-Deberías quedarte sentada -interrumpió Adam con mucha suavidad mientras servía la sopa-. Y tratar de relajarte. Llenó un segundo plato y puso ambos sobre la mesa-. Y también debes comer. Yo iré a buscar el pan.

Ella lo miró, sorprendida, mientras él se movía con aire competente por la cocina. Ninguno de los hombres que conocía se había dignado tomar un plato a menos que fuera para pedir que les sirvieran más. Miró a Ben, convencida de que observaría la escena con aire burlón, pero él siguió comiendo como si el hecho de que un hombre sirviera la comida no tuviera nada de particular.

-¿Quieres que me quede aquí, Adam, y que les eche una mano durante un par de días?

-No. Pero gracias de todos modos. Tendremos que tomarlo poco a poco. -Se sentó frente a Lily y la miró a los ojos-. ¿Estás bien?

Ella asintió, tomó la cuchara y trató de comer.

-Pickles no tenía familia -continuó diciendo Adam-. Sin embargo, creo que tenía una hermana allá en Wyoming. Supongo que trataremos de encontrarla si todavía anda por allí, pero creo que nos encargaremos de hacer los arreglos una vez que recuperemos el cuerpo.

-Deberías pedirle a Nate que se haga cargo de eso. -Ben partió un trozo de pan-. Si se lo sugieres, Willa le encargará ese trabajo.

-Está bien, lo haré. No creo que hubiera podido pasar por este mal trago sin tu ayuda. Y quiero que lo sepas.

-Dio la casualidad que yo andaba por allí. -Todavía lo desconcertaba la manera en que ella se arrojó en sus brazos. Y la manera en que calzó en ellos-. Una vez que se sobreponga del impacto, supongo que lamentará que haya sido yo el que estaba allí.

-Te equivocas. Estará agradecida y yo también. -Volvió la mano, con la palma hacia arriba en la que se veía una cicatriz larga y delgada entre las líneas de la cabeza y del corazón-. Hermano.

Ben sonrió al mirar una cicatriz idéntica en su propia mano. Y recordó el día en que dos jovencitos, de pie en la orilla del río, iluminados por la media luz del cañón, mezclaron con solemnidad su sangre en una promesa de permanente hermandad.

-¡Ah! Ha llegado el momento de los rituales masculinos. -Con una emoción absurda, Tess codeó a Lily para que le permitiera levantarse de la banqueta-. Este es el momento en que debo salir de escena y dejarlos a ustedes, caballeros, con su oportuno y sus cigarros, mientras yo subo a hacer algo excitante como pintarme las uñas de los pies.

Ben sonrió, apreciando su sentido del humor.

-Y apuesto a que deben ser uñas muy bonitas.

-Son espantosas, mi amor. -Era sencillo decidir que Ben le gustaba. Y a partir de allí no faltaba mucho para que decidiera confiar en él-. Creo que me uniré a Adam y diré que me alegra que haya estado allí. Buenas noches.

-Yo también me iré. -Lily estiró una mano para tomar el plato de sopa casi lleno de Tess.

-No te vayas -pidió Adam, colocando una mano sobre la de ella-. No has comido nada.

-Ustedes dos quieren conversar. Puedo subir el plato de sopa a mi dormitorio.

-No huya por mi causa. -Bastante seguro de lo que estaba sucediendo entre ellos dos, Ben se levantó-. Debo volver a casa. Le agradezco la comida, Lily. -Estiró una mano para acariciarle la mejilla y percibió el instintivo gesto de defensa que hacía ella. Con tranquilidad, Ben dejó caer la mano como si nada hubiera sucedido-. Tome esa sopa mientras esté caliente -aconsejó-. Mañana me daré una vuelta por aquí, Adam.

-Buenas noches, Ben. -Adam mantuvo la mano sobre la de Lily y se la apretó, para que se volviera a sentar. Después le tomó la otra mano, entrelazó sus dedos con los de ella y esperó hasta que levantara la mirada-. No tengas miedo. No permitiré que te suceda nada.

-Siempre tengo miedo.

Trató de apartar las manos, pero él consideró que era tiempo de correr el riesgo, de manera que siguió sosteniéndolas.

-Viniste a un lugar desconocido, donde estabas rodeada de desconocidos. Y te quedaste. Eso significa ser valiente.

-Solo vine a esconderme. Tú no me conoces, Adam.

-Te conoceré cuando me lo permitas.

Entonces le soltó una mano, levantó la suya y le pasó el pulgar sobre el moretón ya desteñido que tenía bajo el ojo. Ella permaneció muy quieta y lo miró con desconfianza mientras Adam bajaba el pulgar hasta las marcas de su mentón.

-Cuando estés lista, quiero conocerte, Lily.

-¿Por qué?

Los ojos de Adam sonrieron y la emocionaron.

-Porque comprendes a los caballos y robas sobras de la cocina para dárselas a mis perros. -Cuando ella se ruborizó, Adam sonrió abiertamente-. Y porque preparas una sopa riquísima. Y ahora, come -dijo, soltándole la mano-. Antes de que se enfríe.

Mirándolo desde debajo de sus pestañas, Lily tomó la cuchara y empezó a comer.

Arriba, armada con un libro elegido en la biblioteca y una botella de agua mineral que sacó del bar, Tess se encaminó a su cuarto. Había decidido leer hasta ponerse bizca, con la esperanza de que eso le acarrearía un sueño tranquilo y sin pesadillas.

«Mi imaginación es demasiado vívida», pensó. Y justamente ese era el motivo de que empezara a destacarse como escritora de guiones para cine. Y el motivo por el que los detalles proporcionados por Ben giraran y giraran en su mente hasta formar cuadros horripilantes.

Tenía grandes esperanzas de que el grueso novelón romántico que tenía en la mano, y cuya tapa prometía abundante pasión y aventuras, cambiara el curso de sus pensamientos.

Entonces pasó frente a la puerta del dormitorio de Willa y escuchó los sollozos amargos. Vaciló, deseó haber subido por la escalera de atrás. Más aún, deseó que esos sollozos indefensos no tocaran una cuerda de ternura en su interior. Cuando una mujer fuerte llora, pensó, las lágrimas surgen de los rincones más profundos y oscuros del corazón.

Levantó una mano para llamar a la puerta, pero luego solo apoyó una palma sobre la madera. Tal vez si se conocieran, o si fueran completas desconocidas, podría haber entrado. Si entre ellas no hubiera fantasmas, ni resentimientos, habría abierto esa puerta para ofrecer... algo.

Pero sabía que no sería bien recibida. No era posible que allí hubiera consuelo de mujer a mujer, y mucho menos de hermana a hermana. Comprendió que lo lamentaba, que lo lamentaba muchísimo y siguió caminando hasta llegar a su propio dormitorio, donde cerró con cuidado la puerta a sus espaldas y echó la llave con sigilo.

En la oscuridad, en medio de la noche, cuando el viento azotaba amenazador y la lluvia caía a torrentes, él estaba acostado, sonriente. Revivía cada instante del asesinato, segundo a segundo, y le producía una curiosa excitación.

Se dio cuenta de que, mientras sucedía, era como si él fuese otro. Alguien con la visión tan clara, con los nervios tan tranquilos que apenas parecía humano.

No sabía que tenía eso dentro.

No sabía que le iba a gustar tanto.

¡Pobre viejo Pickles! Para no reír en voz alta, tuvo que apretar ambas manos contra su boca, como esos chicos que tienen un ataque de risa en la iglesia. No tenía nada contra el pobre viejo, pero se presentó en el momento más inoportuno y la necesidad lo obligó a actuar.

«La necesidad me obligó a actuar», pensó una vez más, riendo entre las manos. Eso era lo que siempre decía su querida vieja. Aun estando borracha le gustaba regalar esas homilías. La necesidad obliga. Una puntada a tiempo. Acostarse temprano y ahorrar una moneda. La sangre tira.

Recuperado, respiró hondo y apoyó una mano sobre su estómago. Recordaba la forma en que el cuchillo se deslizó dentro del vientre de Pickles. Todas esas capas de grasa, pensó palmeándose el propio vientre. Fue como clavar un cuchillo en una almohada. Además se oyó ese sonido como de succión, el tipo de sonido que uno hacia cuando le daba a una mujer un buen golpe para marcarla. Pero lo mejor, lo mejor de todo, fue levantar lo que quedaba del pelo de Pickles. No porque fuera un trofeo demasiado importante, un pelo muy finito y enredado, pero la manera en que el cuchillo lo cortó le resultó fascinante.

Y la sangre.

¡Dios santo, cómo sangró!

Deseó haber podido dedicarle más tiempo al asunto, tal vez para hacer una pequeña danza de la victoria. La vez siguiente...

Tuvo que sofocar otra risita. Porque habría otra vez. Ya no le interesaban el ganado y los animales pequeños. Los seres humanos eran un desafío mucho mayor. Tendría que tener cuidado y sería necesario esperar. Si mataba a otro con demasiada rapidez, arruinaría su sentido de expectativa.

Y quería elegir la próxima víctima, en lugar de que fuera alguien con quien se tropezara.

Tal vez debiera ser una mujer. La podría llevar a ese lugar entre los árboles, donde ocultaba sus trofeos. Le cortaría la ropa mientras ella le rogaría que no la lastimara. Después podría violarla hasta volverla loca.

De solo pensarlo se le endureció el miembro y empezó a acariciárselo mientras lo planeaba. Sin duda agregaría una emoción más el hecho de poder tomarse su tiempo, de observar a su víctima, observar esos ojos que se le saldrían de las órbitas de terror mientras le explicaba hasta el más pequeño detalle de lo que pensaba hacerle.

Así sería aún mejor. Cuando estuvieran enterados.

Pero le haría falta práctica. Una mujer sería la etapa siguiente, una etapa que todavía no había perfeccionado.

No hay prisa, se dijo, soñador, mientras empezaba a masturbarse con entusiasmo. Ninguna prisa.

SEGUNDA PARTE

Invierno

Aquellos que conocen los inviernos de esa tierra,
saben que son duros y violentos...

WILLIAM BRADFORD

Ni siquiera el asesinato podía detener el trabajo. Los hombres estaban nerviosos, pero aceptaban las órdenes que les impartían. Ahora que le faltaba otro peón, Willa se obligó a llenar el vacío. Recorría alambrados, salía al campo a revisar las cosechas, abría y cerraba ella misma la puerta de la manga, y por la noche se desvelaba sobre los libros de cuentas.

El clima cambió y cambió con rapidez. El aire frío amenazaba con el invierno, y todas las mañanas la hierba amanecía cubierta de escarcha. El ganado que no permanecería otro año en el campo, debía ser enviado a los corrales de engorde para terminarlo, corrales de engorde propios del rancho en las afueras de Ennis o en Colorado.

Cuando no estaba a caballo o conduciendo un vehículo de cuatro ruedas, sobrevolaba el campo en compañía de Jim. En determinado momento Willa pensó en obtener una licencia de piloto, pero se dio cuenta de que no le gustaba viajar por aire. La ensordecía el ruido del motor y los pozos de aire y las vueltas le afectaban el estómago.

A su padre le encantaba recorrer el rancho en el pequeño Cessna. La primera vez que lo acompañó se descompuso y se sintió muy desgraciada. Fue la última vez que ella invitó a volar.

En ese momento el único piloto con que podía contar era Jim, y él tenía tendencia a hacer piruetas y a exponerse demasiado... así que Willa tendría que reconsiderar el asunto. Un rancho del tamaño y la importancia de Mercy necesitaba un piloto, y a lo mejor, con el paso de los años, ella ya no se sentiría mareada ni la atacarían las náuseas.

-Desde aquí arriba todo es una belleza. -Sonriente, Jim bajó un ala y Willa sintió que el desayuno se le subía a la garganta-. Parece que tenemos otro alambrado caído. -Con alegría, perdió altura para poder estudiarlo mejor.

Willa apretó los dientes y tomó nota mental de la ubicación en que se encontraban. Se obligó a mirar el ganado, a hacer un recuento aproximado.

-Tenemos que rotar a esos animales antes de que la hierba esté demasiado baja. -Cuando Jim ladeó la avioneta, ella le dijo entre dientes-: ¿No puedes hacer que este maldito aparato vuele derecho?

-Perdón. -Se apoyó la lengua contra la mejilla para sofocar una carcajada. Pero al mirar el tono verdoso de la cara de Willa, niveló la avioneta con suavidad-. No deberías volar, Will, y mucho menos sin tomar alguna de esas pastillas contra el mareo.

-Tomé esas malditas pastillas.

Se concentró en su respiración, deseó poder apreciar la belleza del paisaje, de la tierra, de las verdes pasturas que resplandecían con la escarcha, las sierras cubiertas de árboles, los picos blancos de nieve de las montañas.

-¿Quieres que aterricemos?

-No, lo estoy tolerando. -Apenas-. Debemos terminar de hacer el recorrido.

Pero cuando volvió a mirar hacia abajo, alcanzó a ver el camino donde encontró el cuerpo. La policía retiró lo que quedaba de Pickles y hasta los restos del novillo mutilado. Peinaron la zona, buscando y reuniendo pruebas. Y la lluvia se había encargado de lavar casi toda la sangre.

A pesar de todo a ella le pareció ver zonas más oscuras en la tierra, lugares que absorbieron mayor cantidad de sangre. No podía apartar los ojos del lugar y cuando sobrevolaron la siguiente pastura todavía seguía viendo el camino y esos manchones más oscuros.

Jim mantenía los ojos clavados en el horizonte.

-Anoche vino de nuevo la policía.

-Lo sé.

-No han encontrado nada. Ya hace casi una semana, Will. No tienen nada.

La voz de enojo de Jim aclaró la visión de Willa, que se obligó a apartar los ojos del campo para mirarlo.

-Supongo que la vida real no se parece a los programas de televisión, Jim. A veces simplemente no pueden apresar al malvado.

-No puedo dejar de pensar en la forma en que le gané ese dinero la noche antes de que lo asesinaran. Ojalá no le hubiera ganado, Will. Ya sé que no tiene importancia, pero preferiría no habérselo ganado.

Ella extendió una mano y le apretó el hombro.

-Y yo preferiría no haber discutido con él. Eso tampoco tiene importancia, pero preferiría no haberlo hecho.

-¡Maldito viejo! Eso era: un viejo maldito. -Le tembló la voz y Jim se aclaró la garganta-. Yo... nos enteramos de que tal vez lo enterrarán en el cementerio de Mercy.

-Nate no pudo localizar a la hermana ni a ningún otro familiar. Lo enterraremos en tierras de Mercy. Supongo que Bess diría que es lo que corresponde.

-Lo es. Es muy generoso de tu parte permitir que descansen en un lugar donde solo hay tumbas familiares. Volvió a aclararse la garganta-. Los muchachos y yo estuvimos hablando. Pensamos que tal vez podríamos encargarnos de cargar el féretro y que pagaríamos la lápida. -Se puso colorado al ver que Willa lo miraba-. Fue idea de Ham, pero todos estuvimos de acuerdo. Siempre que a ti te parezca bien.

-Entonces así se hará. -Volvio la cabeza y miró por la ventana-. Aterricemos, Jim. Por hoy he visto bastante.

Al entrar en el patio del rancho, Willa vio estacionados el jeep de Ben y el de Nate. Con toda deliberación, detuvo el suyo delante de la casita blanca de Adam. Necesitaba tiempo antes de enfrentarse a nadie. No tenía las piernas mucho más firmes que el estómago. Además le dolía la cabeza, supuso que a causa del zumbido permanente del motor de la avioneta.

Bajó del jeep, pasó la verja del cerco de madera y se dio el gusto de ponerse en cuclillas para acariciar a *Beans*. El perro estaba gordo como una salchicha, las largas orejas caídas y las patas enormes. Fascinado de verla, se puso de espaldas para que le rascara la barriga.

-¡Viejo gordinflón! ¿Piensas quedarte ahí tendido y dormir todo el día? -El perro movió la cola como contestando que sí, y ella no pudo menos que sonreír-. Tu culo es del ancho de un granero.

Al oírle la voz apareció *Nosey*, el perro perdiguero de Adam. Con las orejas levantadas y moviendo la cola como si fuese una bandera, se le acercó trotando y metió la cabeza debajo del brazo de Willa.

-¿No has andado dedicado a nada bueno, verdad, *Nosey*? ¿Crees que no sé que tienes el ojo puesto en mis gallinas?

Con una expresión parecida a la sonrisa, el perro trató de lamerle las manos, la cara y pisó a su compañero. Cuando los dos perros comenzaron a jugar, Willa aprovechó para ponerse de pie. Se sentía mejor. Tal vez solo fuera porque estaba en el patio de Adam, donde las flores del otoño seguían en plena floración y donde los perros no tenían nada mejor que hacer que jugar.

-¿Has terminado de jugar con esos dos perros inútiles?

Ella miró por encima del hombro. Del otro lado de la verja estaba Ham, con un cigarrillo colgando de los labios. Tenía la chaqueta abotonada y se había puesto guantes de cuero, cosa que hizo que Willa pensara que tal vez ya sintiera más el frío.

-Supongo que sí.

-¿Y has terminado de dar vueltas por el campo en esa trampa de muerte que es la avioneta?

Ella se pasó la lengua sobre los dientes mientras se le acercaba. En sus sesenta y cinco años, Ham jamás había subido a ninguna clase de avión. Y estaba orgulloso de ello.

-Creo que sí. Tenemos que rotar el ganado, Ham. Y hay otro alambrado caído. Quiero que hoy mismo saquen esos animales de la pastura del sur del campo.

-Se lo encargaré a Billy. Solo tardará el doble del tiempo en hacerlo de lo que tardaría cualquiera con medio cerebro. Jim puede hacerse cargo del alambrado. Wood tiene las manos llenas con los sembrados y yo tengo que embarcar los animales que enviaremos a los corrales de engorde.

-¿Es tu manera no demasiado sutil de decirme que nos hace falta más gente?

-Quiero hablar contigo de eso. -Esperó hasta que ella hubiera salido del patio de Adam y disfrutó del cigarrillo que estaba fumando-. Nos vendría bien otro peón, y dos serían aún mejor. Pero creo que debes esperar, por lo menos hasta la primavera, antes de contratar a nadie.

Arrojó la colilla del cigarrillo y la miró volar por el aire. A sus espaldas, *Nosey* y *Beans* lloriqueaban junto a la verja, reclamando mayor atención.

-Pickles siempre fue un problema. Protestaba si brillaba el sol y también protestaba si lo llegaba a cubrir una nube. Le gustaba quejarse. Pero era un buen vaquero y entendía bastante de mecánica.

-Jim me dijo que tú y los demás os queréis encargar de comprarle la lápida.

-Nos parece justo. Trabajé casi veinte años con ese viejo cretino malhumorado. -Seguía con la mirada fija en la distancia. Ya la había mirado a la cara, sabía lo que había allí-. No ayudas a nadie culpándote por lo que le sucedió.

-Yo le ordené que saliera al campo.

-Eso es una tontería, y lo sabes. Tal vez seas una mujer temperamental, pero no eres tonta.

Willa solo sonrió.

-No me lo puedo sacar de la cabeza, Ham. Me resulta imposible.

Ham lo sabía y lo entendía, porque la conocía. La comprendía.

-Haberlo encontrado como lo encontraste, es algo que te va a angustiar durante mucho tiempo. Y contra eso no puedes hacer mucho, solo esperar que se te vaya pasando. -La volvió a mirar y cambió de lugar su sombrero indescriptible para protegerse del sol-. Y trabajar hasta quedarte muerta no hará que se te pase más pronto.

-Tenemos dos peones menos -empezó a decir Willa, pero él meneó la cabeza.

-Will, no estás durmiendo mucho y comes menos. -Bajo la barba gris, esbozó una sonrisa-. Ahora que Bess está de nuevo en pie, me entero de muchas noticias de la casa principal. Esa mujer habla tanto que sería capaz de ensordecer a un conejo. Y

aunque ella no me hablara sin parar cada vez que nos encontramos, hay cosas que yo mismo no puedo por menos que ver.

-Tengo muchas preocupaciones.

-Ya lo sé. -La voz se le puso ronca, una manera muy propia de expresar su afecto-. Solo trato de decirte que no es necesario que tú te encargues de cada centímetro de este rancho. He estado aquí desde antes de que nacieras, y si no crees que soy capaz de cumplir con mi trabajo, bueno, creo que en primavera no deberías buscar dos sino tres peones más.

-Te consta que confío en ti. No es eso... -Se interrumpió y respiró hondo-. Ha sido un golpe bajo, Ham.

El sonrió, satisfecho consigo mismo. Sí, por supuesto que la conocía bien. La comprendía.

Y la quería.

-No importa, con tal de que te haga detenerte a pensar. Podemos pasar el invierno tal como estamos. El chico mayor de Wood está resultando excelente. Dentro de poco cumplirá doce años y ya puede alzar cosas que pesen tanto como él. El menor es un maldito granjero. -Desconcertado por ello, Ham sacó otro cigarrillo que acababa de liar esa mañana-. Prefiere enfadar hierba que ir a caballo, pero es un buen trabajador, por lo menos es lo que dice Wood. Podemos pasar bien el invierno con lo que tenemos.

-Está bien. ¿Algo más?

Ham volvió a tomarse su tiempo. Pero ya que Willa le estaba prestando atención, supuso que sería mejor terminar con todo lo que le tenía que decir.

-Con respecto a esas hermanas tuyas, podrías decirle a la de pelo corto que se compre algunos vaqueros que no se le ajusten al cuerpo como si fueran su propia piel. Cada vez que pasa, ese tonto de Billy se queda con la boca abierta. El día menos pensado no podrá cerrarla.

Willa rió por primera vez en muchos días.

-Y supongo que tú no la miras, ¿verdad, Ham?

-Sí, por supuesto que miro. -Exhaló una bocanada de humo-. Pero soy lo suficientemente viejo como para que no me haga daño. La otra monta realmente bien a caballo. -Entrecerró los ojos e hizo un gesto con el cigarrillo-. Bueno, puedes verlo por ti misma.

Willa miró el camino y vio a los jinetes que avanzaban hacia el este. Adam montaba su pinto preferido, sin sombrero y flanqueado por dos Amazonas. Willa tuvo que admitir que Lily llevaba bien a la ruana, acompañando con suavidad su paso. Al otro lado, Tess andaba a los saltos sobre la montura de un hermoso alazán. Llevaba los tacones en alto en los estribos, al revés de lo que correspondía, y su trasero golpeaba con tanta fuerza contra el cuero de la montura, que debía dolerle. Era evidente que se aferraba a la montura como si en ello le fuera la vida.

-¡Dios, qué dolorida va a estar esta noche! -Divertida, Willa se apoyó sobre la verja-. ¿Cuánto hace que andan en eso?

-Un par de días. Parece que ha decidido aprender a montar. Adam ha estado tratando de enseñarle. -Meneó la cabeza al ver que Tess estaba a punto de deslizarse de la montura y caer-. Creo que ni siquiera tu hermano será capaz de lograr algo con ella. Podrías ensillar a *Moon* y alcanzarlos.

-No les hago falta.

-No es eso lo que he dicho. Una larga cabalgata te haría bien, Will. Siempre te ha hecho bien andar a caballo.

-Tal vez. -Pensó en la posibilidad de un buen galope, con el viento golpeándole la cara y aclarando su mente-. Tal vez más tarde. -Durante algunos instantes se quedó mirando a los tres jinetes y envidió la fácil camaradería que reinaba entre ellos-. Tal vez más tarde -repitió, y volvió a montar en el jeep.

Willa no se sorprendió al encontrar a Ben y a Nate en la cocina, disfrutando de la carne asada preparada por Bess. Para que Bess no la reprendiera por no comer, ella también tomó un plato y se instaló frente a la mesa.

-Ya era hora de que volvieras. -Un poco desilusionada por no haberle podido ordenar que comiera, Bess se conformó con reprenderla por otra cosa-. Ya ha pasado la hora de comer.

-La comida aún está caliente -contestó Willa, obligándose a probar el primer bocado-. Ya que estás ocupada alimentando a medio condado, no creo que me hayas echado en falta.

-Eres más maleducada que un peón. -Bess depositó una taza de café junto a Willa y lanzó un bufido-. Estoy demasiado ocupada para quedarme aquí parada tratando de enseñarte buenos modales. -Salió, limpiándose las manos con un trapo rejilla.

-Durante la última media hora no ha hecho más que observarte. -Nate alejó su plato vacío y tomó su taza de café. La preocupas.

-No hace falta que se preocupe por mí.

-Lo hará mientras sigas saliendo al campo sola.

Willa miró a Ben.

-Entonces tendrá que acostumbrarse. Pásame la sal.

Ben lo hizo, depositándola con fuerza frente a la muchacha. En el otro extremo de la mesa, Nate se pasó una mano por la nuca.

-Me alegro de que hayas vuelto, Will. Te traje los papeles que me pediste.

-Estupendo. Los leeré más tarde. -Puso sal a su carne-. Eso explica por qué estás aquí -agregó mirando desafiante a Ben.

-Tenía que hablar de negocios con Adam. De negocios de caballos. Y me quedé un rato más en mi función de supervisor. Y para conseguir un almuerzo gratis.

-Yo le pedí a Ben que se quedara -aclaró Nate antes de que Willa pudiera decir algo desagradable-. Esta mañana hablé con la policía. Mañana nos entregarán el cuerpo. -Esperó un momento para que Willa asintiera, aceptara-. Algunos de los papeles que te he traído se refieren al funeral. También hay algunos aspectos financieros. Pickles tenía una pequeña cuenta de ahorros y una libreta de cheques. Entre ambas cosas, solo hablamos de alrededor de tres mil quinientos. Es casi lo que debía por el jeep.

-Los asuntos de dinero no me preocupan. -A partir de ese momento no podría haber tragado bocado aunque la amenazaran con un arma-. Te agradecería que te encargaras de todos los detalles y le cargaras la cuenta al rancho. Por favor, Nate.

-Está bien. -Sacó una hoja del portafolios que tenía a sus pies y tomó algunas notas-. Respecto a sus efectos personales, no tiene familia ni herederos y nunca hizo testamento.

-De todos modos no deben ser gran cosa. -Sintió que sobre ella caía una enorme capa de tristeza-. Su ropa, su montura, sus herramientas. Si te parece bien, yo se lo dejaría todo a los peones.

-Creo que es lo que corresponde. Yo me encargaré de los aspectos legales. - Apoyó una mano sobre la de ella y la mantuvo allí un instante-. Si se te ocurre algo más o tienes alguna pregunta, llámame.

-Te lo agradezco.

-No hace falta que me lo agradezcas. -Se puso de pie-. Si no te importa, te voy a pedir prestado un caballo y seguiré a Adam para, esto...

-Si lo que quieres es correr detrás de una mujer, tendrás que pensar la excusa con más rapidez -dijo Ben.

Nate solo sonrió y cogió el sombrero que colgaba del gancho detrás de la puerta.

-Agradécele la comida a Bess. Nos veremos.

Willa miró con el entrecejo fruncido la puerta que se cerró tras Nate.

-¿Correr detrás de qué mujer?

-Tu hermana mayor usa un perfume muy bueno.

Willa lanzó un bufido, tomó su plato y lo llevó hasta la mesa.

-¿Hollywood? Nate es demasiado sensato para interesarse por ella.

-El perfume adecuado puede acabar con la sensatez de cualquier hombre. No has comido nada.

-He perdido el apetito. -Curiosa, se volvió y se apoyó contra la mesa-. ¿Eso es lo que te atrae, Ben? ¿Un buen perfume?

-Nunca está de más. -Se recostó contra el respaldo de la silla-. Por supuesto que jabón y cuero sobre la piel indicada pueden lograr exactamente lo mismo. Ser mujer es algo lleno de poder y de misterio. -Tomó la taza de café y la estudió por sobre el borde-. Pero supongo que ya debes saberlo.

-En un rancho el sexo no tiene importancia.

-¡Cómo no va a tener importancia! Cada vez que te acercas a un metro y medio de Billy, el pobre muchacho se pone bizco.

Willa no pudo menos que sonreír, porque sabía que era cierto.

-Tiene dieciocho años y es un tipo muy sensual. Si uno pronuncia la palabra «pecho» cerca de él, se pone pálido como un muerto. Pero ya se le pasará.

-Si tiene suerte, no se le pasará.

Willa se sintió más sociable y cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

-No comprendo cómo lo toleráis, vosotros los hombres. Tener ese ego, esa personalidad y esa idea del romance colgando entre las piernas.

-Es un verdadero sacrificio. ¿Te vas a sentar a terminar tu café?

-Tengo que trabajar.

-Es lo que has dicho durante el último par de días, cada vez que yo me he acercado a un metro y medio de donde estabas. -Tomó la taza de café de Willa, se puso de pie y se la acercó-. Si sigues trabajando así y no comes, Will, terminarás de cara contra el suelo. -Le tomó el mentón entre las manos y le dirigió una larga, muy larga mirada-. Y te arruinarías esa cara que no tiene nada de malo.

-Yo diría que últimamente te estás aferrando a ella bastante a menudo. -Echó atrás la cabeza y trató de no inmutarse cuando los dedos de Ben le siguieron sujetando el mentón-. ¿Cuál es tu problema, McKinnon?

-No tengo ningún problema. -Para poner a prueba a ambos le pasó un dedo por sobre la boca. Aunque esté enfurruñada, es una boca tan linda, pensó él, que uno tiene ganas de morderla-. En cambio tú pareces tener un problema. He notado que te pones nerviosa cada vez que ando cerca. Antes, solo eras desagradable conmigo.

-Tal vez te cueste reconocer la diferencia entre una cosa y la otra.

-Sí, por supuesto que reconozco la diferencia. -Cambió de posición y la encerró entre la mesa y su cuerpo-. ¿Sabes lo que creo, Will?

Tenía hombros anchos, piernas largas. Ella tenía demasiada conciencia del tamaño y la forma de ese hombre.

-No me interesa lo que creas.

Como era un hombre cauteloso y de buena memoria, él se apretó contra ella para evitar que levantara una rodilla con su habitual puntería.

-Te lo diré de todos modos. -Apartó la mano del mentón de Willa y tomó el pelo que esa mañana ella llevaba suelto-. Ahora que estás lo suficientemente cerca como para que me dé cuenta, es cierto que hueles a jabón y a cuero.

-Si te acercas un centímetro más, habrás pasado al otro lado de mi cuerpo.

-Y después está todo este pelo, por lo menos un metro de pelo. Lacio como un alfiler y suave como la seda. Mantenía la mirada fija en la de ella y le echó un poco más atrás la cabeza-. El corazón te palpita con fuerza. Y también te palpita, aquí, una vena en el cuello. -Usó la mano que tenía libre para seguirla-. Te salta tanto el corazón que me sorprende que no te atraviere la piel y me golpee la mano.

Ella no estaba de todo segura de que no sucedería si él no le daba espacio para respirar.

-Me estás irritando, Ben. -Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para mantener un tono de voz tranquilo.

-Te estoy seduciendo, Willa -lo dijo casi en un ronroneo, las palabras llenas de dulzura, como la miel. Y cuando ella tembló, la sonrisa de Ben fue lenta y llena de fuerza-. Desde mi punto de vista eso es lo que te da miedo. Que puedo seducirte y que lo haré y maldita sea si podrás hacer nada por impedirlo.

-¡Déjame en paz! -Su voz no era tranquila, ni lo estaban las manos que apoyó contra el pecho de Ben.

-No. -Le tironeó el pelo-. Esta vez no.

-No hace mucho, tú mismo dijiste que no me deseabas más de lo que pudiera desearte yo a ti. -«¿Qué estará sucediendo en mi interior?», se preguntó, presa del pánico. Los temblores y los estremecimientos, esas largas y líquidas sensaciones, y el atractivo que sentía en su interior-. No tiene sentido andar jugueteando, cuando lo haces solo para hacerme rabiar.

-Estaba equivocado. Lo que debía haber dicho es que te deseo tanto como me deseas tú a mí. Pero sucede que era una realidad que me irritaba. A ti te asusta.

-Yo no tengo miedo.

Lo que le sucedía en su interior la atemorizaba. Pero no a causa de él. Willa se prometió que no era a causa de él.

-Demuéstramelo. -Esos ojos, de un verde brillante, iluminados por el desafío-. Aquí mismo. Ahora mismo.

-Perfecto.

Aceptando el desafío, temerosa de no hacerlo, le tomó un mechón de pelo y tironeó para que la boca de Ben se apoyara sobre la suya.

Tiene la boca típica de los McKinnon, descubrió. Igual a la de Zack, una boca generosa y firme. Pero allí terminaba el parecido. Ninguno de los besos soñadores que compartió con Zack tantos años antes se podía comparar con ese estallido, ese impacto. Con la sensación de que los labios experimentados de un hombre la devoraran. O la manera impaciente y acalorada en que él utilizaba lengua y dientes para sobrecogerla, para enfocar todo pensamiento, todo sentimiento, toda necesidad en ese lugar donde las bocas de ambos se encontraban. La arista de la mesa se le clavó en la espalda. Los dedos que Willa había entrelazado en el pelo de Ben se

crisparon mientras el primitivo olor a hombre la invadía. Ni siquiera le había dado un momento para defenderse.

No tenía intenciones de hacerlo. Sintió que el cuerpo de Willa se convulsionaba, se endurecía ante la embestida. Y se preguntó si lo que sentía en su interior sería en algo parecido a lo que sentía él dentro de sí. Ben esperaba apasionamiento o' frialdad. En ella encontró ambas cosas. Esperaba fuerza, porque Willa era cualquier cosa menos débil. Esperaba encontrar placer y la boca de esa muchacha parecía haber sido creada para darlo y recibirlo.

Nunca imaginó que lo encontraría todo, la furia junto con tantas sensaciones que lo embestían como un puño desnudo y lo dejaban mareado y fuera de combate.

-¡Maldito sea! -Apartó la boca y la miró a los ojos, esos ojos tan grandes, oscuros y sorprendidos-. ¡Dios santo!

Y volvió a apoyar la boca sobre la de ella.

Ella emitió un quejido, un sonido atrapado dentro de su garganta; un sonido que él alcanzaba a percibir cuando cerraba la mano sobre ese cuello suave y lo apretaba con delicadeza. Quería paladear ese lugar, el lugar exacto donde latía el pulso y resonaba el quejido, pero por más que lo intentara no conseguía saciarse de la boca de Willa. Y en ese momento ella también lo abrazaba con fuerza, se movía contra él.

Ben cerró una mano sobre su pecho, tan firme a través de la camisa de franela. Luego le sacó de un tirón la camisa de los vaqueros y metió la mano debajo para tocarle la piel.

Al sentir la mano de Ben, fuerte, callosa y firme, sobre su cuerpo, los músculos de los muslos de Willa se aflojaron, la tensión de su estómago se convirtió en algo parecido al dolor. Ben le acarició un pezón con el pulgar y un calor explosivo recorrió el cuerpo de Willa.

Quedó laxa, podría haberse deslizado al suelo si él no hubiera cambiado la posición de sus brazos. Esa rendición repentina y total lo excitó más que todo el fuego anterior.

-Tenemos que llegar al final. -Le cogió un pecho con la mano y se lo acarició mientras esperaba que ella abriera los ojos y las miradas de ambos se encontraran-. Y aunque estoy tentado de seguir adelante aquí mismo, tal vez Bess se indignaría si entrara y nos encontrara tirados en el suelo.

-Apártate. -Luchó por recuperar el aliento-. No puedo respirar, apártate.

-A mí también me cuesta bastante respirar. Respiraremos más tarde. -Bajó la cabeza y le mordisqueó el mentón-. Ven a casa conmigo, Willa, déjame poseerte.

-¡Ni loca! -Luchó por liberarse, tropezó con la mesa sobre la que se acababa de apoyar para recuperar el equilibrio. ¡Tenía que pensar! Era necesario que pensara. Pero lo único que podía hacer era sentir-. No te acerques -ordenó con malos modos, cuando él intentó hacerlo-. Quédate lejos y déjame respirar.

Fue el sonido de un verdadero pánico que percibió en su voz lo que obligó a Ben a apoyarse contra la mesa.

-Está bien. Respira. No modificaré nada. -Estiró una mano para coger la taza de café que había a su lado y, al comprobar que las manos le temblaban, la dejó donde estaba-. No sé si yo tampoco estoy demasiado contento con esto.

-¡Maravilloso! ¡Sencillamente maravilloso! -Ya más tranquila, se irguió y le hizo frente-. Crees que como has convencido a una docena de mujeres de que se acuesten contigo, puedes llegar a esta casa y hacer lo mismo conmigo. Y sin duda te pareció que sería muy fácil, considerando que nunca he hecho esto antes.

-Yo no cuento más de diez mujeres -contestó él con tranquilidad-. Y no tuve que... -Se interrumpió, con expresión de asombro y la boca abierta-. ¿Que nunca hiciste qué, exactamente?

-Sabes de memoria a lo que me refiero.

-¿Nunca? -Se metió las manos en los bolsillos-. ¿Pero nunca?

Ella se quedó mirándolo, convencida de que reiría. Entonces tendría la excusa perfecta para matarlo.

-Pero creí que tú y Zack... -Volvió a dejar la frase inconclusa, al comprender que eso no habría hablado demasiado bien de él.

-¿Alguna vez te dijo que lo hicimos? -Willa entrecerró los ojos mientras se preparaba para atacar.

-No, él nunca... no. -Confuso, Ben sacó una mano del bolsillo y se le pasó por el pelo-. Me lo imaginé, eso es todo. Imaginé que en algún momento o en otro tú habrías... Bueno, diablos, Willa, eres una mujer adulta. ¡Por supuesto que imaginé que habrías...!

-¿Que me habría andado acostando por ahí?

-No, no exactamente. -«Que alguien me alcance una pala. Estoy cansado de cavar mi propia fosa con las manos», pensó-. Eres una mujer bonita -comenzó a decir y vaciló, comprendiendo que podría haberse explicado mejor. Y lo habría hecho, sin duda, si no tuviera la lengua tan trabada-. Solo supuse que tendrías alguna experiencia en el asunto.

-Bueno, no es así. -El enojo se le iba calmando lo suficiente como para dejar entrever resquicios de incomodidad-. Y de mí depende querer modificar esa realidad y la persona con quien decida modificarla.

-¡Por supuesto! Si me hubiera dado cuenta no habría insistido... -No podía sacarle los ojos de encima, no podía dejar de mirarla, allí, toda ruborizada y desgredada, con esa boca tan atractiva hinchada por sus besos-. O tal vez habría insistido, pero de otra manera. Hace tiempo que he estado pensando en ti en ese sentido.

En los ojos de Willa se pintó una expresión de total desconfianza.

-¿Por qué?

-Maldita sea si lo sé. Pero es así. Y ahora que te he puesto las manos encima, no tengo más remedio que decir que lo estaré pensando más. Me produces sensaciones maravillosas, Willa. -Recuperó el humor y sonrió apenas-. Y por ser una principiante, te aseguro que hiciste un excelente trabajo con esos besos.

-No eres el primer hombre a quien he besado y no serás el último.

-Eso no quiere decir que no puedas practicar conmigo... cuando sientas la necesidad. -Se acercó a las perchas de la puerta para descolgar su chaqueta y su sombrero. Si alguno de los dos notó que le había dejado una amplia posibilidad, no hicieron comentario alguno-. ¿Para qué son los amigos?

-No me cuesta nada controlar mis necesidades.

-No hace falta que me lo digas -contestó Ben con cierta tristeza mientras se ponía el sombrero-. Pero se me ocurre que yo voy a tener un trabajo terrible en controlar las mías en lo que a ti se refiere.

Abrió la puerta y le dirigió una última mirada muy larga.

-Tienes una boca maravillosa, Willa. ¡Maravillosa!

Cerró la puerta y se puso la chaqueta. Mientras rodeaba la casa rumbo a su jeep, exhaló aire con fuerza. Creyó que hacerse algunos arrumacos en la cocina les haría olvidar los problemas que se cernían sobre Mercy. Logró muchísimo más que eso.

Se pasó la mano sobre el estómago, convencido de que los nudos que le molestaban tardarían en irse. Willa se le acababa de meter bajo la piel, y de una manera definitiva. Y el hecho de que ella ignorara lo que cada uno podía hacerle al otro en la oscuridad, solo convertía el asunto en algo más aterrador.

Y excitante.

Siempre había elegido mujeres que se las sabían todas, que comprendían los placeres, las reglas y las responsabilidades. Mujeres, admitió, que no esperaban más que un revolcón bueno y saludable en el que nadie resultaba herido, en el que nadie quedaba atrapado.

Miró la casa mientras se colocaba detrás del volante y ponía en marcha el motor. Con Willa no iba a ser tan sencillo, sobre todo considerando que sería el primer hombre de su vida.

Se alejó de Mercy sin saber qué haría con respecto a ella. Lo único que sabía con seguridad era que Willa tendría que aceptar que Ben McKinnon sería el hombre con quien modificaría el estado de cosas de su vida.

Al pasar miró hacia la casa de los peones y pensó en todo lo que ella había debido sufrir durante las últimas semanas. Bastante para que cualquiera se desmoronara, pensó. Cualquiera menos Willa.

Lanzó un largo suspiro y se encaminó hacia sus tierras. Estaría a su lado, lo quisiera ella o no. Y en lo que se refería a lo personal, andaría despacio. Con pies de plomo. Hasta trataría de ser suave.

Pero allí estaría.

La nieve llegó con fuerza, con rapidez y antes de tiempo. Enterró las pasturas y los hombres trabajaban día y noche para conseguir que el ganado, demasiado tonto para cavar en la nieve en busca de hierba, estuviera bien alimentado y atendido.

Noviembre demostró no ser un límite válido contra el invierno y, antes de que hubiera llegado a su fin, el valle estaba cubierto de agua y de niebla.

Los esquiadores llegaron en bandadas a Big Sky y a otros lugares turísticos para bajar pendientes y beber coñac junto a fuegos rugientes. Tess pensó en la posibilidad de unirse a ellos durante un día o dos. No porque alguna vez le hubiera fascinado esquiar, pero el asunto del coñac le caía bien. En todo caso habría gente, conversaciones, tal vez flirteos y sin duda civilización.

Quizá le valiera la pena atarse a un par de maderos y caer por la ladera de una montaña. Hablaba a cada momento con su representante, utilizando a Ira más como un puente con su vida verdadera que como un elemento de su trabajo. Escribía, adelantando un nuevo guión de cine y además seguía llevando un diario en el que detallaba día a día la vida en el rancho.

No porque considerara que la rutina del rancho fuese una vida que valiera la pena.

Seguía haciéndose cargo del gallinero y estaba bastante orgullosa de ser capaz de hacer el trabajo; ya podía sacarle el huevo a una gallina echada sin que ni siquiera la picoteara.

Un día tuvo un mal momento, un pésimo momento cuando, caminaba detrás del gallinero y se topó con Bess quien, con rapidez y competencia en ese instante le retorció el cogote a una de las aves que estaban a su cuidado.

Entonces hubo mucho cacareo..., aunque no por parte de las gallinas. Dos de ellas estaban tendidas en el suelo, muertas, mientras las mujeres se gritaban por sobre los cadáveres.

Esa noche Tess se saltó la comida, pastel de pollo, pero el incidente le enseñó que no debía caer en el error de ponerles nombres a sus emplumadas amigas matinales.

Todas las tardes hacía uso de la bañera bajo techo con su pared de vidrio curvo que daba al sur. Y decidió que no era desagradable mirar la nieve mientras, rodeada de vapor, utilizaba su lago personal.

Pero todas las mañanas se levantaba, miraba por la ventana el espectáculo de la nieve y soñaba con palmeras y con almuerzos en Morton.

Seguía andando a caballo por pura tozudez. Por cierto que ya no bajaba de la montura lloriqueando a causa de los dolores musculares. Le había tomado cierto afecto a Mazie, la yegua que Adam le había asignado. Sin embargo salir a caballo en medio del frío y del viento no era su idea de un gran entretenimiento.

-¡Dios mío! -Tess salió, abrigada con una gruesa chaqueta de cuero y deseó haberse puesto dos pares de calzones largos de abrigo-. Esto es como respirar vidrio molido. ¿Cómo es posible que alguien lo tolere?

-Adam dice que después de un invierno tan duro uno aprecia más la primavera.

Para protegerse del viento, Lily se cubrió mejor el cuello con la bufanda. Sin embargo le gustaba el invierno, su fuerza, su majestuosidad, la manera en que la

nieve parecía congelar los picos como bajo relieves contra la pared del cielo. El oscuro cinturón de árboles que se aferraban a los pies de las montañas quedaba muy bonito cubierto de nieve, y el plateado de las rocas y los riscos formaba sombras y contrastes, como pliegues de una sorprendente manta.

-¡Es todo tan hermoso! Cientos y cientos de kilómetros de blanco. ¡Y los pinos! El cielo es tan azul que casi lastima los ojos. -Le sonrió a Tess-. No se parece en nada a la nieve de una ciudad.

-No tengo mucha experiencia en nieve, pero diría que esto no se parece en nada. -Flexionó los dedos dentro de los guantes mientras se dirigían a las caballerizas.

Por lo menos los alrededores de la casa del rancho son pasables, pensó Tess. Los senderos que llevaban a las caballerizas y los corrales estaban limpios de nieve. Y también se habían limpiado los caminos con una cuchilla sujeta a uno de los vehículos. Recordó que era obra del joven Billy. Mientras lo hacía, el muchacho parecía divertidísimo.

Vio que su respiración flotaba delante de ella como humo y se sintió tentada de volver a quejarse. Pero era bonito, de una gélida belleza. El cielo era de un azul tan duro que uno esperaba que en cualquier momento se rajara, y las montañas, que daban la impresión de taladrarlo, estaban tan bien definidas en el aire claro, que parecían pintadas. El sol bailoteaba sobre los campos cubiertos de nieve que parecían despedir chispas y cuando soplabla viento, levantaba esa nieve y esos rayos por los aires.

Palmeras, playas calurosas, y los mai tais parecían a años luz de distancia.

-¿A qué se dedica ella hoy? -preguntó Tess, poniéndose las gafas oscuras.

-¿Willa? Salió temprano en una de sus pickups.

Tess apretó los labios.

-¿Sola?

-Casi siempre sale sola.

-Buscando problemas -murmuró Tess y se metió las manos en los bolsillos-. Debe creerse invencible. Si el que haya asesinado a ese hombre todavía anduviera por aquí...

-Pero no lo crees, ¿verdad? -Alarmada, Lily comenzó a recorrer las praderas con la mirada, como si de ellas en cualquier momento pudiera surgir un loco como un gnomo sonriente-. La policía no ha descubierto nada. Yo creo que sin duda debe haber sido alguien que acampaba en las montañas. Y con este clima, no es posible que siga aquí. Además, ya hace semanas desde que... desde que sucedió.

-Eso es cierto. -Pese a estar lejos de sentirse convencida, Tess no creyó que valiera la pena ponerle los nervios de punta a Lily-. Nadie va a acampar con este frío, y menos aún un maníaco itinerante. Supongo que lo que sucede es que Willa siempre me pone nerviosa. -Entrecerró los ojos para mirar el vehículo que se acercaba al rancho desde el camino del oeste-. Hablando del demonio...

-Tal vez si tú... -Lily se interrumpió y meneó la cabeza.

-No, sigue. Si yo ¿qué?

-Tal vez si no hicieras todo lo posible por irritarla.

-No creas que hago todo lo posible. -Tess sonrió-. Al contrario, lo hago naturalmente. -Cambió de dirección al ver que el jeep se les acercaba-. ¿Has andado recorriendo tus posesiones? -preguntó cuando Willa bajó el vidrio de la ventanilla.

-¿Sigues aquí? Yo creí que pensabas ir a Big Sky para darte un baño en un jacuzzi y atraer a los hombres.

-Lo estoy pensando.

Willa fijó su atención en Lily.

-Si Adam va a salir a caballo, contigo, salid cuanto antes y que no sea una cabalgata muy larga. Va a nevar. -Dirigió la mirada hacia el cielo donde se iban amontonando gruesas capas de nubes-. Dile que he visto una manada de cariacús al noroeste de aquí, a unos dos kilómetros de distancia. Tal vez te gustaría verlos.

-Me encantaría. -Lily se palmeó el bolsillo-. Llevo mi cámara. ¿No puedes venir con nosotros? Bess nos ha dado café más que suficiente.

-No, tengo cosas que hacer. Y más tarde vendrá Nate.

-¿Ah, sí? -Tess alzó una ceja e hizo un esfuerzo por mostrarse indiferente-. ¿Cuándo?

-Más tarde -contestó Willa poniendo la palanca de cambios en primera-. Más tarde -repitió mientras se dirigía a la casa.

Sabía de memoria que Tess le había echado el ojo a Nate y no pensaba alentar ese asunto. Desde su punto de vista, Nate no haría pie en su trato con una piraña de Hollywood.

Y tal vez él también hubiera puesto en ella su mirada, pero eso era solo porque los hombres se ponían tontos con las mujeres hermosas y de figura escultural. Willa tomó el termo de café que llevaba sobre el asiento y bajó del jeep. Tess es hermosa y tiene una figura escultural, tuvo que admitir con un dejo de envidia. Además tiene una enorme confianza en sí misma y es de lengua rápida. Una mujer muy segura de sí misma y del control que tiene sobre su propia feminidad. Y del poder que ejerce sobre los hombres.

Willa se preguntó si ella no sería también así de haber tenido una madre que la guiara. Si hubiese crecido en un ambiente distinto, con mujeres que lanzaban risitas y hacían comentarios sobre sus peinados y el largo de sus vestidos, sobre lápices de labios y perfumes.

«No porque a mí me hubiera gustado ser así», se aseguró, mientras entraba y se quitaba los guantes. No le interesaban todas esas tonterías, pero empezaba a creer que eran cosas que aumentaban la confianza de la mujer en su trato con los hombres.

Y ella no se tenía tanta confianza como habría querido. Por lo menos en lo que a determinado hombre se refería.

Se quitó el abrigo y el sombrero y luego tomó el termo y lo llevó arriba, al despacho. Todavía no había modificado nada en ese cuarto. Seguía siendo el dominio de Jack Mercy, con sus paredes cubiertas de trofeos y sus botellones de bebidas. Y al entrar y sentarse ante el escritorio a Willa siempre se le formaba un nudo en la boca del estómago.

¿Será dolor?, se preguntó. O temor. Ya no estaba segura. Pero el despacho en sí le provocaba una serie de emociones y de recuerdos desagradables y poco felices.

Escasas veces entró allí en vida de su padre. Si ella mandaba llamar, si le ordenaba que se sentara en una silla al otro lado del escritorio, siempre era para criticarla o para cambiar sus deberes en el rancho.

Le parecía verlo, sentado adonde estaba ella en ese momento. Con un cigarro entre los dedos, y si el día de trabajo había llegado a su fin, con un vaso de whisky sobre el secante.

Chica, la llamaba. Pocas veces pronunciaba su nombre. «¡Chica, menudo desaguisado has hecho esta vez!»

«Chica será mejor que empieces a esforzarte en este rancho.»

«Será mejor que te busques un marido, chica, y que empieces a tener hijos. No sirves para nada en ningún otro sentido.»

¿Alguna vez habrá resonado una palabra bondadosa en esta habitación?, se preguntó, mientras se frotaba con fuerza las sienes. Tenía una desesperada necesidad de recordar un instante siquiera, un incidente, alguna vez que hubiera entrado en ese cuarto para encontrar a su padre sentado detrás del escritorio y sonriendo. Una vez, una sola vez, que le hubiera dicho que estaba orgulloso de lo que ella hacía. De cualquier cosa que hubiera hecho.

Pero no recordaba ninguna. Las sonrisas y las palabras bondadosas no estaban dentro del estilo de Jack Mercy.

«¿Y qué diría en este momento? -se preguntó-. Si entrara en el despacho y me viera, si se enterara de lo sucedido en sus tierras, a uno de sus hombres, mientras yo estoy a cargo del rancho.»

«Lo has mandado todo a la mierda, chica.»

Willa apoyó un momento la cabeza entre las manos, deseando encontrar una respuesta. En su interior estaba segura de no haber hecho nada para provocar un asesinato tan malvado. Pero dentro de su corazón, la responsabilidad le resultaba muy pesada.

-Bueno, se acabó -murmuró.

Abrió un cajón y sacó un libro de registros. Quería volver a examinarlo, el detalle cuidadoso del número de cabezas, del peso de los animales. Las rotaciones de las pasturas, los fertilizantes y los granos. Quería estar segura de que no hubiera una sola cifra fuera de lugar cuando los supervisores de su padre llegaran a revisar sus cuentas.

Enterró el resentimiento que le provocaba saber que ellos, o cualquier otro, pudiera tener poder sobre Mercy, y se puso a trabajar.

A casi tres kilómetros de distancia de la casa del rancho, feliz, Lily tomó fotografías de los cariacús. Le dio risa verlos con sus hirsutos cueros de invierno y sus ojos aburridos. Era probable que las fotografías estuvieran desenfocadas, sin duda ella no heredó la habilidad que tenía su madre con la cámara, pero de todos modos le daría placer tenerlas.

-Lo siento -dijo con la cámara colgando de una correa alrededor del cuello-. Sé que me estoy entreteniendo demasiado. Pero estoy fascinada.

-Todavía tenemos un poco de tiempo. -Después de efectuar un rápido estudio de las nubes, Adam se volvió en la montura y se dirigió a Tess-. Montas bien. Aprendes con rapidez.

-Es una cuestión de autodefensa -contestó ella, pero sintió una punzada de orgullo-. No quiero que me vuelva a doler el cuerpo como me dolió esos primeros días. Y necesito hacer ejercicio.

-No, lo estás disfrutando.

-Está bien, sí, lo disfruto. Pero si llega a hacer más frío que ahora, no volveré a disfrutarlo hasta la primavera.

-Hará más frío que ahora. Pero tu sangre será más espesa. Y tu mente más dura.

-Se inclinó para acariciar el cogote de su caballo-. Y cada día que no montes te sentirás frustrada.

-Me siento frustrada cada día que no puedo caminar por Sunset Boulevard. Y me las arreglo.

Adam lanzó una carcajada.

-Cuando regreses a Sunset Boulevard, pensarás en este cielo, en las montañas. Y entonces volverás.

Intrigada, Tess se bajó las gafas sobre la nariz y lo miró por encima de la montura.

-¿Qué es esto? ¿Misticismo indio o me estás adivinando el porvenir?

-No. Psicología pura. ¿Me prestas la cámara, Lily? Me gustaría sacaros una fotografía a ti y a Tess. Bueno. ¿No te importa, verdad? -le preguntó a Tess.

-Jamás rehuyo una cámara. -Hizo que su yegua rodeara el caballo de Adam y la acercó a la de Lily. Con mucha habilidad, pensó-. ¿Así te parece bien?

-Bárbaro. -Levantó la cámara, la enfocó-. Dos mujeres hermosas en un mismo marco. -Y apretó el disparador, dos veces-. Cuando veáis estas fotografías, os daréis cuenta de lo mucho que compartís. La forma de la cara, el colorido y hasta la manera de sentarse en la montura.

En un gesto automático, Tess cuadró los hombros. Sentía lo que ella misma consideraba un leve afecto por Lily, pero estaba muy lejos de sentir por ella el cariño de una hermana.

-Dame la cámara, Adam. Os haré una foto. La Magnolia de Virginia y el Noble Salvaje.

En cuanto lo dijo, se arrepintió.

-Lo siento. Tengo la costumbre de considerar a la gente como personajes. No quise ofenderos.

-Nadie se ha ofendido. -Adam le pasó la cámara. Tess le gustaba, le caía bien su manera de conseguir lo que quería, de decir lo que pensaba. Dudaba mucho que le sentara bien que le dijera que eran las dos cualidades que más le gustaban en Willa-. ¿Qué piensas de ti misma?

-Que soy superficial. Por eso se venden mis guiones. Sonreíd.

-Me gustan tus películas -dijo Lily cuando Tess bajó la cámara-. Son excitantes y entretenidas.

-Y se dirigen al denominador menos común. Lo cual no tiene nada de malo. - Le devolvió la cámara a Lily-. Hay que escribir para las masas, y hacer que el argumento sea sencillo.

-No te estás dando bastante crédito a ti misma ni a tus espectadores. -Adam miró los árboles, los alrededores.

-Tal vez no, pero... -Tess dejó la frase inconclusa cuando un movimiento atrajo su mirada-. Hay algo allí atrás, entre los árboles. Algo se ha movido.

-Sí, ya sé. Fue contra el viento. Alcanzo a olerlo. -Con ademán indiferente apoyó una mano sobre la culata de su rifle.

-En este momento los osos están hibernando, ¿no es cierto? -Tess se humedeció los labios con la lengua y trató de no pensar en un hombre y un cuchillo-. Supongo que no será un oso.

-A veces se despiertan. ¿Por qué no os adelantáis y volvéis a casa? Yo iré a echar una mirada.

-No puedes subir solo hasta allá arriba. -Con un movimiento instintivo, Lily estiró el brazo y tomó las riendas de Adam. Ante el movimiento abrupto, el caballo caracoleó despidiendo nieve a su alrededor-. ¡No debes! ¡Podría ser cualquier cosa! Podría ser...

-Nada -dijo él con toda su calma, mientras tranquilizaba a su caballo. Algunos inocentes copos de nieve bailoteaban en el aire. Adam no creía que seguirían siendo inocentes durante mucho tiempo-. Pero será mejor ver de qué se trata.

-Lily tiene razón. -Temblando, Tess mantenía la mirada fija en los árboles-. Y está empezando a nevar. Será mejor que nos vayamos. Ahora mismo.

-No puedo hacer eso -contestó Adam clavando en Lily la mirada de sus ojos oscuros y tranquilos-. Posiblemente no sea nada. -Estaba seguro de que no era así por la forma en que había empezado a temblar su caballo-. Pero a apenas un kilómetro de aquí asesinaron a un hombre. Debo ir a ver. Vosotras iniciad el regreso y yo os alcanzare. Ya conocéis el camino.

-Sí, pero...

-Os pido por favor que lo hagáis por mí. Enseguida estaré con vosotras.

Como sabía que discutir era inútil. Lily volvió su caballo.

-No os separéis en ningún momento -le aconsejó Adam a Tess y enseguida se dirigió hacia los árboles.

-No te preocupes por Adam, estará bien -dijo Tess aunque mientras hablaba empezaron a castañearle los dientes. Diablos, Lily, lo más probable es que haya sido una ardilla. -«Demasiado movimiento para una ardilla», pensó-. O un alce o algo así. Tendremos que hacerle bromas por haber salvado a las mujeres de un alce.

-¿Y si no fuera así? -La voz tranquila y sureña de Lily se quebraba como el vidrio-. ¿Y si la policía y todos los demás se hubieran equivocado y el que mató a ese hombre todavía siguiera aquí? -Detuvo su yegua-. No podemos dejar solo a Adam.

-El es el que va armado -empezó a decir Tess.

-Yo no puedo dejarlo solo.

A pesar de que le aterrorizaba la idea de desobedecer una orden, Lily hizo que su yegua diera la vuelta y comenzó a seguir a Adam.

-¡Oye, no! ¡Diablos! Esta sí que sería una escena maravillosa para un guión -murmuró Tess mientras trotaba tras Lily-. Te aseguro que si él llega a disparar contra nosotros por error, te arrepentirás de esto.

Lily solo meneó la cabeza y se apartó del camino. Se internó entre los árboles, siguiendo las huellas de Adam.

-¿Sabrías volver si tuvieras que hacerlo con rapidez?

-Sí, creo que sí, pero... Dios, esto es una locura. ¿Por qué no...?

El disparo cortó el aire y resonó como un trueno. Antes de que Tess pudiera hacer otra cosa que tratar de tranquilizar a su yegua espantada, Lily galopaba directamente hacia los árboles.

Nate no llegó solo. Justo detrás de él llegó Ben, con su cuñada y su sobrina. Shelly entró en la casa hablando y enseguida comenzó a desabrigar a su hija.

-Ya sé que debí haber llamado, pero cuando Ben me dijo que venía, simplemente tomé a Abigail y salté el jeep. Estamos deseando ver gente. Estoy segura de que debes tener trabajo, pero Abigail y yo podemos quedarnos a charlar con Bess mientras vosotros trabajáis. Espero que no te importe.

-¡Por supuesto que no me importa! Me alegro mucho de verte.

Era agradable ver a Shelly, con su conversación animada y su sonrisa alegre. Willa siempre consideró que era la mujer perfecta para Zack. Eran como el pan y la mantequilla, los dos alegres y entretenidos.

Dejando a su hija que pataleaba feliz sobre el sofá, Shelly se quitó el sombrero y se alisó el pelo rubio. El pelo corto le quedaba bien con su rostro de duende y su corta estatura, y tenía ojos del color de la niebla en la montaña.

-Bueno, no le di muchas alternativas a Ben, pero juro que me mantendré fuera del camino hasta que hayáis terminado.

-¡No seas tonta! Hace semanas que no juego con el bebé. ¡Y ha crecido tanto! ¿No es cierto, querida? -Willa se dio el gusto de alzar a Abby y levantarla por encima de su cabeza-. Los ojos se le están poniendo verdes.

-Sí, va a tener los ojos de los McKinnon -coincidió Shelly-. Uno diría que debería ser un poco agradecida y parecerse en algo a mí, ya que la tuve en mi interior durante nueve meses, pero es idéntica a su padre.

-No sé, creo que tiene tus orejas -dijo Willa acercando a Abby para besarle la punta de la nariz.

-¿Te parece? -preguntó Shelly, encantada-. Te tengo que decir que ya duerme toda la noche. Y solo tiene cinco meses. Después de todas las horribles historias que me han contado acerca de la necesidad de tenerla en brazos y mecerla la noche entera y... -Levantó ambas manos como para indicarse que debía callar-. Allá voy, y eso que prometí no molestar. Zack dice que hablo tanto que sería capaz de hacer caer la corteza de un árbol a fuerza de palabras.

-Zack también habla sin parar -intervino Ben-. Lo que me sorprende es que con vosotros como padres, Abby no haya nacido hablando. -Extendió un brazo para acariciar la cara de la pequeña y le sonrió a Willa-. ¿No te parece bonita?

-Y dulce, lo cual demuestra que no es totalmente McKinnon. -Con pena, Willa se la devolvió a su madre-. Bess está allá en la cocina, Shelly. Sé que estará encantada de veros a ti y a Abby.

-Espero que cuando hayas terminado tengamos tiempo de hablar un rato, Will. -Shelly apoyó una mano sobre el brazo de Willa-. Sarah también quería venir, pero no ha podido dejar sus quehaceres. Hemos estado pensando mucho en ti.

-Bajaré muy pronto. Tal vez puedas convencer a Bess de que te deje probar la tarta que está preparando para la comida. Tengo todo arriba, en el despacho -les dijo a los demás, y comenzó a subir la escalera.

-Supongo que comprenderás que esto no es más que una formalidad, Will -empezó a decir Nate-. Solo para que no quepa duda de que cumplimos con lo que nos impone el testamento.

-Sí, no hay problema. -Pero los condujo al despacho con la espalda muy tiesa.

-No he visto por aquí a tus hermanas.

-Salieron a caballo con Adam -contestó Willa mientras se colocaba detrás del escritorio-. No creo que tarden en volver. Hollywood tiene la sangre muy líquida para poder tolerar el frío mucho más de una hora.

Nate se sentó y estiró sus largas piernas.

-Veo que vosotras dos seguís llevándoos muy bien.

-Nos mantenemos una fuera del camino de la otra. -Le acercó un libro de registro-. Da buenos resultados.

-Va a ser un invierno largo -comentó Ben, apoyando una cadera contra el borde del escritorio-. Deberíais pensar en hacer las paces o en mataros a tiros y terminar de una vez con el asunto.

-La segunda opción no me parece justa. Ella no conoce la diferencia entre un Winchester y una pala de punta.

-Tendré que enseñársela -comentó Nate mientras miraba las cifras por encima-. ¿Aparte de eso todo anda bien por aquí?

-Bastante bien. -Incapaz de permanecer sentada, Willa alejó la silla del escritorio-. Por lo que yo sé, los hombres están convencidos de que quienquiera que haya asesinado a Pickles hace tiempo que se fue de aquí. La policía no ha podido probar otra cosa. No encontraron rastros, ni armas, ni un móvil.

-¿Eso es lo que tú piensas? -preguntó Ben.

Ella lo miró a los ojos.

-Es lo que quiero creer. Y es lo que no tengo más remedio que creer. Ya han transcurrido tres semanas.

-Eso no quiere decir que debas bajar la guardia -murmuró Ben, y ella bajó la cabeza.

-No tengo la menor intención de bajar la guardia. En ningún sentido.

-Me parece que todo está perfectamente en orden -dijo Nate, pasándole el libro de registro a Ben-. De acuerdo con las cifras, me parece que has tenido un buen año.

-Espero que el que viene sea mejor. -Willa hizo una pausa. No se aclaró la garganta, pero tenía ganas de hacerlo-. Durante la primavera pienso sembrar pastos naturales. Es algo en lo que mi padre y yo no estábamos de acuerdo, pero creo que debe haber un motivo por el que determinados pastos crecen naturalmente en esta zona, de manera que volveremos a eso.

Intrigado, Ben le dirigió una mirada. Nunca la había oído hablar de cambios en lo que se refería a Mercy.

-Lo hicimos en Three Rocks hace más de cinco años, y con excelentes resultados.

Ella volvió a mirar a Ben.

-Ya lo sé. Y una vez que resembremos, podremos rotar más seguido el ganado. No lo dejaremos más de tres semanas en cada pastura. -Empezó a pasearse por el cuarto y no se dio cuenta de que Ben hacía a un lado el libro de registros para estudiarla-. No me preocupa tanto como a papá producir reses de mayor tamaño. Lo único que me interesa es producir la mejor ganadería. Durante los últimos años hemos tenido muchos problemas en los partos porque los terneros eran demasiado grandes. Tal vez al principio lo que estoy dispuesta a hacer disminuya algo las ganancias, pero estoy pensando a largo plazo.

Abrió el termo que estaba sobre el escritorio y sirvió café, aunque ya estaba tibio.

-He hablado con Wood acerca de las tierras de siembra. El tiene algunas ideas al respecto, que a papá no le interesaban. Pero creo que vale la pena experimentarlas. Tenemos poco más de trescientas hectáreas dedicadas a la cosecha fina y le pienso dar a Wood la responsabilidad de explotarlas. Si no da resultado, mala suerte, pero creo que Mercy puede permitirse el lujo de hacer algunos experimentos durante un año o dos. Wood quiere construir un silo. Fermentaremos nuestra propia alfalfa.

Se encogió de hombros. Sabía lo que algunas personas dirían acerca de los cambios que pensaba hacer, de su interés en cosechas finas y en silos, y de sus planes de pedirle a Adam que aumentara el número de caballos. Dirían que se estaba olvidando el ganado, que se olvidaba de lo que Mercy había sido durante generaciones.

Pero no olvidaba nada. Miraba hacia el futuro.

Depositó su taza de café sobre el escritorio.

-¿En calidad de supervisores, alguno de vosotros dos se opone a mis planes?

-Te diría que por mi parte, no. -Nate se puso de pie-. Pero recuerda que no soy ganadero. Creo que bajaré a ver si queda un trozo de pastel y os dejaré a los dos para que discutáis este asunto.

-¿Y? -preguntó Willa cuando estuvo a solas con Ben.

-Y-repitió él tomando la taza que ella acababa de dejar-. ¡Maldición, Willa, este café está frío!

-No te he pedido tu opinión sobre el café.

El permaneció donde estaba, apoyado contra el escritorio y la miró a los ojos.

-¿De dónde sacas todas esas ideas?

-Tengo un cerebro, ¿verdad? Y opiniones propias.

-Muy cierto. Nunca te había oído hablar sobre la posibilidad de cambiar un solo pasto de este rancho. Es curioso.

-No tenía sentido que hablara del asunto. El no tenía interés en lo que yo pensara o dijera. He hecho algunos estudios -agregó, metiéndose las manos en los bolsillos-. Tal vez no haya ido a la universidad, como tú, pero no soy una imbécil.

-Nunca creí que lo fueras. Y no sabía que te habría gustado ir a la universidad.

-No tiene importancia. -Con un suspiro, se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Viene una tormenta, pensó. Esos pequeños copos de nieve no eran más que el principio-. Lo que importa es ahora, y mañana y el año que viene. El invierno es la época ideal para hacer planes. Y yo pienso planear, eso es todo. -Se puso rígida cuando Ben le apoyó las manos sobre los hombros.

-Tranquila, no te voy a violar. -La hizo girar para que lo mirara-. Si te interesa, te diré que creo que tienes razón.

Le importaba, y eso ya le resultó una sorpresa.

-Espero que estés en lo cierto. He estado recibiendo llamadas de los buitres.

Ben sonrió levemente.

-¿De los urbanizadores?

-Los cretinos no perdieron el tiempo. Me ofrecen la luna y el sol con tal de que les venda las tierras para dividir las y crear un lugar de recreo para malditos californianos aspirantes a vaqueros de Hollywood. -De haber tenido colmillos, en ese momento los de Willa resplandecerían-. Mientras yo esté aquí, nunca pondrán sus gordos dedos sobre un solo metro cuadrado de Mercy.

En un gesto automático, él comenzó a acariciarle los hombros.

-¿Y los mandaste a la mierda, verdad querida?

-Uno de ellos me telefoneó la semana pasada. Me dijo que lo llamara Arme. Le contesté que lo haría despellejar y tirar como comida para los coyotes si llegaba a poner sus pies en mis tierras. -Sonrió-. No creo que se me acerque.

-¡Así me gusta!

-Sí. Pero hubo otros dos. -De nuevo se volvió a mirar la nieve y la tierra y las montañas-. No creo que ellas comprendan todavía la cantidad de dinero involucrada, lo que esos imbéciles estarían dispuestos a pagar por apoderarse de un rancho como este. Pero tarde o temprano Hollywood lo imaginará. Y entonces estaremos dos a una, Ben.

-El testamento exige que durante diez años la tierra no se venda a extraños.

-Ya sé lo que dice el testamento. Pero las cosas cambian. Y con suficiente dinero y suficiente presión, pueden cambiar aún más rápido. -«Y en definitiva, diez años no son nada», pensó Willa. Sobre todo para su plan de convertir a Mercy no en uno de los mejores ranchos sino en el mejor-. Cuando se haya cumplido el año, yo podría comprarles su parte. Sin embargo, lo he calculado de todas las maneras posibles y me he dado cuenta de que no podré. Por supuesto que hay dinero, pero está casi todo invertido en la tierra y en el ganado. Cuando se haya cumplido el año serán dueñas de dos partes y yo solo de una.

-No tiene sentido que te preocupes por lo que no puedes modificar, ni por lo que tal vez no suceda. -Le pasó la mano por el pelo una vez, luego otra-. Tal vez lo que te haga falta es una distracción, aunque sea una pequeña distracción.

La volvió de nuevo, luego meneó la cabeza.

-¡Nada de timideces! Desde el otro día he estado pensando mucho en esto. -Le rozó los labios con los suyos, con mucha dulzura-. ¿Ves? Ni siquiera te ha dolido.

A Willa le vibraban los labios, pero no podía decir que fuera doloroso.

-No quiero que volvamos a empezar. Están sucediendo demasiadas cosas para que yo me distraiga.

-Querida. -Ben se inclinó y volvió a besarla con suavidad-. Es justamente cuando más lo necesitas. Y estoy dispuesto a apostar que esto nos hace mucho bien a los dos.

Siguió mirándola fijamente, la abrazó, la acercó a su cuerpo y apoyó sus labios sobre los de ella.

-A mí ya me está dando resultado -murmuró. Y luego, con la rapidez del rayo, intensificó el beso.

La sorpresa, el apasionamiento y el deseo se fundieron para girar en la mente de Willa, para bullir en todo su cuerpo. Y cuando las sensaciones hicieron presa de ella, se olvidó de sus preocupaciones, de su cansancio y de sus miedos. Era fácil apoyarse en él, acercársele y permitir que todo lo demás desapareciera.

Y difícil, mucho más difícil de lo que suponía, le resultó echarse atrás y recordar.

-Tal vez yo también lo haya estado pensando. -Levantó una mano para mantener la distancia que los separaba-. Pero todavía no he terminado de pensar en el asunto.

Los jinetes que llegaban a toda velocidad atrajeron la atención de Ben. Con una mano apoyada sobre el hombro de Willa, se acercó a la ventana.

-Acaba de llegar Adam con tus hermanas.

Ella los vio e intuyó:

-Algo anda mal. Ha sucedido algo.

El notó la forma en que Adam ayudaba a desmontar a Lily y luego la sostenía contra su cuerpo.

-Sí, ha sucedido algo -confirmó-. Bajemos a ver qué es.

Estaban a mitad de la escalera cuando la puerta de entrada se abrió de un tirón. Tess fue la primera en entrar. El frío le coloreaba las mejillas, pero tenía los ojos enormes, los labios muy blancos.

-Era una cierva -dijo-. Nada más que una cierva. La madre de Bambi -consiguió articular mientras se le deslizaba una lágrima por la mejilla. En ese momento Nate salió de la cocina-. ¡Por amor de Dios! ¿Por qué le va a hacer alguien eso a la madre de Bambi?

-Sshhh. -Nate le pasó los brazos sobre los hombros-. Ven a sentarte, querida.

-Entremos con Tess, Lily.

Ella meneó la cabeza y siguió aferrada a la mano de Adam.

-No, estoy bien. En serio, estoy bien. Iré a preparar un poco de té. Sería mejor que tomáramos un poco de té. Disculpadme unos minutos.

-Adam -dijo Willa mientras miraba a Lily desapareciendo en la cocina-. ¿Qué demonios ha sucedido? ¿Mataste un antílope durante la cabalgata?

-No, pero alguien lo había hecho. -Asqueado, se quitó el abrigo y lo arrojó sobre un sillón-. Lo dejaron allí, hecho pedazos. No lo hicieron por cazar, ni siquiera para obtener un trofeo, sino solo por el placer de matar. Los lobos ya estaban allí. -Se pasó las manos por la cara-. Disparé para ahuyentarlos y ver mejor lo sucedido, pero Lily y Tess se acercaron. Yo quería que volvieran a casa.

-Iré a buscar mi abrigo.

Pero antes de que Willa llegara a darse la vuelta, Adam la detuvo.

-No tiene sentido. Ya no debe quedar mucho de ese pobre animal, y yo vi más que suficiente. Le habían disparado en la cabeza. Después lo abrieron,

desparramaron sus vísceras, lo acuchillaron, lo mutilaron y lo dejaron allí. El que lo hizo le cortó la cola. Supongo que por esta vez eso le habrá resultado un trofeo suficiente.

-Entonces fue lo mismo que los otros.

-Igual que los otros.

-¿Crees que le podríamos seguir la pista? -preguntó Ben.

-Desde que lo hizo, hace más o menos un día, ha estado nevando. Y nevará más. Tal vez si yo hubiera podido salir a buscarlo en cuanto lo encontramos, habría tenido suerte. -Adam se encogió de hombros en un gesto de frustración y a la vez de aceptación-. Pero no podía seguirlo y dejar que ellas dos volvieran solas a casa.

-De todos modos me gustaría que echáramos un vistazo. -Ben ya cogía su sombrero-. Pídele a Nate que lleve a Shelly a casa en su jeep, Willa.

-Yo iré con vosotros.

-No tiene sentido que lo hagas, y lo sabes. -Ben la tomó por los hombros-. No tiene ningún sentido.

-Pero de todos modos iré. Voy a buscar mi abrigo.

La nieve caía a raudales, blanca, salvaje y malvada. Al oscurecer, ya no se veía nada desde las ventanas, aparte de los espesos copos que erigían una pared entre el vidrio y el resto del mundo.

Lily miró fijamente el vidrio, trató de ver algo a través de él, mientras que el calor de las llamas de la chimenea le calentaban la espalda y la preocupación le carcomía los nervios.

-¿Quieres sentarte? -preguntó Tess y odió el tono nervioso y casi histérico de su voz-. Nosotras no podemos hacer nada.

-Pero hace mucho que se fueron.

Tess sabía cuánto tiempo hacía que salieron. Exactamente noventa y ocho minutos.

-Como te acabo de decir, no podemos hacer nada.

-Te haría bien un poco más de té. Este está frío.

En el momento en que Lily se volvía para tomar la bandeja, Tess se puso de pie de un salto.

-¿Quieres quedarte quieta? ¡No sigas sirviéndome, sirviéndonos a todos! En esta casa no eres una sirvienta. ¡Por amor de Dios, siéntate!

Se estremeció, apretó las manos sobre sus ojos y respiró hondo, muy hondo.

-Lo siento -murmuró mientras Lily permanecía donde estaba, las manos entrelazadas, los ojos inexpresivos-. No tengo derecho a gritarte. ¡Nunca he visto nada como eso! ¡Nunca he visto nada como eso!

-Está bien. -La empatía aflojó la tensión de sus dedos-. Fue horrible. Lo sé. Horrible.

Se sentaron una en cada extremo del largo sillón de cuero y permanecieron en silencio no menos de treinta segundos mientras salvajes ráfagas de viento azotaban los vidrios de las ventanas. Tess descubrió que estaba conteniendo una necesidad enfermiza de reír.

-¡Qué demonios! -Sopló con fuerza, y repitió-. ¡Qué demonios! ¿En qué nos hemos metido aquí, Lily?

-No sé. -El viento lanzó un aullido endemoniado por el caño de la chimenea-. ¿Estás asustada?

-¡Por supuesto que estoy asustada! ¿Tú no?

Con expresión muy seria, Lily frunció los labios mientras lo consideraba. Levantó un dedo con el que se refregó el labio inferior. Sabía que cada vez que tenía miedo le temblaban los dedos.

-No creo que tenga miedo. Y en realidad no lo entiendo, pero no tengo miedo, por lo menos en el sentido en que debería tenerlo. Solo lo lamento y estoy triste. Y preocupada -agregó mientras sus ojos volvían a clavarse en la ventana y se trazaba una imagen mental de tres jinetes perdidos en un remolino de blancura-. Estoy preocupada por Adam, por Willa y por Ben.

-Ellos deben estar bien. Viven aquí.

Con los nervios de punta, Tess se puso de pie y empezó a pasearse por la habitación. El crujido agudo de un leño de la chimenea la hizo saltar. Lanzó una maldición.

-Ellos saben lo que hacen -aseguró. Y si no lo saben ellos, pensó, ¿quién mierda lo va a saber?-. Tal vez ese sea el motivo por el que estoy tan asustada en este momento. No sé qué diablos estoy haciendo. Y siempre lo sé. Es una de mis mayores virtudes. Me propongo una meta, planeo la manera de llegar a ella, doy los pasos necesarios. Pero esta vez no sé lo que estoy haciendo.

Se volvió y miró a Lily con expresión pensativa.

-En cambio tú sí. Tú sabes lo que haces con tus bandejas de té, y cuando preparas sopa y enciendes el fuego.

Lily meneó la cabeza y se obligó a mantener la mirada apartada de la ventana.

-Esas no son cosas importantes.

-Tal vez lo sean -dijo Tess con suavidad y enseguida se puso tensa al ver un brillo de luces por entre la cortina de nieve-. Ha llegado alguien.

Puesto que una vez más no sabía qué hacer (huir, ocultarse?), Tess se volvió con deliberación y se dirigió al vestíbulo de entrada y abrió la puerta del frente. Instantes después apareció Nate, cubierto de nieve.

-Entra, ni siquiera te asomes -ordenó empujándola para sacarla del camino mientras cerraba la puerta a sus espaldas-. ¿Ya han vuelto?

-No. Lily y yo... -señaló la sala de estar-. ¿Y qué haces tú aquí?

-Es una tormenta muy cruda. Conseguí llevar de vuelta a Shelly y a su hijita, pero apenas pude volver. -Se quitó el sombrero y le sacudió la nieve que lo cubría-. Ya hace dos horas que se fueron. Les daré unos minutos más y luego saldré a buscarlos.

-¿Piensas volver a salir? ¿Con esa tormenta? -Jamás había conocido una tempestad de nieve, pero estaba segura de estar viviendo una en ese momento. Y las tempestades de nieve mataban-. ¿Estás loco?

El simplemente le palmeó el hombro con aire ausente... un hombre que sin duda estaba pensando en otra cosa.

-¿Tenéis un poco de café caliente? Me haría bien una taza. Y un termo para llevarlo conmigo.

-¡No saldrás con una tormenta como esta! -En un gesto que en el momento de hacerlo ella misma supo que era tonto, se interpuso entre Nate y la puerta-. Nadie va a salir con esta tormenta.

Nate sonrió y le pasó la punta de un dedo por la mejilla. No consideraba que el gesto de Tess fuera tonto sino dulce.

-¿Estás preocupada por mí?

Aterrorizada habría sido un término más exacto, pero lo pensaría después.

-Congelamiento, hipotermia. Muerte -pronunció las palabras como latigazos-. Me preocuparía por cualquiera que no tuviera el sentido común necesario para quedarse dentro con una tormenta como esta.

-Tres de mis amigos están allá fuera, en medio de esa tormenta -lo dijo en voz baja pero con una decisión inamovible-. El café sería de gran ayuda, Bess. Negro y bien caliente. -Pero antes de que Bess pudiera contestar, Nate alzó una mano y ladeó la cabeza-. Allí están. Deben ser ellos.

-Yo no he oído nada.

-Han llegado -aseguró Nate con sencillez. Se puso el sombrero y salió a recibirlos.

Tenía razón, motivo por el que Tess decidió que Nate tenía oídos agudos como los de un gato. Salieron del viento ululante cubiertos de nieve. Reunidos en la sala de estar, mientras bebían el café que Bess no tardó en preparar, se mostraron frustrados.

-Había tanta nieve que no se veía nada. -Ben se hundió en un sillón, mientras Adam se sentaba de piernas cruzadas delante del fuego-. Llegamos hasta allí. Pero ya había como cinco centímetros más de nieve. Ninguna posibilidad de seguir un rastro.

-Pero pudisteis ver... -dijo Tess, instalada sobre el brazo de un sillón-. Visteis lo que había allí.

-Sí. -Después de dirigirle una rápida mirada a Adam, Willa se encogió de hombros, no le pareció que tuviera sentido agregar que habían vuelto los lobos-. Por la mañana hablaré con los peones acerca de esto. En este momento tienen bastante que hacer.

-¿Bastante que hacer en este momento? -preguntó Tess.

-Están en el campo, dando un rodeo para poner los animales a resguardo. Encontraré a Ham.

-Esperad. -Convencida de ser la única persona sensata del grupo, Tess alzó una mano-. ¿Piensas volver a salir con esta tormenta? ¿Por unas vacas?

-Morirían con esta tormenta -contestó Willa sin vacilar.

Mientras Tess los miraba asombrada, todos, menos ella y Lily se volvieron a abrigar y salieron. Meneando la cabeza, Tess se sirvió una copa de coñac.

-¡Por unas vacas! -murmuró-. ¡Por un grupo de vacas estúpidas!

-Cuando vuelvan tendrán hambre. -Esta vez Lily no intentó mirar por la ventana, ni escuchó con atención para ver si oía el motor de un jeep-. Iré a ayudar a Bess a preparar la comida.

«Tengo dos opciones -pensó Tess-: irritarme o resignarme.» Decidió que resignarse afectaría menos su sistema nervioso.

-No pienso quedarme aquí, sola. -Pero se llevó consigo la copa de coñac y alcanzó a Lily-. ¿En el este hay tormentas como esta? -preguntó.

Distraída, Lily meneó la cabeza.

-En Virginia tenemos nuestra cuota de nieve, pero nunca he visto nada parecido a esto. ¡Llega con tanta rapidez, con tanto viento! No me imagino lo que debe ser estar fuera con esta nieve, tener que trabajar con este clima. Supongo que Nate se quedará a pasar la noche, ¿no crees? Tendré que preguntarle a Bess si hay un cuarto preparado.

Abrió la puerta de la cocina y se encontró con Bess ya frente a la cocina al cuidado de una olla enorme que despedía un olor exquisito.

-Guiso -anunció Bess, probándolo con una cuchara de madera-. He preparado bastante para un ejército. Pero todavía necesita una hora o dos de cocción para que esté a punto.

-Han vuelto a salir.

De forma automática, Lily se encaminó a la despensa y descolgó un delantal de cocina. Tess alzó una ceja al ver la naturalidad con que lo hizo. Ya se ha convertido en una rutina, comprendió.

-Me lo he imaginado -dijo Bess-. Voy a preparar un pastel de manzanas. -Miró a Tess y olisqueó el coñac que tenía en la mano-. ¿Tienes ganas de ser útil?

-No de manera especial.

-Las leñeras están casi vacías -le informó Bess mientras sacabas de la despensa una canasta llena de manzanas-. Los hombres no tienen tiempo de entrar combustible.

Tess hizo girar el coñac de su copa.

-¿Pretende que yo salga a entrar leña?

-Si se apaga el motor, muchacha, querrás tener el trasero caliente, lo mismo que el resto de nosotros.

-El motor. -Ante la posibilidad de que se apagara el motor, de congelarse, de quedar toda la noche en la oscuridad, Tess palideció.

-Tenemos un generador. -Bess comenzó a pelar manzanas-. Pero no podemos gastarlo en calentar los dormitorios cuando no tenemos bastante combustible. Si quieres dormir abrigada, entra! leña. Tú podrías echarle una mano, Lily. Ella tiene más necesidad de: ayuda que yo. Hay una soga que lleva desde la puerta hasta la pila de leña. Seguid la soga e id entrando los leños a mano. No podréis empujar la carretilla por la nieve, y no tiene sentido limpiar el sendero hasta que deje de nevar. Abrigaos bien y llevad una linterna.

-Está bien. -Lily miró la expresión de enojo de Tess-. La puedo entrar yo sola. ¿Por qué no esperas dentro y vas subiendo la leña a los dormitorios?

Era tentador. Muy tentador. Aun en ese momento Tess alcanzaba a oír el gélido aullido del viento que amenazaba las ventanas de la cocina. Pero la expresión burlona de Bess la decidió a hacer a un lado la copa de coñac.

-Entraremos leña las dos.

-No con esos guantes de señora elegante -gritó Bess al verlas salir-. Después de abrigaros bien, id a buscar unos guantes de trabajo al taller.

-Transportando leña -murmuró Tess mientras se dirigía al vestíbulo-. Es probable que dentro ya haya bastante para una semana. Bess hace esto para fastidiarme.

-No nos pediría que saliéramos si no fuera necesario.

Tess se puso el abrigo y luego se encogió de hombros.

-No te lo pediría a ti-decidió, luego se sentó en la base de la escalera para ponerse las botas-. Vosotras dos parecéis muy amigas.

-La considero una gran mujer. -Lily se rodeó el cuello dos veces con la bufanda tejida antes de abotonarse el abrigo cubriéndola-. Ha sido muy buena conmigo. Y también sería buena contigo si tú no...

Mientras enfundaba la cabeza dentro de una gorra de esquí, Tess asintió.

-No, no tengas miedo de herir mis sentimientos. Si yo ¿qué?

-Bueno, es solo que eres un poco brusca con ella. Abrupta.

-Tal vez no lo sería si no anduviera siempre encargándome algún trabajo idiota, para luego protestar diciendo que no lo cumplí de acuerdo con sus instrucciones. Me congelaré entrando esa maldita leña y verás que dirá que no la amontoné como es debido. Ya lo verás.

Quisquillosa, se encaminó de nuevo al vestíbulo, cruzó la cocina sin pronunciar palabra y entró al taller en busca de un par de gruesos guantes de trabajo que le quedaban grandes.

-¿Lista? -Lily cogió una linterna y se preparó para seguir a Tess.

En cuanto Tess abrió la puerta, el viento les arrojó nieve y hielo a la cara. Se miraron con los ojos muy abiertos y fue Lily quien se adelantó primero hacia el azote del viento.

Aferraron la soga y se empujaron hacia delante, mientras el viento las hacía retroceder un paso cada tres que daban. Las botas se les hundían hasta las rodillas en la nieve, y la luz de la linterna subía y bajaba en la oscuridad como un haz de luna borracho. Tess apretó los dientes.

-El infierno no tiene nada que ver con el fuego -gritó-. El infierno es el invierno de Montana.

Lily sonrió apenas y comenzó a llenarse los brazos de leña.

-Una vez que estemos dentro y bien calientes, con las chimeneas encendidas, miraremos hacia fuera y nos parecerá bonito.

-¡Mentira! -murmuró Tess mientras luchaban por volver a la casa con el primer cargamento de leña-. ¿No te mueres de ganas de estar en una cama caliente?

Lily miró hacia la cocina y luego se volvió a contemplar la tormenta.

-Sí, me encantaría.

-Sí. -Tess suspiró y movió los hombros-. A mí también. Vamos, a la tarea.

Repitieron tres veces la rutina y Tess comenzó a disfrutarlo. Hasta que perdió pie y se cayó en la nieve. Con el golpe la linterna se enterró.

-¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

En su prisa por ayudarla, Lily se inclinó, perdió el equilibrio y cayó de culo con fuerza en la nieve. Sin aliento, permaneció donde estaba, hundida hasta la cintura mientras Tess rodaba sobre sí misma y escupía nieve.

-¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! -Mientras luchaba por ponerse de pie, Tess entrecerró los ojos al oír la risa de Lily-. ¿Qué te resulta tan gracioso? En cualquier momento quedaremos enterradas en esta porquería de nieve y no nos encontrarán hasta el deshielo de primavera. -Pero ella misma apenas lograba contener la risa al ver a Lily sentada en un profundo trono de nieve como si fuera una reina de la nieve en miniatura-. Y pareces una idiota.

-Tú también. -Lanzando una carcajada, Lily se llevó una mano enguantada al pecho-. Y además tienes barba.

Con gesto filosófico, Tess se limpió la nieve que le cubría el mentón y la arrojó a la cara de Lily. Fue todo lo que necesitaron. A pesar de la fuerza del viento, hicieron bolas de nieve con las que se atacaron. Riendo a carcajadas, iniciaron la lucha. Estaban solo a treinta centímetros una de la otra, de manera que la puntería no era problema. Mientras la nieve le azotaba la cara y le corría bajo el cuello del abrigo, Tess tuvo que admitir que en eso Lily le ganaba. Tal vez su aspecto fuera delicado, pero sus brazos eran como balas.

Solo existía una manera de igualar los tantos.

Tess se le tiró encima y le cogió ambas piernas, haciendo que ambas cayeran y rodaran por la nieve. Riendo como hienas, blancas como muñecos de nieve, se tendieron de espaldas para recuperar el aliento. Los copos caían sobre ellas, grandes y pesados.

-Cuando era una niña, nos gustaba hacer ángeles de nieve -dijo Lily y, para demostrar el significado de sus palabras, extendió los brazos y las piernas sobre la nieve-. Y una vez nevó tanto que durante dos días no pudimos ir al colegio. Construimos un fuerte de nieve y un ejército de soldados de nieve. Mi madre salió de casa para fotografiarlos.

Tess parpadeó mirando hacia arriba y trató de ver el cielo negro a través de la cortina blanca.

-La única vez que fui a esquiar, decidí que la nieve y yo no éramos compatibles. -Imitó los movimientos de Lily-. En realidad supongo que no es tan mala como yo creía.

-¡Es una maravilla! -Después rió-. Me estoy congelando.

-Te invitaré a un enorme tazón de café aderezado con coñac.

-¡Acepto!

Todavía sonriente, Lily se sentó. Entonces se le subió el corazón a la boca, impidiéndole gritar. Cerró una mano sobre la de Tess mientras la sombra se movía, se convertía en un hombre. Se acercaba.

-¿Se han caído las dos?

Tess volvió la cabeza con rapidez mientras el corazón le galopaba dentro del pecho. «Estamos solas -pensó presa del pánico-, demasiado lejos de la casa para que nos oigan gritar en medio de este viento.» El recuerdo del venado muerto la petrificó. «La linterna», pensó, mientras miraba con desesperación a derecha e izquierda. El hombre tenía una con un haz de luz lo suficientemente fuerte como para cegarlas mientras a él lo conservaba en las sombras, una mera silueta. Tenía ganas de salir corriendo, se ordenó que debía correr y arrastrar consigo a Lily, pero no conseguía moverse.

-No deberían estar fuera en la oscuridad -dijo el hombre, acercándose más.

En ese momento Tess se movió, el instinto de supervivencia surgió en ella, libre como el gato que escapa de una jaula. Se puso de pie de un salto, agarró un leño de la pila y se preparó a golpear.

-¡No se acerque! -A pesar de que le temblaban las manos impartió la orden con voz fuerte y firme-. Levántate, Lily. ¡Levántate, maldita sea!

-Perdón, no quise asustarlas. -Movié la linterna para que el haz de luz iluminara la nieve-. Soy Wood, señorita Tess. Billy y yo acabamos de llegar y mi esposa pensó que tal vez ustedes necesitaran que alguien las ayudara por aquí.

Habla con tono tranquilo, nada amenazador y hasta un poco divertido, pensó Tess. Pero estaban solas, indefensas y él era un hombre fuerte cuyo rostro todavía mantenía en las sombras. «No debo confiar en nadie», decidió, y aferró el leño con más fuerza.

-Estamos perfectamente. Lily, ve dentro y dile a Bess que Wood está aquí. ¡Díselo! -siseó y Lily por fin se puso en movimiento.

-No es necesario incomodar a Bess. -Wood iluminó la pila de leña y luego el sendero pisoteado que llevaba a la casa-. Mi esposa me está preparando la cena, pero mientras tanto puedo entrarles un poco de leña. No creo que el motor siga trabajando mucho tiempo más.

Ya completamente a solas con Wood, Tess rezó pidiendo que Lily estuviera dentro y alertando a Bess. El miedo le trepaba por la columna vertebral. Retrocedió un paso, luego otro.

-Ya hemos entrado un poco de leña.

-Nunca sobra en una tormenta como esta. -Le tendió la linterna y ella pegó un salto, convencida de que se trataba de un cuchillo-. Será mejor que usted sostenga la linterna -agregó Wood con suavidad-. Yo cargaré la leña.

Todavía preparada para salir corriendo. Tess estiró la mano y cogió la linterna. Wood se inclinó hacia la leña en el momento en que Lily regresaba corriendo.

-Bess está preparando café. -Su voz subía y bajaba como un arpegio-. Dice que si Wood quiere una taza, hay más que suficiente.

-Bueno, se lo agradezco mucho -contestó él mientras seguía colocando leños en un brazo doblado-. Pero en casa me darán café. Ustedes entren. Iluminen el camino con la linterna. Yo lo conozco de memoria y no necesito luz.

-Sí, entremos. Entremos a la casa, Tess. -Temblorosa, Lily tironeó el brazo de Tess-. Gracias, Wood.

-De nada -murmuró él meneando la cabeza mientras se alejaban-. ¡Mujeres! -dijo en voz baja.

-Tuve tanto miedo! -confesó Lily. En cuanto entraron a la casa le arrojó los brazos al cuello a Tess-. Tú fuiste muy valiente.

-No fui valiente. Estaba aterrorizada. -Entonces, al darse cuenta de la situación, aferró el brazo de Lily y comenzó a temblar con violencia-. ¿Cómo es posible que

nos hayamos olvidado? ¿Cómo pudimos ponernos a jugar allá fuera como un par de idiotas después de todo lo que ha sucedido? ¡Dios! Dios, podría ser cualquiera. ¿Por qué tardamos tanto en darnos cuenta de eso? -Retrocedió y miró a Lily a los ojos-. Puede ser cualquiera.

-Adam no. -Después de sacarse los guantes, Lily se frotó las manos ateridas-. El sería incapaz de lastimar a nadie, o a nada. Y estaba con nosotros hoy cuando... cuando lo encontramos.

Tess abrió la boca y la volvió a cerrar. ¿Qué sentido tenía especular sobre la posibilidad de que Adam hubiera salido antes del amanecer para hacer lo que encontraron, y que después las llevara hacia allí, para que vieran lo que quería que vieran?

-No sé, Lily. Sencillamente no lo sé. Pero si vamos a quedarnos aquí y vivir este invierno, será mejor que empecemos a pensar y que empecemos a vigilar nuestras espaldas. -Se sacó el abrigo y el sombrero-. No puedo imaginar a Adam haciendo eso. Ni a Ben. O a Nate. ¡Diablos! No puedo imaginar a nadie haciéndolo, y en eso estriba el problema. Tenemos que empezar a imaginar.

-Aquí estamos a salvo. -Lily le dio la espalda y colgó su abrigo con cuidado-. Estamos a salvo. Hace mucho tiempo que no me sentía a salvo y no voy a permitir que nadie me lo arruine.

-Lily -dijo Tess, apoyando una mano sobre el hombro de su hermana-. Estar a salvo significa tener cuidado. Las dos buscamos algo en este lugar -continuó diciendo cuando Lily se volvió a mirarla-. Y lo queremos hasta el punto de arriesgarnos a permanecer aquí. Tal como yo lo veo, debemos cuidarnos una a la otra. Si llego a ver algo extraño, te lo diré y tú harás lo mismo conmigo. Cualquier cosa que a una le parezca que no está bien, cualquiera que no actúe como corresponde. ¿De acuerdo?

-Sí, te lo diré. Y también se lo diré a Willa. -Meneó la cabeza antes de que Tess pudiera protestar-. Lo merece, Tess. Ella arriesga tanto como nosotras. Te diría que arriesga más que nosotras.

Exactamente, pensó Tess. Después se encogió de hombros.

-Está bien, lo haremos como tú dices. Al menos por el momento. Y ahora quiero ese café.

Bebieron café. Y esperaron. Comieron guiso. Y esperaron.

El viento aullaba y azotaba las ventanas, el fuego chisporroteaba en la chimenea y el reloj de pie del estudio iba marcando las horas que transcurrían.

Cuando Willa entró ya era más de medianoche, y entró sola.

Tess dejó de pasearse por la sala de estar y la estudió. El rostro de su medio hermana estaba blanco por la extenuación, y los ojos oscuros y exóticos marcados por grandes ojeras. Se encaminó directamente hacia la chimenea dejando tras de sí un rastro de agua y de nieve sobre las exquisitas alfombras y el suelo encerado.

-¿Dónde están los demás? -preguntó Tess.

-Tuvieron que volver. Tienen sus propias preocupaciones.

Tess asintió y se acercó al botellón de whisky para servir en un vaso una dosis generosa. Hubiera preferido tener a Ben y a Nate en casa, pero estaba aprendiendo que Montana estaba llena de pequeñas desilusiones. Le alcanzó el vaso a Willa.

-¿El ganado está a cubierto para pasar la noche?

Sin molestarse en contestar, Will bebió un gran trago de whisky y luego se estremeció con violencia.

-Te prepararé un baño caliente.

Demasiado cansada para comprender nada, Willa miró a Lily.

-¿Qué?

-Te voy a preparar un baño caliente. Estás congelada y extenuada. Además, debes de estar famélica. Hay guiso en la olla. Tess, sírvele un plato a Willa.

A Willa apenas le quedaba la energía suficiente para sentirse divertida. Desconcertada y sonriente, miró salir a Lily.

-Me va a preparar un baño. ¿No te parece increíble?

-Es nuestra experta doméstica residente. De todos modos, te vendría bien un baño. Hueles.

Willa olisqueó e hizo un gesto de desagrado.

-Supongo que sí. -Como el primer trago de whisky la había hecho sentir un leve mareo, hizo a un lado el vaso-. Estoy demasiado cansada para comer.

-Pero te hace falta comer algo. Podrías hacerlo mientras te bañas.

-¿En la bañera? ¿Comer en la bañera?

-¿Y por qué no?

Willa la miró con asombro.

-Sí, ¿por qué no? -dijo y subió la escalera con esfuerzo, dispuesta a desvestirse.

Lily tenía la bañera llena de agua caliente y cubierta de espuma. Desnuda, Willa se la quedó mirando durante algunos instantes. Un baño de espuma, pensó. No recordaba la última vez que había podido darse un baño así. La gran bañera colorada fue una de las indulgencias de su padre y ella rara vez la usaba. Y solo cuando él no estaba en el rancho.

Ahora ya no está en el rancho, se recordó. Ha muerto.

Metió una pierna en la bañera y siseó cuando el agua caliente entró en contacto con la piel helada. Después lanzó un enorme suspiro y se hundió en el agua hasta el mentón.

Se yació la mente de nieve, de viento, de la tremenda oscuridad, de la lucha brutal para lograr hacer un rodeo del ganado. Sin duda debían haber salteado algunos animales y perderían otros. Era inevitable. La tormenta se formó con demasiada rapidez y con tanta brutalidad que fue imposible impedirlo. Pero hicieron todo lo que pudieron.

Sus músculos aullaron cuando echó atrás la cabeza y cerró los ojos. No puedo pensar, comprendió al notar que el cerebro le funcionaba por momentos y por momentos dejaba de funcionar. «Tenga que pensar. Quiero pensar.» Todo movimiento, toda tarea, toda decisión que se tomara por la mañana, sería instintiva. Sabía lo que había que hacer. No era su primera tormenta de nieve. Ni sería la última.

Pero asesinato..., asesinato y mutilaciones.

¿Qué hacer?

-Si te quedas dormida allí dentro te ahogarás -dijo Tess desde la puerta.

Willa se sentó con el entrecejo fruncido. No era particularmente pudorosa. Fruncía el entrecejo por la intromisión, a pesar de que el aroma del guiso le parecía celestial.

-¿Alguna vez se te ocurre llamar antes de entrar?

-Dejaste la puerta entreabierto, campeona. -Bastante divertida por su papel de servidora, Tess colocó la bandeja en forma transversal sobre los bordes de la bañera-. Quiero hablar contigo.

Willa solo suspiró. Se irguió lo suficiente para poder comer, metió la cuchara en el guiso mientras las burbujas explotaban sobre sus pechos.

Tess se instaló en el ancho borde de la bañera. ¡Vaya baño! pensó. Era tan elegante como la fantasía de cualquier estrella de cine, con sus azulejos de tonos rubí, zafiro y blanco, su selva de helechos en recipientes de cobre y de bronce. La ducha estaba separada en un receptáculo formado por vidrios y tenía media docena de duchas colocadas a diferentes alturas y ángulos. Y la bañera donde se bañaba Willa era lo bastante grande como para una pequeña orgía de buen gusto.

Distraída, Tess metió una mano en la espuma y la olió.

-Deben ser de Lily.

-¿Quieres que hablemos sobre baños de espuma? -Willa se iba irguiendo más a medida que aumentaba su entusiasmo por la comida. Hubiera sido capaz de comerse una tonelada de ese guiso.

-Dejaremos para después los temas femeninos. -Tess volvió la cabeza cuando Lily apareció en el umbral, con la mirada modestamente fija unos centímetros por encima de la cabeza de Willa-. Te he traído la bata, para cuando termines. Te la dejaré aquí, colgada en la puerta.

-Pasa y siéntate -la invitó Willa con un movimiento de la mano-. Tess quiere hablar. -Al ver que Lily vacilaba, Willa levantó los ojos al cielo-. Aquí todas tenemos tetas, Lily.

-Y de todos modos, las de ella apenas se le notan -agregó Tess con una sonrisa-. Siéntate -ordenó-. Tú fuiste la que quiso meterla a ella en todo esto.

-¿En qué? -preguntó Willa con la boca llena.

-Digamos simplemente que Lily y yo estamos un poco nerviosas. ¿Estás de acuerdo con eso, Lily?

Ruborizada, Lily bajó la tapa del inodoro y se sentó.

-Sí.

A pesar del calor del agua, Willa sintió que se le congelaba la piel.

-¿Estáis pensando en iros?

-No somos cobardes. -Tess inclinó la cabeza-. Ni tontas. Las tres tenemos el mismo interés en poder superar este año. Y supongo que todas tenemos idéntico interés en sobrevivir enteras. Alguien, muy posiblemente alguien de este rancho es... digamos que afecto al cuchillo. ¿Cómo debemos hacer frente al asunto?

En la boca de Willa apareció una expresión de tozudez.

-Conozco a mis hombres.

-Pero nosotras no -señaló Tess-. Tal vez la manera de empezar sería que tú nos hablaras de ellos. Que nos dijeras lo que sabes de cada uno. Por atractivo que parezca, las tres no podemos ir ligadas las veinticuatro horas del día durante los próximos nueve o diez meses.

-Tienes razón.

Ante la rápida aceptación de Willa, Tess se quedó con la boca: abierta.

-¡Bueno, bueno! ¡Debo marcar este día en mi calendario! Willa Mercy está de acuerdo conmigo.

-Sigo sin poderte tolerar. -Willa apuró el resto del guiso que quedaba en el plato antes de seguir hablando-. Pero estoy de acuerdo contigo. Si queremos seguir adelante con esto, las tres debemos cooperar. Hasta que la policía, o nosotros, descubra quién mató a Pickles, no creo que ninguna de vosotras dos deba salir sola.

-Yo sé defenderme. He recibido clases.

El anuncio de Tess arrancó un bufido de Willa.

-En diez segundos te podría poner de espaldas al suelo. Y viendo las estrellas. Pero ese es otro cantar. -Tenía ganas de fumar un cigarrillo y se prometió que muy

pronto se daría el gusto-. Diría que es imposible que Lily y yo nos atemos por la cintura.

-Yo estoy casi todo el día con Adam. Trabajando con los caballos.

Willa asintió y se volvió a hundir en el agua.

-Pueden confiar en Adam. Y en Bess. Y en Ham.

-¿Por qué Ham? -quiso saber Tess.

-Ham me crió -explicó Willa con tono cortante-. De todos modos, durante un tiempo el clima os va a mantener dentro de la casa.

-¿Y qué me dices de ti? -preguntó Lily.

-Yo me preocuparé por mí misma. -Willa se sumergió, mantuvo la cabeza bajo el agua conteniendo el aliento y al volver a salir, de nuevo se sentía casi humana-. No tengo la ventaja de haber seguido los cursos de autodefensa de Hollywood, pero conozco a los hombres y conozco el terreno. Si alguna de vosotras dos está nerviosa, puede ensillar y salir a trabajar conmigo. Y ahora, a menos que alguien quiera lavarme la espalda, me gustaría tener un poco de intimidad.

Tess se puso de pie y enseguida, como si se le acabara de ocurrir, se inclinó a tomar la bandeja.

-Ser petulante no es demasiada protección contra un cuchillo.

-Pero un Winchester, sí. -Y, satisfecha con eso, Willa cogió el jabón.

Durmió mal. La extenuación, por poderosa que fuera, no le impedía tener pesadillas. Willa se movía inquieta y se volvía en la cama, luchando por dormir mientras por su cabeza pasaban imágenes de sangre y de cuchillos.

Cuando la leve luz del invierno se coló por entre el muro de nieve que caía incesante, se estremeció y deseó que hubiera algo, alguien, en quien pudiera apoyarse. Solo por un ratito.

Otra persona despertó a esa luz débil con idénticas imágenes corriendo como un río por su cabeza. Pero a él lo hicieron sonreír.

Del diario de Tess:

Me empieza a gustar la nieve. O tal vez me esté volviendo loca. Cada mañana, al mirar por la ventana de mi dormitorio, allí está, blanca y brillante. Kilómetros de nieve. No puedo decir que me guste el frío. O el maldito viento. Pero la nieve, sobre todo cuando estoy dentro y miro hacia fuera, tiene cierto atractivo. O tal vez yo esté comenzando a sentirme a salvo de nuevo.

Falta una semana para Navidad y no ha sucedido nada que interrumpa la rutina. Ningún hombre asesinado, ningún animal descuartizado. Solo el silencio espectral de los días cubiertos de nieve. Tal vez después de todo la policía tenga razón y el que mató a ese pobre viejo calvo haya sido un psicótico que pasaba por aquí. Lo único que podemos hacer es aferrarnos a esa esperanza.

Lily disfruta del espíritu de las fiestas. Es una mujer extraña y dulce. Reacciona como una criatura con la Navidad, esconde paquetes en su dormitorio, envuelve regalos, cocina dulces con Bess. Dulces maravillosos lo cual significa que tendré que agregar quince minutos más a mi gimnasia matinal.

Hicimos un viaje hasta Billings, un pueblo que no vale nada, para hacer algunas compras navideñas. El regalo de Lily me resultó fácil. Encontré un bonito pasador en forma de caballo encabritado, muy delicado y femenino. Supuse que tendría que darle algo a la amargada de Bess y me decidí por un libro de recetas de cocina. Lily estuvo de acuerdo, de manera que supongo que no corro peligro de haberme equivocado. La vaquera es otra cuestión. Todavía no consigo definirla.

¿Esa mujer es temeraria o tonta?

Sale todos los días y, casi siempre, sola. Trabaja a reventar, va todas las tardes a la vieja casa de los peones para conversar con ellos. Y cuando está en la casa, por lo general se entierra hasta los ojos en cartapacios y en informes ganaderos.

Me temo que empiezo a admirarla y no sé si eso me gusta. Le compré un suéter de cachemira, no sé por qué. Nunca usa nada que no sea de franela. Pero el suéter es de un rojo brillante, muy suave y femenino. Lo más probable es que ella termine poniéndoselo sobre los calzones largos de lana para castrar animales. ¡Al diablo con el asunto!

Para Adam, porque me atrae en un sentido completamente fraternal, encontré una hermosa acuarela de las montañas. Me recuerda a él.

Después de grandes debates conmigo misma decidí que también les compraría un regalo a Ben y a Nate, considerando que

ellos pasan aquí tanto tiempo. A Ben le compré un vídeo de Río Rojo, una especie de broma que espero sepa aceptar.

Y después de algunos disimulados interrogatorios, descubrí que Nate tiene debilidad por la poesía. A él le daré un volumen de Keats. Ya veremos cómo reacciona.

Entre las compras, los aromas que surgen de la cocina y las decoraciones, me estoy contagiando del espíritu de las fiestas. Acabo de enviarle una tonelada de regalos a mamá. Con ella no es cuestión de calidad sino de cantidad, y sé que la hará feliz deshacer paquetes durante horas enteras.

Lo más insólito de todo es que la echo de menos.

A pesar de todo este ambiente de Papá Noel, estoy inquieta. Creo que porque debo pasar demasiadas horas encerrada en la casa. Utilizo ese tiempo extra, porque aquí los días de invierno están llenos de tiempo ya que oscurece antes de las cinco de la tarde, para jugar con la idea de un libro. Solo para divertirme y pasar el tiempo en estas noches increíblemente largas.

Y hablando de noches largas... Como todo parece tranquilo, pienso sacar uno de los jeeps e ir a casa de Nate a darle su regalo. Ham me dio la dirección del... ¿cómo llamarlo? campo de Nate. Hace semanas que espero que me invite a su casa, y que él dé el primer paso. Pero supongo que tendré que ser yo la que ponga en marcha el asunto.

No puedo decidir hasta qué punto debo ser sutil para conseguir llevarlo a la cama, de manera que no tendré más remedio que interpretar de oído. Al paso que anda él, llegará la primavera antes de que nos acostemos juntos.

¡Al diablo con eso también!

-¿Vas a alguna parte? -preguntó Willa en el momento en que Tess bajaba por la escalera.

-En realidad, sí -contestó ella mirando a Willa que lucía su habitual uniforme de camisa de franela y vaqueros-. ¿Y tú?

-Yo acabo de llegar. Algunas de nosotras no tenemos tiempo para pasarnos una hora entera delante del espejo. -Willa frunció el entrecejo-. Te has puesto un vestido.

-¿En serio? -Fingiendo sorpresa, Tess miró la sencilla falda ajustada de lana que le llegaba a las rodillas-. Bueno, ¿cómo habrá sucedido eso? -Se encaminó al vestíbulo-. Tengo que entregar un regalo de Navidad. Recuerdas que se acerca la Navidad, ¿verdad? Aun con tu cúmulo de trabajos y de obligaciones debes haber oído hablar de la Navidad.

-Sí, he oído rumores. -Vestido atractivo, tacones altos, perfume, pensó Willa, entrecerrando los ojos-. ¿Para quién es el regalo?

-Voy a visitar a Nate. -Tess se volvió para lucir su capa-. Espero que tenga a mano alguna bebida ceremonial.

-Debí imaginarlo -murmuró Willa-. Te romperás el cuello caminando hasta el jeep sobre el hielo con esos tacones altos.

-Tengo un excelente equilibrio. -Con un saludo descuidado de la mano, Tess salió-. No me esperes levantada, hermanita.

-Sí. Feliz equilibrio -repitió Willa mientras observaba a Tess acercarse graciosamente al jeep-. Espero que Nate también tenga buen equilibrio.

Se volvió, se encaminó a la sala de estar y se tendió en el sofá. Después de dirigir una larga mirada al alto árbol elaboradamente decorado que se erguía delante de una ventana, enterró la cara en el tapizado de cuero.

Para ella Navidad siempre fue una época desgraciada del año. Su madre murió un mes de diciembre. No lo recordaba, pero lo sabía y era algo que siempre empañaba las fiestas. Dios era testigo de que, con dulces y decorados, regalos tontos y canciones, Bess intentó repararlo. Pero nunca hubo una familia reunida alrededor del piano, ni una familia sentada alrededor del árbol, abriendo regalos durante la mañana de Navidad.

Ella y Adam siempre intercambiaron sus regalos la víspera de Navidad. Después de que el padre de Willa estuviera borracho como una cuba y roncando en su cama.

Siempre había regalos bajo el árbol con su nombre en ellos. Bess se encargaba de eso y durante años los firmó con el nombre de Jack. Pero al cumplir dieciséis años, Willa dejó de abrir esos regalos. Después de todo eran una mentira y luego de un par de intentos infructuosos, Bess abandonó el simulacro.

Las mañanas de Navidad significaban resacas y malos humores y, la única vez que ella tuvo la valentía de protestar, una fuerte bofetada.

Así que hacía mucho tiempo que Willa no esperaba con ansias las fiestas.

Y ahora estaba cansada, ¡tan cansada! El invierno llegó demasiado pronto y con un exceso de brutalidad. Habían perdido más ganado de lo que esperaban y a Wood le preocupaba que no hubieran sembrado bastante pronto el trigo de invierno. El precio del novillo había caído en el mercado... no lo suficiente para dejarse llevar por el pánico, pero sí lo necesario para preocuparse.

Y descubrió que esperaba, día a día, encontrarse con algo o alguien, muerto de nuevo en la puerta de su casa.

«No tengo con quién hablar», pensó. De manera que se guardaba sus preocupaciones. No quería que Lily y Tess estuvieran aterrorizadas cada minuto del día, pero tampoco podía relajarse e ignorar lo que sucedía. Se aseguró de que ella, Adam o Ham las vigilaran a ambas cada vez que salían de la casa.

Y ahora Tess se había ido en un jeep, y Willa no tuvo la energía ni la sabiduría necesaria para detenerla.

Llama a Nate, se dijo. Levántate, llama a Nate y avísale que ella va para allá. El la cuidará. Pero Willa no se movió; era como si no pudiera mover las piernas para sentarse. Para sentarse y hacer frente a ese árbol alegre, lastimosamente alegre, lleno de regalos.

-Si vas a dormir, sería mejor que te acostaras.

Oyó la voz de Ben, se resignó a ello.

-No estoy durmiendo. Solo estoy descansando un rato. Vete.

-No entiendo; cuando vengo no me dices que me vaya. -De modo que se sentó en medio del sofá-. Te estás cansando demasiado, Willa. -Con una mano le volvió la cara que ella mantenía enterrada en el sofá. Al ver las lágrimas que le corrían por las mejillas, dejó caer la mano como si se hubiese quemado-. ¡Estás llorando!

-No, no estoy llorando. -Humillada, volvió a hundir la cara en el cuero del sillón-. Estoy cansada, eso es todo. Pero la voz se le quebró y la llenó de vergüenza-. ¡Déjame sola! ¡Déjame sola! Estoy cansada.

-Ven aquí, querida. -Aunque tenía poca experiencia con mujeres llorosas, supuso que sería capaz de manejar la situación. La alzó con la facilidad con que habría alzado a una criatura, la colocó sobre sus rodillas y la acunó-. ¿Qué te pasa?

-Nada. Es solo que... Todo -consiguió contestar Willa, dejando caer la cabeza sobre el hombro de Ben-. No sé qué me pasa. Pero no estoy llorando.

-Está bien. -Decidió que a los dos les convenía simular que no lloraba, de manera que solo la abrazó con más fuerza-. De todos modos, permanezcamos un rato aquí sentados. Es muy cómodo abrazarte, considerando que eres una mujer tan huesuda.

-Odio la Navidad.

-No, no la odias. -Le besó la cabeza-. Solo estás extenuada. ¿Sabes lo que deberías hacer, Will? Tú y tus hermanas deberíais tomaros unos días de vacaciones e ir a uno de esos elegantes centros de aguas termales. Dejar que te mimen y tomar baños de barro.

Willa lanzó un bufido, pero se sintió mejor.

-¡Sí, claro! Las chicas y yo cubiertas de barro e intercambiando chismes. Ese es justo mi estilo.

-Mejor todavía, podrías ir conmigo. Cogeríamos una habitación que tuviera una de esas enormes bañeras llenas de burbujas y una cama en forma de corazón con un espejo en el cielo raso. Así podrías ver lo que sucediera mientras hiciéramos el amor. De esa manera aprenderías más rápido.

La propuesta tenía cierto atractivo decadente, pero ella se encogió de hombros.

-No tengo ninguna prisa.

-Pero yo estoy empezando a tener prisa -murmuró Ben y luego le echó la cabeza hacia atrás-. Hace rato que no hacemos esto. -Y apoyó su boca contra la de ella.

Willa no simuló resistirse ni protestar, sobre todo considerando que era exactamente lo que le hacía falta. La calidez, la mano segura, la boca hábil. Así que en lugar de resistirse pasó los brazos alrededor del cuello de Ben, se volvió hacia él y dejó que se borrarán todas sus dudas, sus preocupaciones y sus malos recuerdos.

Allí encontraba consuelo y, aparte de todo lo demás, Ben era una persona dispuesta a escucharla y que tal vez hasta le tuviera un poco de afecto. Se hundió en eso, en esa necesidad que era tan fuerte como el deseo que Ben despenaba en ella.

Él sintió que la necesidad que con tanto cuidado sofrenaba, vencía todas sus resistencias. La inesperada dulzura de Willa, su sorprendente y excitante docilidad, esos pequeños ardores que hablaban de pasión y que se ocultaban tras su inocencia.

La combinación estuvo a punto de romper todos sus frenos.

De manera que fue él quien se echó atrás, ella la que protestó. Luchando por atemperar sus instintos a fuerza de sentido común, Ben la volvió a cambiar de posición y apoyó nuevamente la cabeza de Willa sobre su hombro.

-Te propongo que nos quedemos un rato simplemente aquí sentados.

Ella sintió que, bajo su mano, el corazón de Ben latía desordenadamente. Sintió que los latidos de su propio corazón le resonaban dentro de la cabeza.

-Siempre me agitas y me perturbas. No sé por qué eres siempre tú el que me perturba, Ben. No me lo puedo explicar.

-Bueno, ahora me siento mucho mejor. -Ben lanzó un suspiro y luego apoyó la cabeza contra la de ella-. Esto no es tan desagradable.

-No, supongo que no.

Así que se sentó en la falda de Ben mientras sus inquietudes se calmaban. Observó el reflejo de las luces del árbol, y la nieve que caía, apenas un susurro de blancura que se veía sobre la ventana.

-Tess fue a casa de Nate -dijo por fin.

Ben percibió su tono y ya la conocía bastante bien como para interpretarlo.

-¿Y eso te preocupa?

-Supongo que Nate sabrá apañarse. -Hizo un movimiento inquieto, luego se dio por vencida y se permitió cerrar los ojos.

-¿Te preocupa Tess?

-Tal vez. Un poco. Sí. Hace semanas que no sucede nada, pero... -Exhaló una bocanada de aire-. No la puedo vigilar todos los instantes del día y de la noche.

-No, no puedes.

-Ella cree saberlo todo. La Señorita de la Gran Ciudad con sus cursos de defensa personal y su ropa extravagante. ¡Mierda! Aquí está tan perdida como un ratón en un cuarto lleno de gatas hambrientas. ¿Y si se le estropea el jeep o se sale del camino? -Respiró hondo antes de decir lo que más la preocupaba-. ¿Y si el que mató a Pickles todavía anda por aquí, al acecho?

-Como bien dijiste, hace semanas que no ha sucedido nada. Lo más probable es que ese individuo se haya ido hace tiempo.

-Si eso es lo que crees, ¿por qué vienes casi todos los días y utilizas las excusas más tontas para pasar por aquí?

-No son tan tontas -contestó él y enseguida se encogió de hombros-. Estás tú. -No se molestó en fruncir el entrecejo cuando la oyó bufar-. Estás tú -repitió-. Y está el rancho. Y, sí, pienso en el asunto. -Le volvió a levantar la cabeza y la besó con rapidez y con fuerza-. Te diré lo que haremos; pasaré por casa de Nate para ver si Tess llegó bien.

-Nadie te pide que te hagas cargo de mis problemas.

-No, nadie me lo pide. -La levantó, la sentó a su lado y luego se puso de pie-. Tal vez llegue el día en que me pidas algo, Willa. Es posible que te desmorones y me pidas ayuda. Mientras tanto, haré las cosas a mi manera. Ve a acostarte -ordenó-. Te hace falta una noche decente de sueño. Yo me encargaré de tu hermana.

Ella lo miró salir frunciendo el entrecejo y se preguntó qué sería lo que él esperaba que le pidiera.

Tess llegó a casa de Nate. Consideró que era una espléndida aventura eso de conducir bajo una leve nevada en la profunda oscuridad del campo. Tenía la radio encendida a todo volumen, y milagrosamente, encontró una emisora que emitía rock. Cantó a gritos junto con Rod Stewart mientras se acercaba a las luces del rancho de Nate.

Prolijo como un cuadro de Currier y Eves, decidió. El camino de entrada limpio de nieve y apenas cubierto por los últimos copos caídos, los edificios cercanos a la casa principal, los rectángulos de cercos y la creciente sombra de los árboles.

Los faros debieron despertar a los caballos, porque tres de ellos salieron trotando de las caballerizas y se detuvieron a mirarla pasar desde el corral.

Ellos también son bonitos como un cuadro, pensó Tess, con sus colas al viento y sus cascos movedizos. Uno de ellos se acercó tanto al alambrado que redujo la velocidad para poder estudiarlo mejor.

Siguió avanzando, tomó la curva suave del camino que conducía a la casa principal. La casa también era bonita. Poco pretenciosa, decidió Tess, una casa de

dos pisos, con un porche generoso, persianas blancas contra madera oscura, dos chimeneas de las que se elevaba humo hacia el cielo. Sencilla, pensó, sin pretensiones. Igual que el hombre que allí vivía.

Sonreía cuando tomó la cartera, el paquete del regalo, y bajó del jeep. Y apenas consiguió contener un grito al ver el gato montés.

Retrocedió tres pasos y chocó con fuerza contra el jeep. Los ojos del gato estaban clavados en los de ella. Estaba muerto, frío como la piedra y colgado sobre el poste. Pero le hizo pasar un muy mal momento.

Los colmillos y las uñas eran afilados y letales y le indicaron con exactitud lo que podía sucederle a una mujer lo suficientemente descuidada como para toparse con uno de esos animales vivos. No estaba mutilado y la falta de sangre la tranquilizó. «Simplemente cuelga del poste, como si fuera una alfombra», pensó Tess, sorprendida. Enseguida se estremeció y alejándose todo lo posible del animal, subió los escalones que conducían a la entrada de la casa.

¿Qué clase de gente es capaz de colgar el cuerpo de un gato montés muerto cerca de la fachada de la casa?, se preguntó. Con una risa nerviosa, miró el regalo que llevaba en la mano. ¿Y después esa misma persona leía poesías de Keats?

¡Dios, qué territorio!

En el momento en que levantaba la mano para llamar, la puerta se abrió. En el estado de ánimo en que se encontraba, Tess se alegró de haberse solo sobresaltado, consiguiendo sofocar un grito de miedo.

Una mujer morena, de baja estatura, la estudió con aire solemne. Era casi tan ancha como alta, y estaba envuelta en un abrigo negro y en una serie de bufandas. Tenía el pelo negro metido dentro de otra bufanda, pero Tess alcanzó a notar que estaba salpicado de canas.

-Señorita -dijo, con su cálida voz-. ¿En qué puedo serle útil?

La atractiva voz que surgía de esa cara pequeña y arrugada fascinó a Tess, quien de inmediato decidió utilizarla en un personaje de sus guiones. Su sonrisa fue más amplia y brillante.

-¡Hola! Soy Tess Mercy.

-Sí, señorita Mercy. -Ante el apellido Mercy, la mujer retrocedió y abrió por completo la puerta como invitándola a pasar.

-Me gustaría ver al señor Nate. Si no está ocupado.

-Está en su despacho. Allí en el extremo del vestíbulo. La acompañaré.

-Usted iba a salir. -Y Tess no quería que nadie anunciara su llegada-. Yo misma encontraré el despacho, ¿señora...?

-Cruz. -Parpadeó un instante al ver que Tess le ofrecía su mano, luego la tomó y la estrechó con fuerza-. El señor Nate se alegrará de verla.

«¿Se alegrará?», pensó Tess, pero continuó sonriendo.

-Le he traído un regalito -explicó, señalando el paquete envuelto en papel de brillantes colores-. Una sorpresa.

-Es usted muy generosa. Es la tercera puerta a la izquierda. -La leve sonrisa de la mujer le indicó a Tess que el pretexto de su visita era demasiado obvio. Por lo menos para otra mujer-. Buenas noches, señorita Mercy.

-Buenas noches, señora Cruz.

Y Tess rió para sus adentros cuando la puerta se cerró tras ella y quedó sola en el silencioso vestíbulo.

Alegres alfombras de dibujos geométricos sobre suelos de madera oscura, excelentes dibujos a pluma sobre paredes de color marfil. Hermosos arreglos de

flores secas en jarrones de bronce... Ese debe ser el toque de la señora, se dijo Tess mientras recorría el lugar.

Un fuego crepitaba en la chimenea de piedra de la sala de estar que tenía una repisa también de piedra sobre la que había candelabros de peltre y una colección de extraños pisapapeles. Los muebles eran amplios y muy masculinos, con almohadones profundos. Colores oscuros para que contrastaran con paredes claras y alfombras brillantes.

Una combinación interesante, decidió Tess. Sencilla, masculina y sin embargo agradable a la vista.

Al acercarse a la puerta abierta del despacho escuchó los tonos bajos de un concierto de Mozart.

Y allí estaba él, delgado, atractivo y con aspecto de Jimmy Stewart instalado en una silla de respaldo alto detrás de un gran escritorio de roble. La lámpara del escritorio le iluminaba las manos y él hacía anotaciones sobre un bloc de papel amarillo. Tenía el entrecejo fruncido, la corbata suelta, el pelo, tan rubio y abundante, despeinado. Despeinado de tanto mesarse el cabello, pensó Tess.

«Bueno, bueno -pensó-. El corazón empieza a palpitarme con fuerza.» Divertida, lo observó algunos instantes más, contenta de poder estudiarlo mientras él trabajaba, ignorante de su presencia.

La habitación estaba llena de libros, sobre el escritorio tenía una taza de café y trabajaba con esa hermosa música de fondo.

«Nate -decidió Tess, mientras se alisaba el pelo-, considérate perdido.»

-Buenas tardes abogado Torrence.

Consciente de que estaba admirablemente ubicada en la puerta, sonrió con lentitud cuando él levantó la cabeza sorprendido y de sus ojos desapareció toda preocupación por el trabajo.

-Bueno, ¿qué tal, señorita Mercy? -Se puso tenso al verla allí, con un toque de nieve sobre el pelo y la capa. La tensión aumentó cuando vio la secreta sonrisa femenina de sus labios, pero se reclinó contra el respaldo de la silla, como un hombre perfectamente cómodo y tranquilo-. ¡Esta sí que es una agradable sorpresa!

-Eso espero. Y también espero no estar interrumpiendo algo de vital importancia.

-Nada de vital importancia. -Las anotaciones que estaba haciendo se le habían borrado por completo de la mente.

-La señora Cruz me abrió. -Empezó a acercarse al escritorio pensando en el puma. Arrancaría una página del libro de los felinos y jugaría con su víctima antes de prepararse para la caza-. Tu ama de llaves.

-Mi ama de llaves. -Estaba confundido. ¿Qué debía hacer? ¿Ponerse de pie, ofrecerle una copa o permanecer donde estaba? ¿Por qué diablos lo estaría mirando como si ya se relamiera con lo que quedaba de sus despojos?. María y Miguel, su marido, mantienen este rancho en movimiento. ¿Esta es una visita social, Tess, o andas en busca de un abogado?

-Social por el momento. Solo social. -Se quitó la capa y notó que Nate parpadeaba. Sí, decidió, no cabe duda de que este vestido es un éxito total-. Si quieres que te sea franca, me hacía falta salir de esa casa. -Dejó la capa sobre el respaldo de un sillón, luego apoyó una cadera sobre el borde del escritorio, permitiendo que la falda se le levantara hasta el muslo-.! Sufrí una especie de sensación de encierro.

-Suele suceder. -No había olvidado las piernas de Tess, pero hacía tiempo que solo las veía enfundadas en vaqueros o en gruesos pantalones de lana. Y así, a la vista, bien por encima de las rodillas, le secaban la boca-. ¿Puedo ofrecerte una copa?

-Sería maravilloso. -Cruzó las piernas con lentitud-. ¿Qué tienes en el bar?

-Esto... -No lo recordaba y se sintió como un verdadero tonto.

«Esto va cada vez mejor», pensó Tess, mientras se deslizaba del escritorio al suelo.

-¿Quieres que yo misma lo constate? -Se encaminó hacia los botellones que estaban sobre una mesa en el otro extremo del cuarto y se decidió por un vermut-. ¿Me acompañas?

-¡Por supuesto! Gracias. -Hizo a un lado la taza de café. No cabía duda de que la cafeína no lo ayudaría a superar ese momento-. Hace un par de días que no he podido ir a Mercy. ¿Cómo andan las cosas?

-Tranquilas. -Sirvió dos vasos y los llevó al escritorio. Después de acercarle uno a Nate, volvió a sentarse sobre el borde del escritorio, esta vez a su lado-. Aunque festivas. -Se inclinó apenas y entrechocó su vaso con el de él-. Feliz Navidad. En realidad... -bebió un pequeño sorbo de vermut- ese es uno de los motivos por los que pasé por aquí. -Cogió el paquete que había dejado sobre el escritorio-. ¡Feliz Navidad, Nate!

-¿Me has traído un regalo? -Miró el paquete con los ojos entrecerrados, como esperando que se tratara de una broma.

-Solo un tontería. Has sido un buen amigo y consejero. -Sonrió-. ¿Lo vas a abrir ahora o prefieres esperar hasta la mañana de Navidad? -Se tocó el labio superior con la punta de la lengua y toda la sangre de Nate se le fue de la cabeza a la entrepierna-. Si quieres, puedo volver.

-Yo me muero por los regalos -explicó Nate, mientras abría presuroso el paquete. Al ver el libro, sintió a la vez un poco de vergüenza y una suave emoción-. También soy un tonto cuando se trata de Keats -murmuró.

-Es lo que me dijeron. Pensé que mientras lo leías, tal vez te acordaras de mí.

Él alzó la vista para mirarla.

-Pienso en ti sin necesidad de incentivos.

-¿En serio? -Se le acercó más y se inclinó para poder tomar la corbata que llevaba floja alrededor del cuello-. ¿Y qué piensas?

-En este momento, que estás tratando de seducirme.

-Veo que eres muy rápido, muy inteligente. -Le pegó un tirón a la corbata y la boca de Nate se apoyó sobre la suya.

Igual que la casa, igual que el hombre en sí, su hambre era sencilla y sin pretensiones. Nate cerró las manos sobre los pechos de Tess, percibiendo su peso y su calidez.

Y cuando ella se movió para sentarse a horcajadas, Nate le cogió las nalgas con las manos.

Antes de que él tuviera tiempo de respirar, ella ya había apartado la corbata y empezaba a desabrocharle la camisa.

-Si hubiera tenido que soportar otra semana sin que me acariciaras, creo que habría gritado. -Le mordió el cuello-. Prefiero gritar en esta postura.

Nate todavía no había tenido tiempo de respirar, pero no cabía duda de que sus manos estaban muy ocupadas, levantando esa falda corta y apretada por encima de las caderas de Tess y encontrando la delicia de la carne firme cubierta por medias de seda.

-No podemos... aquí. -Volvió a dedicarse a sus pechos, sin poder decidir qué era lo que necesitaba acariciar primero-. Arriba -consiguió balbucear mientras la besaba con apasionamiento-. Te llevaré arriba.

-Aquí. -Echó atrás la cabeza y los labios de Nate le recorrieron el cuello. Tenía una boca maravillosa. Era lo que ella suponía-. Aquí y ahora. -Ya a punto de explotar, le tiró del cinturón-. Apresúrate. La primera vez, rápido. Después ya nos ocuparemos de los refinamientos.

En eso ella también estaba de acuerdo. Duro como el acero, dolorido, desesperado. Luchó con la cremallera de la falda mientras ella luchaba con la de sus pantalones.

-No me he puesto ninguna... ¡Oh, Dios! ¡Qué maravillosa eres!

Le bajó el vestido lo necesario para toparse con esos hermosos pechos llenos que caían sobre un corpiño negro de encaje. Le arrancó el corpiño con los dientes y luego se dedicó a ella.

Fue un impacto. Cuando esa boca que se ocupaba de su cuerpo la hizo caer de las alturas sin ninguna red que detuviera su caída, se le estremeció el cuerpo, la mente le giró como enloquecida.

-¡Dios! ¡Oh, Dios mío! -Dejó caer la cabeza hacia atrás y absorbió ese primer orgasmo delicioso-. Más. Ahora.

Acababa de explotar encima de él, de una manera salvaje y fabulosa y lo obnubilaba por completo. Con las manos llenas de Tess, Nate apoyó los labios sobre los de ella y trató de pensar.

-Debemos subir, Tess. Por lo general yo no me dedico al sexo en mi escritorio. No estoy preparado para eso.

-Está bien. -Apoyó la frente contra la de Nate y respiró hondo tres veces. Estaba temblorosa como una colegiala. Pero yo sí lo estoy.

Echó un brazo hacia atrás y arrojó al piso las cosas apoyadas sobre el escritorio, mientras él aprovechaba la posición para chuparle un pecho. Tess oyó su propia respiración jadeante, hubiera podido jurar que se ponía bizca mientras estiraba la mano hacia atrás para tomar su bolso. Lo abrió, lo tiró a un costado y de su interior surgió una serie de preservativos.

Nate parpadeó. Un cálculo rápido le indicó que debían ser por lo menos una docena. De manera que se aclaró la garganta.

-No sé si asustarme o sentirme halagado.

Le hizo gracia. Sentada allí, medio desnuda, excitada como el demonio, no pudo menos que lanzar una carcajada ronca.

-Considéralo un desafío.

-Buena respuesta. -Pero cuando Nate estiró la mano para tomarlos, ella los puso fuera de su alcance.

-¡Ah, no! Permíteme.

Con la mirada clavada en los ojos de él, extrajo un preservativo. La música de Mozart seguía resonando cuando le quitó los pantalones, lanzó una exclamación felina de expectativa y con lentitud, con una lentitud torturante, protegió a ambos.

Nate tenía los pulmones obstruidos, los dedos clavados en los brazos del sillón. Los movimientos de Tess con las manos eran inteligentes, delicados como una rosa. Y de repente Nate tuvo miedo de desgraciarse como un adolescente virgen.

-¡Maldita sea! ¡Qué hábil eres!

Ella sonrió y cambió de posición.

-No he hecho más que pensar en esto desde que te vi por primera vez.

Nate le tomó las caderas en cuanto ella se alzó por encima de él y la mantuvo allí mientras ambos se estremecían.

-¿Sí? Bueno entonces hemos sido dos.

Ella le apoyó las manos sobre los hombros y hundió los dedos en su carne.

-Entonces, ¿para qué esperar tanto tiempo?

-¡Maldito silo sé!

Con lentitud, clavó los ojos en los de ella, la bajó, la penetró, la llenó. Ella se estremeció una vez, lanzó un largo gemido ronco y no movió un solo músculo. Cerró los ojos. Luego los abrió.

-Sí -dijo, y volvió a sonreír.

-Sí.

Mantuvo las manos sobre las caderas de Tess, mientras ella lo montaba, con dureza, con rapidez y bien.

Más tarde, cuando quedó flácida en sus brazos, Nate consiguió alcanzar el teléfono. Ella se quejó apenas cuando él se movió para marcar un número.

-¿Will? Soy Nate. Tess está aquí... Sí, se quedará a pasar la noche en casa. - Volvió la cabeza, le mordisqueó el hombro desnudo y se dio cuenta de que todavía no le había sacado el vestido por completo. Ya habrá tiempo más que suficiente para eso, pensó, y escuchó lo que decía Willa-. No, está muy bien. Es una maravilla. Volverá por la mañana. Adiós.

-Eso fue muy considerado de tu parte -murmuró Tess.

En algún momento le había arrancado varios botones de la camisa y en ese instante disfrutaba del contacto de la piel desnuda del pecho de Nate bajo sus dedos perezosos.

-Ella se habría preocupado. -Consiguió subir el vestido arrugado más arriba de la cintura y se lo sacó por la cabeza. En ese momento solo lucía un par de medias, atractivos tacones altos y una sonrisa satisfecha-. ¿Cómo te sientes?

-Maravillosamente bien. -Se echó atrás el pelo y entrelazó las manos detrás de la cabeza de Nate-. ¿Y tú?

El le deslizó las manos bajo las nalgas para levantarla mientras él mismo se ponía de pie.

-Afortunado -contestó, y volvió a acostarla sobre el escritorio. Demoró un instante en arrojar al suelo el bloc que todavía quedaba junto a la cabeza de Tess-. Y dispuesto a ser aún más afortunado.

Sorprendida, interesada, ella sonrió.

-¡Bueno, bueno! ¿Ya empezamos el segundo asalto?

-Agárrate a mí, querida. -Le pasó las manos por todo el cuerpo, fascinado al ver que ella temblaba-. Y aférrate con fuerza.

Tess no tardó mucho en tomar en serio su advertencia.

La víspera de Año Nuevo subió la temperatura. Uno de los cambios increíbles de tiempo provocados por El Niño, que solo podía tener sentido para Dios, les trajo un cielo azul brillante, sol y aire cálido. Pese a que significaría barro y suciedad, además de hielo cuando volviera a soplar el viento, era un momento que había que disfrutar.

Willa recorrió alambrados vistiendo una chaqueta liviana de tela vaquera y silbaba mientras reparaba los daños. Los picos de las montañas estaban cubiertos de nieve y también sus pliegues y hondonadas. En las praderas, el viento cálido del oeste había dejado al descubierto trozos de tierra y de pasto a través de la nieve, mientras los montones de nieve apilada a ambos costados de los caminos del rancho todavía eran más altos que los vehículos que por ellos transitaban. Pero los álamos, ya sin su borde de armiño, se alzaban desnudos y negros por el agua, mientras los pinos crecían de un verde profundo.

Willa pensó que la sencilla felicidad de Lily era lo que estaba influenciando su estado de ánimo. La felicidad navideña de su hermana era todavía fuerte y resultaba irresistible.

«Qué otro motivo -pensó Willa-, me habría llevado a aceptar el vacilante pedido de Lily de que ofreciéramos una fiesta de vísperas de Año Nuevo?» Recibir tanta gente en la casa, tener que vestirse de fiesta, mantener conversaciones. Con todas las preocupaciones que ya tenía, sería una verdadera tortura.

Pero no tuvo más remedio que confesarse que le alegraba haber aceptado la propuesta. Lily, Bess y Nell vivían en la cocina preparando la fiesta. La casa estaba impecable, cepillada, lustrada y tan brillante que cegaba, y Willa tenía la orden de estar bañada y vestida a las ocho de la noche en punto. Y comprendió que lo haría, por Lily.

A lo largo de esos meses, en algún momento se había encariñado, casi enamorado de esa desconocida que era su hermana.

¿Quién puede resistirse a quererla?, se preguntó mientras montaba a *Moon* y seguía su camino. Lily era dulce, buena y paciente. Y vulnerable. Por más que Willa hizo lo imposible por mantener distancia entre ellas, cada vez estaban más unidas, hasta el punto de que ya no podía imaginar a Mercy sin Lily.

A Lily le gustaba juntar ramitas, que metía en viejas botellas. y; de alguna manera conseguía que quedaran alegres y encantadoras. Buscaba viejos recipientes en los armarios, los llenaba de frutas o adornaba canastos con piñas. Sacaba plantas del invernadero y las distribuía por toda la casa.

Al ver que nadie se quejaba, fue más allá. Buscó candelabros en los armarios, compró velas perfumadas que encendía por la tarde, logrando que la casa tuviera olor a vainilla, limón o solo Dios sabía a qué otra cosa.

Pero era agradable. Willa supo qué significaba convertir la casa en un hogar.

Y cualquiera que tuviera ojos se daba cuenta de que Adam estaba enamorado de ella. Un poco atemorizado por lo vulnerable que era Lily, pero de todos modos enamorado en silencio de ella. Con tiempo y con cuidado, ese amor florecerá, pensó Willa. Dudaba que Lily se diera cuenta de lo profundos que eran los sentimientos de

Adam hacia ella. Desde su punto de vista, Lily solo suponía que Adam la trataba con bondad.

Desmontó para reparar otro tramo de alambrado roto.

Después estaba Tess. Willa no podía decir que la señorita Hollywood la fascinara, pero tal vez le molestara menos que antes. Para empezar, Tess se mantenía fuera de su camino, se encerraba varias horas al día para escribir o hablar por teléfono con su representante. Cumplía con los trabajos que se le asignaban. No con alegría y, con frecuencia no demasiado bien, pero cumplía con ellos.

Willa tenía plena consciencia de lo que sucedía entre Tess y Nate. Solo que prefería no pensar en el asunto. «Eso nunca llegará a nada -decidió-. Cuando termine el plazo durante el que el testamento las obliga a permanecer en el rancho, Tess volará a Los Ángeles y jamás volverá a pensar en Nate.»

Lo único que esperaba era que Nate estuviera preparado para vivir ese momento.

«Y qué me dices de ti, Will?», se preguntó. Se apoyó contra un poste, miró las montañas y deseó poder montar a *Moon* y trepar y trepar y trepar hasta perderse en la nieve, los árboles y el cielo. En el silencio que allí reinaba. En esa paz. En la música del agua que saltaba de roca en roca y se abría camino por entre el hielo, en el sonido del viento entre los pinos, y en ese perfume glorioso que era la respiración de la tierra.

No tener responsabilidades, aunque fuese por un día. Ningún peón a quien dar órdenes, ningún alambrado que reparar, ni ganado que alimentar. Solo un día dedicado a no hacer nada más que mirar el cielo y soñar.

¿Soñar en qué?, se preguntó, meneando la cabeza. Con todo el amor y los deseos y el sexo que la rodeaban, ¿soñaría con eso? ¿Se permitiría tener una pequeña fantasía acerca de lo que sería dejar que Ben le enseñara lo que un hombre podía hacerle a una mujer? ¿Y lo que podía hacer por una mujer?

¿O soñaría con sangre y con muerte, con fracaso y con sensaciones de culpa? ¿Montaría rumbo a esas montañas y encontraría algo o a alguien más, asesinado porque ella decidió bajar la guardia?

No podía correr el riesgo.

Se volvió hacia *Moon*, apoyó una mano sobre la culata del rifle, lanzó un suspiro y montó.

Vio el jinete y deseó que fuese Ben que galopaba hacia ella, con *Charlie* corriendo a su lado. Y se avergonzó al comprender que, aunque fuera por un instante, la desilusionó comprobar que el que se le acercó fue Adam.

¡Qué espléndido es!, pensó. ¡Y qué firme!

-Hace tiempo que no te veo montando a caballo solo -le gritó.

Adam sonrió y frenó al caballo.

-¡Dios, qué día! -Respiró hondo y levantó la cara hacia el cielo-. Lily está ocupada con la fiesta y hasta ha conseguido embarcar a Tess en el asunto.

-De manera que tuviste que conformarte conmigo. -Lo miró y rió al ver la expresión sorprendida y culpable de su hermano-. Es una broma, Adam. Y aunque sé que hacerlo no te resultó un sacrificio, te agradezco que las cuides.

-Lily se ha olvidado del asunto. De todo. -Hizo girar a su caballo para avanzar junto a Willa-. Supongo que fue así como se las arregló con su matrimonio. No sé si es una actitud saludable, pero por lo visto le da paz.

-Es feliz aquí. Tú la haces feliz.

Adam comprendió que era natural que Willa conociera sus más íntimos sentimientos. Siempre lo hacía.

-Todavía le hace falta tiempo para poder sentirse completamente a salvo. Para confiar en que yo pueda quererla y no hierla a causa de eso.

-¿Te ha dicho algo acerca de su ex marido?

-A veces hace algunos pequeños comentarios. -Adam se encogió de hombros, inquieto. Quería más, lo quería todo. Y le resultaba difícil esperar-. Cuando lo conoció ella era maestra y se casaron muy pronto. Fue un error. No me ha contado casi nada más que eso. Pero por dentro, todavía tiene miedo. Si yo me muevo con demasiada rapidez, si me vuelvo de una manera abrupta, se sobresalta. Me destroza el corazón.

¡Por supuesto que se lo destroza!, pensó Willa. Los heridos siempre destrozaban el corazón de Adam.

-En el corto tiempo que ha pasado aquí, la he visto cambiar. Más bien debería decir en el poco tiempo que ha estado contigo. Sonríe más. Habla más.

Adam inclinó la cabeza.

-Veo que le has tomado cariño.

-Sí.

El sonrió.

-¿Y a la otra? ¿A Tess?

-Cariño no es la palabra que usaría en el caso de Tess -contestó ella con sequedad-. Creo que la palabra indicada es más bien tolerancia.

-Es una mujer fuerte, inteligente, concreta. Más parecida a ti que a Lily.

-¡Por favor! No me insultes.

-Es así. Hace frente a las cosas, las situaciones, logra que salgan como ella quiere. No tiene tu sentido del deber y tal vez su corazón sea más duro, pero no cabe duda de que tiene el concepto del deber y del corazón. A mí me gusta mucho.

Willa se volvió a mirarlo, con el entrecejo fruncido.

-¿Lo dices en serio?

-Sí. Cuando le estaba enseñando a montar, se cayó varias veces. Enseguida se levantaba, se quitaba el polvo de los vaqueros y volvía a montar. -La miró al rostro y recordó que eso era el espejo de lo que hacía Willa cuando luchaba por vencer un problema-. Es algo que exige coraje y decisión. Y orgullo. Hace reír a Lily. Me hace reír a mí. Y te diré algo que ella no sabe.

-¿Secretos? -Sonriente, Willa acercó su yegua al caballo de Adam y bajó la voz, aunque no hubiera nadie en kilómetros de distancia. El sol caía sobre los picos del oeste, suavizando la luz-. Dímelo todo.

-La han conquistado los caballos. No lo sabe o tal vez no esté preparada para admitirlo, pero yo lo veo. Por la forma en que los acaricia, les habla, les da azúcar a escondidas cuando cree que yo no la veo.

Willa frunció los labios.

-Muy pronto empezarán a nacer los potrillos. Veremos hasta qué punto le gustan los partos.

-Creo que lo hará bien. Y Además, te admira.

-¡Mentira!

-Tú no estás preparada para darte cuenta de eso, pero yo sí. -Entrecerró los ojos y calculó la distancia que faltaba para llegar a la casa-. Te echo una carrera hasta el granero.

-Trato hecho. -Espoleó a *Moon* y ambos volvieron en una loca carrera.

Entró en la casa con las mejillas coloreadas y con brillo en los ojos. Nadie vencía a Adam a caballo, pero ella estuvo cerca de lograrlo. Muy cerca... y eso le levantó el ánimo..., que volvió a decaer enseguida cuando Tess bajó la escalera.

-Allí estás. ¡Arriba, Annie Oakley! Es casi la hora de la fiesta y tu perfume a agua de sudor no es el que corresponde esta noche.

-Todavía tengo dos horas.

-Que posiblemente sea un tiempo apenas suficiente para transformarte en algo remotamente parecido a una mujer. Ve a darte una ducha.

Era exactamente lo que pensaba hacer, pero surgió su espíritu de contradicción.

-Tengo que trabajar en unos papeles.

-¡Ah, no, hoy no puedes! -exclamó Lily a sus espaldas-. Ya son las seis.

-¿Y qué? No viene nadie a quien deba impresionar.

-Tampoco viene nadie a quien debas ofender.

Tess lanzó un suspiro, la tomó del brazo y la empujó escalera arriba.

-¡Epa!

-Ven Lily. Para esto haremos falta las dos.

Lily se mordió los labios pero tomó el otro brazo de Willa.

-Será tan agradable ver gente! Has estado trabajando demasiado. Tess y yo queremos que te diviertas.

-Entonces quitadme las manos de encima! -Se liberó con facilidad de Lily, pero Tess la aferró con fuerza y la condujo al dormitorio-. Si dentro de cinco segundos no me has soltado te tiraré al suelo... -Se interrumpió, mirando fijo el vestido tendido sobre su cama-. ¿Qué mierda es eso?

-Revisé tu armario y no encontré nada remotamente parecido a un vestido de fiesta...

-¡Un momento! -Esta vez Willa logró liberarse y se volvió-. ¿Revisaste mi ropa?

-No vi nada allí dentro que puedas querer ocultar, en realidad en un primer momento creí que era el armario de los deshechos, pero Bess me aseguró que, sin lugar a dudas, era tu ropero.

Aunque los nervios le humedecían las palmas de las manos, Lily se interpuso entre ellas.

-Arreglamos un vestido de Tess para que te lo pongas.

-¿Un vestido de Tess? -preguntó Willa mirando con desprecio a su media hermana-. Para que me quedara bien tendrían que haber tirado la mitad del género.

-Es bastante cierto -replicó Tess-. Y todo en el busto. Pero resulta que Bess es una excelente costurera. Hasta es posible que a pesar de tus piernas que parecen palillos y de tu pecho plano, con ese vestido quedes extrañamente atractiva.

-Tess. -Lily siseó la palabra y apartó a su hermana mayor-. ¿No te parece que el color es una preciosidad? ¡Te quedan tan bien los tonos pastel! Y este parece hecho para ti. Tess fue muy generosa al permitir que lo arreglaran para que te quedara bien.

-En realidad, debo confesar que nunca me gustó -dijo Tess distraídamente-. Uno de esos pequeños errores que uno comete con la moda.

Lily cerró los ojos y rezó para que reinara la paz.

-Ya sé que te estoy dando mucho trabajo con esta fiesta, Will. Te agradezco muchísimo que me hayas permitido planearla e invadir toda la casa durante los últimos días. Ya sé que para ti es un inconveniente.

Vencida, Willa se pasó una mano por el pelo.

-No sé cuál de las dos es más hábil para tratarme, pero ¡al diablo con todo! Os pido por favor que me dejéis sola. Soy capaz de ducharme y ponerme un vestido por mis propios medios.

Tess aceptó la victoria, tomó la mano de Lily y la empujó hacia la puerta.

-Lávate el pelo, campeona.

-¡Vete a la mierda! -exclamó Willa cerrando la puerta tras ellas de un puntapié.

Se sentía una tonta. Una tonta que, antes de que terminara la velada, sin duda se le congelaría el trasero en esa excusa de vestido. De pie frente al espejo, Willa se tironeó el dobladillo. Ese pequeño movimiento bajó el vestido casi dos centímetros mientras el escote profundo descendía peligrosamente hacia su ombligo.

«Tetas o culo -pensó, mientras se rascaba la cabeza-. ¿Qué me interesa más tapar?»

Por lo menos el vestido tenía mangas, lo cual ya era algo. Pero comenzaban en la mitad del hombro y no existía manera de acercarlas un poco más al cuello. El vestido estaba hecho de un material suave y delgado que se adhería al cuerpo como una segunda piel.

A regañadientes, se puso los zapatos de tacones altos y aprendió algunos conceptos sobre física. En la medida en que ella quedaba más alta, también se acortaba el vuelo del vestido.

-¡Oh, maldición! -Se acercó al espejo y decidió que tal vez le convendría jugarse el todo por el todo y usar sus cosméticos. Después de todo, era la víspera de Año Nuevo.

Y el vestido, lo que había de vestido, era de un bonito color. Azul eléctrico, supuso. Tal vez ella no tuviera mucho busto, a pesar de los esfuerzos por ocultarlo de ese escote en y, pero sus hombros no estaban mal. Y vaya sí sus piernas parecían palillos. Eran largas, por supuesto, pero musculosas y las medias de tono oscuro que acababa de ponerse ocultaban las dos nuevas heridas que descubrió al ducharse.

Se negó a hacerse cosas raras con el pelo. De todos modos no era hábil para los rulos ni los peinados de estilo complicado, de manera que lo dejó caer lacio sobre la espalda. Y por lo menos el pelo le mantendría un poco tibia la piel de la espalda que el vestido dejaba al descubierto.

Recordó los pendientes solo porque eran un regalo de Navidad de Adam, así que se puso las bonitas estrellas colgantes en el lóbulo de las orejas.

A partir de ese momento, si lograba mantenerse de pie durante toda la velada, ya que con ese vestido sentarse era imposible, tuvo la sensación de que no haría un papelón.

-¡Oh, estás maravillosa! -fue lo primero que dijo Lily al verla bajar la escalera-. Sencillamente maravillosa -repitió mientras se deslizaba hasta el rellano vistiendo algo blanco y flotante-. Ven a verla, Tess. Willa está fabulosa.

Por todo comentario Tess lanzó un gruñido mientras salía de su dormitorio vestida de negro, lo cual le confería un aspecto peligroso.

-No estás tan mal -decidió, secretamente fascinada, mientras se ponía su collar de perlas y caminaba alrededor de Willa-. Con un poco de maquillaje harás un buen papel.

-Ya me he maquillado.

-¡Dios! ¡La mujer tiene los ojos de una diosa y no los sabe usar! Ven.

-No pienso volver a subir para cubrirme la cara con emplastos -protestó Willa mientras Tess la volvía a arrastrar escalera arriba.

-Querida, con lo que me cuesta, te aseguro que es maquillaje de la mejor clase. Quédate aquí por si llega alguien, Lily.

-Está bien, pero no tardéis demasiado. -Y las miró sonriente y con el rostro arrebolado de orgullo por sus hermanas.

«Me encantaría que ellas se dieran cuenta de lo divertido que resulta verlas juntas», pensó. Peleando, tal como imaginaba que debían pelear las hermanas. Y ahora compartiendo ropa, maquillajes, vistiéndose para asistir juntas a una fiesta.

¡Agradecía tanto poder formar parte de todo eso! Se dejó llevar por la emoción y giró alegremente sobre sí misma, pero se detuvo en seco al ver a Adam en la puerta.

-No te oí entrar.

-Entré por la puerta de atrás. -Podría haberse quedado mirando durante una eternidad a esa hada morena que flotaba en un vestido blanco-. Estás hermosa, Lily.

-Gracias.

Se sentía casi hermosa. Pero él... él era espléndido, tan perfecto en cada detalle que ella apenas podía creer que fuera realidad. Durante los últimos meses, mil veces tuvo ganas de tocarlo. No solo de tocarle una mano, de rozarle un hombro, sino de tocarlo en serio. Pero, de alguna manera, estaba convencida de que Adam se sentiría ofendido o divertido, y era algo a lo que no se quería arriesgar.

-Me alegra que estés aquí -agregó Lily, hablando con demasiada rapidez-. Tess llevó de nuevo arriba a Willa para hacerle algunos retoques de último momento y en cualquier instante comenzarán a llegar los invitados. Y yo no desempeño bien el papel de dueña de casa. Nunca sé qué decir.

Ella dio un paso atrás en el momento en que él avanzaba. Luego Lily se obligó a detenerse. El corazón le dio un brinco dentro del pecho cuando Adam le pasó los dedos por las mejillas.

-Actuarás perfectamente bien. En cuanto te miren, ellos tampoco sabrán qué decir. Es lo que me pasa a mí.

-Yo... -En ese momento estaba segura de que haría el papel de tonta, con esa necesidad que tenía de arrojarle en sus brazos, y de que él la abrazara. Solo para que la abrazara-. Debería ir a la cocina, a ayudar a Bess.

-Lo tiene todo bajo control. -Adam mantuvo la mirada clavada en la de ella y se movió con lentitud. Le tomó una mano-. ¿Por qué no elegimos un poco de música? Tal vez hasta podríamos bailar una pieza antes de que lleguen los invitados.

-Hace mucho tiempo que no bailo.

-Esta noche bailarás -prometió Adam, y la condujo al gran salón.

Acababan de hacer la selección inicial y de llenar el CD cuando la primera luz se reflejó en las ventanas.

-Prométeme la pieza de medianoche -pidió él, volviendo a entrelazar los dedos de ambos.

-¡Por supuesto! Estoy nerviosa -admitió Lily con una rápida sonrisa-. Quédate cerca de mí, ¿quieres?

-Estaré cerca de ti siempre que me necesites.

En ese momento bajaron Tess y Willa, discutiendo, como era de esperar. Adam lanzó un largo silbido. Tess le guiñó un ojo. Willa frunció el entrecejo.

-Voy a necesitar una copa lo antes posible -dijo Willa con tono sibilante y hablando entre dientes, mientras se acercaba a la puerta para recibir a los primeros invitados.

Una hora después, la casa estaba llena de gente y de voces y de perfumes contrastantes. Por lo visto nadie estaba demasiado cansado para asistir a otra fiesta, ni para beber otra copa de champán ni demasiado tranquilo para no discutir sobre política y religión. O sobre sus vecinos y amigos.

Willa recordó por qué no le gustaba ser sociable cuando Bethanne Mosebly se le acercó y comenzó a tratar de sonsacarle detalles del asesinato.

-A todos nos espantó enterarnos de lo que le ocurrió a John Barker. -Entre una frase y otra Bethanne bebía champán con tanto fervor que Willa se sintió tentada de ofrecerle una pajita-. Debe haber sido un impacto terrible para ti.

A pesar de que Willa no se dio cuenta de inmediato que John

Barker y Pickles eran una misma y única persona, los ojos curiosos y excitados de Bethanne se lo indicaron.

-No fue una experiencia de la que me guste hablar. Perdóname voy a...

Hasta allí pudo llegar antes de que Bethanne la detuviera aferrándole un brazo.

-Dicen que estaba destrozado, que lo habían cortado en pedazos. -Brindó por el asunto con otro trago de champán que le dejó húmeda la boca pequeña y parecida a la de un pájaro-. Que lo hicieron trizas. -Le clavó las uñas con fuerza a Willa-. Y que le habían arrancado el cuero cabelludo.

Lo que más le enfermaba era el entusiasmo de Bethanne, aún más que la imagen que irrumpió en su cerebro. A pesar de saber que Bethanne no era una mujer mala, más allá de su gusto por 'os chismes y las habladurías, Willa tuvo que luchar para no estremecerse.

-Estaba muerto, Bethanne, y fue brutal. Lamento no haber tenido a mano una videocámara para mostrártelo.

El disgusto y el sarcasmo de Willa no disminuyeron el interés de su interlocutora. Bethanne se le acercó aún más, proporcionándole una desagradable mezcla del alcohol de su aliento con el perfume fuerte que usaba.

-Dicen que lo pudo haber hecho cualquiera. Que hasta tú podrías ser asesinada en tu propia cama una de estas noches. Justamente durante el viaje hasta aquí, le estuve diciendo a Bob lo que eso me preocupa.

Willa se obligó a esbozar una tenue sonrisa.

-Dormiré más tranquila sabiendo que tú estás preocupada. Se te ha acabado el champán, Bethanne. El bar queda por ahí.

Willa se le alejó y se mantuvo en movimiento. Su único pensamiento era encontrar aire. ¿Cómo es posible que la gente pueda respirar cuando son tantos los que consumen el oxígeno?, se preguntó. Se abrió paso hasta el vestíbulo y no se detuvo hasta llegar a la puerta de entrada, la abrió de un tirón y se encontró cara a cara con Ben.

Ella miró, boquiabierto y ella se sintió incómoda. Logró recuperarse antes que él y avanzó hasta apoyarse en la baranda del porche. Ya hacía bastante frío para que su aliento formara nubes de va por; para ponerle carne de gallina. Pero allí había aire fresco y eso era exactamente lo que le hacía falta.

Cuando elle apoyó las manos sobre los hombros y la obligó a volverse, ella apretó los dientes.

-La fiesta es dentro.

-Quería estar seguro de no haber sufrido una alucinación.

No, pensó, es absolutamente real. La piel desnuda y fría temblaba un poco bajo sus manos. Esos enormes ojos de antílope parecían aún más oscuros, más grandes. El azul atrevido de su vestido resplandecía a la luz de las estrellas y se le aferraba de

una manera íntima a cada curva y ángulo del cuerpo hasta detenerse en seco sobre los muslos largos y firmes.

-Dios todopoderoso, Will, estás tan maravillosa que uno te comería en tres bocados! Y se va a helar tu precioso culo si te quedas aquí fuera.

Ben ya se había abierto el sobretodo. Se adelantó y lo envolvió alrededor de Willa, disfrutando del beneficio añadido de poder tener ese pequeño cuerpo muy apretado contra el suyo.

-¡Suéltame! -Se retorció, pero él la tenía muy bien agarrada, una prisionera-. Salí para poder estar sola durante cinco malditos minutos.

-Bueno, te deberías haber puesto un abrigo. -Fascinado por la situación, Ben la olió. Parecía más un perro que un enamorado, y oyó que Willa contenía la risa-. Desprendes un perfume riquísimo.

-Esa idiota de Tess me bañó en perfume. -Pero comenzaba a relajarse y a disfrutar del calor-. Y me pintarrajeó la cara.

-Te queda bien estar pintarrajeada. -Ben sonrió cuando Willa se volvió hacia él y lo miró con lástima.

-Me pregunto qué les pasa a los hombres que siempre se fascinan por estas cosas. ¿Qué tiene de particular la belleza que surge de potes y de frascos?

-Somos débiles, Will. Débiles y tontos y fáciles de contentar. ¿No te gustaría que te hiciera un cariñito? -Le besó el cuello y la hizo reír.

-¡Apártate, McKinnon! ¡Pedazo de imbécil! -Pero le rodeaba la cintura con los brazos, se sentía cómoda y había olvidado el motivo de su mal humor-. Llegas tarde -agregó-. Tus padres, Zack y Shelly hace rato que llegaron. Creí que no vendrías.

-Me entretuvieron con un asunto. -La besó antes de que ella pudiera esquivarlo y sonrió cuando Willa se olvidó de protestar-. ¿Me has echado de menos?

-No.

-¡Mentirosa!

-¿Ah, sí? -Como él sonreía con excesiva presunción, miró por sobre el hombro de Ben y por la ventana vio el gentío que llenaba su casa-. Odio las fiestas. Lo único que la gente hace es quedarse de pie y hablar. ¿Qué sentido tiene?

-Es una cuestión de interacción social y cultural. Una oportunidad de ponerse la mejor ropa, beber gratis y coquetear unos con otros. En cuanto entremos, estoy decidido a coquetear contigo. A menos que prefieras que vayamos a las caballerizas donde sin tardanza te sacaría ese bonito vestido.

Más interesada en la perspectiva de lo que hubiera deseado, ella alzó una ceja.

-¿Esas son mis únicas opciones?

-Podríamos utilizar mi jeep, pero no sería tan acogedor.

-¿Por qué será que los hombres piensan día y noche en el sexo?

-Porque pensar en el sexo es lo más cercano a llevarlo a cabo. ¿Tienes algo puesto debajo de ese vestido?

-¡Por supuesto! Tuve que embadurnarme entera para poder ponérmelo.

Ben hizo una mueca y trató de no gemir.

-Merezco lo que me acabas de decir. Te propongo que entremos, nos quedaremos de pie y parlotearemos.

Cuando Ben retrocedió, el frío asaltó a Willa como una especie de bofetada. Temblando, se encaminó a la puerta. Pero a pesar de todo, se detuvo antes de llegar y preguntó, con la mano sobre el picaporte:

-Ben, ¿por qué de repente te ha dado por quitarme la ropa?

-No tiene nada de repentino.

Él mismo abrió la puerta y la hizo pasar. Como si estuviera en su casa, se sacó el sobretodo y lo arrojó sobre el poste de la baranda de la escalera. A diferencia de Willa, le encantaban las reuniones, el ruido, la excitación y los olores de las fiestas. Algunas personas estaban sentadas en los peldaños de la escalera con platos de comida sobre las rodillas. Otras, desde el vestíbulo, se encaminaban hacia las puertas abiertas de distintas habitaciones. Casi todos lo saludaron e intercambiaron unas palabras con él, mientras Ben sujetaba con firmeza uno de los brazos de Willa para impedir que huyera.

Sabía que huir era lo que ella pensaba hacer pero él tenía algo que demostrarle. Y se lo demostraría, a Willa y a todo el mundo, incluyendo a varios ganaderos que tenían los ojos puestos en ella. El fin del año viejo y el principio del nuevo con todos sus misterios y posibilidades parecía el momento perfecto para hacerlo.

-Si me soltaras un minuto -le murmuró ella al oído-, yo podría...

-Ya sé lo que harías. No pienso soltarte. Conviene que te vayas acostumbrando.

-¿Qué demonios se supone que significa eso? -Willa solo pudo maldecir en voz baja mientras él la conducía al gran salón.

Los invitados habían retrocedido para dejar lugar a los bailarines. A su paso, Ben tomó un vaso de cerveza y miró con satisfacción el baile intricado que en ese momento ejecutaban sus padres.

-Se pueden sacar muchas conclusiones sobre las personas que bailan juntas de esa manera -comentó.

Willa lo miró.

-¿Qué conclusiones?

-Se conocen por dentro y por fuera. Y les gusta lo que ven en ambas partes. Ahora, fíjate en ellos -inclinó la cabeza para señalar a Nate y a Tess que se balanceaban, porque no se podía decir que estuvieran bailando, mientras se miraban sonrientes-. Aún no se conocen, por lo menos no del todo, pero se divierten mucho averiguándolo.

-Ella solo lo utiliza para tener sexo.

-Y él parece muy disgustado por el asunto, ¿verdad? -Lanzando una risita, gen apartó su copa-. Ven.

Horrorizada, Willa retrocedió, tratando de hundir en la alfombra esos tacones altos que tan poco familiares le resultaban, mientras ella empujaba hacia la pista de baile.

-¡No puedo! ¡No quiero! No sé bailar.

-Entonces aprende. -Le apoyó una mano firme sobre la cintura, y colocó una mano de Willa sobre su hombro.

-Yo no bailo. Todo el mundo sabe que no bailo.

Ben solo le tomó la mano que ella acababa de dejar caer y la volvió a colocar sobre su hombro.

-A veces uno llega muy lejos si sigue a alguien que sabe adónde va.

La hizo girar de manera tal que ella tuvo que elegir entre moverse sobre sus propios pies o caer de culo al suelo. Se sentía torpe, llena de timidez, tenía la sensación de que todo el mundo la miraba. Y se mantuvo rígida como una tabla.

-Relájate -le murmuró Ben al oído-. No es necesario que te duela. Mira a Lily. Bonita como un cuadro, con la cara arrebolada y el pelo ensortijado. Brewster se está divirtiendo como loco enseñándole a bailar el two-step.

-Lily parece feliz.

-Y lo está. Y Jim Brewster estará prácticamente enamorado de ella antes de que el baile haya terminado. Después sacará a bailar a otra mujer y se enamorará de ella.

-Como Willa lo estaba pensando y se olvidó de echarse atrás, Ben la acercó un poco más a su cuerpo-. Esa es la belleza del baile. Uno puede abrazar a una mujer, palparla, olerla.

-Y después seguir con la próxima.

-Sí, a veces es lo que se hace. Y a veces no. Mírame un minuto, Willa.

Ella lo hizo, vio el brillo de sus ojos y apenas tuvo tiempo de parpadear sorprendida cuando los labios de Ben ya estaban sobre los suyos. Le dio un beso lento y profundo, un sorprendente contraste con los veloces movimientos del baile. El corazón de Willa giraba como mareado dentro de su cuerpo, luego fue como si se desmoronara y comenzó a latir desaforadamente.

Cuando Ben levantó la cabeza, ella se estaba moviendo con él.

-¿Por qué lo hiciste?

La respuesta era sencilla y él pensaba ser sincero.

-Para que todos los hombres que están en este salón sepan de quién es la marca que llevas. -Y la reacción de Willa no lo desilusionó. Abrió los ojos muy grandes, impactada, y luego los entrecerró, furiosa. La furia le coloreó las mejillas. Y mientras ella siseaba, él volvió a besarla-. Y será mejor que también te acostumbres a esto -le recomendó. Luego dio un paso atrás-. Iré a buscarte una copa.

Tenía la esperanza de que cuando volviera con la copa prometida, ella no hubiera decidido arrojársela a la cara.

Willa más bien estaba pensando en desgarrarle la cara, pedazo a pedazo cuando Shelly se le acercó, excitada.

-¡Tú y Ben! ¡Nunca me lo imaginé! ¡Ese hombre es capaz de mantenerle secretos al mismo Dios! -Mientras hablaba, guió a Willa hacia un rincón-. ¿Cuándo empezó todo? ¿Y en realidad, qué hay entre vosotros dos?

-Nada. No sucede nada. -Su furia crecía peligrosamente. La sentía crecer de una manera física, le bullía bajo la piel-. ¡Ese hijo de puta! Dijo que me estaba marcando. Como si yo fuese una vaca.

-¿Eso dijo? -Romántica de pies a cabeza, Shelly se llevó una mano al corazón-. ¡Ay! Mi Zack nunca me dijo nada parecido.

-Justamente por eso todavía sigue vivo.

-¿Estás bromeando? Me habría encantado. -Lanzó una carcajada al ver la expresión de asombro de Willa-. ¡Vamos, Will! En pequeñas dosis, la arrogancia machista es atractiva. Yo me derribo por dentro cada vez que veo los músculos de Zack.

Willa miró fijamente los ojos de Shelly.

-¿Cuánto has bebido?

-No estoy borracha ni hablo en broma. Y algunas veces, Zack me levanta del suelo y me coloca sobre sus hombros. Ahora que estoy embarazada, ya no resulta tan espontáneo, ¡pero si supieras el resultado que da!

-Tal vez sea así en tu caso. Pero a mí no me gustan los hombres que avasallan.

-Ya sé. Fue horrible la forma en que todos se quedaron mirando mientras tú ahuyentabas a Ben. -Shelly metió un dedo en el vino y lo lamió-. A nadie le cupo duda de que detestabas que te besara hasta dejarte inconsciente.

Willa buscó una respuesta inteligente.

-¡Cállate la boca, Shelly! -fue lo mejor que se le ocurrió decir antes de alejarse de ella.

-La vaquera tiene un cardo metido en el trasero -comentó Tess.

-A Ben le gusta irritarla.

Tess miró a Nate alzando una ceja.

-Yo creo que le gustaría hacer mucho más que eso.

-Así parece. Y hablando de hacer más que eso... -Se inclinó y le hizo una sugerencia en el oído que encendió la sangre de Tess.

-Abogado Torrence, debo confesar que tiene mucha facilidad de palabra.

-Podríamos escaparnos de aquí sin que nadie se diera cuenta, ir a mi casa y ver llegar el Año Nuevo de una manera más... privada. Nadie nos extrañaría.

-Um. -Se volvió para apoyar sus pechos contra el de Nate-. Demasiado lejos. Arriba. Cinco minutos.

El abrió los ojos, sorprendido.

-¿Con toda esta gente en la casa?

-Y una cerradura muy fuerte en la puerta. Al llegar a la parte superior de la escalera, dobla a la izquierda, luego a la derecha y es la tercera puerta a la derecha. - Le pasó la punta de los dedos por la mandíbula-. Te estaré esperando.

-Tess, creo que...

Pero ella ya se alejaba, después de dirigirle una mirada ardiente por encima del hombro. Nate hubiera jurado que oía morir las células de su cabeza. Dio dos pasos tras ella, se detuvo, trató de ser sensato.

¡Al diablo con todo! Desde que ella entró en su escritorio con la idea de sexo metida en la cabeza, nunca pudo volver a ser sensato. Ni siquiera importaba que él se estuviera enamorado de Tess como un loco, mientras que a ella ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Estaban hechos el uno para el otro. Lo supiera ella o no, estaba seguro de ello.

Con la esperanza de ser discreto, tomó una botella de champán y dos copas. Y llegó hasta la base de la escalera.

-¿Una fiesta privada? -preguntó Ben, quien rió al ver que Nate se ruborizaba con intensidad-. Te pido que le des a Tess un beso de feliz Año Nuevo de mi parte.

-Busca tu propia mujer.

-Es lo que pienso hacer.

Pero se tomó su tiempo antes de buscarla y volver a aferrarse a ella. Su meta consistía en tenerla en sus brazos a la medianoche. Le dio cuerda hasta unos minutos antes, y cuando comenzó la cuenta la acercó a sí con firmeza.

-No vuelvas a empezar.

-Solo falta un minuto para la medianoche -dijo él con tranquilidad-. Siempre pienso en ese minuto entre un año y otro como un tiempo inexistente. -Al ver que ella fruncía el entrecejo, supo que acababa de lograr su atención y deslizó los brazos a su alrededor-. Ahora no, entonces no. Nada. Si estuviéramos a solas podría hacer lo que quiero contigo durante esos sesenta segundos. Pero no sería verdadero. De manera que voy a esperar hasta que lo sea. Abrázame. Todavía no cuenta. Faltan algunos segundos.

Willa no alcanzaba a oír más que su voz, en su mente no penetraban el ruido, ni las risas, ni el excitado recuento de los segundos que faltaban. Por fin, como en un sueño, levantó los brazos y le rodeó el cuello.

-Dime que me desees -pidió él-. No cuenta. Todavía no.

-Te deseo. Pero yo no...

-No hay peros que valgan. No importa. -Deslizó una mano hacia arriba, por su espalda desnuda, bajo su pelo-. Bésame. Todavía no es real. Bésame, Willa. Por una vez, bésame.

Ella mantuvo los ojos abiertos y la mente en blanco mientras lo besaba. Los labios de Ben eran tan cálidos, tan acogedores, tan inesperadamente suaves que se estremeció. Y se le acabó el tiempo.

En el trasfondo de su mente oyó exclamaciones jubilosas. La gente la empujaba en su apuro por intercambiar deseos de felicidad para el nuevo año. Y mientras los segundos se deslizaban desde el fin al principio, sintió que le dolía el corazón.

-Es real. -Cuando ella se alejó, la frase fue tanto una acusación como una declaración. Le brillaron los ojos por la verdad recién descubierta-. Lo es.

-Sí. -La sorprendió al tomarle una mano y llevársela a los labios- A partir de este momento. -Le pasó un brazo alrededor de la cintura y la mantuvo cerca de él-. Mira eso, querida. -La movió apenas un poquito-. Es una bonita escena.

A pesar de su propia confusión, Willa debió admitir que lo era. Adam, con las manos alrededor del rostro de Lily y Lily, sosteniéndole las muñecas con los dedos.

Fíjate cómo se miran a los ojos, se dijo Willa. Cómo tiemblan los labios de Lily, con qué suavidad los acaricia Adam con los suyos. Y cómo permanecen allí, tan quietos, en ese susurro que es el beso.

-Está enamorado de ella -murmuró Willa. Las emociones palpitaban en su interior. Es demasiado para poder sentirlo, pensó, llevándose una mano al estómago. Demasiado para pensarlo. Era un milagro-. ¿Qué está sucediendo? Me encantaría saber qué está sucediendo. Ya nada es como antes. Nada es tan sencillo como antes.

-Pueden hacerse felices. Eso es sencillo.

-No. -Willa meneó la cabeza-. No, no será sencillo. ¿No lo sientes? Hay algo... -Volvió a estremecerse, porque lo sentía. Algo frío y maligno y cercano-. Ben, hay algo...

Fue entonces cuando empezaron los gritos.

No había mucha sangre. La policía llegaría a la conclusión de que le habían dado muerte en otra parte y luego llevado al rancho. Nadie la reconoció. Casi no tenía marcas en el rostro, solo un moretón debajo del ojo izquierdo.

Su pelo había desaparecido.

La piel estaba algo azulada. Fue algo que Willa vio personalmente cuando salió corriendo y encontró al joven Billy tratando de tranquilizar a Mary Anne Walker con quien estaba cuando tropezaron con el cadáver. Estaba desnuda y tenía la piel llena de cuchilladas, que parecían líneas de un dibujo.

Muy poca sangre y esta ya seca sobre la piel pálida y azulada.

Mary Anne vomitó allí mismo, sobre los escalones de entrada. Y Billy pronto la imitó, lanzando su parte de la cerveza que bebió en el jeep mientras se esforzaba por bajarle a Mary Anne los pantalones hasta los tobillos.

Willa los hizo entrar en la casa y ordenó a todos los que se agolpaban en el porche, boquiabiertos y haciendo comentarios, que también entraran en ella. Se dijo que más tarde pensaría en la mujer, en esa mujer de piel azulada y sin cuero cabelludo que se encontraba muerta al pie de los escalones de entrada.

Después pensaría en ella.

-Bess ya ha llamado a la policía. -Adam apoyó una mano sobre su brazo y esperó hasta que Willa lo miró. Las voces de los que los rodeaban eran demasiado fuertes, demasiado aterrorizadas-. Yo debo salir con Ben para quedarme con..., para quedarme con ella hasta que llegue la policía. ¿Te puedes hacer cargo de todo esto?

Willa se volvió y miró el salón. Stu McKinnon acababa de apagar la música, y utilizaba su voz fuerte y tranquilizadora para calmar a los invitados. Willa permitió que, por el momento, él se hiciera cargo de la situación, mientras ella permanecía allí, como clavada en el suelo, mirando el retrato de su padre que colgaba sobre la chimenea. Los ojos azules y fríos del retrato la miraban fijamente. Casi alcanzaba a verlo burlándose de ella, culpándola por lo sucedido.

Descalza, con el cierre del vestido no del todo cerrado, Tess bajó corriendo por la escalera en el momento en que Lily entraba al vestíbulo.

-¿Qué ha pasado? Oí que alguien gritaba.

-Ha habido otro asesinato -contestó Lily, aferrando con fuerza la mano de Tess-. Yo no la pude ver. Adam impidió que saliera, pero sé que es una mujer. Nadie parece conocerla. Estaba simplemente tirada allí. Delante de la casa.

-¡Oh, Dios mío! -Tess se llevó la mano libre a la boca e hizo un esfuerzo por no perder el control-. Feliz maldito Año Nuevo. Está bien. -Respiró hondo-. Ahora hagamos lo que corresponda hacer.

Se acercaron a Willa, flanqueándola en un gesto instintivo. Ninguna de ellas tenía plena consciencia de que las tres se acababan de tomar de la mano.

-No la conozco -consiguió decir Willa-. Ni siquiera la conozco.

Tess le apretó la mano con más fuerza.

-No pienses ahora en eso. -Le soltó la mano-. No pienses en eso. Solo debemos tratar de sobrellevar esto.

Horas después, cuando comenzaba a amanecer, sintió que alguien le apoyaba una mano sobre el hombro. Se había quedado dormida, solo Dios sabía cómo, frente al fuego de la chimenea de la sala de estar. Luchó por liberarse cuando Ben trató de cogerla en brazos.

-Te llevaré arriba. Debes acostarte.

-No. -Se puso de pie. Sentía la cabeza liviana, el cuerpo entumecido, pero el corazón volvía a latirle con rapidez-. No, no puedo. -Miró a su alrededor, como en un sueño. Los restos de la fiesta todavía estaban allí. Vasos y platos, comida que se ponía rancia, ceniceros desbordantes de colillas-. ¿Dónde...?

-Todo el mundo se ha ido. El último de los policías se fue hace diez minutos.

-Dijeron que querían volver a hablar conmigo.

«Llévenme a la biblioteca de nuevo -pensó-, interróguenme otra vez. Oblíguenme a retroceder paso a paso de nuevo. Una y otra vez. Retroceder hasta el momento en que corrí hacia fuera y me encontré con esos dos adolescentes aterrorizados y con una mujer muerta de piel azulada.»

-¿Qué? -Se apretó una mano contra la cabeza. La voz de Ben era como un zumbido en su cerebro.

-Dije que los convencí de que podrían volver a hablar contigo más tarde.

-¡Ah! ¿Café? ¿Quedará un poco de café?

Ben ya hacía rato que la observaba, enroscada en el sillón, el rostro muy blanco contrastando con las profundas ojeras. Tal vez estuviera de pie en ese momento, pero él sabía que era por pura fuerza de voluntad. Cosa bastante fácil de solucionar. La alzó y la tomó en sus brazos.

-Te irás a la cama. Ahora mismo.

-No puedo. Tengo... cosas que hacer. -Sabía que debía haber docenas de cosas que hacer, pero no se le ocurría ni una-. ¿Dónde... mis hermanas?

Ben alzó las cejas mientras subía la escalera con ella en brazos. Comprendió que estaba demasiado extenuada para comprender que era la primera vez que se refería a Lily y a Tess como sus hermanas.

-Tess subió hace una hora. Lily está con Adam. Ham se puede encargar de todo lo que haya que hacer en el día de hoy. Vete a dormir, Will. Es lo único que debes hacer.

-No paraban de hacerme preguntas! -No protestó, no pudo protestar cuando ella tendió sobre la cama-. Todo el mundo hacía preguntas. Y la policía, que llevaba a la gente a la biblioteca, uno a uno.

Lo miró a los ojos. En este momento son de un verde frío, pensó. Fríos y duros e indescifrables.

-Yo no la conocía, Ben.

-No. -Le quitó los zapatos, se debatió en su interior y luego, apretando los dientes, la hizo girar sobre sí misma para abrirle el cierre del vestido-. Revisarán las denuncias de personas desaparecidas. Examinarán sus huellas digitales.

-Casi no había sangre -murmuró ella, quieta como una criatura mientras él deslizaba el vestido hacia abajo-. No fue como las otras veces. Ella no parecía real, no tenía ningún parecido con un ser humano. ¿Crees que él la conocería? ¿Lo conocería cuando le hizo todo eso?

-No lo sé, querida. -Y con la misma ternura con que habría tratado a una criatura, la arropó con las mantas-. Por ahora no pienses en el asunto. -Se sentó en el borde de la cama y le acarició el pelo-. Deja el asunto en paz y duérmete.

-El me culpa a mí -dijo Willa con voz espesa y como borracha de extenuación.

-¿Quién te culpa?

-Papá. Siempre me culpó. -Suspiró-. Y siempre lo hará.

Ben le apoyó la mano sobre la mejilla y la dejó un instante allí.

-Y siempre estuvo equivocado.

Al ponerse de pie y darse la vuelta, vio a Nate en la puerta.

-¿Se ha dormido? -preguntó Nate.

-Por el momento, sí. -Colocó con cuidado el vestido sobre una silla-. Pero conociendo a Willa, te aseguro que no dormirá mucho tiempo.

-Yo convencí a Tess de que tomara un sedante. -Sonrió-. No tuve que insistir demasiado. -Señaló el vestíbulo con la mano. Juntos se encaminaron al despacho de Willa, entraron y cerraron la puerta-. Es temprano -dijo Nate-, pero yo voy a tomar un whisky.

-Me resultaría odioso verte beber solo. Sírreme tres dedos. -Durante un instante ninguno de los dos habló. Luego Ben agregó-: No creo que ella haya sido de por aquí.

-¿No? -El tampoco lo creía, pero quería conocer los fundamentos de la opinión de Ben-. ¿Por qué?

-Bueno. -Ben bebió un trago de whisky y lanzó un silbido ante lo fuerte que le resultaba el alcohol-. Tenía las uñas de las manos y de los pies pintadas de un rojo brillante. Tatuajes en el trasero y en un hombro. Creo haberle visto tres pendientes en cada oreja. Todo indica que era de la ciudad.

-No parecía tener más de dieciséis años. Eso me indica que debe haber huido de su casa. -Nate bebió un gran sorbo de whisky-. ¡Pobre criatura! Tal vez estuviera viajando haciendo autostop o recorriendo las calles de Billings o de Ennis. Dondequiera que la haya encontrado ese cretino, debe haberla retenido bastante tiempo.

Eso llamó la atención de Ben.

-¿Por qué lo dices?

-Sonsaqué un poco a los policías. Señales abrasivas alrededor de las muñecas y de los tobillos. Estuvo atada. No lo pueden afirmar con seguridad hasta haberle hecho las pruebas necesarias, pero están casi seguros de que fue violada y de que su muerte se produjo por lo menos veinticuatro horas antes de que él la dejara aquí. Y de todo eso se desprende que la mantuvo oculta en alguna parte.

Ben se paseó por la habitación durante unos instantes, tratando de ahogar su frustración y su disgusto.

-Pero ¿por qué aquí? ¿Por qué dejarla frente a esta casa?

-Alguien tiene los ojos puestos en Mercy.

-O en alguien de Mercy -agregó Ben, y por la expresión de los ojos de Nate comprendió que estaba de acuerdo con él-. Todo esto comenzó después de la muerte del viejo, después de la llegada de Tess y de Lily. Tal vez deberíamos estudiarlas con más atención y tratar de descubrir quién puede querer perjudicarlas.

-En cuanto despierte, hablaré con Tess. Sabemos que en el pasado de Lily hay un ex marido. Un hombre que la golpeaba.

Ben asintió y se frotó la mandíbula, distraído.

-Pero hay mucha diferencia entre pegarle a la mujer propia y cortar en pedacitos a desconocidos.

-Tal vez la distancia no sea tan grande. Yo me sentiría mucho mejor si supiera dónde está ese ex marido y en qué anda.

-Podemos proporcionarle su nombre a la policía, contratar a un detective privado.

-Estoy de acuerdo con eso. ¿Sabes cómo se llama?

-No, pero Adam debe saberlo. -Ben bebió el resto del whisky y depositó el vaso sobre la mesa-. Te propongo que empecemos enseguida.

Lo encontraron en las caballerizas, examinando a una yegua preñada. -Va a parir dentro de poco -dijo Adam mientras se enderezaba-. No le falta más que un día o dos. -Después de hacerle una última caricia al animal, salió de la cuadra destinada a los partos y cerró la puerta a sus espaldas-. ¿Y Will?

-Dormida -contestó Ben-. Por el momento.

Adam asintió y avanzó hacia el cajón de los granos.

-Lily se quedó dormida en mi sofá. Quería ayudarme a dar las raciones de la mañana, pero se quedó dormida mientras esperaba que yo me cambiara. Me alegro de que no la haya visto. Y Tess tampoco. -La tensión y el cansancio convertían sus movimientos, por lo general tranquilos, en espasmódicos-. Lamento que Will la haya visto.

-Lo superará. -Ben se acercó a un fardo de hierba-. ¿Qué sabes acerca del ex marido de Lily?

-No mucho. -Adam siguió trabajando, tan poco sorprendido por la ayuda como por la pregunta-. Se llama Jesse Cooke. Se conocieron cuando ella era maestra y se casaron un par de meses después. Más o menos un año más tarde, ella lo dejó. La primera vez. No me ha dicho mucho más, pero yo tampoco se lo he preguntado.

-¿Lily sabe dónde está ese hombre? -Ignorando su mejor traje, Nate llenó un comedero.

-Cree que está en el este. Por lo menos es lo que quiere creer.

Durante algunos minutos trabajaron en silencio, tres hombres acostumbrados a la rutina, a los olores, a la faena. Las caballerizas estaban iluminadas por el sol que entraba a raudales por la puerta abierta del cobertizo. Los caballos se movían sobre sus camas recién puestas, mascaban la ración, de vez en cuando relinchaban.

Desde el gallinero se oía el canto de un gallo y en el patio de suelo de tierra de la casa de los peones se oían los pasos de los hombres que reiniciaban su trabajo. Esa mañana, ninguna radio encendida emitía música, ni las voces de los peones turbaban la quietud del silencio invernal. Aunque algunos dirigían miradas a la casa principal, al porche, a un lugar determinado bajo los escalones, nadie hacía comentarios.

Se puso en marcha un motor; un jeep salió hacia el campo. Y retomó el silencio, el huésped que permanecía allí después de una fiesta frustrada.

-Ahora tal vez convenga que le hagas algunas preguntas -dijo Ben por fin-. Después de lo sucedido es algo que no podemos ignorar.

-Ya lo he pensado. Pero primero quiero que descanse un poco. ¡Maldita sea! - El palo de la pala que Adam tenía en la mano se quebró a causa del movimiento brusco que acababa de hacer-. Debería estar a salvo aquí.

La furia que pocas veces demostraba, brotó en su interior tan intensa y tan veloz, que ahogaba sus palabras. Tenía ganas de golpear algo, de destrozar algo. Pero no tenía nada. En ese momento hasta sus manos estaban vacías.

-Esa chica era una criatura. ¿Cómo es posible que alguien le haga algo así a una criatura?

Se volvió hacia ellos, los puños cerrados, los ojos oscuros y ardientes de cólera.

-Dónde estaba ese individuo? ¿Muy cerca nuestro? ¿Estaba fuera, mirándonos por la ventana? ¿O estaba dentro con nosotros? ¿Ese hijo de puta habrá tocado a Lily, bailado con ella? Si ella hubiera salido a tomar un poco de aire, ¿se habría topado con él?

Se miró las manos y las abrió para contemplar las palmas.

-Podría matarlo yo mismo; me resultaría fácil. -Levantó la vista y miró a Ben y a Nate-. ¡Sería tan fácil!

-Adam.

La voz de Lily era apenas un susurro, aterrorizada ante la furia de Adam. Se acercó con los brazos cruzados sobre el pecho y clavándose los dedos en los hombros.

-Deberías estar durmiendo. -Le temblaron 'os hombros por el esfuerzo que debió hacer para contener su furia-. Aquí ya casi hemos terminado. Vete a casa a dormir un rato.

-Tengo que hablar contigo. -Habría oído bastante, visto bastante para saber que era el momento-. Solos, por favor. -Se volvió hacia Ben y Nate-. Lo siento. Tengo que hablar con Adam a solas.

-Llévala dentro -sugirió Nate-. Ben y yo podemos terminar con esto. Llévala dentro -repitió-. Tiene frío.

-No has debido salir. -Adam se le acercó procurando no tocarla-. Entremos, así podremos tomar un poco de café.

-Preparé café antes de salir. -Notó que él permanecía lejos de ella y se avergonzó-. Ya debe estar listo.

Adam salió con ella por atrás, cruzaron la puerta del corral hacia la puerta trasera de su casa. Por costumbre, él se limpió las botas antes de entrar.

En la cocina flotaba un agradable olor a café recién hecho, pero la luz era escasa, por lo que él encendió la luz eléctrica.

-Siéntate -pidió ella-. Yo te lo serviré.

-No. -Adam se colocó frente a ella cuando Lily tendía la mano hacia el aparador. Pero todavía no la tocó-. Siéntate tú.

-Estás enojado. -Odiaba el temblor de su voz, odiaba que el enojo de un hombre, aún el de un hombre como Adam pudiera hacerle temblar las rodillas-. Lo siento.

-¿Qué sientes? -Lo dijo en un impulso, antes de poder contenerse. Y aun cuando vio que ella retrocedía, no pudo acallar todo su enojo-. ¿Por qué demonios tienes que disculparte ante mí?

-Por todo lo que no te he dicho.

-No me debes explicaciones. -La puerta del aparador golpeó con fuerza contra la pared cuando él la abrió de un tirón. Y, de reojo, Adam la vio retroceder, sobresaltada-. No retrocedas, ni me tengas miedo. -Trató de tranquilizar su respiración y mantuvo la mirada fija en las tazas colocadas en hileras sobre los estantes-. No lo hagas, Lily. Preferiría amputarme las manos antes de usarlas para pegarte.

-Lo sé. -Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó hasta que logró contenerlas-. Lo sé dentro de mi corazón. Pero es mi cabeza, Adam. Y realmente estoy en deuda contigo. -Se acercó a la mesa de cocina redonda con su sencillo recipiente blanco lleno de manzanas-. Más que explicaciones. Has sido mi amigo. Mi anda. Desde mi llegada, has sido todo lo que he necesitado.

-La amistad no se paga -contestó él con cansancio.

-Tú me deseabas. -Lily comenzó a respirar entrecortadamente al ver que él se volvía con lentitud a mirarla-. Creí que era solo... solo lo habitual. -Se pasó una mano nerviosa por el pelo, por los lados de los vaqueros que se había puesto esa mañana antes de salir de la casa principal-. Pero nunca me tocaste de esa manera, ni me presionaste, ni me hiciste sentir obligada a nada. No puedes imaginar lo que es

sentirse obligada a permitir que alguien te posea tan solo para conservar la paz. No sabes lo degradante que es. Tengo cosas que contarte.

No podía mirarle. Volvió la cara hacia otro lado.

-Empezaré por Jesse. Pero mientras tanto, ¿puedo preparar el desayuno?

Adam tenía una taza en la mano y la estaba mirando fijamente.

-¿Qué?

-Me resultará más fácil hablar si tengo las manos ocupadas mientras lo hago.

No sé si lo podré decir aquí, quieta y sentada.

Ya que era lo que ella quería, él dejó la taza, se encaminó a la mesa y se sentó.

-En la nevera hay tocino. Y huevos.

Ella lanzó un suspiro largo y tembloroso.

-Bueno. -Se dirigió primero a la cocina y le sirvió una taza de café. Pero no lo miraba-. Ya te he contado un poco. Mientras hablaba se encaminó a la nevera-. Te dije que era maestra. Nunca fui tan inteligente ni creativa como mi madre. Ada es sorprendente. ¡Tan fuerte y tan vital! Hasta que cumplí doce años, nunca supe cuánto la había herido él. Mi padre. Una vez la oí hablar con una amiga, llorando. Acababa de conocer a mi padrastro y, ahora comprendo, tenía miedo de los sentimientos que él le despertaba. Decía que prefería estar sola, pero que nunca quería volver a ser vulnerable ante un hombre. Y le contó que mi padre la había echado y que ella estaba muy enamorada de él. Dijo que la echó de su casa porque no le había dado un hijo varón.

Adam permaneció en silencio mientras ella ponía tocino en una sartén negra de hierro y la colocaba al fuego.

-De manera que supe que, por mi causa, estaba sola y tenía miedo.

-Sabes que eso no es así, Lily. La culpa de todo la tuvo Jack Mercy.

-Mi corazón lo sabe. -Sonrió levemente-. Pero el problema está en mi cabeza. De todos modos, nunca olvidé esa conversación. Dos años después, mamá se casó con mi padrastro. Y son muy felices. Él es un hombre maravilloso. Fue estricto conmigo. Nunca fue duro, pero sí estricto y un poco distante. A quien quería era a mi madre y yo formaba parte del paquete. Quería lo mejor para mí, me dio todo lo que pudo, pero nunca pudo brindarme ese afecto fácil que debe haber entre un padre y su hija. Supongo que empezamos demasiado tarde.

-Y tú tenías hambre de ese afecto.

-¡Ah, sí! Estaba famélica. -Empezó a batir huevos en un bol-. Descubrí muchas de estas cosas años después, en el análisis. Ahora resulta fácil verlo. Nunca tuve una relación cálida y cariñosa con una figura paterna. Ningún hombre se había interesado por mí. Y en el colegio era tímida, espantosamente tímida con los chicos. No salía mucho, tomaba muy en serio mis estudios.

Su sonrisa era un poco más natural cuando empezó a rallar queso sobre los huevos.

-Fui terriblemente seria. No veía las cosas de la misma manera que las veía mi madre, de modo que me refugié en hechos y en números. Me llevaba bien con los niños, de manera que enseñar me pareció lo más lógico. Tenía veintidós años y enseñaba en quinto grado cuando conocí a Jesse. Nos conocimos en un café, cerca de mi apartamento. Hacía solo un mes que vivía por mi cuenta. Jesse me pareció tan encantador, tan buen mozo, estaba tan interesado en mí, que quedé deslumbrada.

Con un movimiento automático espolvoreó un poco de pimienta sobre los huevos.

-Supongo que era demasiado ingenua. Era una nueva experiencia para mí. Esa misma noche fuimos al cine. Y empezó a llamarme por teléfono todos los días, a la

hora en que yo volvía del colegio. Me llevaba flores y pequeños regalos. Era mecánico y arregló el desastroso coche que yo tenía.

-Te enamoraste de él -fue la conclusión de Adam.

-Sí, estaba ciega de amor. Con Jesse nunca miré más allá de la superficie, no sabía que debía hacerlo. Más tarde descubrí la cantidad de mentiras que me dijo. Acerca de su familia, su pasado, su trabajo. Tiempo después me enteré de que la madre estaba en un asilo. Cuando él era pequeño, ella le pegaba, además bebía y se drogaba. Él también bebía y se drogaba, pero no lo supe hasta después de que nos casáramos. La primera vez que me pegó...

Dejó la frase inconclusa, se aclaró la garganta. Durante un instante solo se oyó el sonido del tocino que se freía chisporroteante, mientras ella lo sacaba de la sartén.

-Fue más o menos un mes después de la boda. Uno de mis compañeros del colegio cumplía años y pensábamos ir todos juntos a un club nocturno. Una tontería. Uno de esos clubes donde los hombres bailan y las mujeres les meten billetes en los calzoncillos. Una auténtica tontería. Jess también parecía considerarlo así, hasta que empecé a vestirme para ir. Entonces comenzó a criticar lo que me ponía, el vestido, el peinado, el maquillaje. Yo me reí, convencida de que se trataba de una broma. De repente cogió mi bolso, lo yació y rompió en pedazos mi carné de conducir. Yo estaba tan sorprendida, tan enojada, que le quité el bolso. Y entonces él me tiró al suelo de un golpe. Y empezó a darme bofetones, a gritar, a llamarme toda clase de cosas. Después me desgarró la ropa y me violó.

Con manos sorprendentemente serenas, volcó los huevos dentro de la sartén.

-Después lloró como un bebé. Con enormes sollozos. -Respiró con fuerza porque era demasiado fácil recordar, volver a verlo todo-. Jesse había estado en la Infantería de Marina y se sentía orgulloso de ello, de su fuerza y su disciplina. No te puedes imaginar lo que fue ver llorar así a alguien a quien yo consideraba tan fuerte. Me espantó y, de alguna manera, me hizo sentir poderosa.

La fuerza no tiene nada que ver con uniformes ni con bíceps, pensó Adam. Esperaba que ella también hubiera aprendido eso.

-Me suplicó que lo perdonara -siguió diciendo Lily-. Dijo que se había vuelto loco de celos de solo pensar que se me acercarían otros hombres. Me contó que su madre abandonó a su padre cuando él era una criatura. Se fue con otro hombre. Antes la historia había sido que ella estaba muerta. Las dos cosas eran mentira, pero yo le creí y lo perdoné.

No era fácil ser completamente sincera, tal como ella quería ser.

-Lo perdoné, Adam, porque en ese momento me hizo sentir fuerte. Y porque pensé que si había perdido el control de esa manera debía ser porque me quería. Eso forma parte de la trampa, del ciclo. Durante ocho semanas no me volvió a pegar.

Con lentitud, muy concentrada, revolvió los huevos que empezaban a cocinarse dentro de la sartén.

-El motivo no tiene importancia. Eran unas pautas que yo me negaba a ver, no quería convencerme de que era tan responsable como él de lo que sucedía. Empezó a beber, perdió su trabajo y me pegó. Me he olvidado de las tostadas -dijo, de repente, y se encaminó hacia la cesta del pan.

-Lily...

Pero ella meneó la cabeza.

-Dejé que me convenciera de que todo era culpa mía. Que siempre era culpa mía. Yo no era bastante inteligente, bastante atractiva, bastante silenciosa, bastante comprensiva. Lo que la situación exigiera. Y así continuó durante más de un año. Dos veces tuvo que internarme en un hospital y dije que me había caído por la

escalera. Hasta que un día me miré en el espejo. Vilo que mis amigos veían desde hacía meses, lo que veían cuando trataban de conversar conmigo, de ayudarme. Las heridas, los moretones, la mirada de animal acosado, el cuerpo que era puro hueso porque no conseguía aumentar de peso.

Volvió a la sartén para revolver los huevos con suavidad.

-Lo dejé. No lo recuerdo con exactitud. Sé que no me llevé nada y que volví a casa de mi madre. Sé que tenía miedo porque él me había dicho que jamás me dejaría ir. Que si alguna vez lo dejaba, iría a buscarme. Pero sabía que si me quedaba un solo día más con él, me suicidaría. No era la primera vez que lo pensaba, hasta planeé cómo iba a hacerlo. Con pastillas, porque soy una cobarde.

Dispuso las tostadas, los huevos revueltos y el tocino en un plato y se lo acercó.

-Me siguió -dijo, y por primera vez miró a Adam-. Un día, cuando salí, me estaba esperando y me arrastró hasta su coche. Trató de estrangularme, me gritó. Arrancó el coche conmigo semiinconsciente a su lado. Entonces ya estaba más tranquilo y me explicaba las cosas como siempre lo hacía. Por qué estaba equivocada, por qué era necesario enseñarme cómo debía comportarse una buena esposa. Yo estaba más aterrorizada de lo que había estado nunca en la vida. Cuando estaba tranquilo tenía más miedo que nunca de lo que sería capaz de hacer..., de hacerme.

Hizo un instante de silencio para tranquilizarse porque el miedo podía volver en cualquier momento, y anular su vacilante coraje.

-Tuvo que reducir la velocidad debido al tráfico y salté del coche, todavía en marcha. Pero no me caí. Siempre he considerado que fue un milagro. Recurrí a la policía y conseguí que emitieran una orden que le impedía acercárseme. Empecé a moverme de un lugar a otro. Siempre me encontraba. La última vez, justo antes de que viniera aquí, me volvió a encontrar. Creo que esta vez me habría matado, pero un vecino me oyó gritar y empezó a golpear la puerta. En realidad la echó abajo. Y Jesse huyó.

Se sentó, cruzó las manos sobre la mesa.

-Yo también huí. Creí que aquí no podría encontrarme. Casi no me he comunicado con mi madre por miedo de que, a través de ella, Jesse pudiera enterarse de mi paradero. Pero hablé con mamá esta mañana, antes de ir a las caballerizas. No lo ha visto ni ha tenido noticias de él. Respiró hondo-. Sé que tú, Nate y Ben vais a hablar de esto con la policía. Estoy dispuesta a responder a cualquier pregunta que me hagan acerca de él. Pero, que yo sepa, él jamás hizo daño a nadie, aparte de mí. Y siempre usó solo las manos. Me parece que si me hubiera encontrado, a la que habría atacado hubiera sido a mí.

-Nunca te volverá a hacer daño. -Hizo a un lado el plato para poder cubrirle las manos con las suyas-. Sean cuales fueran las respuestas. Lily, nunca te volverá a tocar. Te lo juro.

-Si llegara a ser él... -Cerró los ojos con fuerza-. Si es él, Adam, la responsable seré yo. Soy responsable de la muerte de dos personas.

-No, no lo eres.

-Si llegara a ser él, sí -dijo ella con tranquilidad-. Tengo que asumirlo y vivir con eso- Me he estado ocultando aquí, Adam, os he usado a ti, a Will y a este lugar para mantener alejadas todas esas cosas horribles. Pero no da resultado. -Suspiró y movió las manos entre las de él-. Debo asumirlo. Esa es otra de las cosas que aprendí en la terapia. No tengo valor, ese valor natural que tienen Will y Tess. El poco que he

adquirido, lo he tenido que aprender y practicar. Tenía miedo de decirte todo esto, y ahora hubiera preferido habértelo dicho desde un principio. El resto sería más fácil.

-¿Hay más?

-No con respecto a Jesse ni con respecto a estas cosas horribles, pero es difícil.

-Puedes decirme cualquier cosa.

-Con todo lo que sucedió anoche, solo hay un momento que no me puedo quitar de la cabeza. -Con una risa nerviosa, retiró las manos que Adam cubría con las suyas-. Ojalá comieras. Se te va a enfriar.

-Lily. -Desconcertado, Adam se apretó los ojos con las manos y luego, obediente, tomó el tenedor-. ¿De qué momento hablas?

-Es solo que, como te dije hace un rato, creí que me deseabas y que era lo de siempre. Nunca imaginé que pudiera ser más que, bueno, esa respuesta sensual que tienen los hombres. Una cuestión de hormonas. -Lo miró con desconfianza al oír que él se ahogaba-. Fue la impresión que tuve -agregó, ya a la defensiva-. Y tú nunca dijiste o hiciste nada que indicara lo contrario. Hasta anoche. En ese instante en que me cogiste la cara entre las manos y me miraste a los ojos. Y todo desapareció, salvo tú, cuando me besaste. Todo desapareció con excepción de ti, y entonces todo anduvo mal, pero por un momento, solo un momento, fue una maravilla.

Se puso de pie con rapidez y se acercó a la cocina.

-Ya sé que era Año Nuevo. Que la gente se besa a medianoche, y que no significa...

-Te amo, Lily.

Las palabras se deslizaron sobre ella como una esperanza. Las apretó, las apretó contra sí y se volvió. Adam estaba de pie, muy cerca, el pálido sol del invierno sobre su pelo y sus ojos mirándola solo a ella.

-Me enamoré de ti en cuanto te vi. Pero te he estado esperando toda la vida. Solo te esperaba a ti. -Le tendió una mano-. Solo a ti.

El júbilo se deslizó a lo largo de la esperanza, un géiser caliente y burbujeante a través de un estanque tranquilo.

-En realidad es tan sencillo -dijo ella, tomando la mano de Adam-. Cuando es verdadero es muy sencillo. -Y se arrojó a sus brazos-. No quiero estar en ninguna parte más que contigo.

-Aquí estamos en casa -contestó él, enterrando la cara en el pelo de Lily-. Quédate conmigo.

-Sí. -Volvió los labios hacia el cuello de él y lo saboreó por primera vez-. No sabes cómo he querido que me acariciaras, Adam. Acaríciame ahora, por favor.

Lo mismo que antes, él le tomó la cara entre las manos. La besó, igual que antes. Pero esta vez ella le echó los brazos al cuello y su respuesta fue suave, dulce y tímida. Cuando Adam se apartó de ella no tuvo ninguna necesidad de hacer preguntas; salieron de la cocina y se encaminaron al dormitorio, con su cama hecha con esmero y su ventana con cortinas sencillas.

Entonces él le acarició el pelo y retrocedió para darle tiempo de decidir.

-¿Te parece que es demasiado pronto?

El deseo temblaba dentro de Lily.

-No, es perfecto. Tú eres perfecto.

Adam se volvió y bajó las persianas para que el sol dorado se escondiera detrás de ellas y para que dentro del pequeño cuarto la mañana se convirtiera en anochecer. Ella dio el primer paso, y fue más fácil de lo que hubiera podido imaginar. Se sentó en el borde de la cama, muy ruborizada, y comenzó a quitarse las botas.

El se sentó a su lado e hizo lo mismo; luego la besó en silencio.

-¿Tienes miedo?

Para Lily era un milagro no tenerlo. Estaba nerviosa, sí, pero sin miedo. Conocía bien el gusto del miedo y su amargo resabio. Meneó la cabeza, se puso de pie y se llevó las manos a los botones de la camisa.

-Lo único que no quiero es desilusionarte.

-Estoy por hacerle el amor a la mujer a quien amo. ¿Cómo crees que voy a desilusionarme?

Mirándolo, alerta ante cada reacción de Adam, Lily deslizó la camisa sobre sus hombros. Durante un momento la mantuvo apretada contra su pecho. «Recordaré esto -pensó Lily-, cada instante de esto. Cada palabra, cada movimiento, cada aliento.»

Adam se puso de pie y se le acercó. Primero le apoyó una mano sobre el hombro y se lo acarició con suavidad, sin dejar de mirarla a los ojos. Con delicadeza, le quitó la camisa de las manos y la dejó caer al suelo. Bajó la mirada y también las manos y dirigió ambas a los pechos de Lily.

Ella cerró los ojos mientras él la recorría, la investigaba con los dedos. Después los abrió con lentitud para desabrocharle la camisa a él, hacerla a un lado y observar el contraste de la piel pálida de sus manos contra el cobrizo suave de la de él.

-Quiero sentirte contra mi cuerpo -murmuró Adam mientras le desabrochaba el sostén y lo dejaba caer al suelo entre ambos. La abrazó con ternura. Lo recorrió un temblor, como el de un lago tranquilo cuyas aguas inquieta un dedo perezoso-. No te lastimaré, Lily.

-No.

Era algo de lo que podía estar segura. Adam apoyó los labios sobre sus hombros, su cuello. Allí no existiría el dolor, ni siquiera el producido por la timidez. Allí había confianza y el deseo sería bondadoso.

No se sobresaltó cuando Adam le bajó la cremallera de los vaqueros. Tembló, pero no de miedo, cuando él los deslizó por sus piernas murmurándole palabras de amor mientras la ayudaba a liberarse de ellos.

El corazón le saltó dentro del pecho cuando él se quitó sus propios vaqueros, pero fueron latidos de alegría, de admiración, de expectativa.

Era una maravilla contemplar esa piel dorada sobre músculos fuertes y delgados, ese pelo brillante que le caía sobre los hombros. Y él la deseaba, quería pertenecerle. Para Lily era un milagro increíble.

-Adam -susurró su nombre en el momento en que se dejaban caer sobre la cama-. Adam Wolfchild. -Cuando el peso de él la apretó contra el colchón, enlazó los brazos alrededor de su cuello y le bajó la boca para que la apoyara sobre la suya-. Ámame.

-Te amo. Te amaré.

Mientras ellos celebraban la vida en un cuarto de penumbras, otro celebraba la muerte a plena luz del día. En lo profundo del bosque, solo y jubiloso, estudiaba los trofeos que con tanto cuidado conservaba en una caja de metal. Premios de caza, pensó, mientras acariciaba el pelo largo y dorado de una jovencita que se había equivocado de camino.

Se llamaba Traci; se lo dijo cuando él se ofreció a llevarla. Traci con t latina. Declaraba tener dieciocho años, pero él adivinó que le mentía. Su rostro todavía conservaba esa gordura infantil, pero luego, cuando la condujo a la montaña y la desnudó, el cuerpo era bastante maduro.

¡Fue tan fácil! Una jovencita que extendía el pulgar a un lado del camino. Una mochila roja colgada de los hombros, vaqueros ajustados que mostraban sus piernas cortas. Y ese pelo de un dorado brillante, teñido, por supuesto. Pero de todos modos atrajo su atención porque resplandecía como fuego a la luz del sol. Tenía las uñas pintadas de rojo, que hacía juego con el color de la mochila.

Más tarde vio que también tenía las uñas de los pies pintadas del mismo color.

Mientras le acariciaba el pelo, recordó haberla dejado parlotear un rato. Se alejaba de Dodge, dijo. De allí era, de la ciudad de Dodge, Kansas.

-Pero ya no estás en Kansas -dijo él y rió de su propio ingenio.

Volvió a pensar que la dejó hablar un rato acerca de la manera en que pensaba viajar hasta llegar a Canadá y ver un poco de mundo. Sacó un paquete de chicles de la mochila y le ofreció uno. Después, dentro del paquete de chicles, él encontró cuatro cigarrillos de marihuana cuidadosamente liados, pero ¿se dignó ofrecerle uno de esos? ¡Por supuesto que no!

La desmayó de un solo golpe, un rápido puñetazo en la mejilla que la hizo poner los ojos en blanco. Y la llevó a las montañas, donde reinaba el silencio y había intimidad y él podía hacer lo que le diera la gana.

Y le gustaba hacer muchas cosas.

En primer lugar la violó. Un hombre tenía sus prioridades. La ató bien fuerte para que no pudiera utilizar esas uñas afiladas para arañarlo. La chica gritó hasta quedar ronca, y se movió desesperada sobre el camastro mientras él le hacía cosas, utilizaba cosas en ella.

Después fumó los cigarrillos que ella llevaba en la mochila y lo hizo todo de nuevo.

Ella rogó, le suplicó que la soltara. Después volvió a rogar y a suplicar cuando se dio cuenta de que pensaba dejarla allí, atada y desnuda.

Pero un hombre tiene responsabilidades y él no podía quedarse.

Cuando regresó, veinticuatro horas después, hubiera podido jurar que ella se alegró de verlo por la manera en que rompió a llorar. De modo que la volvió a violar y cuando preguntó si le había gustado ella contestó que sí. Le dijo todo lo que él quería oír.

Hasta que vio el cuchillo.

Tardó más de una hora en limpiar toda la sangre, pero valió la pena. ¡Y tanto que valió la pena! Y lo mejor de todo, decididamente lo mejor de todo, fue la inspirada idea que tuvo de arrojar el cuerpo de Traci con i latina, de la ciudad de Dodge, Kansas, frente a la puerta de la casa principal del rancho de Mercy.

¡Ah, eso fue una maravilla!

Besó con ternura el pelo ensangrentado y lo volvió a colocar con cuidado dentro de la caja. Ahora todos están muertos de miedo, pensó mientras metía la caja en su agujero y lo volvía a tapar. Todos temblaban en sus zapatos. Porque le temían a él. Cuando se puso de pie y levantó el rostro hacia el frío sol de invierno, supo que era el hombre más importante de Montana.

Si alguien le hubiera dicho a Tess que iba a pasar una gélida noche de enero arrodillada en una caballeriza entre sangre y líquido amniótico y además disfrutar de cada minuto de la experiencia, le habría dado el nombre del psiquiatra de su representante.

Pero fue exactamente lo que hizo. Y por segunda noche consecutiva. Había visto nacer a dos potrillos y hasta pudo colaborar un poco en el parto. Y le fascinó.

-Con esto uno elimina todas las preocupaciones de la cabeza, ¿no es cierto? - Retrocedió unos pasos con Adam y con Lily mientras el recién nacido luchaba por ponerse de pie por primera vez.

-Tienes una excelente manera de tratar a los caballos, Tess -le dijo Adam.

-No sé si llegará a tanto, pero esto impide que me vuelva loca. ¡Todo el mundo está tan nervioso! Ayer al salir del gallinero, me topé con Billy. No sé cuál de los dos se asustó más.

-Ya han pasado diez días. -Lily se frotó las manos para hacerlas entrar en calor-. Ya todo empieza a parecer irreal. Sé que Will ha hablado varias veces con la policía, pero todavía no han llegado a nada.

-Mira. -Adam le apoyó un brazo sobre los hombros y la acercó a sí cuando el potrillo comenzó a mamar-. Eso es real.

-Tan real como mi dolor de espalda. -Tess se llevó una mano a la espalda. Era una excusa excelente para dejarlos solos. Y además pensó que un buen baño caliente y unas horas de sueño la prepararían para ir a visitar a Nate-. Vuelvo a casa.

-Nos has ayudado mucho, Tess. Te lo agradezco.

Sonriente, ella cogió su sombrero y se lo puso.

-¡Dios! ¡Si mis amigos pudieran verme en este momento!

La idea la hizo reír mientras salía de las caballerizas y hacía frente al frío salvaje de la mañana.

¿Qué dirían en su salón de belleza preferido si ella llegara a entrar como estaba en ese momento, con solo Dios sabía qué bajo las uñas, vaqueros y una camisa de franela sucia de sangre y con el pelo..., bueno, su pelo era algo indescriptible y además no tenía una gota de maquillaje en la cara.

Supuso que el señor Williams, su estilista, se desmayaría sobre la alfombra rosada del salón.

«Bueno -pensó-, cuando vuelva a Los Ángeles, todas estas experiencias me darán pie para conversaciones fascinantes en cócteles y fiestas.» Se imaginó en una fiesta en Beverly Hills, regalando a la dueña de casa con historias sobre la manera de barrer estiércol de caballo, recoger huevos de gallina, castrar terneros -un aspecto del asunto que trataría de embellecer-, y además montar a caballo.

Algo completamente distinto a los ranchos que algunas estrellas de Hollywood se daban el gusto de tener. Y luego agregaría que también había habido un psicópata suelto por allí.

Se estremeció y se arrebujó en su abrigo. «Sácatelo de la cabeza -se dijo-. No ganas nada con pensarlo.»

Entonces vio a Willa en el porche, de pie en el segundo escalón y mirando las montañas. Petrificada, pensó Tess, igual que la hija de Midas. Y no sabe el

espectáculo maravilloso que es. Willa era la única mujer que Tess conocía que no tenía un verdadero concepto de su poderío como mujer. Para Willa todo se reducía al trabajo, a la tierra, los animales, los peones.

Estaba preparando un comentario sarcástico cuando, al acercarse, alcanzó a verle la cara. Destrozada. El sombrero colgaba sobre su espalda sobre una verdadera cascada de pelo suelto. Su espalda era derecha como un flecha, en el mentón tenía una expresión decidida. Su apariencia debería ser confiada, hasta arrogante. Pero la expresión de sus ojos era la de un ser acosado y ciego por lo que tal vez fuese sensación de culpa o un dolor crudo.

-¿Qué pasa?

Willa parpadeó. Fue el único movimiento que hizo. No volvió la cabeza, ni movió los pies.

-Acaba de estar la policía.

-¿Ahora?

-Hace apenas un rato. -Ya no tenía noción del tiempo que hacía que estaba allí de pie en el frío.

-Me parece que necesitas sentarte. -Tess subió un escalón, luego un segundo-. Entremos.

-Han averiguado quién era. -Willa seguía sin moverse pero su mirada se dirigió al lugar junto a los escalones donde encontraron el cuerpo de la muchacha-. Se llamaba Traci Mannerly. Tenía dieciséis años. Vivía en la ciudad de Dodge con sus padres y sus dos hermanos menores. Se escapó de su casa, por segunda vez, hace alrededor de seis semanas.

Tess cerró los ojos. No quería enterarse de su nombre, no quería conocer detalles. Era más fácil vivir sin saberlos.

-Entremos.

-Me dijeron que cuando la encontramos por lo menos hacía doce horas que había muerto. La tuvieron atada por las muñecas y los tobillos. Tenía quemaduras producidas por las sogas cuando luchó por liberarse.

-¡Basta!

-Y la violaron. Dicen que la violaron y sodomizaron repetidas veces. Y estaba... embarazada de dos meses. Estaba embarazada, tenía dieciséis años y era de Kansas.

-¡Ya basta! -repitió Tess. Le corrían las lágrimas por las mejillas y se abrazó a Willa.

Y allí se quedaron, meciéndose, sobre el escalón, llorando y abrazándose casi sin darse cuenta de que lo hacían. Un halcón chilló en las alturas. Las nubes se unieron para tapar el sol y amenazar con nieve. Y ellas seguían juntas, unidas por el miedo y el dolor que solo las mujeres conocen a fondo.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Tess en un suspiro, temblorosa-. ¡Oh, Dios! ¿Qué vamos a hacer?

-No sé. Simplemente ya no lo sé. -Willa no se apartó. Aunque se dio cuenta de que estaban estrechamente abrazadas en el viento cada vez más fuerte, permaneció donde estaba-. Yo soy capaz de dirigir este lugar. Soy capaz de hacerlo a pesar de todo esto. Pero no sé si soy capaz de pensar en esa chica.

-No nos hace bien pensar en eso. Podemos pensar en ¡os motivos, por qué la trajo hasta aquí. Podemos pensar en eso. Pero no en ella. Y podemos pensar en nosotras. -Retrocedió y se secó la cara empapada en lágrimas-. Será mejor que empecemos a pensar en nosotras. Creo que Lily y yo necesitamos que alguien nos enseñe a manejar un arma.

Willa le miró fijamente durante un momento y empezó a ver en ella algo más que la resplandeciente fachada de una mujer de Hollywood.

-Yo os enseñaré. -Respiró hondo para tranquilizarse y volvió a ponerse el sombrero-. Empezaremos ahora mismo.

-Es un asunto preocupante -comentó Ham mientras comía su guiso de mediodía.

Jim se sirvió un segundo plato y le guiñó un ojo a Billy.

-¿A qué te refieres, Ham?

La respuesta se demoró y oyeron disparos.

-Una mujer armada -dijo Ham con su tono seco y su manera de hablar lenta-. Y todavía más preocupantes son tres mujeres armadas.

-Te diré la verdad. -Jim hundió un trozo de pan en su plato y se lo llevó a la boca-. Considero que Tess resulta muy atractiva con un rifle al hombro.

Ham le dirigió una mirada de conmiseración.

-Muchacho, tú no tienes bastante trabajo para mantenerte ocupado.

-No hay cantidad de trabajo que impida que un hombre mire a una mujer bonita. ¿No es cierto, Billy?

-Tienes razón.

Aunque Billy no había pensado mucho en mujeres desde la víspera de Año Nuevo. Intentar hacer el amor con Mary Anne en el jeep fue fantástico, pero la experiencia espantosa de encontrar juntos el cadáver, ensombreció todo el acontecimiento.

-Pero me aterroriza -dijo, hablando con la boca llena-. Hace más de una semana que están practicando y todavía no he visto a Tess dar en el blanco. Hace que un hombre tenga miedo de salir mientras estén disparando.

-Os diré lo que pienso -dijo Jim, eructando y poniéndose de pie-. Creo que lo que necesitan es que un hombre les enseñe a hacerlo. Yo tengo unos minutos libres.

-No es necesario que nadie le enseñe a Will lo que se puede hacer con un arma -dijo Ham enseguida con orgullo. Después de todo fue él quien le enseñó a tirar-. Hasta con un ojo cerrado dispara mejor que tú o que cualquier otro en Montana. ¿Por qué no dejáis en paz a esas mujeres?

-Yo no pienso tocarlas -dijo Jim mientras se ponía el abrigo-. A menos que se me presente la oportunidad.

Salió y vio a Jesse bajando de un jeep.

-¡Hola, JC! -Sonriendo, levantó una mano-. Hace un par de semanas que no te veía.

-Estuve ocupado.

Sabía que se arriesgaba, que era un riesgo enorme estar en Mercy durante las horas del día. Visitaba a los peones siempre que podía, pero de noche, en las sombras. Los visitaba con bastante frecuencia y sabía que la puta de su mujer le abría las piernas a Wolfchild.

Pero eso podía esperar.

-Estuve en Ennis, comprando algunos repuestos. Acababan de recibir los que les encargasteis vosotros. -Le arrojó un paquete a Jim, luego se pasó un dedo por el bigote. Le empezaba a gustar eso de tener bigote-. Decidí traerlos.

-Gracias -dijo Jim, depositando el paquete en el piso-. Diría que ya es hora de que juguemos una buena partida de póquer.

-Yo estoy dispuesto. ¿Por qué no venís esta noche a Three Rocks? -Esbozó su más encantadora sonrisa-. Os aseguro que os mandaré de vuelta con los bolsillos más ligeros.

-Tal vez lo hagamos. -Volvió la cabeza al oír los disparos y lanzó una risita-. Tenemos a nuestras tres mujeres practicando tiro. Yo estaba por darles algunas instrucciones.

-Las mujeres deberían mantenerse alejadas de las armas de fuego. -Jesse sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció.

-Están aterrorizadas. Supongo que estarás al corriente de que hubo problemas por aquí.

-Por supuesto. -Jesse exhaló una bocanada de humo y se preguntó si se arriesgaría a echarle una mirada a Lily a plena luz del día-. Un mal asunto. Era una jovencita, ¿verdad? ¿De Nebraska?

-Me dijeron que era de Kansas. Que se escapó de casa. Y la mataron como a un perro.

-Las chicas jóvenes deberían quedarse en sus casas, como corresponde. -Entrecerrando los ojos, Jesse estudió la brasa de su cigarrillo-. Aprender a ser esposas. Si me lo preguntan, lo que creo es que hoy en día a las mujeres les gustaría ser hombres. -Esa vez en su sonrisa hubo cierta maldad-. Por supuesto que eso no os debe molestar a vosotros, considerando que tenéis a una mujer por patrón.

Jim se puso tenso pero consiguió asentir.

-No puedo decir que por lo general eso me moleste demasiado. Pero Will sabe lo que es dirigir un rancho.

-Tal vez. Pero por lo que me han dicho, el próximo otoño tendrán tres mujeres por patronas.

-Ya veremos. -Su agradable expectativa de lucirse ante las mujeres se desvaneció. Levantó el paquete-. Gracias por habernos traído esto.

-No hay problema. -Jesse se volvió hacia el jeep-. No dejéis de venir esta noche. Y traed dinero. Tengo la sensación de que la fortuna me sonríe.

-Sí. -Fastidiado, Jim se acomodó el sombrero y miró partir el jeep-. ¡Pedazo de imbécil! -murmuró mientras volvía a entrar a la casa de los peones.

En el improvisado campo de tiro, detrás del granero, Lily se estremeció.

-¿Tienes frío? -preguntó Tess.

-No. Fue solo un escalofrío. -Pero se descubrió mirando por encima del hombro para ver los cromados de un jeep que partía-. Pasó un ángel sobre mi tumba -murmuró.

-Bueno, ¡eso sí que es alegre! -Tess volvió a ponerse en posición y disparó contra una lata con una pequeña Smith & Wesson para mujer, lo que Willa llamaba una pistola de bolsillo. Y erró. Como por un kilómetro de distancia-. ¡Mierda!

-Siempre te queda la posibilidad de pegarle con la culata del arma contra la cabeza -dijo Willa, colocándose detrás de Tess y estudiando la posición del brazo de su hermana-. Concéntrate.

-Me estaba concentrando. Pero no es más que una bala pequeña. Si fuese una pistola más grande, como la tuya...

-Te caerías de culo cada vez que la dispararas. Utilizarás un arma de pequeño calibre hasta que sepas lo que estás haciendo. Vamos, hasta Lily da en el blanco cinco veces de cada diez.

-Todavía no he adquirido la costumbre. -Volvió a disparar, frunció el entrecejo-. Esa estuvo más cerca. Estoy segura de que estuvo más cerca.

-Sí, a este paso dentro de un año podrás balear el costado del granero.

Willa desenfundó una Colt del ejército que llevaba en la cintura. La 45 era un arma grande, y pesada, pero a ella le gustaba. Para lucirse un poquito, derribó seis latas con seis disparos.

-La maldita Annie Oakley -susurró Tess, odiando la sensación de admiración y de envidia que sentía-. ¿Cómo diablos lo haces?

-Concentración, una mano firme y una mirada fija. -Sonriente, volvió a deslizar el arma dentro de su estuche-. Tal vez en tu caso te haga falta algo más. Un apoyo psicológico. ¿Odias a alguien?

-¿Aparte de a ti?

Willa apenas alzó una ceja.

-¿Quién fue el primer tipo que te dejó plantada y te destrozó el corazón?

-A mí nadie me deja plantada, campeona. -Pero enseguida hizo una especie de puchero-. Sí, fue Joey Columbo en sexto grado. El hijo de puta me dio cuerda y después me dejó por mi mejor amiga.

-Imagina su cara en esa lata sobre el poste del alambrado y métele una bala entre los ojos.

Tess apretó los dientes, e hizo puntería. El dedo le tembló sobre el gatillo. Después bajó el arma con una carcajada.

-¡Dios! No puedo disparar contra una criatura de diez años.

-Pero ahora es todo un hombre, vive en Bel Air y no deja de reírse de la tonta jovencita a quien dejó plantada en sexto grado.

-¡Cretino! -En ese momento disparó mostrando los dientes-. ¡Le di! -gritó mientras bailoteaba feliz, y Willa le quitó el arma de la mano antes de que se disparara un tiro en el pie-. Se movió.

-Posiblemente haya sido el viento.

-¡Qué va a ser el viento! ¡Maté a Joey Columbo!

-No fue más que una herida superficial.

-Está tendido en el piso, observando la vida que pasa ante sus ojos.

-Estás empezando a disfrutar demasiado de esto -decidió Lily-. Yo simplemente imagino que estoy en uno de esos parques de diversiones y que quiero ganar el osito de peluche que dan como premio. -Se ruborizó al ver que sus dos hermanas se volvían a mirarla-. Bueno, a mí me da resultado.

-¿De qué color? -preguntó Willa después de unos instantes de silencio-. ¿De qué color es el osito? -explicó.

-Rosa. -Ante la carcajada de Tess, Lily la miró desafiante-. Me gustan los ositos de color rosa. Y he ganado más de una docena mientras tú tirabas al aire.

-Ah, ahora se está poniendo desagradable! Creo que deberíamos organizar un concurso. No contigo, asesina -dijo Tess, apartando a Willa de un codazo-. Solo yo y la enamorada de los ositos. -Se inclinó hacia Lily-. Veremos si eres capaz de soportar la presión, hermana.

-Entonces, sugiero que carguéis vuestras armas -dijo Willa, inclinándose para tomar las balas-. Las dos tenéis las pistolas vacías.

-¿Y qué gana la mejor? -preguntó Tess mientras volvía a cargar cuidadosamente la pistola-. Aparte de la satisfacción del triunfo. Nos hace falta un premio. Yo funciono mejor cuando tengo una meta clara.

-La perdedora se encargará de lavar la ropa durante una semana -decidió Willa-. A Bess le vendrá bien un descanso.

-¡Ah! -exclamó Lily, irguiéndose-. Me gustaría mucho...

-¡Cállate la boca, Lily! -Willa miró a Tess-. ¿De acuerdo?

-¿Lavar la ropa de todo el mundo, incluyendo ropa interior?

-Incluyendo tus bragas francesas.

-Y a mano. Nada de sedas en la lavadora. -Satisfecha con el trato, Tess dio un paso atrás-. Tú primero -le dijo a Lily.

-Doce disparos cada una, en dos cargas de seis. Cuando quieras, Lily.

-Está bien.

Respondió hondo, recordó todo lo que Willa le había enseñado acerca de la postura, la respiración. Tardó días enteros en no cerrar los ojos cada vez que apretaba el gatillo, y estaba orgullosa de sus progresos. Disparó con lentitud, con tranquilidad y vio volar cuatro botes.

-Cuatro de seis. Nada mal. Bajen las armas, señoras -ordenó Willa mientras se dirigía a recolocar las latas.

-Yo también puedo hacerlo. -Tess cuadró los hombros-. Soy capaz de darles a todas. Todas son ese cretino pecos llamado Joey Columbo. Apuesto a que ya debe andar por su segundo divorcio.

Las sorprendió a las dos incluso a sí misma, al derribar tres latas.

-También le di a esa otra. Oí que hizo «ping».

-Es cierto -dijo Lily con generosidad-. Hemos empatado.

-Vuelvan a cargar sus armas.

Divertida, Willa se encaminó a colocar los blancos en su lugar. Al volverse y ver que Nate se les acercaba, levantó un brazo en un gesto de saludo.

-¡No disparéis! -Nate levantó los brazos cuando Lily y Tess se volvieron hacia él-. No estoy armado.

-¿Quieres ponerte una manzana sobre la cabeza?

Parpadeando para lucir sus largas pestañas, Tess se le acercó y lo recibió con un beso.

-Ni siquiera por ti, Ojo Avizor.

-Estamos en pleno concurso de tiro -le informó Willa-. Te toca a ti, Lily. Veo un gigantesco osito de peluche en tu futuro. -Rió y colocó los brazos en jarras-. Tenías que estar aquí -le dijo a Nate al ver que Lily daba en el blanco cinco veces de seis-. Contrátala para el Espectáculo del salvaje oeste. Supera eso, Hollywood.

-Puedo hacerlo.

Pero tenía las palmas de las manos sudadas. Percibió esa mezcla de colonia y olor a caballos tan típica de Nate y movió los hombros tensos. Apuntó, apretó el gatillo y erró los seis tiros.

-Estaba distraída -alegó mientras Willa vitoreaba y levantaba el brazo de la vencedora-. Tú me has distraído -le dijo a Nate.

-Querida, eres una maravilla. No todo el mundo puede errar seis tiros, uno detrás del otro.

Con cautela Nate le quitó el arma de la mano, a pesar de que estaba descargada, y trató de consolarla con un beso.

Willa rió.

-No olvides separar la ropa blanca, lavandera. Y recoge los casquillos.

Cuando Lily y Tess empezaron a recoger los casquillos, Lily se acercó a su hermana con disimulo.

-Te ayudare -susurró.

-¡Ni lo sueñes! Una apuesta es una apuesta. -Tess ladeó la cabeza-. Pero la próxima vez lucharemos con los puños.

-Voy a Ennis a comprar algunos comestibles -comunicó Nate mientras hacía desesperados esfuerzos por no mirar fijamente el trasero de Tess que se le marcaba mientras recogía los casquillos-. Vine a ver si os hacía falta algo.

«¡Qué vas a venir para eso!», pensó Willa al notar la dirección de la mirada de su amigo.

-Gracias, pero Bess estuvo allí hace un par de días y compró una cantidad de provisiones.

Tess se irguió.

-¿Quieres que te acompañe?

-Me encantaría.

Tess no apartó la mirada de la de Nate mientras dejaba caer un puñado de casquillos en la mano de Willa.

-Iré a buscar mi bolso. -Enlazó su brazo con el de Nate y miró a sus hermanas por encima del hombro-. Avisad a Bess de que no volveré a comer.

-Lo único importante es que vuelvas el día del lavado -le gritó Willa-. No hay duda de que lo tiene agarrado por las pelotas -comentó luego en voz baja.

-A mí me parece que hacen una buena pareja -contestó Lily-. Nate es buen mozo y tranquilo. Y cada vez que ve a Tess no puede menos que sonreír.

-Porque sabe que terminará con los pantalones enredados alrededor de los tobillos. -Rió ante la mirada de desaprobación de Lily-. Me alegro por ellos. Lo que pasa es que a mí el sexo no me entusiasma.

-¿Le tienes miedo?

Considerando de quien venía, la pregunta fue tan intempestiva, que Willa se quedó con la boca abierta.

-¿Cómo?

-Yo le tenía pánico. Antes de Jesse, con él, y también después. -De forma automática, Lily se dirigió a juntar los blancos-. Creo que es natural tener miedo antes, ¿sabes? Cuando una no sabe cómo serán las cosas, y teme hacer algo mal o el papel de tonta.

-Es una cuestión bastante sencilla. ¿Qué se puede hacer mal?

-Un montón de cosas. Yo hice mal muchas cosas. O creí que las hacía. Pero con Adam no tuve miedo. Por lo menos desde el momento en que me di cuenta de que me quería. Con Adam no tuve nada de miedo.

-¿Quién puede tener miedo con Adam?

Lily sonrió tímidamente, y enseguida se puso seria.

-No has dicho nada acerca de... Ya sé que estás enterada de que estoy... con él. -Exhaló una bocanada de aire, la vio convertirse en niebla en el frío y luego desaparecer-. Que me acuesto con él.

-¿En serio? -preguntó Willa con un leve tono de burla-. Creía que te esperaba todas las noches en la puerta lateral, y que luego te acompañaba de regreso al amanecer porque participabais en un torneo de canasta en secreto. ¿Quieres decir que hacéis el amor? ¿Que tenéis sexo? Me escandalizas!

Lily recuperó su sonrisa.

-Adam dijo que no engañaríamos a nadie.

-¿Y por qué ibais a querer engañar a alguien?

-Adam... Adam me pidió que me mudara a su casa, pero yo no sé si te parecerá bien. Es tu hermano.

-Lo haces feliz.

-Es lo que quiero. -Vaciló, luego sacó una cadena que llevaba debajo de la camisa y mantuvo los dedos cerrados sobre algo que colgaba de ella-. Quiere... Me dio esto.

Willa se acercó a mirar lo que tenía Lily en la palma de la mano. Era un anillo sencillo, de oro con un dibujo de diamantes.

-Era de mi madre -susurró Willa, y sintió que se le cerraba la garganta-. Se lo dio el padre de Adam el día que se casaron. -Levantó la vista para mirar a Lily-. Adam te ha pedido que te cases con él.

-Sí. -Y lo hizo de una manera maravillosa, recordaba Lily, con palabras sencillas y silenciosas promesas-. Yo todavía no he podido darle una respuesta. Antes arruiné tanto las cosas que... -Se interrumpió y se maldijo-. Estuve en un lío tan grande antes -se corrigió-. Y hace muy pocos meses que estoy aquí. Sentí que tenía que hablar primero contigo.

-No tiene nada que ver conmigo. Absolutamente nada -insistió Willa al ver que Lily empezaba a protestar-. Esto es solo entre tú y Adam. A mí me queda la alegría de ser muy feliz. Saca ese anillo de la cadena, Lily, pónelo y ve a buscarlo. No, no llores -se inclinó para besar la mejilla de Lily-. Adam creará que algo anda mal.

-Estoy enamorada de él. -Deslizó la cadena sobre su cabeza y desenganchó el anillo-. Lo quiero con toda el alma, lo adoro. Me queda bien -informó cuando se puso el anillo en el dedo-. El dijo que me cabría.

-Perfectamente -convino Willa-. Ve a decírselo. Yo terminaré con esto.

Mientras avanzaban a tumbos por el camino de acceso, Tess se desperezó.

-Tienes buen aspecto para ser alguien que acaba de perder un concurso de tiro.

-Es que estoy contenta. No sé por qué. -Bajó los brazos, observó el paisaje, las montañas cubiertas de nieve, la impresionante extensión de tierra-. La vida es un desastre. Todavía hay un loco asesino suelto y hace dos meses que no voy a la manicura. Estoy absolutamente fascinada con la posibilidad de ir a un pueblecito de mala muerte para mirar vidrieras. ¡Dios me ayude!

-Tus hermanas te gustan. -Nate se encogió de hombros ante la mirada indiferente de ella-. A pesar de vosotras mismas, os habéis conocido y os tenéis simpatía. Os observé a las tres juntas allí fuera, y te digo que vi una unidad.

-Una meta común, eso es todo. Nos estamos protegiendo y protegemos nuestra herencia.

-¡Mentira!

Ella frunció el entrecejo, cruzó los brazos.

-Vas a arruinar mi buen humor, Nate.

-Acabo de ver a las mujeres de Mercy. Trabajo en equipo, afecto.

-¡Las mujeres de Mercy! -Rió con descuido, luego frunció los labios. «Te suena a cierto, no es así?», se preguntó-. Tal vez ya no piense que Will es tan grotesca como creía. Pero es porque se está adaptando.

-¿Y tú no?

-Por qué me voy a tener que adaptar yo? Nunca tuve nada de malo. -Le pasó un dedo por el muslo-. ¿O crees que sí?

-Aparte de ser orgullosa, ingobernable y cabeza dura, nada. -Siseo entre dientes cuando los dedos de Tess subieron por su pierna, encontraron su punto débil y lo pellizcaron.

-Y a ti te encanta. -Inspirada, se quitó el abrigo.

-¿Tienes calor? -De manera automática, Nate subió el aire acondicionado.

-Lo voy a tener -contestó Tess mientras se quitaba el suéter por encima de la cabeza.

-¿Qué haces? -La sorpresa hizo que Nate perdiera el dominio del vehículo-. ¡Vuelve a ponerte eso enseguida!

-Uh, uh. Estaciona. -Y se desabrochó el sostén de modo tal que los pechos se le derramaron sobre el cuerpo.

-Estamos en un camino público. Y en pleno día.

Ella estiró una mano, le bajó el cierre del pantalón y lo encontró listo.

-¿Y eso qué?

-¿Te has vuelto loca? Puede venir cualquiera y... ¡Dios santo, Tess! -logró decir cuando ella bajó la cabeza y apoyó la boca sobre su pene-. No puedo conducir así. ¡Nos mataremos!

-Aparca -repitió ella, pero ya no en tono de broma. En ese momento era presa de una necesidad urgente y le abrió la camisa de un tirón-. ¡Oh Dios, te quiero dentro de mí! Dentro por completo. Rápido. Ahora.

El jeep patinó, las ruedas desestabilizadas, pero Nate consiguió llegar hasta la acera sin que volcaran. Pisó el freno con fuerza, se quitó el cinturón de seguridad. Con un movimiento rudo la puso de espaldas mientras luchaba con los vaqueros de Tess.

-Nos arrestarán -jadeó.

-Estoy dispuesta a arriesgarme. Date prisa.

-Nosotros... ¡Oh, Dios! -Debajo del vaquero no había nada más que el cuerpo de Tess-. Te podrías haber congelado. ¿Por qué no te pusiste algo de abrigo?

-Debo ser psíquica. -Pero en ese momento estaba sencillamente desesperada y arqueó el cuerpo. Su quejido fue profundo y se confundió con el de Nate cuando él la penetró.

Entonces solo hubo gemidos y jadeos. Las ventanillas se cubrieron de vapor, el cuero del asiento chirriaba, y acabaron casi al unísono después de menos de una docena de embates.

-¡Dios santo! -De haber tenido espacio, se habría desmoronado sobre ella-. Debo de estar loco.

Tess abrió los ojos y comenzó a reír. Reía a carcajadas hasta el punto de que empezaron a dolerle las costillas.

-Nate, el respetado abogado y sal de la tierra, ¿cómo diablos vas a explicar las marcas de mis botas sobre el techo de tu jeep?

Nate levantó la mirada, las estudió y lanzó un suspiro.

-Más o menos como voy a tener que esmerarme en explicar por qué no conservo un solo botón de esta camisa.

-Te compraré una nueva. -Tess se sentó, consiguió localizar su sostén y se lo puso. Se arregló un poco el pelo y recogió el suéter-. Vamos a hacer la compra.

¿Tienes un minuto, Will?

Willa levantó la mirada de los papeles que cubrían el escritorio e hizo un esfuerzo para no pensar en cifras. ¡Dios! Qué cara era la semilla forrajera; pero si pensaban resembrar quería empezar enseguida. Los pesos de los animales nacidos y de los destetados giraban en su cabeza cuando cerró el libro mayor.

-Perdón. Por supuesto, Ham. ¿Algún problema?

-No exactamente.

Se sentó con el sombrero en la mano. El invierno había sido duro con sus huesos. La edad es dura con los huesos, se corrigió, y con cada invierno que pasaba empezaba a sentir más los años.

-Fui al corral de engorde, tal como querías. Parece que va bien. ¿Conoces a Beau Radley del rancho High Springs?

-Sí, me acuerdo de Beau.

Se puso de pie para agregar otro leño al fuego. Conocía los huesos de Ham tanto como los conocía Ham mismo.

-¡Dios mío, Ham! Debe de tener ochenta años.

-Me dijo que esta primavera ha cumplido ochenta y tres. Y te aseguro que conversando con él es difícil meter baza.

Ham depositó el sombrero sobre sus rodillas y tamborileó los dedos sobre el brazo del sillón.

Resultaba extraño estar sentado allí, donde había estado tantas veces, y ver a Willa detrás del escritorio con una taza de café a su lado, en lugar del viejo con un vaso de whisky en la mano.

¡Santo Dios, cómo bebía ese hombre!

Willa luchaba por contener su impaciencia. Cuando Ham quería llegar a alguna parte, se tomaba su tiempo y el de todos los demás. Ella muchas veces pensaba que hablar con él debía parecerse a ver el movimiento de un glaciar. Nacían y morían generaciones enteras antes de que uno llegara al fin de la cuestión.

-¿Beau Radley, Ham?

-A-já. Supongo que sabrás que el hijo se mudó a Scottsdale, Arizona. Hace más o menos veinte o veinticinco años. Ese es Beau junior.

Quien, según los cálculos de Willa, debía tener como sesenta.

-¿Y?

-Bueno, la esposa de Beau, es Heddy Radley. Es la que hace esos pickles de melón que siempre ganan el primer premio en la feria del condado. Parece que tiene una artritis muy fuerte.

-Lamento enterarme de eso.

Si el invierno cedía pronto, reflexionó Willa dejando vagar sus pensamientos, averiguaría si Lily no tenía ganas de sembrar una huerta. Una verdadera huerta.

-El invierno ha sido duro -comentó Ham-. No parece querer aflojar y nos acercamos a la época de los partos.

-Ya sé. Estoy pensando en agregar otro establo para partos.

-Podría ser una idea -contestó Ham sin comprometerse, luego sacó la bolsa de tabaco y comenzó a liar un cigarrillo-. Beau va a vender y se mudará a vivir con su hijo en Scottsdale.

-¿En serio?

Willa prestó toda su atención. High Springs tenía excelentes pasturas.

-Done le propuso que hiciera negocio con uno de esos urbanizadores. -Al decirlo Ham tenía la lengua apoyada sobre el papel y escupió con suavidad. Willa no habría podido decir si el gesto estaba dirigido al tabaco o a los urbanizadores-. Van a subdividir el terreno, erigir algún rancho falso y criar esos malditos búfalos.

-¿El trato está cerrado?

-Me dijo que sí, que le pagaron tres veces lo que vale el terreno para un rancho ganadero. ¡Esos chacales de la ciudad!

-Bueno, entonces ya no hay remedio. Nunca podríamos ofrecerle la misma cantidad de dinero. -Se pasó las manos por la cara, pero las bajó cuando se le ocurrió otra idea-. ¿Y qué piensa hacer con sus equipos, su ganado, sus caballos?

-A eso quería llegar.

Ham exhaló una bocanada de humo y la miró ascender hasta el cielo raso. Willa imaginó la creación de nuevas ciudades, la tierra aplanada, el nacimiento de nuevas estrellas.

-Tiene una enfardadora nueva. Apenas la ha usado tres temporadas. Estoy seguro de que a Wood le gustaría tenerla. No valoro demasiado sus caballos, pero Beau es un buen criador de ganado. -Hizo una pausa y siguió fumando-. Le dije que creía que pagarías cincuenta por cabeza de los animales que tiene en el corral de engorde. No pareció disgustado por el precio.

-¿Cuántas cabezas?

-Alrededor de doscientos excelentes Herefords.

-Está bien. Cierra el trato.

-Bueno. Pero hay más. -Ham golpeó el cigarrillo para que cayera la ceniza y se recostó contra el respaldo del sillón. El fuego de la chimenea era agradable, el sillón, blando-. Beau tiene dos peones. Uno es un estudiante que acaba de llegar de Bozeman. Uno de esos tipos que son especialistas en ganadería. Beau dice que tiene ideas grandiosas, pero que es muy inteligente. Sabe todo lo que hay que saber sobre cruces y trasplante de embriones. A Ned Tucker, el otro, lo conoce hace más de diez años. Buen vaquero, excelente trabajador.

-Contrátalos -dijo Willa sin vacilar-. Con el mismo sueldo que reciben en High Springs.

-Le dije a Beau que suponía que reaccionarías así. Le gustó la idea. Le tiene cariño a Ned. Quiere dejarlo instalado en un buen rancho. -Empezó a ponerse de pie, pero se volvió a sentar-. Tengo que decirte otra cosa.

Willa alzó las cejas.

-Entonces dila.

-Tal vez creas que yo ya no soy capaz de hacer mi trabajo.

La expresión de Willa fue de sorpresa, de la más pura sorpresa.

-¿Por qué voy a creer eso? ¿Y por qué sospechas tú que lo creo?

-Tengo la impresión de que estás haciendo tu trabajo y además la mitad del mío, y un poco del de todos los demás. Cuando no estás aquí metida, estudiando los papeles, estás a caballo revisando alambrados, examinando pasturas, controlando el equipo, curando animales.

-Ahora estoy a cargo del rancho y sabes perfectamente que sin ti no podría dirigirlo.

-Tal vez sí. -Pero era apenas el principio de lo que quería decir y acababa de lograr la plena atención de Willa-. Y tal vez me haya estado preguntando qué demonios quieres demostrarle a un muerto.

Ella abrió la boca, la cerró, tragó con fuerza.

-No sé de qué diablos estás hablando.

-¡Por supuesto que lo sabes! -El enojo apuró sus palabras y la obligó a levantarse del sillón-. ¿Crees que no veo, que no sé? ¿Crees que alguien que te curó cuando te hacía falta y que te vendó las heridas no sabe lo que sucede dentro de tu cabeza? Escúchame muchacha, porque ya eres demasiado grande para que te ponga sobre mis rodillas, como lo hacía antes. Te puedes romper el alma de aquí a la eternidad y a Jack Mercy no le importará un carajo.

-Ahora este rancho es mío -contestó ella con tranquilidad-. Por lo menos la tercera parte de las tierras son mías.

Ham asintió, satisfecho de oír un resabio de resentimiento en su tono.

-Sí, y él te golpeó también con eso, lo mismo que te golpeó durante toda la vida. No hizo por ti lo que correspondía, lo que habría estado bien. Tal vez ahora yo tenga una mejor opinión de esas dos muchachas de la que tenía cuando llegaron, pero no se trata de eso. Jack te hizo lo que te hizo porque podía y eso es todo. Y además trajo gente ajena a Mercy para que inspeccionara lo que hacías.

A pesar de que se estaba enfureciendo, Willa se dio cuenta de algo que había pasado por alto.

-Debiste haber sido tú -dijo en voz baja-. Lo siento, Ham. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. El supervisor del rancho durante este año debiste haber sido tú. Debí pensarlo antes, debí comprender hasta qué punto te tiene que haber resultado insultante.

Era insultante, pero con insultos, algunos insultos, él era capaz de vivir.

-No te estoy pidiendo que pienses en eso. Además no me siento especialmente insultado. Era típico de él.

-Sí. -Willa suspiró-. Era típico de él.

-No tengo nada contra Ben y Nate. Son buenos hombres. Justos. Y habría que ser un imbécil para no saber lo que se proponía Jack trayendo a Ben para que anduviera cerca del rancho. Cerca de ti. Pero no estoy hablando de eso. -Le hizo un gesto con la mano al ver que ella tenía el entrecejo fruncido-. No tienes nada que demostrarle a Jack Mercy y ya es hora de que alguien te lo diga a la cara. -Asintió con rapidez-. Así que te lo estoy diciendo.

-Es que no puedo olvidarlo. Era mi padre.

-Extraemos esperma de un toro y se lo inyectamos a una vaca y eso no conviene al toro en padre.

Sorprendida, Willa se puso de pie.

-Jamás te he oído hablar así de él. Creí que erais amigos.

-Lo respetaba como ganadero. Nunca dije que lo respetara como hombre.

-Entonces ¿por qué te quedaste aquí tantos años?

Él la miró y meneó la cabeza con lentitud.

-Esa sí que es una pregunta tonta!

«Por mí», pensó ella, y se sintió a la vez tonta y humillada. Incapaz de mirarlo a la cara, se volvió hacia la ventana.

-Me enseñaste a montar.

-Alguien tenía que hacerlo. -Se le puso ronca la voz y tuvo que aclararse la garganta-. Antes de que te rompieras el cuello como una tonta subiéndote a un caballo cuando nadie te veía.

-A los ocho años, cuando me caí y me rompí el brazo, tú y Bess me llevasteis al hospital.

-La mujer estaba demasiado nerviosa para llevarte sola y, toda vía menos, para conducir. Lo más probable es que hubiera destrozado el jeep. -Se movió inquieto e hizo tamborilear sus dedos regordetes.

Si su mujer hubiera vivido en lugar de morir antes de los dos años de casados, tal vez habrían tenido hijos propios. Pero dejó de pensar en eso y en la carencia que le provocaba, porque estaba Willa a quien tenía que cuidar.

-Y no estoy hablando de todo eso. Hablo de este momento. Tienes que bajar un poco el ritmo de tu trabajo, Will.

-¡Es que suceden tantas cosas, Ham! No puedo olvidarme de esa chica y de Pickles. Si me quedo quieta, los veo.

-No puedes hacer nada para modificar lo sucedido, ¿verdad? Y no hiciste nada para que sucediera. Ese cretino está haciendo lo que hace, porque puede hacerlo.

Era demasiado parecido a lo que había dicho de su padre y, al comprenderlo, Willa se estremeció.

-No quiero tener otra muerte en mi conciencia, Ham. Creo que no podría soportarlo.

-¡Maldita sea! ¿Por qué no escuchas? -El grito furioso la obligó a volverse y mirarlo-. No las tienes en la conciencia y sí lo crees, eres una tonta de capirote. Lo que sucedió, sucedió, y eso es todo. Y a este rancho tampoco le hace falta que andes recorriendo cada metro de terreno las veinticuatro horas del día. Ya es hora de que trates de ser mujer durante un rato.

Willa se quedó con la boca abierta. Ham no tenía la costumbre de gritar, a menos que alguien le hiciera perder por completo la paciencia. Y no recordaba que jamás se hubiera referido a su sexo.

-¿Y eso exactamente qué significa?

-¿Cuándo fue la última vez que te pusiste un vestido y saliste a lucir tus tacones altos? -preguntó él, aunque se ruborizó al tener que decirlo-. Y no cuento la fiesta de Año Nuevo y esa cosa que te pusiste y que logró que a todos los muchachos se les hiciera la boca agua.

Willa no pudo menos que reír ante esa frase e, intrigada, se instaló sobre un rincón del escritorio.

-¿En serio?

-Si yo hubiera sido tu padre, te habría mandado arriba enseguida para que te pusieras un vestido como la gente. Y te habría dado una buena bronca. -Avergonzado por el exabrupto, se puso el sombrero-. Pero eso ya pasó, también. Lo que te estoy preguntando en este momento es por qué no haces que ese chico McKinnon te invite a comer al pueblo o a ver una película o algo por el estilo, en lugar de pasarte la vida con las piernas enfundadas en un par de botas llenas de barro. Eso es lo que te estoy preguntando.

-Y no cabe duda de que esta tarde has tenido mucho que preguntar. -Lo cual quiere decir que son reflexiones que se ha estado guardando, pensó-. Exactamente ¿qué te hace creer que me interesaría salir a comer con Ben McKinnon?

-Hasta un ciego habría visto lo pegados que estabais cuando simulabais estar bailando. -Decidió no comentar que durante la partida de póquer de la semana anterior en Three Rocks, Ben se dedicó a sonsacarle información acerca de ella. Las conversaciones que se mantenían durante una partida de póquer eran tan sagradas como el secreto de confesión-. Es todo lo que tengo que decir del asunto.

-¿Seguro? -preguntó ella con dulzura-. ¿No tienes ninguna observación que hacer sobre mi dieta alimentaría, mi higiene personal, mi capacidad social?

«Es una insolente», pensó Ham, conteniendo una sonrisa.

-No comes ni siquiera lo necesario para satisfacer a un conejo, pero eres limpia. Y, por lo que veo, no tienes la menor capacidad social. -Se alegró de haberla hecho fruncir de nuevo el entrecejo-. Tengo que trabajar. -Empezó a salir y de repente se detuvo en seco-. Me han comentado que Stu McKinnon no anda bien.

-¿El señor McKinnon está enfermo? ¿Qué le pasa?

-Solo un poco de gripe, pero parece que no se siente nada bien. Bess acaba de hacer un pastel de batatas. Sería agradable que se lo llevaras. A él le encantan las batatas y le encantas tú. Sería una muestra de buena vecindad.

-Y podría tratar de adquirir un poco de capacidad social. -Miró el escritorio, los papeles, el trabajo que tenía. Después volvió a mirar al hombre que le había enseñado todo lo que valía la pena saber-. Está bien, Ham. Iré a verlo.

-Eres una buena chica, Will -dijo él y salió.

Le había dado bastante en qué pensar durante el trayecto hasta el rancho de McKinnon. Dos peones nuevos, doscientas cabezas más de ganado. Su propia y tozuda necesidad de demostrar de lo que era capaz, ante un hombre a quien nunca le importó.

Y, tal vez, su falta de sensibilidad hacia un hombre que siempre la quiso y que siempre estuvo allí cuando lo necesitó.

¿Se habría estado entrometiendo en el terreno de Ham durante los últimos meses? Era probable. Eso, por lo menos, lo podía solucionar. Pero lo que dijo del asesino, por sensato que fuera, no lograba borrar su sentido de responsabilidad.

Ni su miedo.

Se estremeció y subió el aire acondicionado del jeep. El camino estaba firme, no presentaba dificultades. La nieve estaba amontonada a los lados, de manera que era como avanzar a través de un túnel blanco con picos blancos que se alzaban hacia el cielo de un azul profundo.

Al noroeste había habido una avalancha que enterró a tres esquiadores. Y algunos cazadores que acampaban en las tierras altas fueron sorprendidos por una tormenta de nieve y hubo que sacarlos de allí con un helicóptero y sufriendo un principio de congelamiento. Un rancho vecino perdió algunos de sus mejores animales, muertos por pumas hambrientos. Y dos muchachos que intentaban escalar el Bitterroots se habían perdido.

Y en alguna parte, a pesar de la brutal inclemencia del tiempo, acechaba un asesino.

La zona de esquí de Big Sky estaba haciendo un negocio fabuloso. Los cazadores más afortunados aseguraban que ese año la caza era tan abundante que casi no hacía falta tener armas de fuego. Ya empezaban a nacer los potrillos y el ganado engordaba en corrales de engorde y en las pasturas de los valles.

A pesar de la vida y la prosperidad, la muerte se cernía demasiado cerca.

Lily estaba radiante de felicidad y ella y Adam planeaban casarse durante la primavera. Tess había convencido a Nate de que fueran a pasar un fin de semana en un elegante hotel de una estación de esquí. Y Ham quería que ella se pusiera sus zapatillas de baile.

Estaba aterrorizada.

Y apretó los frenos con todas sus fuerzas para no atropellar a un ciervo de enorme cornamenta. El jeep patinó, giró sobre sí mismo y terminó cruzado sobre el camino mientras el ciervo solo alzaba la cabeza y contemplaba el espectáculo con ojos aburridos.

-¡Ah! Eres una belleza, ¿verdad?

Riendo de sí misma, Willa apoyó la cabeza sobre el volante mientras el corazón poco a poco se le salía de la garganta y volvía a ocupar su posición lógica en el pecho. Pero volvió a saltarle cuando alguien golpeó el vidrio de la ventanilla.

No conocía a ese hombre. Tenía cara de buena persona, angelical, apuesto, enmarcado por una mata de pelo entre dorado y castaño semioculto bajo un sombrero marrón. Los labios, rodeados de un bigote brillante, esbozaban una sonrisa. Willa metió la mano bajo el asiento para tomar su Ruger 38.

-¿Está bien? -preguntó el hombre cuando ella bajó apenas unos centímetros el vidrio-. Yo venía detrás de usted, vi que patinaba. ¿Se golpeó la cabeza o algo así?

-No, estoy bien. Solo me sobresalté. Debí estar más atenta.

-Qué enorme es, ¿verdad? -Jesse volvió la cabeza para observar al ciervo que se dirigió a un lado del camino y, de un solo salto, transpuso la montaña de nieve-. Ojalá tuviera mi rifle. Una cabeza como la de ese bicho quedaría muy bien en la casa de los peones. -Se volvió a acercar, divertido al ver la expresión de desconfianza y de miedo de Willa-. ¿Seguro que está bien, señorita Mercy?

-Sí. -Ella cerró los dedos sobre la culata de su arma-. ¿Lo conozco?

-No lo creo. Pero yo la he visto aquí y allá. Soy JC, y hace algunos meses que trabajo en Three Rocks.

Ella se relajó un poco, pero no bajó el vidrio de la ventanilla. El campeón de póquer.

Él le dedicó una sonrisa que era un arma tan contundente como la pistola de Willa.

-Así que ya me he ganado la fama de campeón? Debo decir que es un placer quedarme con su dinero. Me refiero a hacerlo indirectamente, por intermedio de sus peones. Todavía la noto un poco pálida.

Se preguntó cómo sería al tacto la piel de Willa. Recordó que tenía sangre india y se le notaba. Nunca había poseído a una mujer de sangre india. ¿Y no sería una buena venganza para Lily que él se acostara con su propia hermana?

-Debería tomarse un minuto para recuperar el aliento. Si no tuviera buenos reflejos, en este momento estaría desenterrándola de la nieve acumulada al lado del camino.

-Le aseguro que estoy bien. -Tiene unos ojos maravillosos, pensó Willa. Fríos pero maravillosos. No tenía sentido que la pusieran tan a la defensiva-. Es una casualidad, pero voy a Three Rocks -continuó diciendo ella, decidida a trabajar por aumentar su sociabilidad-. Me han dicho que el señor McKinnon no anda muy bien.

-Tiene gripe. Estuvo bastante mal durante un par de días, pero ahora se siente un poco mejor. Y ustedes han tenido sus propios problemas en Mercy.

-Sí. - Instintivamente se echó atrás-. Será mejor que vuelva a su jeep. Hace demasiado frío para estar de pie a la intemperie.

-Sí, no cabe duda que el viento es bravo. Lo mismo que una mujer saludable. - Le guiñó un ojo y retrocedió-. Iré detrás de usted. Y dígame al viejo Jim que estoy dispuesto a retarle a una partida en cualquier momento.

-Lo haré. Gracias por haberse detenido.

-De nada. -Riendo por dentro, se llevó la mano al sombrero-. Señora.

Rió en voz alta al subir a su jeep. De manera que esa era la medio hermana mestiza de Lily. Apostaría a que le daría trabajo al hombre que la montara. Tal vez tendría que averiguarlo por sí mismo. Tarareó durante todo el trayecto de regreso a Three Rocks y cuando Will dobló hacia la casa principal, tocó bocina y la saludó con la mano.

Shelly abrió la puerta, con el bebé en brazos.

-¡Qué sorpresa, Will! ¡Pastel!

-Es para tu suegro -dijo Willa manteniéndolo fuera del alcance de su amiga-. ¿Cómo se siente?

-Mejor. Está volviendo loca a Sarah. Por eso estoy aquí en lugar de estar en casa. Trato de echarle una mano. Quítate el abrigo y ven a la cocina. -Palmeó la espalda del bebé-. Si quieres que te diga la verdad, Will, tengo miedo de quedarme sola en casa. Ya sé que es una tontería, pero tengo la sensación de que alguien me observa. Que vigilan la casa, que miran por las ventanas. Esta semana he hecho levantar a Zack tres veces para que se asegure de que las puertas están cerradas con llave. Antes nunca se nos ocurría echar la llave siquiera.

-Ya sé. En Mercy sucede lo mismo.

-¿No habéis tenido más noticias de la policía?

-No, nada interesante.

-Mejor que no hablemos de eso ahora. -Shelly bajó la voz cuando se acercaron a la cocina-. No tiene sentido angustiar a Sarah. ¡Mira a quién encontré! -anunció abriendo la puerta.

-¡Willa! -Sarah dejó las patatas que estaba pelando para preparar un guiso y se limpió las manos-. ¡Es una maravilla verte! Siéntate. Hay café preparado. ¡Un pastel!

Aunque nunca sabía cómo responder a las demostraciones espontáneas de afecto, Willa sonrió cuando Sarah le dio un beso en la mejilla.

-Para el inválido. Es uno de los famosos pasteles de batata que hace Bess.

-Tal vez eso lo mantenga ocupado y me deje un rato en paz. Dile a Bess que se lo agradezco muchísimo. Y ahora, siéntate, sírvete un poco de tarta con ese café y hablemos. Shelly y yo ya casi nos hemos quedado sin tema. Juro que con cada año que pasa el invierno se hace más largo y ruin.

-Beau Radley vende sus tierras y se muda a Arizona.

-¡No! -Sarah se abalanzó sobre la noticia como un ratón muerto de hambre sobre un trozo de queso-. ¡Esa sí que es una novedad!

-Le vendió las tierras a unos promotores. La van a utilizar para crear un lugar de deportes de invierno. Un rancho para gente de la ciudad. Y para criar búfalos.

-¡Dios mío! -Sarah lanzó un silbido mientras servía un café a su visita-. A Stu le dará un ataque cuando se entere.

-¿Cuando se entere de qué? -Stu entró a la cocina con el pelo plateado despeinado, luciendo un batín cómodo y gastado-. ¿Así que tenemos visitas y nadie me avisa? -Le guiñó un ojo a Willa y le palmeó la cabeza-. ¿Y hay pastel? ¿Tenemos pastel y me dejáis allá arriba desmoronado en la cama?

-Nunca te quedas en la cama el tiempo suficiente para desmoronarte. Bueno, siéntate, entonces. En lugar de tarta, acompañaremos el café con pastel.

Stu acercó una silla y miró a su nuera.

-¿Todavía no me permitirás tener en brazos a mi nieta?

-No. No hasta que estés libre de gérmenes. Mira pero no toques.

-Las mujeres me controlan la vida -dijo el dueño de la casa, dirigiéndose a Willa-. Si llegas a estornudar un par de veces, te atan a la cama y te llenan de medicamentos.

-Tenía fiebre. Y alta. -Con una risita, Sarah le colocó un trozo de pastel debajo de la nariz-. Come y deja de quejarte. Cuando están enfermos, los bebés dan mucho menos trabajo que ninguno de los hombres adultos que conozco. No podría contar las veces que he tenido que subir y bajar las escaleras durante los últimos tres días.

Pero mientras lo decía, tomó en sus manos el mentón de su marido y le estudió el rostro.

-Tienes mejor color -murmuró dejando unos instantes la mano sobre la barbilla de su marido-. Puedes comer tu pastel y disfrutar de tu visita, pero luego debes volver a la cama y dormir un poco.

-¿Ves? -dijo Stu, haciendo un gesto con el tenedor-. Está deseando que no me sienta bien para poder empezar a darme órdenes. -Se le iluminó la cara cuando se abrió la puerta dando paso a Zack-. Ahora estaremos más parejos. Entra muchacho, pero ni sueñes con que te demos un trozo de mi pastel.

-¿Pastel de qué? ¡Hola, Will!

Zack McKinnon era un hombre delgado a quien casi se podía denominar flaco. Tenía el pelo ondulado de la madre y el mentón cuadrado del padre. Sus ojos eran verdes, como los de Ben, pero más soñadores. Era un hombre a quien le gustaba pasar sus días en las nubes. En cuanto se quitó el abrigo y el sombrero, besó a su mujer y alzó a su hijita.

-¿Te limpiaste los pies antes de entrar? -preguntó la madre.

-Sí. ¿Es pastel de batatas?

-Es mío -contestó Stu con tono sombrío mientras acercaba el pastel al lugar de la mesa donde él estaba. En ese momento se volvió a abrir la puerta.

-Creo que la yegua pintada está... -En ese momento Ben vio a Willa y sonrió con lentitud-. ¡Hola, Will!

-Ha traído un pastel -informó Zack, mirándolo con expresión hambrienta-. Pero papá se niega a compartirlo.

-¿Pastel de qué? -Ben se dejó caer en una silla junto a Willa y comenzó a jugar con su pelo.

-El que le gusta a tu padre -contestó ella, apartándole la mano.

-¡Y me lo ha traído a mí! -exclamó Stu metiéndose en la boca otro trozo de pastel. Miró ofendido a su mujer al ver que acababa de cortar dos pedazos-. Creí que el enfermo era yo.

-Enfermarás si te lo comes todo. Pásale la niña a Shelly, Zack, y sítete café. Ben, no molestes a Will y déjala comer tranquila.

-Ordena, ordena, ordena. No hace más que dar órdenes -murmuró Sim. Pero sonrió cuando Willa le guiñó un ojo y deslizó su trozo de pastel al plato del dueño de casa.

-¡Debería darte vergüenza, Stuart McKinnon!

Sarah puso los brazos en jarras al ver que su marido empezaba a comer un segundo trozo.

-Me lo dio ella, ¿no es cierto? ¿Cómo están tus bonitas hermanas, Will?

-Muy bien. ¡Ah!... -Ni Lily ni Adam le habían pedido que guardara el secreto. De todos modos, Willa suponía que ya se debía estar hablando del asunto-. Lily y Adam están comprometidos. Se van a casar en junio.

-¡Una boda! -Shelly saltó, tan feliz como su hijita-. ¡Ah! ¡Me parece maravilloso!

-Así que Adam se va a casar... -Sarah lanzó un suspiro y los ojos se le llenaron de lágrimas. Era una mujer sentimental-. Si me parece que fue ayer cuando él y Ben se escapaban a pescar al río. -Se enjugó los ojos-. Te ayudaremos a organizar la despedida de soltera, Willa.

-¿Despedida?

-La fiesta de la novia en la que todas sus amigas le llevan algo para su futura casa. -Shelly estaba cada vez más entusiasmada-. ¡Me muero de ganas de que llegue

el momento! Supongo que vivirán en esa encantadora casita de Adam, ¿verdad? Me pregunto qué clase de vestido querrá usar para la ceremonia. Tendré que hablarle de esa tienda maravillosa de Billings donde yo compré el mío. Y allí también tienen vestidos fantásticos para el cortejo. Espero que quiera que tú te pongas algo de un color brillante.

Willa depositó la taza sobre la mesa antes de ahogarse.

-¿Yo?

-Estoy segura de que tú y Tess formaréis su cortejo. A las dos os quedan bien los colores fuertes. Azul y rosa oscuro.

-¿Rosa?

Al ver la mirada de desesperación de Willa, Ben gritó:

-¡La estás espantando, Shelly! No te preocupes, Will, yo te cuidaré. Yo seré el padrino. -Brindó con ella con su taza de café-. Justamente esta mañana hablé del asunto con Adam. Te me has adelantado. Diste la noticia antes que yo.

Después de haber terminado su trozo de pastel, Zack se decidió a hablar.

-Será mejor que hable con Adam. Todavía conservo las cicatrices del día de mi boda. -Al ver que Shelly entrecerraba los ojos, sonrió-. ¿Recuerdas esos trajes ridículos que tuvimos que ponernos, Ben? Creí que me estrangularía antes de poder contestar «Sí, quiero». -Se inclinó cuando Shelly le golpeó la cabeza-. Por supuesto que se me formó un nudo en la garganta cuando miré la nave de la iglesia y vi esta visión que se me acercaba. Lo más hermoso que un hombre ve en su vida.

-Buena escapatoria, hijo -comentó Stu-. A mí tampoco me molestan las bodas, aunque Sarah y yo decidimos hacerlo de la manera más fácil y huimos juntos.

-Pero solo porque mi padre estaba decidido a pegarte un tiro. Willa, dile a Lily que nos avise si podemos hacer algo por ayudarla.

De solo pensar en una boda uno siente que la primavera se acerca con más rapidez.

-Lo haré. Y sé que ella estará muy agradecida. Y ahora, debo volver a casa.

-¡No te vayas todavía! -pidió Shelly, cogiéndole la mano-. ¡Si acabas de llegar! Le puedo pedir a Zack que vaya hasta casa y busque mi colección de revistas de trajes de novia y el álbum de fotos. Tal vez Lily pueda sacar algunas ideas.

-Estoy segura de que a ella le gustará venir personalmente a hablarlo contigo. -La idea de la boda empezaba a provocarle escozor-. Si pudiera me quedaría, pero ya está oscureciendo.

-Tiene razón -murmuró Sarah, mirando con aprensión la ventana-. No es momento para que una mujer ande sola de noche por el camino. Ben...

-La acompañaré. -Ignorando las protestas de Willa, se puso de pie y fue en busca de su abrigo y su sombrero-. Uno de tus peones me puede traer de vuelta o pediré prestado un jeep.

-Me quedaré más tranquila -dijo Sarah antes de que Willa pudiera seguir protestando-. Lo que ha sucedido es una vergüenza. Todos estaremos más tranquilos sabiendo que Ben te acompaña.

-Entonces, de acuerdo.

Una vez que se hubieron despedido y que el resto de los McKinnon la acompañó hasta la puerta, Willa se instaló frente al volante.

-Eres un hombre de suerte, McKinnon.

-¿Por qué?

Ella meneó la cabeza y permaneció en silencio hasta que dejaron atrás la casa del rancho.

-No lo puedes saber, no es posible que comprendas lo afortunado que eres, porque siempre ha sido así para ti. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

Confuso, él cambió de posición para mirarle el perfil.

-¿De qué estás hablando?

-De familia. De tu familia. Estuve sentada en esa cocina. He estado allí antes, pero creo que nunca lo comprendí. Hasta hoy. La familiaridad, el cariño, la historia, el lazo que os une. No te puedes imaginar lo que es no tener nada de eso. Porque es algo que solo te pertenece a ti.

Era verdad, y Ben no sabía si alguna vez lo había analizado a fondo.

-Ahora tienes hermanas, Willa. Hay un lazo entre vosotras y se ve a la legua.

-Tal vez sea el principio de algo, pero no hay historia. No hay recuerdos compartidos. Te he visto empezar a contar un cuento y que Zack lo termine. He oído reír a tu madre por una estupidez que vosotros dos hicisteis en la infancia. Nunca oír reír a mi madre. No es que me haya puesto sensiblera -aclaró con rapidez-. Solo que hoy, sentada en la cocina, me impactó veros a ti y a tu familia. Así es como se supone que debe ser, ¿verdad?

-Sí, diría que sí.

-El nos robó eso. Empiezo a comprender todo lo que nos robó a las tres. No solo a mí. Voy a hacer un desvío.

Cuando llegaron al límite de las tierras de Mercy, Willa puso la tracción en las cuatro ruedas y dobló al camino de acceso cubierto de nieve. Ben no le preguntó hacia dónde se dirigía. Lo adivinaba.

Las tumbas estaban cubiertas de nieve que ocultaba las lápidas y ahogaba la hierba y las plantas de flores. Willa pensó que parecía una postal, tan perfecta, donde solo la lápida de Jack Mercy, más alta y brillante que el resto, se alzaba en la nieve hacia el cielo cada vez más oscuro.

-¿Quieres que te acompañe?

-No, prefiero que no. Espérame aquí. No tardare.

-Tómate tu tiempo -murmuró él mientras ella bajaba del jeep.

Hundida en la nieve hasta las rodillas, Willa avanzó con dificultad. Era un lugar frío, amargo, azotado por el viento que levantaba remolinos de nieve. Vio un pequeño rebaño de ciervos que, de pie en lo alto de una colina, parecían centinelas de los muertos.

No había más sonido que el viento y este era igual que las primeras estrellas que se quejaban mientras ella se abría camino hacia la tumba de su padre.

La lápida estaba tallada tal como ello ordenó, tallada como él había vivido su existencia. Sin pensar en nadie más que en sí mismo. ¿Y eso qué importa?, se preguntó Willa, porque el estaba tan muerto como su madre que, según decían, era tierna y bondadosa.

«De eso provengo -pensó Willa-, de la bondad y la crueldad.» No podía decir en qué la convertía. Egoísta en algunos niveles. Generosa en otros, o por lo menos así lo esperaba. Orgullosa e insegura. Impaciente pero no carente de compasión.

Ni bondadosa ni cruel, decidió, y en definitiva eso no estaba tan mal.

Lo que sí comprendió allí, de pie en medio del viento fuerte y del silencio rudo, fue que los había amado a ambos. A la madre a quien no conoció, y al padre a quien nunca tocó.

-Yo quería que estuvieras orgulloso de mí -dijo en voz alta-. Aunque no pudieras quererme. Que estuvieras..., satisfecho conmigo. Pero nunca sucedió. Ham tiene razón en lo que me dijo hoy. Me diste bofetadas durante toda la vida. No solo bofetadas físicas..., que no eran muy fuertes porque en realidad yo te importaba un

bledo. Emocionales. Me abofeteaste emocionalmente muchas más veces de las que puedo recordar. Y yo siempre volvía con la cabeza baja, como un perro apaleado, para que me lo pudieras volver a hacer. Supongo que estoy aquí para decirte que he terminado con eso. O que voy a tratar de que sea así.

Y lo iba a intentar, con todas sus fuerzas.

-Creíste que nos enfrentarías a las tres. No creo que te vayamos a dar el gusto. ¡Nos vamos a quedar con el rancho, hijo de puta egoísta! Y creo que tal vez también nos conservemos unas a otras. Lograremos que dé resultado. Para fastidiarte. Tal vez por ahora no seamos gran cosa como familia, pero todavía no hemos terminado.

Se alejó tal como había llegado.

Ben en ningún momento dejó de mirarla y le alegró de que no hubiera lágrimas. Sin embargo no esperaba la sonrisa de Willa en el momento de subir al jeep.

-¿Estás bien?

-Perfectamente. -Respiró hondo, contenta de que no fuese un sollozo contenido-. Estoy muy bien. Beau Radley vende -informó mientras maniobraba con el jeep-. Pienso comprar parte de su equipo, doscientas cabezas que tiene en el corral de engorde y contratar a dos de sus peones.

Lo intempestivo de la frase lo dejó un poco confuso, pero Ben asintió.

-Me parece bien.

-No te lo dije para que me dieras tu aprobación, sino para que tomaras nota como supervisor.

Dobló por otro camino de acceso para tomar un atajo hacia el rancho. Ráfagas de viento que harían bajar la temperatura hasta un punto insoportable golpeaban alegremente contra las ventanillas.

-Mañana tendré listo el informe del mes para que puedas revisarlo.

Ben se rascó una oreja, desconfiando. Suponía que allí debía haber una trampa.

-Me parece bien.

-Eso con respecto a los negocios. -Se relajó un poco al ver a la distancia las luces del rancho-. Desde un punto de vista personal, ¿por qué no me has invitado nunca a comer o al cine en lugar de dedicarte a tratar de bajarme los pantalones?

Ben se quedó con la boca tan abierta que le costó cerrarla.

-¿Perdón?

-Vienes a olisquear, me pones las manos encima cuando te lo permito, y me pides a continuación que me acueste contigo, pero jamás me has invitado a salir.

-¿Quieres que te invite a comer? -Nunca se le había ocurrido. Lo habría hecho con cualquier otra mujer, pero esa era Willa-. ¿Al cine?

-Te avergüenza que te vean conmigo en público? -Detuvo de nuevo el jeep, mantuvo el motor en marcha y se volvió en el asiento para mirarlo. La cara de Ben estaba en las sombras pero había luz más que suficiente para notar su confusión-. Soy perfecta para que te revuelques conmigo en las caballerizas, pero no lo suficientemente buena como para ponerte una camisa limpia e invertir cincuenta dólares en una comida, ¿verdad?

-De dónde has sacado una idea tan absurda? En primer lugar, no he rodado contigo en las caballerizas porque no estás preparada para eso, y en segundo lugar, jamás imaginé que te interesara sentarte en un restaurante y comer conmigo. Como si fuera una cita -agregó con aire desvalido.

Tal vez el poder de la mujer sea más fuerte de lo que yo imaginaba, pensó Willa, si mostrar apenas un dejo de ese poder convertía a un hombre como Ben McKinnon en una especie de trucha que acaba de picar en el anzuelo.

-Bueno, tal vez te hayas equivocado.

Es una treta, pensó Ben, mientras Willa ponía en marcha el jeep. Había una trampa en alguna parte y esa trampa se le cerraría en los dientes o sobre el tobillo en cuanto diera un paso equivocado. La estudió con cuidado mientras ella detenía el vehículo frente a la casa principal y apagaba el motor.

-Vuelve a tu casa en este jeep -dijo con toda tranquilidad-. Mañana mandaré a alguien a buscarlo. Y gracias por la compañía.

Maldita sea, casi alcanzaba a oír que la trampa se cerraba sobre su pie mientras él daba el paso en falso.

-El sábado por la noche. A las seis. Iremos a comer y después al cine.

Willa temblaba de risa en su interior, pero consiguió mantener un aspecto sobrio.

-Muy bien. Será hasta entonces.

Bajó y le cerró la puerta en la cara.

El invierno se aferraba como un erizo a la espalda de Montana. La temperatura seguía siendo brutal y cuando ascendía a límites tolerables, la nieve caía del cielo como una sábana gélida. En dos oportunidades, los caminos de acceso a Mercy quedaron bloqueados por tres metros de nieve que el viento poco misericordioso apilaba en blancas montañas.

A pesar del tiempo, las vacas empezaron a parir. En el establo destinado a los partos, Willa se empapaba la camisa de sudor por el esfuerzo de tironear las manos de los terneros para ayudarlos, a nacer. Una madre expectante mugió con amargura cuando Willa metió el brazo en la matriz para aferrar a su hijo. Todavía en la bolsa, el ternero era resbaladizo y tozudo. Willa se siguió esforzando y lanzó un gemido cuando la contracción siguiente de la vaca le apretó dolorosamente las manos.

Antes de que terminara ese trabajo, sus brazos tendrían moretones hasta los codos.

Esperó la llegada de otra contracción, tiró y' arrastró hacia fuera la primera mitad del ternero.

-En la próxima contracción nacerás -gritó, con los brazos empapados en sangre y en líquido amniótico-. ¡Vamos, bebé, vamos!

Como el nadador a punto de zambullirse, se llenó los pulmones de aire y tiró con fuerza en el momento de la contracción siguiente. El ternero salió como un corcho de botella de champán.

Willa tenía las botas sucias y los pantalones manchados. Le dolía la espalda de un modo increíble.

-Billy, quédate aquí con las inyecciones -ordenó-. No dejes de vigilarlos.

Si las cosas andaban bien, la madre limpiaría a su hijo. En caso contrario, ese trabajo también recaería en Billy. De todos modos Willa lo había entrenado con cuidado durante las últimas semanas, con una jeringa y una naranja, y estaba segura de que se encontraba en condiciones de inyectar la medicación necesaria a los recién nacidos.

-Yo iré a ayudar a la siguiente -dijo, mientras se pasaba un brazo por la frente-. ¿Ham?

-Ya voy. -Ham observaba con ojo de águila a Jim que en ese momento ayudaba a nacer a otro ternero.

Siempre existía la preocupante posibilidad de que, aun con ayuda de los seres humanos, el ternero fuera demasiado grande o estuviera mal colocado, en cuyo caso el parto resultaría letal tanto para la madre como para el hijo. Willa todavía recordaba la primera vez que perdió esa batalla, la sangre, el dolor y la impotencia. Si lo sabían con tiempo, existía la posibilidad de llamar al veterinario. Pero en la mayoría de los casos, los ganaderos se veían obligados a asistir personalmente en los partos durante los meses de febrero y marzo.

Esteroides y hormonas de crecimiento, pensó mientras examinaba a la siguiente vaca parturienta. El precio del kilo de carne había seducido a los ganaderos instándolos a producir terneros más grandes y convirtiendo lo que debería ser un proceso natural en algo poco natural que exigía la intervención de manos y músculos humanos.

Bueno, en este rancho eso se terminó, pensó mientras metía la mano en la vagina de la vaca. Y verían los resultados. Si sus intentos de volver a una manera más natural de criar ganado resultaba un fracaso, la única culpable sería ella.

-Señoras y señores, el café está servido.

La entrada triunfal de Tess se arruinó cuando, al ver lo que sucedía, se puso pálida y comenzó a hacer arcadas. En el establo de partos el aire estaba impregnado con una mezcla de olores de sangre, sudor y paja sucia. Por la cabeza de Tess pasaron imágenes de un matadero en el momento en que se volvía y salía a respirar el aire helado.

-¡Dios, Dios, Dios! -Todo cometido siempre sale mal, pensó, mientras esperaba que se le pasara el mareo.

Bess sabía, sin duda alguna, con lo que se encontraría cuando le pidió con aire indiferente que le hiciera el favor de llevar los termos de café al establo de partos. Con un estremecimiento, Tess se obligó a volver a entrar.

Eso también requerirá un castigo, pensó. Después.

-Café -repitió mientras miraba con fascinación a Willa que en ese momento sacaba la primera mitad de un ternero de la vagina de una vaca-. ¿Cómo puedes hacer eso?

-Es cuestión de tener fuerza en los brazos -contestó Willa con tranquilidad-. Sírreme un poco de café porque, como ves, tengo las manos ocupadas.

-Sí.

Tess arrugó la nariz al ver salir el resto del ternero. No es un espectáculo agradable, pensó. En una época de su vida habría dicho que ningún nacimiento podía serlo. Pero en el caso de los caballos... ver a una yegua dando a luz a su potrillo la fascinó y la llenó de humildad.

En cambio esto era desagradable y sucio. Tironear para sacarlos, limpiarlos. Tal vez fuera porque están destinados a ser bistecs, reflexionó. Después meneó la cabeza y le pasó una taza de café a Billy. O tal vez solo fuese que a ella no le gustaban las vacas.

En su opinión eran demasiado grandes, poco agradecidas y desesperadamente poco interesantes, además de tontas.

-A mí tampoco me molestaría tomar un poco de café -dijo Jim, guiñándole un ojo-. Si quiere podríamos cambiar de trabajo por un momento. No es tan difícil como parece.

-Gracias, pero paso. -Y le devolvió la sonrisa junto con una taza humeante para que se pudiera tomar un respiro. Ya no le resultaba insultante que la consideraran novata e ignorante. En realidad, le parecía una ventaja.

-¿Por qué no pueden expulsar ellas mismas a sus terneros? -le preguntó a Jim.

-Son demasiado grandes -dijo, al tiempo que bebía el café, agradecido. Hasta le resultaba un placer que le quemara la lengua.

-Bueno, pero las yeguas tienen potrillos bien grandes y cuando van a dar a luz prácticamente lo único que hay que hacer es estar allí y observarlas.

-Pero estos son demasiado grandes -repitió Jim-. Como les damos hormonas de crecimiento, después las vacas no pueden parirlos por sí mismas. Así que debemos tirar de ellos.

-¿Y si llegara a suceder cuando no hay nadie cerca para... tironear?

-Mala suerte. -Le devolvió la taza vacía. Tess no quiso ni siquiera pensar de qué eran las manchas que había dejado con sus dedos en la parte exterior de la taza.

-Su hermana no está mal, Will.

Willa le dirigió una breve sonrisa a Jim y se sirvió café.

-No, no está del todo mal.

-Al entrar estuvo a punto de vomitar -señaló Jim-. Supuse que correría de vuelta a casa, pero no fue así.

-Tal vez podría ayudarnos aquí -dijo Billy, sonriendo-. No me la imagino metiendo la mano en la vagina de una vaca, pero sí usando una jeringa y una aguja.

Willa se encogió de hombros.

-Creo que dejaremos que siga jugando con los pollos. Por lo menos, por ahora.

-Y ahora es cuando importa, decidió, al ver que un ternero empezaba a mamar por primera vez.

-Y estaba con el brazo metido hasta el codo en una vaca -dijo Tess, estremeciéndose y bebiendo un sorbo de coñac.

La tarde era fría y clara, en la chimenea ardía un fuego chisporroteante y Nate había ido a cenar. La combinación de esos factores le dio la necesaria valentía para hacer un recuento de su experiencia.

-Dentro de una vaca, sacando un ternero a tirones.

-A mí me pareció fascinante. -Lily disfrutaba del té y de la calidez de la mano de Adam que cubría la suya-. Me habría quedado más tiempo, pero me pareció que molestaba.

-Podrías haberte quedado. -Willa tenía en las manos una taza de café con un chorro de coñac-. Te habríamos encomendado algún trabajo.

-¿En serio? -Aunque Tess gimió ante el entusiasmo de Lily, ella solo sonrió-. Mañana me encantaría ayudar.

-No tienes fuerza suficiente para tironear, pero podrás medicar a los recién nacidos. Pero tú -continuó diciendo Willa mientras estudiaba a Tess-, tú eres una mujer grande y fuerte. Apuesto a que podrías sacar un ternero sin siquiera agitarte.

-Pero tal vez se agitarían los demás al verla vomitar -acotó Nate, provocando la risa de todos menos la de Tess.

-Sería perfectamente capaz de hacerlo. -Con un movimiento lleno de gracia se apartó el pelo de la cara y sus anillos resplandecieron a la luz-. Si quisiera hacerlo.

-Apuesto veinte dólares a que te arrepentirías en cuanto tuvieras la mano metida hasta la muñeca en la vagina de una vaca.

¡Maldición! Tess comprendió que la acababan de acorralar.

-Que sean cincuenta y acepto.

-Hecho. Mañana. Y el rancho Mercy agrega diez más por cada ternero que saques.

-¿Diez? -dijo Tess con desprecio-. ¡Gran cosa!

-Si sacas bastantes podrás pagar tu próximo corte de pelo en Billings.

Tess volvió a tocarse el pelo. Ya necesitaba otro corte.

-Está bien, entonces. Pero os advierto que no solo me ganaré un corte de pelo sino también un masaje facial. Alzó una ceja-. Que a ti te hace mucha falta. Lo mismo que un baño de parafina en las manos. A menos, por supuesto, que te guste que tu piel parezca cuero.

-No tengo tiempo que perder en un tonto salón de belleza.

Tess hizo girar el coñac dentro de la copa.

-¡Gallina! -Y se apresuró a seguir hablando antes de que Willa tuviera tiempo de contestarle-. Sacaré tantos como tú, y si fuera así, el rancho nos pagará un tratamiento de belleza a las tres: a ti, a mí y a Lily. Un fin de semana en un centro de aguas termales de Big Sky. ¿Eso te gustaría, no es verdad, Lily?

Tironeada entre lealtades, Lily tartamudeó.

-Bueno, yo...

-Y de paso podríamos hacer algunas compras para la boda. Ir a ver un par de las tiendas que nos mencionó Shelly.

-¡Oh! -La emoción de esa posibilidad, la llevó a dirigirle una mirada soñadora a Adam-. Eso sería maravilloso.

-¡Perra! -murmuró Willa mirando a Tess sin rencor-. Acepto la apuesta. Pero te advierto que si pierdes tendrás que volver a encargarte de la colada.

-¡U-la-lá! -Nate eligió la salida de los cobardes y clavó la mirada en su coñac mientras Tess se enfurruñaba.

-Mientras tanto debo terminar de registrar la información de los partos de hoy. -Willa se puso de pie y se despezó. Después se quedó petrificada. ¿Lo que acababa de! ver en la ventana era una sombra? ¿O una cara? Bajó los brazos con lentitud y luchó para conservar la compostura-. Yo no me quedaría levantada hasta muy tarde - le aconsejó a Tess mientras salía-. Mañana te hará falta toda tu fuerza.

-Te aseguro que pienso gozar oyéndote gritar cuando te depilen con cera - exclamó Tess y tuvo la satisfacción de ver que Willa se volvía a mirarla con una franca expresión de horror-. Me encanta quedarme con la última palabra murmuró.

-Disculpadme un minuto. -Adam se puso de pie y siguió a Willa. La encontró en la biblioteca, cargando un rifle-. ¿Qué pasa?

No debo tener cara de póquer, pensó Willa.

-Me pareció ver algo fuera.

-¿Y pensabas salir sola? -Mientras hablaba tomó una escopeta y la cargó

-No tenía sentido asustaros a todos. Puede haber sido un truco de mi imaginación.

-No diría que tienes una imaginación galopante.

Willa meneó la cabeza y decidió que era difícil sentirse insultada por la verdad.

-Bueno, no perdemos nada con echar un rápido vistazo. Saldremos por atrás.

Se abrigaron antes de salir. Aunque Willa pensaba salir primero, Adam se le adelantó y la hizo a un lado con suavidad.

Alguien los observaba. Hacía un frío terrible, pero Jesse permanecía de pie en las sombras, mirándolos mientras apretaba con fuerza el arma que llevaba. Soñaba con usarla con ese hombre, para sacarlo del medio y dejarlo sangrando en el suelo.

Y luego apoderarse de la mujer, alejarla llevándola a rastras y usarla hasta haber terminado con ella. Después la mataría, por supuesto. ¿Qué alternativa le quedaba?

Se preguntó si se animaba a hacerlo allí, en ese momento. Estaban armados y acababa de ver la cantidad de gente que había dentro de la casa. Lo había visto todo. A Lily riendo y haciéndole arrumacos a ese mestizo.

Tal vez fuera mejor esperar... esperar la oportunidad apropiada. Que podía llegar en cualquier momento.

Podía llegar si se les ocurría ir al corral. Sabía lo que encontrarían allí. Porque él ya había estado.

-Por la ventana del frente. -Si no podía ir delante, por lo menos quería avanzar al lado de Adam-. No fue más que un relámpago, en el momento en que me

levantaba para salir. Me pareció que era una cara, que alguien nos estaba observando, pero estaba tan oscuro que no puedo estar segura. Y desapareció enseguida.

Adam solo asintió. Conocía demasiado bien a Willa para pensar que se inquietaría por una sombra. Vio huellas en la nieve alrededor de la casa, pero eso era previsible. Con toda la actividad que había habido en los últimos dos días en el establo de partos, era lógico que la nieve estuviera pisoteada.

Hubo deshielo y volvió a helar, de manera que el piso estaba quebradizo y la nieve crujía bajo los pies de ambos.

-Pudo haber sido uno de los peones -dijo Willa, mientras estudiaba el suelo-. Pero es poco probable. Cualquiera de ellos habría llamado.

-Tampoco me explico por qué habrían cruzado las jardineras de flores para ir a espiar por la ventana -dijo Adam señalando las huellas sobre las jardineras que en la primavera estarían llenas de pimpollos.

-De modo que es verdad que vi algo.

-En ningún momento lo he dudado. -Desde donde estaba, Adam alcanzaba a ver con claridad el interior de la sala de estar de la casa. Vio que Lily reía, bebía té y que luego se ponía de pie para ofrecerle coñac a Nate-. Alguien nos estaba observando. O estaba observando a uno de nosotros.

Willa apartó la vista de la ventana y miró hacia la oscuridad.

-¿A uno de nosotros?

-El ex marido de Lily, Jesse Cooke. No está en Virginia.

En un movimiento instintivo Willa volvió a mirar la ventana y asió el rifle con más fuerza.

-¿Cómo lo sabes?

-Le encargué a Nate que hiciera algunas averiguaciones. Desde octubre que no se presenta en su trabajo ni paga el alquiler.

-¿Crees que ha venido siguiendo a Lily? ¿Cómo iba a saber dónde buscarla?

-No tengo ni idea. -Retrocedió, alejándose de la casa-. No son más que especulaciones. Por eso no me parece que valga la pena mencionárselo a ella.

-No le diré nada a Lily. Pero creo que debemos comentárselo a Tess. De esa manera alguna de las dos podrá estar siempre atenta por si se presenta por aquí. Y podremos cuidar a Lily. ¿Sabes qué aspecto tiene?

-No, pero trataré de averiguarlo.

-Está bien. Mientras tanto será mejor que recorramos las inmediaciones de la casa. Yo iré por allí y tú...

-Nos quedaremos juntos, Will. -Apoyó una mano sobre el brazo de su hermana-. Ya ha habido dos muertes. Tal vez esto no haya sido más que un marido despedido que quiera vengarse de su mujer. Pero puede haber sido otra cosa. De modo que no nos separaremos.

Rodearon la casa en silencio, en medio del viento. El cielo estaba claro como un espejo, con estrellas que parecían diamantes y una luna en cuarto creciente que teñía de celeste la nieve que tenían bajo los pies. Los álamos se erguían y parecían tiritar bajo su abrigo de hielo.

En el gélido silencio, Willa escuchó la llamada de la hacienda. Un sonido que parece un lamento, pensó, mientras su aliento formaba nubes frente a sí hasta que el viento las dispersaba. Lo extraño era que ese sonido siempre le resultaba reconfortante. En ese momento le parecía atemorizante.

-Están muy inquietos, considerando la hora que es. -Miró hacia el establo de partos y más allá el corral-. Tal vez algunas vacas estén por parir. Será mejor que vaya a ver.

Adam pensó en sus caballos, sin que nadie los cuidara, en las caballerizas. No le resultaba fácil darles la espalda para acompañar a Willa al establo.

-¿Has oído eso? -Willa se detuvo en seco, aguzando el oído-. ¿Lo has oído? -repitió en un murmullo.

-No. -Pero Adam se volvió para que ambos tuvieran las espaldas protegidas-. No oigo nada.

-Ahora yo tampoco lo oigo. Era como si alguien silbara. -Hizo un esfuerzo por ignorarlo y por burlarse de sí misma. Debe haber sido solo el viento y mis nervios. ¡Diablos! Debemos estar como a veinte grados bajo cero. Cualquiera que estuviera aquí fuera silbando tendría que estar...

-¿Loco? -Adam terminó la frase y luchó por ver algo en medio de la oscuridad.

-Sí. -Willa se estremeció dentro de su abrigo forrado de piel de oveja-. Vamos.

Pensaba entrar directamente al establo, pero le llamó la atención el amontonamiento de ganado en el corral.

-Allí hay algo que no anda bien -dijo, como hablando para sí misma-. Algo sucede.

Se encaminó hacia la puerta y la abrió.

Al principio no pudo creerlo, a pesar de la luminosidad del reflejo de la luna sobre la nieve. Pero el olor..., ya reconocía demasiado bien el olor de la muerte.

-¡Oh, Dios, Adam! -Se cubrió la boca con la mano libre y luchó contra el vómito que le subía por la garganta-. ¡Dios mío!

Habían mutilado algunos terneros. Al principio le resultó imposible decir cuántos, pero Willa sabía que pocas horas antes ella misma había traído al mundo a algunos de ellos. En ese momento, en lugar de estar acurrucados junto a sus madres en busca de calidez, yacían sobre la nieve, degollados y con los vientres abiertos.

La roja sangre brillaba sobre el suelo, y un lago odioso ya se endurecía en la tierra helada.

Fue una debilidad, pero Willa se volvió para no ver la carnicería, bajó el rifle y se apoyó contra un poste hasta dominar su descomposición.

-¿Por qué? En nombre de Dios, ¿por qué hacer algo como esto?

-No sé. -Le frotó la espalda pero no se volvió. Contó ocho terneros muertos, mutilados-. Volvamos a la casa. Yo me encargaré de esto.

-No, yo puedo encargarme. Te aseguro que puedo. -Se pasó una mano enguantada sobre la boca-. El suelo está demasiado duro para poder enterrarlos. Tendremos que quemarlos. Habrá que sacarlos de aquí, alejarlos del resto de los terneros y de las vacas, y quemarlos.

-Nate y yo podemos hacerlo. -Tuvo que hacer un esfuerzo para no suspirar al ver la expresión decidida de Willa-. Está bien, lo haremos entre todos. Pero quiero que entres unos minutos en casa, Will. Tengo que ir a ver los caballos. Si...

-¡Dios! -Su propia angustia desapareció al pensar en la de Adam-. Ni siquiera he pensado en los caballos. ¡Vamos! ¡Date prisa!

No se encaminó hacia la casa sino que corrió hacia las caballerizas. La aterrorizaba pensar que abriría la puerta y volvería a toparse con ese odioso olor a muerte.

Llegaron juntos a la puerta y la abrieron de un tirón. Willa estaba preparada para lo peor, para el dolor, para su propia furia. Pero con lo único que se topó fue con el olor a paja, a caballos y a cuero.

Sin embargo como por un acuerdo tácito, revisaron todas las cuadras, después el corral de atrás. A su paso iban dejando encendidas las luces.

Luego Adam se encaminó a su casa para ver cómo estaban sus perros. Después del incidente del gato había adquirido la costumbre de encerrarlos de noche. Los perros lo recibieron con felicidad, moviendo la cola. Adam sospechó, entre divertido y preocupado, que habrían recibido a un loco armado con idéntica alegría y amistoso entusiasmo.

-Llamaremos desde aquí a la casa principal y le pediremos a Nate que se reúna con nosotros en el establo de partos. También nos hará falta Ham.

Willa se inclinó para acariciar las orejas de *Beans*.

-Los quiero a todos aquí fuera. Quiero que vean con lo que nos enfrentamos. - Su mirada era dura-. Quiero saber lo que todos han estado haciendo durante las últimas dos horas.

El trabajo no era físicamente arduo, pero fue doloroso. Arrastrar terneros recién nacidos, descuartizados y mutilados, y apilarlos sobre el suelo cubierto de nieve. Había manos más que suficientes para ayudar, pero todos trabajaron en silencio. Nadie habló.

En determinado momento Willa vio que Billy se secaba subrepticamente los ojos. No lo culpó. Ella también habría llorado si con eso ganara algo.

Cuando la pila de terneros muertos estuvo completa, le quitó a Ham de las manos la lata de gasolina.

-Lo haré yo -dijo con tono sombrío-. Me toca hacerlo a mí.

-Will...

Ham sofocó su protesta y asintió antes de indicarles a los hombres que se alejaran.

-¿Cómo puede soportarlo? -le preguntó Lily a Tess, estremeciéndose-. ¿Cómo puede soportarlo?

-Porque no le queda más remedio. -Tess se estremeció al ver que Willa derramaba el combustible sobre la pequeña pila de cuerpos-. Todos tenemos que soportarlo -agregó, rodeando con un brazo los hombros de Lily-. ¿Quieres entrar en casa?

Nada en el mundo me gustaría más, pensó Lily, pero hizo un fuerte movimiento negativo con la cabeza.

-No, nos quedaremos hasta que esto haya terminado. Hasta que ella haya terminado.

Willa se ajustó el pañuelo con que se acababa de cubrir la nariz y la boca, y recibió la caja de fósforos que le entregaba Ham. Tuvo que hacer tres intentos antes de lograr que una llama se mantuviera entre sus manos juntas. A causa del viento fuerte que los azotaba, fue necesario que se arrodillara y se acercara mucho a la pila de cadáveres para poder prenderles fuego.

Las llamas se elevaron altas, despidiendo calor. A los pocos segundos, el olor a carne asada era fuerte y angustiante. El humo envolvió a Willa, hizo que le lloraran los ojos y le cerró la garganta. Retrocedió un paso y luego otro.

-Llamaré a Ben -dijo Nate.

Willa mantuvo la mirada fija en las llamas.

-¿Para qué?

-Porque querrá saberlo. No estás sola en esto, Willa.

Pero ella se sentía sola e impotente.

-Está bien. Te agradezco tu ayuda, Nate.

-Me quedaré a pasar la noche.

Ella asintió.

-No tiene sentido que le pida a Bess que prepare un cuarto de huéspedes, ¿verdad?

-No, haré un turno de guardia y luego usaré el cuarto de Tess.

-Elige el arma que prefieras. -Se volvió hacia Ham-. Quiero guardias las veinticuatro horas del día, Ham. Dos hombres en cada turno. Nate se queda a pasar la noche, de manera que hoy somos seis. Quiero que Wood se quede en casa, con su familia. No deben estar solos. Billy y yo haremos el primer turno. Tú y Jim nos relevarán a medianoche. Nate y Adam se harán cargo a las cuatro.

-Me encargaré de todo.

-Mañana quiero que averigües cuándo podemos contratar a los dos peones de High Springs. Y que sea cuanto antes. Necesito hombres. Ofréceles una bonificación, si debes hacerlo, pero que vengan cuanto antes.

-Me encargaré de que estén aquí dentro de esta semana. -Le apretó el brazo en una poco habitual demostración de afecto en público-. Voy a pedirle a Bess que prepare café. Mucho café. Y ten cuidado, Will. Mucho cuidado.

-Nadie va a matar nada más que me pertenezca. -Con expresión decidida, Willa se volvió y observó a las mujeres acurrucadas junto al alambrado del corral-. ¿Quieres hacerlas entrar, Ham? Diles que se queden dentro de la casa.

-Lo haré.

-Y dile a Billy que se busque un rifle.

Se volvió de nuevo y permaneció mirando las llamas que se alzaban hacia el cielo negro del invierno.

TERCERA PARTE

Primavera

Un poco de locura en primavera...
EMILY DICKINSON

Ben observó la actividad de Mercy, el trabajo constante que se llevaba a cabo en el establo de partos, tan parecido al que había dejado en Three Rocks, la nieve amontonada y sucia de los corrales, el humo gris que salía de las chimeneas.

Con excepción de un círculo negro ubicado detrás de las caballerizas no quedaban rastros de la reciente matanza.

A menos que uno mirara con atención a los hombres. Las expresiones eran sombrías, los ojos espantados. Había visto esas mismas expresiones en los rostros y los ojos de sus propios peones. E, igual que Willa, ordenó que se montara guardia durante las veinticuatro horas del día.

No podía hacer mucho por ayudarla y la frustración que eso le producía hizo que apretara los labios mientras le indicaba que se apartara del grupo.

-No tengo mucho tiempo para charlar -dijo ella, con tono cortante.

En sus ojos, Ben no vio miedo sino cansancio. Había desaparecido la mujer que flirteó con él para que le pidiera una cita, que rió con él mientras comían y bebían vino en un restaurante, y con quien compartió palomitas de maíz en el cine. Se moría de ganas de llevársela de nuevo, solo durante una velada, pero sabía que ni siquiera debía proponerlo.

-Veo que contrataste a los dos peones de High Springs.

-Llegaron anoche.

Se volvió a mirar a Matt Bodine, el más joven de los dos, a quien ya llamaban el muchachito universitario. Tenía el pelo rojizo cubierto por un sombrero Stetson gris. Trataba de disimular su cara de bebé con un fino bigotito. Aunque no lo consigue, pensó Willa.

A pesar de que debían tener casi la misma edad, Matt le parecía increíblemente joven, más de la edad de Billy que de la suya. Pero era inteligente, tenía una espalda fuerte y estaba lleno de ideas nuevas.

Después estaba Ned Tucker, un vaquero flaco y taciturno de edad indefinida. Tenía la cara surcada de arrugas producidas por la vida al aire libre, el sol y el viento. Sus ojos eran de un celeste desteñido que parecía casi fantasmal. Masticaba colillas de cigarros, hablaba poco y trabajaba como una mula.

-Servirán -decidió Willa después de estudiarlos.

-Conozco bastante bien a Tucker -empezó a decir Ben, pero enseguida se preguntó si conocería bien a alguien-. Tiene muy buena mano con el lazo, todos los años gana premios en los rodeos. Bodine es nuevo. -Cambió de posición para que sus ojos, lo mismo que su tono de voz, indicaran sus pensamientos-. Demasiado nuevo.

-Me hace falta ayuda. Si alguno de ellos es el que ha estado jodiéndome, prefiero tenerlo cerca. Será más fácil vigilarlo. -Lanzó un pequeño suspiro. Deberían estar hablando del tiempo, de los partos, no de asesinatos-. Perdimos ocho terneros, Ben. No pienso perder ni uno más.

-Willa. -Le apoyó una mano en el brazo antes de que ella pudiera alejarse-. No sé qué hacer para ayudarte.

-Nada. -Enseguida lamentó su tono cortante, se metió las manos en los bolsillos y suavizó la voz-. Nadie puede hacer nada. Tenemos que llegar al fondo de esto, nada más, y durante los últimos dos días todo ha estado tranquilo. Tal vez ese individuo haya terminado, tal vez haya seguido su camino.

No lo creía, pero ayudaba simular que así era.

-¿Y cómo lo han tomado tus hermanas?

-Mejor de lo que yo esperaba. -Su boca se suavizó cuando sonrió-. Tess estuvo aquí ayudando con los partos. Después de los primeros dos terneros y de lanzar muchos grititos, lo hizo bien.

-Hubiera pagado por verlo.

La sonrisa de Willa se hizo más amplia.

-Fue algo impagable, sobre todo cuando se le rajaron los vaqueros.

-¿En serio? No le habrás hecho fotos, ¿verdad?

-Ojalá se me hubiera ocurrido. Maldijo bastante y los peones... bueno, debo decir que apreciaron el momento. Le conseguimos un par de pantalones de piel. - Willa miró acercarse a Tess que vestía los pantalones que había mencionado, un sombrero prestado y un abrigo viejo que Adam ya no usaba-. Le quedan mucho mejor que esos vaqueros ajustados que se ponía.

-Depende del punto de vista -dijo Ben.

-Buenos días, ranchero McKinnon.

-Buenos días, ranchera Mercy.

Tess le sonrió y se ladeó el sombrero hasta un ángulo insólito.

-Lily está preparando algunos litros de café -le dijo a Willa-. Después vendrá a clavar agujas en los culos de los terneros.

-¿Vas a seguir ayudando con los partos?

Tess miró a Ben, luego a Willa. Por la expresión de sus rostros, se dio cuenta de que su fama la precedía.

-Sí, pensé que podía dedicarle otro día, considerando que después voy a pasar un fin de semana en un elegante hotel de Big Sky.

La sonrisa de Willa se borró.

-¿De qué diablos estás hablando?

-De nuestra pequeña apuesta. -Te pesqué!, pensó Tess y sonrió con dulzura- El otro día ayudé a nacer dos terneros más que tú. Ham estaba llevando la cuenta.

-¿Qué apuesta? -preguntó Ben, pero ambas lo ignoraron cuando Willa se enfrentó a Tess.

-Eso es mentira.

-No, es cierto. El rancho nos debe un fin de semana de embellecimiento. Ya he hecho las reservas. Salimos el viernes a primera hora de la mañana.

-¡Al diablo con eso! No pienso dejar el rancho durante dos días, para ir a sentarme en algún estúpido baño de barro.

-¡Falsa!

Los ojos de Willa adquirieron un brillo peligroso. Ben se aclaró la garganta y con sutileza se puso fuera del alcance de ambas.

-No tiene nada que ver con una falsedad. Después de todos los problemas que hemos tenido aquí, ni se me ocurrió acordarme de una apuesta imbécil. Tuve que hacer llamadas, vino la policía. Ese día no ayudé con los partos más que durante dos horas.

-Pero yo sí. Y gané la apuesta. -Tess se adelantó hasta que las botas de ambas se tocaron-. E iremos. Si tratas de echarte atrás, me encargaré de que todo el mundo a cien kilómetros a la redonda sepa que tu palabra no vale nada.

-Mi palabra vale más que cualquier papel firmado y cualquiera que diga lo contrario miente.

-Perdón... señoras...

Willa volvió abruptamente la cabeza e inmovilizó a Ben con la mirada.

-No te metas, McKinnon.

-No me meto -murmuró él, extendiendo las manos mientras lo decía-. No me pienso meter más.

-Quieres que nos vayamos cuando estamos metidos hasta el cuello en todo este lío -siguió diciendo Willa mientras golpeaba con fuerza los hombros de Tess-. Ve tú. Yo tengo que dirigir un rancho.

-Irás -contestó Tess, golpeándole los hombros a su vez-. Porque ese fue el trato. Porque perdiste la apuesta y porque Lily está ilusionada. Y porque ha llegado el momento de que empieces a pensar en la gente que te rodea con el mismo respeto que le brindas a esas malditas vacas. He perdido el culo para lograr esto. Hace casi seis meses que estoy clavada en este rancho olvidado de la mano de Dios, porque un hijo de puta quiso someternos a jueguecitos desde la tumba.

-Y dentro de otros seis meses te habrás ido. -Willa no se pudo explicar por qué eso, simplemente eso, la enfurecía.

-¡No te quepa la menor duda! En el instante en que haya cumplido mi sentencia, me iré. Pero mientras tanto he colaborado, he respetado las reglas. ¡Y por Dios que tú también las respetarás! Nos iremos a pasar allí este fin de semana aunque tenga que pegarte hasta dejarte inconsciente, atarte y arrojarte al jeep más cercano.

Willa alzó el mentón, como desafiando a su hermana a que le pegara.

-Hollywood, eres una bestia y no podrías pegarle ni a un perro de tres patas.

-¡Maldita seas! -contestó Tess, furibunda.

Eso lo desencadenó todo. La furia de Willa explotó antes de que tuviera tiempo de contenerla. Blandió el puño antes de pensar en lo que hacía. El puñetazo echó atrás la cabeza de Tess, le dejó una desagradable marca colorada en el mentón y la tiró de culo al suelo resbaladizo y sucio.

Cuando Ben lanzaba una maldición y se adelantaba para ayudarla, Willa ya estaba arrepentida y se disculpaba.

-Nunca debí hacer eso. Yo...

Pero entonces exhaló con fuerza y se quedó sin aliento, cuando Tess se levantó como una saeta y embistió contra ella, golpeándola con todo el cuerpo. Cayeron al piso en un revoltijo de brazos, piernas y chillidos.

Ben tardó alrededor de cinco segundos en decidir que debía mantenerse a salvo y al margen de lo que sucedía.

Lucharon en la nieve apilada, volvieron al terreno mojado, gruñendo y abofeteándose. Ben esperaba que se tiraran del pelo, y no lo desilusionaron. Se echó el sombrero para atrás y levantó una mano al ver que los peones salían del establo de partos para ver cuál era el motivo del estruendo.

-¡Bueno, maldita sea! -exclamó Ham con cansancio-. ¿Qué ha desencadenado esto?

-Algo acerca de una apuesta y un baño de barro.

Ham sacó su bolsa de tabaco, mientras el resto de los hombres formaban un círculo informal alrededor de las contendientes.

-A Will la superan en peso, pero ella es resuelta. -Hizo una mueca al ver que un puño de Tess se conectaba con un ojo de Willa-. Le enseñé a luchar mejor -dijo, meneando la cabeza-. Debió haber visto venir ese puñetazo.

-¿Cree que empezarán a arañarse? -preguntó Billy.

-Creo que las dos se volverían contra cualquiera que se quiera interponer. -Ben se metió las manos en los bolsillos-. Tess tiene las uñas muy largas. No quiero que me destroe la cara.

-Yo digo que gana Will -intervino Jim, y retrocedió cuando las hermanas rodaron hasta quedar peligrosamente cerca de sus botas-. Apuesto diez por ella.

Ben consideró el asunto y meneó la cabeza.

-Hay algunas cosas en las que no conviene hacer apuestas.

La furia hizo que Tess olvidara todo lo aprendido en sus cursos de defensa personal, sus dos años de entrenamiento de kárate, y la llevó a luchar como una mujerzuela cualquiera. La neblina roja que le cubría los ojos se oscurecía cada vez que Willa le asestaba un puñetazo. Allí no había rellenos defensivos, ni reglas, ni un instructor que declarara tiempo muerto.

Se encontró con la cara hundida en la nieve sucia y enfangada y la escupió con una maldición.

Willa vio estrellas de todos los colores, cuando Tess le tiró del pelo. Con lágrimas de dolor y de furia ardiendo en sus ojos, se retorció y luchó por hacer palanca. Oyó que algo se rasgaba y tuvo tiempo de rezar para que se tratara de ropa y no que Tess le acabara de arrancar el pelo desde la raíz.

Solo el orgullo le impidió que usara los dientes.

Lamentó ese orgullo cuando se encontró tirada cuan larga era en la nieve.

Tess recordó por fin su entrenamiento y decidió ponerlo en práctica combinándolo con un poco de inspiración.., se sentó sobre su hermana.

-Date por vencida -gritó mientras luchaba por seguir montada sobre Willa quien caracoleaba como un caballo salvaje-. Soy más grande que tú.

-Saca-ese-culo-gordo-de-encima-mío. -Hizo un esfuerzo enorme y consiguió tirar a Tess hacia atrás. Enseguida se apartó, giró sobre sí misma y luchó por levantarse.

Mientras los hombres guardaban un respetuoso silencio, las dos mujeres jadeaban, y se miraban fijo. Mientras Willa se secaba la sangre que le corría por el mentón, tuvo la satisfacción de ver a la elegante y sofisticada Tess cubierta de tierra, despeinada y con el pelo en los ojos, y con la boca hinchada y sangrando.

En ese momento en que tuvo tiempo de respirar, Tess empezó a tener sensaciones. Le dolía todo, cada hueso, cada músculo, cada célula del cuerpo. Apretó los dientes sin apartar la mirada del rostro de Willa.

-Yo diría que fue un empate.

Por enorme que fuera su alivio, Willa asintió con lentitud y luego dirigió una rápida mirada a los hombres, fascinados y sonrientes. Vio que pasaban billetes de mano en mano y maldijo en voz baja.

-Vaqueros inútiles, ¿os pago para que os quedéis ahí parados y rascándoos el ombligo?

-No, señora. -Juzgando que ya no había peligro, Jim se adelantó. Iba a ofrecerle una mano para ayudarla a levantarse, cuando el brillo de los ojos de Willa le indicó que era prematuro-. Creo que el recreo ha terminado, muchachos.

Ham les indicó con un movimiento de cabeza que entraran al establo. A los pocos segundos estallaron las conversaciones y las risas.

-¿Ya habéis terminado? -preguntó Ham.

Achicándose un poco por el tono de la pregunta, Willa se quitó la tierra que le cubría las rodillas y asintió.

-Me parece bien. -Ham arrojó al suelo su cigarrillo y lo apagó con el tacón de la bota-. La próxima vez que quieran pelear como gatas, traten de hacerlo en un lugar donde no distraigan a los peones. Ben -agregó, llevándose una mano al ala del sombrero en un gesto de saludo.

Hombre sabio al fin, Ben se abstuvo de sonreír cuando Ham se alejó.

-Señoras -preguntó con un tono que esperaba fuese apropiadamente sobrio-, ¿puedo ayudarlas a levantarse?

-Puedo levantarme sola -contestó Willa, pero no pudo evitar un, quejido mientras luchaba por ponerse de pie. Estaba mojada, congelada, inmunda, con la camisa rasgada y el ojo izquierdo le palpitaba como una muela picada.

Al pensar en dientes, se pasó la lengua por los suyos y le alivió comprobar que seguían todos en su lugar.

-Yo sí aceptaré que me echas una mano. -Como una princesa en pleno baile, Tess tendió la mano y permitió que Ben la levantara de la montaña de nieve enfangada. Tenía ganas de estremecerse de solo pensar en lo que vería cuando se mirara al espejo, pero logró esbozar una sonrisa fría-. Gracias. Y -agregó sonriéndole a Willa-, diría que el asunto ya está definido. El viernes por la mañana, y pon en la maleta un vestido decente para salir a comer.

Demasiado furiosa para poder hablar y reconociendo el peligro de pronunciar una sola palabra, Willa giró sobre sus talones y se encaminó al establo de partos. Las risas que se oían en el interior cesaron de inmediato y reinó el silencio.

-Irá. -Ben lo dijo en voz baja, sacó un pañuelo de su bolsillo y enjugó con suavidad la sangre que Tess tenía en un lado de la boca-. Has puesto en juego su orgullo y su honestidad. Willa es capaz de ignorar casi cualquier cosa, pero no esas cualidades.

-¡Ay! -Tess cerró un instante los ojos y luego se tocó con cuidado el chichón que le crecía en la sien-. Me costó más de lo que yo creía. Esta ha sido la primera pelea en serio en la que he intervenido desde sexto grado, cuando Annmarie Bristol me llamó Gorda Pesada. Primero le di una buena zurra, después empecé a hacer régimen y gimnasia.

-Te dio resultado. -Ben se inclinó y recogió el arrugado sombrero de Tess.

-Sí. -Tess se puso el sombrero sobre el pelo mojado y sucio-. Estoy en buena forma física. Nunca imaginé que resultaría tan difícil tirarla al suelo.

-Es delgada pero fuerte.

-¡No me lo digas a mí! -exclamó Tess, tocándose el labio hinchado-. Necesita alejarse un poco de aquí. Más de lo que lo necesito yo, y más de lo que lo necesita Lily.

-Creo que tienes razón.

-No sé cuándo duerme. Por la mañana se levanta antes que nadie, pasa la mitad de la noche en el despacho, o aquí fuera. -Después se encogió de hombros-. ¿Qué diablos me importa?

-Creo que sabes por qué te importa.

-Tal vez. -Lo miró y arqueó una ceja-. Te diré qué más necesita. Una buena y sudorosa sesión de sexo que le haga olvidar todo lo demás. ¿A qué diablos estás esperando?

No era un tema del que a Ben le gustara hablar. Pero aunque la educación le indicaba que debía callarse la boca, el instinto lo lleva ha en dirección contraria. Miró en dirección del establo, tomó del brazo a Tess y la alejó de allí.

-Sabes, Willa... ella nunca... ella nunca -repitió y cerró la boca.

-Nunca ¿qué? -La mirada impaciente y los ojos entrecerrados de Ben le dieron la respuesta. Tess se detuvo en seco-. ¿Me quieres decir que nunca se ha acostado con nadie? ¡Dios santo! -Exhaló aire con fuerza y readaptó sus pensamientos-. Bueno, eso cambia las cosas, ¿verdad?

A pesar de su labio dolorido, depositó un beso suave en la mejilla de Ben.

-Eres un hombre paciente y considerado, Ben McKinnon. Creo que tu actitud es muy dulce. Una maravilla.

-¡Diablos! -Se movió impaciente-. Se me ocurre que ella nunca ha tenido con quién hablar, nadie que le explicara las cosas.

Tess captó en el acto la indirecta y meneó la cabeza.

-¡Ah, no! No, no. De ninguna manera.

-Creí que tal vez, tú sabes, ya que sois hermanas...

-¡Ah, sí! Will y yo somos inseparables, así. -Junto con la frase, dicha con tono sarcástico, Tess cruzó dos dedos-. ¿Cómo crees que lo tomaría si yo quisiera darle un curso de relaciones sexuales?

-Sí, tienes razón.

Y tú eres un hombre frustrado y hambriento, pensó Tess, mientras le palmeaba la mejilla.

-Sigue trabajándola, muchacho. Y tal vez a mí se me ocurra algo. Y ahora me voy a sumergir en el jacuzzi durante un día o dos. -Y con la mano apretada sobre el trasero dolorido, Tess entró renqueando a la casa.

-¡Dios mío! -Fue todo lo que Lily pudo decir, prácticamente todo lo que logró decir desde que llegaron al Mountain King Spa and Resort.

Jamás había visto nada parecido.

La sala de estar principal se extendía por hectáreas, vidrio y madera y senderos formados por canto, a través de plantas verdes hundidas en la nieve y piscinas de agua caliente sobre las que el vapor se enroscaba en una neblina soñadora.

Mientras se registraban, Lily aferró con fuerza su bolso, y contempló maravillada el elegante vestíbulo con su doble chimenea, su cielo raso en forma de arco de medio punto y sus plantas exóticas. El corazón le comenzó a latir con fuerza cuando pensó en el gasto que les exigiría, porque sin duda un lugar tan espléndido, tan suntuoso, debía costar un ojo de la cara, aunque fuese por un fin de semana.

Pero Tess saludó al conserje con una sonrisa amistosa, lo llamó por su nombre y charló tranquilamente con él acerca de lo que ella y sus compañeras habían disfrutado de su estancia cuando estuvieron allí a principios de temporada.

El hombre la escuchaba embobado y enseguida llamó a un botones para que se hiciera cargo del equipaje y las condujera a la cabaña exclusiva ubicada en una ladera y rodeada de pinos.

Luego, la cabaña en sí dejó atónita a Lily.

Una inmensa pared de vidrio se abría desde la sala de estar hacia las montañas majestuosas y ofrecía una tentadora vista de la piscina de agua caliente privada hábilmente construida entre las rocas.

En la chimenea de piedra ya ardía el fuego, por todas partes se veían jarrones llenos de flores y en una zona curva y en desnivel de la sala de estar había una serie de sofás curvos con almohadones de tonos pastel frente a un equipo completo compuesto por una gran pantalla de televisión, vídeo y aparato de música.

Un encantador comedor en madera oscura se encontraba muy cerca de una pequeña cocina.

-¡Dios mío! -volvió a exclamar Lily, esta vez en voz baja, cuando el botones las condujo a un dormitorio con sus propios ventanales de vidrio que daban a una terraza de suelo de piedra.

Dos camas cameras, ya hechas con almohadas blandas y colchas encantadoras, y más allá el baño, al que solo pudo echar un vistazo de pasada. Pero fue suficiente para que notara una mesa color de marfil como de un kilómetro de largo, una enorme

bañera, y una ducha aparte, separada del resto por paneles de vidrio. Y, por supuesto, había un bidé.

¡Nada menos que un bidé!

Lily apenas lograba coordinar sus pensamientos mientras Tess le daba instrucciones al botones.

-Estas maletas aquí, gracias. Puede llevar las de ella... -dijo Tess mirando fijamente a Willa con frialdad-, van al otro dormitorio. No te importa compartir conmigo el dormitorio, ¿verdad, Lily?

-¿Qué? No, no, por supuesto que no. Yo...

-Perfecto. Instálate. Dentro de una hora tenemos nuestro primer tratamiento.

-¿Tratamiento? Pero ¿qué...?

-No te preocupes -la tranquilizó Tess mientras salía tras el botones-. Yo me encargué de eso. Te aseguro que te encantará.

Lo único que Lily atinó a hacer fue dejarse caer sobre un lado de la cama y preguntarse si todo eso no sería un sueño.

-¿Qué le pasó en el ojo, querida?

La técnica, terapeuta, consultora o como se llamara realizó un largo y comprensivo estudio del ojo de Willa. Willa no se encogió de hombros. Resultaba difícil hacerlo cuando una estaba tendida, desnuda por completo, sobre una mesa acolchada en una habitación pequeña y oscura.

-Caminaba distraída y tropecé contra algo.

-Hummm. Bueno, veremos lo que alguna de nuestras especialistas en piel pueden hacer al respecto. Usted solo relájese -ordenó mientras comenzaba a envolver a Willa en algo cálido y húmedo-. ¿Es su primera visita al Spa de Mountain King?

-Sí. -Y la última, se prometió.

La claustrofobia la atacó de repente, inesperadamente, cuando eso que la envolvía le sujetó los brazos al cuerpo. Willa sintió que el corazón le latía desordenadamente, que la respiración se le acortaba y empezó a luchar.

-No, no. Debe relajarse, respirar con lentitud y con tranquilidad. -Sobre ese material que la envolvía, colocó una pesada manta-. Muchas clientes sufren esa reacción inicial cuando las envolvemos en hierbas. Se le pasará si se deja estar y aclara su cabeza. Ahora, estas bolitas de algodón están empapadas en nuestra loción para ojos. Es probable que le ayude a bajar la hinchazón. Además, es evidente que usted no ha estado durmiendo bastante últimamente.

Bárbaro. Ahora, además de atada, estaba ciega. Willa se preguntó si ella sería la primera cliente en liberarse de esa reclusión empapada en hierbas para salir corriendo, desnuda y gritando del Centro de Tratamiento para Damas.

Como no quería merecer esa distinción, luchó por relajarse. Supuso que era lo menos que merecía por no haber abierto en ningún momento la boca durante el viaje hasta allí.

Se dio cuenta de que resonaba una música. O tal vez en realidad no fuese música sino el sonido de agua que caía sobre agua y el del canto de pájaros. Respiró despacio y de una manera superficial y se recordó que solo le quedaban cuarenta y ocho horas de sufrimiento.

En menos de cinco minutos estaba profundamente dormida.

Veinte minutos después despertó, mareada, cuando la consultora le murmuró algo al oído.

-¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?

-Estás expulsando todas las toxinas del cuerpo. -Con eficiencia, la mujer retiró las capas de hierbas que la cubrían-. Quiero que beba mucha agua. Nada más que agua durante las próximas horas. Dentro de diez minutos la espera otra etapa del tratamiento, de manera que relájese. La ayudaré a ponerse la bata y las zapatillas.

Todavía medio dormida, Willa le permitió que la envolviera en una bata y que deslizará sus pies dentro de las zapatillas de plástico que les proporcionaba el establecimiento.

-Y ahora ¿qué me harán?

-Le encantará -prometió la consultora.

De manera que volvió a quedar desnuda, sobre otra mesa y con otra mujer de bata rosa.

Al recibir el primer golpe de una tela húmeda sobre la piel desnuda untada con una crema, Willa lanzó un grito.

-¿He sido demasiado ruda? Lo siento muchísimo.

-No, lo que pasa es que me cogió por sorpresa.

-Su piel quedará como una seda.

Willa cerró los ojos, mortificada, cuando la mujer le frotó las nalgas desnudas.

-¿Qué diablos me está untando?

-Es una de nuestras especialidades. Skin-Nu. Todos nuestros productos se basan en hierbas y pueden adquirirse en nuestro salón. Tiene una piel fabulosa. ¡Qué colorido! Pero ¿cómo se hizo todos esos moretones?

-Ayudando a parir terneros.

-A parir... ¡Ah! Usted trabaja en un rancho. Qué excitante, ¿verdad? ¿Se trata de una explotación familiar?

Willa se dio por vencida y permitió que le siguiera quitando capas de piel.

-Lo es ahora.

Cuando Willa volvió a ver a Tess, ella, Willa, estaba de nuevo tendida de espaldas y desnuda, a menos que se pudiera considerar que el barro espeso y marrón que extendían sobre su cuerpo fuese alguna clase de vestimenta. Tess se asomó por la puerta, miró a su hermana y explotó en carcajadas.

-Ya pagarás por esto, Hollywood. -¿Dios, la mujer le estaba cubriendo las tetas con barro caliente! ¡Las tetas!

-Permíteme corregirte. Mercy ya lo está pagando. Y nunca te he visto más hermosa.

-Lo siento, señora -dijo la nueva consultora-, estas habitaciones son privadas.

-Está bien, no se preocupe, somos hermanas. -Tess se apoyó contra el marco de la puerta, como si se sintiera en su casa, vestida con esa bata de toalla blanca y las zapatillas de plástico-. Dentro de cinco minutos tengo un masaje facial. Pero quería saber cómo te iba.

-Desde que llegué no he hecho más que estar acostada.

-Si te queda tiempo entre un tratamiento y otro, te aconsejo que no dejes de probar el baño turco. ¿Qué te toca después de esto?

-No tengo la menor idea.

-Creo que la señorita Mercy también tiene hora para un masaje facial. El Rio Tratamiento de una hora de duración.

-¡Ah! Eso es una delicia -recordó Tess-. Bueno, que lo disfrutes. En este momento Lily está en el cuarto contiguo donde le están haciendo un tratamiento en todo el cuerpo. Está lloriqueando de placer. Nos veremos.

-Así que ha venido con sus hermanas -comentó la consultora cuando Tess cerró la puerta.

-Por decirlo de alguna manera.

La consultora sonrió y pintó con barro la cara de Willa.

-¡Qué agradable!

Willa volvió a darse por vencida y cerró los ojos.

-Por decirlo de alguna manera.

Willa regresó a la suite después de las seis, casi arrastrándose porque sentía las piernas tan débiles que no creía posible que la sostuvieran. Ella también podría haber lloriqueado y, aunque le resultara odioso admitirlo, también habría sido de placer. Sentía el cuerpo tan liviano, tan mimado, tan relajado que no tenía más remedio que seguir adelante con el tratamiento.

Tal vez quince minutos de baño de vapor en compañía de un grupo de otras mujeres desnudas, después del masaje completo de una hora, hubiera sido un poco excesivo. Pero perdió la cabeza.

-¡Ah! ¡Allí estás! -En el momento en que Willa entró, Tess estaba descorchando una botella de champán-. Lily y yo acabábamos de decidir que no te esperaríamos.

-¡Oh, tienes un aspecto maravilloso! -Todavía envuelta en su bata, Lily se puso de pie y entrelazó las manos-. ¡Estás resplandeciente!

-Creo que no puedo moverme. Ese tipo, el masajista, Derrick, debe haberme hecho algo.

-¿Te tocó un hombre? -Con los ojos muy abiertos, Lily se apresuro a ayudar a Willa a llegar al sillón-. ¿Para un masaje de cuerpo entero?

-¿No debía ser así?

-Mi masajista era una mujer, así que supuse... -Dejó la frase inconclusa cuando Tess le alcanzó una copa de champán.

-Ordené que una mujer te hiciera el masaje a ti, Lily. Pensé que te sentirías más cómoda. -Le pasó otra copa a Willa-. Y pedí que el de Willa fuera un hombre porque me pareció que debe empezar a acostumbrarse a lo que se siente cuando un hombre le pone a una las manos encima... aunque sea de una manera perfectamente profesional.

-Tengo miedo de derretirme si tratara de volver a ponerme de pie, pero si no fuera así, te pegaría un puñetazo por lo que acabas de decir.

-Querida, deberías agradecermelo. -Con su propia copa en la mano, Tess se instaló en el brazo del sofá-. Bueno, ¿te gustó o no?

Willa bebió un trago de champán. Había bebido bastante agua como para hundir un barco de guerra y el cambio que significaba beber algo con burbujas le resultaba glorioso.

-Tal vez. -Volvió a beber y echó atrás la cabeza-. Se parecía a Harrison Ford y me masajeó los pies. ¡Dios! Además me masajeó ese lugar justo encima de los omóplatos. -Se estremeció-. Utilizó los pulgares. Tiene unos pulgares increíbles.

-Ya sabes lo que se dice de los pulgares del hombre. -Sonriente, Tess alzó su copa y brindó cuando Willa se molestó en abrir un ojo-. He notado que Ben tiene pulgares muy... largos.

-¿No te basta con Nate?

-Acostarme con Nate me basta y me sobra. Pero soy escritora. Los escritores notamos los detalles.

-Adam tiene unos pulgares maravillosos. -En cuanto Lily se oyó decirlo, se ahogó y se puso colorada como la grana-. Quiero decir que tiene buenas manos. Es decir, me refiero a que son muy... -lanzó una risita tonta y se dio por vencida..., largos. ¿Me puedes servir un poco más de champán?

-¡Por supuesto! -contestó Tess, levantándose de un salto para tomar la botella-. Un par de copas más y tal vez nos cuentes todo lo que se refiera a los largos pulgares de Adam.

-No, no podría.

-Tengo otra botella.

-No le hagas bromas con eso -dijo Willa, pero sin ninguna agresividad-. No a todo el mundo le gusta jactarse de sus actividades sexuales.

-A mí me gustaría -dijo Lily, y volvió a sonrojarse-. Me gustaría jactarme y alardear porque para mí nunca había sido así. Y jamás imaginé que podía ser así. Ni que yo pudiera. -Aunque no estaba acostumbrada a tomar alcohol, se sirvió la segunda copa con total abandono-. ¡Y Adam es tan maravilloso! Me refiero a su cara y a su corazón..., pero su cuerpo... ¡Oh Dios mío!

Se llevó una mano al pecho y alzó la copa que Tess se apresuró a volver a llenar.

-Es como si estuviera tallado en ámbar. Es tan perfecto que de solo mirarlo me siento débil y emocionada por dentro. ¡Y me acaricia con tanta suavidad! Y después ya no es suave, y no me importa porque lo deseo, y él me desea, y nos enardecemos, nos ponemos salvajes, y me siento fuerte, como si pudiera hacer el amor con él durante horas, durante días enteros. Para siempre. Y a veces tengo tres o cuatro orgasmos antes de que terminemos, mientras que con Jesse casi nunca tenía ni siquiera uno y entonces...

Se interrumpió, parpadeó, tragó con fuerza.

-¿Acabo de decir eso?

Tess respiró con lentitud y bebió un largo trago de champán.

-¿Estás segura de no querer seguir hablando? Si sigues así unos minutos más me harás terminar.

-¡Oh! -Presurosa, Lily depositó su copa y se llevó las manos a las mejillas ardientes-. Nunca le he dicho esas cosas a nadie. No quería incomodarlos.

-No nos has incomodado en absoluto. -Willa también tenía una sensación extraña en la boca del estómago cuando estiró la mano para palmar el brazo de Lily-. Creo que es maravilloso, para ti y para Adam.

-Antes nunca pude hablar así con nadie. -Se le quebró la voz y surgieron las lágrimas-. Y no podría decírselas a nadie que no fuerais vosotras dos.

-Bueno, Lily, no...

-No. -Lily interrumpió la preocupación de Tess con un movimiento de su cabeza-. Para mí todo ha cambiado. Y todo empezó a cambiar cuando os conocí a vosotras. Entonces yo también empecé a cambiar. A pesar de todas las cosas horribles que han sucedido, soy muy feliz. Conocí a Adam y os conocí a vosotras dos. ¡Y os quiero tanto a todos! ¡Os quiero muchísimo! Lo siento -agregó y se puso de pie para dirigirse corriendo al baño.

Emocionada, Willa permaneció inmóvil y escuchó el sonido del agua que caía en la bañera.

-¿Crees que alguna de las dos debería ir a acompañarla?

-No. -También con los ojos húmedos, Tess volvió a llenar la copa de Willa y luego se dejó caer a su lado, en el sofá-. Le daremos un minuto. -Pensativa, eligió una manzana Granny Smith perfecta de la canasta que les brindaba el hotel-. Tiene

razón, ¿sabes? Por mal que esté la situación, hay muchas cosas positivas que nivelan el fiel de la balanza.

-Supongo que sí. -Willa miró su copa y luego alzó la vista para mirar a Tess-. Supongo que me alegro de haberte conocido. No es necesario que me gustes -agregó antes de ponerse demasiado sentimental-. Pero me alegro de que nos hayamos conocido.

Tess sonrió y entrecrocó su copa con la de Willa.

-Brindo por eso.

-¿Qué sentido tiene? -preguntó Willa mientras fruncía el entrecejo al mirar las uñas de los dedos de los pies que en ese momento una pedicura pintaba de rosa poppy-. La única que las ve soy yo, y les aseguro que no presto demasiada atención a las uñas de mis pies.

-Cosa completamente obvia -contestó Tess, satisfecha con el esmalte rojo apasionado con que en ese momento pintaban las suyas-. Antes de que Marla hiciera milagros contigo, las uñas de tus pies parecían cortadas por una cortadora de césped.

-¿Y qué?

Willa odiaba tener que confesarse que en realidad estaba disfrutando de casi todo el proceso... que incluía su nueva afición: el masaje de pies. Se volvió en el banco para observar a Lily que miraba fascinada sus uñas a medio pintar.

-¿En serio crees que a Adam le gustará este... cómo se llama... -Willa inclinó la cabeza para ver el nombre del esmalte-, coral calipso?

-Me hace sentir bonita. -Sonriente, Lily admiró las uñas que ya tenía pintadas-. Adulta y bonita. -Miró a Tess-. Supongo que de eso se trata, ¿verdad?

-¡Bueno! -Como si después de una larga clase una alumna por fin hubiera comprendido la fórmula, Tess aplaudió, con cuidado de no arruinarse las uñas-. Por fin un poco de sentido común. Una mujer inteligente no se viste y maquilla para un hombre. Lo hace ante todo por sí misma. Después para el resto de las mujeres que son las únicas que, en definitiva, notarán los detalles. Luego, pero en última instancia, para los hombres que, si la mujer tiene suerte, aprecian la belleza en general.

Divertida ante la expresión de sus hermanas, Tess alzó las cejas, bajó la voz y agregó, imitando una voz masculina:

-¡Ugh! Es linda. Huele bien. Yo quiero una compañera.

Una carcajada de Willa premió su descripción del hombre.

-No tienes un concepto demasiado elevado de los hombres, ¿no es verdad, Hollywood?

-*Au contraire*, tonta, pienso mucho en los hombres y, en un sentido general, encuentro que son una interesante diversión de la rutina diaria. Toma a Nate como ejemplo.

-Tengo la impresión de que tú ya lo has tomado.

-Sí. -La sonrisa de Tess se trocó en felina.

-Al principio, Nathan Torrence me resultó un enigma. El ranchero de Montana, que habla con lentitud, que se licenció como abogado en Yale y a quien le gustan Keats, el tabaco y los hermanos Marx. Una combinación como esa, bueno, representa a la vez un desafío y una oportunidad.

Alzó un pie ya terminado antes de seguir hablando.

-Sí, me gustan los desafíos y nunca pierdo una oportunidad. Pero me estoy haciendo pintar las uñas porque me hace sentir bien. Que a elle gusten y lo exciten no es más que una especie de bonificación.

-A mí me hace sentir exótica -intervino Lily-. Cómo... ¿cómo se llamaba esa mujer del sarong? Esa actriz de las películas en blanco y negro.

-Dorothy Lamour -informó Tess-. Y ahora pensad en Adam, un tipo de hombre completamente distinto.

-¿Eso crees? -Como acababan de llegar a su tema predilecto, Lily se irguió en la silla-. ¿En qué sentido?

-No la alientes, Lily. Está jugando a ser la experta.

-Cuando a hombres se refiere, no es necesario que juegue a la experta, campeona. -Tess continuó, meneando un dedo-. Serio, sólido y sin embargo, un poco misterioso. Posiblemente el hombre más fabuloso que he conocido en mi corta pero ilustre carrera en conquistas masculinas, con esa... la única palabra que se me ocurre es «bondad» que brilla en sus ojos.

-¡Sus ojos! -exclamó Lily con un suspiro que obligó a Willa a levantar los suyos al cielo.

-Pero... -agregó Tess meneando un dedo- eso no lo convierte en un hombre aburrido, cosa que por lo general sucede con la gente bondadosa, porque en él también hay una pasión efervescente y contenida. Y en lo que a ti se refiere, Lily, podrías rasurarte la cabeza y pintarte la cara de coral calipso y él te seguiría adorando.

-Está enamorado de mí-dijo Lily con una sonrisa tonta.

-Sí. Considera que eres la mujer más hermosa del mundo, y si una mañana despertaras y alguna bruja malvada te hubiera hecho un embrujo convirtiéndote en un duende, todavía seguiría considerándote la mujer más hermosa del mundo. Lo que él ve está más allá de lo físico, que aprecia, pero percibe lo que hay dentro de una persona. Por eso creo que eres la mujer más afortunada del mundo.

-Tal vez esa no sea una mala historia..., para una guionista de Hollywood.

-¡Ah! Pero todavía no he terminado. Tenemos que completar nuestra tríada. - Encantada consigo misma, Tess se echó atrás-. Ben McKinnon.

-¡No empieces! -ordenó Willa.

-No cabe duda de que estás caliente con él. Nos quedaremos aquí un momento para esperar que se nos sequen las uñas -le dijo a la pedicura. Luego tomó su vaso de burbujeante agua mineral-. Una mujer tendría que estar muerta más de dos semanas para que no se le acelere el pulso ante un hombre como Ben McKinnon.

-¿Y el tuyo se ha acelerado mucho?

Satisfecha con la reacción de Willa, Tess movió perezosamente un hombro.

-Yo tengo a otro hombre en mente. Si no... En todo caso no he estado muerta dos semanas.

-Se podría arreglar.

-No, no te pongas de pie y camines a mi alrededor, te arruinarás las uñas. -Tess apoyó una mano sobre el brazo de Willa para contenerla-. Volviendo a Ben: su sexualidad lo precede. El sexo crudo, ardiente, sin disimulo es una pesada carga para el hombre. Si una lo mira montar a caballo, sabe que montaría a una mujer con la misma fuerza. Además es inteligente, leal, honesto y los vaqueros le sientan maravillosamente. Como experta en esos asuntos, debo decir que, cuando se pone un par de vaqueros, una nota que, las de Ben McKinnon, son Las mejores pelotas al este o al oeste de los Pecos. Lo cual no es una mala distracción para la rutina diaria - terminó diciendo mientras bebía el agua mineral.

-No entiendo por qué le miras sus atributos masculinos cuando tú ya tienes un hombre -murmuró Willa.

-Porque son espléndidos y porque tengo buena vista. -Tess se pasó la lengua por los dientes-. Por supuesto que una mujer tendría que ser muy valiente, fuerte e inteligente para igualarlo en fuerza y estilo.

«Bueno -pensó Tess, mientras Willa permanecía de mal humor a su lado-, Ben McKinnon, acabo de lanzar un desafío. Es la mejor ayuda que te puedo proporcionar.»

Nada más llegar a Mercy y deshacer el equipaje, Willa se dio cuenta de que durante las últimas veinticuatro horas, en el elegante hotel de aguas termales, ni por un momento había pensado en el rancho, en sus problemas y sus responsabilidades. Y, al comprenderlo, la recorrió una oleada de culpa al pensar que le había resultado tan fácil dejarlo todo atrás para zambullirse en una vida mimada y de placer.

Fue como entrar en una realidad alternativa, supuso, y sonrió al ir sacando de su maleta cajitas doradas que dejaba sobre la cama. Lo que tal vez explicara por qué no luchó cuando Tess y Lily la urgieron a comprar cremas, lociones, champús.

¡Dios todopoderoso! Centenares de dólares gastados en tonterías femeninas que lo más posible era que nunca se acordara de ponerse.

Por lo tanto decidió que se las regalaría todas a Bess, además de los elegantes jabones y baños de espuma que compró para ella.

De todos modos, era una maravilla estar de nuevo vestida con vaqueros, pensó mientras se los ponía. Y mejor aún haberse enterado por boca de Adam que durante el fin de semana no hubo ningún problema. Los hombres comenzaban a relajarse de nuevo, aunque la guardia de las veinticuatro horas por día se seguía manteniendo. La época de los partos se acercaba al final y el calendario indicaba que la primavera estaba próxima.

No lo parece, pensó Willa, acercándose a la ventana. El viento que soplaba desde Canadá era amargo como una vieja atacada de gota. No había nieve en el cielo, cosa que agradecía. Sin embargo ella conocía los cambios que se producían en marzo y, para el caso, también en abril. La realidad de la primavera todavía estaba tan distante como la luna.

Y estaba deseando que llegara.

Era algo que también la sorprendía. Por lo general se sentía feliz en cualquier estación del año. El invierno, sin duda significaba trabajo pero también ofrecía, y hasta exigía, períodos de descanso. Para la tierra y para la gente que la habitaba.

La primavera tal vez fuese una época de renacimiento y de júbilo, pero también era una temporada de barro, de sequía o de lluvias imposibles, de músculos doloridos, de tierras que debían ser sembradas, de ganado que había que separar y llevar a pastar.

Pero estaba deseando que llegara, deseando ver aunque fuera un solo pimpollo: la flor de verdolaga que triunfaba surgiendo entre el barro; un laurel que se alzara como por milagro en medio del bosque espeso; una pajarilla salvaje adornando el risco de una montaña.

Sorprendida de sí misma, meneó la cabeza y se alejó de la ventana. ¿Desde cuándo ella soñaba con flores?

Es obra de Tess, pensó. De todas esas conversaciones sobre sexo, romances y hombres. Una transición natural hacia la primavera, las flores., y la estación de los apareamientos.

Con una risita, contempló la serie de cajas doradas diseminadas sobre la sencilla colcha de su cama. ¿Y qué son esos, tuvo que admitir, sino costosos alicientes para el apareamiento?

Al oír pasos, comenzó a juntar las cajas y llamó:

-¿Bess? ¿Tienes un minuto? Hay algunos asuntos que tal vez te interesen. No sé por qué las...

Se interrumpió cuando, en lugar de Bess, entró Ben al dormitorio.

-¿Qué demonios haces aquí? ¿No tienes la costumbre de llamar a la puerta?

-Lo he hecho. Me ha abierto Bess. -Alzó las cejas y en sus ojos apareció una expresión admirada-. ¡Bueno, bueno! ¡Mírate, Willa!

Willa agradeció haber podido, por lo menos, terminar de ponerse los vaqueros y también tuvo una aguda consciencia de no haber llegado a ponerse la camisa. De la cintura para arriba solo la cubría la seda de su camiseta térmica. Sus pezones se endurecieron, traicioneros, cuando levantó de un tirón la camisa de franela.

-Ni siquiera hace una hora que he vuelto -se quejó, mientras metía los brazos en las mangas de la camisa-, y ya estás persiguiéndome. No tengo tiempo para hablar ni para revisar informes. Ya he perdido un fin de semana íntegro.

-No creo que hayas perdido nada.

Ben se sintió comprensiblemente desilusionado al verla abotonarse la camisa, pero lo intrigó su manera apresurada de llevar a cabo la tarea. Con el tiempo le gustaría que deshiciera lo que acababa de hacer.

-Estás espléndida. -Se le acercó-. Descansada. Preciosa. -Levantó una mano hasta los rizos que le caían sobre los hombros-. Atractiva. Pasé un par de malos ratos cuando Nate me dijo adónde habías ido. Imaginé que tal vez volvieras con la cara toda llena de crema y el pelo cortado como el de alguna de esas modelos de Nueva York que tratan de parecerse a un muchachito adolescente. ¿Por qué crees que lo hacen?

-No tengo ni idea.

-¿Cómo conseguiste enrollar todo tu pelo en esos rulos?

-Si le pagas bastante a esa gente, son capaces de hacer cualquier cosa. -Echó hacia atrás sus rizos, un poco avergonzada-. ¿Qué quieres, Ben? ¿Quedarte aquí parado y hablar sobre tratamientos de belleza?

-¿Humm? -respondió él. Es increíble, pensó mientras seguía jugueteando con el pelo de Willa. Tantos rulos y seguían siendo suaves como plumas de pato-. Me gusta. Me da ideas.

Willa empezaba a comprender la situación y retrocedió para quedar fuera de su alcance.

-No son más que rulos.

-Me gusta ver tu pelo rizado. -Sonrió mientras maniobraba de modo tal que ella tuvo que retroceder hacia la pared-. También me gusta lacio, cuando te cae por la espalda, o cuando lo trenzas.

Willa conocía bien las dimensiones de su cuarto y calculó que en dos pasos más tropezaría con la pared. De manera que conservó su lugar.

-Mira: ¿qué crees que estás haciendo?

-¿Tan débil es tu memoria? -La agarró contento de que hubiera dejado de retroceder-. No creí que, por haberte alejado unos pocos días, olvidarías dónde dejamos este asunto. Quédate quieta, Willa -dijo con paciencia cuando ella levantó un brazo para alejarlo a empujones-. Lo único que voy a hacer es besarte.

-¿Y si yo no quiero que me beses?

-Entonces di: «Sácame las manos de encima, Ben McKinnon».

-Sácame...

Fue todo lo que pudo decir antes de que él le impidiera seguir hablando. Y los labios de Ben estaban hambrientos y no eran tan pacientes como por su voz se hubiera podido deducir. La apretó posesivo entre sus brazos, la dejó sin aliento, y Willa tuvo que abrir los labios para respirar.

Y entonces él, rápido e inteligente, le invadió la boca con su lengua.

Es como si a una la tragaran, pensó Willa en una nebulosa. Como si a una la estuvieran devorando viva con una ansiedad que incita a la ansiedad. Los corazones latían aceleradamente. «El de él tanto como el mío», descubrió Willa sorprendida. Latían como locos. En una carrera desenfrenada. Y se preguntó si uno de los dos no se elevaría por los aires de continuar a ese ritmo, a esa velocidad.

-Te he echado de menos.

Lo dijo en voz tan baja, mientras sus labios se le deslizaban por el cuello, que Willa creyó haberlo imaginado.

¿Que la había echado de menos? ¿Sería posible?

Los labios de Ben volvieron a recorrerle la garganta, se detuvieron detrás de su oreja, haciéndole cosas a su piel que la dejaban mareada y débil.

-¡Qué bien hueles!

Recordó que le había dicho que la veía preciosa, y le temblaron las piernas. ¿Qué bien olía? Entonces lo que seguía debía ser. Recordó el comentario cínico de Tess y tragó con fuerza.

-¡Espera! ¡No sigas!

En su estado actual no habría podido empujar una almohada de plumas, mucho menos a un hombre excitado, pero al oír su voz sin aliento y ver el temblor de sus manos, Ben cambió el tono.

-Está bien.

Seguía rodeándola con sus brazos, pero ya con suavidad, y con una mano le acarició la espalda para tranquilizarla. Se dio cuenta de que Willa estaba temblando, y se maldijo por ello. Es inocente, inocente, se repitió en su interior como si fuera un mantra hasta que logró respirar con naturalidad.

Solo quería volver a darse el gusto de probar sus labios, y creyó que se dejaría llevar por esa locura de excitación. Pero días, semanas, ¡diablos!, años de frustración ardían en su interior y amenazaban con explotar.

Y lo que él quería hacer, lo que imaginaba que haría con ella en ese cuarto, sobre esa cama, no era por cierto la manera en que un hombre civilizado debía iniciar a una virgen.

-Perdón. -Se echó atrás para mirarle el rostro. En los ojos de Willa vio una mezcla de miedo, confusión y deseo. Lo único que lo detenía era el miedo-. No quise asustarte, Will. Por un minuto me olvidé de todo. -Para aligerar el ambiente, jugueteó de nuevo con uno de sus rulos-. Debe ser culpa de tu peinado.

Lo lamenta, comprendió ella, muy sorprendida. Y vio algo más en los ojos de Ben. No era posible que fuese ternura, sobre todo tratándose de Ben, pero sin duda era una emoción más suave que la lujuria. Tal vez, pensó, sonriendo apenas, tal vez sea afecto.

-No te preocupes. Supongo que por un momento yo también perdí el control. Debe ser porque me estabas tragando como si fuese un whisky excelente

-Tienes tendencia a ser tan potente como el whisky -murmuró él.

-¿En serio?

La respuesta sorprendida y tan femenina volvió a hacer hervir la sangre de Ben.

-No me excites. Subí para avisarte de que Adam y yo salimos a caballo para echar una mirada a las tierras altas. Zack dice que el paso del norte está bloqueado por la nieve. Y tuvo la impresión de que algunos cazadores pueden estar haciendo uso de la cabaña de Mercy.

-¿Y qué le hace pensar eso?

-En uno de sus recorridos en la avioneta vio senderos y otras señales. -Ben se encogió de hombros, como para quitarle importancia-. De todos modos no sería la

primera vez que sucede, pero como quiero ver hasta qué punto es grave el bloqueo del paso, a Adam y a mí nos pareció que convenía que nos diéramos una vuelta para examinar la situación.

-Iré con vosotros. Estaré lista dentro de quince minutos.

-Es tarde para salir. Lo más probable es que no podamos volver esta misma noche. Te podemos llamar por radio desde la cabaña para darte todos los informes.

-No, voy con vosotros. Dile a Adam que me ensille a *Moon*. Yo prepararé mi mochila.

¡Qué agradable es volver a montar!, pensó Willa. Agradable estar sobre la montura, fuera, al aire libre y cada vez más frío a medida que ascendían. *Moon* trotaba con facilidad por la nieve, por lo visto también contenta de haber salido. Su aliento formaba nubes que los precedían y sus arneses tintineaban.

El sol resplandecía, una luz cegadora se desprendía de la nieve no pisoteada, agregando brillo a los árboles cubiertos de blanco. Allí en las tierras altas, la primavera tardaría en llegar y apenas duraría más que un precioso momento.

En el silencio se oyó el grito de un halcón y Willa vio rastros de ciervos y de otras presas de caza, y de animales carnívoros que cazaban en las montañas. Tal vez hubiera disfrutado de su fin de semana de mimos, pero su mundo era ese. Cuanto más alto trepaba, más le fascinaba haber vuelto.

-Pareces exultante. -Ben cabalgaba a su lado y le estudió el rostro-. ¿Qué te hicieron allí arriba, en ese lugar tan elegante?

-Toda clase de cosas. Cosas maravillosas. -Ladeó la cabeza y le dirigió una sonrisa traviesa-. Me cubrieron todo el cuerpo de cera.

-¿En serio? -Ben sintió una sensación agradable en la entrepierna-. ¿Todo el cuerpo?

-Sí. Me han raspado la piel, engrasado, encerado y lustrado. Fue bastante agradable. ¿Alguna vez te han masajado todo el cuerpo con aceite de coco, Ben?

La sensación agradable aumentó de una manera considerable.

-¿Te estás ofreciendo a hacerlo, Willa?

-Te lo estoy contando. Y al final del día ese tipo me fro...

-¿Tipo? -Se irguió en la montura. Su tono agudo de voz interrumpió las investigaciones de *Charlie* que volvió gimiendo-. ¿Qué tipo?

-El masajista.

-¿Permitiste que un tipo te masajeara el...?

-¡Por supuesto! -Satisfecha por la reacción de Ben, Willa se volvió hacia Adam. El brillo de sus ojos le indicó que su hermano sabía exactamente cuál era el juego en que estaba empeñada-. A Lily le hicieron algo que llaman aromaterapia. Me pareció que debe ser algo muy parecido a lo que la gente de la raza de nuestra madre ha estado haciendo durante siglos. Utilizando hierbas y perfumes para relajar la mente y el cuerpo. Ahora ellos le han puesto un nombre elegante y te cobran el equivalente a un brazo y una pierna por hacértelo.

-¡Estos blancos! -exclamó Adam, sonriendo-. Siempre buscando enriquecerse a costa de la naturaleza.

-Fue lo que pensé. En realidad, le pregunté a la masajista de Lily por qué consideraba que...

-¿Masajista? -Interrumpió Ben-. ¿A ella la trataba una mujer?

-Sí. De manera que le pregunté por qué creía que su gente había impuesto todos esos tratamientos cuando los indios utilizaron barro y hierbas y aceites antes de que hubiera blancos a mil quinientos kilómetros de las Montañas Rocosas.

-¿Por qué a Lily la trataba una mujer y a ti no?

Willa miró de soslayo a Ben.

-Lily es tímida. De todos modos, algunos tratamientos parecían básicos. Y los aceites y las cremas no muy distintos a los que debe haber preparado nuestra abuela.

-Y ellos los metieron en frascos elegantes y se los apropiaron -dijo Adam.

Ben sabía que le acababan de acortar la soga y se movió inquieto en la montura.

-¿También te untaron con grasa de oso?

Willa sofocó una sonrisa.

-En realidad, les aconsejé que estudiaran esa posibilidad. Deberías aconsejarle a Shelly que pase un fin de semana allí, una vez que haya dejado de dar de mamar a la niña. Dile que pida que la atienda Derrick. Es increíble.

Adam tosió, se tapó la boca con una mano y luego espoleó el caballo y se adelantó, seguido por *Charlie*.

-¿De manera que permitiste que ese tipo, Derrick, te viera desnuda?

-Es un profesional. -Se echó atrás el pelo rizado, ya sin ninguna timidez-. Estoy pensando en la posibilidad de que me hagan masajes más a menudo. Son muy... relajantes.

-Apuesto a que sí. -Ben se inclinó y le apoyó una mano en el brazo, conteniendo a los caballos para que avanzaran con más lentitud-. Solo quiero hacerte una pregunta.

-¿Cuál?

-¿Estás tratando de volverme loco?

-Tal vez.

Ben asintió.

-Porque te sientes segura aquí fuera y con Adam cerca.

Ella no pudo menos que sonreír.

-Tal vez.

-Vuelve a pensarlo. -Moviéndose con rapidez, se inclinó hacia ella, la arrastró hacia él y la besó con fuerza en los labios. Cuando permitió que Willa se alejara y se esforzara en controlar a la yegua asustada, Ben sonreía-. Voy a comprar un poco de aceite de coco para ver cómo te queda.

El corazón de Willa dio un vuelco.

-Tal vez -repitió. Azuzó a *Moon* para ponerla al trote.

El disparo chasqueó y el eco lo repitió, un sonido agudo y sorprendente. Demasiado cerca, fue todo lo que Willa pudo pensar antes de que el caballo de Adam se pusiera a dos patas y estuviera a punto de arrojarlo al suelo.

-¡Imbéciles! -dijo entre dientes-. Deben ser unos malditos imbéciles de ciudad...

-¡Cúbrete! -Ben estuvo a punto de arrancarla de la montura y se colocó frente a ella, como un escudo. Con la velocidad del rayo sacó el rifle y se arrojó al suelo donde quedó hundido en la nieve hasta las rodillas-. Guárrete detrás de los árboles.

Pero Willa ya había visto la sangre que manchaba el brazo de la camisa de Adam. Y al verlo, bajó del caballo y corrió hacia su hermano, en terreno abierto. Ben lanzó una maldición, la tomó por las piernas para hacerla caer y la cubrió con su cuerpo en el momento en que estallaba otro disparo.

Ella luchó con todas sus fuerzas, revolcándose en la nieve y arañándolo. El terror era una niebla caliente y roja.

-Adam está herido. ¡Suéltame!

-No te levantes.

La cara de Ben estaba cerca de la suya, y le hablaba con voz fría y tranquila mientras la mantenía inmovilizada bajo sus cuerpo. *Charlie* ladraba como loco y, tembloroso, esperaba la señal de cazar. Solo se calmó cuando Ben se lo ordenó con voz tensa.

Todavía cubriendo a Willa, Ben levantó la vista y vio que Adam se arrastraba boca abajo hacia ellos.

-¿Es grave?

-No sé. -El intenso dolor le recorría el brazo hasta el hombro-. Creo que la bala dio más en la manga del abrigo que en mi brazo. ¿No estás herida, Will? -Le pasó por la cara un guante cubierto de nieve.

-No. Estás sangrando.

-Está bien. Debe tener mala puntería.

Willa cerró un instante los ojos e hizo un esfuerzo por tranquilizarse.

-Fue deliberado. No era un cazador imbécil.

-Tuvo que ser un rifle de largo alcance -dijo Ben, levantando la cabeza lo necesario para revisar los árboles, las montañas. Pasó una mano sobre el lomo del perro para calmarlo-. No alcanzo a ver nada. Por la dirección del disparo, supongo que debe estar allá arriba, entre las rocas.

-Muy bien cubierto. -Willa se obligó a respirar con lentitud-. Es imposible que lleguemos hasta donde se encuentra.

Como siempre, pensó Ben, en lo primero que piensa es en atacar. Se deslizó al suelo, liberando a Willa del peso de su cuerpo y empuñó el rifle con firmeza.

-Ya casi hemos llegado a la cabaña. Tú y Willa corred hacia allí, manteniéndoos a cubierto de los árboles. Yo me quedo aquí para que tenga un blanco.

-¡Maldita sea si voy a dejarte aquí!

Empezó a levantarse pero de un empujón Ben volvió a tirarla al suelo. En unos segundos en que los ojos de Adam y los suyos se encontraron, ambos sabían cómo iban a tratar el asunto.

-Adam está sangrando -dijo Ben con tranquilidad-. Es necesario que alguien lo atienda. Llévalo hasta la cabaña, Will. Yo os seguiré enseguida.

-Si es necesario podemos hacernos fuertes en la cabaña. -Luchando por vencer el dolor, Adam repasó los detalles. Ben, desde la cabaña podremos cubrirte. Cuando nos oigas disparar, síguenos.

Ben asintió.

-Una vez que llegue a ese grupo de rocas que jugábamos a que era un fuerte, dispararé. Eso os dará tiempo de llegar a la cabaña. Volved a disparar para que sepa que habéis llegado.

Willa comprendió que en ese momento debía elegir entre un hombre y el otro. La sangre que manchaba la nieve e quitó toda posibilidad de hacer esa elección.

-¡No hagas ninguna estupidez! -Tomó la cara de Ben entre las manos y lo besó con fuerza-. No me gustan los héroes.

Sin levantarse del todo, tomó las riendas de su caballo.

-¿Estás en condiciones de montar? -le preguntó a Adam.

-Sí. Quédate entre los árboles, Willa. Nos moveremos con rapidez. -Después de dirigirle una última mirada a Ben, Adam montó-. ¡Ya!

Willa no tuvo tiempo de mirar atrás. Pero recordaría, supo que siempre recordaría a Ben arrodillado y solo en la nieve, con la sombra de los árboles cubriéndole la cara y el rifle apoyado contra el hombro.

«Mentí», pensó cuando lo oyó disparar una, dos, tres veces. Le encantaban los héroes.

-Nadie contesta sus disparos -dijo Willa cuando ella y Adam sofrenaron los caballos detrás de! una torre de rocas-. Tal vez se haya ido.

«O tal vez esté esperando», pensó Adam. No dijo nada cuando Willa empuñó su rifle. Disparó media docena de veces.

-Ben estará bien, ¿no es cierto Adam? Si ese francotirador trata de rodearlo y...

-Nadie conoce esta zona mejor que Ben. -Lo dijo con rapidez para convencer a Willa y convencerse a sí mismo. En lo único que podía pensar era que había dejado atrás a su hermano. Porque fue lo único que se podía hacer-. Tenemos que seguir andando, Willa. Desde la cabaña estaremos en mejores condiciones de cubrir a Ben.

Ella no pudo discutirle, sobre todo considerando la palidez de Adam, considerando que la calidez de la cabaña y el botiquín estaban a corta distancia. Pero sabía lo que ninguno de los tres dijo: no había manera de cubrirse durante los últimos cincuenta metros. Para poder llegar a la cabaña sería necesario que cabalgaran al descubierto.

El sol resplandecía, la nieve era cegadora. Willa no tenía dudas de que contra ese blanco volvían a destacarse como el ciervo en una pradera. A lo lejos alcanzaba a oír el sonido del agua que se abría camino sobre el hielo y las rocas y, más cerca, el rápido sonido de su propia respiración.

Las rocas sobresalían de la nieve cuyo peso inclinaba los árboles. Willa cabalgaba con el rifle en la mano, preparada para que algún francotirador sin rostro en cualquier momento saltara hacia delante y apuntara hacia ellos. En lo alto sobrevolaba un águila que emitía su grito triunfal. Willa contó los segundos que transcurrían con los latidos de su corazón, y se mordió los labios con fuerza al escuchar el eco del disparo del rifle de Ben.

-Llegó a esa fortaleza de rocas.

Ya alcanzaba a ver la cabaña, la fuerte estructura de madera que se agazapaba en el terreno rocoso. Dentro está la seguridad, pensó. Primeros auxilios para Adam y una radio para pedir ayuda. Refugio.

-Algo va mal. -Se oyó decirlo antes de tenerlo completamente claro. Una fotografía desenfocada, un rompecabezas al que le faltaban piezas-. Alguien ha limpiado un sendero -agregó con lentitud-. Y hay rastros. Respiró hondo-. Todavía huelo el humo. -No salía humo de la chimenea, pero ella alcanzaba a percibir su olor tenue en el aire-. ¿No lo hueles?

-¿Qué? -preguntó Adam, sacudiendo la cabeza en un esfuerzo por no desmayarse-. No, yo... -El mundo amenazaba con ponerse gris para él. Ya no sentía el brazo, ni siquiera el dolor.

-No es nada. -Siguiendo su instinto, Willa colocó el rifle en su funda y tomó las riendas del caballo de Adam con su mano libre. Al descubierto o no, tenían que avanzar con rapidez antes de que él perdiera más sangre-. Ya casi hemos llegado, Adam. Cógete. Cógete a la montura.

-¿Qué?

-Agárrate a la montura. Mírame a mí. -Lo dijo como una orden y los ojos de él se aclararon durante unos instantes. No te sueltes.

Espoleó a *Moon* para ponerla al galope y gritó para que el caballo de Adam no se quedara atrás. Si Adam llegara a caerse antes de que llegaran a la seguridad,

estaba dispuesta a desmontar, arrastrarlo hasta allí si fuera necesario y dejar en libertad a los caballos.

Entraron en una especie de rayo de luz cegadora. Los cascos de los caballos al galope levantaban la nieve en el aire. Ella galopaba erguida en la montura para proteger a su hermano con su cuerpo. Y con todos los músculos preparados para ese rápido insulto que es el acero al penetrar en la carne.

En lugar de tomar el sendero limpio de nieve, prefirió dirigir los caballos hacia el lado sur de la cabaña. Ni siquiera se relajó cuando la sombra del edificio cayó sobre ellos. El francotirador podía estar en cualquier parte. Liberó el rifle, saltó al suelo y luego tuvo que luchar con la nieve que casi le llegaba a la cintura para alcanzar a Adam que se bamboleaba.

-No te me vayas a desmayar ahora. -El aliento le ardía en los pulmones mientras luchaba por sostenerlo. Tenía las manos empapadas de la sangre caliente de su hermano-. ¡No creas que voy a cogerte en brazos!

-¡Diablos! Dame un segundo por favor. -Debía apelar a toda su concentración para luchar contra el mareo. Tenía la visión poco clara pero por lo menos todavía alcanzaba a ver. Y todavía podía pensar. Pensar lo suficiente como para saber que no estarían a salvo hasta entrar en la cabaña. Y aun entonces...-. Entra. Dispara una vez para avisar a Ben. Yo me encargaré de los arneses.

-¡Al demonio con los arneses! -Willa lo sujetó contra el costado de su cuerpo y lo arrastró hasta la puerta.

Hace demasiado calor, pensó en cuanto entraron. Empujó a Adam hasta un catre y miró la chimenea. Nada más que cenizas y trozos de madera quemada. Pero alcanzaba a oler un fuego reciente.

-Acuéstate. Aguanta un minuto. -Se apresuró a acercarse a la puerta, disparó tres veces para avisar a Ben que acababan de llegar, después cerró con llave-. Enseguida vendrá -dijo, orando para que así fuera-. Tenemos que quitarte el abrigo.

Detener la hemorragia, encender el fuego, limpiar la herida, llamar al rancho por radio, preocuparse por Ben.

-No he sido de mucha ayuda -dijo Adam mientras ella le quitaba el abrigo.

-La próxima vez, cuando la que reciba el balazo sea yo, podrás ser el fuerte. -Contuvo un jadeo al ver la sangre que le empapaba la manga de la camisa desde el hombro hasta la muñeca-. ¿Te duele? ¿Mucho?

-Lo tengo insensible. -Con una mirada objetiva y de cansancio, estudió la herida-. Creo que la bala salió por el otro lado. No me parece que sea demasiado grave. Si no hiciera tanto frío, habría sangrado más.

Habría sangrado menos, pensó Willa mientras desgarraba la manga, sino hubieran tenido que cabalgar a una velocidad de locos. Rasgó también la camisa térmica y sintió que se le revolvía el estómago al ver la carne desgarrada.

-Antes de nada te haré un torniquete para detener la hemorragia. -Mientras hablaba sacó un pañuelo-. Voy a calentar un poco este lugar, después te limpiaré la herida y veremos cómo está.

-Revisa las ventanas -le pidió Adam, apoyando una mano sobre su brazo-. Y vuelve a cargar el rifle.

-No te preocupes. -Le ató con fuerza el pañuelo alrededor del brazo-. Acuéstate antes de desmayarte. Empiezas a parecer un rostro pálido.

Lo cubrió con una manta, luego se encaminó al cajón donde se guardaba la leña. Casi vacío, notó mientras el corazón le latía con fuerza. Con manos temblorosas arregló las astillas, luego los leños y por fin les prendió fuego.

El botiquín de primeros auxilios estaba en el armario encima de la pila de la cocina. Lo colocó sobre la mesa y lo abrió para comprobar si estaba todo. Con cierto alivio, se inclinó para abrir el armario debajo de la pila donde estaban las vendas y apartó los recipientes con material de limpieza.

Y entonces se le revolvió el estómago.

El cubo que se guardaba debajo de la pila se encontraba en su lugar exacto. Pero estaba lleno de trapos y de toallas endurecidas. Y las manchas que los cubrían eran, sin duda, de sangre. Sangre vieja, pensó, mientras extendía la mano para tomar el cubo. Era demasiada sangre para que fuese el resultado de un accidente de cocina.

Demasiada sangre para no ser el producto de una muerte.

-¿Qué pasa, Will? -preguntó Adam, luchando por sentarse.

-Nada. -Cerró la puerta del armario-. Un ratón. Me sobresaltó. No puedo encontrar vendas. -Antes de volverse luchó por borrar el asco que se le pintaba en la cara-. Tendremos que usar tu camisa.

Metió una cacerola en la pila y la llenó de agua tibia.

-Podría decirte que esto me va a doler más a mí que a ti, pero no será así.

Colocó la cacerola y el botiquín al lado de Adam, luego se dirigió al baño en busca de toallas limpias. Encontró una, solo una, y durante un instante se permitió la debilidad de apoyar la frente contra los azulejos.

Cuando volvió, Adam se había levantado y se encontraba bamboleante junto a la ventana.

-¿Qué diablos haces? -ladré ella, empujándolo de nuevo hacia el catre.

-Todavía no podemos bajar la guardia. Tenemos que llamar al rancho, Will. - Le zumbaban los oídos y sacudió la cabeza para aclararla-. Avísales. Tal vez el tipo se dirija hacia allá.

-En el rancho todo el mundo está bien. -Willa retiró el pañuelo y comenzó a limpiar la herida-. Llamaré en cuanto haya terminado de curarte. Y no me discutas. - Agregó con voz que, a su pesar, era temblorosa-. Ya sabes que siempre que veo sangre me siento mal, y esta es mi primera herida de bala. Así que dame tiempo.

-Lo estás haciendo muy bien. ¡Mierda! -siseó entre dientes-. Eso me ha dolido.

-Es probable que sea lo mejor que te pueda pasar, ¿no es cierto? Me parece que la bala entró por aquí, justo debajo del hombro. -Ignoró su sensación de náusea-. Y salió por aquí atrás. -Carne desgarrada de la que todavía manaba la sangre-. Debes haber perdido mucha sangre, pero la hemorragia disminuye. No creo que la bala haya afectado ningún hueso. Me parece que no. -Apretó los labios al abrir la botella de alcohol-. Esto te arderá como el demonio.

-Recuerda que los indios somos estoicos ante el dolor. ¡Dios santo! -Lanzó un grito, se estremeció y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando el alcohol le entró en la herida.

-Sí, lo recuerdo. -Trató de lanzar una risita, pero más se pareció a un sollozo-. ¡Vamos! Grita todo lo que quieras.

-Está bien. -La cabeza le daba vueltas, tenía el estómago revuelto. Tenía el cuerpo cubierto de sudor frío-. Ya he gritado. Ahora termina lo que estás haciendo.

-Debería haberte dado algo contra el dolor. -Willa estaba tan pálida como él y hablaba a borbotones, como para impedir que ambos comenzaran a gritar. Se le saltaban las lágrimas-. De todos modos no sé si aquí tenemos nada más fuerte que la aspirina. Y eso sería lo mismo que tratar de apagar el fuego de un bosque con un poco de pis. La herida está limpia, Adam, por lo menos me parece limpia. Ahora la cubriré con este ungüento y te la vendaré.

-¡Gracias a Dios!

Ambos sufrieron hasta llegar al final de la curación, luego se estudiaron mutuamente. Los dos estaban pálidos como muertos y con los rostros cubiertos de sudor. Adam fue el primero en sonreír.

-Creo que no estuvimos del todo mal, considerando que fue la primera herida de bala para los dos.

-No es necesario que le digas a nadie que lloré.

-No es necesario que le digas a nadie que grité.

Willa se enjugó la cara sudada, luego secó la de él.

-Trato hecho. Ahora acuéstate y yo... -Dejó la frase inconclusa y enterró la cara contra la pierna de su hermano-. ¡Oh, Dios, Adam! ¿Dónde está Ben? Ya debería haber llegado.

-No te preocupes. -Le acarició el pelo, pero no apartaba la mirada de la puerta-. Llegará en cualquier momento. Llamaremos por radio al rancho para que avisen a la policía.

-Está bien. -Levantó la cabeza-. Lo haré. Pero quédate sentado aquí. Debes recuperar tus fuerzas.

Se puso de pie y se acercó a la radio, la encendió. No oyó el zumbido familiar ni se encendió la luz del aparato.

-Está muerta -dijo, y el tono de su voz reflejaba sus palabras. Al mirarla con más atención, sintió que se le detenía el corazón-. Alguien arrancó los cables, Adam. La radio no funciona.

Dejó caer el micrófono, cruzó la habitación y tomó su rifle.

-Toma esto -ordenó, colocándoselo sobre las rodillas-. Yo usaré el tuyo.

-¿Qué diablos estás haciendo?

Willa tomó su sombrero y volvió a envolverse el cuello con la bufanda.

-Voy a buscar a Ben.

-¡Ni lo sueñes!

-Voy a buscar a Ben -repitió-. Y tú no estás en condiciones de impedírmelo.

Adam la miró fijamente, se puso de pie y se sostuvo para no caer.

-¡Por supuesto que lo estoy!

Era un asunto que debía ser discutido, pero en ese momento ambos escucharon el ruido de cascos sobre la nieve. Desarmada, Willa giró hacia la puerta y la abrió. Con Adam siguiéndola a poca distancia, salió corriendo. Las rodillas no le cedieron hasta que Ben desmontó.

-¿Dónde demonios has estado? Se suponía que vendrías enseguida. Y ya ha pasado casi media hora.

-Di una vuelta por los alrededores. Encontré algunas huellas, pero... ¡Epa! - Esquivó el puñetazo que ella le dirigía a la cara, pero no pudo evitar el que Willa le pegó en la boca del estómago-. ¡Dios mío, Will! ¿Te has vuelto loca? Tú... -Volvió a interrumpirse cuando ella le arrojó los brazos al cuello-. ¡Mujeres! -murmuró, acariciándole el pelo-. ¿Cómo estás? -le preguntó a Adam.

-He estado mejor.

-Yo también. Me encargaré de los caballos. ¿Quieres ver si hay un poco de whisky por ahí? -Le dio una amistosa palmada en la espalda a Willa y la obligó a volverse hacia la puerta-. Necesito un trago.

El fuego del campamento situado un poco al norte de donde nos emboscaron estaba frío. Había señales de que alguien desolló algún animal que cazó. Creo que deben haber sido tres personas a caballo, con un perro. -Palmeó la cabeza de *Charlie*. Dos días, tal vez tres. Dejaron todo muy recogido, de manera que diría que sabían lo que hacían.

Comió un bocado del guiso en lata que Willa acababa de calentar.

-De todos modos, había rastros frescos. Un jinete que se dirigía al norte. Creo que ese debe haber sido nuestro hombre.

-Dijiste que nos seguirías enseguida -repitió Willa.

-Y llegué, ¿no es cierto? Pero antes, *Charlie* y yo queríamos hacer un recorrido. -Depositó sobre el suelo los restos del guiso para que lo comiera el perro agradecido, y se resistió a frotarse el estómago en el lugar donde recibió el impacto del puñetazo de Willa-. Tal como yo lo veo, el tipo efectúa un par de disparos, y luego se aleja. No creo que haya esperado para ver lo que hacíamos.

-Tal vez se haya estado alojando aquí -intervino Adam-. Pero eso no explica por qué inutilizó la radio.

-Tampoco explica que haya tratado de matarnos a balazos -agregó Ben-. El hombre que nos tiene preocupados desde hace meses utiliza un cuchillo, no un arma de fuego.

-Éramos tres -señaló Willa y, al ver que *Charlie* movía la cola con entusiasmo, no pudo menos que sonreír-. Cuatro -se corrigió-. Era más seguro que nos atacara con un rifle.

-Es cierto. -Ben fue en busca de la cafetera y sirvió café a los tres.

Willa se quedó mirando su taza, observando el vapor del café caliente. Tenían los estómagos llenos y un toque de cafeína en la sangre. Era todo el tiempo que podían tomarse los tres para recobrase.

-Ha estado aquí -dijo con voz tranquila. Se había preparado para hablar con tranquilidad-. Ya sé que la policía revisó la cabaña después del asesinato de esa chica, y que no encontraron nada que indicara que la hubiera tenido prisionera aquí. Pero creo que fue así. Creo que la tuvo cautiva aquí mismo y que la mató aquí. Y que después él mismo limpió todo.

Se puso de pie, se encaminó al armario bajo la mesa y sacó el cubo.

-Creo que limpió la sangre con estos trapos y que luego volvió a meter el cubo bajo la pila.

-Pásame ese cubo. -Ben se lo quitó de las manos y la ayudó a volver a sentarse-. Será mejor que lo llevemos de vuelta con nosotros. -Lo colocó junto a la leñera, fuera de la vista de Willa.

-La asesinó aquí. -Willa puso especial cuidado en que no le temblara la voz reflejando los acelerados latidos de su corazón-. Posiblemente la atara a uno de esos catres. La violó y la mató. Después limpió todo para que, si alguien revisaba, la cabaña pareciera en orden. Tuvo que bajarla a caballo, posiblemente de noche. Supongo que pudo esconder el cadáver en alguna parte durante unas horas, tal vez hasta durante todo un día. Después tiró lo que quedaba de ella en los escalones de entrada de la casa. La tiró allí con menos cuidado con el que uno trataría a un ciervo

muerto. -Cerró los ojos-. Y cada vez que empiezo a pensar, a creer, a esperar, que todo esto haya acabado, vuelve a empezar. Él vuelve. Y uno ni siquiera se imagina por qué.

-Tal vez no exista un porqué. -Ben se arrodilló delante de ella y le tomó las manos entre las suyas-. Willa, tenemos dos opciones. Dentro de una hora habrá oscurecido. Podemos quedarnos aquí hasta mañana o podemos aprovechar la noche como protección y volver enseguida. De cualquiera de las dos maneras, significa un riesgo. De cualquiera de las dos maneras, será duro.

Ella mantuvo las manos entre las de Ben y miró a Adam.

-¿Estás en condiciones de hacer el trayecto a caballo?

-Puedo montar.

-Entonces yo no quiero quedarme aquí. -Respiró hondo-. Creo que deberíamos volver en cuanto oscurezca.

Era una noche clara, con apenas un poco de niebla que se deslizaba sobre el suelo. Los guiaba la luna del cazador. «La misma luna -pensó Willa-, que nos ilumina ante cualquier asesino que nos esté siguiendo.» El perro trotaba delante, con las orejas tiesas. *Moon* vibraba porque Willa le transmitía sus nervios.

Toda sombra era un enemigo potencial, cada murmullo de un arbusto un susurro de advertencia. El grito de una lechuza, un rápido aleteo y el grito de algún animal bien cazado y muerto con rapidez, ya no eran solo sonidos de la montaña por la noche sino recordatorios de la mortalidad.

Las montañas eran una belleza, iluminadas por el resplandor azulado que la luna lanzaba sobre la nieve, los árboles oscuros, las rocas erguidas que parecían desafiar al cielo.

Y eran mortíferas.

Ese día él debió haber bajado por aquí, pensó Willa, cabalgando hacia el este con su trofeo atado a la montura. ¿No fue eso lo que significaba la pobre muchacha para él? Un trofeo. Algo para demostrar lo hábil e inteligente que es. Y lo despiadado.

Se estremeció y bajó los hombros para protegerse del viento.

-¿Estás bien?

Miró a Ben. Sus ojos resplandecían en la oscuridad como los de un gato. Agudos, observadores.

-El día del entierro de mi padre, cuando Nate leyó el testamento, las condiciones, creí que nunca nada podía llegar a resultarme tan duro, tan doloroso. Creí que jamás me sentiría tan impotente, tan incapaz de ejercer el control. Que era lo peor que podía sucederme en la vida.

Suspiró y condujo con cuidado a su caballo por el talud desparejo donde las sombras eran largas y empezaban a verse trozos de terreno. Delgados dedos de niebla se abrían como el agua.

-Cuando encontré a Pickles, cuando vilo que le habían hecho, creí que eso era lo peor. No podía haber nada más horrendo. Pero me equivoqué. Y me sigo equivocando porque por lo visto siempre puede haber algo peor.

-No permitiré que te suceda nada. Puedes estar segura de eso.

A la distancia vieron el primer reflejo de luz que era Mercy.

-Has sido un inconsciente hoy, Ben, al salir a rastrear por tu cuenta. Te dije que no me gustan los héroes y me gustan menos los tontos. -Azuzó a su yegua para acelerar el paso hacia las luces.

-¿Has oído lo que me ha dicho? -le murmuró Ben a Adam.

-Tiene razón. -Adam ladeó la cabeza al ver el entrecejo fruncido de Ben-. Yo no te podía servir de ayuda y ella estaba demasiado ocupada asegurándose de que no me desangrara para poder hacer otra cosa. Salir a rastrear por tu cuenta no ayudó en nada.

-En mi lugar, tú habrías hecho lo mismo.

Era bastante cierto.

-No estamos hablando de mí. Willa lloró.

Incómodo, Ben se movió sobre la montura y miró a Willa que cabalgaba delante de ellos.

-¡Oh, diablos!

-Prometí que no lo diría y hubiera guardado el secreto si todas sus lágrimas hubieran sido por mí. Pero muchas fueron por ti. Quería salir a buscarte.

-Bueno, eso es una...

-Tontería. -Adam terminó la frase, sonriendo-. Habría tratado de impedirselo, pero no creo que lo hubiese logrado. Tal vez convenga que lo recuerdes la próxima vez. -Trató de desentumecer su hombro dolorido-. Y habrá una próxima vez, Ben. Ese hombre no ha terminado.

-No, no ha terminado. -Y en silencio, Ben acortó la distancia que lo separaba de Willa.

La maldita mira del rifle estaba torcida. Una mira cara que resultó defectuosa.

Eso fue lo que Jesse se dijo mientras revivía cada instante de la emboscada. Tenía que haber sido culpa de la mira, del rifle, del viento. No fue él, no fue su puntería, no fue su culpa.

Solo una maldita mala suerte, nada más.

Todavía le parecía ver la forma en que se encabritaba el caballo de ese cretino mestizo ladrón de esposas. Por un minuto creyó, ah, sí, por un dulce instante creyó haber dado en el blanco.

Pero la mira era defectuosa.

Además, fue un impulso. No lo había planeado. De haberlo planeado en lugar de que simplemente sucediera, Wolfchild estaría frío y muerto... y tal vez McKinnon también. Y a lo mejor habría podido probarle el gusto a la medio hermana de Lily.

Jesse exhaló una bocanada de humo, clavó la mirada en la oscuridad y lanzó una maldición.

«Tarde o temprano se me presentará otra oportunidad.» Se aseguraría de ello.

Y entonces, ¿no lo lamentaría Lily?

Durante una semana, todas las noches Willa despertaba en plena pesadilla, bañada en sudor y con alaridos encerrados en la garganta. Siempre era el mismo sueño: estaba desnuda, con las muñecas atadas. Noche tras noche luchaba por liberarse, sentía que la soga se le clavaba en la carne a medida que ella se retorció. Olía su propia sangre que le corría por los brazos desnudos.

Siempre, en el instante antes de despertar, veía el destello de un cuchillo, ese arco brillante que trazaba el acero al bajar para clavársele en el cuerpo.

Cada mañana luchaba por olvidar, segura de que, igual que una rata, la pesadilla volvería a quedar en libertad por la noche.

Las señales de la primavera, esas señales tempranas y vacilantes deberían haberla fascinado. El valiente fulgor del azafrán sembrado por su madre diseminaba un colorido esperanzado. Cada vez había más tierra a la vista, a medida que la nieve se derretía y quedaba reducida a parches cada vez más delgados; el balido de los terneros, el bailoteo del ganado que pastaba.

Ya llegaba la época de arar la tierra, de sembrarla y ver nacer las semillas. Y el momento en que los álamos y los alerces adquirirían un hermoso tono de verde. Los lupinos florecerían y hasta cubrirían las altas praderas, junto con los rostros soleados de los ranúnculos.

Las montañas lucirían más plateadas que blancas, y los días volverían a ser largos y llenos de luz.

Era inevitable que el invierno volviera por lo menos una vez más. Pero las nevadas de primavera eran distintas; carecían de la dureza brutal de las de febrero. En ese momento en que el sol sonreía haciendo subir la temperatura, era fácil olvidar la rapidez con que el tiempo podía volver a cambiar. Y fácil valorar cada hora de cada día brillante.

Desde la ventana de su oficina, Willa veía a Lily. Nunca estaba lejos de Adam, y desde la noche en que le dispararon en las tierras altas, pocas veces se apartaba de su lado. Willa la observó manosear el hombro de Adam, como lo hacía a menudo, para arreglarle el cabestrillo.

Estaba cicatrizando. No, pensó Willa, se están cicatrizando uno al otro.

¿Cómo sería tener a alguien tan dedicado, tan enamorado, tan ciego a todo lo que no fuera uno? ¿Y cómo sería sentir exactamente eso por otra persona?

Aterrador, pensó, pero tal vez valga la pena vencer ese temor y esas dudas para experimentar una emoción tan liberadora. Esa salvaje cabalgata de puro sentimiento, pura necesidad, debía de ser un viaje fascinante. Y aún más, comprendió, más allá de ese momento, la promesa de permanencia que se leía con tanta claridad en los rostros de Lily y de Adam cada vez que se miraban.

Las pequeñas sonrisas secretas, las señales tan personales. Tan de ellos. Qué emoción, pensó, y qué seguridad debe proporcionar saber que habría alguien allí, con uno, siempre. Tener alguien que pensara en uno en primer lugar y en el último.

«Eres una tonta», se dijo, y se apartó de la ventana. Soñar despierta así, cuando había tanto por hacer, tanto en juego. Y ella nunca sería la clase de mujer en quien un hombre pensaría antes que en cualquier otra cosa. Ni siquiera su propio padre pensó en ella primero.

Ya lograba admitirlo, ahí, en el despacho que todavía conservaba tantas cosas de él atrapadas en el aire, como un aroma fijado en las fibras de la alfombra. El nunca pensó primero en ella, y decididamente tampoco pensó en ella al final.

¿Y qué era ella? Con deliberación, Willa se sentó en el sillón que seguía siendo de él, apoyó las manos en los brazos de cuero donde él había apoyado incontables veces las suyas. ¿Qué significó para él? Una sustituta. Y en todo caso una sustituta muy pobre, pensó, juzgada desde los parámetros de Jack Mercy.

No, ni siquiera una sustituta, pensó mientras cerraba las manos y las convertía en puños. Un trofeo, uno de los tres trofeos de los que ni siquiera se molestó en guardar un recuerdo. Algo fácil de descartar y de olvidar, que ni siquiera merecía el espacio que podía ocupar una fotografía sobre el escritorio.

Un trofeo que no valía tanto como las cabezas de los animales que mató y luego colgó de las paredes. La furia, la sensación de haber sido insultada, crecía en su interior con tanta rapidez, con tanta fuerza, que ni siquiera se dio cuenta de lo que hacía hasta que terminó de hacerlo. Hasta que se encontró de pie y habiendo

arrancado de la pared la primera cabeza con ojos de cuentas de vidrio. El cuerno izquierdo del ciervo de astas de seis puntas se quebró al golpear contra el suelo, y el sonido, parecido al del disparo de un arma de fuego, la puso en movimiento.

-¡Al diablo con todo! ¡Al diablo con él! ¡Yo no soy un maldito trofeo! -Se subió al sofá y tiró de la cabeza del carnero astado que la miraba con ojos astutos-. Ahora el despacho es mío. -Con un gruñido despegó esa cabeza de la pared y se dirigió a la siguiente-. Ahora el rancho es mío.

Más tarde, habría estado dispuesta a confesar que se volvió un poco loca. Tiro, empujó, arrastró las montaduras, una tarea macabra esa de desnudar las paredes de esas cabezas sin cuerpos, y de romper clavos mientras luchaba para desembarazarlas. Tenía los labios entreabiertos en el rictus de un gruñido, parecido al del gato montés que luchaba por bajar.

Durante un momento, Tess se quedó mirándola desde la puerta. Su asombro era tan grande que no pudo hacer mucho más al ver el montón de cabezas tiradas en el suelo, y a su hermana murmurando maldiciones mientras luchaba por arrancar de su rincón al inmenso oso gris.

De no haber sabido que no era así, Tess habría jurado que Willa estaba embarcada en una batalla a vida o muerte con el oso. Pero como sabía que no era así, no supo si reír o huir.

No hizo ninguna de las dos cosas, sino que se echó atrás el pelo y se aclaró la garganta.

-¡Bravo! ¿Quién ha abierto el zoológico?

Willa giró sobre sí misma con la cara descompuesta por la furia, los ojos ardientes de furor. En ese momento el oso perdió el equilibrio y cayó como un árbol.

-¡Basta de trofeos! -exclamó Willa, jadeando para recuperar el aliento-. ¡No más trofeos en esta casa!

Era importante no dejarse llevar por la locura. Para lograrlo, Tess se apoyó con aire negligente contra el marco de la puerta.

-No puedo decir que alguna vez me haya gustado la decoración, de aquí o de alguna otra parte del rancho. No es mi estilo. Pero ¿qué ha desencadenado esta repentina necesidad de redecorar?

-¡Basta de trofeos! -repitió Willa. La desesperación acababa de trocarse en convicción-. Ni ellos. Ni nosotras. Ayúdame a sacarlos de aquí. -Dio un paso y extendió una mano-. Ayúdame a sacar toda esta porquería de la casa.

Cuando llegó la toma de conciencia, fue dulce. Tess se enrolló las mangas de la camisa y avanzó con un brillo nuevo en los ojos.

-Con mucho gusto. Y en primer lugar, eliminemos a Smokey.

Juntas empujaron y arrastraron al oso embalsamado y rugiente hasta la puerta, luego hasta el vestíbulo. Estaban en la parte superior de la escalera cuando Lily llegó corriendo.

-¡Por Dios, qué...! Por un momento creí... -Se llevó una mano al corazón que le latía como enloquecido-. Creí que ese animal estaba a punto de devorarnos vivos.

-Este ya hace mucho que se comió a su última presa -alcanzó a decir Willa mientras luchaba por aferrar mejor al oso.

-¿Qué estáis haciendo?

-Redecorando -anunció Tess-. Ayúdanos con este cretino. Es pesado.

-¡No, maldición! -exclamó Willa exhalando con fuerza-. Apartaos. -Cuando los escalones quedaron libres, empezó a empujar -Vamos, ayudadme a empujar.

-Muy bien. -Tess simuló que se escupía las manos y luego apoyó la espalda contra el oso-. Empuja, Lily. Mandemos este monstruo al diablo las tres juntas.

A continuación, el oso se desmoronó por la escalera con un ruido atronador, levantando polvo a su alrededor, las garras golpeando contra el pasamanos. Ante el estruendo, Bess salió corriendo de la cocina, la cara roja y empuñando en la mano la Berreta 22 que últimamente acostumbraba llevar en el bolsillo del delantal.

-¡Dios todopoderoso! -Jadeante, Bess se golpeó las caderas con las manos-. ¿Qué estáis haciendo, chicas? ¡Habéis metido un oso en el vestíbulo!

-En este momento se iba -exclamó Tess y empezó a reír a carcajadas.

-Me gustaría saber quién va a limpiar todo este lío -dijo Bess, empujando el trofeo con un pie. No cabía duda de que lo consideraba tan desagradable muerto como vivo.

-Nosotras. -Willa se pasó las manos por los vaqueros-. Lo consideraremos una limpieza general, de las que se hacen en primavera. -Giró sobre sus talones y volvió al despacho.

En ese momento, pasado el primer instante de furia, comprendió lo que acababa de hacer. El despacho estaba sembrado de cabezas y de cuerpos, como víctimas de una bomba. Los marcos de madera de los trofeos estaban rajados o a trozos. Un fantasmal ojo de vidrio la miraba desde el hermoso dibujo de la alfombra.

-¡Dios santo! -Respiró hondo un par de veces-. ¡Dios santo! -repitió.

-No cabe duda de que los has vencido, compañera -dijo Tess, dándole una palmadita en la espalda-. No han podido contigo.

-Es... -Lily apretó los labios-. Es horrible, ¿verdad? Realmente horrible. -Tuvo un acceso de hipo, se volvió y apretó los labios con más fuerza-. Lo siento. No me parece gracioso. No quiero reírme. -Luchó por contener la risa para lo cual cruzó los brazos con fuerza sobre su estómago-. ¡Pero me resulta tan espantoso! Como una venta de animales salvajes o algo así.

-Es odioso. -Tess perdió el control que le permitía mantener la compostura y se partió de risa-. Odioso y morboso y obsceno y... ¡oh, Dios! Will, si te hubieras visto como te vi yo cuando entré. Parecías una loca bailando el tango con un oso embalsamado.

-Los odio. Siempre los he odiado. -Pero en ese momento ella también estalló en carcajadas y tuvo que sentarse en el suelo para reír a sus anchas.

Y entonces las tres se sentaron en el suelo, riendo como locas entre cabezas de animales decapitados.

-Se irán todos -decidió Willa, llevándose una mano al costado dolorido-. En cuanto pueda ponerme de pie, los sacaré a todos.

-No puedo decir que los añoraré. -Tess se enjugó los ojos llorosos de risa-. Pero ¿qué diablos haremos con ellos?

-Quemarlos, enterrarlos, regalarlos. -Willa se encogió de hombros-. Lo que sea.

Los sacaron todos: alces, antes, ciervos, carneros, oso. También había pájaros embalsamados, peces en vitrinas, cornamentas solitarias. A medida que la pila frente a la casa empezaba a crecer, los peones se acercaron para formar un público fascinado y lleno de asombro.

-¿Les molestaría que les preguntara qué están haciendo? -Como portavoz no oficial, Jim se adelantó.

-Limpieza general de primavera -contestó Willa-. ¿Crees que Wood podría poner en marcha la excavadora para hacer un pozo lo suficientemente grande como para meter todo esto bajo tierra y proporcionarles un entierro decente?

-¿Los pensáis tirar? -Jim se volvió escandalizado y todos los peones comenzaron a murmurar. Tardaron poco en llegar a un acuerdo. Esa vez Jim se aclaró la garganta antes de hablar-. Tal vez nosotros pudiéramos quedarnos con

algunos para tener en la casa de los peones y en los alrededores. Sería una pena enterrarlos. Ese ciervo quedaría perfecto sobre la chimenea. Y el señor Mercy se enorgullecía mucho de ese oso.

-Podéis quedaros con todo lo que queráis -dijo Willa.

-¿Podría quedarme con el gato montés, Will? -preguntó Jim, inclinándose para admirarlo-. Lo agradecería muchísimo. Es una belleza.

-Quedaos con lo que queráis -repitió Willa y meneó la cabeza al ver que los hombres empezaban a discutir, a reclamar, a debatir.

-Ahora sí que me la has jugado bien -dijo Ham, mientras los peones luchaban por cargar el oso en un jeep-. Voy a tener a ese cretino horrible mirándome fijamente todas las mañanas y todas las noches. Y además, te aseguro que los peones almacenarán en algún cobertizo lo que no quepa en las paredes.

-Estarán mejor allí que en mi casa. -Willaladeó la cabeza-. Creí que ese oso te gustaba, Ham. Estabas con él cuando lo cazó.

-Sí, estaba con él. Pero eso no quiere decir que tenga que tenerle afecto. ¡Dios! Billy ten cuidado por favor. Si sigues así vas a romper esa cornamenta. La usarán de perchero para colgar sus sombreros -murmuró mientras se acercaba a supervisar lo que estaban haciendo-. ¡Estos estúpidos vaqueros!

-Ahora todo el mundo está contento -dijo Tess.

-Sí. Pero nos falta atacar la biblioteca.

-Puedo dedicarte una hora. -Tess miró su reloj-. Después tendré que ir a arreglarme. Tengo una cita.

Tenía ropa interior nueva que acababan de mandarle de la calle Victoria. Se preguntaba cuánto tardaría Nate en quitársela.

No mucho, especuló. Apenas unos instantes.

Dejó que sus pensamientos volvieran a centrarse en Willa.

-¿Esta no es la noche en que tú y Ben soléis ir al cine todas las semanas? -preguntó.

-Creo que sí.

-Esta noche, Lily está preparando una comida especial para Adam.

Willa la miró, distraída.

-¿Ah, sí?

-Bueno, es algo así como el aniversario de nuestro primer encuentro... de la primera vez que... -Lily se ruborizó y no terminó la frase.

Ella también había recibido un paquete de la calle Victoria.

-Y es la noche libre de Bess. -Tess se estudió las uñas con aire indiferente. Eso de eliminar trofeos no era una tarea beneficiosa para el barniz-. Oí decir que piensa ir a Ennis, donde pasará la noche en casa de su amiga Maude Wiggins. Y como yo pienso quedarme en la de Nate, tendrás la casa para ti sola.

-¡Ah, pero no debe quedarse sola! -intervino Lily-. Yo puedo...

-Lily -la contuvo Tess, elevando los ojos al cielo-. No estará sola a menos que sea increíblemente lenta o increíblemente tonta o sencillamente imbécil. Una mujer rápida, flexible, se apresuraría a arreglarse y sugeriría una velada en la casa, sin salir.

-Ben me creería loca si me vistiera con mis mejores galas y luego le sugiriera que nos quedáramos en casa.

-¿Qué quieres apostar a que no es así?

Ante la lenta sonrisa de Tess, Willa sintió que sus labios también se curvaban.

-En este momento las cosas son muy complicadas. Tengo demasiadas preocupaciones para pensar en la posibilidad de una lucha cuerpo a cuerpo con Ben.

-¿Y cuándo no hay preocupaciones y complicaciones? -Tess tomó el brazo de Willa y la hizo volverse para mirarla a los ojos-. ¿Lo quieres sí o no?

Willa pensó en la emoción interior que había sentido durante todo el día. Y todo por pensar en Ben.

-Sí.

Tess asintió.

-¿Ahora?

-Sí. -Willa exhaló aire que no tenía conciencia de estar reteniendo-. Ahora.

-Entonces deja para mañana el resto de la limpieza general. Lily y yo no tardaremos más de media hora en encontrar algo medianamente atractivo en tu armario empotrado.

-No dije que quería que volvieras a disfrazarme.

-Será un placer para nosotras. -Con la mente fija en su misión, Tess tiró de Willa y la hizo entrar a la casa-. ¿No es cierto, Lily? ¿Adónde vas?

-Velas -gritó Lily mientras cruzaba el camino corriendo-. Willa no tiene bastantes velas en su cuarto. Enseguida vuelvo.

-Velas -repitió Willa, arrastrando los pies-. Ropa elegante, simular que no quiero ir al cine, velas en mi dormitorio. Tengo la sensación de estarle preparando una trampa.

-Por supuesto que la tienes, porque es exactamente lo que vas a hacer.

Al llegar a la puerta del dormitorio de Willa, Tess se detuvo y puso los brazos en jarras. Para que la escena esté bien preparada aquí hay mucho que hacer, decidió.

-Y puedo garantizarte que no solo le encantará que lo atrapes, sino que lo agradecerá.

Me siento como una idiota.

-No lo pareces. -Tess ladeó la cabeza y estudió a Willa de pies a cabeza.

Sí, el peinado en alto era un detalle excelente, idea de Lily. Con apenas algunas horquillas que la sostenían, esa masa de pelo caería enseguida ante el impaciente manoseo masculino.

Después estaba el vestido largo... sencillo, de falda amplia, con la cintura apenas marcada. Es una pena que no sea blanco, pensó Tess, pero en el ropero limitado de Willa no encontraron ningún vestido blanco y largo. Y ese gris pálido era relajante, casi modesto. Solo que Tess había dejado la larga hilera de botones del frente desabrochados hasta la altura de los muslos.

Los pendientes pequeños que adornaron las orejas de Willa eran otra contribución de Lily. Tess se encargó de maquillarla y sabía que para Willa era un alivio que le hubiese aplicado un maquillaje suave. Pero no creía que Willa conociera el poder de la inocencia.

-Tienes el aspecto de una virgen a punto de ser sacrificada -decidió Tess por fin.

Willa levantó los ojos al cielo.

-¡Oh, Dios!

-Es algo bueno. -Con un ademán de mujer a mujer, palmeó la mejilla de Willa-. Lo destruirás.

Y entonces llegó la culpa. «¡Habré precipitado este momento? -se preguntó Tess-. ¿Lo habré tramado todo antes de que Willa esté preparada?» Era fácil olvidar que Willa era seis años menor que ella. Y virgen.

-Escucha... -Tess se dio cuenta de que se estaba retorciendo las manos y las dejó caer a los costados del cuerpo-. ¿Estás segura de sentirte preparada para esto? Es un paso natural, pero es también un paso importante. Si no estás absolutamente segura, Nate y yo nos quedaremos. Lo convertiremos en una cita doble y así las cosas serán sencillas. Porque...

-Estás más nerviosa que yo. -Como eso era una sorpresa y una dulce sorpresa, Willa sonrió.

-¡Por supuesto que no! Es solo que... ¡diablos!

Tess acababa de descubrir que la sentimental no era solo Lily que se había ido media hora antes, con los ojos llenos de lágrimas. Willa abrió los ojos sorprendida cuando Tess se inclinó hacia ella y la besó con suavidad en ambas mejillas.

Emocionada hasta el absurdo, Willa sintió un cosquilleo en el estómago y se ruborizó eso para qué fue?

-Me siento igual que una mamá. -Y en cualquier momento empezaría a llorar, de manera que giró sobre los talones y se encaminó a la puerta-. He puesto preservativos en el cajón de tu mesita de noche. Utilízalos.

-¡Por amor de Dios! Ben creará que soy...

-Una mujer preparada, inteligente, consciente de sí misma. ¡Maldita sea! -Al oír el sonido del motor de un jeep que se detenía frente a la puerta de la calle, Tess se dio por vencida. Volvió sobre sus pasos y abrazó a Willa con fuerza-. Nos veremos mañana -logró decir antes de salir corriendo.

Con una enorme sonrisa, Willa permaneció donde estaba. Oyó la voz de Tess y la de Nate, que la esperaba abajo. Después oyó que se volvía a abrir la puerta y el saludo amistoso de Ben. Se le volvió a formar un nudo en la boca del estómago, tan fuerte que tuvo que sentarse en el borde de la cama y apretárselo con ambas manos. La conversación cesó y la puerta volvió a abrirse y cerrarse de nuevo. Se puso en marcha un coche.

Estaba sola con Ben.

Se recordó que todavía estaba a tiempo de cambiar de idea. No tenía ninguna obligación. Tocaría de oído. Se obligó a ponerse de pie. A partir de ese mismo momento, improvisaría.

Ben estaba en el salón, estudiando la piedra blanca que había sobre la repisa de la chimenea.

-Yo quité ese cuadro -dijo ella y Ben se volvió y la estudió-. Lo quitamos hoy entre las tres -se corrigió-. Tess, Lily y yo. Todavía no hemos decidido lo que pondremos en lugar de su retrato, de manera que durante un tiempo dejaremos este espacio vacío.

«Así que ha descolgado el retrato de Jack Mercy», pensó Ben. Por el tono de voz de Willa sabía que ella comprendía la importancia del paso que acababa de dar.

-El cuarto parece distinto, cambiado -comentó-. Era lo que atraía todas las miradas.

-Sí, esa fue la idea.

Ben se adelantó, luego se detuvo.

-Estás estupenda, Will. Distinta.

-Me siento distinta. Fenomenal. -Sonrió-. Y tú, ¿cómo estás?

Él se sentía bien antes de volverse y verla en ese vestido largo color de niebla, con la falda amplia y desabrochada para dejar sus piernas al descubierto. Ese cuello delgado que revelaba el peinado en alto. Willa parecía demasiado suave, demasiado acariciable, demasiado todo.

-Magníficamente. Igual. Por tu aspecto creo que te debería llevar a un lugar más elegante que un cine.

-Lily y Tess se divierten revisando mi armario y criticándome la ropa. Me dijeron que este vestido es el único decente que tengo. -Se levantó apenas la falda y la presión sanguínea de Ben subió cuando el material desabrochado dejó a la vista una mayor proporción de pierna-. Amenazan con llevarme de compras.

«No sigas diciendo estupideces», se ordenó, colocándose detrás del bar.

-¿Quieres una copa?

-Tengo que conducir.

-En realidad, estaba pensando que podríamos quedarnos aquí. -Bueno, acababa de lograrlo.

-¿Aquí?

-Sí, ahora ya no son muchas las veces que tengo la casa para mí sola. Esta noche Bess se queda en casa de una amiga y Tess y Lily están..., bueno.

-¿No hay nadie en la casa? -preguntó Ben con incredulidad. Se le formó un nudo en la garganta, un nudo imposible de tragar.

-No, no hay nadie en la casa. -Abrió la nevera que había detrás del bar y encontró la botella de champán que Tess le ordenó que debía servir-. Así que pensé que podríamos simplemente... quedarnos aquí, relajarnos. -La botella resonó contra la madera del bar sobre el que la apoyo-. Si queremos ver una película, Tess tiene una maleta llena de videos, y en la cocina hay comida.

Como él no dio muestras de pensar hacerlo, Willa empezó a descorchar la botella.

-A menos que tú prefieras salir.

-No. -Fijó la mirada en la botella en el momento en que ella la descorchaba. ¿Estamos celebrando algo?

-Sí. -Si pudiera coger las copas! Pero los dedos no le respondían-. La primavera. Hoy he visto flores silvestres y los bulbos están empezando a crecer. Los pájaros vuelven a hacer sus nidos en el establo de partos. -Por fin pudo pasarle una copa-. Pronto empezaremos a inseminar vacas.

En los labios de Ben se insinuó una levísima sonrisa.

-Sí, es la época indicada.

-¡Oh, al diablo con esto! -murmuró ella y enseguida bebió todo el champán de su copa en dos tragos-. No sirvo para los jueguecitos. De todos modos, esto fue idea de Tess y de Lily. -Depositó sobre el bar su copa vacía y lo miró a los ojos-. El asunto es, Ben, que estoy lista.

-Bueno. -Desconcertado, bebió un sorbo de champán-. ¿Quieres decir que, después de todo, prefieres salir?

-¡No, no! -Se apretó los dedos contra los ojos y respiró hondo-. Estoy lista para acostarme contigo.

Ben sintió que se ahogaba, pero logró respirar.

-¿Perdón?

-¿Para qué seguir con rodeos? -Abandonó la protección que le ofrecía el bar-. Tú quieres que me acueste contigo, y estoy preparada. De modo que te propongo que nos acostemos.

Ben bebió otro sorbo de champán... un error puesto que cada burbuja le provocó un ardor en la garganta.

-¿Así, sencillamente?

El tono horrorizado de Ben la dejó petrificada, ¿Y si él no hacía más que darle cuerda, como había hecho siempre, desde la infancia?

En ese caso, pensó, Ben tendrá que morir.

-Es lo que me dijiste que querías -le dijo, cortante-. ¿Entonces?

-Entonces. -Siempre le había ganado con su mirada llena de enojo y con su impaciencia. Lograba que quisiera morderla... en toda clase de lugares interesantes. Pero Willa está modificando el juego. Las reglas del juego, pensó-. ¿De manera que es «ahora estoy lista, así que vamos de una vez»?

-¿Y eso qué tiene de malo? -Se encogió de hombros-. A menos que hayas cambiado de idea.

-No pienso cambiar de idea. No es una cuestión de cambiar de idea. Es... ¡Dios, Will! -Depositó la copa sobre el bar porque temía volcar su contenido y quedar como un tonto-. Me has sorprendido.

-¡Ah! -La confusión desapareció de sus ojos y en su boca se pintó una sonrisa. ¿Eso es todo?

-¿Y qué esperabas? -replicó él, lleno de frustración masculina-. Te quedas ahí, resplandeciente, me llenas de champán y dices que quieres acostarte conmigo. ¿Cómo crees que voy a conservar mi ritmo?

Tal vez lo que él dice sea sensato, pensó Willa, aunque no lo comprendo bien. Pero le encantó ver a Ben confuso e inquieto, de manera que le daría el gusto.

-Muy bien. -Se le acercó y le echó los brazos al cuello-. Veamos si consigues recuperar tu ritmo. -Y apretó los labios con fuerza sobre los de él.

La reacción de Ben fue inmediata y satisfactoria. La manera en que levantó los brazos y la rodeó con ellos, su forma de devorarlo los labios con la boca, su respiración agitada y jadeante. Y luego, cuando sus labios fueron más suaves, el modo en que pronunció su nombre.

-Tu actitud me parece bastante segura. -En ese momento la voz de Willa era temblorosa. Los músculos de sus muslos vibraban como cuerdas de arpa-. Te deseo, Ben. Realmente te deseo. -Lo demostró volviendo a apoyar la boca contra la de él y luego cubriéndole la cara de besos-. No es necesario que vayamos arriba. El sofá.

-Espera. Más despacio, antes de que te arranque el vestido y lo arruine, más despacio -repitió, abrazándola antes de que su cabeza quedara sin sangre-. YO debo volver a apoyarme sobre mis pies, y tú tienes que estar segura. Me resultaría muy difícil retroceder si llegaras a cambiar de idea.

Con una carcajada, ella se irguió y le rodeó la cintura con sus piernas.

-¿Te parece que voy a cambiar de idea?

-No, supongo que no. -Pero si llegara a hacerlo sería él quien tendría que contenerse. Pensó que era una posibilidad capaz de matarlo-. Te deseo, Willa -dijo besándole los labios con suavidad-. Realmente te deseo.

El corazón de Willa le dio una especie de vuelta de carnero dentro del pecho.

-Suena como un trato.

-Arriba -consiguió decir Ben a pesar de que ella se aferraba a él con fuerza y empezaba a mordisquearle el mentón. La primera vez debe ser en la cama.

-¿La tuya fue en una cama?

-En realidad, no. -Llegó a la escalera y se preguntó cómo no habría notado nunca lo larga que era-. Fue en pleno invierno y casi se me congela el... bueno, no importa.

Ella lanzó una risita y le mordisqueó el cuello.

-Esto será mejor, ¿no crees?

-Sí.

Para él, sin duda. Para ella..., haría todo lo posible para que también lo fuera. Se detuvo como petrificado ante la puerta del dormitorio. No sabía con seguridad a cuántas sorpresas más conseguiría sobrevivir en una sola noche.

Por todas partes ardían velas y el fuego era apenas un reflejo de brasas. La cama estaba abierta, invitante, con docenas de almohadas.

-Obra de Tess y de Lily -explicó Willa-. Realmente se esmeraron.

-¡Ah! -No hay nada como la escenografía, pensó Ben, con los nervios en carne viva-. ¿Y ellas te... es decir, alguien te ha hablado acerca de... estas cosas?

-¡McKinnon! -Willa se echó atrás para mirarlo-. Estoy al frente de un rancho.

-No es lo mismo. -La depositó en el suelo y retrocedió un paso-. Escucha, Willa, de alguna manera esta es también una especie de primera vez para mí. Yo nunca he... las otras no eran... -Tuvo que cerrar un instante los ojos para poder pensar con claridad-. No quiero lastimarte. Y yo, bueno, hace bastante que no me acuesto con nadie. Puse mis ojos en ti hace casi un año, y desde entonces no me he acostado con ninguna otra.

-¿En serio? -Eso era interesante-. ¿Por qué?

Ben suspiró y se sentó sobre el borde de la cama.

-Debo quitarme las botas.

-Te ayudaré. -Le dio la espalda con rapidez, tomó uno de los pies de Ben y lo colocó entre sus piernas. El debió contener un gemido-. ¿Un año? -preguntó Willa, mirándolo por encima del hombro mientras tironeaba de la bota.

-Tal vez más. -Luchando para que le resultara divertido, apoyó un pie contra las nalgas de Willa y empujó.

-Nunca fuiste demasiado agradable conmigo. -Le tomó el otro pie y tiró de la bota.

-Me aterrorizabas.

Cuando la bota salió ella dio un traspié hacia delante, luego se volvió, sin soltar la bota.

-¿En serio?

-Sí. -Irritado consigo mismo, se pasó una mano por el pelo-. Y no pienso decir nada más sobre el asunto.

Supuso que bastaba con pensarlo.

-¡Ah, me había olvidado! -Se acercó presurosa a una mesa junto a la ventana y puso en marcha el compact disc de Tess. Música -explicó-. Tess dice que es indispensable.

Ben no alcanzaba a oír más que los latidos de su propio corazón. El pelo de Willa empezaba a caer levemente sobre sus hombros, y cada vez que se movía la luz del fuego iluminaba esa falda larga y casi transparente.

-Creo que así está bien. A menos que te parezca que debemos subir el champán.

-No, no hace falta. -Se le volvía a cerrar la garganta, con un chasquido como el de la trampa para osos-. Más tarde.

-De acuerdo.

Willa levantó las manos y empezó a desabrochar los botones del vestido, mientras Ben la miraba con la boca abierta. Ya había conseguido desabrochar seis antes de que él pudiera hablar.

-Espera. Despacio. Si piensas acostarte con un hombre, debes hacerte valer.

-¿Ah, sí? -Ella se detuvo, intrigada, y notó que la mirada de Ben no se apartaba de sus dedos. Luego volvió a empezar-. No me he puesto nada debajo del vestido -dijo como si fuera un comentario casual-. Tess dijo algo acerca de impacto y contraste.

-¡Ay, Dios mío! -No supo con seguridad cómo logró ponerse de pie cuando no sentía las piernas. Pero se acercó a Willa-. No te lo quites. -Tenía la voz muy ronca y, al oírla, los dedos de Willa se detuvieron, temblorosos-. Deja que yo termine de hacerlo.

-Está bien. -Era extraño cómo le pesaban los brazos. Los dejó caer a los costados del cuerpo mientras Ben desabrochaba el resto del vestido. El contacto de sus nudillos contra la piel le producía una sensación maravillosa. ¿No deberías estarme mirando, o algo así?

Una carcajada, aunque fuera débil, aplacaba algo los nervios.

-Ya llegare a eso. -El vestido ya estaba del todo abierto y las luces y las sombras jugaban sobre esa línea de hermosa carne desnuda-. Quédate ahí de pie -dijo en voz baja después de besarla con suavidad-. ¿Eres capaz de hacerlo?

-Sí. Pero en cualquier momento empezarán a entrechocarse mis rodillas.

-Quédate ahí, quieta -repitió Ben, mientras se quitaba la camisa sin apartar la boca de la de Willa-. Deja que te tome el gusto durante un rato. Aquí. -Le pasó los labios por el mentón-. Aquí. -Los deslizó hasta una oreja-. Puedes confiar en mí.

-Ya lo sé. -En ese momento le pesaban los ojos, sentía que los párpados se le cerraban mientras la boca de Ben jugueteaba con la suya-. Cada vez que me muerdes así los labios, me quedo sin aliento.

-¿Quieres que pare?

-No, me gusta -lo dijo con tono soñador-. Más tarde puedo respirar.

El tiró la camisa al suelo.

-Quiero verte, Willa. Déjame mirarte.

Con lentitud, le deslizó el vestido de los hombros y lo dejó caer al suelo. Era alta y delgada, con curvas sutiles y ángulos fuertes, y su piel resplandecía dorada a la luz de las velas.

-Eres hermosa.

Willa tuvo que hacer un esfuerzo para no alzar las manos y cubrirse. Nadie le había dicho eso jamás. Ni una sola vez en la vida.

-Siempre dijiste que era flaca y huesuda.

-Hermosa. -Le colocó una mano en la nuca y la atrajo hacia sí con suavidad. Le introdujo los dedos en el pelo y la cabellera de Willa cayó sobre sus hombros. Ben experimentó el peso de esa cabellera levantándola y dejándola caer de nuevo, mientras le besaba los labios con suavidad-. Desde que eras una niña, siempre quise jugar con tu pelo.

-Me tirabas de él.

-Es lo que hacen los chicos cuando quieren que las chicas les presten atención.

-Lo tomó entre las manos, lo tironeó y la obligó a echar la cabeza hacia atrás-. Mmmm. -Saboreó el cuello de Willa y le mordisqueó perezosamente el lugar donde le latía el pulso-. ¿Me estás prestando atención?

-Sí. -Temblaba, no podía detener sus temblores-. Por lo menos trato de hacerlo, pero estoy como mareada. ¡Siento tantas cosas extrañas en mi interior!

-Quiero estar dentro de ti. -Al oírlo ella abrió los ojos como platos y en ellos Ben no solo vio nervios sino una gloriosa necesidad-. Pero antes deben suceder otras cosas. Quiero acariciarte.

Deslizó una mano hacia uno de sus pechos, lo rodeó con la yema de los dedos y le provocó un quejido al acariciarle el pezón con el pulgar. Ella sintió una inmediata respuesta en su interior. Un eco de sorpresa y de placer. Después Ben bajó la mano, le recorrió la cadera y dirigió con suavidad los dedos hacia el centro de sensaciones de Willa, acariciando, despertando y luego retirando la mano.

Ella lo miraba fijamente con ojos enormes. Le apoyó las manos sobre los hombros para recuperar el equilibrio y encontró una piel suave, músculos fuertes, una antigua cicatriz. Hundió los dedos en esos hombros mientras intentaba absorber y analizar la sensación que le provocaban esas manos callosas que la acariciaban.

No esperaba eso. Creyó que sería un asunto rápido, lleno de gruñidos y de gritos. ¿Cómo iba a adivinar que junto con la pasión habría ternura? Y la pasión era inmensa.

-¿Ben?

-¿Humm?

-No creo que pueda seguir de pie.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa contra sus hombros.

-Un minuto más. Todavía no he terminado.

De modo que eso era despertar, convertir a una muchacha en mujer. Saber que las manos de uno eran las primeras en acariciarla. Saber que uno era el primero en provocar ese rubor en la piel, esa debilidad en las piernas, ese temblor en los músculos. Era capaz de ser cuidadoso con ella, lo sería, a pesar de que su misma inocencia le hacía bullir la sangre.

Esa vez, cuando ella cerró los ojos, ella alzó y la depositó sobre la cama.

-Tú todavía no te has quitado los pantalones.

Ben la cubrió para permitir que se acostumbrara a su peso.

-Será mejor para los dos que los conserve puestos durante un rato.

-Bueno. -Las manos de Ben volvían a recorrerle el cuerpo y ella empezaba a flotar-. Tess... en el cajón... dejó preservativos.

-Yo me encargaré de eso. Déjate llevar, Will. -Depositó múltiples besos en su cuello-. Déjate llevar por completo. Y, con un estremecimiento, tomó el aliento de Willa en su boca.

Ella se arqueó, el aliento le explotó entre los labios. Las sensaciones le recorrían el cuerpo, ardorosas, calientes, impulsándola a seguir con las caderas el ritmo que él establecía. Ben la mordió con delicadeza, pero la sensación no se parecía en nada al dolor. Willa le aferraba el pelo, incitándolo a alimentarse de ella.

Ben la oyó suspirar, jadear y murmurar. La respuesta de Willa a cada contacto era tan libre y abierta como cualquier hombre podría desear. Bajo el suyo, su cuerpo era ágil, flexible un instante, tenso al siguiente. El sabor de Willa lo llenaba, amenazaba con volverlo loco si no se detenía, si no tomaba más. Su aroma de jabón y piel, lo excitaba más que cualquier perfume. Volvió a apoderarse de su boca, la necesitaba con tanta fuerza como necesitaba respirar. La lengua de Willa se enredó con la suya en un baile ávido. En alguna parte, en el trasfondo de su mente, Ben escuchaba el ritmo silencioso de la música.

Le pasó una mano a lo largo de una pierna y se detuvo justo al llegar al centro de su ardor, la retiró. Ella respiraba con rapidez y le hundía las uñas en el cuerpo.

-Mírame. -Pero en el momento en que ella arqueaba el cuerpo, él volvió a retirar la mano-. Mírame. Quiero verte los ojos la primera vez. Quiero ver lo que te provoca.

-No puedo. -Pero tenía los ojos abiertos, grandes, ciegos. Tenía el cuerpo al borde de algo, como un precipicio muy alto donde el viento la empujaba y la atraía a la vez-. Necesito...

-Ya sé. -Dios, esa voz! Puramente sexual. Y en ese momento más ronca que nunca, temblorosa, con pequeños jadeos-. Pero mírame. -Le tomó la cara entre las manos y vio que sus ojos se oscurecían de pasión y de miedo.

«La primera vez», pensó Ben.

-Déjate llevar.

¿Qué alternativa le quedaba? Los dedos de Ben la acariciaban hasta el punto de provocarle una explosión y todo sucedía al mismo tiempo. El cuerpo se le puso tenso como un puño. Delante de sus ojos giraban luces, al ritmo del rugido que resonaba dentro de su cabeza que era el frenético latir de su corazón.

Y ese placer era parecido al dolor, una erupción que la hizo gritar de indefensión, mientras el cuerpo se le sacudía, se estremecía, después quedaba flácido.

Tenía la piel cubierta de sudor, los labios suaves y rendidos cuando él volvió a buscarlos. Su debilidad daba lugar a una nueva energía cuando, con paciencia, Ben volvía a ponerla frenética. Estaba sobrecargada, aturdida, en un remolino, a punto de explotar hacia dentro. Se mecía contra Ben con un ritmo salvaje, ansiosa de más. Y él se lo dio hasta que volvió a quedar flácida, con el cuerpo todavía reaccionando vibrante, con la respiración lenta y espesa.

Cuando él rodó y se colocó a su lado, ella ni siquiera pudo protestar, sino que permaneció inmóvil en medio de las sábanas enredadas y calientes.

Ben rogó que no fuera a equivocarse en ese momento, pero las manos le temblaban cuando se bajó el cierre de los vaqueros. Quería que estuviera saciada y satisfecha antes de tomarla, quería que recordara el placer si él era incapaz de evitarle el dolor.

-Me siento como borracha -murmuró ella-. Como si me estuviera ahogando.

Ben conocía la sensación. La sangre entonaba el canto de las sirenas dentro de su cabeza, y su entrepierna aullaba pidiendo alivio. Se sacó los vaqueros y los apartó antes de recordar lo que llevaba en el bolsillo, metido dentro de la billetera.

Bendiciendo a Tess en su interior, abrió el cajón de la mesita.

-No te quedes dormida -le suplicó al oírla suspirar-. ¡Por amor de Dios, no te quedes dormida!

-Humm. -Pero ese estado de relajamiento y de sentir que flotaba en el aire era casi tan agradable como quedarse dormida. Se desperezó y la luz de las velas bailoteó sobre su cuerpo en tonos dorados, rojos y ámbar. Ben apartó de ella la mirada y terminó con el asunto que tenía entre manos-. ¿Vas a volver a acariciarme?

-Sí. -Debía controlar sus nervios. El hambre era algo que podía mantener encadenado, pero los nervios le contraían el estómago cuando volvió a montarse sobre ella-. Te necesito. -No era algo fácil de admitir, ni era lo mismo que desearla, pero le entregó esa admisión mientras su boca se cerraba sobre la de ella-. Déjame poseerte, Willa. Aférrate a mí y déjame poseerte.

Y ella lo abrazó mientras él se deslizaba en su interior.

Tuvo que poner en juego todo su control para no hundirse en ella con desesperación. Mientras luchaba por ir despacio, cerró los puños a los lados del cuerpo y observó la cara de Willa. La observó con tanta intensidad, tan de cerca, que percibió esos pequeños aleteos de sorpresa, de aceptación y, por fin, esa hermosa expresión de oscuro placer.

-¡Ah, es maravilloso! -lo dijo en un suspiro mientras él se hundía dentro de ella-. Maravilloso.

Entregó su inocencia sin lamentarlo, con una sonrisa en los labios mientras lo observaba en cada embate lento y suave. En los ojos de Ben vio la necesidad de la que él habló, esa necesidad que se fijaba solo en ella, completamente en ella. Y cuando lo miró más hondo, se vio reflejada en los ojos de Ben, se perdió en ellos.

Y esto es la belleza, pensó Willa cuando él por fin enterró la cara en su pelo y se yació en su interior.

-No sabía que sería así. -Todavía debajo de él, todavía unidos, Willa jugueteó perezosa con el pelo de Ben-. De haberlo sabido tal vez habría estado lista antes.

-Yo diría que el momento fue perfecto. -Ya estaba lleno de fantasías. Derramar champán sobre el hermoso cuerpo dorado y lamerlo. Gota a gota.

-Siempre creí que la gente le daba demasiada importancia al sexo. Creo que he cambiado de opinión.

-Esto no ha sido sexo. -Volvió la cabeza y le mordisqueó la sien-. Alguna otra vez tendremos sexo. Esto fue hacer el amor.

Ella levantó los brazos y luego los bajó para poder acariciarle las nalgas.

-¿Cuál es la diferencia?

Ben seguía bastante excitado y comprendió que no le costaría mucho volver a estarlo del todo.

-¿Quieres que te lo demuestre? -Levantó la cabeza y le sonrió.

-¿Ahora mismo?

Ella lanzó una risita y, como se sentía sentimental, le acarició la mejilla.

-Hasta el toro necesita un tiempo para recobrase.

-Yo no soy un toro. Quédate donde estás.

-¿Adónde vas?

«¡Oh, Dios! -pensó-, no me he tomado el tiempo necesario para mirarle bien el cuerpo. Era... por educación.»

-Enseguida vuelvo -contestó Ben y salió sin preocuparse por los vaqueros.

Willa, se despezó de nuevo, luego se volvió para quedar rodeada de almohadas, como en una cuna. Por lo visto la noche todavía no había terminado. Con ánimo de experimentar, apoyó una mano sobre su pecho. En ese momento el corazón le latía acompasadamente, a un ritmo normal, muy distinto al que tenía cuando Ben la acariciaba en ese mismo lugar. Es una sensación extraña, pensó, esa de que un hombre te chupe, que te devore el pecho. Y experimentar esos tirones en el vientre...

Todo lo que Ben le hizo logró que su cuerpo se sintiera diferente... más tenso, luego más laxo, más liviano, después más pesado.

Se preguntó si su aspecto habría cambiado... para sí misma, para él. No cabía duda de que se sentía distinta.

Después de sufrir tanto dolor, tantas angustias y miedos durante los últimos meses, acababa de encontrar un oasis. Por la noche, aunque solo fuera por esa noche, no existía más que ese cuarto. Fuera de ese cuarto nada importaba. No, ni siquiera el crimen. Se negaba a dejar entrar la realidad.

El día siguiente vendría demasiado pronto para reanudar las preocupaciones, el miedo de eso que acosaba su rancho, sus montañas, sus tierras. Solo por esa noche podía no ser más que una mujer. Una mujer, decidió, que por esa única vez estaría conforme con permitir que un hombre llevara las riendas.

De manera que cuando él volvió, Willa sonreía. Y durante un instante no hizo más que mirarlo.

Ya lo había visto infinidad de veces sin camisa, y conocía esos hombros anchos y esa espalda fuerte. Y un día memorable descubrió a Ben, Adam y Zack bañándose en el río sin ropa, de manera que lo había visto desnudo.

Pero entonces tenía doce años y ya no pensaba como una chiquilla de doce años. Y tampoco estaba mirando a un adolescente, sino a un hombre. Un hombre poderoso. Un hombre que le provocaba una reacción maravillosa en el estómago.

-No estás nada mal, desnudo -dijo, conversadora.

Ben dejó de servir las copas que acababa de llevar al cuarto y se volvió para mirarla fijamente.

-Tú tampoco estás nada mal.

En realidad estaba fascinante y asombrosa, tendida sobre las sábanas arrugadas y sin un solo dejo de modestia. El pelo le caía sobre los hombros, los ojos brillaban a la luz de las velas y, con una mano apoyada sobre el vientre, llevaba distraída el ritmo de la música con los dedos.

-Te aseguro que no pareces una novicia -agregó Ben.

-Aprendo con rapidez.

En ese momento la sonrisa de él fue lenta, peligrosa.

-Cuento con ello.

-¿Sí? -Le encantaban los desafíos-. ¿Y qué tienes allí, McKinnon?

-Tu champán. -Apoyó la botella sobre la cómoda donde titilaban las velas-. Bebe un poco. -La copa que le alcanzó estaba llena hasta el borde-. Tal vez convenga que estés un poco borracha para esto.

-¿En serio? -Su sonrisa se hizo más amplia, pero se encogió de hombros y bebió-. ¿Y tú no bebes?

-Después.

Willa lanzó una risita y volvió a beber.

-Después ¿de qué?

-Después de que te posea. Porque eso es lo que voy a hacer esta vez. -Le pasó un dedo desde el cuello hasta el vientre tembloroso-. Voy a poseerte. Y me lo permitirás.

El aliento se le clavó en los pulmones y Willa tuvo que hacer un esfuerzo para soltarlo. En ese momento Ben no parecía tierno ni turbado. Ahora tenía los ojos muy oscuros, muy verdes, clavados en ella. Parecía cruel. Excitante.

-¿Tú crees?

-Sí. -Notó que en el cuello de ella empezaba a latirle el pulso-. No será lento, pero tardará mucho tiempo. Bebe todo el champán, Willa. Yo lo probaré en ti.

-¿Estás tratando de ponerme nerviosa?

Ben se subió a la cama, la montó y vio su expresión de sorpresa.

-Querida, voy a hacerte enloquecer. -Tomó la copa, metió un dedo dentro y luego se lo pasó sobre un pezón-. Te haré gritar. Sí. -Asintió con lentitud y repitió el proceso sobre el otro pezón-. Deberías tener miedo. En realidad, me gustaría que esta vez tuvieras un poquito de miedo.

Volcó las últimas gotas de champán sobre el vientre de Willa, después apartó la copa.

-Te haré cosas que ni siquiera imaginas. Cosas que hace mucho estoy deseando hacerte.

Willa tragó con fuerza mientras un nuevo y fascinante escalofrío le recorría la columna vertebral.

-Creo que tengo miedo. -Se estremeció-. Pero hazlas de todas maneras.

Cuando llegaba abril y con ese mes la época de los servicios, no resultaba fácil localizar a Willa. Desde el punto de vista de Tess, todo se refería a servicios, tanto de animales como de seres humanos. De no haber sabido que era imposible, habría jurado que descubrió a Ham flirteando con Bess. Pero supuso que más bien debía de estar tratando de conseguir que ella le regalara un pastel.

El joven Billy estaba profundamente enamorado de una chica bonita que era cajera de un restaurante de Ennis. Su anterior relación con Mary Anne terminó, dejándolo con el corazón destrozado durante alrededor de quince minutos.

Por su manera de proceder y de moverse, Tess se dio cuenta de que ahora se sentía un hombre de mundo.

Jim festejaba a una camarera, y hasta Nell y Wood, después de tanto tiempo de casados, intercambiaban guiños y sonrisas.

Sin nada que quebrara la paz y el ambiente pastoril, todo el mundo parecía dispuesto a caer en una rutina de trabajo, flirteos y sexo alegre.

Estaba Lily, por supuesto, en plenos preparativos para su boda. Y cuando Willa se quedaba quieta un rato, se le notaba una sonrisa tonta en los labios.

Tess tenía la impresión de que las vacas trataban de seguir el ritmo de los humanos. Aunque le resultaba difícil encontrar algo romántico en el hecho de que un hombre inyectara esperma en una vaca.

Con sinceridad dudaba que el toro estuviera tampoco satisfecho con el arreglo, pero se le permitía montar algunas vacas, solo para mantenerlo contento. Y la primera vez que Tess fue testigo de un servicio, el impacto que recibió fue tan fuerte que juró que sería la última. Se negó a creer que la enamorada del toro mugiera por fascinación sexual.

También había observado a Nate y su ayudante haciendo que el caballo semental sirviera a algunas yeguas. Debía admitir que también en ese procedimiento había algo poderoso, elemental y un poco atemorizante. La manera en que el semental relinchaba, jadeaba, se ponía a dos patas y la penetraba. La manera en que la yegua ponía los ojos en blanco, de placer o de terror.

Tess no habría dicho que el proceso era romántico, y tampoco fue algo que la incitó a reír. Los olores a sudor y sexo y a animal fueron suficientes para que arrastrara lejos de allí a Nate en cuanto se le presentó la posibilidad, e hiciera el amor con él.

A Nate no pareció importarle.

Y en ese momento la tarde era gloriosa, y la temperatura lo suficientemente cálida como para andar en mangas de camisa. El cielo era tan inmenso, tan azul, tan claro, que daba la impresión de que Montana lo hubiera robado todo para sí.

Si miraba las montañas, y Tess con frecuencia se descubría haciéndolo, alcanzaba a ver parches de color que se asomaban a través del blanco. Los azules y grises de las rocas, el verde oscuro profundo de los pinos. Y si el ángulo del sol era el indicado, se veía un resplandor que era un río que caía por la ladera, crecido por el deshielo.

Alcanzaba a oír el motor del tractor detrás de la casa de Adam. Sabía que Lily planeaba sembrar una huerta y que convenció a Adam de remover la tierra y

prepararla a tal efecto. Y aunque Adam le advirtió que todavía era muy pronto para hacerlo, le dio el gusto.

Y se lo dará siempre, pensó Tess.

Decidió que esa clase de amor, de devoción, de comprensión no debía ser común. Y entre Adam y Lily era tan sólido como las montañas. A pesar de haber observado siempre de cerca a la gente para crear a sus personajes, jamás logró percibir la fuerza de un amor tan grande y silencioso.

Ella podía escribir sobre el amor, hacer que sus personajes se enamoraran o desenamoraran. Pero no lo comprendía. Pensó que tal vez fuera parecido a esa tierra donde ya hacía muchos meses que vivía. Una tierra que aprendió a valorar y a apreciar. Pero ¿comprenderla? Para nada.

El ganado y los caballos semejaban manchitas en las colinas donde la hierba todavía crecía débil por el invierno, y los peones trabajaban en el barro producido por el tiempo cada vez más cálido, reparando alambrados, plantando postes y haciendo rodeos de ganado.

Lo hacían una y otra vez, año tras año, temporada tras temporada. Supuso que eso también debía ser amor. Pero si Tess llegaba a sentir que ese amor comenzaba a alejarse en su interior, lo bloqueaba y recordaba palmeras y calles llenas de actividad.

«He logrado -pensó Tess con un suspiro-, superar mi primer y espero que último invierno en Montana.»

-¡Así que estás aquí! -exclamó al ver que Willa pasaba a caballo, pero ella siguió su marcha, ignorándola-. ¡Maldición! Negándose a darse por vencida, Tess puso al trote a su caballo y la siguió. Cuando la alcanzó, jadeaba apenas-. Escucha, mañana es necesario que vayamos al pueblo. Lily quiere que nos probemos los trajes para el cortejo.

-No puedo. -Willa le soltó la cincha a *Moon* y luego le sacó la montura-. Estoy ocupada.

-No es posible que sigas evitando hacerlo. -Hizo una mueca de disgusto al ver que Willa pisoteaba una planta de flores silvestres que crecía alrededor de un poste.

-No lo estoy evitando. -Después de apoyar la montura sobre la puerta, Willa retiró el mandil-. Me he resignado a la idea de que debo ponerme algún vestido ridículo, y que posiblemente me obliguen a llevar flores en el pelo. Pero en este momento me es imposible tomarme un día libre.

Sacó un instrumento puntiagudo del bolsillo, levantó una pata de *Moon* y empezó a limpiarle el casco.

-Si no vas, Lily y yo tendremos que elegirte el vestido.

Willa lanzó un bufido, esquivó la cola de *Moon* y le levantó la otra pata.

-Lo vais a elegir de todos modos, de manera que no tiene importancia si estoy allí o no.

Es bastante cierto, pensó Tess, y con una tranquilidad que algunos meses antes le habría parecido imposible, acarició a la yegua.

-Significaría mucho para Lily.

Esa vez Willa lanzó un suspiro y pasó a trabajar con el casco de una pata de la yegua.

-Me gustaría darle el gusto. Pero en este momento estoy agobiada de trabajo. Hay muchas cosas que hacer mientras se mantenga el tiempo.

-¿Que se mantenga el tiempo?

-Sí.

-¿Qué quieres decir con eso? -Tess contempló el cielo claro y de un azul perfecto-. Estamos a mediados de abril.

-Hollywood, aquí puede llegar a nevar en junio. Y te aseguro que todavía no hemos terminado con la nieve. -Willa estudió el cielo del oeste, las nubes bonitas y regordetas que parecían aferrarse a los picos. No le inspiraban confianza-. Las nevadas de primavera son excelentes, nos proporcionan la humedad que nos hace falta y la nieve se derrite con bastante rapidez. Pero las tormentas de nieve de primavera... -Se encogió de hombros, y guardó en el bolsillo el afilado instrumento-. Uno nunca sabe.

-Tormenta de nieve, ¡qué absurdo! Las plantas están llenas de flores. -Tess miró las flores silvestres pisoteadas por Willa-. O mejor dicho, estaban.

-Aquí crecen con fuerza., las que sembramos. En tu caso yo todavía no guardaría la ropa interior de invierno. ¡Quieta, *Moon*!

-Con esa orden, alzó la montura y la llevó hacia las caballerizas.

-Hay otras cosas -Tess la siguió, decidida a terminar con lo que quería decirle-. Hace días que no tengo oportunidad de conversar a solas contigo.

-He estado ocupada. -En la caballeriza en penumbras, Willa colgó los aperos y tomó un cepillo.

-Con una cosa y otra.

-¿Y eso qué significa?

-Mira, estás tratando de ganar el tiempo perdido con Ben. Me parece perfecto, me alegra que seas feliz. Y además estás ocupada en inseminar vacas confiadas durante el día entero, o arruinándote las manos con alambre de púas, pero necesito saber qué sucede.

-¿Con respecto a qué?

-Lo sabes de memoria. -Maldiciendo en voz baja, Tess volvió a salir al exterior, donde Willa empezaba a cepillar a *Moon*-. Todo ha estado tranquilo, Will. Y me gusta la tranquilidad. Pero también me está poniendo nerviosa. Tú eres la que habla con la policía, con los peones, y no nos has comentado lo que sabes.

-Supuse que estarías demasiado ocupada creando alguna de tus historias y hablando el día entero por teléfono con tu representante para preocuparte por eso.

-¡Por supuesto que me preocupo! Lo único que dice Nate es que no hay ninguna novedad. Pero tú todavía mantienes las guardias.

Willa exhaló con fuerza.

-No puedo correr ningún riesgo.

-Y no quiero que los corras. -Para tranquilizarse, Tess acarició la cara de *Moon*-. Aunque debo admitir que he pasado algunas malas noches cuando me despierto y oigo gente caminando alrededor de la casa. O te oigo a ti, paseándote por tu dormitorio.

Willa no apartó la mirada de la piel suave de *Moon*.

-Tengo pesadillas.

Más sorprendida por la confesión que por el hecho en sí, Tess se le acercó.

-Lo siento.

Hasta entonces, Willa no había podido hablar del asunto y en ese momento se preguntó si no habría sido un error. De modo que trataría de averiguarlo.

-Han empeorado desde que subimos a la cabaña. Desde que comprobamos que allí mataron a la muchacha. De eso no cabe duda, ahora que han analizado la sangre que había en los trapos y las toallas que encontré allí arriba.

-¿Y por qué diablos no las encontró la policía?

Willa se encogió de hombros y continuó cepillando a su yegua.

-No es la única cabaña, el único refugio que hay en las montañas. Echaron una mirada, vieron que todo estaba como debía estar, que no había nada fuera de su

lugar. Supongo que no les pareció que valiera la pena revisar los rincones oscuros y volcar el contenido de los cubos. Pero ahora te aseguro que han revisado el lugar, centímetro a centímetro. No averiguaron nada. De todos modos, pienso a menudo en esa vez en que estábamos en la montaña, con Adam herido y sangrando y sin saber.

Le dio una palmada en el flanco a *Moon* y la envió a pastar.

-Sencillamente sin saber.

-Tal vez haya terminado -dijo Tess-. Tal vez él se haya ido. Es lo que hacen los tiburones, ¿sabes? Recorren durante un tiempo una zona y después se van en busca de otro lugar donde alimentarse.

-Yo tengo un miedo constante. -No le costó reconocerlo, sobre todo cuando veía a Lily caminando alrededor de la casa, riendo y mirando a Adam. Había descubierto que el miedo y el amor iban de la mano-. El trabajo ayuda a mantener el miedo en un segundo plano. Ben me ayuda. Cuando un hombre está dentro de ti, es imposible pensar en nada.

«Sí, claro que se puede -pensó Tess-. A menos que sea el hombre indicado.»

-Es eso que a una le sucede a las tres de la mañana -continuó diciendo Willa-. Cuando no hay nadie por los alrededores y nadie que impida que te suceda. Entonces es cuando surge el miedo y me atenaza la garganta. Y entonces es cuando empiezo a preguntarme si estoy haciendo lo correcto.

-¿En qué sentido?

-El rancho. -Se extendía a su alrededor. Su vida-. Permitir que tú y Lily sigáis aquí cuando no sabemos si es seguro.

-No tienes alternativa. -Tess apoyó un pie en la puerta y se apoyó contra ella. No podía ver esas tierras a través de los ojos de Willa, dudaba que pudiera hacerlo algún día. Pero había llegado a admirar la fuerza y el poder que tenían-. Nosotras dos tenemos mentes propias. Y tomamos nuestras propias decisiones.

-Tal vez.

-Te diré la mía. Cuando se haya cumplido el tiempo que debo estar aquí, volveré a Los Ángeles. Haré compras en Rodeo Drive y almorzaré en el lugar de última moda. -Que, estaba segura, no sería el mismo que el otoño anterior. Y utilizaré mi parte de las ganancias de Mercy para comprarme una casa en Malibú. Cerca del mar, para poder oír las olas de día y de noche.

-Nunca he visto el mar -murmuró Willa.

-¿No? -Era difícil de imaginar-. Bueno, quizás alguna vez quieras ir a visitarme. Te mostraré lo que hace la gente civilizada con sus días. Tal vez con eso agregue un capítulo a mi libro. Willa en Hollywood.

Sonriendo, Willa se frotó el mentón.

-¿Qué libro? Creí que estabas escribiendo el guión de otra película.

-Lo estoy. -Turbada, Tess hundió las manos en los bolsillos-. Pero estoy jugando con la idea de un libro. Solo por divertirme.

-¿Y yo figuro en él?

-Algunos aspectos de lo que eres.

-¿Y la acción está ubicada aquí, en Montana? ¿En Mercy?

-¿Dónde más la voy a ubicar? -murmuró Tess-. Estoy clavada aquí por un año. No tiene importancia. -Comenzó a tamborilear los dedos sobre la puerta-. Ni siquiera se lo he dicho a Ira. Es solo algo con lo que me divierto cuando estoy aburrida.

«Si eso fuese cierto -pensó Willa-, Tess no estaría tan turbada.»

-¿Puedo leerlo?

-No. Iré a decirle a Lily que tampoco mañana nos acompañarás al pueblo. Y después no te quejes si te ves obligada a usar organdí.

-¡Ni pensarlo!

Willa se volvió a estudiar de nuevo las montañas. Estaba mucho más animada, pero cuando vio que se juntaban más nubes, supo que no había terminado. Ni el invierno ni nada más.

La comida fue idea de Lily. Solo una comida íntima, pequeña, informal, prometió. Solo las tres hermanas con Adam, Ben y Nate. Su familia, como los consideraba ahora.

Pequeña, íntima e informal, quizá, pero excitante para ella. Sería el ama de casa, una posición que jamás en la vida había ocupado, en una fiesta en su propio hogar.

Cuando Lily era adolescente, su madre era quien siempre planeaba y se hacía cargo de todos los acontecimientos sociales. Y lo hacía con tanta eficacia, con tanta inteligencia, que la ayuda de Lily le resultaba completamente innecesaria. Durante el breve tiempo en que ella vivió por su cuenta, no contaba con los medios necesarios para ofrecer comidas. Y su matrimonio no le permitió mantener relaciones sociales.

Pero ahora las cosas eran distintas. Ella era distinta.

Se pasó el día entero preparándose para ese momento. Limpiar la casa era algo que no le costaba. Le encantaba cada centímetro de esa casa, y Adam no era uno de esos hombres desordenados que arrojaban la ropa por todas partes o dejaban botellas de cerveza vacías sobre la mesa. A él no le molestaban los detalles que ella agregó: el pequeño sapo de bronce que vio en un catálogo y encargó, la pequeña esfera de vidrio de distintos tonos que vio en una tienda de Billings y de la que se enamoró a primera vista. En realidad, era como si Adam apreciara esos detalles. A menudo decía que la casa era demasiado sencilla, que estaba demasiado vacía antes de que Lily se mudara a vivir allí.

Estudió a fondo un libro de recetas con Bess y por fin se decidió por un plato de carne asada que estaba metiendo en el horno, cuando esta asomó la cabeza en la cocina.

-¿Todo bajo control?

-Bajo un perfecto control. Lo preparé tal como tú me indicaste. Y mira. - Orgullosa como madre de mellizos, Lily abrió la nevera para mostrar sus pasteles-. ¿Te parece que el merengue me salió bien? ¿Y notaste lo bonitas que quedan esas cuentas de azúcar?

-A la mayoría de los hombres les gusta la tarta de limón con merengue - contestó Bess, mientras aprobaba con una inclinación de cabeza-. Te han salido perfectas.

-Me encantaría que cambiaras de idea y tú también vinieras.

Bess hizo un gesto con la mano.

-Eres una muchacha muy dulce, Lily, pero cuando tengo que elegir entre levantar los pies y ver una película o sentarme en un cuarto lleno de gente joven, no dudes que elegiré mis películas. Pero si quieres que te eche una mano, te la echare encantada.

-No, quiero hacerlo todo yo misma. Ya sé que debe parecerme tonto, pero...

-No me parece nada tonto. -Bess se acercó a la ventana donde Lily tenía macetas con hierbas que ella misma había sembrado de semillas. Progresan bien lo mismo que Lily, pensó-. La mujer tiene derecho a ser el alma de su propia cocina. Pero si se te llegara a presentar algún problema, te pido que me llames. -Le hizo un guiño-. Nadie tiene por qué enterarse de que alguien te ayudó un poquito.

Bess se volvió al oír que la puerta de atrás volvía a abrirse.

-Límpiate los pies -le ordenó a Willa-. No vayas a manchar con barro el suelo limpio.

-Me los estoy limpiando. -Pero ante la vigilancia de esos ojos de águila, Willa los restregó varias veces más sobre el felpudo.

-¡Ah, qué belleza! -exclamó Lily al ver el ramo de flores silvestres que Willa tenía en la mano-. Fuiste un amor al pensar en eso y arrancarlas para mí.

-No fui yo, sino Adam. -Willa le entregó las flores y consideró que su misión estaba cumplida-. Uno de los caballos tuvo un desgarró muscular, así que Adam está ocupado curándolo. Y no quiso que las flores se marchitaran.

-¡Ah! ¿Así que fue Adam? -Lily lanzó un suspiro y se le derritió el corazón cuando hundió la cara en el ramo de pimpollos-. ¿Y cómo está el caballo? ¿Adam necesita ayuda?

-El se puede arreglar. Tengo que volver.

-¿No quieres tomar un café? Está recién hecho.

Antes de que Willa pudiera negarse, Bess le clavó un codo en las costillas.

-Siéntate y bebe un poco de café con tu hermana. Y quítate el sombrero mientras estés dentro de la casa. Yo tengo que ir a ocuparme de la colada.

-Es una vieja mandona -se quejó Willa cuando Bess cerró la puerta a sus espaldas. Pero se quitó el sombrero-. Supongo que si ya está caliente, tendré tiempo de tomar una taza de café.

-Sí, está caliente. Por favor, siéntate. Quiero poner estas flores en agua.

Willa se sentó ante la mesa redonda sobre la que hizo tamborilear los dedos. Pensó en la cantidad de trabajos que le quedaban por hacer.

-Aquí dentro hay un olor buenísimo.

-Son las hierbas y este popurrí que he preparado.

-¿Lo has hecho tú? -Willa aceleró el ritmo de sus dedos-. Eres una perfecta ama de casa, ¿no?

Lily no apartó la mirada de los tallos que introducía dentro de una botella con agua.

-Es para lo único que sirvo.

-No, eso no es cierto. Y no fue lo que quise decir. -Enojada consigo misma, Willa se movió inquieta en la silla-. Has hecho tan feliz a Adam que uno tiene la sensación de que no camina sino que flota. ¡Y la casa está tan pulcra y tan bonita! -Se rascó la nuca y se sintió incómoda-. Por ejemplo me refiero a ese gran bol lleno de manzanas verdes y coloradas tan relucientes. A mí nunca se me ocurriría una cosa así. O meter cosas dentro de esas botellas que tienes sobre la mesa. ¿Qué es todo eso?

-Son vinagres con distintos condimentos. -Lily miró las botellas de cuello largo en cuyo interior flotaban ramitos de albahaca, romero y mejorana-. Se utilizan para cocinar, para aderezar ensaladas. Me gusta verlas.

-Shelly también hace cosas como esas. A mí nunca se me hubiera ocurrido.

-Porque tú debes mirar el cuadro en su totalidad, lo fundamental y no los detalles y adornos. Yo te admiro muchísimo.

Willa dejó de mirar las botellas y se quedó con la boca abierta.

-¿Cómo?

-Eres inteligente, fuerte y capaz. -Lily depositó una bonita taza azul sobre la mesa-. Nada más llegar te tenía un miedo terrible.

-¿En serio?

-Bueno, en realidad, todo me daba miedo. Pero sobre todo tú. -Lily tomó otra taza y le agregó crema al café-. Te observé el día del entierro. Acababas de perder a tu padre y tenías un dolor enorme, pero lo soportabas. Y más tarde, cuando Nate leyó el testamento, y te enteraste de que te quitaban de las manos todo lo que era tuyo, lo que debió haber sido tuyo, también lo aguantaste a pie firme.

Willa también recordaba ese momento. Recordaba no haber sido nada bondadosa.

-No me quedaba alternativa.

-A uno siempre le queda alternativa -contradijo Lily en voz baja-. La mía por lo general fue huir. Y ese día también habría huido de haber tenido adónde ir. Y si no fuera por ti, creo que no hubiese tenido el valor de quedarme cuando empezaron a suceder esas cosas horribles.

-Yo no tuve nada que ver con el asunto. Te quedaste por Adam.

-Adam. -Al pronunciar el nombre todo en Lily se suavizó: la voz, la mirada, la boca-. Sí, pero no habría tenido el coraje de acercarme a él, de permitirme sentir lo que siento por él. Te miré a ti, miré todo lo que estabas haciendo!, lo que habías hecho y pensé: es mi hermana y nunca huye de nada. En mi interior tiene que haber algo que se parezca a lo que es ella. De manera que lo busqué. Es la primera vez en la vida que me quedo en un lugar cuando las cosas se ponen difíciles.

Willa apartó su taza de café y se inclinó hacia delante.

-Mira, he crecido como me ha dado la gana, y he hecho todo lo que quería hacer. Nunca estuve atrapada en una situación donde otro me utilizaba como saco de arena.

-¿No? -Al ver que Willa no contestaba, Lily volvió a reunir su coraje-. Bess me contó lo duro que era nuestro padre contigo.

«Bess es una charlatana», fue lo único que pudo pensar Willa.

-La bofetada que de vez en cuando te dé tu padre no es lo mismo que el puñetazo en la cara que te pueda dar tu marido. Huir de eso no fue una cobardía, Lily. Fue lo correcto, una actitud inteligente.

-De acuerdo. Pero nunca me opuse a que me pegaran. Ni una sola vez.

-Yo tampoco -murmuró Willa-. Tal vez no haya huido de mi padre, pero, igual que tú, nunca me opuse a que me pegara.

-No estoy de acuerdo. Te opusiste cada vez que montaste un caballo, ayudaste a parir a una vaca, saltaste una puerta del alambrado. -Lily mantuvo la mirada de Willa-. Te hiciste cargo de Mercy. Esa fue tu manera de luchar. Enterraste tus raíces. Yo nunca lo conocí y él nunca quiso conocerme. Pero ¿sabes, Willa?, tampoco creo que nuestro padre te haya conocido a ti.

-No -contestó ella en voz baja y suave, porque acababa de caer en la cuenta de que era así-. Supongo que no.

Lily respiró hondo.

-En este momento estoy en condiciones de rebelarme, y en gran parte es gracias a ti, gracias a Tess, gracias a la oportunidad que he tenido aquí. Y esa oportunidad no me la dio Jack Mercy, Willa. Me la diste tú. Debiste habernos odiado. Tenías todo el derecho del mundo a odiarnos. Pero no nos odias.

«Pero os quise odiar -recordó Willa-. Solo que no pude.»

-Tal vez el odio consuma demasiada energía.

-Es cierto, pero no todo el mundo lo comprende. -Lily hizo una pausa, jugueteó con su taza-. El otro día, cuando Tess y yo fuimos de compras, creí... durante un minuto me pareció ver a Jesse. No fue más que algo fugaz.

-¿Lo viste en Ennis? -Willa se irguió de un salto, con los puños cerrados.

-No. -Sorprendida por la reacción de Willa, Lily sonrió-. ¿Ves? Esa es siempre tu primera reacción: luchar. La mía fue correr. Antes me parecía verlo en todas partes, imaginaba que estaba en todos lados. Pero hacía tiempo que no me sucedía. Sin embargo el otro día, una cara en la multitud, la postura de la cabeza... Pero no huí. No me dejé llevar por el pánico. Y creo que si alguna vez tuviera que hacerlo, realmente tuviera que hacerlo, lucharía. Y te lo debo a ti.

-No sé, Lily. A veces huir es lo mejor que uno puede hacer.

Todo salió tan bien que a Lily le costaba creer que se trataba de su propia vida. Su nueva vida. Una serie de personas a quienes había aprendido a querer estaban sentadas en su comedor acogedor, sirviéndose por segunda vez los platos de comida preparados por ella, riendo unos con otros como buenos amigos. Discutiendo como integrantes de una misma familia.

Fue Tess quien empezó la discusión y Lily comprendió que fue una actitud deliberada. Le dijo a Willa que el vestido que había elegido para que se pusiera en el cortejo era de organdí color fucsia con mangas abullonadas. Y con polisón.

-¡Te has vuelto loca si crees que me voy a poner una porquería como esa! Y de todos modos, ¿qué demonios es eso de fucsia? ¿No es una especie de rosa? Por nada del mundo me voy a poner volantes de color rosa.

-Quedarás muy dulce con ese vestido -ronroneó Tess-. Y sobre todo con el sombrero.

-¿Qué sombrero?

-Un sombrero adorable, del mismo color del vestido, con un ala enorme llena de flores de primavera. Prímulas inglesas. Y sin copa para que te podamos hacer un peinado alto y que sobresalga. Y después están los guantes. Largos hasta el codo, muy elegantes.

Como Willa estaba tan pálida como una muerta, Lily se compadeció de ella.

-Te está gastando una broma. El vestido es precioso. De seda celeste con botones de perlas en la espalda y con apenas un detalle de puntillas en el frente. Es muy sencillo, muy clásico. Y no hay sombrero ni guantes.

-Siempre arruinas las cosas -se quejó Tess, pero enseguida le sonrió a Willa-. ¡Te lo habías creído!

-Si seguís así, este año Will se va a poner más vestidos que en su vida entera -dijo Ben levantando su copa y brindando por ella-. Yo siempre creí que dormía con los vaqueros puestos.!

-Me encantaría verte haciendo un rodeo con vestido -contestó Willa, brindando con él.

-¡A mí también me encantaría! -Con una risita, Nate hizo a un lado su plato-. Lily, te aseguro que fue una comida fabulosa. Si sigues cocinando así, Adam va a tener que empezar a comprar cinturones más grandes.

-Espero que todavía os quede sitio para una tarta. -Sonriendo de placer, Lily se puso de pie-. ¿No queréis que comamos el postre en la sala de estar?

-Esa chica sí que sabe cocinar -murmuró Ben en el momento en que se instalaba en un sillón de la sala de estar-. Adam es un hijo de puta afortunado.

-Es así como juzgas la suerte que tiene un hombre con su mujer, McKinnon? -Willa prefirió sentarse con las piernas cruzadas en el suelo, cerca de la chimenea-.

¿Por su manera de cocinar?

-Nunca está de más.

-Una mujer inteligente contrata a una cocinera. -Tess lanzó un quejido cuando se sentó en el sofá con Nate-. Y solo come una vez al año como hemos comido esta noche. Mañana voy a tener que hacer cincuenta largos más en la piscina.

A Willa se le ocurrieron varios comentarios malévolos, pero los dejó pasar. Dirigió una rápida mirada a la cocina, donde Lily y Adam se afanaban sirviendo el postre.

-Antes de que vuelvan, ¿Lily os comentó que el otro día cuando fueron de compras le pareció ver a su ex?

Tess se irguió con rapidez.

-No, ni una palabra.

-¿En Ennis? -Nate entrecerró los ojos y dejó de jugar con los dedos de Tess.

-Dijo que fue un error. Comentó que una de sus antiguas costumbres era imaginar que lo veía en todas partes adonde iba, pero de todos modos me preocupó.

-Estuvo un rato en silencio. -Tess frunció los labios y trató de recordar los detalles de ese día-. Estábamos mirando el escaparate de una tienda de ropa interior y yo supuse que estaba soñando con su noche de bodas. Durante un par de minutos me pareció notarla nerviosa, pero no dijo nada.

-¿Has conseguido una fotografía de ese tipo? -le preguntó Ben a Nate.

-Justo hace un par de días. Hubo un retraso en el este. -El también dirigió una mirada cautelosa a la cocina-. Tiene el aspecto de un maldito monaguillo. Cara bonita, pelo corto. No lo he visto por aquí. Debí haber traído la fotografía para dársela a Adam.

-Quiero verla -dijo Willa-. Después hablaremos del asunto -agregó al oír la voz de Adam-. No quiero arruinarle la fiesta a Lily.

Para disimular, Ben se puso de pie y se acercó a Lily que en ese momento entraba con una bandeja.

-¡Bueno, una tarta! -Se inclinó a olisquearla como un hombre que solo piensa en su próximo mordisco-. ¿Y qué tienes para todos los demás?

Mantuvieron una conversación intrascendente y cuando Nate le hizo una señal a Tess, apretándole la mano, se puso de pie.

-Será mejor que me vaya antes de que tengas que hacerme pasar rodando por esa puerta, Lily. -Se inclinó a besarla-. Ha sido una comida magnífica.

-Me alegro mucho de que hayas venido.

-Saldré contigo -dijo Tess, simulando un bostezo-. Después de tanto comer voy a dormir como un tronco.

Por un acuerdo tácito, Ben y Willa les dieron cinco minutos antes de despedirse ellos también.

Cuando estuvieron solos, Adam tomó a Lily en sus brazos.

-¿A quién creen que engañan?

-¿A qué te refieres?

La respuesta le pareció tan dulce a Adam, que besó la frente de Lily.

-¿Oíste arrancar algún jeep?

Ella parpadeó, comprendió y rió.

-No, creo que no.

-Creo que han tenido una idea excelente. -Alzó a Lily y se encaminó a la escalera.

-Adam, tengo que lavar los platos.

-Todavía seguirán allí por la mañana. -Volvió a besarla-. Y nosotros también.

En su cama, en la oscuridad, Willa dejó escapar un largo gemido. Era un sonido que siempre excitaba a Ben, que lo incitaba a acelerar el ritmo. Le encantaba mirarla cuando ella lo montaba, la manera en que el pelo le caía por los hombros, tan negro y brillante. Alcanzaba a ver esos relámpagos de placer en su rostro cuando se perdía. Y cuando él tomó sus pechos entre las manos, cuando se alzó para volver a reemplazar las manos por su boca hambrienta, ella se envolvió a su alrededor como una hiedra sedosa, toda brazos y piernas para que él pudiera gozarla.

Pero por más que ella le diera, él quería más.

-Sigue. -Lo pidió jadeante, apretó la mano en el lugar donde estaban unidos y la encontró, la incitó.

Willa volvió a gemir, un sonido de placer que a Ben le recorrió la sangre como un buen whisky. Sintió que ella acababa, que volvía a sollozar antes de cerrar los dientes sobre su hombro.

De manera que permitió que ella marcara el ritmo, dejó que se estremeciera para recuperar el control. Entonces Willa se inclinó sobre él, y su pelo cubrió la cara de Ben que ella tomó con ambas manos.

-Quiero hacerte enloquecer. -Bajó la cabeza hasta que sus labios casi estuvieron sobre los de él-. Quiero que me supliques.

El ritmo de Willa era lento, tortuoso, mientras le daba besos rápidos que poco a poco se fueron haciendo más ardientes y profundos. Cuando Ben cerró las manos que tenía enterradas en su pelo y empezó a respirar con agitación, ella abandonó su boca y se echó atrás. Aceleró el ritmo, le recorrió el cuerpo con las manos, lo miró a los ojos.

Vio lo que quería ver. En esos ojos había una expresión salvaje, ciega y desesperada, idéntica a las emociones que rugían en su interior. En ese momento, Ben movió las manos y le aferró las caderas, las aferró con fuerza. Le quedarían moretones. «Me está poniendo su marca», pensó ella con sensación de triunfo.

Echó el cuerpo atrás y se estremeció, mientras Ben le clavaba los dedos en las caderas cimbreadas. Ella sabía lo que le esperaba a partir de ese momento, esa sensación de placer y más placer, el asalto sobre su cuerpo que podía llegar con la rapidez del relámpago y lento como el rocío. Pero esa violenta intimidad y la necesidad que siempre, siempre florecía, no dejaba de provocarle un shock.

Lo sintió explotar, ese duro embate final en su interior y la gloriosa explosión de calor. El orgasmo la recorrió como una flecha, la unió a él, la llenó de él, y Willa le dio la bienvenida.

-Willa. -Ben la empujó hacia abajo de manera que pudieran temblar, piel húmeda contra piel húmeda. Cuando por fin pudo pronunciar palabra, algo aparte de su nombre, deslizó los labios hasta su garganta-. He querido tenerte así toda la noche.

Una tontería como esa siempre la enardecía y la dejaba muda.

-Estabas demasiado ocupado comiendo para pensar en esto.

-Nunca estoy demasiado ocupado para pensar en esto. Ni en ti. Te aseguro que no hago más que pensar en ti. Enterró las manos en el pelo de Willa y la colocó de modo tal que las bocas de ambos se volvieron a encontrar-. Cada vez más. Y me preocupo por ti.

-¿Te preocupas? -Maravillosamente relajada, se apoyó sobre un codo y lo miró. Le encantaba descifrar la cara de Ben en la oscuridad, ir adivinando cada una de sus facciones-. ¿Por qué?

-No me gusta no estar cerca cuando suceden tantas cosas.

-Sé cuidarme. -Le apartó el pelo de la cara. Qué extraño, pensó, las puntas de su pelo siempre dan la sensación de haber sido espolvoreadas con polvo de oro. Y más extraño aún, que constantemente quisiera tocarle el pelo con los dedos-. Y sé cuidar el rancho.

-Sí. -Casi demasiado bien, pensó-. Pero de todos modos me preocupo. Si quieres esta noche puedo quedarme a dormir.

-Ya hemos hablado de ese asunto. A Bess le gusta simular que no sabe lo que está sucediendo aquí arriba. Y me gusta dejar que lo simule. Y... -Lo besó antes de rodar en actitud perezosa y quedar tendida de espaldas-. Tienes que dirigir tu rancho. -Se desprendió-. Ensilla, McKinnon. Ya he terminado contigo.

-¿Eso crees? -Y se le colocó encima para demostrarle lo contrario.

Cuando un hombre sale de puntillas de una casa oscura, casi siempre se siente tonto. O muy afortunado. Nate se preguntaba qué estaría sintiendo cuando abrió la puerta de entrada y se encontró cara a cara con Ben.

Permanecieron un instante mirándose fijamente, se aclarar las gargantas.

-Linda noche -dijo Nate.

-Para mí, una de las mejores. -Ben se dio por vencido y sonrió- ¿Dónde has aparcado tu jeep?

-Detrás del establo de partos. ¿Y tú?

-En el mismo lugar. No sé por qué nos molestamos. No hay un solo hombre por los alrededores que no sepa en qué andamos con estas mujeres. -Bajaron del porche y se encaminaron al establo-. Siempre me pregunto si no me pegarán un tiro.

-A esta hora Adam y Jam están de guardia -señaló Nate-. Yo siempre trato de salir cuando sé que están ellos. No son tan rápidos para apretar el gatillo. -Miró hacia la casa principal, hacia la ventana de Tess-. Y tal vez valga la pena esquivar un par de balas por esto.

-Me preocupa el hombre que dice eso.

-Estoy pensando en casarme con Tess.

Ben se detuvo en seco.

-Me zumban los oídos. Creo que no oí bien lo que acabas de decir.

-Sí, me has escuchado perfectamente. Ella piensa volver a California en el otoño. -Nate se encogió de hombros-. Y yo pienso impedirlo.

-¿Se lo has dicho?

-¿Decírselo a Tess? -Divertido ante la posibilidad, Nate dejó escapar una carcajada-. ¡Diablos, no! Con una mujer como ella hay que ser muy prudente. Está acostumbrada a dirigir el espectáculo. Así que hay que hacerle creer que todo fue idea suya. Todavía no sabe que está enamorada de mí, pero ya lo comprenderá.

Esa conversación sobre amor y matrimonio le estaba revolviendo el estómago a Ben.

-¿Y si no lo comprende? Piensa en su manera de ser. ¿Y si empaqueta sus cosas y se va? ¿Se lo permitirás?

-No la puedo encerrar bajo llave, ¿no es cierto? -Nate sacó las llaves del jeep y las hizo girar entre sus dedos-. Pero apuesto a que se quedará. Y todavía me queda un poco de tiempo para trabajar el asunto.

Ben pensó en Willa y en la forma en que él reaccionaría si ella de repente decidiera romper. La ataría en tiempo récord.

-No me creo capaz de ser tan razonable.

-Bueno, las cosas todavía no están claras. Durante los próximos dos días tengo que estar en el juzgado -anunció mientras subía al jeep-. En cuanto pueda pasaré por aquí con esa fotografía.

-No dejes de hacerlo.

Ben se detuvo junto a su jeep y miró hacia la casa principal. No, si estuviera enamorado estaba seguro de que no podría ser tan comprensivo. Durante el trayecto hasta su casa, se dijo varias veces que era una suerte que no lo estuviera.

Jesse lo tenía todo planeado. ¡Ah, estaba dispuesto a esperar, a ser paciente! Razonable. Después de todo, si aguantaba hasta el otoño, además de llevarse a su mujer podría conseguir una buena cantidad de dinero.

Pero ahora esa perrita creía que podía casarse con el bastardo mestizo. Reflexionó sobre ello y llegó a una conclusión: si permitía que eso sucediera, legalmente lo borran del mapa. De modo que no podía permitirlo.

En realidad, de haber tenido mejor puntería, ya se habría encargado de Adam Wolfchild. Se le presentó la oportunidad, pero el hijo de puta tuvo suerte. Y como Wolfchild no estaba solo, Jesse no quiso correr el riesgo de esperar y dispararle otra vez.

Pero estaba seguro de que se le presentaría otra oportunidad. Lo único que le hacía falta era un poco de suerte. Pero los trabajos de primavera y ese negrero de Ben McKinnon lo mantenían atado a Three Rocks mientras la adúltera de su mujer salía a comprar ropa interior para su boda.

De manera que si no podía atacar a Wolfchild, nada le impedía atacar a Lily. Tendría que conseguir que se arrepintiera de haberle arruinado sus planes de embolsarse la herencia, pero hacerlo sería un placer.

«Me hice muchas ilusiones», pensó mientras sacaba una reina para acompañar a las otras dos señoras que tenía en la mano. Pero ya era hora de ponerse en marcha. Y llevaría a Lily consigo.

-Veré tus cinco -le dijo Jesse a Jim, sonriéndole a través de la mesa de póquer-. Y otros cinco más.

-Demasiado para mí.

Ned Tucker tiró las cartas sobre la mesa, eructó y se levantó a buscar otra cerveza. Se sentía cómodo en Mercy; Willa era una patrona justa y disfrutaba de la compañía de sus peones. Le dio una palmada al oso gris, que entre todos habían ubicado en un rincón del cuarto, para que le diera suerte. Aunque esta noche en la mesa de póquer no me ha dado ninguna.

Meneó la cabeza al ver que Jesse ganaba otra partida.

-Es como si ese hijo de puta no pudiera perder -le dijo a Ham.

-Tiene una suerte de mil demonios -contestó Ham, pero decidió poner a prueba la suya-. Yo entro en esta mano. Dentro de una hora debo relevar a Billy fuera. Tal vez me valga la pena perder antes un poco de dinero.

Una hora, pensó Jesse mientras repartía las cartas. En ese momento estaban de guardia Billy y ese sabiondo de la universidad. Ninguno de ellos le resultaría peligroso. Jugaría otros diez minutos y después se pondría en marcha.

Perdió una mano, se retiró en la siguiente y luego apartó la silla de la mesa.

-Descanso un rato. Voy a tomar un poco de aire fresco.

-Asegúrate de que Billy no te dispare -le gritó Jim-. Ese chico no hace más que pensar en su novia del pueblo y es capaz de cualquier cosa.

-¡Oh, puedo encargarme de Billy! -aseguró Jesse mientras se ponía el abrigo, y salió.

Se fijó en la hora. Había estudiado con cuidado los horarios de trabajo de Mercy y sabía que en ese momento Adam estaría echando una última mirada a los caballos antes de retirarse a dormir. La casa principal ya se encontraría oscura y Lily

estaría sola. Sacó el Colt que tenía bajo el asiento del jeep. Toda precaución era poca. Se lo metió en el cinturón y avanzó en las sombras hacia la bonita casa blanca.

«Todo saldrá a pedir de boca -pensó-. Lily llorará y suplicará, pero con toda seguridad se irá conmigo. Siempre hace lo que le ordeno. Si no enseguida, después de la primera bofetada.»

Estaba deseando que llegara el momento de darle esa primera bofetada. Ya hacía demasiado tiempo que no tenía ese placer.

Se movió en silencio hacia la parte de atrás de la casa.

-¿Eres tú, JC? -Contento de que alguien lo acompañara en su guardia, Billy se acercó, con el rifle bajo y el seguro puesto-. ¿Estás volviendo a desplumar a mis compañeros de trabajo? ¿Qué haces aquí fuera?

Jesse le sonrió y sacó el arma del cinturón.

-Tomando lo que es mío -contestó asestándole un golpe en la cabeza con la empuñadura del Colt-. No tengo motivos para dispararte -agregó mientras arrastraba el cuerpo inerte de Billy para esconderlo entre unos arbustos. Además haría demasiado ruido. Pero no interfieras en mi camino porque podría cambiar de idea.

Silencioso como una víbora, se acercó a la puerta trasera y miró por el vidrio.

Y allí estaba ella. Dulce Lily, pensó. Sentada a la mesa, bebiendo té mientras leía una revista. Esperando que su amante indio llegara y se la metiera. ¡Perra traicionera!

El ruido de un trueno lo distrajo un instante y le hizo levantar la mirada hacia el cielo sin estrellas. Hasta el clima está de mi lado, pensó con una sonrisa. Una lluvia agradable sería una excelente manera de cubrir sus rastros en el viaje hacia el sur.

Hizo girar el picaporte con suavidad y entró.

-Adam, aquí hay un artículo sobre pasteles de boda. Me pregunto si... -Dejó la frase inconclusa, la mirada todavía clavada en la revista, pero el corazón palpitante. *Beans* gruñía bajo la mesa. Y lo supo, antes de reunir el coraje necesario para volverse, lo supo.

-Mantén quieto a ese perro, Lily, o lo mataré.

Lily no lo puso en duda. No había cambiado. Pese al pelo más oscuro y largo y del bigote, para ella era el mismo. Los ojos hermosos con una expresión malvada, en los labios una sonrisa peligrosa. Consiguió ponerse de pie, colocarse entre Jesse y el perro.

-Tranquilo *Beans*. Está bien. -Pero el perro continuó gruñendo y ella vio horrorizada que Jesse extraía un arma del cinturón-. ¡Por favor no lo hagas, Jesse! No es más que un perro viejo. Y te oirán. Si disparas te oirán. Vendrá gente.

Jesse quería matar algo, era una urgencia interior. Pero en ese momento le importaba más el silencio.

-¡Entonces hazlo callar! ¡Ahora mismo!

-Lo... lo llevaré al otro cuarto.

-Muévete despacio, Lily, y no trates de correr. -Le gustaba la sensación del arma que empuñaba, la forma en que la empuñadura se curvaba en la palma de su mano-. Si lo haces te heriré. Después me sentaré aquí y esperaré que llegue ese indio para quien has estado abriendo las piernas. Lo mataré en cuanto entre.

-No correré. -Tomó a *Beans* por el collar, y a pesar de que el perro tenía el cuerpo tenso y se negaba a seguirla, lo arrastró hasta la puerta-. Por favor, guarda esa arma, Jesse. Te consta que no te hará falta.

-Supongo que no. -Sin dejar de sonreír, volvió a colocársela en el cinturón-. Ven acá.

-Esto no sirve de nada, Jesse. -Luchó con todas sus fuerzas por recordar todo lo aprendido en terapia, a permanecer tranquila, a pensar con claridad-. Estamos divorciados. Si vuelves a hacerme daño, te encerrarán.

El volvió a apoyar una mano sobre la empuñadura del arma.

-Te he dicho que vengas.

«Estaré más cerca de la puerta», pensó Lily. Tal vez hubiera una manera de salir. Tenía que salir para advertir a Adam, a todo el mundo.

-Estoy tratando de volver a empezar -le dijo mientras se le acercaba-. Los dos podemos empezar de nuevo. Lo único que yo hice en la vida fue desilusionarte y... - gritó, no de sorpresa sino de dolor cuando él le pegó una fuerte bofetada con el dorso de la mano.

-Hace más de seis meses que estoy deseando hacer eso. -Y como le daba tanto placer, volvió a hacerlo, esta vez con tanta fuerza que la hizo caer de rodillas-. He estado aquí, Lily. -La agarró del pelo, le pegó un tirón y la obligó a ponerse de pie-. Vigílandote.

-¿Aquí? -El dolor era tan familiar que le costaba pensar. Pero pensó. En crímenes. En locura-. ¿Has estado aquí? ¡Oh, Dios!

A partir de ese momento, el miedo la paralizó. Pero Jesse ataca con los puños, pensó. Solo con los puños. No sería capaz de destrozar a nadie con un cuchillo.

Sin embargo, al mirarle los ojos, lo único que vio fue una furia ciega.

-Ahora vendrás conmigo, en silencio y harás lo que yo te diga. -Por si no comprendía el sentido de sus palabras le dio otro tirón en el pelo-. Si montas algún tipo de jaleo, Lily, te haré daño a ti y a cualquier otro que se interponga en mi camino. -Siguió hablando, con la cara muy cerca de la de ella. En el cuarto vecino el perro ladraba como loco, pero ninguno de los dos le prestó atención-. Haremos un largo y agradable viaje a México.

-No iré contigo. -Recibió el golpe siguiente que la hizo girar sobre sí misma, luego sorprendió a Jesse y a sí misma al atacarlo con uñas, dientes y puños.

La fuerza del ataque de Lily lo hizo retroceder, se golpeó contra la mesa y le produjo un fuerte dolor en la cadera. Aulló cuando ella le hizo sangre en una mejilla, demasiado sorprendido para devolver el golpe hasta que Lily lo arañó por segunda vez.

-¡Perra de mierda! -La golpeó y la hizo caer sobre la mesa, haciendo volar por los aires la bonita taza de té.

Los perros aullaban como lobos y rascaban con furia la puerta.

-¡Te mataré por lo que acabas de hacer! ¡Juro que te mataré!

Y casi lo hizo. Tenía el arma en la mano, el dedo sobre el gatillo, vibrante. Pero ella lo miraba fijamente y en sus ojos no había miedo ni súplica, sino odio.

-¿Es esto lo que quieres? -Volvió a levantarla por el pelo y le apoyó el cañón del arma contra la sien-. ¿Quieres que te mate?

En un tiempo tal vez lo hubiera querido, y por puro cansancio quizás habría contestado que sí. Pero pensó en la vida que llevaba allí, con Adam, con sus hermanas. Su hogar y su familia.

-No, iré contigo. -«Y esperaré la primera oportunidad que se me presente de luchar o de huir», pensó.

-¡Por supuesto que vendrás! -Le rodeó el cuello con una mano y apretó, hasta que Lily sintió que la sangre se le agolpaba en los ojos-. En este momento no tengo tiempo para hacerte pagar. Pero espera y verás. Espera.

Temblaba cuando la empujó hacia la puerta. La sorpresa de que ella lo lastimara, de que realmente lo lastimara hasta el punto de que la sangre le corriera

por la cara, le había provocado un verdadero shock. El tiempo que perdió luchando con ella cuando podría haberlo seguido, dócil como una vaca, lo tenía tembloroso.

Casi no notó que lo que caía del cielo no era lluvia sino nieve. Además, los truenos eran ensordecedores. Espesos y pesados copos bailoteaban frente a sus ojos, de manera que no vio a Adam hasta que estuvieron casi cara a cara. Y Jesse miraba el cañón de un rifle.

-¡Suéltela! -La voz de Adam era tranquila como el agua de un lago, sin que la furia ni el temor que sentía asomaran a la superficie-. Aléjate de él, Lily.

Jesse le apretó el cuello con más fuerza, impidiéndole respirar. El cañón del arma, que todavía conservaba en la mano, estaba apoyado contra la sien de Lily. No había ni dejo de tranquilidad en Jesse. Hablaba a gritos.

-¡Es mi maldita hija de puta de mujer! Si no se aparta de mi camino la mataré. Le meteré una bala en el cerebro.

Oyó que alguien cargaba otra arma y vio acercarse a Willa, sin abrigo y con el pelo cubierto de nieve.

-¡Quítele las manos de encima a mi hermana, hijo de puta!

Estaba mal, todo estaba mal y el pánico hizo temblar las manos de Jesse.

-Lo haré. Si da un solo paso más, el cerebro de Lily le manchará los zapatos. Díselo, Lily. Dile que te mataré aquí mismo.

Lily sentía el acero que le apretaba la sien. Imaginó el relámpago del disparo. La presión del brazo de Jesse contra su cuello apenas le permitía respirar. Para permanecer con vida, no apartó los ojos de Adam.

-Sí, lo haré. Ha estado aquí siempre, ha estado aquí.

Jesse echaba chispas por los ojos. Parecía un monstruo con la sangre que le corría por la cara y los labios extendidos en una sonrisa amplia, desafiante.

-Tiene razón. He estado todo el tiempo aquí. Si quieren que le haga lo mismo que les hice a los demás, no se aparten de mi camino. -Esbozó una sonrisa encantadora. Dominaba una vez más la situación. Apreté tanto el cuello de Lily que ella levantó las manos para tratar de librarse de esa obstrucción que le impedía respirar-. Y tal vez hasta consiga meter otro tiro directamente en el vientre de su hermana.

-Está fanfarroneando, Adam.

El dedo de Willa temblaba sobre el gatillo. «Le meteré una bala en la cabeza -pensó, sombría-. Si Lily moviera un centímetro la cabeza, solo un centímetro, podría arriesgarme.» Pero la maldita nieve caía como una cortina.

-¡Soy un maldito infante de Marina! -gritó Jesse-. Puedo mandarlos a los dos al otro mundo antes de caer. Y la primera será Lily.

Sí, Lily sería la primera.

-No escaparás. -Pero Adam bajó el rifle. Por furia, por orgullo no valía la pena arriesgar la vida de Lily-. Y pagarás por cada minuto de miedo que ella haya vivido.

-¡Retrocede, perra! -le ordenó Jesse a Willa mientras apretaba el cuello de Lily hasta el punto de que los ojos se le pusieron en blanco-. Le puedo romper el cuello con la misma facilidad con que parpadeo.

Impotente, con todos sus instintos gritándole que no lo hiciera, Willa retrocedió. Pero no bajó el arma. «Un solo tiro directo», se prometió. Si se le presentaba la oportunidad de reducirlo de un solo tiro, lo intentaría.

-Sube al jeep. -Tironeé a Lily para que avanzara con él, caminando hacia atrás y moviendo los ojos de lado a lado-. Sube a ese maldito jeep y siéntate detrás del volante. -La empujó para que subiera, la tiró hacia el otro lado del asiento, sin bajar el arma y con cuidado de que siempre estuviera a la vista-. Si nos siguen -gritó-, la

mataré. La mataré lo más despacio que pueda. ¡Pon en marcha ese maldito motor y vámonos!

En el momento de hacer girar la llave, Lily miré por última vez la cara de Adam. Y enseguida arrancó.

Con manos temblorosas, Willa bajó el rifle. No había podido arriesgar la vida de Lily.

-¡Dios! ¡Dios mío! Se encaminan hacia el oeste. -Piensa, se ordenó. Piensa-. La policía puede bloquear el camino, detenerlos, si él intenta tomar la ruta principal. Pero si es inteligente, se lo imaginará e irá por las montañas. Podemos seguirlos en menos de veinte minutos, Adam.

-Yo la dejé ir. Yo permití que se la llevara.

Willa lo sacudió con fuerza.

-De no haberlo hecho, la habría matado delante de nuestros propios ojos. Ese hombre estaba muerto de miedo, de pánico y está loco. Lo habría hecho.

-Sí. -Adam respiró hondo y exhaló con fuerza-. Ahora los encontraré. Y lo mataré.

Willa asintió.

-Sí. Tú llama a la policía. Yo iré a buscar a los hombres. Los que subamos a la montaña necesitaremos caballos y equipo. ¡Apresúrate!

Se puso en marcha enseguida y tropezó con Billy quien había conseguido arrastrarse hasta el camino.

-¡Dios! -Tenía la cara cubierta de sangre y Willa temió que Jesse le hubiera disparado-. ¡Billy!

-Me pegó. Me golpeó con algo.

-Quédate sentado y no te muevas de aquí. -Empezó a correr hacia la casa principal-. ¡Bess! Busca el botiquín de primeros auxilios. Billy está frente a la casa de Adam. Está herido. Tráelo a la casa.

-¿Qué diablos sucede? -Furiosa porque habían interrumpido su sesión vespertina de informática, Tess apareció en lo alto de la escalera-. Primero escucho a los perros que ladraban como locos y ahora tú gritas como si la casa estuviera en llamas. ¿Qué le ha sucedido a Billy?

-Jesse Cooke. ¡Date prisa! -ordenó mientras Bess la seguía-. No sé si está mal herido

-¡Jesse Cooke! -Alarmada, Tess bajó la escalera corriendo-. ¿De qué estás hablando?

-Ha cogido a Lily. La tiene consigo -replicó Willa, contestando las preguntas balbuceantes de Tess-. Creo que la lleva a las tierras altas. Está por empezar una tormenta de nieve y ella ni siquiera tiene un abrigo. -Esa primera expresión de histeria fue la última, porque Willa recurrió a toda su fuerza de voluntad para dominarse-. Ese hombre es presa del pánico y debe estar loco, peor aún. Llama a Ben, a Nate, a cualquiera que se te ocurra, y diles que debemos organizar un equipo de búsqueda y enseguida. Los seguiremos a caballo.

-Prepararé ropa de abrigo -anunció Tess, mientras apretaba tanto la barandilla de la escalera que se le pusieron blancos los nudillos-. Y también para Lily. La necesitará cuando la encontremos.

-¡Pero corre!

En el término de diez minutos, Willa había organizado a los hombres. Estaban armados, preparados para salir en jeeps y a caballo, con provisiones para dos días.

-El no conoce la zona como la conocemos algunos de nosotros -les dijo Willa-. Solo hace unos meses que está aquí. Y Lily hará lo posible por retrasar su marcha.

Nos dispersaremos en abanico. Cabe la posibilidad de que la lleve a la cabaña, de manera que Adam y yo iremos hacia allí. El tiempo le hará difícil la huida, pero tampoco nos ayudará a nosotros.

-Alcanzaremos a ese hijo de puta -aseguró Jim, tomando su rifle-. Y lo haremos antes del amanecer.

-En este caso no habrá posibilidad de seguirles las huellas, de manera que... - Dejó la frase inconclusa al ver que el jeep de Ben entraba a toda velocidad al patio del rancho. En ese instante Willa tuvo un momento de debilidad, de manera que se puso tensa-. De modo que nos dispersaremos en una zona amplia. Todos ustedes tienen sus blancos. La policía está cubriendo los caminos principales y nos mandan más hombres. Los equipos de búsqueda y rescate saldrán en cuanto amanezca, pero quiero a Lily de vuelta para entonces. En cuanto a Cooke... -Respiró hondo-. Haced lo que sea necesario hacer. ¡En marcha!

-¿Hacia dónde vas? -fue la única pregunta que hizo Ben.

-Voy con Adam hacia la cabaña.

Ben asintió.

-Iré con vosotros. Necesito un caballo.

-Tenemos uno disponible.

-Yo también voy. -Con los ojos llenos de lágrimas, Tess se acercó a Adam-. Sé montar.

-Nos obligarás a avanzar con más lentitud.

-¡Maldita seas! -exclamó Tess, tomando a Willa por el brazo y haciéndola girar sobre sí misma-. También es mi hermana. Iré.

-Sabe montar-fue todo lo que dijo Adam. Saltó a la montura y, seguido por su joven sabueso, salió al galope.

-Espera a Nate -ordenó Willa-. El conoce el camino. -Montó con rapidez-. Nate necesitará que alguien le dé detalles de lo sucedido.

Convencida de que debía conformarse con eso, Tess asintió.

-Está bien. Os alcanzaremos.

-La traeremos de vuelta a casa, Tess -murmuró Ben en el momento de montar. Enseguida le silbó a *Charlie* para que los siguiera

-Tráelas de vuelta a las dos -pidió Tess mientras los observaba alejarse.

Adam no dijo una sola palabra hasta que encontraron el jeep abandonado. Tenía la cabeza llena de ideas demasiado sombrías, el corazón demasiado helado para poder hablar. Se detuvo el tiempo necesario para mirar con cuidado, en busca de alguna señal. El jeep estaba hundido hasta la carrocería en la nieve y apoyado como borracho contra un árbol.

La nieve espesa y húmeda lo cubría todo y los perros avanzaron por ella, con las narices pegadas al suelo.

-Le había pegado. -Adam abrió la puerta del lado del conductor, aterrorizado ante la posibilidad de encontrar rastros de sangre. O algo peor-. Ya tenía marcas en la cara, en los lugares donde le había pegado.

El jeep estaba vacío, con algunas gotas de sangre cerca de la puerta del acompañante. «No es sangre de Lily pensó Adam-, sino de Cooke.»

-A elle corría sangre por la cara -le recordó Willa-. Lily le devolvió los golpes, y con creces.

Cuando Adam se volvió a mirarla, tenía los ojos inexpresivos, parecidos a los de un muñeco.

-Le dije, le prometí, que nadie volvería a lastimarla.

-No podías hacer nada. Ahora no la lastimará, Adam. Es su única posibilidad de salir de esto. No le hará lo que...

-¿Lo que les hizo a los otros? -Adam ladró las palabras y enterró ese pensamiento. Sin decir una sola palabra más, montó y siguió adelante.

-Deja que se nos separe un poco -aconsejó Ben, apoyando una mano sobre el brazo de Willa-. Necesita estar solo.

-Yo también estaba allí. Y lo apuntaba con un arma. Tengo mejor puntería que Adam, mejor que ninguno de los de Mercy, pero no sirvió para nada. Tuve miedo de arriesgar... -Se le quebró la voz y meneó la cabeza.

-Y si hubieras decidido arriesgarte y en ese momento Lily se hubiera movido? Podrías haberla herido a ella.

-O tal vez en este momento estaría a salvo. Si tuviera que hacerlo de nuevo, le pegaría un tiro entre los ojos a este hijo de puta.

-Se obligó a no pensar en eso-. Volver a pensar en el asunto tampoco ayuda. Tal vez se encamine hacia la cabaña. Es la dirección indicada. Tal vez crea que puede hacerse fuerte allí.

Willa montó.

-Esta vez Lily se defendió. Quizás habría sido mejor que tratara de huir.

Lily habría huido, de haber podido hacerlo. Estaba congelada, con la camisa empapada, pero si huir hubiese sido una alternativa, se habría animado a hacer frente a la tormenta de nieve y a las montañas.

Jesse había guardado el arma, pero cuando ella chocó el árbol con el jeep, cambió de estrategia. Ella enfiló hacia el árbol, con la esperanza de que del lado de Jesse, el impacto lo atontaría lo suficiente como para permitir que ella huyera y ganara distancia. Pero lo único que ganó fue que él la tirara cuan larga era sobre la nieve.

Después le ató las manos y le enlazó una soga alrededor de la cintura para mantenerla unida a él. Ella tropezaba mucho, al principio con deliberación, para ganar tiempo. Pero él la levantaba enseguida.

La tormenta de nieve era monstruosa. Cuanto más trepaban más fuerte se hacía, con truenos que retumbaban en la tierra, seguidos de relámpagos que iluminaban el cielo. Y el viento era tan fuerte que Lily casi no alcanzaba a oír las maldiciones que Jesse profería en su contra.

El mundo era blanco... de un blanco arremolinado y ululante.

Jesse tenía una mochila sobre los hombros. Lily se preguntó si allí llevaría un cuchillo y qué terminaría haciéndole.

El frío le quitaba fuerzas, le penetraba hasta los huesos que parecían a punto de quebrarse. En ese momento, luchar contra él no era más que una fantasía, huir una esperanza cada vez más imposible. ¿Hacia dónde correr si no había más que una cortina de nieve cegadora?

Lo único que podía hacer era sobrevivir.

-Creísteis que me teníais, ¿verdad? -Jesse le pegó un tirón a la soga y Lily cayó contra él. Tenía el cuello de la cazadora de piel de oveja vuelto hacia arriba, pero de todos modos la nieve se le colaba por el cuello y lo irritaba. Tu amante que se dedica a remover excrementos de caballo y la mestiza de su hermana creían que llevaban las de ganar, ¿no es cierto? Conseguí lo que quería. -Le apretó con fuerza un pecho a través de la camisa-. Siempre lo conseguí y lo seguiré consiguiendo.

-Tú no me deseas, Jesse.

-Eres mi maldita mujer, ¿no es verdad? Hiciste votos, ¿no? Prometiste amar, honrar y obedecer. Hasta la muerte. -La empujó y la hizo caer en la nieve solo por diversión y para sentirse fuerte y poderoso-. Nos seguirán, pero no saben contra qué se enfrentan, ¿no es cierto, Lily? Soy un maldito infante de Marina.

Puedo abrirme camino a través de esta nieve, lo mismo que me abrí camino a través del entrenamiento básico, pensó. Era capaz de abrirse camino a través de cualquier cosa.

-Hace mucho tiempo que planeo esto. -Sacó un cigarrillo y lo encendió con el encendedor cuya llama había puesto al máximo-. He estado estudiando la zona. Trabajo en Three Rocks desde que llegué, prácticamente después de que depositaras aquí tu flaco culo.

-¿En Three Rocks? ¿Eres empleado de Ben?

-Sí, del Gran Pedante McKinnon. -Lanzó una bocanada de humo por entre los dientes-. El mismo que últimamente anda montando a tu hermana. Yo mismo estuve pensando en esa posibilidad. -Estudió a Lily que temblaba en la nieve-. Debe ser mucho más interesante que tú en la cama. Hasta un maldito árbol lo sería, pero eres mi mujer, ¿verdad?

Lily se levantó. Sería demasiado fácil quedarse ahí tendida y darse por vencida.

-No, no soy tu mujer.

-Ningún maldito pedazo de papel me convencerá de que no lo eres. ¿Crees que puedes escaparte de mí, acudir a una porquería de abogado, llamar a la policía? Por tu culpa me metieron en la cárcel. Pero te aseguro que me lo pagarás con creces.

Volvió a examinarla. Pálida, castigada. Suya. Después de inhalar una última bocanada de humo, arrojó el cigarrillo sobre la nieve.

-Parece que tienes frío, Lily. Tal vez me detenga un par de minutos para calentarte. Tenemos tiempo -continuó diciendo mientras tiraba de la sogla para acercarla hacia sí-. De todos modos ellos nunca nos encontrarán en esta tormenta. Ni siquiera podrían encontrar a un elefante con este tiempo.

Le metió la mano entre las piernas. Cuando lo único que vio en los ojos de Lily fue asco, empujó con más fuerza hasta causarle dolor.

-Te encanta simular que no te gusta que te traten con rudeza, pero eres una puta, lo mismo que todas las demás. Antes me decías que te gustaba, ¿no es cierto? «Me gusta lo que me haces, Jesse.» ¿No era eso lo que me decías, Lily?

Ella lo miró a los ojos y luchó contra la humillación que le producía que la tocara.

-Te mentí -dijo con frialdad. No hizo el menor gesto de dolor cuando él le metió el dedo dentro del cuerpo. No estaba dispuesta a permitir que él tuviera esa satisfacción.

-Perra castradora! Contigo ni siquiera consigo excitarme, ni siquiera sirves para provocarme una erección. -Hasta ese momento ella nunca se había animado a contestarle. Sobre todo después del primer par de bofetadas. Desconcertado, le pegó un empujón, luego cambió de posición la mochila-. De todos modos en este momento no tenemos tiempo para eso. Cuando lleguemos a México será otra cosa.

Cambió de dirección y enfiló hacia el sur.

Lily perdió la noción del tiempo, de la distancia y de la dirección. La nieve caía con más lentitud, aunque de vez en cuando todavía resonaba un trueno sobre los picos de las montañas. Ella ponía un pie delante del otro de una manera mecánica,

cada paso era una posibilidad de supervivencia. En ese momento tenía la seguridad de que Jesse no se dirigía a la cabaña y se preguntó dónde estaría Adam, por dónde la estaría buscando, qué sentiría.

Cuando se volvió hacia él por última vez, vio una mirada asesina en sus ojos. La encontraría, estaba segura de que la encontraría. Lo único que tenía que hacer era permanecer viva hasta que lo hiciera.

-Tengo que descansar.

-Descansarás cuando yo te lo diga.

Temeroso de haber equivocado el camino en medio de la tormenta, Jesse sacó su brújula. ¿Quién mierda podía saber hacia dónde se dirigía en medio de esa tormenta?

La culpa no era suya.

-De todos modos, no iremos mucho más lejos. -Guardó la brújula en el bolsillo y enfiló hacia el este-. Típico de una mujer: portarte como una perra, gemir y quejarte. Siempre has lloriqueado por cualquier cosa.

De haber tenido fuerza para hacerlo, Lily habría reído. Tal vez en una época hubiera lloriqueado por los cheques que desaparecían, por las botellas de whisky, por las promesas olvidadas. Pero eso no se parecía en nada a la posibilidad de llorar por congelamiento en las Montañas Rocosas.

-Te resultará más difícil si me desmayo por extenuación, Jesse. Necesito un abrigo, beber algo caliente.

-¡Cállate! ¡Lo único que te pido es que te calles la boca! -Protegió con una mano la linterna mientras trataba de ver algo en medio de la oscuridad y la nevada-. Tengo que pensar.

La dirección era la correcta. Por lo menos, de eso estaba seguro. Pero la distancia era harina de otro costal. No se materializaba ninguno de los mojones del camino que tuvo el cuidado de memorizar. En la oscuridad, todo parecía diferente. Todo parecía igual.

No era culpa suya.

-¿Nos hemos perdido? -Lily no pudo contener una sonrisa. ¿No era típico de Jesse? El fanfarrón de Jesse Cooke, ex infante de Marina, perdido en las montañas de Montana-. ¿Hacia dónde queda México?

Y entonces rió, aunque la suya fue una risa débil. Y rió aunque él se volvió hacia ella, con el puño en alto. Lo habría querido usar, solo para aliviar su frustración, pero de repente vio lo que buscaba.

-¿Quieres descansar? Muy bien. Por ahora nos quedaremos aquí.

La volvió a tironear y la metió en la nieve hasta la cintura para conducirla hacia la entrada de una pequeña cueva.

-Este fue el plan B. Siempre hay que tener un plan B, Lily. Hace más de un mes que recorrí este lugar. -Y tenía intenciones de dejar allí provisiones, por si acaso, pero no tuvo oportunidad de hacerlo-. Es un lugar de difícil acceso. Aquí tu indio no te encontrará.

Todavía hacía frío, pero por lo menos estaban protegidos del viento. Lily cayó de rodillas, aliviada.

Encantado de haber alcanzado la segunda etapa de su plan, Jesse se sacó la mochila.

-Aquí tenemos algunas cosas. Por ejemplo: una botella de whisky. -Fue lo primero que sacó y bebió un largo trago. Ahora te toca a ti, querida.

Lily tomó la botella con la esperanza de que aunque fuera un falso calor la ayudaría a dejar de temblar.

-Necesito una manta.

-Por casualidad, resulta que tengo una. Ya sabes que siempre estoy preparado para cualquier cosa, ¿verdad?

Estaba satisfecho con el equipo de supervivencia que llevaba: la comida, la linterna, el cuchillo, los fósforos. Le arrojó una manta y la miró divertido cuando ella trató de cubrirse a pesar de tener las manos atadas. Jesse se tendió sobre el suelo de la cueva.

-Dormiremos un rato. No nos podemos arriesgar a encender una fogata, aunque supongo que estos muchachos deben estar al norte de aquí. -Sacó otro cigarrillo. Dios era testigo de que después de un día de duro trabajo lo menos que un hombre merecía era un cigarrillo y una copa-. Por la mañana volveremos a ponernos en marcha. Supongo que llegaremos a uno de esos pueblos de mierda donde podré robar un coche. Entonces iniciaremos el camino hacia el sol de México. -Para celebrarlo se dedicó a hacer anillos de humo-. No veo la hora. Montana es una porquería.

Estiró las piernas y apoyó la espalda contra el costado de la cueva mientras ella dormitaba cubierta por la manta que apenas alcanzaba a protegerla del frío.

-Una vez allí, ganaré una pila de dinero. Si te hubieras portado bien, eso es algo de lo que no habría tenido que preocuparme. Tu parte de Mercy significa mucho dinero para mí, Lily, pero tuviste que arruinarlo todo creyendo que podías casarte con ese tipo. Más tarde conversaremos sobre eso. Y mucho.

Tomó la botella y volvió a beber.

-Pero un hombre inteligente como yo, un hombre que tiene suerte en el juego, puede hacer fortuna allá.

Necesitaba dormir, tenía que dormir para recuperar sus fuerzas hasta que Adam la encontrara. Hasta que pudiese escapar. Se enroscó contra la pared opuesta de la caverna, lo más lejos de él que se lo permitía la soga y se cubrió con la manta.

A partir de ese momento, Jesse bebería. Sabía de memoria lo que sucedería. Bebería hasta estar borracho y entonces sus posibilidades de huir serían mayores.

Pero tenía que dormir. El sueño se cerraba sobre ella como una niebla y sus temblores eran tan fuertes que temía que se le fracturaran los huesos. Escuchó el sonido que hacía Jesse al alzar la botella, se dejó llevar por la modorra.

-Por qué mataste a esa gente, Jesse? ¿Por qué hiciste todas esas cosas?

La botella tintineó. Jesse lanzó una risita, como si se tratara de una pequeña broma privada.

-El hombre hace lo que debe hacer.

Fue lo último que le oyó decir.

De pie en un cerro frío y ventoso, Adam permanecía con la vista clavada en la oscuridad, intentando ver algo en ella, como si se tratara de un espejo. Lo único que cortaba esa oscuridad era el fuerte rayo de luz de su linterna y los de las linternas que tenía detrás.

-No se dirige a la cabaña.

Ben estudió el cielo, calculó el tiempo que faltaba para que amaneciera. ¡Maldición! Estaba deseando que saliera el sol. La mañana tal vez traería consigo señales, aparte de los rastros que seguían los perros. Por la mañana levantarían vuelo los aviones y su propio hermano estaría allí arriba, estudiando cada árbol y cada roca.

-Ha elegido algún lugar determinado, y la lleva hacia allí. -Adam mantenía la cara contra el viento, como si las ráfagas pudieran decirle algo. Cualquier cosa-. Conoce otro lugar. Tendría que ser más que loco si se internara de noche y a pie en la montaña sin contar con un refugio.

El hombre que ha destrozado los cuerpos de dos personas debe estar más que loco, pensó Ben con ánimo sombrío. Pero no era eso lo que Adam tenía necesidad de oír.

-Se ha ocultado en alguna parte. Lo encontraremos.

-La tormenta de nieve ha amainado un poco. Se mueve hacia el este. Lily no estaba vestida para pasar una noche a la intemperie con este frío. -Adam tenía la vista clavada hacia delante, debía mirar fijamente la oscuridad y obligarse a respirar, a pesar de su temblor interior-. De noche siempre tiene frío. Huesos de ave. Lily tiene huesos de ave.

-No puede llevarnos mucha delantera. -Como era lo único que podía hacer, Ben apoyó una mano sobre el hombro de Adam y la dejó allí-. Van a pie. No tendrán más remedio que detenerse a descansar.

-Quiero que me dejes solo con él. Cuando los encontremos, quiero que te lleves a Lily y a Will, y que dejes que yo me encargue de él. -En ese momento Adam se volvió y sus ojos, siempre tan dulces, tan tranquilos, eran duros y fríos como la roca sobre la que estaba parado-. Déjame a mí.

Existe una civilización, pensó Ben, y existe una justicia.

-Te lo dejaré a ti.

Desde su lugar junto a los caballos, Willa los observaba. Durante toda su existencia vivió, trabajó y sobrevivió en un mundo de hombres. Tal vez comprendiera mejor que nadie que había momentos en que una mujer debía mantenerse dentro de ciertos límites. Lo que hablaban no estaba destinado a que ella lo oyera, y lo aceptaba. Lo que sucedía entre ellos en ese cerro, no era solo entre hombres, sino entre hermanos.

El destino de su hermana estaba en manos de ellos. Y también en las suyas.

Cuando comenzaron la persecución, tomó una blusa de Lily y se la dio a los perros, para que la olieran. Temblorosos y excitados, ellos gimieron y enfilaron hacia el sur.

-El cielo se está aclarando -dijo Willa cuando montaron y Adam se les adelantó. Alcanzaba a ver algunas estrellas que se abrían paso entre la tormenta-. Si las nubes se abren, tendremos luna en cuarto creciente y un poco de luz.

-Será una ayuda -dijo Ben, estudiándola. Willa montaba erguida como una flecha, sin dar muestras de decaimiento. Pero no alcanzaba a verle los ojos con suficiente claridad-. ¿Estás en condiciones de aguantar?

-Por supuesto, Ben...

El sofrenó un poco el andar de su caballo, creyendo que tal vez Willa estuviera a punto de desfallecer y le hiciera falta su apoyo.

-Si necesitas un minuto, podemos quedarnos atrás.

-¡No, no! ¡Maldito sea! Hace horas que lo tengo en la mente. Había algo familiar en ese cretino. Algo... como si lo hubiera visto antes en alguna parte. Pero estaba oscuro y tenía la cara llena de sangre, supongo que Lily Lo debe haber arañado. -Se echó atrás el sombrero, repentinamente irritada por lo que le pesaba-. Dejé a Billy en manos de Bess con demasiada rapidez. No me tomé el tiempo necesario para hacerle preguntas. Debí hacerlo. Tal vez así tendríamos una idea más clara de sus movimientos.

-Tenías otras cosas en que pensar.

-Sí. -Pero le molestaba ese recuerdo que la acosaba y que, de repente, se le escapaba de la mente-. Ahora ya no importa. -Se volvió a poner el sombrero y azuzó a *Moon* para ponerla al trote-. Lo único que importa es encontrar a Lily. -Encontrarla con vida, pensó, pero no lo pudo decir. La caverna estaba oscura. Lily ardía, luego se congelaba, enseguida volvía a arder y se revolvía presa de fiebre, sueños y terrores. Tenía las manos frías, las muñecas doloridas hasta el punto de la insensibilidad donde la sogla le raspaba la piel. Se enroscó sobre sí mismo,. soñó que se acurrucaba contra el cuerpo de Adam que la rodeaba con sus brazos como lo hacía todas las noches, para mantenerla cerca. Y abrigada. Y segura.

Lloriqueó un poco cuando las piedras diseminadas por el suelo de la cueva se le clavaron en el hombro, la espalda, la cadera. Le dolía cada vez que se movía, pero era un dolor distante, que parecía un sueño. Por más que luchaba, no conseguía salir a la superficie de ese sueño.

Cuando la luz empezó a quemarle los párpados, se volvió para evitarla. ¡Tenía tanta necesidad de dormir, de apartarse de todo! Murmuró apenas y la fiebre comenzó a bullir en su interior.

Pasos, pensó sin demasiada claridad. La casa de Adam. Enseguida lo sentiría meterse en la cama, a su lado. Tendría el cuerpo un poco frío, pero se calentaría enseguida. Si solo pudiera volverse, despertar lo suficiente para volverse hacia él, la boca de Adam se apoyaría con suavidad sobre la suya y le haría el amor, con dulzura y suavidad, como lo hacía a menudo cuando regresaba de su turno de guardia.

Ni siquiera tendrían necesidad de hablar, tal vez sí de suspirar. No les harían falta palabras, solo acariciarse, disfrutar el uno del otro y ese ritmo suave de los cuerpos que se encuentran. Después volver a dormir...

Cuando volvía a quedarse dormida, le pareció oír un grito que se interrumpió con rapidez. Un grito como el de un ratón cuando cae en la trampa. Adam se lo llevaría antes de que ella lo viera. El comprendía esa clase de cosas.

Se hundió en la inconsciencia y ni siquiera sintió que el cuchillo se deslizaba entre sus muñecas para cortar la sogla, ni la pesada calidez del abrigo de Jesse que le colocaban sobre el cuerpo. Pero pronunció el nombre de Adam cuando el hombre que se encontraba de pie a su lado, con las manos tintas en sangre, guardó el cuchillo en la vaina.

Fue un trabajo rápido, cosa que lamentaba. No tuvo tiempo para delicadezas. Fue una suerte que los encontrara antes que cualquiera de los demás. Y más suerte

aún porque el cretino estaba dormido y estúpido. Murió con más facilidad de la que merecía. Como un cerdo al que degüellan y solo llega a lanzar un chillido.

Pero a pesar de su apuro, le pudo sacar el cuero cabelludo. Ya era una tradición, y hasta había tenido la prudencia de llevar consigo una bolsa de plástico. Por si la suerte lo acompañaba.

Tendría que dejar a la mujer como estaba, para que otros la encontraran. O dar una vueltas por allí y encontrar la cueva por segunda vez cuando hubiera alguien como él, para que todo pareciera correcto. Recorrió de nuevo la cueva con el haz de luz de la linterna y sonrió al ver un pequeño grupo de ramitas. Bueno, podía tomarse el tiempo necesario para eso, ¿verdad? Un pequeño fuego cerca de la boca de la cueva, humo para atraer con más rapidez a algunos de los del equipo de búsqueda.

«¡Qué espectáculo encontrarán!», pensó con una risita. Sencillamente no pudo menos que reír mientras preparaba el fuego con rapidez y lo encendía. Y no pudo menos que volver a reír cuando la luz de las llamas danzó sobre el cuerpo apoyado contra la pared de la cueva y sobre la sangre que se amontonaba a su alrededor como un lago rojo.

Cuando se alejó a caballo se dirigió hacia el este, zigzagueando entre los árboles y las rocas hasta que alcanzó a ver la luz de otra linterna. A partir de ese momento, lo único que tenía que hacer era cambiar de dirección y fundirse entre esos hombres diseminados por la montaña, a la espera de convertirse en héroes.

El era el único que sabía que el trabajo del héroe ya estaba hecho.

-¡Humo! -Willa fue la primera en percibir el olor. La montura crujió cuando se paró sobre los estribos, concentrada-. Hay humo. -Y con él el primer aleteo de esperanza dentro de su corazón-. ¿Adam?

-Allá adelante. No lo veo, pero allí está.

-Encendió fuego -murmuró Ben-. ¡Qué cretino tan imbécil!

Aunque no lo tenían planeado, pusieron los caballos al trote y comenzaron a avanzar los tres juntos. En el este apareció el primer destello de luz.

-Conozco este lugar, Adam, tú y yo trepamos las rocas en una hondonada cerca de aquí. -El mentón de Ben se endureció-. Hay cuevas. Una cantidad de pequeñas cuevas. Un buen refugio.

-Sí, me acuerdo. -Solo el recuerdo del arma apoyada contra la sien de Lily impidió que Adam pusiera el caballo al galope. Entrecerró los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, para protegerse de la suave luz del amanecer. Pero su mirada era aguda-. ¡Allí! -exclamó, señalando la pequeña columna de humo en el momento en que retumbaban los ladridos agudos y frenéticos de *Charlie*.

-Los encontramos. -Antes de que Willa pudiera hablar, Ben le bloqueó el paso con su caballo-. Quédate aquí.

-¡Antes muerta!

-¡Por una vez haz lo que se te dice, maldición!

Conocía ese ladrido de *Charlie*. No era provocado por la excitación de haber encontrado algo, era la señal de una muerte. Pero por el mentón de Willa se dio cuenta de que no obedecería ninguna orden. Aunque aceptara seguir un plan.

-Está armado -le recordó Ben-. Tal vez logremos hacerlo huir. De ser así, nos haces falta aquí, con tu rifle. Tienes más puntería que Adam. Casi tan buena puntería como yo. Es probable que no se imagine que hemos traído a una mujer, de modo que solo se fijará en nosotros.

A Willa le pareció sensato, de manera que asintió.

-Está bien. Lo intentaremos primero de esa manera. -Miró a Adam y extrajo el rifle-. Te cubriré.

Adam desmontó y miró a Ben a los ojos.

-Recuerda -fue todo lo que dijo.

Allí se separaron. Uno fue por la izquierda y el otro por la derecha para flanquear la boca de la cueva donde el pequeño fuego ya estaba reducido a una columna de humo. Willa contuvo a *Moon* con las rodillas y esperó observándolos. Se movían con sincronización, dos hombres que cazaban juntos desde la infancia y conocían exactamente los pensamientos del otro. Una señal de la mano, o de la cabeza, y el paso cambiaba, se aceleraba pero sin llegar a convertirse en una carrera.

A medida que se acercaban a la caverna, el corazón de Willa aceleraba sus latidos. Contuvo el aliento mientras se preparaba para el sonido de disparos o de gritos, o el horrible espectáculo de sangre manchando la nieve.

Rezó, repitiendo una y otra vez en su mente las palabras, en inglés, en el idioma de su madre, luego en una mezcla desesperada de ambos mientras elevaba sus súplicas a cualquier dios que estuviera dispuesto a escuchar y ayudarlos.

Respiró hondo y se obligó a respirar profundamente. Levantó el rifle y apuntó hacia la entrada de la caverna.

Fue Lily quien salió de dentro, dando tumbos.

-¡Dios mío! -Se olvidó de su deber, del plan y espoleó a *Moon* para ponerla al galope. Lily ya estaba en brazos de Adam que la mecía sobre la nieve pisoteada cuando Willa desmontó-. ¿Está herida? ¿Está bien?

-Está ardiendo. Tiene fiebre. -Desesperado, Adam apretó la cara contra la de ella, como para refrescarla. Hasta sus pensamientos de venganza se esfumaron al verla estremecerse contra él-. Tenemos que llevarla de vuelta enseguida.

-Dentro -consiguió decir Lily y se enterró en brazos de Adam-. Jesse. ¡Oh, Dios!

-¿Dentro? -Willa volvió la cabeza con rapidez y de nuevo la inundó el miedo-. ¿Ben? -pronunció su nombre por primera vez, luego lo llamó a gritos mientras corría hacia la caverna.

-Sal de aquí. -Ben le bloqueó con el cuerpo la vista del interior de la cueva y la cogió con fuerza por los hombros-. Sal ahora mismo.

-Pero ¿cómo? -Sangre, un mar de sangre. El cuello degollado, las entrañas abiertas, el cuero cabelludo arrancado con brutalidad-. ¿Quién?

-Sal de aquí. -Con rudeza, Ben la obligó a volverse-. Quédate fuera.

Ella consiguió llegar hasta la boca de la caverna, luego tuvo que apoyarse en la roca. Tenía el cuerpo de sudor frío y un acceso de arcadas. Aspiró bocanadas de aire, cada una de las cuales se convirtió en un sollozo, hasta que estuvo segura de que no se desmayaría ni vomitaría.

Se le aclaró la visión y vio que Adam envolvía a Lily en su abrigo.

-En las alforjas tengo un termo con café. Todavía debe de estar tibio. -Willa se enderezó, ordenó a sus piernas que la sostuvieran-. Tratemos de conseguir que beba un poco, después la llevaremos a casa.

Adam se puso de pie y alzó a Lily. Cuando sus ojos se encontraron con los de Willa, el sol relampagueó en ellos como hubiera relampagueado sobre el filo de una espada.

-Ya está muerto, ¿verdad?

-Sí, ya está muerto.

-Quería matarlo con mis propias manos.

-Pero no de esa manera -contestó Willa, volviéndose para dirigirse a su caballo.

Willa se paseaba por la sala de estar de la casa de Adam. Se sentía inútil en el cuarto de un enfermo, y lo sabía. Pero fuera de él se sentía peor que inútil. Apenas hacía una hora que habían vuelto y ya la habían hecho salir. Bess y Adam estaban arriba, haciendo todo lo necesario por Lily. Ben y Nate se encargaban de atender a la policía y los peones estaban tomándose la mañana de descanso para reponerse de la larga noche.

Hasta Tess tenía una misión y estaba en la cocina calentando café o té o sopa. Algo caliente y líquido, pensó Willa mientras volvía a pasar frente a la ventana.

Por lo menos antes tuvo algo que hacer. Bajar de las tierras altas para alertar a la policía, para anular la partida de búsqueda y rescate, para pedirle a Bess que preparara la cama para la enferma. Pero a partir de ese momento no le quedaba más que una inútil espera.

Así que al ver que Bess bajaba la escalera, la interrogó, casi con desesperación.

-¿Cómo está? ¿Es grave? ¿Qué están haciendo por ella?

-Todo lo que está en mis manos. -La preocupación y la falta de sueño la obligaban a hablar en un tono agudo y seco-. Ahora vete a casa y acuéstate tú también. Más tarde podrás verla.

-Debería estar en un hospital -comentó Tess quien entraba con una bandeja sobre la que había un recipiente lleno de la sopa humeante que le encargaron que preparara.

-La puedo atender perfectamente bien aquí. Si la fiebre no cede dentro de poco tiempo, le pediremos a Zack que la lleve a Billings en avión. Por ahora está mejor en su propia cama y con su hombre al lado. -Bess arrancó la bandeja de las manos a Tess. Estaba deseando que esas dos chicas salieran de su camino para no tener que preocuparse, además, por ellas, y poder dedicarse a Lily por entero-. Vosotras ocupaos de vuestras cosas. Sé lo que me hago.

-Siempre cree que sabe lo que está haciendo. -Tess frunció el entrecejo y miró a Bess que subía volando la escalera-. Tal vez Lily tenga alguna mano o algún pie congelados o sufra de hipotermia.

-No hacía suficiente frío para provocarle ninguna de esas dos cosas -explicó Willa con cansancio-. Y de todas maneras la examinamos para asegurarnos de que no tuviera ningún principio de congelamiento. El problema es que estuvo expuesta al frío y estas son las consecuencias. Si Bess cree que empeora, será la primera en enviarla al hospital.

Tess apretó los labios y dijo lo que desde hacía horas estaba pensando.

-Tal vez esa bestia la haya violado.

Willa se apartó. Era un miedo más, un miedo muy femenino con el que tuvo que vivir durante esa noche tan larga.

-De ser así, Lily se lo habría dicho a Adam.

-Para una mujer nunca es fácil hablar de esas cosas.

-Lo es cuando se trata de Adam. -Willa se frotó los ojos doloridos-. Tenía la ropa desgarrada, Tess, y creo que ese hombre estaba pensando en otras cosas, no precisamente en violarla. Y hubiéramos encontrado rastros. Bess lo habría notado cuando la desvistió. Nos lo habría dicho.

-Está bien. -Por lo menos era un pequeño y horrible terror que podía dejar de lado-. ¿Me vas a decir qué sucedió allá arriba?

-No sé lo que sucedió. -Se lo podía imaginar con toda claridad. Igual que todos los demás, lo tenía como grabado en la mente. Pero no lo comprendía-. Cuando los

encontramos, Lily deliraba y él estaba muerto. Muerto -repitió, mirando fijo a Tess-. Igual que los otros. Igual que Pickles y esa muchacha.

-Pero... -Tess estaba convencida de que Adam había dado muerte a Cooke. Que tratarían de engañar a la policía, pero que era obra de Adam-. Eso no tiene sentido. Si Jesse Cooke mató a los otros...

-No tengo ninguna respuesta. -Tomó su sombrero y su abrigo-. Necesito un poco de aire.

-Willa. -Tess le apoyó una mano sobre el brazo-. Entonces, si Jesse Cooke no mató a los otros...

-Sigo sin tener una respuesta. -Liberó su brazo-. Vete a la cama, Hollywood. Tienes un aspecto terrible.

No era una buena manera de despedirla, pero en ese momento Willa no se sentía capaz de otra cosa. Tenía la sensación de que sus piernas estaban llenas de agua y cruzó el camino con dificultad. «Tendré que hablar con la policía», pensó. Tendría que soportarlo una vez más. Y tendría que pensar, poner en orden sus ideas y decidir lo que se debía hacer.

Hay demasiados jeeps en el rancho, pensó, y se detuvo a estudiar los sellos oficiales que adornaban las puertas de los vehículos que flanqueaban el jeep de Ben. No recordaba que en vida de su padre hubiera habido jamás un coche de la policía en el rancho. Y ya ni siquiera quería contar las veces que habían estado allí desde su muerte.

Reunió todas sus fuerzas, subió los escalones del porche y entró en la casa. Cuando acabó de quitarse el sombrero y de colgarlo en el perchero, vio que Ben bajaba la escalera.

Acababa de verla desde la ventana de la oficina, notó que casi caminaba a tumbos hacia la casa y la manera deliberada en que cuadró los hombros al ver los coches de la policía.

Y con eso le bastó.

-¿Cómo está Lily?

-Bess no permite que, aparte de Adam, se le acerque nadie. -Willa se quitó el abrigo con lentitud, convencida de que ante cualquier movimiento brusco sus huesos doloridos golpearían uno contra los otros-. Pero está descansando.

-Me parece bien. Tú deberías hacer lo mismo.

-La policía querrá hablar conmigo.

-Podrán hablar contigo más tarde. Después de que hayas dormido un poco. -La tomó del brazo y la dirigió con firmeza hacia la escalera.

-Yo tengo responsabilidades aquí, Ben.

-Sí, es cierto. -Cuando llegaron a la parte superior de la escalera y ella empezó a dirigirse al despacho, ella alzó y la condujo a su dormitorio-. La primera de esas responsabilidades es que no termines enferma tú también.

-¡Suéltame! Me revienta la actitud del hombre de las cavernas.

-A mí tampoco me gusta. -Cerró la puerta a sus espaldas de un puntapié, se acercó a la cama y la dejó caer-. Sobre todo cuando la que juega al hombre de las cavernas eres tú. -Ella se levantó de un salto, él volvió a obligarla a acostarse-. Te consta que tengo más fuerza que tú, Will. No pienso dejarte salir de este cuarto hasta que hayas dormido un poco.

Tal vez Ben tuviera más fuerza que ella, pero no lo creía capaz de gritar más fuerte.

-Tengo mi despacho lleno de policías, una hermana demasiado enferma para dirigirme dos palabras seguidas, una casa llena de peones que deben estar

especulando acerca de lo que sucedió en las tierras altas, y un rancho que nadie dirige. ¿Qué demonios pretendes que haga? ¿Dejar que todo se vaya a la mierda mientras yo duermo la siesta?

-Espero que atiendas a razones. -Willa estaba equivocada. Ben también podía gritar más fuerte que ella. Sus alaridos podían haberla tirado al suelo de no haber estado ya acostada-. Por una vez en tu maldita vida, dóblate antes de romperte. La policía puede esperar, a tu hermana la están atendiendo y tus hombres están demasiado cansados para especular acerca de nada, como no sea de los ronquidos de los demás. Y el rancho no se desmoronará si tú duermes un par de horas.

Le cogió una bota, se la sacó y la arrojó al otro extremo de la habitación. Ella se agarró la otra en una lucha que podría haber sido cómica si en los ojos de Ben no hubiera una expresión tan grande de furia.

-¿Qué demonios te pasa? -preguntó Willa-. Para, Ben.

La segunda bota se le deslizó de los dedos y voló por los aires.

-¿Crees que no te vi la cara cuando entraste en la cueva? ¿Que no sé la impresión que le causó ese espectáculo y cómo tuviste que contenerte para no desfallecer durante todo el camino de regreso? -La tomó por la camisa y durante un instante Willa creyó que se proponía levantarla y arrojarla detrás de las botas-. No lo voy a permitir.

Ella estaba tan sorprendida que no reaccionó hasta que él terminó de desabrocharle la camisa y se la bajó por los hombros.

-¡Quítame las manos de encima! Yo misma me puedo desvestir cuando esté lista para hacerlo. En este rancho tú eres un supervisor, McKinnon, pero no me diriges la vida, y si no...

-Tal vez necesites que alguien te la dirija.

La levantó de la cama, como si fuera una pluma, pensó ella cada vez más sorprendida, mientras sus pies se bamboleaban a centímetros del suelo de madera. Y comprendió que Ben estaba más furioso de lo que lo había visto jamás, y no porque no lo hubiera visto furioso muchas veces. Pero nunca así.

La sacudió con tanta fuerza que le castañetearon los dientes.

-Quizá de vez en cuando te haga falta escuchar a alguien, aparte de escucharte tú misma.

Fue la sacudida la que lo desencadenó. La humillación de que la sacudieran así.

-Si escucho a alguien, no será a ti. Y si no me sueltas lo único que tendrás que hacer es buscar un lugar donde protegerte... -Tenía los puños cerrados cuando él la dejó caer de pie.

-Pégame si quieres -la desafió-. Adelante. Pero te acostarás aunque tenga que atarte a la cabecera de la cama.

Ella aferró las manos que le sujetaban la camisa.

-Te lo estoy advirtiendo...

-Ese hombre trabajaba en mi rancho.

Eso la detuvo, los detuvo a los dos mientras luchaban con la camisa térmica de Willa.

-¿Qué? -En ese momento cubrió con sus manos las de él, le clavo las uñas-. ¿Jesse Cooke?

Y Las manos de Willa cayeron flácidas a los lados del cuerpo cuando recordó. Ese día, camino a Three Rocks, esa cara sonriente y casi bonita que se asomaba por la ventanilla de su jeep. Estuvieron tan cerca, tanto como en ese momento lo estaban ella y Ben, solo separados por ese débil escudo de vidrio.

¿Qué habría hecho ese hombre, se preguntó, si la puerta no hubiera estado cerrada con seguro y el vidrio levantado?

-¡Ahí fue donde lo vi! -Se estremeció al pensar en la sonrisa que le dirigió Jesse, en la forma que la llamó por su nombre-. No conseguía recordar cuándo fue. Estuvo allí todo el tiempo. Ha estado aquí, jugando al póquer con mis hombres. Allí mismo en la casa de los peones, jugando a las cartas.

Se estremeció, miró a Ben y comprendió la carga que él soportaba. Lo que siente no es tanto enojo como culpa, pensó. Y era un sentimiento que Willa conocía demasiado bien.

-No fue culpa tuya. -Le acarició la cara con dedos tan suaves como el tono de su voz-. No podías adivinarlo.

-No, ya sé que no podía. -Era algo que había masticado hasta el punto de sentirse enfermo-. Pero eso no cambia el asunto. Hice que arreglara el jeep de Shelly. Ella lo invitó a pasar a su casa y a tomar café., estuvo a solas con ella y con la niña. Arregló el desagüe del lavabo de mi madre. Estuvo en la casa con mi madre.

-¡Basta! No sigas. -Y entonces Willa se dobló lo suficiente como para rodearlo con sus brazos, para tironearlo hasta que Ben se sentó a su lado sobre la cama-. Ahora está muerto.

-Está muerto, pero el asunto no ha terminado. -La tomó por los hombros y la obligó a volverse hasta que quedaron frente a frente en el borde de la cama-. El que lo mató, Willa, trabaja para ti o para mí.

-Ya lo sé. -Lo pensó, lo pensó constantemente durante el camino de regreso desde la caverna, durante todo el tiempo que se paseó por la sala de estar de Adam-. Tal vez haya sido una venganza por los otros. Quizá Jesse haya matado a los otros y quienquiera que lo encontrara le hizo lo mismo a él. A Lily no la lastimó. Estaba sola y enferma, pero ni siquiera la tocó.

-Y quizá uno cada vez le resulte suficiente. Will, son muy pocas las posibilidades de que tengamos dos hombres capaces de hacer eso con un cuchillo. Cooke tenía un cuchillo pequeño, de esos que se colocan dentro de las botas, con una hoja de diez centímetros, poco más que un juguete. Es imposible causar tanto daño con un cuchillo de hoja pequeña.

-No. -Lo volvió a recordar todo-. No, no se puede.

-Después está ese primer ciervo que encontramos cerca de la cabaña. No pudo haber hecho eso. Yo prácticamente ni siquiera lo había contratado. En esa época no conocía el terreno, ni los alrededores.

Willa tenía los labios tan secos que tuvo que humedecerlos con la lengua.

-¿Le has dicho todo eso a la policía?

-Sí.

-Está bien. -Se frotó la frente. Todavía no le dolía la cabeza pero estaba profundamente concentrada-. Seguiremos lo mismo que antes. Mantendremos las guardias. Que los hombres trabajen por turnos y en equipo. Yo conozco a mis hombres. -Se golpeó las rodillas con las manos-. Los conozco. Los dos nuevos que acabo de contratar... ¡Dios! No debí contratar a nadie nuevo hasta no haber terminado con este asunto.

-Tienes que dejar de salir sola a caballo.

-No puedo llevar un guardaespaldas cada vez que tenga que controlar el ganado.

-No seguirás saliendo sola a caballo -insistió él con tono tranquilo-, porque en caso contrario utilizaré el testamento del viejo para impedírtelo. Anotaré que te considero incompetente como ganadera. Y convenceré a Nate para que me respalde.

El poco color que Willa conservaba se le borro de la cara en el momento en que se puso de pie.

-¡Eres un hijo de puta! Sabes que soy tan competente como cualquier ranchero de la zona. O más.

El también se puso de pie y le hizo frente.

-Diré lo que sea necesario decir y haré lo que sea necesario hacer. Si te pones en contra de mí, te arriesgas a perder Mercy.

-¡Sal de aquí enseguida! -Tenía los puños cerrados-. Lo único que quiero es que salgas de mi casa.

-Si quieres conservarla, si quieres que siga siendo tu casa, no saldrás a caballo sin que te acompañen Adam o Ham. Y si quieres que me vaya, métete en la cama y duerme un rato.

La podría haber obligado a acostarse utilizando la fuerza una vez más. Le habría resultado más fácil que decir lo que tenía que decir.

-Yo te quiero, Willa. Lo que siento por ti es muy profundo. -Le resultó aún más difícil cuando ella se volvió y lo miró-. Tal vez no sepa qué mierda hacer con lo que siento, pero lo siento.

A ella le volvió a doler el corazón, pero de un modo inesperado.

-Amenazarme es una manera muy tonta de demostrármelo.

-Tal vez. Pero si te lo pidiera de buenas maneras, creo que no me harías caso.

-¿Cómo lo sabes? Nunca me has pedido nada de buen modo. Ben se pasó una mano por el pelo y trató de darle explicaciones.

-Yo también tengo que vivir mis días. Me preocupo tanto por ti que no rindo en el trabajo. Si me hicieras caso en esto que te pido, me facilitarías mucho las cosas.

Qué interesante, pensó ella. Cuando volviera a tener la cabeza clara, tendría que analizarlo.

-¿Tú sales solo a caballo, Ben?

-No estamos hablando de mí.

-Pero tal vez yo también tenga sentimientos.

Eso era inesperado..., y digno de consideración. De manera que Ben lo consideró, con las manos metidas en los bolsillos y balanceándose sobre sus pies.

-¿Los tienes?

-Tal vez. No tengo ganas de pegarte cada vez que te veo, de modo que tal vez los tenga.

Ben sonrió.

-No cabe duda, Willa, de que sabes alimentar el ego de un hombre para después derribarlo al suelo. ¿Por qué no damos un paso adelante? -Se le acercó, le levantó la cara con las manos y la besó con suavidad-. Me importas. Mucho.

-Tú también me importas. Mucho.

Willa estaba suavizándose. Ben sabía que ella no tenía conciencia de ello, pero él sí. En circunstancias distintas, habría sido el momento de hacerle el amor con suavidad, tal vez de decir más. Tal vez de no decir nada. Porque sabía que eso era exactamente lo que ella esperaba, la volvió a besar; profundizó el beso y se hundió en ella, en esa sensación de íntimo aislamiento.

Willa levantó los brazos y le rodeó el cuello. Cuando él la acercó a sí, le notó una extraña docilidad en el cuerpo. Los músculos que acariciaba, anudados, comenzaron a distenderse. Esa vez, cuando la alzó para acostarla, Willa suspiró.

-Será mejor que eches la llave a esa puerta -murmuró-. En cualquier momento podrían entrar los policías. Y arrestarnos.

El le cerró los ojos con un beso mientras le desabrochaba los vaqueros. Le besó los labios mientras le bajaba los pantalones por las piernas. Después la cubrió con una manta, se levantó y bajó las persianas. Los párpados de Willa estaban pesados y sus ojos sonreían cuando lo observó volver a acercarse a ella, inclinarse, y besarla de nuevo.

-Duerme un poco -ordenó. Luego se enderezó y se dirigió a la puerta.

Ella se irguió, con la velocidad de un látigo.

-¡Hijo de puta!

-Te adoro cuando me llamas de esa manera. -Con una risita, Ben cerró la puerta.

Furiosa, ella se dejó caer sobre las almohadas. ¿Por qué sería que él siempre parecía ganarle las partidas? La quería acostada y en la cama, y allí era exactamente donde se encontraba. Le resultaba mortificante.

Pero no pensaba quedarse allí. En un minuto se levantaría y se daría una ducha reparadora. Después volvería a su trabajo.

En un solo minuto.

No iba a cerrar los ojos, no pensaba dormir. Si lo hiciera, estaba segura de que volvería a encontrarse en esa cueva, en el horror. Pero no es ese el motivo, se dijo, mientras luchaba por conservar los ojos abiertos. No se trataba de que se dejara llevar por el miedo. Era su sentido del deber. Y en cuanto respirara tranquila un par de veces, se levantaría a cumplir con su deber.

No pensaba dormir tan solo porque Ben McKinnon le pedía que lo hiciera. Sobre todo porque era él quien se lo pedía.

Cayó como una roca y durmió como una piedra.

CUARTA PARTE

Verano

Fuertes vientos sacuden los hermosos capullos de mayo,
Y el paso del verano es demasiado corto.

SHAKESPEARE

No había un solo plato sucio en la pila, ni una miga sobre la mesa, ni la marca de una pisada en el suelo. Lily miró con atención la cocina immaculada. Adam se le había adelantado. De nuevo. Se dirigió a la puerta trasera y salió. Los jardines que planeaba tener estaban preparados con las verduras y plantas de flores ya sembradas.

Adam y Tess. Lily ni siquiera pudo ensuciar con tierra sus guantes de jardinería. ¡Y qué ganas tenía de hacerlo!

Luchó contra el resentimiento y se recordó que lo hacían por cariño, porque pensaban en ella. Estuvo dos semanas enferma y, durante otras dos, demasiado débil para cumplir con sus tareas habituales sin periódicos descansos. Pero ya estaba recuperada por completo y cansada de que se preocuparan por ella y la mimaran.

Sabía que el congelador estaba rebosante de platos preparados por Bess o por Nell. Desde la noche de la aparición de Jesse en esa misma cocina por cuya ventana ahora miraba los tiernos brotes de los árboles, Lily no había tenido que preparar ni una sola comida.

Tenía la sensación de que desde esa noche fría y amarga habían transcurrido años. Y todavía conservaba momentos en blanco, zonas de gris que prefería no explorar. Pero solo faltaban tres cortas semanas para su boda y su vida estaba más fuera de control que nunca.

Ni siquiera le permitieron que escribiera sus propias invitaciones de boda. Descubrieron, para sorpresa de todos, que la que tenía mejor letra era Willa. De manera que Tess le asignó a ella la tarea, y Lily tuvo que conformarse con desempeñar un papel muy inferior.

Le permitieron lamer y pegar los sellos.

Las flores estaban pedidas, los fotógrafos y la música elegidos. Y Lily permitió que todos pasaran sobre ella para definir los detalles.

Pero era necesario terminar con eso. Debía ponerle fin. Cerró la puerta a sus espaldas y se dirigió con paso decidido a las caballerizas. O más bien, empezó a encaminarse hacia allí con paso decidido y terminó el trayecto arrastrando los pies. Cada vez que se aventuraba a ir a las caballerizas o a alguna pastura, Adam siempre encontraba la manera de disuadirla y convencerla de que volviera a casa. «Y nunca me toca -pensó-. O me toca con tal falta de apasionamiento que en lugar de ser un contacto entre amantes, parece más bien el que hay entre médico y paciente.»

Cuando ella se aproximaba, Adam salió de las caballerizas, lo cual la hizo pensar, y no por primera vez, que tenía una especie de radar en lo que a ella se refería. El le sonrió pero Lily notó en sus ojos una expresión sobria, y que la estudiaba.

-¡Hola! Tenía esperanzas de que durmieras un poco más.

-Ya son más de las diez. Pensé que hoy me gustaría trabajar un par de potrillos, con la sogá.

-Hay mucho tiempo para eso. -Como siempre, la alejó de las caballerizas, tocándole apenas el codo con una mano-. ¿Has desayunado?

-Sí, Adam, he desayunado.

-Me alegro. -Resistió la tentación de alzarla y llevarla de vuelta a la casa, donde estaría a salvo y a la vez cerca-. ¿Has acabado de leer el nuevo libro que te

traje? Hace una bonita mañana Tal vez podrías sentarte a leer en el porche. Así tomarías un poco de sol.

-Ya casi lo he acabado.

Apenas lo había empezado. Se sentía culpable porque sabía que él hizo un viaje especial al pueblo para comprarle libros, revistas, las almendras dulces que tanto le gustaban.

Y ella odiaba el libro, las revistas y las almendras. Y hasta las flores que él le llevaba a cada momento para alegrarla.

-Te traeré la radio al porche. Y una manta. Estando sentada, tal vez tengas frío.

-Le aterrorizaba la posibilidad de que volviera a coger frío, de tener que verla tendida en la cama, temblando y con una mano inerte en la suya-. Prepararé un poco de té y luego...

-¡Basta! -El grito de Lily los sorprendió a Los dos. Adam se quedó mirándola y ella comprendió que, hasta entonces, jamás le había gritado a nadie. Era una experiencia poderosa y fascinante-. Basta, Adam. Estoy cansada de esto. No quiero quedarme sentada, no quiero leer. No quiero queme sirvas el té, ni que me traigas flores ni dulces ni que me trates como a una copa rajada.

-No es necesario que te pongas así, Lily. Volverás a ponerte enferma y hace poco que acabas de levantarte de la cama.

Por primera vez en su vida, Lily comprendió la sabiduría de contar hasta diez antes de contestar. En otra ocasión, decidió, tal vez hasta lo intentara.

-Pero ya estoy levantada. Y me habría levantado bastante antes si no hubieras estado rondándome todo el tiempo. Y estoy enferma. Enferma de que no se me permita lavar mis propios platos, plantar mi propio jardín, o dirigir mi propia vida. Estoy mortalmente enferma de todo eso.

-Vamos dentro. -La trataba como hubiera tratado a una yegua rebelde, con infinita paciencia y compasión-. Solo necesitas descansar. Como faltan pocas semanas para la boda, tienes demasiadas cosas en la mente.

Eso fue el acabose. Lily giró sobre sí misma para replicarle.

-No necesito descansar y tampoco necesito que me aplaquen como si fuera una criatura malcriada. Y no habrá boda. Por lo menos hasta que yo lo diga.

Y se alejó, dejándolo sorprendido, mudo y vacilante.

Se dejó llevar por el enojo, por esa poco familiar y excitante sensación, hasta llegar a la casa principal donde subió la escalera y entró al despacho donde Willa estaba discutiendo con Tess.

-Si no te gusta mi manera de arreglar las cosas, ¿por qué demonios me encargaste ese trabajo? Tengo bastante que hacer, sin perder tiempo preparando esta recepción.

-Yo me encargo de las flores -replicó Tess-. Me encargo de los que proveerán la comida. -Levantó las manos al cielo, luego las apoyó sobre sus caderas-. Todo lo que tienes que hacer es arreglar las mesas y sillas para el bufé al aire libre. ¡Y si yo quiero que haya sombrillas rayadas, lo menos que puedes hacer es conseguirme sombrillas rayadas!

En ese momento Willa también puso las manos en jarras y se enfrentó a Tess de manera que quedaron nariz a nariz.

-En el nombre de Dios, ¿dónde crees que voy a conseguir cincuenta sombrillas rayadas en azul y blanco... y mucho menos el dosel que tanto te entusiasma? Si solo... ¡Lily! ¿No se supone que deberías estar descansando?

-No. No se supone que deba estar descansando. -Le sorprendió que no se desprendieran chispas de sus dedos cuando se acercó al escritorio y de un solo

manotazo tiró al suelo todas las listas e invitaciones que formaron una avalancha de papeles-. Podéis tirar a la papelera todos los papeles que se refieran a la boda. Porque no habrá boda.

-Querida. -Después de superar el impacto inicial, Tess rodeó con un brazo los hombros de Lily y trató de obligarla a sentarse-. Si tienes dudas...

-¡No me llames «querida»! -dijo Lily alejándose de ella, furibunda-. Y no simules para hacerme creer que puedo tener dudas cuando nadie cree que soy capaz de pensar. Se trata de mi boda, ¡maldita sea! Mía. Y todos se han hecho cargo del asunto. ¡Si tanto os gusta planear una boda, casaos vosotras!

-Iré a buscar a Bess -dijo Tess, con lo que provocó otra pataleta de Lily.

-¡No te atrevas a buscar a Bess y a traerla para que me trate como una subnormal! La próxima persona que me trate así recibirá una bofetada. Y lo digo en serio. Tú -agregó señalando a Tess- sembraste mi jardín. Y tú -agregó, señalando a Willa- escribiste los sobres de mis invitaciones de boda. Entre las dos os habéis hecho cargo de todo. Y lo que se os escapa, lo hace Adam con tanta rapidez que yo me tengo que quedar cazando moscas.

-Bueno, está bien. -Willa levantó las manos-. Te pido disculpas por tratar de ayudarte en un momento difícil. No puedo explicarte lo que disfruté cuando se me acalambraban los dedos de tanto escribir con esta vigilando cada letra que escribía.

-Yo no te vigilaba -dijo Tess entre los dientes cerrados-. Supervisaba el trabajo.

-¡Qué vas a supervisar! Metes la nariz en todo y tarde o temprano alguien te la va a cortar.

-¡Ah! Y supongo que esa serás tú.

-¡Callaos las dos! ¡Por favor, callaos la boca!

Lo hicieron aunque ambas se quedaron con la boca abierta cuando Lily tomó un jarrón y lo hizo volar por el aire.

-No me importa que discutáis hasta quedaros roncas, pero no por mis asuntos. Ni acerca de mí. ¿Me entendéis? No permitiré que me sigáis utilizando. No estoy dispuesta a que me controléis. No permitiré que se me haga a un lado. Quiero que todos dejen de mirarme como si en cualquier momento me fuera a deshacer. Porque no es así. ¡No lo es!

-Lily -dijo Adam, apareciendo en la puerta del despacho. No sabía cómo acercarse a ella en ese momento, de manera que confió en que un tono conciliador daría resultado-. No quise molestarte. Si necesitas tiempo para...

-Ahora no empieces tú también! -Vibrando de furia, pateó los papeles que cubrían el suelo-. Justamente de eso hablaba. ¡Que nadie moleste a Lily! ¡Que nadie trate a Lily como a una persona normal! ¡Pobre Lily! Tal vez se rompa.

Giró sobre sí misma para poder ir mirándolos a todos. Echaba chispas por los ojos.

-Bueno, fue a mí a quien Jesse maltrató. Apoyó el cañón de un arma contra mi cabeza. Fue a mí a quien arrastró hasta la montaña, a quien arrojó a la nieve de un puntapié y a quien llevó atada como si fuera un perro. Y sobreviví. Ya es hora de que también vosotros lo hagáis.

En ese momento el que estaba deshecho era Adam, por las imágenes que despertaban en ellas palabras de Lily.

-¿Qué quieres que haga? ¿Que lo olvide? ¿Que simule que nunca sucedió? -preguntó él.

-Vive con eso. Como lo estoy haciendo yo. No me has hecho ninguna pregunta.

Le temblaba la voz, pero consiguió serenarla. «No-se prometió-, no me voy a deshacer. Y tampoco voy a llorar. Tal vez no quieras conocer las respuestas. Tal vez no me quieras, tal como están las cosas.»

-¿Cómo puedes decir eso?

Lily se irguió todo lo que pudo, y continuó hablando con un tono frío y razonable, a pesar de que el corazón le latía con tanta fuerza que le golpeaba las costillas.

-No me has tocado, Adam. No me has tocado una sola vez desde que sucedió todo eso. -Meneó la cabeza al ver que Tess y Willa se aprestaban a salir de la habitación-. No os vayáis. Esto no es solo entre Adam y yo. Lo nuestro es solo parte de lo que sucede. Vosotras tampoco me habéis hablado del asunto, así que hablemos ahora. Ahora mismo. -Se enjugó una lágrima que le corría por la mejilla. ¡Maldición! Sería la última que vertería-. ¿Por qué no me has tocado, Adam? ¿Porque crees que él lo hizo y ya no quieres tener nada que ver conmigo?

-No sé cómo tocarte. -Avanzó un paso y se detuvo. Se sentía torpe y con las manos demasiado grandes. Como se sentía desde hacía semanas-. No pude detenerlo. No te protegí. No hice lo que te prometí hacer. Y no sé cómo tocarte ni por qué podrías desear que lo hiciera.

Lily cerró un instante los ojos. ¿Por qué no se dio cuenta antes? En ese momento el frágil era él.

-Me fuiste a buscar -dijo con suavidad, con la esperanza de que él comprendiera lo importante que eso era-. La tuya fue la primera cara que vi al salir tambaleante de la cueva para alejarme de... para alejarme de eso. Tú fuiste lo primero que vi, y gracias a eso puedo vivir con lo que me sucedió.

Respiró temblorosa, lo volvió a intentar y se dio cuenta de que la siguiente respiración le resultaba más fácil.

-Durante todo el tiempo que él me tuvo prisionera, supe que irías a buscarme. Ese fue uno de los motivos que me permitieron seguir adelante. Y luchar, en lugar de aceptarlo todo con resignación.

Miró a sus hermanas. Ellas también debían saber lo importantes que fueron.

-Luché y resistí, tal como lo hubierais hecho vosotras. Él tenía el arma, y era más fuerte, pero no me pudo controlar. En realidad en ningún momento me pudo controlar del todo. Porque no me di por vencida. Yo choqué el jeep contra ese árbol. Para que tuviera que andar más despacio, para que todo le fuera más difícil.

-¡Oh, Lily! -Destrozada, Tess se sentó y comenzó a llorar-. ¡oh, Dios!

-Y cuando me ató las manos, a cada momento me caía, a propósito. -En ese momento estaba tranquila, con la tranquilidad de haber sobrevivido a lo peor-. Porque eso también lo obligaba a avanzar más despacio. Sabía que no me mataría. Me pegaría, me lastimaría, pero no me mataría. Después tuve frío y ya no pude seguir luchando. Pero no me di por vencida.

Sin pronunciar palabra, Willa fue a servir un vaso de agua y se lo alcanzó a Tess. Lily respiró hondo. A partir de ese momento podría terminar, decirlo todo, todo lo que no se había dicho.

-Creí que tal vez me violaría, y estaba decidida a sobrevivir también a esa experiencia. No sería la primera vez que lo hacía. Pero en ese momento estaba descontrolado y tenía miedo. Tanto miedo como yo, o tal vez más. Cuando llegamos a la cueva estaba cansada y supe que estaba enferma. Pero nada de lo que él pudiera haberme hecho tenía importancia porque lo único que tendría que hacer sería soportarlo. Y volver al rancho.

Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Y reunió sus fuerzas porque estaba de vuelta, porque logró superar el mal momento. Se volvió de nuevo hacia ellos.

-Jesse tenía whisky. Bebí un poco porque creí que me haría bien. El bebió mucho. Me quedé dormida, o me desmayé, mientras lo oía beber y alardear, lo mismo que siempre. Oía el ruido que hacía el whisky dentro de la botella y en alguna parte de mi cerebro creí que tal vez se emborrachara lo suficiente, solo lo suficiente y que a lo mejor yo tendría la fuerza necesaria, nada más que la necesaria, para escapar. Entonces llegó alguien.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

-No lo recuerdo con claridad. -Si alguna parte de esa pesadilla la asustaba, era esa. Los recuerdos nebulosos, empañados por la fiebre-. Entonces ya debía de tener fiebre, y supongo que deliraba. Creí que eras tú -dijo dirigiéndose a Adam-. Creí que estaba en casa, en la cama y que tú entrabas y te acostabas a mi lado. Fue como si lo sintiera. Y, al sentirlo, me volví a quedar dormida y dormí mientras quien fuera mataba a Jesse y cortaba la soga con que tenía atadas las muñecas. Solo estaba a unos pasos de distancia, pero...

Ese alarido corto y agudo. Que todavía alcanzaba a oír si se lo permitía.

-Cuando desperté -continuó diciendo con voz firme-, me cubría el abrigo de Jesse. Estaba ensangrentado... cubierto de sangre. ¡Tanta sangre! Y entonces lo vi. Verlo así, de alguna manera fue peor que cuando apoyaba el cañón del arma contra la sien. La necesidad de alejarme de él era mayor. Cada vez que respiraba, percibía el olor de Jesse y de lo que se le había hecho mientras yo dormía a pocos pasos de distancia. Y en esos pocos instantes tuve mucho más miedo que durante todo el resto del tiempo.

Avanzó un paso, solo uno, en dirección a Adam.

-Pero después me arrastré hacia el sol y allí estabas tú. Estabas allí cuando más te necesitaba. Y yo sabía que estarías.

Ya desahogada, se sirvió un vaso de agua.

-Lamento haberos gritado a todos. Ya sé que todo lo que habéis hecho ha sido porque estabais preocupados por mí. Pero ahora necesito retomar mi vida. Necesito seguir adelante.

-Nos debiste haber gritado antes. -Ya recuperada, Tess se puso de pie-. Tienes razón, Lily. Tienes razón con respecto a todo. Yo me dejé llevar por mi entusiasmo y planeé lo que te correspondía planear a ti. Lo siento. Me habría resultado odioso que alguien me hubiera empujado así a un segundo plano.

-Está bien. Una de mis malas costumbres ha sido permitir que me dejen a un lado. Y es posible que cuando planeo el resto del jardín tenga que pedir ayuda.

-Tal vez yo debería plantar un jardín propio. Nunca imaginé que me gustaría tanto. Estaré abajo. -Salió después de dirigirle una mirada a Willa.

-Si quieres empezar a recuperar tu lugar -dijo Willa moviendo con un pie los papeles que cubrían el suelo-, podrías comenzar por recoger estos papeles y sacarlos de aquí. -Sonrió-. Me revienta tener que salir en busca de servilletas de cóctel impresas.

Decidida a correr el riesgo, tomó a Lily por los hombros y se le acercó lo necesario para que ella la oyera, aunque hablara en susurros.

-Si hubiera sido necesario para recuperarte, él se habría arrastrado por el infierno. No lo castigues por quererte demasiado. -Se echó atrás y miró a Adam-. Tienes un par de horas libres para tratar de poner en orden tu vida -le informó. Y salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

-Debo parecerte una desagradecida -dijo Lily, pero él solo meneó la cabeza, de modo que ella se agachó y empezó a recoger los papeles-. Arrojé un jarrón. Hasta ahora, nunca he hecho algo así. No se me ocurrió que alguna vez querría hacerlo. Me resultó difícil volver a sentirme innecesaria.

-Lamento haberte hecho sentir eso. -Se le acercó y la ayudó a recoger los papeles. Encontró la lista de personas que aceptaban la invitación a la boda, y miró a Lily-. En mi vida no existe nada más necesario ni más precioso que tú. Si quieres cancelar la boda... -No, en ese sentido no podía ser paciente ni razonable-. No lo hagas.

Y Lily se dio cuenta de que Adam no podía haberle dicho nada más perfecto.

-¿Después de que Tess y Will se hayan tomado todo este trabajo? Sería una grosería.

Estuvo a punto de sonreír. Lo habría hecho, pero Adam se cubrió la cara con las manos. Se la cubrió, pero no antes de que ella lograra percibir la expresión de sorpresa y de dolor que ella acababa de causarle.

-Permití que te raptara.

-No.

-Creí que te mataría.

-¡Adam!

-Creí que si te tocaba, te haría pensar en todo eso, en él.

-No, no, Adam. Nunca. -De manera que fue ella quien lo abrazó-. Nunca. Nunca. Lo siento. Lo siento. No quise herirte. ¡Pero estaba tan enojada, tan frustrada! Te quiero, te quiero, te quiero. ¡Abrazame, Adam! No soy frágil, no me romperé.

Pero tal vez se rompería él. En el momento de abrazarla, de apretarla convulsivamente, pensó que se quebraría como un vidrio delgado.

-Quería matarlo -confesó con voz sofocada, contra el cuello de Lily-. Debí matarlo. Y vivir con esa necesidad es casi tan difícil como vivir sabiendo que no lo hice. Y peor aún es pensar que pude haberte perdido.

-Estoy aquí. Ya todo ha terminado. -Cuando la boca de Adam encontró la suya, Lily se brindó por completo mientras lo tranquilizaba con caricias, como él siempre la había tranquilizado a ella-. ¡Te necesito tanto! ¡Y necesito que me necesites de nuevo a tu lado!

El le enmarcó la cara con las manos.

-Te necesito. Y siempre te necesitaré.

-Quiero sembrar jardines contigo, Adam, y criar caballos, pintar porches. -Ella también le enmarcó la cara con las manos, le echó atrás la cabeza y dijo lo que temblaba dentro de su corazón-. Quiero tener hijos. Quiero engendrar un hijo contigo, Adam. Hoy mismo.

Vacilante, él apoyó la frente contra la de ella.

-¡Lily!

-Es el momento indicado. -Le cogió una mano y se la llevó a los labios-. Llévame a casa, Adam, a nuestra cama. Concibamos juntos un hijo, hoy mismo.

Desde la ventana del lado de la casa, Tess vio que Adam y Lily se encaminaban a la casita blanca. Le hizo pensar en la primera vez que los vio juntos, el día del entierro.

-Constátalo -le gritó a Willa.

-¿Qué? -Con cierta impaciencia, Willa se reunió con ella junto a la ventana, luego sonrió-. ¡Qué alivio! -Instantes después vieron que se bajaban las persianas del

dormitorio de la casa blanca y Willa sonrió-. Por lo visto la boda todavía sigue en pie.

-Y yo todavía quiero esas sombrillas rayadas.

-¡Eres una gran hija de puta!

-Eso es lo que dice todo el mundo, Will. -En un movimiento inesperado, apoyó una mano sobre el hombro de Willa-. ¿Todavía piensas arrear mañana el ganado hasta las tierras altas?

-Sí.

-Quiero ir contigo.

-Qué gracioso!

-No, lo digo en serio. Sé montar y creo que tal vez sea una experiencia interesante, una experiencia que podré utilizar en mi trabajo. Y ya que Adam irá, creo que Lily también debería ir. Es importante que nos mantengamos juntos. Es más seguro.

-Yo pensaba decirle a Adam que no fuera.

Tess meneó la cabeza.

-Necesitas gente en quien poder confiar. Adam no se quedará aquí, aunque se lo pidas. De manera que Lily y yo también iremos.

-Justo lo que me hacía falta! ¡Un par de inexpertas! -Pero ya había pensado en ello, sopesando los pros y los contras-. Los McKinnon también subirán con su rodeo. Llevaremos un hombre con nosotros y dejaremos a Ham a cargo del resto. Será mejor que esta noche te acuestes temprano, Hollywood. Salimos al amanecer.

Lo único que falta, pensó Tess bostezando sobre la montura al amanecer, es la música de una halada. De manera que empezó a tararear una.

Esto es magnífico, pensó. El mar de ganado que avanzaba, los jinetes que recorrían los bordes del rodeo en caballos frescos y ansiosos. Todos surgían a través de una cortina de neblina, de esa especie de río de neblina, que se convertía en dedos delicados mientras el sol brillaba sobre el pasto cubierto de rocío.

Y hacia el oeste, las montañas se alzaban como dioses, plateadas y blancas.

Entonces Willa se volvió en la montura y le gritó a Tess que sirviera para algo. Bueno, pensó Tess con una sonrisa, eso completa un cuadro perfecto. Azuzó al caballo para colaborar con el arreo.

No, todavía falta algo, comprendió mientras el aire se llenaba con los mugidos de los animales, los gritos de los jinetes, y el ruido de cascos sobre la tierra dura. Nate. Por una vez deseó que él tuviera ganado en lugar de caballos; en ese caso tal vez estaría con ellos.

-No es solo cuestión de galopar -le indicó Willa poniéndoselo a la par-. Tienes que mantenerlos en línea. Si pierdes uno, debes perseguirlo.

-Como si yo pudiera perder una vaca, enorme y gorda -murmuró Tess, mientras trataba de imitar el silbido de Willa y su manera de golpear la montura con el lazo.

No porque a ella le hubieran dado un lazo, ni porque hubiera sabido qué hacer con él, pero utilizó un brazo y luego, cuando los centenares de pezuñas levantaron una polvareda, recurrió a su pañuelo.

-¡Por amor de Dios! -exclamó Willa, elevando los ojos al cielo y retrocediendo-. No se hace así, pedazo de tonta. Tal vez necesites esa mano. -Tomó el pañuelo que Tess sostenía sobre su nariz, y con rápidos movimientos, se inclinó hacia ella para atárselo-. Así me gusta más -decidió cuando el pañuelo estuvo asegurado y cubría la mitad del rostro de su hermana-. Nunca te he visto más bonita.

-Vete a jugar a la patrona del rodeo.

-Soy la patrona del rodeo. -Y con esas palabras, Willa puso a

Moon al galope y se dirigió a la parte trasera del rodeo para constatar si no quedaba algún animal atrás.

Es toda una experiencia, decidió Tess. No exactamente igual a arrear ganado astado desde Tejas o donde fuera que alguna vez lo hicieran los vaqueros. Pero supuso que ese trabajo tenía cierta majestad. Un puñado de jinetes que controlaba a tantos animales, haciéndolos marchar a lo largo de pasturas desde donde otros vacunos observaban la procesión con mirada aburrida, y recuperando potenciales animales perdidos con rápidos galopes de los caballos.

Temporada tras temporada, pensó, año tras año, y década tras década, de una manera que cambiaba muy poco. Allí el caballo era la herramienta, como lo fue siempre. Era imposible que un vehículo de cuatro ruedas pudiera cruzar bosques, ríos y hondonadas rocosas.

Las pasturas de las tierras altas eran magníficas y hacia allí se llevaba el ganado para que pastara y estuviera ocioso durante los meses de verano y los primeros meses del otoño, bajo el ancho cielo y con las águilas y las cabras como única compañía.

Y el verano llegaba como un regalo. Los árboles se ponían más verdes, los pinos más frondosos y se oía el alegre burbujear del agua que corría veloz y fresca. Las flores silvestres adornaban una pradera cercana, una sorprendente lluvia de color, que los fuertes rayos del sol hacían resaltar. Las aves cruzaban por los árboles como flechas, volaban sobre los cerros como barriletes. Y las montañas se erguían, de un blanco cremoso en los picos, con un cinturón de árboles de un verde profundo y las hondonadas que ocultaban los valles y cañones lanzando destellos.

-¿Cómo anda? -Jim colocó su caballo junto al de Tess y la hizo sonreír. Con su aspecto aventurero parecía surgido del lejano oeste.

-En realidad me resulta divertido.

Jim le hizo un guiño.

-No deje de recordárselo a su trasero cuando termine el día.

-¡Ah! Esa es una parte del cuerpo que dejé de sentir hace como una hora. -Pero se alzó en la montura para asegurarse. No, tenía el trasero completamente insensible, como una muela anestesiada-. Hasta ahora nunca había estado tan arriba. Es fabuloso.

-Más adelante hay un lugar desde el que debe mirar hacia allí. -Señaló con gestos el lugar al que se refería-. Es un verdadero cuadro.

-¿Cuánto hace que te dedicas a esto, Jim? ¿A subir el ganado en la primavera?

-¿En Mercy? ¡Mierda! Hace más o menos quince años. -Volvió a guiñarle un ojo, vio que Willa se les acercaba y supo que le dirigiría una de esas miradas que significaban que estaba perdiendo el tiempo-. Me mantiene alejado de las mesas de pool y lejos de mujeres salvajes. -Y trotó hacia su puesto, mientras Tess se quedaba riendo.

-No flirtees con un vaquero cuando estamos arreando ganado -le advirtió Willa.

-Solo mantuvimos una conversación corta y civilizada. Cuando flirteo, yo... ¡oh, Dios mío!

Tess sofrenó su caballo para mirar en la dirección que Jim acababa de indicarle. Comprendiéndola, Willa se detuvo a su lado.

-Es una vista maravillosa.

-Parece un cuadro -susurró Tess-. Y no parece real. -Esa combinación de colores, formas y tamaños no podía ser real.

Los picos se elevaban contra el cielo y caían hacia un cañón amplio y plateado donde corría un río muy azul y donde los árboles crecían espesos y verdes. En algún punto, que a Tess le pareció estaba a kilómetros de distancia, el río formaba una curva y desaparecía en la roca. Pero antes de desaparecer, se cubría de espuma blanca, chocaba contra las rocas y luego recuperaba su serenidad.

En lo alto, un halcón volaba en círculos, sobre el río curvo, entre las rocas rugosas, bajo los picos plateados, sobre los árboles verdes.

-Aquí hay buena pesca -dijo Willa, inclinándose sobre la montura-. Viene gente de todas partes para pescar con caña en este río. Yo no sé hacerlo bien, pero verlo es un espectáculo. La manera en que las líneas bailotean y cruzan el aire como un látigo y aterrizan casi sin hacer un sonido. Más abajo, cerca de la curva, hay un trecho de aguas turbulentas. La gente se mete en botes de goma y se divierte montando los rápidos. Yo prefiero los caballos.

-Sí.

Pero Tess se preguntó cómo sería. Le sorprendió que se lo preguntara, no con la frialdad de una escritora, sino fascinada por lo que podía significar perseguir ese río, volar sobre sus aguas.

-Seguiré aquí cuando regresemos -dijo Willa, volviendo su caballo-. En ese sentido, Montana es un lugar extraño. Por lo general todo queda en su lugar. Vamos, te estás quedando atrás.

-Está bien.

Tess se llevó consigo ese espectáculo y muchos otros durante el trayecto hasta las tierras altas donde dejarían el rodeo.

El aire se puso frío y bajo los árboles, alrededor de las rocas, aparecieron parches de nieve. Pero todavía había flores, un salpicado de clemátides de montaña, el rojo de los delfíniums silvestres. Una alondra de las praderas entonaba una canción de primavera.

Cuando se detuvieron para dar un descanso a los caballos y comer un rápido almuerzo, de las alforjas sacaron chaquetas.

-¡Por amor de Dios, no ates tu caballo!

Levantando de nuevo los ojos al cielo por la torpeza de esa inexperta, Willa le quitó las riendas a Tess y le pegó una palmada al caballo que se alejó al trote.

-¿Qué demonios has hecho? -Tess dio dos pasos veloces, pero enseguida comprendió que no lograría alcanzar al animal-. ¿Y ahora qué se supone que debo hacer? ¿Caminar?

-Comer -contestó Willa pasándole un sándwich.

-¡Ah, qué bien! Yo como un poco de rosbif mientras mi caballo vuelve a casa al trote.

-No irá lejos. Aquí arriba uno no puede andar atando los caballos y después alejarse, sentarse bajo un árbol y almorzar. -Sonrió al ver que se les acercaba Ben-. ¡Hola, McKinnon! ¿No tienes bastante que hacer sin andar buscando sobras?

-Pensé que tal vez os sobrara un sándwich. -Desmontó y le dio a su caballo la misma palmada indiferente que Willa acababa de darle al de Tess. Muda de asombro, Tess observó que el animal se alejaba.

-Pero ¿os habéis vuelto todos locos? A este paso no quedará un solo caballo para montar.

Ben se apropió del sándwich que Tess tenía en la mano y le hizo un guiño a Willa mientras le pegaba un mordisco.

-¿Ha intentado atar el suyo?

-Sí.

-No se pueden atar caballos en las tierras altas -explicó Ben entre un mordisco y otro-. Gatos monteses. Osos.

-¿Qué dices... gatos? -Desorbitada Tess giró sobre sí misma tratando de mirar hacia todos lados al mismo tiempo-. ¿Te refieres a leones de montaña? ¿A osos?

-Depredadores. -Willa tomó lo que quedaba del sándwich de Ben y lo terminó-. El caballo no tiene posibilidad de huir si está atado. ¿Tu rodeo está muy atrás, Ben?

-Alrededor de medio kilómetro.

-Pero... -Tess pensó en el rifle que se había quedado en la funda de su montura-. ¿Qué posibilidades tenemos nosotros?

-¡Ah! Más o menos un cincuenta por ciento -contestó Ben provocando la carcajada de Willa.

-Supongo que Lily ya ha calentado el café.

Ben le hundió a Willa el sombrero sobre los ojos.

-Cómo crees que os he encontrado, muchacha? Seguí el olor del café.

Tess permaneció petrificada en el lugar mientras Willa y Ben se acercaban al fuego donde Lily calentaba el café. Al oír un pequeño murmullo de arbustos a sus espaldas, se abalanzó hacia ellos como si estuviera participando en una carrera.

-¡Esperad! ¡No me dejéis sola!

-Tu hermana tiene un gusto exagerado por el café -comentó Ben al ver pasar a Tess como una saeta.

-Debiste verle la cara cuando solté su caballo. Solo por eso valió la pena traerla.

-Aparte de eso, ¿todo va bien?

-Tranquilo. -Caminó con más lentitud-. Normal. O tan tranquilo y normal como uno puede esperar en medio de los preparativos para una boda.

-No me gustaría que nada arruinara ese día.

-Nada lo arruinará. -Se detuvo en seco, dio la espalda a los que rodeaban el fuego para mirar solo a Ben-. Volví a hablar con la policía -informó en voz baja-. Están investigando a mis peones. A cada uno de ellos.

-A los míos también. Es necesario, Willa.

-Ya lo sé. Dejé atrás a Ham y me preocupa. El y Bess, los dos chicos de Wood. Porque en realidad, Ben, se han quedado solos.

-Ham se sabe defender, y para el caso, también Bess. Y nadie va a hacerles daño a esos chicos, Willa.

-Antes, yo tampoco lo hubiera creído. Pero ahora no sé. Quise que Nell se los llevara del rancho, que se fueran a quedar un tiempo en casa de su hermana. Pero se niega a separarse de Wood. Por supuesto que si el culpable es Wood, ella y los chicos posiblemente estén a salvo.

Al analizar lo que acababa de decir, Willa exhaló una bocanada de aire.

-No puedo creer en los pensamientos que se me cruzan a veces, Ben. Si es Wood, si es Jim o si es Billy. O uno de tus peones. Los conozco a todos casi de toda la vida. Y después pienso que tal vez Jesse Cooke haya sido el último. Tal vez con él termine todo y no tengamos que seguir ocupándonos del asunto. Pero pensar así es como ignorar a Pickles y a esa chica.

-Pensar así es humano. -Le acarició la mejilla-. Me he preguntado si no terminará con Cooke.

-Pero no lo crees.

-No, no lo creo.

-¿Por eso estás aquí? ¿Por eso subes tu rodeo el mismo día que yo subo el mío?

Ben temía que no fuera una actitud demasiado sutil y en ese momento se pasó la mano por la cicatriz que tenía en el mentón.

-Se podría decir que he hecho una inversión en ti. Cuido lo que es mío.

Willa alzó las cejas.

-Yo no soy tuya, Ben.

El se inclinó y le dio un beso rápido, casi indiferente.

-Vuelve a pensarlo -sugirió antes de alejarse en busca de una taza de café.

Del diario de Tess:

Arrear ganado no se parece en nada a conducir un Mercedes 450 SL... que es un placer que creo que me daré cuando vuelva a las luces brillantes ya la gran ciudad.

Arrear ganado es una aventura que tal vez se parezca a viajar zumbando por una ruta en un coche deportivo. Uno va a lugares, ve cosas, tiene el pelo al viento. Pero también es un asunto doloroso.

Me duele tanto el trasero que he tenido que sentarme sobre una almohada para poder escribir. Supongo que en definitiva, valió la pena. Las Rocosas son una maravilla, de eso no cabe duda. Ni siquiera la aventura se arruinó cuando encontramos nieve en el suelo a esta altura del año. En las tierras altas el aire es distinto.

La mejor manera de describirlo que se me ocurre es decir que parece más puro. Se parece a la más clara de las aguas de primavera dentro de una copa de fino cristal.

Nos detuvimos en una meseta rocosa y juro que me pareció llegar a ver hasta el rancho de Nate.

Me hizo añorarlo un poco... bueno algo más que un poco. Una sensación extraña. Hasta ahora, no recuerdo haber echado de menos nunca a un hombre. El sexo, por supuesto, pero ese es un asunto distinto.

De todas maneras el ganado parecía avanzar por su propia cuenta durante la mayor parte del tiempo, y solo algún vacuno se quejaba de una manera ocasional. Adam dice que es porque muchos de ellos ya han hecho el viaje antes y conocen el camino, y que el resto sencillamente los sigue. Pero a pesar de todo hacen bastante ruido con el repiqueteo de pezuñas y los mugidos y de vez en cuando hay que poner en su lugar a un ocasional ternero rebelde.

Vi a Will enlazando una vaca y confieso que me impresionó. Esa mujer parece más en su elemento cuando está a caballo que caminando sobre sus dos pies. Su aspecto era majestuoso, cosa que jamás le diré a ella. Ya está bastante orgullosa de sí misma como para empeorarlo. Es un jefe natural y debo admitir que en suposición ese es un atributo necesario. Trabaja como un estibador, otro rasgo admirable, pero no me hace gracia que haga resonar el látigo en mi dirección.

Sospecho que durante el camino de subida dimos algunas vueltas innecesarias. Es algo que también debo reconocerle. No me cabe duda de que alargó la ruta para que Lily y yo disfrutáramos de los mejores paisajes. Fue todo un viaje. Vimos alces, catiacús, antes, carneros cimarrones, ovejas, y aves enormes y fabulosas.

No vi ningún oso. Lo cual no me desilusiona.

Lily hizo varios carretes de fotografías. Se ha recuperado hasta tal punto, que uno casi llega a olvidar el horror que ha vivido. Casi. Cuando pienso en Lily pienso en una balanza en cuyos platillos se equilibran la tragedia y su felicidad actual. Ella ha encontrado la manera de que pese más el platillo de la felicidad. Es algo que también admiro.

Pero olvidarlo todo es sencillamente imposible. Bajo su exterior duro, Will es un manojo de nervios. Todos nos hemos empeñado en pensar en la boda y parecemos decididos a no permitir que nada la arruine. Pero la preocupación flota en el aire.

En otro sentido, estoy adelantando la corrección de mi guión. Ira está muy satisfecho con el contrato y con los progresos. En otoño, cuando vuelva a Los Ángeles, espero estar inundada de reuniones. Y por fin me decidí a contarle lo del libro. Quedó bastante encantado, cosa que me sorprendió, de manera que le envié los primeros dos capítulos para que tuviera una idea más clara. Ya veremos.

Por el momento escribo cada vez que me queda un rato entre los preparativos de la boda. Se acerca la fecha del té de despedida de la novia y todos simulamos que Lily no está enterada de lo que preparamos. Tiene que ser un éxito.

-¿Y vosotros qué planeáis hacer para la despedida de soltero?

Tess estaba sentada en la puerta del corral del rancho de Nate y lo observaba empezar a ejercitar a un potrillo.

-Sin duda algo que tenga dignidad.

-¿Con cuántas mujeres desnudas?

-Tres. No es digno que haya más. -Tiró de las riendas, hizo retroceder al potrillo y luego apretó las rodillas con suavidad. El potrillo empezó a trotar-. ¡Así me gusta! Eres un buen chico.

Míralo, pensó Tess, tan alto y flaco, con el sombrero encasquetado sobre la frente y esas manos largas y delgadas, tan atractivas como las de un pianista.

Al mirar a Nate, literalmente se le hacía agua la boca.

-¿Nunca te he dicho lo bien que quedas a caballo, abogado Torrence?

-Sí, me lo has dicho un par de veces. -Pero todavía lograba que el calor le subiera por el cuello-. Pero me lo puedes volver a decir.

-Estás espléndido. ¿Cuándo podré verte en un juzgado?

Sorprendido, Nate hizo girar el caballo.

-Ignoraba que lo quisieras.

Hasta ese momento, ella tampoco lo sabía.

-Bueno, pero me gustaría. Me gusta verte en tu traje de abogado, tan sobrio y serio. Me gusta mirarte.

Nate desmontó, enlazó las riendas sobre el alambrado y comenzó a aflojar la cincha

-Últimamente no hemos tenido tiempo para mirar, ni para nada más, ¿verdad?

-Hemos estado muy ocupados. Solo faltan diez días para la boda y mañana llegan los padres de Lily. Cuando las cosas se tranquilicen, tal vez puedas llevarme a la ciudad y permitir que te vea actuar en un juicio. Después... podríamos pasar la

noche en un hotel y jugar un rato. -Se pasó la lengua por los dientes-. ¿Quieres jugar conmigo, Nate?

-¿De acuerdo con tus reglas o con las mías?

-Sin ninguna clase de reglas. -Lanzó una carcajada, saltó de la puerta al suelo y le dio un beso apasionado-. Te eché de menos.

-¿En serio? -Esa era una noticia que no esperaba tan pronto-. Me alegro.

Ella miró hacia la casa, pensó en la cama.

-Supongo que no podríamos...

-Creo que María no podría soportar el impacto de eso a plena luz del día y todo. ¿Por qué no te quedas a pasar la noche?

-Mmmm. Ojalá pudiera, pero ya estoy con los nervios de punta. Y después de lo sucedido, no me gusta alejarme demasiado tiempo del rancho.

Cuando se volvió para quitarle la montura al potrillo, en los ojos de Nate había una expresión de frialdad.

-¡Ojalá esa noche hubiera podido llegar antes, para apoyar a Adam!

-No habrías ganado nada. Ni Adam ni Willa pudieron hacer nada para detenerlo. Aunque hubieras estado allí, tampoco habrías podido hacer nada.

-Tal vez no.

Pero cuando lo pensaba, pasaba algunos malos momentos imaginando lo sucedido. Preguntándose lo que habría hecho si la que tenía un arma apoyada en la sien hubiera sido Tess. Al ver que la luz también había desaparecido de sus ojos, obedeció un impulso y montó a pelo al potrillo.

-Ven a dar una vuelta conmigo.

-¿Sin montura? -Tess parpadeó, luego rió y retrocedió-. Me parece que no. Me gusta poder agarrarme de la montura.

Nate le tendió una mano.

-Ven -insistió-. Puedes agarrarte a mí.

Tess miró el potrillo, tentada pero llena de desconfianza.

-No es más que un bebé, ansioso por complacer -dijo Nate, inclinando la cabeza y a la espera de que ella aceptara la mano que le tendía.

-Está bien. Pero te advierto que odio caerme. -Permitió que Nate le aferrara la mano y, con muy poca gracia, montó a horcajadas-. Es distinto -decidió, pero le pareció una ventaja infinita poder acercarse a Nate, rodearle la cintura con los brazos-. Sexy, Adam monta a pelo a menudo. Parece un dios.

Nate lanzó una risita e hizo avanzar al paso al caballo.

-Lo identifica más a uno con el caballo.

También La identifica más a una con su lujuria, descubrió Tess cuando Nate puso el caballo al trote. Y cuando empezaron a galopar, sonreía como una tonta.

-¡Esto es bárbaro! Más.

-Es lo que siempre dices.

Volvió a recorrer el corral, disfrutando de la sensación de esos pechos firmes y generosos que se apoyaban contra su espalda. Y se estremeció cuando las manos de Tess se deslizaron debajo de su cintura.

-Eso pensé -dijo ella, al constatar su erección-. ¿Alguna vez lo has hecho a caballo?

-No. -La idea despertó en él una imagen fascinante: Tess tendida de espaldas frente a él sobre el tomo del caballo, rodeándole la cintura con las piernas mientras la penetraba-. Nos romperíamos el cuello cuando el animal percibiera olor a sexo y nos tirara al suelo.

-Estoy dispuesta a correr el riesgo. Te deseo, Nate.

El detuvo el caballo, lo tranquilizó, luego se volvió para colocarla delante, en medio de grandes jadeos.

-No. -Apenas pudo pronunciar La palabra mientras la besaba en la boca, cuando Tess comenzó a desabrocharle el cinturón-. Por ahora tendremos que conformarnos con esto. Aférrate a mí, Tess. Solo aférrate a mí y déjame besarte.

Ella habría cometido alguna imprudencia, pero él la sostuvo muy cerca de sí, y le sujetó los brazos a los costados mientras la besaba. El sombrero de Tess cayó al suelo y se llenó de tierra, mientras su corazón se volvía loco y repiqueteaba al unísono con el resto de las partes de su cuerpo. Después, todo cambió y se convirtió en algo suave, dulce, puro como el aire de las tierras altas.

Nate la llevó de la desesperación a la ternura, hasta que el pulso de Tess fue más lento, hasta que las lágrimas se le agolparon en la garganta y le hicieron arder los ojos.

-Te quiero.

No pensaba decirlo, pero era demasiado, demasiado inmenso para mantenerlo atrapado dentro del pecho. Los labios de Nate volvieron a formar las palabras con mucha lentitud, mientras seguían apoyados contra los de ella.

-¿Qué? -Aturdida, soñadora, ella lo miró a los ojos-. ¿Qué has dicho?

-Que estoy enamorado de ti.

Ella dejó de flotar y cayó de golpe en la realidad. Eran palabras que ya había escuchado antes. A algunos les resultaba fácil decirlas, una frase más. Pero comprendió que no era el caso de Nate. No cuando las pronunciaba un hombre como Nate.

-¿No te parece que es ir un poco lejos? -Quería sonreír, mantener un clima distendido. No pudo-. Nate, solo somos...

-¿Amantes? -agregó él, y no se maldijo por haber terminado la frase de Tess-. ¿Convenientes compañeros de cama? No, no es así, Tess.

Ella respiró hondo para tranquilizarse y habló con firmeza.

-Creo que será mejor que desmontemos.

En lugar de obedecer, Nate le tomó la barbilla entre las manos para que los ojos de ambos quedaran a la misma altura.

-Estoy enamorado de ti; ya hace tiempo que te quiero. Estoy dispuesto a adaptarme en todo lo que sea necesario para que te resulte agradable, pero el asunto se resume en esto: quiero que te quedes conmigo, que te cases conmigo, que formes aquí conmigo una familia.

El primer impacto de Tess no fue nada comparado con el siguiente.

-Ya sabes que me es por completo imposible...

-Tienes tiempo para acostumbrarte a la idea. -Enseguida desmontó-. No he querido muchas cosas en la vida agregó, observando la cara de asombro de Tess-. Mi título de abogado, este lugar y una buena línea de sangre de caballos. Lo tengo todo. Ahora te quiero a ti.

Eso ayuda, pensó Tess, la arrogancia y el insulto la ayudaron a convenir la sorpresa en mal humor.

-Tal vez debas tomar nota, abogado Torrence. Yo no soy un título de abogado, ni un rancho, ni una yegua de cría.

-No, no lo eres -contestó él sonriendo mientras la bajaba del caballo-. Eres una mujer; una mujer dura, ambiciosa y frustrante. Y serás mía.

-¿Te interesaría saber lo que opino de tu repentina mentalidad de vaquero?

-Creo conocer bastante bien tu opinión. -Le quitó el freno y la cabezada al caballo, le dio una palmada en el flanco y permitió que se alejara al trote-. Será mejor que vuelvas a tu casa y que te tomes un tiempo para pensarlo detenidamente.

-No me hace falta tiempo para pensarlo.

-A pesar de todo, te lo daré. -Levantó la cabeza y miró el cielo. El sol empezaba a caer hacia los picos del oeste, tiñendo el azul de rosa-. Esta noche va a llover. -Lo dijo como al pasar, mientras saltaba la puerta y dejaba a Tess mirándolo con la boca abierta.

-No sé qué se te ha metido en el cuerpo, pero dilo de una vez -murmuró Willa-. En cualquier momento llegará Lily con sus padres.

-Tú no eres la única que puede tener preocupaciones -contestó Tess, metiéndose un bocadito salado en la boca.

La casa estaba llena de mujeres que conversaban sin cesar y de regalos envueltos en alegres papeles. Fue Tess quien propuso servir ponche de champán para la despedida de soltera de Lily y, a pesar de que Bess no se mostró convencida porque estaba lejos de ser formal, ella misma estaba disfrutando al beberlo, mientras conversaba con vecinos.

Todo el mundo se siente feliz como un payaso, pensó Tess mientras se metía otro canapé en la boca. Celebrando la idea ridícula de que dos personas se encadenaran una a la otra por el resto de sus vidas. Malhumorada, pensó en comer un tercer canapé, luego se decidió por un cigarrillo.

Nate Torrence de ninguna manera conseguiría convencerla. Tomó una taza de ponche y decidió emborracharse en cambio.

Cuando llegó la futura novia, Tess había bebido tres tazas y se sentía más alegre. Le divirtió ver que Lily simulaba sorpresa. Esa despedida de soltera fue un secreto a voces desde que enviaron la primera invitación de boda. Ahora la novia podía lanzar exclamaciones sobre los regalos que iban desde batidores hasta picardías.

Tess notó que la madre de Lily hacía un esfuerzo por contener las lágrimas y que salía.

Una mujer interesante, decidió mientras se servía otra taza de ponche. Atractiva, bien vestida, correcta en el hablar. ¿Qué demonios podía haberle visto a un gran hijo de puta como Jack Mercy?

Al ver que Bess servía dos tazas y que también salía de la casa, Tess se encogió de hombros y trató de mostrar el entusiasmo apropiado ante un juego de servilletas bordadas.

-Aquí tienes, Adele. -Bess se instaló a su lado y le pasó una taza de ponche, mientras Adele se enjugaba los ojos. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que nos sentamos aquí.

-No sabía lo que sentiría al volver. Casi nada ha cambiado.

-Sí, hay cambios aquí y allá. Tú tampoco has cambiado mucho.

La vanidad era una pequeña debilidad, y Adele se llevó automáticamente una mano al peinado. Llevaba el pelo muy cono y mantenía un sutil tono de rubio.

-Arrugas -contestó ella con una débil carcajada-. Nunca sé de dónde salen, pero todas las mañanas encuentro alguna nueva en el espejo.

-Es simplemente la vida.

Bess la examinó. Adele conservaba una cara bonita, casi delicada, de rasgos pequeños y bien proporcionados. También conserva su figura, pensó Bess. Pulcra,

más bien delgada. Y tampoco había cambiado su buen gusto por los colores. Le quedaban bien el pantalón rosa y la blusa color marfil.

-Tienes una hija espléndida, Adele. Te luciste con ella.

-Pude haber hecho más por Lily. Debí hacerlo. Al verla ahora, recuerdo lo que era de chiquita. Las horas que debí dedicarle y no lo hice.

-Debías trabajar y también tenías que pensar en tu propia vida.

-Es lo que hice. -Para tranquilizarse, Adele bebió un sorbo de ponche-. Y también sufrí mucho dolor, por lo menos durante los primeros años, Bess. Odié a Jack Mercy más de lo que nunca lo amé.

-Es natural. No os trató bien a ti ni a tu hija. Pero creo que has encontrado un hombre mejor.

-¿Rob? Es un buen hombre. Un hombre de costumbres estrictas, pero de buenas costumbres. -Su boca se suavizó. Hemos vivido una buena vida, pensó-. Rob no es... bueno, demasiado afectuoso, pero quiere mucho a Lily. En este momento me pregunto si no esperamos demasiado de ella. Me refiero a los dos. Pero la queremos.

-Se nota.

Adele permaneció callada unos instantes.

-¡Dios, el paisaje! Nunca lo he olvidado. Añoré este lugar. He sido feliz en el este... con esa tierra tan verde, tan suave. Pero eché de menos este lugar.

-Volverás, ahora que Lily vive aquí.

-Sí, volveremos. Rob está fascinado. Le encanta viajar. Hemos evitado venir a esta parte del país, pero ahora... Ha ido con Adam a ver los caballos. -Suspiró y enseguida sonrió-. El también es un buen hombre, ¿no es cierto, Bess? Me refiero al novio de Lily.

-Uno de los mejores que conozco y es capaz de cruzar el fuego por Lily.

-Ella ha sufrido tanto... Cuando pienso en todo eso...

-No pienses -contestó Bess cubriéndole una mano con la suya-. Todo eso ya ha quedado atrás. Lo mismo que Jack Mercy ha quedado atrás en tu vida. Lily va a ser una novia hermosa y una esposa feliz.

-¡Oh! -Las lágrimas, volvieron a asomar en los ojos de Adele. Cuando Willa salió, le corrían por las mejillas.

-Perdón -dijo y en un movimiento automático, trató de retroceder.

-No, no te vayas. -Adele se puso de pie y le tendió una mano-. Es solo que me he puesto sentimental. Realmente no he tenido oportunidad de conversar contigo. En cada carta que me escribió, Lily no hacía más que hablar de ti y de Tess.

Las lágrimas de una mujer siempre la desarmaban. Willa se movió inquieta, trató de sonreír.

-Me sorprende que haya habido lugar para nosotros en esas cartas, y que no haya hablado solo de Adam.

-Tú y tu hermano tenéis los mismos ojos. -Oscuros y sabios, pensó Adele. Y tranquilos-. Conocí un poco a tu madre. Era una mujer muy hermosa.

-Gracias.

-He estado asustada. -Adele se aclaró la garganta-. Comprendo que este no es un buen momento para hablar del asunto, ¡pero he estado tan preocupada! Sé que, para no asustarme, en sus cartas y llamadas telefónicas Lily no me ha contado todo lo que sucedió aquí. Pero cuando Jesse... cuando esas cosas sucedieron con Jesse, aparecieron en los periódicos del este. Te quería decir que todavía estoy preocupada, pero que después de conocerlos a Adam y a ti, me siento más tranquila.

-Lily es más fuerte de lo que usted cree. De lo que cualquiera de nosotros creyó.

-Tal vez tengas razón -contestó Adele, y se preparó para decir algo que le resultaba difícil-. Y quiero agradecerte tu hospitalidad al habernos invitado a Rob y a mí a venir a quedarnos aquí, en tu casa. Sé que te debe resultar incómodo.

-Creí que me resultaría incómodo, pero no es así. Los padres de mis hermanas siempre serán bienvenidos en Mercy.

-No te pareces en nada a Jack. -Adele palideció, espantada por lo que acababa de decir-. Perdón.

-No se disculpe. -Willa miró hacia el camino donde alcanzaba a ver el reflejo del sol sobre un metal. Y sus labios se curvaron en una lenta sonrisa-. Y aquí viene la nueva sorpresa. -Miró a Adele-. Espero que esta no le resulte incómoda a usted.

-¿Qué has hecho, muchacha? -preguntó Bess.

Willa solo continuó sonriendo y asomó la cabeza dentro de la casa.

-¿Hollywood? Ven un minuto.

-¿Qué pasa? -Con una taza de ponche en la mano, Tess se acercó a la puerta-. Estamos jugando. ¿Cuántas palabras puedes formar con la frase «luna de miel»? Creo que voy ganando. El premio es una cesta de artículos para baño.

-Yo tengo un premio mejor para ti.

Tess miró hacia fuera y aclaró su mirada algo alcoholizada lo suficiente para notar que se acercaba el jeep de Nate.

-Ahora no tengo ganas de hablar con él. Es un abogado vaquero arrogante. Dile sencillamente que estoy... ¡oh, Dios santo!

-Te prohíbo que blasfemes en una despedida de soltera -ordenó Bess y luego se puso de pie de un salto, con una amplia sonrisa cuando la puerta lateral del jeep se abrió para dar paso a una verdadera aparición-. Louella Mercy, eres una alegre visión para un par de ojos cansados

-Soy una visión, punto. -Lanzando una carcajada aguda, Louella corrió sobre sus tacones de aguja y se abalanzó a abrazar a su sorprendida hija-. ¡Sorpresa, mi bebé! -Besó a Tess, le limpió el rouge que acababa de dejarle sobre la mejilla y luego se volvió para abrazar a Bess-. ¿Todavía meneando tu culo por aquí?

-Lo mejor que puedo.

-Y esta debe ser la hija menor de Jack. -Se volvió hacia Willa y le dio un abrazo tan fuerte que casi le rompe las costillas-. ¡Dios, eres idéntica a tu mamá! Nunca conocí una mujer más bonita que Mary Wolfchild.

-Yo... gracias. -Aturdida, Willa la miró con atención. Esa mujer parecía una reina de la belleza y olía como una perfumería-. Me alegro de que haya podido venir -agregó y lo decía con sinceridad-. Mucho gusto en conocerla.

-El gusto es doble para mí, querida. Me podrías haber hecho caer con una pluma el día que recibí tu carta invitándome a venir. -Sin apartar el brazo con que rodeaba los hombros de Willa, se volvió a mirar sonriente a Adele-. Soy Louella, la esposa número uno.

Un poco sorprendida, Adele se quedó mirándola. ¿Sería posible que la mujer se hubiera puesto una blusa de lamé dorado en plena tarde?

-Yo soy la madre de Lily.

-La esposa número dos. -Lanzando otra estruendosa carcajada Louella abrazó a Adele como si se tratara de su hermana-. Bueno, el cretino tenía buen gusto para las mujeres, ¿no es cierto? ¿Dónde está tu hija? Debe parecerse más a ti que a Jack, porque Tess me dice que es bonita como una pintura e increíblemente dulce. He traído regalos.

-¿Quiere que se los entre, Louella?

Al pie de los escalones se encontraba Nate, sonriendo y con los perros en miniatura de Louella en brazos.

Al mirarlo directamente por primera vez. Tess se estremeció de horror.

-¡Por Dios, mamá! ¿Cómo se te ocurrió traer a *Mimí* y a *Maurice*?

-¡Por supuesto que los traje! No podía dejar en casa y solos a mis preciosos bebés. -Los tomó de brazos de Nate y les dio sonoros besos-. ¿No les parece que este hombre es bárbaro, señoras? -Besó a Nate en la mejilla con aire de propietaria y le dejó en ella la marca de sus labios-. Les juro que, desde que lo vi, el corazón no ha dejado de saltarme dentro del pecho. Sí, queridito, puedes entrar todo.

-Sí, señora. -Dirigió a Tess una mirada rápida y divertida antes de volverse a bajar toda la carga del jeep.

-Bueno, ¿qué estamos haciendo aquí fuera? -preguntó Louelia-. Me parece oír que hay una fiesta y no me vendría mal una copa. No te molesta que eche una mirada por la casa, ¿verdad, Willa?

-Por supuesto que no! Me encantaría enseñársela yo misma. Nate, lleva las cosas de Louella al dormitorio vecino al de Tess. El cuarto rosa.

-Espera hasta que te vea Mary Sue -dijo Bess mientras acompañaba hacia dentro a Louella-. ¿Recuerdas a Mary Sue Rafferty, verdad?

-¿Cuál, la de los dientes salidos o la bizca?

Con cuidado, Tess apoyó la taza vacía sobre el pasamanos del porche.

-¿La idea fue tuya?

-Mía y de Lily -contestó Willa con una enorme sonrisa-. Quisimos darte una sorpresa.

-Y sin duda me la habéis dado. Más tarde hablaremos sobre el asunto. -Tess tomó a Willa por el cuello de la blusa-. Tendremos una charla larga y agradable.

-Está bien. Voy a asegurarme de que le sirvan esa copa que pidió.

-No cabe duda de que tu madre viaja con mucha ropa -comentó Nate mientras sacaba la quinta maleta de la caja del jeep.

Cada una de ellas pesaba tanto como si estuviera llena de cemento.

-Es más o menos lo que lleva cuando va a pasar un fin de semana en Las Vegas.

-Sin duda pisa fuerte.

Apartando su mortificación, Tess cuadró los hombros y se preparó para defender a su madre.

-¿Y eso qué quiere decir?

-Quiere decir que ha venido sin simulaciones, ni pretextos. Es exactamente ella misma. A los cinco minutos de conocerla yo ya estaba loco por tu madre. -Curioso, inclinó la cabeza-. ¿Qué habías creído que quise decir?

Tess movió los hombros tensos, pero no consiguió relajarlos del todo.

-Cuando se trata de mi madre, la gente reacciona de distintas maneras.

Nate asintió con lentitud.

-Por lo visto, tú también. ¡Deberías avergonzarte!

Y mientras ella se quedaba mirándolo boquiabierta, pasó a su lado cargando dos maletas.

Tess lanzó un gruñido, alzó una maleta y lo siguió.

-¿Qué has querido decir con eso? -preguntó mientras subía la escalera resoplando. A Louella no le gustaba viajar con poco equipaje.

-Quise decir que tu madre es una en un millón.

Depositó las maletas sobre la cama, se volvió y salió.

Tess dejó caer la tercera maleta sobre la cama, flexionó los brazos y esperó.

-Yo sé lo que tengo -dijo en cuanto Nate volvió a entrar con el resto del equipaje-. Es mi madre. ¿Quién sino ella hubiera venido a una despedida de soltera en Montana, con pantalones de Capri y blusa de lamé dorado? ¡Por favor, límpiame el lápiz labial que tienes en la mejilla! ¡Pareces un idiota!

Luchó por abrir una maleta y cuando lo logró, alzó los ojos al cielo al ver su contenido.

-¿Quién sino ella empaquetaría veinte pares de zapatos de tacón alto para ir a pasar un par de semanas en un rancho ganadero? Y esto. -Sacó una bata de cama color lavanda con el borde de plumas color púrpura-. ¿Quién crees que usa cosas como esta?

Nate miró la bata mientras se metía el pañuelo en el bolsillo.

-Le debe quedar bien. A ti te preocupan demasiado las apariencias, Tess. Es tu mayor problema.

-¿Las apariencias? ¡Por amor de Dios! Les pinta las uñas a sus perros. Tiene cisnes de cemento en el jardín delantero de su casa. Se acuesta con hombres más jóvenes que yo.

-Y supongo que ellos se consideran afortunados. -Se apoyó contra uno de los postes de la cama-. Zack la llevó hasta mi rancho en la avioneta y casi se estrelló de tanto que se reía. Me comentó que no dejó de reír un solo instante desde que despegaron en Billings. Y tu madre me preguntó si podía volver en otro momento a ver mis caballos. Estaba deseando verlos, pero la consumía la impaciencia de llegar y verte a ti. Treinta segundos después de haberme dado el primer abrazo, ya éramos amigos. Habló de ti durante casi todo el trayecto hasta aquí y me hizo repetirle media docena de veces que estabas bien, feliz. Segura. Creo que tardó diez kilómetros en darse cuenta de que estoy enamorado de ti. Y entonces tuve que parar porque se puso a llorar y se le arruinó el maquillaje.

-Ya sé que me quiere. Y yo a ella... -Estaba avergonzada-. Solo que...

-No he terminado -dijo Nate con frialdad-. Me dijo que no le tenía rencor a Jack Mercy porque él le había dado algo especial. Y el hecho de tenerte le cambió la vida. Así se convirtió en madre y en una mujer de negocios. Se alegraba de volver, para echar otra mirada al lugar, para conocer a tus hermanas. Para verte aquí y asegurarse de que recibieras lo que te corresponde.

Nate se irguió, pero sin dejar de mirarla.

-De manera que te diré cuál es mi reacción con respecto a Louella Mercy, Tess. Es de pura admiración ante una mujer que recibió un puntapié en la cara y se volvió a poner de pie enseguida. Que crió sola a su hija, que le dio un hogar, que se embarcó en una empresa para estar segura de que nunca le faltara nada. Que le transmitió orgullo y corazón a esa hija. Por lo tanto no me importa que vaya a la iglesia vestida de celofán, y creo que tampoco a ti debería importarte.

Y salió, dejándola sola. Tess se sentó en el borde de la cama y se sintió un poco borracha y bastante llorosa. Colocó la bata con cuidado sobre la cama, luego se levantó y empezó de deshacer las maletas de su madre.

Cuando Louella llegó quince minutos después, la tarea estaba casi terminada.

-¿Por qué diablos estás trabajando? Abajo hay una fiesta.

-Tú nunca terminas de deshacer tu equipaje. Me pareció que convenía que te echara una mano.

-No te preocupes ahora por eso. -Louella tomó las manos de su hija-. Estoy trabajando a Bess. Cuando haya terminado de convencerla, cantará.

-¿En serio? -Tess hizo a un lado una pámela en un género de tono cereza-. Eso es algo que no me quiero perder. Después se volvió y apoyó la cabeza sobre un

hombro de Louella. Un hombro que siempre ha estado a mi disposición, pensó, sin preguntas, sin calificativos-. Me alegro de verte, mamá. Me alegra que hayas venido. -Se le quebró la voz-. Me alegro en serio.

-¿Qué es todo esto?

-No sé. -Tess respiró hondo y se echó atrás-. Cosas. No sé.

-Ha sido un tiempo lleno de miedo para ti. -Louella sacó un pañuelo de encaje y secó la cara de su hija.

-Sí, en muchos sentidos. Creo que estoy más débil de lo que creía. Ya lo superaré.

-Por supuesto que lo superarás! Y ahora baja y participa de la fiesta. -Rodeando la cintura de su hija con un brazo, Louella comenzó a salir-. Más tarde descorcharemos una botella de champán francés y nos pondremos al día.

-Sí, me gustaría. -A su vez Tess deslizó un brazo alrededor de la cintura de su madre-. Me gustaría mucho.

-Entonces me podrás contar algo acerca de esa larga y fresca copa de agua en la que has puesto los ojos.

-En este momento no le gusto mucho a Nate. -Si lo pensaba volvería a llorar-. Tampoco estoy segura de gustarme yo misma.

-Bueno, eso se puede solucionar. -Louella se detuvo en la escalera a escuchar las voces de tantas mujeres-. A mí me gustáis los dos. Tú y él.

-Yo debí invitarte a venir -dijo Tess-. Hace meses que debí haberte invitado a venir. Willa no debió invitarte. Pero no te invité, en parte porque creí que te sentirías incómoda. Y en parte porque creí que yo también lo estaría. Lo siento.

-Querida, tú y yo somos tan distintas como un Budweiser y un Moet. Lo cual no quiere decir que los dos no tengan su parte positiva. Dios es testigo que tú me has molestado a mí tantas veces como yo te he molestado a ti.

Louella le dio a Tess un cariñoso apretón.

-Oye cómo parlotean esas gallinas. Me recuerda a la época en que formaba parte de un coro. Siempre me ha gustado la manera de ser de las mujeres. Una no puede sentirse incómoda con eso, ni con los preparativos para una boda. Y la verdad es que tus hermanas me gustan mucho, querida.

-A mí también -confeso Tess con actitud decidida-. Nada nos estropeará esta boda.

Él estaba pensando lo mismo. Alcanzaba a oír risas femeninas, voces femeninas, bonitas como una música. Lo hacía sonreír. Le gustaba pensar en Lily dentro, en el centro de todo, suave y dulce. Si no fuera por él, estaría muerta y hacía semanas que él ocultaba su heroico secreto.

Le había salvado la vida y quería verla casada.

Cuando esas imágenes bonitas palidecían, siempre podía recordar lo que le hizo a Jesse Cooke. A veces le gustaba quedarse dormido recordándolo con detalle. Un sueño colorido y hermoso, con olor a sangre.

Desde entonces fue muy cuidadoso y cuando la necesidad de matar le resultaba irresistible, la enfriaba en las montañas y enterraba a sus víctimas. Era extraño lo fuerte que era ahora esa necesidad, más fuerte que la de comer, que la del sexo. Pronto, pensó, muy pronto no podré satisfacerla con un conejo, un ciervo o un ternero.

Tendría que ser humano.

Pero debía contenerse, y lo haría hasta que Lily estuviera segura y casada. Ahora se encontraba unido a ella, y cuando estaba unido a alguien, le era leal.

Temía que ella estuviera preocupada, o temerosa de que algo sucediera. Pero también a eso le encontró una solución. Escribió la nota con mucho cuidado, pensando en cada palabra, como si se tratara de un ejercicio. Ahora que estaba escrita, ahora que acababa de deslizarla debajo de la puerta de la cocina, sentía el corazón más liviano.

Ella ya no se preocuparía. Sabría que alguien la cuidaba. Ahora podría relajarse y disfrutar de los sonidos de ese ritual femenino. Ahora podría soñar con campanas de boda que marcarían el fin de su ayuno de sangre.

Cuando el sol tiñó de rojo los picos del oeste y la fiesta terminó, algunas de las mujeres que pasaban a su lado lo saludaron. Él levantaba una mano para devolverles el saludo. Y se preguntaba a quién elegiría como presa cuando le llegara la hora.

Creo que deberías ver esto.

Alzando las cejas, Willa tomó la hoja de papel que Lily le ofrecía.

Cuando Lily entró en su cuarto, estaba lista para acostarse después de un largo día de hacer sociedad. Pero a la primera mirada, su cansancio se esfumó.

No quiero que se preocupe. No permitiré que nada les suceda a usted, a Adam ni a sus hermanas. Si hubiera sabido lo que se proponía hacer JC, le habría dado muerte más pronto, antes de que la asustara. Ahora puede descansar tranquila y gozar de su boda. Estaré allí, cuidándola a usted y a los suyos. Los mejores deseos. Un amigo.

-¡Dios! -No pudo menos que estremecerse-. ¿Cómo recibiste esto?

-Estaba bajo la puerta de la cocina.

-¿Se lo has enseñado a Adam?

-Sí, enseguida. No sé qué pensar de esto, Will. La persona que lo escribió mató a Jesse. Y a los otros. -Le quitó el papel a Willa y lo dobló-. Sin embargo es como si tratara de tranquilizarme. Aquí no hay ninguna amenaza, y sin embargo me siento amenazada.

-¡Cómo no te vas a sentir amenazada! ¡Si prácticamente estuvo en tu casa! - Empezó a pasearse descalza por la habitación-. ¡Maldito sea! ¡Maldito sea! Estamos de nuevo en medio del asunto. Este papel te lo dejaron allí hoy, cuando iban y venían docenas de personas. Pudo haber sido cualquiera. Por más que me esfuerce no puedo reducir el número de posibilidades.

-No piensa hacerme daño a mí, ni a ti ni a Tess. -Lily respiró hondo para tranquilizarse-. Y tampoco a Adam. Me estoy aferrando a eso. Pero, Will, ese hombre estará en la boda. Estará allí.

-Deja que yo me preocupe de este asunto. Te lo digo en serio -agregó, apoyando las manos sobre los hombros de Lily-. Dame esa carta. Me encargaré de que llegue a manos de la policía. Tú te casas dentro de pocos días. Es en lo único que debes pensar.

-No les voy a decir nada a mis padres. Lo pensé y lo hablé con Adam, y decidimos no mencionárselo a nadie más que a ti. Cualquiera que tú creas que debe saberlo, bueno, no tengo ningún inconveniente. Pero no quiero angustiar a mi padre ni a mi madre.

-Esto no les afectará. -Willa tomó la nota y la depositó sobre la cómoda-. Lily, la boda es casi tan importante para mí como para ti. Se podría decir que mi interés es doble. -Trató de sonreír, pero sin demasiado éxito-. No todo el mundo puede decir que su hermano y su hermana van a casarse. Por lo menos no conozco a nadie en Montana que lo pueda decir. Y significa mucho para mí.

-No tengo miedo. Ya no hay muchas cosas que me den miedo. -Apretó la mejilla contra la de Willa-. Te quiero.

-Sí. Yo también.

Cerró la puerta detrás de Lily y luego se quedó mirando fijamente la nota doblada. ¿Qué demonios debía hacer? La respuesta no era que debía acostarse y dormir bien durante toda la noche. En lugar de eso, tomó sus botas y se encaminó al teléfono.

-¿Ben? Sí, sí, te guardamos un poco de tarta. Escucha, necesito que me hagas un favor. ¿Quieres llamar a ese policía que está encargado del caso y pedirle que se encuentre conmigo en tu casa? Tengo algo que debo mostrarle, y no quiero hacerlo aquí. No -apoyó el teléfono sobre un hombro y lo sostuvo con la cabeza mientras se ponía una bota-. Te lo explicaré cuando llegue. Ya salgo. No tengo tiempo para eso -agregó cuando él comenzó a discutirle-. Llevaré conmigo un rifle cargado, pero salgo ahora mismo.

Cortó la comunicación antes de que él tuviera tiempo de gritarle.

-¡Maldita mujer cabeza dura!

Willa había dejado de contar la cantidad de veces que Ben la llamó de esa manera u otra similar en las últimas dos horas.

-Era necesario encargarse de eso, y ya está hecho.

Apreció el vino que Ben le acababa de servir, aunque la sorprendió. No creía que a él le gustara el vino ni que se pusiera a jugar al dueño de casa después de la reunión con la policía.

-Yo habría podido ir a tu casa.

-Estuviste cerca de hacerlo -le recordó ella-. Ya estabas a mitad de camino de Mercy cuando nos encontramos. Te dije que no corría peligro. Tú mismo leíste la nota. No es una amenaza.

-El hecho de que la hayan escrito ya es bastante amenaza. Lily debe estar frenética.

-No, en realidad estaba muy tranquila. Pero preocupada por sus padres, porque no quiere que se enteren ni que se angustien. No vamos a decirles nada del asunto. Creo que tendré que decírselo a Tess. Ella se lo dirá a Nate y allí se acabará el asunto.

Volvió a beber un sorbo de vino mientras él se paseaba. Willa supuso que esas habitaciones eran las indicadas para un individuo musculoso como él. Las paredes estaban cubiertas de madera color miel, los suelos hacían juego y no tenían alfombras. Los muebles eran grandes, pesados y tapizados en un género azul marino liso. No había ningún almohadón o toque femenino a la vista.

Sin embargo, sobre la repisa de la chimenea, había fotografías enmarcadas de su familia, un par de espuelas antiguas, y en un estante donde los libros se apoyaban unos sobre otros como borrachos, se veía un hermoso trozo de turquesa.

Sobre una mesa había un cenicero, junto con un cortaplumas de mango de hueso y un poco de cambio.

Sencillo, básico. Ben, decidió; luego decidió que ya le había permitido que se paseara y se quejara demasiado.

-Te agradezco que me hayas ayudado a llevar este asunto enseguida. Tal vez tengamos suerte y la policía pueda sacar algo en limpio de esa nota, o suponer quién puede haberla escrito.

-Por supuesto, siempre que esta fuera una producción de la Paramount.

-Bueno, por ahora es lo mejor que pude hacer. -Dejó sobre una mesita la copa todavía medio llena de vino y se puso de pie-. Tengo una boda dentro de menos de una semana, y la casa llena de huéspedes, así que...

-¿Adónde te crees que vas?

-A casa. Como te acabo de decir, tengo la casa llena de gente y la mañana llega con rapidez. -Sacó las llaves del jeep y él se las arrancó de la mano-. Mira, McKinnon...

-No, mira tú. -Arrojó las llaves sobre su hombro y fueron a caer en un rincón del cuarto-. Esta noche no irás a ninguna parte. Te quedarás aquí mismo, donde yo pueda vigilarte.

-Tengo que hacer la guardia de medianoche.

Por toda respuesta, Ben tomó el teléfono y marcó un número.

-¿Tess? Sí, soy Ben. Willa está aquí. Se va a quedar a pasar la noche. Llama a Adam y dile que reorganice las guardias nocturnas. Volverá por la mañana. -Cortó sin esperar que Tess asintiera-. ¡Listo!

-Tú no diriges Mercy, Ben. Ni a mí. La responsable soy yo. -Dio un paso hacia las llaves y la habitación empezó a girar cuando Ben la colocó sobre sus hombros-. ¿Qué demonios te pasa?

-Voy a llevarte a la cama. Allí te manejo mejor.

Ella lo maldijo, pataleó y cuando eso fracasó, se movió con la intención de morderle la espalda. Ben lanzó un sonido sibilante por entre los dientes, pero no se detuvo.

-Las chicas muerden -dijo cuando la arrojó sobre la cama-. Pero esperaba más de ti.

-Si crees que voy a hacer el amor con un hombre que me trata como un ternero orejudo, estás muy equivocado.

A Ben le dolía bastante la mordedura de la espalda y estaba de mal humor.

-Ya lo veremos. -La tiró de espaldas, la inmovilizó y le sujetó las manos sobre la cabeza-. A ver cómo luchas contra mí. -Era un desafío lanzado en tono seco-. Hasta ahora nunca hemos probado eso. Tal vez me guste.

-¡Hijo de puta!

Saltó, se retorció y cuando él volvió a bajar la cabeza para apoyar la boca sobre la suya, lo volvió a morder. Ben rodó con ella, cuidadoso de mantener alejadas las manos y las uñas de Willa de su cuerpo.

El golpe que ella le pegó con la rodilla erró por muy poco, cosa que él agradeció, pero estuvo tan cerca de dar en el blanco que Ben sudó.

Usó la mano libre para desgarrarle la camisa, y luego la camiseta de algodón que llevaba debajo, pero no la tocó. Era la lucha cuerpo a cuerpo, la excusa de violencia que Ben consideraba que ambos necesitaban para ahuyentar los temores.

Y cuando ella quedó tendida inmóvil debajo de él, jadeante, con los ojos cerrados, Ben creyó saber qué necesitaban ambos en ese momento.

-¡Suéltame, cobarde!

-Si es necesario te ataré a la cabecera de la cama, Willa, pero esta noche te quedarás aquí. Y cuando hayamos terminado, dormirás. Dormirás en serio. -En un rápido cambio hacia la ternura, apoyó los labios sobre la sien de Willa, luego sobre su mejilla, por fin sobre su mentón.

-¡Suéltame!

Ben levantó la cabeza. El pelo de Willa estaba desparramado sobre la colcha de color verde oscuro de su cama. Tenía las mejillas coloradas de furia. Echaba chispas por los ojos hasta un punto tal que a él le sorprendió que esa mirada no lo quemara.

-No puedo. -Bajó la frente hasta apoyarla sobre la de ella, mientras se preguntaba si alguno de los dos sería capaz de aceptarlo-. Simplemente no puedo.

La boca de Ben volvió a encontrar la de Willa en silencio, con lentitud, en un beso profundo hasta que ella sintió que algo se rompía en su interior y que la hacía temblar.

-¡No! -Apartó la cara mientras hacía un esfuerzo por evitar lo que sentía-. No me beses así.

-Es duro para los dos. -Le tomó la cara entre las manos y notó que en ese momento tenía los ojos oscuros y húmedos, ya desaparecida la furia-. Y tal vez se ponga aún más duro. -Volvió a buscar la boca de Willa con la suya y la mantuvo allí hasta que el impacto le recorrió todo el cuerpo-. ¡Dios, cómo te necesito, Will! Por favor, ¿cómo sucedió todo esto?

La arrastró hacia donde quería llegar, haciéndole sacudir la cabeza de un lado al otro y logrando que el corazón se le abriera para verter secretos que hasta ella misma ignoraba. Pronunció el nombre de Ben en un sollozo y luego soltó esa saliente resbalosa de la que se aferraba desde hacía más tiempo del que ella misma podía calcular.

Cuando Ben volvió a levantarla cabeza, ella miró fijo ese rostro, un rostro que conocía desde toda la vida, y que en ese momento empezaba a ver, fresco y nuevo.

-Suéltame las manos, Ben. -No luchó, no gritó, sino que solo repitió-. Suéltame las manos.

Ben lo hizo. Y cuando comenzó a alejarse de ella, esas manos le tomaron la cara, la enmarcaron y la volvieron a acercar.

-Vuelve a besarme -pidió en un murmullo-. Cómo te dije que no me besaras.

Y Ben lo hizo. Fue un beso profundo, cada vez más profundo hasta que se ahogó en él.

Hizo a un lado la camisa rasgada de Willa para encontrarla, reclamarla, con manos lentas y seguras. Ella se rindió a la sensación de esas manos que se deslizaban, raspaban, acariciaban. Se entregó a ello, al gusto de esa boca que bebía de la suya. Se rindió al calor de ese cuerpo, a los ángulos duros que se apretaban contra las curvas del suyo.

Lo que él deseara esa noche, ella se lo daría. Lo que él pareciera necesitar, ella descubriría. La silenciosa y muda desesperación pasó de Ben a ella, lo mismo que el placer de saber que poseía todo lo que él buscaba.

La violencia ya no existía. En ese momento solo eran suspiros y murmullos, el susurro de la piel que se desliza sobre la piel, los rápidos quejidos de asombrado deleite.

La luna salió, sin que ninguno lo notara, y los pájaros le cantaron a la luz. El viento suave y pleno de primavera, jugueteaba con las cortinas y ondeaba como agua, sobre la piel acalorada de ambos.

Se oyó el largo, muy largo quejido del primer orgasmo perezoso, uno que la dejó resplandeciente. Ben la levantó para que quedaran torso contra torso, para poder perder sus manos en el pelo de Willa, apartárselo de la cara. Cuando ella sonrió, él también lo hizo.

La siguió sosteniendo así, en un apretado abrazo, solo un abrazo, los corazones de ambos saltando al unísono, la cabeza de Willa sobre su hombro, sus manos en el pelo de ella. Y, sin dejar de abrazarla, la acostó de espaldas y se deslizó dentro de ella.

Lento y profundo, de modo que cada embate era como una palmada aterciopelada. La observó llegar al orgasmo, lo vio suceder, los ojos que se

oscurecían, los labios que temblaban, el repentino y fuerte estremecimiento. Los sedosos movimientos se aceleraron conduciéndolos a ambos hacia el precipicio.

Esa vez, cuando ella cayó, Ben permitió que lo arrastrara consigo.

Era el día perfecto para una boda con una brisa cálida que llevaba al valle el perfume de los pinos, que destacaba el aroma de las plantas en macetas que Tess ordenó colocar alrededor de los porches y terrazas de la casa principal.

No había ni rastros de lluvia ni de la helada tan feroz que los había azotado cuarenta y ocho horas antes y que produjo una honda preocupación a Tess y a Lily. El sauce llorón que crecía junto al estanque que Jack Mercy hizo construir y en el que pobló con carpas japonesas, ya olvidadas, lucía un verde delicado.

Había mesas con sombrillas rayadas, un dosel blanco como la nieve para proporcionar sombra a la fiesta nupcial, y la plataforma de madera que los peones construyeron con entusiasmo para que se utilizara como pista de baile.

Sería un día perfecto, pensó Willa, si no hubiera policías diseminados entre los invitados.

-¡Qué bien estás! -Con los ojos húmedos, Willa se acercó a Adam para enderezarle la corbata del esmoquin-. Pareces surgido de una revista. -Incapaz de no tocarlo, le pasó las manos por el frente de la camisa-. Un gran día, ¿verdad?

-El más grande. -Le sacó una lágrima de las pestañas y simuló meterla en el bolsillo-. La guardare. Tú casi nunca te permites derramarlas.

-Pero tengo la sensación de que hoy no podré menos que derramar muchas. -Tomó el pequeño ramillete de lirios del valle, que el mismo Adam había pedido, y se lo prendió con cuidado en la solapa-. Ya sé que se supone que debo permitir que tu padrino haga todo esto, pero Ben tiene las manos muy grandes.

-Las tuyas están temblando.

-Ya sé. -Rió un poco-. Se diría que la que se casa soy yo. Pero he estado tranquila hasta esta mañana cuando tuve que ponerme este vestido.

-Estás preciosa. -Le tomó la mano y la apoyó contra su mejilla-. Willa, desde antes de nacer has estado dentro de mi corazón. Y siempre estarás allí.

-¡Oh Dios! -Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Le dio un beso rápido y luego se volvió-. Debo irme. -En su ciega carrera hacia la puerta, chocó contra Ben-. ¡Muévete!

-Espera, déjame mirarte. -Ignorando los ojos llorosos, la hizo volverse para admirar el hermoso vestido azul-. ¡Bueno, bueno, bueno! Bonita como una flor de pradera. -Le secó una lágrima que le corría por la mejilla-. Y todavía húmeda de rocío.

-Ahórrate tus lindas palabras y haz lo que se supone que debes hacer con Adam. Cuéntale chistes malos o algo por el estilo.

-Para eso estoy aquí. -La besó antes de que ella pudiera alejarse-. El primer baile es mío. Y el último -agregó mientras ella se alejaba a toda velocidad.

No es justo, se dijo Willa mientras se apresuraba hacia la casa principal. No era justo que él la emocionara de esa manera. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, demasiado que hacer. Y no quería estar enamorada de Ben McKinnon.

«Y tal vez no lo esté», pensó, pasándose la mano por la nariz.

¡Pero esa reacción suya era tan vergonzosamente femenina! Imaginar que estaba enamorada de él tan solo porque se acostaban juntos, porque de vez en cuando él le decía palabras bonitas o la miraba de determinada manera.

«Se me pasará, eso es todo. Tendré que volver a ponerme en mi sitio antes de convertirme en el hazmerreír de todo el condado. O hasta que, por pensar tanto en él, haga alguna tontería como seguirle los pasos, o imaginarme en traje de novia.»

Se detuvo frente a la puerta y se llevó una mano al estómago tembloroso. Entró lo más compuesta que pudo y se enfrentó con Adele que lloraba mientras bajaba la escalera apoyada en el brazo de Louella.

-¿Qué pasa? -Willa se preparaba para correr hacia donde se guardaban las armas, cuando Louella sonrió.

-No sucede nada. Adele está sufriendo la típica reacción de la madre de la novia.

-¡Está tan hermosa! ¿No es cierto, Louella? Parece un ángel. ¡Mi bebé!

-Es la novia más hermosa que he visto. Tú y yo, querida, abriremos una botella de ese champán burbujeante y brindaremos por ella. -Palmeó a Adele mientras caminaban-. Sube, Will. Lily preguntó si lo harías en cuanto volvieras.

-Debería buscar a Rob.

-Los hombres no comprenden los momentos como este, Addy. -Louella la condujo hacia la cocina-. Lo buscaremos después de haber brindado por la novia. Un par de veces. Sube, Will, Lily te espera.

-Está bien. -Pero tuvo que sacudir la cabeza un instante, divertida y sorprendida a la vez por el lazo que se había creado entre esas dos esposas tan distintas de Jack Mercy.

Todavía seguía meneando la cabeza cuando abrió la puerta del dormitorio donde se hallaba Lily y quedó como petrificada.

-¿No te parece maravillosa? -preguntó Tess mientras le retocaba el velo-. ¿No está fabulosa?

-¡Dios! ¡Oh, Lily! Pareces un personaje de cuento de hadas. Una princesa.

-Yo quería un traje de novia blanco. -Sorprendida de sí misma, Lily giró ante el espejo de cuerpo entero. La mujer que le devolvía la sonrisa era hermosa, y lucía una falda de raso blanco y una blusa romántica de encaje y perlas-. Ya sé que es mi segundo matrimonio, pero...

-No, no lo es -dijo Tess, pasando una mano por las mangas largas de la novia-. Es el único que importa, de manera que es el primero.

-Mi primer matrimonio... -Lily se llevó las manos al velo que le caía sobre los hombros-. Ni siquiera estoy nerviosa. Estaba convencida de que lo estaría, pero no lo estoy.

-Tengo algo para ti. -En un estado de nervios poco habitual, Willa sacó la cajita de terciopelo que ocultaba a sus espaldas-. No es necesario que los uses. Se me ocurre que ya alguien se debe haber ocupado de lo nuevo, lo viejo y todo eso. Pero Tess me comentó que tu vestido estaba adornado con perlas y recordé estos. Eran de mi abuela. Nuestra abuela -se corrigió, tendiéndole la caja.

Al abrirla. Lily solo pudo lanzar un suspiro. Las perlas tenían forma de lágrimas y estaban engarzadas en una hermosa filigrana antigua. Sin vacilar un instante, se sacó los pendientes que había comprado para que hicieran juego con el vestido y los reemplazó con los que le acababa de regalar Willa.

-¡Son una maravilla! ¡Son perfectos!

-Te quedan bien. -Están hechos para seres delicados como Lily, pensó Willa con una mezcla de orgullo y envidia. No para las mujeres como yo-. Supuse que a ella le gustaría que los tuvieras. Yo no la conocí, ni nada, pero... ¡Diablos! Ya voy a volver a empezar a llorar.

-Eso nos está pasando a todas, pero yo lo puedo solucionar. -Tess puso un pañuelo de papel en manos de Willa-. Robé una botella de champán y la escondí en el baño para que Bess no se enterara. Diría que nos merecemos una copa.

Willa lanzó una risita mientras Tess se apresuraba a entrar en el baño.

-Sale a su madre.

-Gracias, Willa -dijo Lily, tocando los pendientes-. No solo por los pendientes, sino por todo.

-No sigas emocionándome, Lily. Se me acaban los dedos para contener la rotura de los diques. Tengo una fama por los alrededores y no es de llorona. -Sintió un alivio enorme al oír el ruido del corcho que retumbaba en los azulejos del baño-. Si los peones llegan a suponer que tengo un lado débil, se pondrán insoportables.

-¡Allá vamos! -exclamó Tess entrando con la botella y tres copas-. ¿Por qué queréis que brindemos? -Llenó las copas con generosidad y las fue pasando-. ¿Por el verdadero amor y la felicidad conyugal?

-No, ante todo... -Lily alzó su copa-. Por las señoras de Mercy. -Entrechocó su copa con la de Willa y la de Tess-. Hemos recorrido un largo camino en un tiempo muy corto.

-Eso es algo por lo que puedo brindar. -Tess alzó una ceja-. ¿Will?

-Yo también.

Willa golpeó su copa contra la de Tess y sonrió ante el sonido alegre del cristal. Nadie mejor que Hollywood para elegir las copas más perfectas.

Sonriente, Lily se llevó la copa a los labios.

-Pero solo puedo beber un sorbo. El alcohol no es bueno para el bebé.

-¿Bebé? -Corearon Willa y Tess al unísono.

Saboreando el momento, Lily apenas se mojó los labios con el champán.

-Estoy embarazada.

Más tarde Willa pensaría que jamás había visto algo tan mágico como Lily avanzando por el camino polvoriento del rancho, en su vestido de cuento de hadas, del brazo del hombre que llegó a ser su padre y hacia el hombre que sería su marido.

Y mientras se pronunciaban los votos y se hacían las promesas, se permitió olvidar que en el aire hubiera algo que no fuera belleza. Y cuando marido y mujer intercambiaron el primer beso y se empezaron a oír vítores, ella también vitoreó.

Pensó en la criatura, y en el futuro.

-¿Hasta dónde has viajado esta vez? -le murmuró Ben al oído.

Sorprendida, levantó la mirada y casi tropezó con los pies de él.

-¿Qué?

-Tus pensamientos te alejan constantemente de aquí.

-¡Ah! Ya sabes que debo concentrarme cuando bailo. Si no pierdo la cuenta.

-No te sucedería si permitieras que el hombre te dirigiera y tú lo siguieras. De todos modos no me refería a eso. La acercó hacia él-. ¿Te preocupa la posibilidad de que él esté aquí?

-¡Por supuesto que me preocupa! No hago más que mirar las caras de la gente que conozco, de gente a quien creo conocer, y me pregunto cómo serán en realidad. Si no fuera por el maldito testamento, Adam y Lily podrían irse por un par de semanas y pasar una verdadera luna de miel. Tendría dos personas menos por quienes preocuparme.

-Si no fuera por el maldito testamento, tal vez ni siquiera hubieran llegado al punto de tener que posponer la luna de miel -le recordó Ben-. No sigas pensando en eso, Will. Hoy no sucederá nada aquí.

-He tratado de no pensar en eso. ¡Ellos parecen tan felices! -Volvió la cabeza para poder volver a ver a los novios que bailaban uno en brazos del otro-. Es extraño, hace un año ni siquiera se conocían. Y ahora son marido y mujer.

-Una familia que se inicia.

Esa vez ella tropezó en serio.

-¿Cómo lo sabes?

-Me lo dijo Adam. -Sonrió y como estaba cansado de que lo pisoteara, la condujo hacia el bufé-. Creo que si se sintiera más feliz, tendría que dividirse en dos para que tanta felicidad le cupiera en el cuerpo.

-Y quiero que sigan siendo felices. -Resistió la tentación de palmear la pistola de bolsillo que había atado a su muslo. Era un arma lamentable y femenina, pero se sentía mejor sabiendo que estaba allí-. Será mejor que empieces a bailar con otras mujeres, Ben. En caso contrario la gente empezará a hablar.

Ben lanzó una risita y le tomó la barbilla. Para alguien con ideas tan claras como Willa, estaba absolutamente ciega en lo que a ella misma se refería.

-Querida, la gente ya está hablando. -Disfrutó de la manera que ella frunció el entrecejo al oírlo, para después estudiar al gentío como si esperara ver a alguien susurrando mientras se ocultaba la boca con una mano-. Y a mí no me molesta.

-No me gusta que la gente ande hablando de mí. -Señaló a Tess y a Nate con el mentón-. ¿Y de eso qué dicen?

-Que Nate se ha buscado una mujer escurridiza, y que tendrá que tratarla con mano muy firme si quiere conservarla. Bueno, ahí hay una mujer que sabe bailar. -Tomó dos copas de la bandeja que llevaba un mozo y señaló a Louella con una de ellas.

La madre de Tess lucía un vestido rosa y bailaba con entusiasmo sobre sus tacones altos con el padre de Ben. Por lo menos media docena de vaqueros marcaban el ritmo con los pies mientras esperaban su turno.

-Ese es tu padre.

-Sí.

-¡Míralo!

-Estará una semana dolorido, pero se sentirá feliz.

Riendo, Willa tomó la mano de Ben y se encaminó a un lugar desde donde pudiera verlos mejor. Mientras observaban, el vaquero de un rancho vecino los separó e inició un baile animoso. Stu McKinnon sacó el pañuelo y se enjugó la cara arrebatada.

-Sobrevivirá a todos -predijo Tess.

Nate le hizo un guiño a Ben y observó a Stu que se encaminaba al bar en busca de una cerveza.

-¿Ella te enseñó a bailar así?

-Todavía no he bebido bastante para bailar así. -Tess tomó la copa de Willa, bebió su contenido y se la devolvió vacía-. Dame tiempo.

-¡Ah! Soy un hombre paciente. Es la mejor boda en que he estado en toda mi vida, Will. Tú y las señoras debéis sentirlos orgullosos. -Luego lanzó un bufido cuando Louella chocó con él.

-Tu turno, buen mozo.

-Louella, yo no podría mantenerme a la par con usted aunque tuviera cuatro pies. En ese restaurante suyo debe mantener todo a un ritmo de locos.

-¿Restaurante? ¡Mierda! -aulló ella, aferrándole las manos-. Dirijo un lugar de *striptease*, querido. Y ahora, déjame enseñarte algunos pasos.

-¿Un lugar de *striptease*? -Willa levantó una ceja mientras Louella arrastraba a Nate hacia la pista.

-¡Mierda! -exclamó Tess, lanzando un suspiro-. Consígueme otra copa, Ben. Me hace falta.

-Enseguida.

-¿Un lugar donde se hace *striptease*? -volvió a preguntar Willa.

-¿Y qué? Es una manera de ganarse la vida.

-¿Cómo es? Lo que te pregunto es si se sacan toda la ropa y bailotean completamente desnudas. -Tenía los ojos muy abiertos, no porque se sintiera escandalizada, sino fascinada-. ¿Y Louella también...?

-No. -Tess aferró la copa que Ben traía y volvió a beber-. Por lo menos desde que compró su propio establecimiento.

-Nunca he estado en uno de esos lugares. -Y deben ser interesantes!, pensó Willa-. ¿También hay hombres? ¿Hombres que bailan desnudos?

-¡Por Dios, no! -Tess le pasó la copa a Willa-. Solo durante las noches exclusivas para público femenino. Voy a rescatar a Nate antes de que ella lo incluya en el show.

-Noches para público exclusivamente femenino. -A Willa la idea le parecía maravillosa-. Creo que pagaría por ver a un hombre bailando desnudo. -Especulando, volvió la cabeza y miró a Ben.

-¡Ni por todo el oro del mundo!

Willa pensó que podría ofrecerle otro tipo de pago y, riendo, deslizó un brazo alrededor de su cintura y observó a los bailarines.

Él también observaba. Y se sentía feliz. La novia era una belleza, resplandeciente, tal como debía estar una novia, con su traje y su velo blancos. La música sonaba fuerte y la comida y las bebidas abundantes.

Lo hacía sentir sentimental, orgulloso y fuerte al mismo tiempo.

Ese día tenía lugar gracias a él, y él se guardaba ese secreto y el placer que le proporcionaba. Durante toda su vida, hubo muchas cosas que estuvieron fuera de su control, fuera de su alcance. Pero eso era un logro completamente suyo.

Tal vez nadie lo supiera nunca. Era probable que tuviera que conservar el secreto para siempre. Como el héroe de un libro: una especie de Robin Hood que no se atribuía ningún mérito personal.

El hecho de salvar a Lily modificó su dirección, su propósito. Pero no sus medios.

Le divertía que la policía se pasara entre la multitud de invitados. Buscándolo. Convencidos de que conseguirían identificarlo.

Nunca lo lograrían.

Se imaginó continuando durante años, para siempre. Matando por placer. Ahora estrictamente por placer. La venganza, y hasta los resentimientos ocultos, le parecían débiles y muy poca cosa al lado del placer.

Alguien chocó con él. Una mujer bonita que flirteaba. El flirteó también con ella, la hizo reír, ruborizarse, la sacó a bailar.

Mientras pensaba, mientras se preguntaba todo el tiempo si ella podría ser la siguiente.

Su bonita cabellera pelirroja sería un hermoso trofeo.

Se consiguió una prostituta pelirroja porque le recordaba a la bonita pelirroja con quien bailó en la boda de Lily. Una prostituta no era un desafío demasiado grande, y eso lo desilusionó.

¡Pero hacía tanto que esperaba!

Fue considerado y esperó hasta que los padres de Lily y la madre de Tess regresaran a sus casas. No le parecía bien causar tanta conmoción mientras hubiera visitas en el rancho.

Los padres de Lily se quedaron allí una semana, y Louella diez días. Todo el mundo coincidió en que sobre todo echarían en falta a Louella, con sus sonoras carcajadas y sus chistes.

Y con esas faldas ajustadas que le gustaba usar.

La mujer era fabulosa y él esperaba que volviera muy pronto de visita. Sentía que lo unía un lazo con ella, con todos ellos.

Pero las visitas ya no estaban allí y el rancho volvía a la rutina. El tiempo se mantenía, cosa que a él le alegraba. Los sembrados y las pasturas crecían satisfactoriamente, aunque no les vendría mal un poco de lluvia. Pero Dios era testigo, y él también, que en Montana la lluvia siempre sobraba o faltaba.

En un par de ocasiones hubo algunos truenos en el oeste, pero hasta ese momento junio era un mes de sequía. Sin embargo los arroyos discurrían bien y el deshielo era abundante, de manera que él no se preocupaba.

El ganado engordaba en las pasturas y los terneros de primavera nacían en la fecha precisa. Se veían algunos alces curioseando por los alrededores, lo cual siempre era una preocupación. Los muy malditos destrozaban los alambrados y podían contagiar enfermedades a los vacunos, pero Willa no prestaba mucha atención a esos asuntos.

Después de analizar sus ideas novedosas de resembrar pasto natural, ir disminuyendo los productos químicos y las hormonas de crecimiento, estaba de acuerdo con ella. Decidió que aprobaba todo lo que ella hiciera y con lo que el viejo no habría estado de acuerdo.

Tardó un poco de tiempo y tuvo que analizar las cosas a fondo, pero en ese momento creía que estaba bien y que era justo que se le hubiera concedido a Willa el derecho de empuñar las riendas del rancho. Todavía le molestaba que McKinnon y Torrence pudieran intervenir y dar su opinión sobre la dirección del rancho, por lo menos durante algunos meses, pero Willa los sabía manejar.

Les había tomado cariño a Lily y a Tess, pero como siempre decía, la sangre tira. Ahora las visualizaba a ambas instaladas en Mercy, toda la familia echando raíces en el rancho.

Los integrantes de una familia se mantenían unidos. Era algo que le enseñaron desde la cuna y siempre hizo todo lo posible por vivir de acuerdo con ello. Solo fueron el dolor y la furia los que lo provocaron hasta el punto de querer causarles daño, el mismo dolor que sufría él. Pero ya estaba convencido de que todo eso era culpa del viejo y no de ellas. Por eso, en su momento, dejó una señal en la puerta de la casa principal, una señal que lo hizo reír y llorar al mismo tiempo.

Pero llegaba el momento de dedicarse a la caza mayor, por eso buscó a la prostituta pelirroja.

La consiguió en Bozeman, una puta de veinte pesos la hora a quien no creyó que nadie extrañaría. Era flaca como un palo y tonta como un poste pero tenía una boca enorme y sabía usarla. Cuando estuvieron en el asiento delantero del jeep y ella enterró la cara entre sus piernas, se ganó los primeros veinte y él le pasó los dedos por la larga cabellera pelirroja.

Casi con seguridad debía ser teñida, pero no tenía importancia. Era de un bonito color, y estaba limpia. Mientras soñaba con lo que vendría, apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento, cerró los ojos y le permitió que se ganara sus veinte dólares.

-Estás tan dotado como un toro, vaquero -dijo ella cuando terminó-. Debí haberte cobrado por centímetro. -Era la frase que siempre decía al terminar su trabajo y por lo general le hacía ganar una sonrisa o una modesta propina. No se desilusionó al ver que él le sonreía y que levantaba la cadera para sacar la billetera.

-Aquí tengo otros cincuenta, querida. ¿Por qué no damos una vuelta?

Ella era cautelosa, una mujer de su profesión debía serlo. Pero su mirada se posó con avaricia sobre el billete que él tenía en la mano.

-¿Adónde?

-Soy un tipo de campo, las ciudades no me gustan. Te propongo que busquemos un lugar tranquilo y hagamos crujir los asientos de este viejo jeep. -Al ver que ella vacilaba, extendió la mano y enroscó un mechón de pelo alrededor de sus dedos-. No cabe duda de que eres bonita. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

Por lo general a los tipos no les interesaba el nombre de una, pero a ella le gustó que él fuera así.

-Me llamo Suzy.

-¿Qué me dices, Suzy? ¿Quieres dar una vuelta conmigo?

El muchacho parecía inofensivo, y además ella tenía una pistola cargada en el bolso. Sonrió y en su rostro delgado apareció una expresión de desconfianza.

-Tendrás que ponerte un preservativo, vaquero.

-¡Por supuesto! -Antes muerto que metérsela a una prostituta-. Hoy en día uno no puede dejar de ser cuidadoso.

Con un guiño, observó desaparecer sus cincuenta dólares en el barato bolso de plástico de Suzy. Puso el motor en marcha y salió de Bozeman.

Era una noche bonita y clara, el camino estaba desierto y sintió la tentación de apretar el acelerador a fondo. Pero se contuvo y condujo con prudencia, mientras tarareaba las canciones que emitía la radio. Y cuando la oscuridad se convirtió en la oscuridad del campo, se sintió feliz.

-Ya estamos bastante lejos para cincuenta. -El silencio, la falta de luz y de gente, la ponían nerviosa.

«Todavía no estamos bastante lejos», pensó él y le sonrió.

-Conozco un lugar ideal a tres kilómetros de aquí. -Con una sola mano sobre el volante, metió la otra bajo el asiento, divertido al ver que ella se echaba atrás y aferraba su bolso. Pero él sacó una botella de vino barato que no solo contenía vino-. ¿Quieres beber, Suzy?

-Bueno... tal vez. -Por lo general sus clientes no le ofrecían vino ni le decían piropos, ni la llamaban por su nombre. Pero solo tres kilómetros más, vaquero -agregó mientras bebía de la botella-. Después haremos lo que tenemos que hacer.

-Yo y mi compañero estamos más que listos -contestó él, palmeándose la entrepierna y subiendo el volumen de la radio-. ¿Conoces esta canción?

Ella bebió otro trago, lanzó una risita y cantó con él.

Era de constitución débil, no debía pesar más de cincuenta kilos. La droga demoró menos de diez minutos en hacerle efecto. El le quitó la botella de los dedos laxos antes de que el líquido se derramara. Silbando, aparcó al borde del camino.

Suzy estaba desplomada en un rincón, pero para asegurarse él le levantó un párpado. Después asintió, satisfecho. Bajó del jeep, derramó en el suelo de tierra el resto del vino mezclado con una droga, y luego arrojó la botella lejos en la oscuridad.

Oyó que se rompía en el momento en que él se dirigía al portaequipaje del jeep para sacar la sogá.

-No es necesario que hagas esto, Will. -Adam estudió a su hermana mientras cruzaba a caballo al paso un arroyo angosto.

-Quiero hacerlo. Por ti. -Hizo una pausa para que *Moon* bebiera-. Por ella. Ya sé que no he visitado su tumba con demasiada frecuencia. Permití que otras cosas se interpusieran en mi camino.

-Para recordar a nuestra madre no es necesario que visites su tumba.

-Ese es el problema, ¿no lo ves? No la recuerdo. Con excepción de lo que tú me has contado.

Echó atrás la cabeza. Era una tarde gloriosa y estaba agradablemente cansada, con los hombros un poco doloridos de desenrollar alambres.

-No he venido con mucha frecuencia porque siempre me pareció morboso. Estar allí de pie, mirando un trozo de tierra y una piedra tallada, y sin tener ningún recuerdo que me permitiera aferrarme a ella. -Observó a un ave que pasaba volando-. Pero he empezado a pensar de otra manera. Fue porque vi a Lily con su madre y a Tess con la suya. También porque pienso en el bebé que lleva Lily en su vientre. En la continuidad.

Se volvió a mirarlo y su rostro estaba relajado.

-Para mí, la continuidad siempre estuvo ligada a la tierra, las estaciones, el trabajo que había que hacer en cada una de ellas. Cuando pensaba en ayer o en mañana, siempre era el rancho.

-El rancho es tu corazón, Willa. Es tu hogar. Eres tú.

-Sí, eso siempre será verdad. Pero ahora estoy pensando en la gente. Antes nunca pensaba en la gente... con excepción de ti. -Extendió un brazo y le cubrió una mano con la suya-. Siempre has estado allí. Mis recuerdos se refieren a ti. Me alzabas, me ponías sobre tu cadera, me hablabas y me contabas historias.

-Eras y siempre serás una alegría para mí.

-¡Serás un padre tan maravilloso! -Apretó por última vez la mano de Adam y espoleó a *Moon*-. He estado pensando. No es solo la tierra lo que continúa, no es solo la tierra con quien estamos en deuda. Yo le debo a mamá mi vida, y le debo tenerte a ti, y le debo la criatura que será mi sobrina.

Adam permaneció un instante en silencio.

-No se lo debes solo a ella.

-No, es verdad. -Adam me comprenderá. Siempre me comprende, pensó-. También estoy en deuda con Jack Mercy. Mi enojo ha desaparecido, y también el dolor. Le debo mi vida y las vidas de mis hermanas y la de la criatura que será mi sobrina. Es algo que puedo agradecerle. Y tal vez, de alguna manera, también le deba lo que soy. Si él hubiera sido distinto, también yo lo sería.

-¿Y qué me dices de mañana, Will? ¿De tus mañanas?

Ella solo alcanzaba a ver las estaciones y el trabajo que había que hacer en cada una de ellas. Y la tierra, que esperaba de una manera interminable.

-No sé.

-¿Por qué no le dices a Ben lo que sientes por él?

Willa suspiró y por una vez deseó que en algún rincón de su corazón pudiese haber un secreto que Adam no conociera.

-Todavía no he decidido lo que siento.

-Tus decisiones no tienen nada que ver con el asunto. -Sonrió mientras azuzaba al caballo para ponerlo al trote-. Y tampoco las de él.

«Y eso, ¿qué demonios querrá decir?», se preguntó ella. Frunció el entrecejo, azuzó a *Moon* y galopó tras Adam.

-No empieces a hablarme con frases crípticas. Recuerda que soy india solo en un cincuenta por ciento. Si tienes algo que decir...

Se interrumpió al ver que él alzaba una mano. Sin hacer preguntas, detuvo el caballo y siguió la dirección de la mirada de Adam, fija en las tumbas del cementerio. Ella también lo olía. Muerte. Pero ¿qué se podía esperar allí? Era uno de los motivos por los que casi nunca iba.

Pero entonces supo, aun antes de verlo, lo supo. Porque las muertes viejas tenían un murmullo silencioso y polvoriento. Y las muertes nuevas gritaban.

Volviéron a poner los caballos al paso, desmontaron en un silencio solo quebrado por el ruido del viento en la hierba alta y el acosante canto de los pájaros.

La única que había sido profanada era la tumba de su padre. En el interior de Willa se alzó una profunda sensación de disgusto, perseguida por la superstición. Burlarse e insultar a los muertos era un asunto peligroso. Se estremeció y descubrió que murmuraba una canción en la lengua de su madre para tranquilizar a los espíritus inquietos.

Después, para calmar el suyo, se volvió a mirar la tierra que se extendía hacia el infinito.

No se trata de un mensaje demasiado sutil, pensó mientras era presa de una furia repentina. El cuerpo mutilado estaba extendido sobre toda la tumba, y su sangre teñía la hierba recién nacida. La habían decapitado y luego colocado la cabeza con cuidado justo debajo de la lápida.

La misma lápida estaba manchada de sangre que ya se iba poniendo marrón bajo el sol. Las palabras habían sido escritas sobre las letras talladas.

Muerto, pero no olvidado.

Se sobresaltó cuando Adam le colocó una mano sobre el hombro.

-Vuelve al arroyo, Willa. Yo me encargaré de esto.

Las piernas débiles de Willa la urgían a obedecer, a arrastrarse hasta lograr montar a caballo y alejarse de allí. Pero la furia seguía estando allí y, debajo de ella, la deuda que acababa de reconocer.

-No. Era mi padre, mi sangre. Lo haré yo. -Se volvió y abrió la alforja-. Lo puedo hacer, Adam. Necesito hacerlo.

Sacó una manta vieja y desahogó parte de su enojo desgarrándola. Después buscó los guantes y se los puso. Tenía los ojos brillantes con una expresión dura.

-Por malo que haya sido, por mal que haya procedido, no merecía esto.

Tomó un trozo de manta y, arrodillada junto a la tumba de su padre, comenzó con la inmundicia de retirar el cuerpo. Se le revolvía el estómago, pero no le temblaban las manos. Cuando terminó tenía los guantes cubiertos de sangre

coagulada, de manera que se los sacó y los arrojó al montón. Después ató con fuerza los extremos de la manta y la apartó.

-Yo la enterraré -murmuró Adam.

Willa asintió y se puso de pie. Utilizó el agua de la cantimplora para empapar otro trozo de manta, luego volvió a arrodillarse y lavó la lápida.

Por más que la fregara, no conseguía limpiarla del todo. Tendría que volver con algo más que agua y un trapo improvisado. Pero hizo todo lo que pudo antes de apoyarse sobre los talones, con las manos heladas.

-Creí que te quería -murmuró-. Después creí que te odiaba. Pero nada de lo que haya sentido por ti fue tan profundo y mortífero como esto. -Cerró los ojos y trató de limpiar sus pulmones de olor a sangre y a muerte-. Creo que tú has sido siempre el motivo. Las muertes no estuvieron dirigidas a mí, sino a ti. ¡Dios mío! ¿Qué hiciste y a quién se lo hiciste?

-Toma. -Adam se inclinó para ayudarla a ponerse de pie-. Bebe un poco -agregó, ofreciéndole su cantimplora.

Ella bebió grandes tragos para tratar de quitarse el mal gusto de la boca. Notó que sobre la tumba de su madre había plantas florecidas. Y la de su padre estaba manchada de sangre.

-¿Quién lo odia hasta tal punto, Adam? ¿Y por qué? ¿A quién habrá herido más que a mí, y más que a ti? ¿Más que a Lily y a Tess? ¿A quién pudo herir más que a los hijos a quienes ignoró?

-No lo sé. -En ese momento solo se preocupaba por Willa y con suavidad la condujo hacia el caballo-. Aquí ya hemos hecho todo lo que se podía hacer. Ahora volveremos a casa.

-Sí. -Sentía las piernas quebradizas, como trozos de hielo-. Volveremos a casa.

Avanzaron hacia el oeste, hacia Mercy con un cielo teñido de un rojo tan fuerte como el de la tumba.

El Cuatro de julio significaba más que fuegos artificiales. Significaba enlazar y domar, y montar toros. Durante más de una década, Mercy y Three Rocks organizaban en sus ranchos una competición para sus vaqueros y para los vaqueros de ranchos vecinos que no se hubieran ido a pasar la fiesta a otra parte.

Ese año le tocaba el turno a Mercy de recibir a los competidores. Willa escuchó el consejo de Ben de trasladar por ese año la competencia a Three Rocks, el consejo de Nate de cancelarla por completo. Consideró ambos consejos y decidió ignorarlos.

Ella era Mercy, y Mercy continuaba.

De modo que los corrales estaban rodeados por un gentío que alentaba a sus favoritos. Los vaqueros se limpiaban los traseros después de ser arrojados de las monturas, o de volar por el aire y terminar en el suelo. En una pastura cercana, la carrera de barriles entraba en su segunda fase. Cerca del establo, resonaban los cascos y las sogas volaban por el aire.

Habían construido un palco especial para la banda de música, envuelto en telas coloradas, blancas y azules. Se consumían toneladas de ensalada de patatas, cantidades ingentes de pollo asado, barriles de cerveza y de té helado.

Quedaron algunos corazones partidos, y también algunos huesos.

-Veo que tendremos que competir en el tiro al blanco -comentó Ben, rodeando con un brazo la cintura de Willa.

-Prepárate para perder.

-¿Quieres apostar?

Ella inclinó la cabeza.

-¿Qué apostamos?

-Bueno.

Ben apretó la lengua contra su mejilla, los sombreros de ambos se chocaron y le susurró algo que la hizo abrir muy grandes los ojos.

-¡Lo estás inventando! -decidió Willa-. ¡Nadie podría sobrevivir a eso!

-¿No eres cobarde, verdad?

Ella se enderezó el sombrero,

-Si quieres arriesgarlo, McKinnon, acepto la apuesta. Participas en esta ronda de doma, ¿no es cierto?

-Sí, ya voy para allá.

-Tal vez te acompañe. -Sonrió con dulzura-. Le he apostado veinte a Jim.

-¿Apostaste en mi contra? -Vacilaba entre la sorpresa y la sensación de sentirse insultado-. ¡Diablos, Willa!

-Lo he estado viendo practicar. Ham lo estuvo entrenando.

Se alejó de él. No tenía sentido que le dijera que había apostado cincuenta por Ben McKinnon. Se le subiría a la cabeza.

-¡Willa! -Con un poco de sangre seca en el mentón, y un brazo sobre los hombros de una rubia que vestía vaqueros ajustados, Billy le sonrió-. Jim está por salir.

-Sí, ya sé, he venido a verlo. ¿A ti cómo te fue?

-¡Ay, mierda! -exclamó Billy, moviendo un hombro dolorido.

-¿Así de bien te fue? -Lanzó una carcajada e hizo lugar para Ben-. Todavía eres muy joven, muchacho. Seguirás rompiéndote huesos cuando ancianos como Ben McKinnon no puedan alejarse de sus mecedoras. Pídele a Ham que trabaje contigo.

Al levantar la vista vio que su capataz estaba junto al corral, dándole las últimas instrucciones a Jim.

-Estaba pensando que tal vez podría entrenarme usted. Con excepción de Adam, monta mejor que cualquier otra persona del rancho. Y Adam se niega a domar caballos de ese modo.

-Adam tiene una manera distinta de domarlos. Ya veremos -agregó Willa, y enseguida lanzó un grito de entusiasmo cuando la puerta se abrió y potro y jinete salieron disparados-. ¡Doma a ese demonio, Jim!

Él estaba envuelto en una nube de polvo, con un brazo en alto. Cuando sonó la campana de los ocho segundos, saltó al suelo con limpieza, rodó sobre sí mismo y se puso de pie entre los aplausos entusiastas del público.

-No estuvo mal -comentó Ben-. Ahora me toca a mí. -A punto de poner en juego su virilidad y su orgullo, colocó las manos debajo de los codos de Willa, la alzó y la besó-. Para que me des suerte -dijo mientras se alejaba.

-¿Cree que le ganará a nuestro Jim, Will? -preguntó Billy.

Ella pensó que Ben McKinnon prácticamente era capaz de ganarle a todo el mundo.

-Para eso tendrá que montar como un endemoniado.

A pesar de que la rubia se movía inquieta bajo el brazo de Billy, como para atraer su atención, el muchacho tironeó la manga de Willa.

-Usted tiene que competir con él en el tiro al blanco, ¿verdad?

-Así es.

-Le ganará, Willa. Hemos apostado dinero por usted. Todos los muchachos.

-Bueno, no me gustaría que lo perdierais.

Observó a Ben montando encima de la puerta. Le hizo un saludo con el sombrero, un gesto petulante que la hizo sonreír.

Cuando el caballo que montaba Ben salió a la pista, el corazón de Willa le dio un salto en el pecho. «Está... magnífico», decidió. Montaba muy erguido un caballo furioso, con una mano que parecía querer asir el cielo y la otra aferrada a la montura. Willa alcanzó a verle los ojos, con una concentración total.

«Tiene la misma expresión que cuando él está dentro de mí», pensó, y el corazón empezó a galoparle dentro del pecho. Ni siquiera oyó sonar la campana, pero lo vio desmontar de un salto mientras el caballo seguía pateando con furor. Ben permaneció de pie, con los pies firmemente plantados en el suelo. Y aunque la multitud lo ovacionaba, él la miró directamente a ella. Y le guiñó un ojo.

-¡Presumido! -susurró Willa. «Y además, estoy perdidamente enamorada de él.»

-¿Por qué hacen eso? -preguntó Tess, a sus espaldas.

-Por puro placer. -Willa se volvió, agradeciendo la excusa de poder pensar en otra cosa. Ese día Tess se había esmerado más que nunca en su aspecto. Lucía vaqueros apretados, botas de fantasía, una camisa azul fuerte con bordes plateados que hacían juego con la cinta que llevaba en el sombrero blanco-. Bueno, ¡estás preciosa! ¿Listo para la carrera, Nate?

-Sí, aunque este año será difícil, no he perdido las esperanzas. -Nate también nos va a ayudar en el concurso de consumo de pasteles -comunicó Tess con una risita, mientras enlazaba su brazo con el de él-. Estábamos buscando a Lily. Como ella ayudó a preparar los pasteles, queríamos que presenciara el concurso.

-La vi... -Willa entrecerró los ojos y escudriñó la multitud-. Creo que ella y Adam estaban ayudando con los juegos infantiles. La carrera con huevos sobre una cuchara, tal vez, o la carrera de sacos.

-La encontraremos. ¿Quieres acompañarnos?

-No gracias. Tal vez más tarde me reúna con vosotros. Ahora necesito una cerveza.

-Estás preocupada por ella -comentó Nate mientras se abrían paso entre la multitud.

-No lo puedo evitar. Tú no la viste el día en que volvió del cementerio. Se negaba a hablar del asunto. Por lo general consigo que hable de cualquier cosa, pero no de eso.

-Hace más de dos meses que asesinaron a Jesse Cooke. Creo que debemos aferrarnos a eso.

-Es lo que trato de hacer. -Tess se estremeció. Había música, gente, risas-. ¡Es una fiesta bárbara! No cabe duda de que por aquí sabéis organizar estas cosas.

-Podríamos empezar a organizar nuestras propias fiestas en el momento en que tú quieras.

-Ya hemos hablado de eso, Nate. En octubre regreso a Los Ángeles. Ahí está Lily. -Desesperada por conseguir algo que la distrajera, Tess le hizo un entusiasta saludo con la mano-. Juro que está resplandeciente. No cabe duda de que le sienta bien estar embarazada.

Nate pensó que era probable que a ella también le sentara. Esa era otra cosa que podían iniciar..., una vez que hubieran terminado de discutir esa idea absurda de volver a Los Ángeles.

Los primeros fuegos artificiales explotaron veinte minutos después del anochecer. Los colores treparon al cielo, ensombrecieron las estrellas, y luego cayeron como lágrimas. Willa observó el espectáculo en los brazos de Ben.

-Creo que a tu padre le gustan los fuegos artificiales más que a los chicos.

-Todos los santos años, él y Ham discuten acerca de la presentación y el orden en que hay que lanzarlos. -Ben sonrió cuando un polvo de estrellas floreció encima de ellos-. Después cacarean como gallinas y se turnan para encenderlos. Papá nunca permitió que Zack o yo participáramos del asunto.

-No te ha llegado el momento -murmuró ella. Eso también llegaría. Eso también era continuidad-. Ha sido un buen día.

-Sí. -Le cubrió una mano con las suyas-. Realmente bueno.

-¿No te sientes mal porque te haya vencido en el tiro al blanco?

Todavía le molestaba un poco, pero Ben se encogió de hombros. Ambos habían ido eliminando al resto de los competidores hasta que se encontraron cara a cara en la última rueda. Después tuvieron que desempatar dos veces. Y por fin ella ganó.

-Me ganaste por una insignificancia.

-No importa por cuánto. -Lo miró y sonrió-. Lo que importa es quién ganó. Tienes una excelente puntería. -Lo miró con expresión juguetona-. Pero la mía es mejor.

-Hoy fue mejor. De todos modos te costé veinte dólares porque le gané a Jim. Te lo tienes merecido.

Ella se volvió en sus brazos, riendo.

-Pero los recuperé con los cincuenta que aposté por ti. -Al ver que Ben la miraba sorprendido, agregó:- ¿Me crees tonta?

-No. -Le levantó la cabeza-. Creo que eres una mujer inteligente que sabe dosificar sus apuestas.

-Hablando de apuestas. -A pesar del gentío que jadeaba y vitoreaba con cada fuego artificial, Willa se pegó a él y apoyó su boca con fuerza sobre la de Ben-. Te propongo que entremos para ver si vivimos hasta que llegue la mañana.

-¿Me vas a dejar quedarme hasta la mañana?

-¿Por qué no? Mañana es fiesta.

Más tarde, cuando terminaron los fuegos artificiales, la multitud se retiró y la noche quedó en silencio, se volvieron de nuevo uno hacia el otro. Esa vez los sueños de Willa no habían estado llenos de sangre, de muerte y de miedo. Al tenerlo allí, cálido, sólido, listo para abrazarla, ella supo que esa noche no habría pesadilla.

Alguien más soñó con una prostituta pelirroja y se estremeció, fascinado con el recuerdo. Todo fue tan fácil, tan tranquilo, y podía recordar con claridad cada detalle.

La vio volver en sí con los ojos vidriosos, lanzando unos lloriqueos ahogados. La había llevado muy lejos de Bozeman, al abrigo de la oscuridad de los árboles.

No quería hacerlo en tierras de Mercy. Ni esa vez ni ninguna otra. Ya había terminado de castigar a Mercy. Pero no podía dejar de matar.

Le ató las manos a la espalda y la amordazó. No le habría importado oírla gritar, pero no quería que pudiera morderlo. Le cortó la ropa y se la quitó, pero tuvo cuidado, mucho cuidado de no cortarla.

Era muy, muy hábil con el cuchillo.

Mientras ella dormía pudo recuperar su dinero y el resto que la muchacha tenía, que era poco. Se tomó su tiempo, jugueteando con la pequeña pistola que llevaba y con su lápiz de labios.

Pero en ese momento en que estaba despierta, con los ojos muy abiertos y revolviéndose en el suelo, emitiendo ruiditos parecidos a los de un animal atrapado, él volvió a sacar el pintalabios del bolso barato.

-Una prostituta debería estar pintada como corresponde -dijo y se excitó pasándole el pintalabios sobre los pezones hasta que quedaron rojos, de un rojo sangre-. Eso me gusta. Sí, me gusta mucho.

Como tenía las mejillas muy pálidas, también se las coloreó en grandes círculos como las de una muñeca.

-Pensabas pegarme un tiro con este juguete, querida? -Con gesto juguetón le apuntó con la pistola y ella puso los ojos en blanco-. Supongo que una mujer con un trabajo como el tuyo debe protegerse de muchas maneras. Te dije que me pondría un condón.

Dejó a un lado la pistola y abrió el paquete de preservativos.

-Me encantaría que volvieras a chupármela, Suzy. Creo que fue la mejor sesión de sexo oral que he pagado. Pero esta vez podrías morderme. -Le dio un doloroso pellizco a los pezones colorados-. Y no podemos arriesgarnos a que eso suceda, ¿no es verdad?

Ya tenía una erección, una erección que le latía, pero se obligó a ponerse el preservativo con lentitud.

-Uno no puede violar a una prostituta, pero como no pienso pagarte, supongo que desde un punto de vista técnico se podría llamar violación. De manera que diremos que te voy a violar. -Se colocó encima de ella y sonrió cuando Suzy trató de levantar las piernas para protegerse-. ¡Pero, querida, no seas tímida! Te gustará.

Con dos movimientos rudos, le enderezó las piernas y las abrió.

-Maldita sea si no te va a gustar. Y me dirás hasta qué punto te encanta. No puedes decir mucho con ese trapo metido en tu boca de prostituta, pero lanzarás quejidos y gemidos por lo que te haga. Quiero que gimas ahora. Como si no pudieras esperar. ¡Ahora! -repitió.

Ella consiguió lanzar un sollozo que lo conformó.

-Haz ruido, bastante ruido. Me gusta el sexo con mucho ruido.

La penetró con brusquedad. Suzy estaba tan acogedora como una tumba, pero él la atacó con tremendos embates que le cubrieron la espalda con una capa de sudor que resplandecía bajo la luz de las estrellas. Dolorida y atemorizada, la muchacha ponía los ojos en blanco, lo mismo que hacía un caballo cuando uno le clavaba las espuelas y le sacaba sangre.

Cuando terminó, él rodó hacia un lado, jadeante.

-Ha sido bueno. Ha sido bueno. Sí, lo volveré a hacer dentro de un par de minutos.

Ella estaba enroscada sobre sí misma, como una pelota y, sollozando, trataba de reptar. Con gesto perezoso, él levantó el arma y disparó hacia el cielo. Ella se detuvo en seco.

-Descansa allí, Suzy. Yo veré si puedo juntar fuerzas para otra ronda.

Esa vez la sodomizó, pero no le gustó tanto. Tardó demasiado en tener una erección y el orgasmo fue pequeño y poco satisfactorio.

-Supongo que ya he terminado. -Le pegó una palmada amistosa en las nalgas-. Y tú también.

Pensó que era un crimen que no pudiera conservarla durante un par de días, como había hecho con Traci con i. Pero ahora esa clase de juego era demasiado peligroso.

Y siempre habría otra prostituta.

Abrió la mochila y allí estaba, esperando. Con amor, sacó el cuchillo de su vaina de cuero engrasado y admiró los reflejos del metal a la luz de las estrellas.

-Me lo regaló mi papá. Fue el único que me dio en su vida. Bonito, ¿verdad?

Después de pegarle un empujón para que cayera de espaldas, lo sostuvo en alto, frente a su rostro, para que lo viera.

Y sonriendo, la montó.

Y sonriendo, comenzó a trabajar con ella.

En ese momento había un trofeo pelirrojo en su caja de secretos. Dudaba que la encontraran en el lugar donde la dejó. Y, si lo hacían, dudaba que pudieran identificar lo que quedaba de ella una vez que los depredadores se hubieran hecho cargo de lo que les acababa de dejar.

Ya no le hacían falta el temor ni la fama. Bastaba con que él lo supiera.

En Montana los veranos eran cortos e intensos, y agosto podía llegar a ser cruel. El sol horneaba la tierra, secaba los árboles y hacía que los hombres oraran pidiendo que lloviera.

La llama vacilante de un fósforo o un rayo caído del cielo, convertía una pastura en fuego, una cosecha en lágrimas.

Con la camisa totalmente sudada, Willa estudiaba un terreno sembrado de cebada.

-Este es el verano más caluroso que recuerdo.

Por toda respuesta, Wood lanzó un gruñido. Se pasaba el tiempo mirando el cielo con el entrecejo fruncido y preocupándose por su cosecha. Sus hijos hubieran debido estar allí, compartiendo sus problemas, pero se cansó de verlos pelear y los mandó de vuelta a su casa, para que molestaran a la madre.

-La irrigación ayuda un poco. -Escupió como si esa gota de humedad pudiera ayudar en algo. Para él Mercy era, a la vez, una alegría y una preocupación y lo había sido durante tanto tiempo que ya no recordaba cuánto-. El nivel superior del agua subterránea está muy bajo. Si esto sigue un par de semanas más tendremos problemas.

-No trates de endulzármelo -dijo Willa con cansancio mientras volvía a montar-. Superaremos este mal momento.

Wood volvió a lanzar un gruñido, meneó la cabeza y la miró alejarse.

El suelo de tierra le devolvía un calor poco piadoso y permanente. El ganado junto al que pasaba estaba quieto, con la energía apenas suficiente para mover la cola. Ni siquiera la brisa más leve movía la hierba.

Vio que un jeep seguía la línea del alambrado y a dos hombres que desenrollaban alambre. Cambió de dirección y se dirigió hacia ellos.

-Ham, Billy. -Desmontó y se encaminó hacia la caja del jeep donde había un bidón de agua helada. Se sirvió un vaso.

-Ham asegura que esto no es hacer calor, Will. -Mientras sudaba con alegría, Billy estiraba alambres-. Dice que recuerda que un verano hizo tanto calor que los huevos se freían dentro de su misma cáscara.

Ante eso, Willa no pudo menos que sonreír.

-Supongo que debe tener razón. Cuando uno vive aquí tantos años como ha vivido Ham, siempre tiene oportunidad de ver todo dos veces.

Sacó el sombrero y se pasó un brazo por la frente. No le gustaba el color de Ham. Tenía el rostro tan colorado que parecía a punto de explotar. Pero sabía que era necesario que tratara el tema con prudencia.

Sirvió dos vasos de agua y se les acercó para ofrecérselos.

-Hace mucho calor para este trabajo. ¿Por qué no os tomáis un descanso?

-Ya estamos a punto de terminar -contestó Ham, pero jadeaba.

-Es importante no deshidratarse. Me lo has dicho tantas veces que estoy convencida de que es verdad. Prácticamente lo obligó a aceptar el vaso de agua-. ¿Tomáis siempre vuestras tabletas de sal?

-Por supuesto -contestó Billy mientras bebía el agua a grandes tragos.

-Ham, yo voy a terminar esto con Billy. Te pido que lleves a *Moon* de vuelta a la casa.

-¿Para qué diablos? -Tenía los ojos llorosos de tanto entrecerrarlos para protegerlos del sol. Bajo la camisa empapada, el corazón le latía como un martillo sobre un yunque. Pero él siempre terminaba los trabajos que empezaba-. Te dije que ya casi hemos terminado.

-Mucho mejor, entonces. Necesito que lleves de vuelta a *Moon* y que me consigas esos informes de la feria. Me estoy retrasando y quiero trabajar en eso esta noche.

-Sabes de memoria dónde están esos malditos informes.

-Y los necesito. -Con aire indiferente sacó los guantes de la alforja que llevaba en la montura-. Y a lo mejor logras convencer a Bess de que haga un poco de helado de melocotón. Si tú se lo pides lo hará y me muero por comerlo.

Ham no era tonto y sabía exactamente lo que Willa se proponía.

-Estoy estirando alambres aquí, muchacha.

-No. -Movi6 el rollo de alambre mientras Bill la miraba fascinado-. Soy yo la que está estirando alambres aquí. Tú llevarás de vuelta a *Moon*, buscarás esos informes en mi despacho y convencerás a Bess de que prepare helado de melocotón.

Ham arrojó el vaso al suelo y se plantó muy firme sobre sus pies.

-¡Al demonio con eso! Lleva tú de vuelta a *Moon*.

Willa depositó el rollo de alambre en el piso.

-Yo soy la encargada de dirigir Mercy, Ham, y te estoy diciendo lo que quiero que hagas. Si eso te resulta un problema, más tarde hablaremos del asunto. Pero en este momento, monta a *Moon* y ve a hacer lo que te he pedido.

La cara de Ham estaba cada vez más arrebatada y el pulso de Willa se aceleró, pero lo miró con frialdad y clavó los ojos en los de él. Después de diez segundos durante los que el calor los azotó a ambos, Ham se volvió muy tieso y montó.

-Si crees que no soy capaz de hacer el trabajo que está haciendo ese chico novato, entonces te aconsejo que prepares mi cheque. -Le clavó los talones a la yegua, hizo que, sorprendida, *Moon* relinchara y luego salieron al galope hacia la casa.

-¡Uf! -fue todo lo que pudo decir Billy.

-¡Maldición! Debí haber llevado mejor este asunto. -Se pasó las manos por la cara.

-Ya se tranquilizará, Will. No lo hace por maldad. Ham es incapaz de dejar Mercy ni de dejarla a usted.

-Eso no es lo que me preocupa. -Lanzó un suspiro-. Estiremos este maldito alambre.

Esperó hasta el anochecer, canceló la cita que tenía con Ben y se sentó en el porche del frente. Oyó los truenos y vio los relámpagos, pero el cielo estaba demasiado claro para que lloviera.

Aunque hacía mucho calor no tuvo ganas de comer el helado preparado por Bess. A pesar de que Tess salió con un recipiente lleno para ofrecérselo, Willa meneó la cabeza.

-Hoy has estado de mal humor desde que llegaste. -Tess se apoyó contra el pasamanos del porche y trató de imaginar la brisa fresca que soplaba al borde del mar-. ¿Quieres hablar del asunto?

-No. Es un problema personal.

-Son los más interesantes. -Con aire filosófico, Tess hundió una cuchara en el helado y lo probó-. ¿Ben?

-No. -Willa se encogió de hombros, irritada-. ¿Por qué será que todo el mundo cree que todos mis pensamientos personales se refieren a Ben McKinnon?

-Porque en general las mujeres tenemos nuestros peores humores a causa de un hombre. ¿No te peleaste con él?

-No hago más que pelearme con él. -Me refiero a una verdadera pelea.

-No.

-Entonces ¿por qué has cancelado la cita que tenias hoy?

-¡Dios santo! ¿No puedo decidir que tengo ganas de quedarme una noche en casa, sentada en el porche, sin tener que contestar un montón de preguntas?

-Creo que no. -Tess volvió a hundir la cuchara en el helado-. ¡Este helado es excelente! -Limpió la cuchara con la lengua-. Ven, pruébalo.

-Si con eso consigo que me dejes de molestar. -Con muy pocas ganas, Willa tomó el bol y probó el helado. El gusto era celestial-. Bess prepara el mejor helado de melocotón del mundo entero.

-Creo que estoy de acuerdo contigo. ¿Tienes ganas de comer helado, emborracharte y después nadar un poco? Me parece que sería una buena manera de enfriarte.

Willa entrecerró los ojos, llena de desconfianza.

-¿Por qué estás tan amistosa conmigo?

-Porque te veo muy deprimida. Creo que me inspiras lástima.

La respuesta debería haberla enojado. Pero en lugar de eso, la emocionó.

-Esta tarde tuve un cambio de palabras con Ham. Estaba arreglando alambrados y su aspecto me asustó. De repente me pareció muy viejo y hacía un calor espantoso. Tuve miedo de que tuviera un derrame cerebral o algo parecido. Un infarto. Lo obligué a volver y eso lo hirió en su amor propio. No puedo darme el lujo de perder a otro -agregó en voz baja-. En este momento, no. Todavía no.

-Ya recuperará su amor propio. Tal vez lo hayas herido un poco, pero te tiene demasiado cariño para seguir enojado durante mucho tiempo.

-Es lo que espero. -Ya más tranquila, le devolvió a Tess el bol de helado-. Tal vez dentro de un rato siga tu consejo y vaya a nadar un poco.

-Está bien. -Tess abrió la puerta de alambre, tejido y le sonrió-. Pero no tengo puesto el traje de baño.

Con una risita, Willa se recostó contra el respaldo de la mecedora y la hizo crujir. Seguía tronando, ahora un poco más cerca. Y escuchó el ruido de botas sobre la piedra. Se irguió y bajó un brazo hacia el lugar donde tenía el rifle. Pero volvió a subir la mano y la colocó sobre la falda al ver aparecer a Ham.

-Buenas noches -dijo.

-Buenas noches. ¿Has preparado mi cheque? Vieja cabra cabeza dura, pensó ella, y señaló la silla que había a su lado.

-¿Quieres sentarte un minuto?

-Tengo que hacer el equipaje.

-¡Por favor!

Con las piernas combadas muy tiesas, Ham subió los escalones y se instaló en la otra mecedora.

-Hoy me has quitado autoridad delante de ese chico -dijo.

-Lo siento. -Cruzó las manos sobre la falda y lo miró fijo. Le dolía el tono de voz de Ham, lleno de orgullo herido-. Traté de hacerlo de la manera más sencilla.

-¿De la manera más sencilla? ¿Crees que me hace falta que una jovencita a quien enseñé a caminar vaya a decirme que soy demasiado viejo para cumplir con mi trabajo?

-Nunca dije que

-¡Vaya silo dijiste! Estaba claro como la luz del día.

-¿Por qué tienes que ser tan cabeza dura? -Por pura frustración, pateó el pasamanos de madera del porche-. ¿Por qué tienes que ser tan tozudo?

-¿Yo? Jamás en la vida conocí a una mujer más cabeza dura que la que en este momento está sentada a mi lado. ¿Crees que lo sabes todo, muchacha? ¿Crees conocer todas las respuestas? ¿Que todo lo que haces está bien?

-¡No! -contestó ella como una explosión y se puso de pie de un salto-. No, eso no es cierto. La mitad de las veces no sé si lo que hago está bien o no, pero debo hacerlo igual. Y hoy hice lo que tenía que hacer, y estuvo bien hecho. ¡Maldita sea, Ham! En diez minutos más habrías tenido un infarto, y entonces ¿dónde diablos estaría yo? ¿Cómo diablos crees que voy a dirigir este rancho sin ti a mi lado?

-Es justamente lo que estás haciendo. Hoy me apartaste de mi trabajo.

-Te retiré de los alambrados. No quiero que arregles alambrados con este calor. Te digo que no lo toleraré.

-¡Que no lo tolerarás! -Ham también se puso de pie y se enfrentaron, cara a cara-. ¿Quién mierda te crees que eres para decirme que no lo tolerarás? He estado arreglando alambrados en toda clase de climas desde mucho antes de que tú nacieras. Y hasta que me vaya de esta vida, ni tú ni nadie me dirá que no lo puedo seguir haciendo.

-Yo te lo estoy diciendo.

-Entonces prepárame mi último cheque.

-Muy bien. -Cegada por su enojo, Willa giró sobre sus talones y abrió la puerta. Apretó contra ella el puño cerrado, luego la cerró de un portazo que retumbó en toda la casa-. ¡Estaba asustada! ¿Por qué no se me puede permitir estar asustada?

-¿De qué mierda estabas asustada?

-De perderte a ti, hijo de puta cabeza dura. Estabas todo colorado y sudado y jadeabas como una maquinaria descompuesta. No lo pude soportar. Sencillamente no pude. Y si me hubieras hecho caso enseguida, no habiéramos tenido problemas.

-Hacía calor -contestó Ham, pero en voz baja y algo avergonzado.

-Ya sé que hacía calor. ¡Maldita sea, Ham, de eso se trata! ¿Por qué me obligaste a insistir tanto? Yo no quería avergonzarte frente a Billy. Lo único que quería era que no siguieras al sol. Sé muy bien quién fue mi padre agregó, furiosa. La última frase de Willa hizo que Ham levantara la cabeza y la mirara-. Y todavía no lo he enterrado. Y me refiero al padre que siempre me apoyó, cada vez que tuve necesidad de que me apoyaran. Y no lo quiero enterrar en mucho tiempo.

-Podría haber terminado ese alambrado. -Golpeó el pasamanos con un pie y lo miró-. ¡Diablos, Will! Estaba obligando al muchacho a hacer casi todo el trabajo. Conozco mis límites.

-Te necesito aquí. -Esperó unos instantes para poder tranquilizarse-. Te necesito, Ham. Te estoy pidiendo que te quedes.

Ham hizo un movimiento de hombros, no apartó la mirada de sus pies.

-Supongo que no tengo ningún lugar mejor donde estar. No debí discutir contigo. Creo que sabía que estabas pensando en mí. -Movié los pies y se aclaró la garganta-. En definitiva, estás haciendo un buen trabajo en este rancho. Estoy... orgulloso de ti.

Y es por eso que Ham es el que cuenta, pensó Willa. Su verdadero padre jamás le dijo esas palabras.

-Pero yo no lo puedo hacer sola. ¿Quieres entrar? -Volvió a abrir la puerta-. Te convido con un poco del helado de melocotón. Y, mientras comes, puedes decirme todo lo que estoy haciendo mal.

Ham se rascó la barba.

-Tal vez. Creo que hay un par de cosas que te podría aconsejar. Cuando se fue, tenía el estómago lleno y el corazón mucho más liviano. Se encaminó a la casa de los peones, con paso ágil. Oyó los ruidos, los mugidos inquietos del ganado, el taconear de botas.

¿Quién mierda estaba de guardia? No lo recordaba con claridad. Jim o Willy, pensó y decidió dar una vuelta para comprobarlo.

-¿Eres tú, Jim? ¿Billy? ¿A qué estáis jugando a estas horas?

Entonces vio el primer ternero, sangrando, con los ojos en blanco de dolor y de miedo. Ya había dado dos pasos antes de ver al hombre que surgía de entre las sombras.

-¿Qué mierda es esto? ¿Qué diablos has hecho?

Y lo supo antes de ver el cuchillo que se levantaba, pero no tuvo tiempo de gritar.

El pánico fue lo primero que sintió. Con el cuchillo ensangrentado en la mano, bajó la vista y miró a Ham, miró la sangre. Se limpió una mano contra la boca. Lo único que había necesitado era un rápido desahogo, eso era todo. Un ternero. Pensaba arrearlo hasta tenerlo lejos del patio del rancho, pero el cuchillo se movió en sus manos como por volición propia.

Y ahora Ham. Nunca tuvo intenciones de hacerle daño a Ham. Ham lo había entrenado, trabajó con él, le prestaba atención cada vez que necesitaba que se la prestaran. Siempre tuvo la impresión de que Ham sabía la verdad acerca de sus orígenes y sobre quién era.

Y Ham era leal.

Pero en ese momento no tenía alternativa. Debía terminar lo empezado. Se agazapó y se preparó en el momento justo en que Willa salió corriendo hacia la noche.

-¡Ham! ¿Eres tú? Me olvidé de hablarte de... -Sus botas patinaron. Un relámpago iluminó a los hombres que estaban prácticamente a sus pies-. ¡oh, Dios! ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sucedido? -Ya estaba de rodillas, tomando a Ham en sus brazos-. Él...? -Y había sangre en sus manos.

-Lo siento, Will. Lo siento. -Volvió el cuchillo contra ella, lo acercó a su cuello-. No grites. No quiero lastimarte. Tembloroso, respiró hondo-. Soy tu hermano.

Y levantó el puño, la golpeó y la dejó inconsciente.

Ham despertó al dolor. Un dolor feroz, cegador. No podía ubicarlo, no encontraba el lugar, pero tenía gusto a sangre en la boca. Gimiendo, trató de sentarse, pero no podía mover las piernas. Volvió la cabeza y vio que el ternero se había desangrado. Sus ojos estaban muertos.

«Pronto yo también me desangraré», pensó.

Había algo más en el suelo que atrajo su mirada. Lo miró fijo un largo rato, lo vio acercarse y alejarse mientras su vista se aclaraba y se empañaba. Después, siseando, se le acercó y lo tocó.

Era el sombrero de Willa.

Tendría que llevarla en brazos. Tendría que haber ido en busca de un jeep, sabía que debió hacerlo, pero estaba tan estremecido que no pudo pensar con claridad. En ese momento la depositó con el mayor cuidado posible en el suelo de la pastura y, con manos temblorosas, sacudió un cubo lleno de avena.

Irían a caballo. Posiblemente fuera lo mejor. Quería llevársela lejos, a las montañas, a un lugar donde pudiera explicarle todo. Cuando lo hiciera, ella comprendería.

La sangre tiraba.

Ensilló el pintado que metió el hocico en el cubo, luego el ruano que trató de hacer lo mismo.

Le resultaba odioso hacerlo, aunque fuera por un rato, pero no tuvo más remedio que atar las manos de Willa, que atarle los tobillos, y atarla luego a la montura. Recuperó el conocimiento demasiado pronto, pensó, y en cuanto lo hizo trató de escapar antes de que él pudiera explicarle todo.

Tenía que comprender. Rezó para que comprendiera mientras la subía a la montura y tomaba los dos pares de riendas. Porque si no comprendía, tendría que matarla.

Los truenos resonaron más cerca cuando se acercaban a las montañas.

Ham tomó el sombrero en sus manos y se puso de pie, tambaleante. Consiguió dar dos pasos de borracho antes de volver a caer de rodillas. Gritó, pero la voz que resonaba como un trueno en sus oídos, era apenas un susurro.

Pensó en Willa, apenas un bebé, con su boca lechosa que le sonreía cuando la subía a la montura con él. Una chiquita, toda trenzas y ojos, que le suplicaba que le permitiera acompañarlo a caballo hasta las pasturas. Una adolescente desgarrada como un potrillo, que arreglaba alambrados con él, mientras conversaba sin cesar.

Y la mujer que lo había mirado esa noche, con el corazón en los ojos, cuando le dijo que él era el que contaba.

De modo que contuvo el dolor que lo carcomía como un cáncer y luchó por volver a ponerse de pie.

Alcanzaba a ver la casa principal, las luces de las ventanas. La sangre le corría por los dedos y manchaba el sombrero de Willa. Ham no sintió el suelo cuando este saltó a su encuentro.

Volvió en sí con lentitud; le latía el mentón. Tenía la mirada clavada en el suelo que saltaba y caía debajo de ella. Trató de moverse y descubrió que se encontraba muy bien atada, cruzada en la montura, con la cabeza caída.

Debió gemir o hacer un ruido, porque los caballos se detuvieron enseguida.

-Está bien, Will. Estás bien. -Aflojó la sogá que le ataba los tobillos, pero no la que le rodeaba las muñecas-. Tenemos que seguir un poco más adelante. ¿Podrás soportarlo?

-¿Qué? -Todavía mareada, sintió que la alzaban, que la sentaban sobre la montura. Sacudió la cabeza con fuerza para aclararla, mientras sentía que le ataban las manos a los tientos de la montura-. Tú solo debes tratar de recuperar el aliento. Yo llevaré las riendas de tu caballo.

-¿Qué estás haciendo? -De alguna manera lo tenía en la mente, pero se negaba a permanecer allí-. ¿Ham?

-No lo pude evitar. Sencillamente no lo pude evitar. Hablaremos de esto a fondo. Tú solo... -Se interrumpió y le tiró del pelo al ver que ella se preparaba para gritar-. No grites. Nadie podrá oírte, pero no quiero que grites. Mientras susurraba palabras incomprensibles, se quitó el pañuelo del cuello y la amordazó con él-. Lamento tener que hacerlo de esta manera, pero tú todavía no comprendes.

Hizo un esfuerzo por no enfadarse con ella, se acercó a su caballo y lo dirigió hacia los árboles.

Bueno, Willa se ha perdido su baño en la piscina, pensó Tess mientras se ataba el cinturón del albornoz. Se pasó los dedos por el pelo para alisarlo y salió del vestuario de la piscina para dirigirse a la cocina.

Tal vez siga de mal humor, pensó. Willa se preocupaba por todo. Quizá sería bueno enseñarle algunas técnicas de relajación, aunque no le resultaba fácil imaginar a Willa meditando o experimentando con la imaginación.

La lluvia la hará feliz, supuso Tess. ¡Dios! Allí todo el mundo vivía pendiente del tiempo. Demasiada lluvia, demasiada sequía. Demasiado frío, demasiado calor. Bueno, en dos meses más se despediría de los paisajes de Montana y exclamaría: «¡Hola, Los Ángeles!».

Almuerzo al fresco. Cartiers. Dios era testigo de que merecía darse el gusto de comprar algunas joyas ridículamente caras, después de haber desaparecido durante un año del mundo real.

El teatro. Palmeras. Rutas con embotellamientos de tráfico y el glamour tan familiar.

¡Dios bendiga a Hollywood!

Después se sintió un poco defraudada, porque en ese momento la perspectiva no le parecía tan maravillosa como hacía un mes. O dos.

No, se alegraría de estar de vuelta. La fascinaría. Lo que le sucedía era que estaba preocupada y un poco triste. Nada más. Sin embargo, después de todo tal vez compraría un lugar en las montañas, en lugar de hacerlo en la playa. Allí arriba podría tener un caballo, y árboles y pasto. En definitiva eso significaría tener lo mejor de dos mundos. Un viaje veloz y emocionante desde la excitación y las multitudes de la ciudad, para encontrarse con los placeres del campo que había aprendido a disfrutar.

Bueno, no sería exactamente campo, visto desde los parámetros de Montana, pero las colinas de Hollywood le vendrían muy bien.

Era probable que pudiera convencer a Nate de que fuera a visitarla. De vez en cuando. Después de un tiempo, la relación que tenían se esfumaría. Lo esperaba y, maldición, lo aceptaba. Porque sería así. Esa loca idea de Nate de que ella se instalara allí, que se casaran y empezaran a tener hijos era ridícula.

Ella tenía una vida en Los Ángeles. Una carrera. Tenía planes, planes importantes y jugosos. Faltaban pocas semanas para que cumpliera treinta y un años y a esa altura de la vida, no pensaba dejar de lado sus planes para instalarse a ser la esposa de un ranchero.

No pensaba ser esposa de nadie.

Deseó haber llevado consigo un cigarrillo, pero entró en la cocina en busca de algún otro estímulo.

-Ya te has comido tu ración de helado.

Tess frunció la nariz a espaldas de Bess.

-No vine a buscar helado. -Pero de todos modos le habría gustado comer otro par de cucharadas. Se acercó a la nevera y sacó una jarra de limonada.

-¿Te has vuelto a bañar desnuda?

-Sí. Deberías hacer la prueba.

Ante la idea, Bess hizo un gesto de desagrado.

-Cuando termines, pon ese vaso en el lavavajillas. La cocina ya está limpia.

-Muy bien. -Tess se dejó caer en una silla y hojeó el catálogo que Bess había dejado sobre la mesa-. ¿Piensas salir de compras?

-Creo que sí. Tal vez a Lily le guste esta cuna. La que usamos para vosotras no se guardó después que Willa dejó de utilizarla. La tiramos.

-¡Ah! -Resultaba interesante el pensamiento de que ella, Lily y Willa hubieran compartido algo tan tierno como una cuna-. ¡Es adorable! -Fascinada, Tess acercó la silla a la mesa-. Mira los moños que tiene en el forro.

Bess la miró con cara de pocos amigos.

-Yo compraré esa cuna.

-Está bien. Está bien. ¡Oh, mira! Aquí hay una cuna mecedora. Eso también le encantaría a Lily, ¿verdad? Podría instalarla junto a su silla y mecer al bebé.

-Supongo que sí.

-¿Por qué no hacemos una lista?

La expresión de Bess se dulcificó bastante mientras sacaba un bloc que tenía debajo del catálogo.

-Ya he empezado a hacer una.

Lanzaron exclamaciones de placer sobre ositos de peluche, discutieron brevemente sobre el mejor tipo de andador. Tess se puso de pie para servir más limonada para las dos; luego, al oír pasos, miró la puerta de la cocina.

-No esperaba que viniera nadie -susurró, llevándose una mano a la garganta.

-Yo tampoco. -Tranquila como el hielo, Bess sacó la pistola que llevaba en el bolsillo del delantal, se puso de pie y se puso frente a la puerta-. ¿Quién está ahí? - Cuando el que llegaba apretó la cara contra el alambre tejido, no pudo menos que reír de sí misma-. ¡Dios todopoderoso, Ham! Estuve a punto de meterte una bala en el cuerpo. No deberías andar medoreando a esta hora de la noche.

El cayó por la puerta y fue a dar a sus pies.

La pistola de Bess cayó resonando sobre la mesa. Tess estaba a su lado en el piso antes de que Bess tuviera tiempo de colocar la cabeza de Ham sobre su falda.

-Está sangrando mucho. Busca unas toallas y apriétalas con fuerza contra la herida.

-Bess...

-No hables. Déjame ver lo que tienes.

Tess desgarró la camisa de un tirón y apretó la herida con fuerza.

-Llama una ambulancia. Un helicóptero. Necesita que lo atiendan con urgencia.

-Espera. -Ham aferró la mano de Bess-. Tiene a... -Hizo un instante de silencio hasta poder encontrar aliento suficiente para volver a hablar-. La tiene a ella. Bess. Tiene a Will.

-¿Qué? -Haciendo un esfuerzo por escuchar, Tess acercó la cara al rostro de Ham-. ¿Quién tiene a Will?

Pero Ham ya estaba inconsciente. Cuando Tess levantó la vista para mirar a Bess, su expresión era del más absoluto terror.

-¡Llama a la policía! ¡Date prisa!

Él ya estaba listo para detenerse. Habían andado en círculos, retrocedido, seguido un arroyo por el centro, luego se movió hacia las rocas. No tenía más remedio que dejar descansar a los caballos, pero los mantuvo cerca.

Willa observaba todos sus movimientos. Conocía bien las montañas y, una vez que consiguiera liberarse, a él no le resultaría fácil cazarla, aunque ella anduviera a pie.

Lo primero que hizo fue bajarla del caballo y volver a atarle los tobillos. Después de ir a buscar su rifle, se sentó frente a ella y lo apoyó sobre sus piernas.

-Ahora te sacaré la mordaza. Lamento haber tenido que ponértela. Ya sabes que no ganarás nada con gritar. Es posible que vengan detrás de nosotros, pero no hasta dentro de un rato. Y he cubierto muy bien nuestros rastros.

Estiró el brazo y apoyó la mano sobre el pañuelo.

-Vamos a hablar. Una vez que hayas oído lo que tengo que decir, volveremos a la situación actual.

Le quitó la mordaza.

-¡Asesino de mierda!

-No lo dices en serio. Estás angustiada.

-¿Angustiada? -Movida por la furia empezó a tironear de las cuerdas, en un esfuerzo por liberarse-. Mataste a Ham. Mataste a todos los demás. Mutilaste a mi ganado. Te aseguro que, si puedo, te mataré con mis propias manos.

-Lo de Ham fue un accidente. Le tenía todo el cariño del mundo, pero me vio. - Como chico descubierto con los restos de un frasco de caramelos a sus pies, bajó la cabeza-. El ganado fue un error. No debí hacerte eso. Lo siento.

-¿Que lo sientes? -Cerró los ojos y también los puños-. ¿Por qué? ¿Por qué has hecho todo eso? Creí que podía confiar en ti.

-Y puedes confiar en mí. Te lo juro. Somos de la misma sangre, Willa. Puedes confiar en una persona de tu misma sangre.

-¡Tú no eres de mi misma sangre!

-Sí, lo soy. -Se enjugó una lágrima de la pura alegría que le producía poder decírselo-. Soy tu hermano. Por eso te tuteo.

-¡Eres un mentiroso, un asesino y un cobarde!

Levantó la cabeza con la rapidez de un rayo y extendió una mano. El golpe de la carne contra la carne le trepó por el brazo y en seguida lamentó lo que acababa de hacer.

-No digas esas cosas. Tengo mi orgullo.

Se puso en pie, se paseó, trabajó por volver a controlarse. Sabía que las cosas nunca salían bien cuando uno se descontrolaba. Pero si uno conservaba el mando, se mantenía por encima de las situaciones, podía enfrentar cualquier cosa que se presentara.

-Soy tan hermano tuyo como Lily y Tess -lo dijo con tranquilidad en el momento en que el cielo se abría con una serie de relámpagos-. Quiero explicarte cómo son las cosas. Quiero hacerte comprender por qué hice lo que hice.

-Muy bien. -El lado de la cara le ardía como el fuego del infierno. Eso también me lo pagará, se prometió. Pagaré por todo lo que ha hecho-. Muy bien, Jim, explícamelo.

Ben colocó el rifle en su funda, se puso la pistolera y la aseguró. La carabina .30 que metió en la pistolera era una bestia de revólver, y él quería el arma más

mortífera que pudiera llevar. No se permitía sentir, porque en ese caso le cederían las piernas y caería de rodillas.

Lo único que se podía permitir era moverse. Los hombres ensillaban con rapidez y Adam daba órdenes a gritos. Ben no daba órdenes, esa vez no. Ni las aceptaba. Tomó el sombrero de Willa y se lo dio a *Charlie* para que lo oliera.

-Encuéntrala -murmuró. Encuentra a Willa. -Metió el sombrero dentro de la alforja y montó.

-Ben -dijo Tess, aferrándole las riendas-. Espera a los demás.

-No espero a nadie. Hazte a un lado, Tess.

-No podemos saber con seguridad dónde... ni quién. -Aunque solo faltaba un hombre.

-Encontraré dónde. Y no me hace falta saber quién. -Tironeó de las riendas para obligarla a soltarlas-. Lo único que tengo que hacer es matarlo.

Tess corrió hacia Adam, rodeó a Lily con sus brazos y la aferró con fuerza.

-Ben ya se ha ido. No pude detenerlo.

Adam solo asintió y dio la orden de partida.

-No te preocupes. El sabe lo que hace. -Se volvió para abrazarlas a las dos-. Ve dentro -le pidió a Lily mientras apoyaba una mano sobre su vientre redondeado-. Espera. Y no te preocupes.

-No me preocupo. -Lo besó-. Me encontraste a mí. La encontrarás a ella. Tráela de vuelta sana y salva. -Era una súplica y a la vez una declaración, pero retrocedió para permitir que Adam montara.

-Tess, lleva adentro a Lily. -Nate sofrenó su brioso caballo-. Quédate dentro tú también.

-Lo haré. -Le apoyó una mano sobre la pierna y le dio un apretón-. Apresúrate -fue todo lo que pudo decir.

Los caballos enfilaron hacia el oeste, y ella y Lily se volvieron y regresaron a la casa para iniciar el penoso proceso de la espera.

Mi madre servía bebidas en un bar de Bozeman. -Mientras narraba su historia, Jim permanecía sentado y con las piernas cruzadas, en la perfecta postura del narrador-. Bueno, tal vez no solo sirviera bebidas, sino algo más. Supongo que sí, aunque nunca me lo dijo. Pero era una mujer bonita y estaba sola, y esa es la clase de cosas que suceden.

-Creí que tu madre era de Missoula.

-Era originaria de allí, sí. Y volvió, después de que yo naciera. Muchas mujeres vuelven a su hogar después de que les suceda algo así, pero en su caso no le dio resultado. Y a mí tampoco. De todos modos, servía bebidas y tal vez algo más a los vaqueros que pasaban por allí. En ese tiempo, Jack Mercy pasaba mucho por allí, en busca de una buena pelea, para emborracharse como una cuba, encontrar una mujer. Si se lo preguntas a cualquiera, te lo confirmará.

Levantó un palo y lo pasó sobre una roca. A sus espaldas, Willa retorció las muñecas y trabajaba con la soga.

-He oído historias -dijo con tranquilidad-. Sé la clase de hombre que era.

-Ya sé que lo sabes. Cerrabas los ojos, para no darte por enterada. También me di cuenta de lo que hacías, y que lo sabías todo. Como te decía, mamá era una mujer bonita. Ya has visto las mujeres con quienes él se casó. Todas tenían algo. No cabe duda de que Louella impresiona. Y después de ver a Adele, creo que debe haber sido una mujer inteligente y con clase. Y tu madre... ¡Bueno, ella sí que era algo! Callada y muy especial. Era como si pudiera escuchar cosas que otros no oían. A mí me encantaba tu madre.

A Willa se le congeló la sangre al oírlo, al pensar que ese asesino pudiera haberse acercado a su madre.

-¿Cómo la conociste?

-Hacíamos algunas visitas por los alrededores. Nunca nos quedábamos mucho tiempo y nunca nos alojamos tampoco en Mercy. Yo no era más que un chico, pero recuerdo con mucha claridad a tu madre, con el vientre hinchado, embarazada de ti y caminando con Adam por las pasturas. Caminaban de la mano. Era un escena entrañable. -Lo recordó un rato en silencio-. Yo era un poco menor que Adam y me lastimé la rodilla o algo así, y tu madre se acercó y me ayudó a ponerme en pie. Mi madre y Jack Mercy estaban discutiendo, entonces ella me llevó a la cocina, me puso algo fresco sobre la rodilla y charló conmigo. Fue una linda conversación.

-¿Y por qué estabas en el rancho?

-Mi madre quería quedarse aquí. Ella no me podía cuidar bien. No tenía dinero y se ponía enferma a menudo. La familia la había echado a patadas. Fue por un asunto de drogas. Mamá tenía debilidad por las drogas. Era porque estaba mucho tiempo sola. Pero él no quiso aceptarme, a pesar de ser su propio hijo.

Willa se humedeció los labios con la lengua e ignoró el dolor que le producía la soga al clavársela en las muñecas.

-¿Eso te lo dijo tu madre?

-Me dijo que era hijo de Jack Mercy. -Se echó atrás el sombrero; tenía los ojos muy claros-. Jack Mercy se acostó con ella una de las veces que fue a Bozeman en busca de acción. En cuanto lo supo, ella le contó que estaba embarazada, pero elle

contestó que era una puta y la dejó plantada. -Los ojos de Jim cambiaron y se pusieron vidriosos de furia-. Mi madre no era una puta. Hacía lo que tenía que hacer, eso es todo. Las putas no sirven para nada, son inútiles. Abren las piernas para cualquiera. Mamá solo se acostaba por dinero cuando debía hacerlo. Y no lo hacía con regularidad hasta que Jack Mercy dejó en ella su semilla y no le quedó otra alternativa.

¿No se lo había dicho ella, llorando, una y otra vez en la vida?

-¿Qué mierda iba a hacer? Dímelo, Will, ¿qué iba a hacer? Sola y embarazada por un hijo de puta que la llamaba prostituta asquerosa.

-No sé. -En ese momento le temblaban las manos, de miedo, del esfuerzo. Porque los ojos de Jim ya no eran claros, ni vidriosos. Eran los ojos de un loco-. Debe haber sido una situación difícil para ella.

-Casi imposible. Me contó una y otra vez cómo le pidió y le suplicó que la ayudara, solo para que él le diera la espalda. Y para que me diera la espalda a mí. Su propio hijo. Ella hubiera podido librarse de mí, pero no lo hizo. Me dijo que no abortó porque yo era el hijo de Jack Mercy y ella iba a conseguir que nos diera a los dos el lugar que nos correspondía. El tenía dinero. Más que suficiente, pero lo único que hizo fue arrojarle algunos dólares mugrientos y obligarla a marchar.

Willa empezó a comprender la amargura de esa mujer, y las semillas de odio que ella misma sembró en su hijo.

-Lo siento, Jim. Tal vez él no la creyó.

-¡Debió creerla! -Pegó un puñetazo sobre una roca-. Lo había hecho con ella. La veía con regularidad, le prometió que la cuidaría. Ella me dijo que se lo había prometido, y que le creyó. Y hasta cuando me tuvo a mí, y fue a mostrarle que yo tenía sus mismos ojos y su pelo, él la echó y mamá tuvo que volver a Missoula a suplicarle a su familia que la recibiera. Y fue porque en esa época él estaba casado con Louella, con la cursi de Louella, quien acababa de quedar embarazada de Tess. De manera que él no me quería a mí. Supuso que Louella iba a tener un varón. Pero se equivocó. Yo era el único hijo varón que tendría.

-Tuviste la oportunidad de dañar a Lily, en la cueva, cuando Cooke la tenía prisionera. -«Es muy hábil con los nudos», pensó. No conseguía desatarlos-. Y no le hiciste nada.

-No le iba a hacer nada a ella. Por supuesto que en un momento lo pensé. Al principio, cuando me enteré de lo que él había dispuesto en su testamento. Lo pensé, pero ellas son mis hermanas. -Respiró hondo y se frotó el costado de la mano que se había lastimado contra la roca-. Le prometí a mi madre que volvería a Mercy y que conseguiría lo que es mío por derecho de nacimiento. Ella era enfermiza; a partir del momento en que me dio a luz se enfermaba a cada momento. Justamente por eso le hacían falta las drogas, para poder sobrellevar cada día. Pero hizo todo lo que pudo por mí. Me contó con detalle lo de mi padre y me habló de Mercy. Se quedaba sentada durante horas, contándomelo todo y explicándome lo que tenía que hacer cuando tuviera edad suficiente para enfrentarme con él y decirle que quería lo que era mío.

-¿Y dónde está ahora tu madre, Jim?

-Murió. Dicen que la mataron las drogas o que ella las usó para matarse. Pero fue Jack Mercy quien la mató al echarla de aquí, Will. A partir de ese momento estuvo muerta. Y cuando yo la encontré tendida y fría, me hice la promesa de venir a Mercy y hacer lo que ella quería que hiciera.

-¿La encontraste tú? -En ese momento a Willa le corría el sudor por la cara. Corría una brisa que aliviaba el calor, pero estaba cubierta de sudor, un sudor que le

provocaba un dolor punzante en las muñecas en carne viva-. Lo siento. Lo siento mucho. -Y lo sentía, desesperadamente.

-Tenía dieciséis años. En ese momento estábamos en Billings y cada vez que podía, trabajaba en los corrales de engorde. Un día, al volver a casa la encontré fría como una piedra, tendida entre su propia orina y su vómito. No debió morir de esa manera. Ella mató, Will.

-Y entonces, ¿qué hiciste?

-Quise matarle. Fue lo primero que pensé. Tenía mucha práctica en matar. Sobre todo perros y gatos perdidos. Cuando los liquidaba, imaginaba que ellos tenían la cara de Jack Mercy. En esa época solo tenía un cortaplumas para hacer el trabajo.

Willa sintió que se le daba vuelta el estómago, que le subía bilis a la garganta. Pero consiguió tragarla.

-¿Y tu familia? ¿La familia de tu madre?

-Yo no pensaba ir a suplicarles después de lo mal que la habían tratado, dejándola de lado. ¡A la mierda con ellos! Levantó el palo y comenzó a pegarle a la roca con él-. ¡A la mierda con ellos! -repitió.

Willa no pudo contener sus temblores al verlo ensañarse contra la roca, una y otra vez, mientras repetía la frase con un extraño rictus en la boca. De repente se detuvo, se le aclaró la expresión y comenzó a golpear el palo con un ritmo musical, como si estuviera llevando el compás de una canción.

-Y yo había hecho una promesa -continuó diciendo-. Vine a Mercy y me enfrenté a él. Se rió de mí y me llamó el hijo bastardo de una prostituta. Traté de pegarle un puñetazo y me tiró al suelo. Dijo que no era hijo suyo, pero que a pesar de todo me daría trabajo. Si duraba un mes me daría un cheque. Después me puso en manos de Ham.

Willa sintió que se le contraía el corazón. Ham. ¿Alguien lo habría encontrado? ¿Lo estarían ayudando?

-¿Ham lo sabía?

-Siempre creí que sí. No hablaba del asunto, pero creo que lo sabía. Me parezco al viejo, ¿no es cierto?

Hizo la pregunta con una expresión tan esperanzada, con un orgullo tan patético, que Willa asintió.

-Supongo que sí.

-Trabajaba para él. Trabajaba duro, aprendí y trabajé todavía más duro. Cuando cumplí veintiún años, me regaló un cuchillo. -Lo sacó de su funda y lo hizo girar a la luz de la luna. Un cuchillo de hoja de veinte centímetros de largo. La punta resplandecía como un colmillo.

-Eso significa algo, Willa, el hombre solo le regala un cuchillo como este a su hijo.

-El te dio el cuchillo.

-Yo le tenía cariño. Estaba dispuesto a romperme el lomo trabajando para él y el cretino lo sabía. Nunca le pedí nada más, porque en el fondo de mi corazón sabía que cuando llegara la hora me daría lo que por derecho propio me correspondía. Era su hijo. Su único hijo varón. Pero no me dio nada más que este cuchillo. Cuando llegó el momento, se lo dejó todo a ti, a Lily y a Tess. Y a mí, nada.

Se inclinó hacia delante, acercándosele. El cuchillo resplandecía en sus manos, sus ojos resplandecían en la oscuridad.

-No estaba bien. No era justo.

Ella cerró los ojos y esperó que llegara el dolor.

Charlie corría por las montañas, con el hocico pegado al suelo y las orejas alertas. Ben cabalgaba solo, agradeciendo la luz de la luna, rogando que las nubes que se amontonaban en el oeste no la cubrieran. No podía darse el lujo de perder ese poco de luz.

Casi podía jurar que él mismo olía a Willa. Ese aroma tan suyo de jabón y cuero y algo más que era exclusivo de ella. Se negaba a imaginarla herida. De solo pensar en esa posibilidad, se le nublaría la mente y tenía necesidad de conservar todos sus sentidos muy agudos. Esta vez su presa conocía el terreno tan bien como él. Su presa andaba a caballo y conocía todas las tretas. No podía confiar en que Willa de alguna manera lograría retrasar su marcha o dejar señales porque no sabía con seguridad si estaría...

No, no quería pensar en eso. Solo pensaría en encontrarla y en lo que le haría entonces a ese hombre. *Charlie* se metió en un arroyo y lloriqueó como si acabara de perder el rastro. Ben hizo que su caballo también entrara en el agua, permaneció un instante escuchando, planeando, orando. Decidió que seguirían un rato ese curso de agua.

Era lo que él habría hecho.

Avanzaron por el arroyo que tenía poca agua a causa de la sequía. Se oían truenos y un ave gritó. Ben contuvo sus ganas de apresurarse, de azuzar a su caballo para ponerlo al galope. No podía arriesgarse a avanzar con más rapidez hasta haber vuelto a encontrar el rastro.

Vio que algo brillaba en la orilla del arroyo y se obligó a desmontar. Al cruzar, el agua fría le cubrió las botas, pero cuando llegó a la orilla se inclinó y recogió un objeto.

Un pendiente. Un sencillito círculo de oro. Cuando lo asió, largó con fuerza el aire que mantenía dentro de los pulmones. Recordó que en los últimos tiempos Willa se mostraba propensa a usar ese tipo de adornos. A él le resultaba un detalle encantador, en contraste con la tela de sus vaqueros y las botas de cuero. Le gustaba pensar que lo hacía por él.

Metió el aro en el bolsillo y volvió a montar. Si ella tenía la cabeza suficientemente clara como para dejarle señales, él sería capaz de seguirlas. Hizo que el caballo subiera a la orilla y permitió que *Charlie* volviera a encontrar el rastro.

-No debió hacer lo que hizo. -Con voz temblorosa, Jim cortó la soga que ataba los tobillos de Willa-. Lo hizo solo para indicarme que yo no le importaba un bledo. Y tú tampoco.

-No. -Las lágrimas que le inundaron los ojos no eran de lástima sino de puro alivio. Con las manos atadas, se inclinó hacia delante para masajear sus piernas doloridas. Las tenía horriblemente acalambradas-. No le importábamos ni tú ni yo.

-Al principio enloquecí de furia. Cuando me enteré, Pickles y yo estábamos arriba, en la cabaña, y me volví loco. Por eso maté el venado de ese modo. Tenía que matar algo. Después empecé a pensar. Debía vengarme de él, Will, debía hacerlo pagar. Al principio también quería hacerte pagar a ti. A ti, a Tess y a Lily. No creí que ellas tuvieran derecho a lo que me pertenecía. A lo que él debió haberme dejado. Y decidí asustarlas para que se fueran. Si las ahuyentaba, nadie recibiría nada. Dejé el cadáver del gato sobre el porche. Me encantó ver a Lily gritando y llorando. Ahora lo lamento, pero en ese momento no pensaba en ella como en una hermana. Lo único

que quería era que se fuera, que volviera al lugar de donde había venido. Y que Mercy se fuera a la mierda.

-Por favor, Jim, ¿me puedes desatar las manos? Tengo calambres en los brazos.

-No puedo. Todavía no. Porque todavía no lo comprendes todo.

-Creo que lo comprendo. -Había vuelto a recuperar la sensación en las piernas. Le dolían al volver a llenarse de sangre, pero si se le presentaba una oportunidad, lograría correr-. El te hirió. Tú quisiste herirlo a él.

-No tuve más remedio. ¿Qué clase de hombre sería si aceptaba que me hubiera tratado así? Pero lo que pasa, Will, es que me gusta matar. Supongo que también lo heredé de él. -Sonrió y un relámpago formó un halo a su alrededor, como si se tratara de un santo caído-. No se puede ir en contra de lo que uno lleva en la sangre. A él también le gustaba matar. ¿Recuerdas esa vez que te hizo criar un ternero desde que lo destetó de la madre? Tú lo querías como a un animal regalón, como a una mascota y hasta le pusiste nombre.

-Capullo -recordó ella-. Un nombre muy tonto para un vacuno.

-Pero querías a ese ternero tonto y ganaste premios con él. Recuerdo que ese día te obligó a salir de la casa. Tenías doce, tal vez trece años, y te obligó a mirar mientras él lo descuartizaba para que se lo comieran. Dijo que era para enseñarte lo que es la vida de un rancho, y tú lloraste y después te pusiste enferma. A partir de ahí, Ham estuvo a punto de liarse a puñetazos con el viejo. Desde entonces nunca has vuelto a tener una mascota.

Sacó un cigarrillo y encendió un fósforo.

-En esa época tenías un perro viejo que murió más o menos un año después. Nunca volviste a tener otro.

-No, nunca. -Levantó las rodillas, las apoyó contra el pecho y apretó la cara contra ellas mientras la inundaba el recuerdo.

-Solo te lo digo para que veas, para que comprendas hasta qué punto tira la sangre. A él le gustaba ser el patrón, que la gente bailara al son que él quisiera. A ti también te gusta ser la patrona. Lo llevas en la sangre.

Ella solo pudo mover la cabeza, hacer un esfuerzo por no rendirse.

-¡No sigas!

-Toma. -Se levantó, tomó la cantimplora que había llenado con agua del arroyo y se la acercó a la boca-. Bebe un poco. No quise angustiarte tanto. Lo único que intento es hacerte comprender. -Le acarició el pelo, el pelo bonito de su hermana menor-. Estamos juntos en esto.

Charlie corría hacia delante, trepando rocas. No ladró ni aulló, aunque el cuerpo le vibraba con frecuencia. Ben escuchaba, tratando de oír el sonido de más hombres, de caballos, de más perros. Si él estaba en el rastro, Adam también debía estarlo. Pero no oyó más que los sonidos de la noche.

Encontró el segundo pendiente tirado sobre una piedra en cuyas grietas crecían flores silvestres. Se bajó a cogerlo y se lo llevó a los labios antes de guardarlo.

-Buena chica -susurró-. Aguanta solo un poco más.

Miró el cielo. Las nubes se acercaban a la luna y gran parte de las estrellas habían desaparecido. La lluvia, tan anhelada, llegaba demasiado pronto.

Mientras bebía, Willa observó los ojos de Jim. Había afecto en ellos. Sentía terror.

-Pudiste haberme matado hace meses. Antes que a ninguno de los otros.

-Nunca quise hacerte daño. Te crearon problemas, lo mismo que a mí. Siempre pensé que algún día, entre los dos, dirigiríamos Mercy. Tú y yo. Ni siquiera me hubiera importado que tú fueses la que mandaba. Tienes una capacidad enorme para esto. Yo trabajo mejor cuando alguien me indica el camino.

Se volvió a sentar, él también bebió y luego cerró la cantimplora. Había perdido la noción del tiempo. Resultaba tranquilizador estar allí, sentado con ella bajo el amplio cielo de Montana, recordando.

-Tampoco tuve intenciones de matar a Pickles. En realidad no tenía nada en su contra. Por supuesto que siempre jorobaba con sus quejas y sus discusiones, pero en realidad no me molestaba. Solo sucedió. Nunca imaginé que llegaría justo en ese momento. Entonces yo tenía más tiempo. Pensaba matar otro novillo y dejarlo allí fuera donde alguno de los muchachos lo encontrara y entonces el ambiente se caldeara. Pero después tuve que hacerlo. Y para decirte la verdad y avergonzar al demonio, debo confesar que lo disfruté, Will.

-Lo descuartizaste.

-Cuando se llega a eso, el hombre no es más que carne. ¡Diablos, cómo me gustaría tomar una cerveza en este momento! ¿No te caería bien una cerveza? - Suspiró y se sacó el sombrero para abanicarse la cara-. Ha refrescado un poco, pero ¡maldición si la tormenta no está cerca! Tal vez llegue esa lluvia que tanto esperábamos.

Willa miró el cielo y sintió un sobresalto. Estaban por perder la luna. Si alguien andaba buscándola, tendría que hacerlo a ciegas, como un murciélago. Volvió a poner a prueba sus piernas y pensó que estaban en condiciones.

Y él golpeó el cuchillo contra la punta de la bota de Willa.

-No sé por qué le arranqué la cabellera. Se me ocurrió en ese momento. Solo se me ocurrió. Supongo que para tener una especie de trofeo. Me gusta colgar trofeos en el comedor de la casa de los peones. Tengo una caja llena de trofeos, enterrada al este de aquí. ¿Recuerdas esos tres álamos de la pastura más lejana?

-Sí, ya sé. -Luchaba por mantener la mirada clavada en la de Jim para tratar de no ver el cuchillo.

-Una noche maté a todos esos terneros. Creí que así haría huir a esas chicas de ciudad, y que con eso se terminaría todo. Pero se quedaron. No pude menos que admirarlas. Eso me hizo pensar un poco, pero no podía superar mi rabia. -Meneó la cabeza ante su propia tozudez-. De manera que cuando levanté a esa chica que andaba haciendo dedo, la utilicé. Quería matar a una mujer.

Se humedeció los labios. Parte de su ser le indicaba que no era correcto que hablara del asunto con su hermana menor, pero no podía parar.

-Hasta entonces nunca había matado a una mujer. Tenía ganas de matar a Shelly, ya sabes a quién me refiero. A la mujer de Zack.

-¡Oh, Dios mío!

-Es bonita y tiene un lindo pelo. Un par de veces fui a Three Rocks para jugar al póquer con los muchachos y estudié el asunto. Pero en cambio maté a esa chica y la dejé allí, frente a la puerta de entrada, para demostrarle a Jack Mercy quién era el amo. Eso fue antes de los terneros -agregó con aire soñador-. Ahora lo recuerdo. Fue antes. Las cosas se me mezclan en la cabeza, por lo menos hasta lo que le sucedió a Lily. Ella fue la que lo modificó todo. Es mi hermana. Fue algo que se me metió en

la cabeza cuando JC la trató así, la lastimó tanto. Tal vez habría muerto si yo no la hubiera cuidado. ¿No es cierto?

-Sí. -No iba a descomponerse, se negaba a descomponerse-. No le hiciste daño.

-No le habría tocado un pelo de la cabeza. -Se dio cuenta del chiste, palmeó la roca y rompió a reír-. Ni un pelo de la cabeza. ¿Lo comprendes? Ese fue un buen chiste. -Se puso serio. El cambio fue abrupto y atemorizante-. Yo la quiero, Will. Os quiero a ella y a ti y a Tess, tal como debe quererlos un hermano. Y os cuidaré. Y vosotras debéis cuidarme a mí. La sangre tira.

-¿Cómo quieres que te cuide, Jim?

-Tenemos que elaborar un plan, unir aquí nuestras historias. Supongo que te llevaré de vuelta y le diré a todo el mundo que alguien te arrastró a las montañas. Tú no alcanzaste a verme, pero yo os seguí. No tuviste tiempo de dar la alarma. Diremos que yo lo alcancé, lo asusté y lo hice huir. Dispararé un par de tiros. -Palmeó el rifle-. El huyó hacia las tierras altas y yo te salvé. Eso dará resultado, ¿no lo crees?

-Es probable. Diré que nunca alcancé a verle la cara. Me pegó. De todos modos no cabe duda de que tendré la marca de un puñetazo en la cara.

-Siento haberte pegado, pero ahora nos viene muy bien. Volveremos a lo que era antes. Dentro de un par de meses el rancho quedará libre. Ahora puedes nombrarme capataz. -Notó una luz de repugnancia en los ojos de Willa, su retroceso instintivo-. ¡No estás hablando en serio! Me estás mintiendo.

-No, solo lo estoy pensando. -El corazón empezó a latirle con fuerza ante los veloces cambios de humor de Jim-. Tenemos que asegurarnos de que suene cierto porque en caso contrario...

-¡Mientes! -gritó con tanta fuerza que las rocas devolvieron el eco de su voz-. ¿Crees que no me doy cuenta? ¿Crees que soy tan idiota como para no saber lo que estás pensando? Yo te llevo de vuelta y tú le cuentas la verdad a todos. Eres capaz de entregarme, a mí, tu propio hermano. Y todo por Ham.

Loco de furia, se puso de pie de un salto, con el cuchillo en una mano y el rifle en la otra.

-Fue un accidente. No pude hacer nada por evitarlo. Pero tú me entregarás. Te importa más ese viejo que tu propia familia.

Nunca la dejaría en libertad. Y la mataría antes de que lograra alejarse un par de metros. De manera que, decidida, Willa se puso de pie, se tambaleó un par de veces hasta que pudo plantar los pies bien firmes y separarlos, y se enfrentó a él.

-El era mi familia.

Jim tiró el rifle al suelo, la tomó por el cuello de la camisa y la sacudió.

-Yo soy de tu sangre. Soy el que importa. Soy un Mercy, igual que tú.

Con el rabillo del ojo, Willa vio que esgrimía el cuchillo. Y las nubes ahogaron la luna y mataron el brillo de la hoja.

-Tendrás que matarme, Jim. Y una vez que lo hagas, no podrás huir con bastante rapidez ni esconderte bastante. Te cazarán. Y si Ben o Adam llegan antes que los demás, que Dios te ayude.

-¿Por qué no me escuchas? -su grito resonó sobre las rocas y las montañas y quedó pendiente en el aire-. Lo que importa es Mercy. Lo único que quiero es la parte de Mercy que me corresponde.

Willa cerró las manos doloridas, convirtiéndolas en puños y miró los ojos desesperados de Jim.

-Mercy quiere decir misericordia, Jim. Yo no tengo misericordia para darte. -Retrocedió, le golpeó la boca del estómago con las manos entumecidas y se volvió para correr.

El la agarró por el pelo y la tironeó hacia atrás con tanta fuerza que Willa vio las estrellas. Sollozando de dolor, tiró un codo hacia atrás y le golpeó con fuerza. Pero Jim no la soltó. Las piernas de Willa cedieron y habría caído al suelo si él no la estuviera sosteniendo por el pelo.

-Lo haré con rapidez -prometió él-. Sé como hacerlo.

Ben salió de entre las sombras.

-Deja caer ese cuchillo. -Tenía la pistola preparada y le apuntaba-. Si le tocas un solo pelo de la cabeza, te mandaré al infierno.

-Haré más que tocarle un pelo de la cabeza o un poco de piel -contestó Jim, colocando el cuchillo bajo el cuello de Willa. De nuevo hablaba con voz tranquila. Acababa de recuperar el control, el mando. Estaba a cargo de la situación. La mujer a quien apretaba contra su cuerpo ya no era su hermana sino simplemente un escudo-. Lo único que tengo que hacer es mover la muñeca y estará muerta antes de tocar el suelo.

-Y tú también.

Jim movió los ojos. El rifle estaba fuera de su alcance. Cauteloso, retrocedió un paso, sin apartar el cuchillo del cuello de Willa.

-Si me das cinco minutos para huir, en cuanto esté a cierta distancia la soltaré.

-No, no me soltará -lo dijo siseando mientras el cuchillo empezaba a clavarse y las primeras gotas de sangre comenzaban a manar de su cuello-. Me matará -dijo con tranquilidad, sin apartar su mirada de los ojos de Ben-. Es solo cuestión de tiempo. Lo que no sabemos es cuándo.

-¡Cállate la boca, Will! -Jim movió el cuchillo bajo su cuello-. Deja que los hombres llevemos este asunto. Si la quieres, McKinnon, puedes tenerla. Pero baja esa arma y retrocede hasta que hayamos montado. En caso contrario, la mataré aquí y la verás morir. Esas son tus opciones.

Ben apartó la vista de la cara de Jim para mirar a Willa. Los relámpagos cruzaban el cielo como lanzas y los iluminaban a los tres de pie en la roca de reflejos plateados.

Mantuvo la mirada de Willa hasta que la vio hacer un gesto de asentimiento. Y también, esperaba, para demostrarle que había comprendido.

-¿Así que esas son mis opciones?

Apretó el gatillo. La bala fue a dar exactamente en el lugar hacia donde apuntaba, entre los ojos de Jim. « ¡Dios la bendiga!», pensó Ben cuando su mano por fin comenzó a temblar. Willa ni siquiera vaciló. Ni siquiera vaciló cuando el cuchillo cayó al suelo.

Pero en ese momento en que ya nadie la sostenía, sintió que se tambaleaba. Vio que el cielo giraba justo en el momento en que caía la primera gota de lluvia. Y vio que Ben corría hacia ella.

-Buen tiro -consiguió decir y, para su mortificación y alivio, se desmayó.

Volvió en sí en brazos de Ben, con la cara empapada y los labios de él recorriéndola.

-Solo perdí el equilibrio.

-Sí. -Estaba arrodillado en la tierra y la mecía como a un bebé, mientras la lluvia caía a torrentes sobre ellos-. Ya sé.

A Willa le sonaban los oídos como campanas de iglesia. Aunque sabía que era una actitud cobarde, enterró la cara en los hombros de Ben en lugar de mirar el cuerpo que debía estar extendido muy cerca de ellos.

-Dijo que era mi hermano. Que lo hizo por Mercy, por mi padre, por...

-Lo oí. -Apretó los labios contra el pelo de Willa, luego se quitó el sombrero y se lo puso en un infructuoso intento de impedir que se mojara-. ¡Maldita mujer idiota! Estabas rogándole que te matara. Mientras trepaba hasta aquí, perdí tres vidas oyéndote alentarlos para que lo hiciera.

-No supe qué otra cosa hacer. -El miedo contra el que había luchado, se abrió en toda su amplitud y la devoró-. ¿Y Ham?

-No sé. -En ese momento ella temblaba y Ben la acurrucó contra su cuerpo-. No lo sé, querida. Cuando salí del rancho, estaba con vida.

-Muy bien. -Entonces había esperanzas-. Mis manos. ¡Oh, Dios, Ben! ¡Mis manos!

Entonces Ben empezó a maldecir a toda velocidad mientras sacaba el cuchillo y cortaba la soga que le había dejado las muñecas en carne viva.

-¡Oh, mi niña! -Se le rompió el corazón-. Willa.

Todavía la seguía meciendo bajo la lluvia torrencial, cuando Adam los encontró.

Vas a comer cuando te diga que comas, y comerás lo que te diga que comas! - Bess estaba de pie junto a la cama, con el entrecejo fruncido.

-¿No puedes dejarme en paz durante unos malditos cinco minutos? -Encogido en la cama y sintiéndose tan desgraciado como un gato escaldado, Ham alejó la bandeja que ella había depositado sobre sus rodillas.

-Si lo hiciera, te levantarías. Te advierto que la próxima vez que lo hagas te desnudaré para que no puedas salir por esa puerta.

-He pasado seis semanas acostado de espaldas en ese maldito hospital. Y ya hace una semana que volví al rancho. ¡Estoy vivo, por amor de Dios!

-No uses el nombre de Dios en vano delante de mí, Hamilton. El médico te ordenó que te quedaras descansando en la cama durante dos semanas, y que dos veces al día te levantas durante una hora a caminar. -Inclinó la cabeza y lo miró-. ¿Necesito recordarte que te clavaron un cuchillo en tu dura piel y que manchaste de sangre todo el suelo limpio de mi cocina?

-Me lo recuerdas cada vez que entras en este cuarto.

-Bueno, entonces. -Miró con expresión de aprobación a Willa, que en ese momento entraba-. Me alegro de que hayas llegado. Trata de ocuparte de él. Yo tengo trabajo que hacer.

-¿Otra vez llevándole la contraria, Ham?

El echaba chispas por los ojos cuando Bess salió.

-Si esa mujer no deja de marearme, ataré estas sábanas una con la otra y bajaré por la ventana.

-Tiene que mimarte algo más de tiempo. Todos debemos mimarte algo más de tiempo. -Se sentó en el borde de la cama y lo estudió con atención. Tenía buen color y había recuperado parte del peso que perdió en el hospital-. Pero debo confesar que tienes bastante buen aspecto.

-Me siento perfectamente bien. No hay motivo para que no pueda sentarme sobre una montura. -Se sintió incómodo cuando ella apoyó la cabeza en actitud mimosa sobre su pecho. Sin saber qué hacer, Ham le palmeó el pelo-. ¡Vamos, Will! No soy un osito de peluche.

-Más bien te pareces a un feroz oso gris. -Sonrió ya pesar de los esfuerzos desesperados que hacía Ham por sacársela de encima, le besó los bigotes.

-Las mujeres siempre se vengán del hombre cuando está caído.

-Es la única vez que me vas a permitir malcriarte un poco. -Se echó atrás y le tomó la mano-. ¿Tess ha venido a verte?

-Estuvo aquí hace un rato. Vino a despedirse. -Recordó que ella también estaba cariñosa y que lo incomodó. Lo abrazaba y lo besaba. ¡Era inaguantable!-. Eharemos de menos el verla por aquí con sus botas de fantasía.

-Yo también la añoraré. Nate ya ha llegado para llevarla al aeropuerto. Debo ir a despedirme de ella.

-¿Tú estás bien... con respecto a todo?

-Estoy viviendo con todo. Estoy viva, gracias a ti y a Ben. -Le apretó por última vez la mano antes de dirigirse a la puerta-. Ham. -No se volvió, sino que le habló con la vista fija en el vestíbulo-. ¿Era hijo de Jack Mercy? ¿Era mi hermano?

El podría haber dicho que no, y dejar que el asunto muriera allí. Habría sido más fácil para Willa. Tal vez lo hubiera sido. Pero ella siempre había sido una mujer fuerte.

-No sé, Will. La verdad es que no lo sé.

Willa asintió y se dijo que tendría que vivir también con eso. Con ese constante no saber.

Al salir vio a Lily que ya lloraba y aferraba a Tess como si en eso le fuera la vida.

-¡Oye! Me tratas como si viajara al África a convertirme en misionera. -Tess luchó contra sus propias lágrimas-. Solo voy a California. Y dentro de unos meses volveré a visitaros. -Palmeó el vientre cada vez más grande de Lily-. Quiero estar aquí cuando nazca el bebé.

-Te añoraré mucho.

-Escribiré, llamaré por teléfono, ¡diablos! enviaré faxes. Ni siquiera os daréis cuenta de que me he ido. -Cerró los ojos y abrazó a Lily con fiereza-. ¡Cuídate por favor, Adam! -Le tomó las manos, cayó en brazos del marido de su hermana-. Te veré pronto. Y te llamaré por teléfono para que me aconsejes si decido comprar un caballo. -El murmuró algo-. ¿Y eso qué quiere decir?

Adam le besó la mejilla.

-Mi hermana, en mi corazón.

-Llamaré -consiguió decir Tess con voz entrecortada. Luego se volvió y casi chocó con Bess. -Aquí tienes -dijo Bess, poniéndole una canasta en la mano-. El aeropuerto queda bastante lejos, y con tu apetito nunca llegarías.

-Gracias. Tal vez consiga bajar los dos kilos y medio que me has hecho aumentar.

-No te quedan mal. Y transmítele mis recuerdos a tu madre.

-Lo haré.

Con un suspiro, Bess le acarició la mejilla.

-Y vuelve pronto, muchacha.

-Lo haré. -Se volvió cegada por las lágrimas y miró a Willa-. Bueno -consiguió decir-, ha sido toda una aventura.

-Por supuesto. -Con los pulgares metidos en los bolsillos delanteros del pantalón, Willa bajó el resto de la escalera-. Podrías escribir acerca de todo lo que pasó. -Lo haré, en parte. -Tragó con fuerza para recuperar la voz-. Y trata de no meterte en problemas.

Willa alzó una ceja.

-Te podría decir lo mismo a ti, que te encaminas a la ciudad grande y malvada.

-Es mi ciudad. Te mandaré una postal para que puedas ver lo que es el verdadero mundo.

-No dejes de hacerlo.

-Bueno -se volvió-, ¡demonios! -Le tiró la canasta a Nate y se volvió para caer en los brazos abiertos de Willa-. ¡Maldita sea! Realmente te echaré de menos.

-Yo también -contestó Willa, abrazándola con más fuerza, casi aferrándose a ella-. Llámanos.

-Lo haré, lo haré. ¡Dios! De vez en cuando ponte un poco de carmín en los labios, ¿quieres? Y usa en las manos la loción que te dejé para que no se te conviertan en lija.

-Te quiero.

-¡Oh, Dios, tengo que irme! -Llorando a lágrima viva, Tess se encaminó al jeep a tropezones-. Ve a castrar un ternero o algo así.

-Era lo que pensaba hacer. -Willa lanzó un suspiro entrecortado, sacó el pañuelo y se sonó la nariz en el momento en que el jeep arrancaba-. Adiós, Hollywood.

Cuando facturó las maletas en la terminal, Tess estaba segura de haber recuperado la compostura. Una hora entera de llanto es bastante para cualquiera, pensó, y Nate fue lo suficientemente generoso como para permitirle que se desahogara.

-No es necesario que me acompañes a la puerta de embarque. Pero él no le soltó la mano.

-No tengo inconveniente en acompañarte.

-Nos mantendremos en contacto.

-Te consta que yo lo haré.

-Me gustaría que volaras a Hollywood para pasar allí un fin de semana y dejar que te muestre la ciudad.

-Tal vez lo haga.

«Bueno, no cabe duda de que él me está facilitando la situación», pensó Tess. ¡Era todo tan fácil! El año acababa de terminar y ella tenía lo que quería. Ahora debía volver a su vida. Que era lo que deseaba.

-Debes mantenerme al tanto de todos los chismes. Háblame de Will y de Lily. Las echaré de menos muchísimo.

Miró a su alrededor. La terminal estaba llena de gente ocupada que iba y venía. Deseó con desesperación experimentar su habitual excitación ante la perspectiva de volar.

-No quiero que esperes. -Se obligó a mirarlo. A hundir los ojos en esos ojos pacientes-. Ya nos hemos despedido. Esto solo lo hace más difícil.

-No podría ser más difícil. -Le apoyó las manos sobre los hombros, las bajó por sus brazos y las volvió a subir-. Te quiero, Tess. Para mí, eres la primera y la única mujer. Quédate. Cástate conmigo.

-Nate, yo... -Yo también te amo. ¡Oh, Dios!, pensó-. Tengo que irme. Sabes que debo irme. Mi trabajo, mi carrera. Esto solo fue algo pasajero. Ambos lo sabíamos.

-Las cosas cambian. -Como podía leerle los pensamientos ene! rostro, la sacudió con suavidad-. No puedes mirarme a los ojos y decirme que no estás enamorada de mí, Tess. Cada vez que quieres decir que no es así, apartas la vista y no dices nada.

-Debo irme. Perderé el avión. -Se volvió y salió corriendo.

Sabía lo que hacía. Lo sabía perfectamente. Pasó presurosa una puerta tras otra mientras se lo repetía. ¿Cómo iba a vivir en un rancho de caballos en Montana? Debía pensar en su carrera. En ese momento, su ordenador portátil chocó contra su cadera. Debía comenzar un nuevo guión y trabajar en una novela. Su lugar estaba en Los Ángeles.

Lanzó una maldición, se volvió y corrió hacia atrás empujando a los que iban en dirección contraria.

-¡Nate! -Vio su sombrero en la escalera mecánica descendente, y aligeró el paso-. ¡Espera un minuto, Nate!

El ya estaba abajo cuando Tess lo alcanzó. Se detuvo frente a él, sin aliento y con una mano apretada sobre el corazón que pugnaba por salirse del pecho. Lo miró a los ojos.

-No estoy enamorada de ti -dijo, sin parpadear y mirándolo a los ojos. Observó que él entrecerraba los suyos-. ¿Lo comprendes por fin? Soy capaz de mirarte a los ojos y mentir.

Y lanzando una carcajada, se arrojó a sus brazos.

-¡Oh, qué diablos! Puedo trabajar en cualquier parte.

Nate la besó y la depositó en el suelo.

-Muy bien. Volvamos a casa.

-Mis maletas.

-Ya volverán. -Tess miró por encima del hombro y se despidió espiritualmente de Los Ángeles.

-No pareces demasiado sorprendido.

-No lo estoy. -La alzó y luego giró haciéndola trazar un círculo por el aire-. Soy paciente.

Ben encontró a Willa arreglando el alambrado que separaba Three Rocks y Mercy. Al verla, comprendió que él debería estar haciendo lo mismo. Sin embargo, desmontó y se le acercó.

-¿Necesitas que te eche una mano?

-No, la tengo.

-Me preguntaba cómo está Ham.

-Es un oso gruñón. Yo diría que está muy bien.

-Me alegro. Déjame hacer eso.

-Sé estirar alambrados.

-Pero te pido que me dejes hacerlo por ti. -Le arrancó el alambre de la mano.

Willa dio un paso atrás y puso los brazos en jarras.

-Has estado viniendo muy a menudo y tratando de ayudarme. Eso debe terminar.

-¿Por qué?

-Debes preocuparte por tus propias tierras. Yo sé dirigir Mercy.

-Diriges todo ¡maldita sea! -se quejó él.

-El plazo que establecía el testamento se ha cumplido, Ben. Ya no es necesario que andes supervisando lo que hacemos aquí.

Ben la miró con expresión poco amistosa.

-¿Crees que de eso se trata?

-No sé. Últimamente no he notado que te interese otra cosa.

-¿Y eso qué quiere decir?

-Lo que dije. Durante las últimas semanas no has tenido interés en visitar mi cama con regularidad.

-He estado ocupado.

-Bueno, ahora la que está ocupada soy yo, de manera que ve a tender tu propio alambre.

Ben se plantó con las piernas abiertas, en una posición muy parecida a la de ella y se enfrentaron, poste por medio.

-Este alambrado es tanto mío como tuyo.

-Entonces deberías revisarlo, como lo hago yo.

Ben arrojó el alambre al suelo entre ellos, como un límite que los separaba, que separaba sus tierras.

-Muy bien, si quieres saber lo que me pasa, te lo diré. -Sacó del bolsillo dos delgados pendientes de oro y se los entregó.

-¡Ah! -exclamó ella, mirándolos-. Los había olvidado.

-Pero yo no. -Los había guardado, solo Dios sabía por qué. Cada vez que los miraba volvía a revivir esa noche, la oscuridad, el miedo. Y cada vez que miraba a Willa, se preguntaba si la habría encontrado a tiempo si ella no hubiese sido tan inteligente, tan fuerte como para dejar un rastro.

-Así que encontraste mis pendientes. -Se los metió en el bolsillo.

-Sí, los encontré. Y trepé ese risco mientras le oía gritarte. Le vi apretando el cuchillo contra tu cuello. Vi correr un hilo de sangre por tu piel donde te pinchó.

En un movimiento instintivo, Willa se llevó una mano al cuello. Algunas veces todavía le parecía sentir allí el cuchillo, la punta del cuchillo que su padre había puesto en manos de un asesino.

-Ya terminó -contestó ella-. No me gusta demasiado volver a ese lugar.

-Yo he vuelto muchas veces. Puedo ver los relámpagos, tus ojos a la luz de esos relámpagos cuando supiste lo que pensaba hacer. Cuando confiaste en mí y me permitiste hacerlo.

Recordó que ella ni siquiera cerró los ojos. Los mantuvo abiertos, serenos, mientras le miraba apretar el gatillo.

-Le metí una hala en la cabeza a un hombre que estaba apenas a quince centímetros de tu cara. Me ha hecho pasar algunos malos momentos.

-Lo siento. -Trató de coger la mano de Ben, pero dejó caer la suya cuando él retrocedió, como si quisiera quedarse en sus propias tierras-. Mataste a alguien por mí. Comprendo que eso haya modificado tus sentimientos.

-No se trata de eso. Bueno, tal vez sí. Tal vez esa sea la causa. -Se volvió, caminó unos pasos, miró el cielo-. De todos modos, quizá siempre haya estado allí.

-Entonces está bien. -Le alegró que Ben estuviera de espaldas para que no viera que tuvo que cerrar los ojos con fuerza, apretar los labios para no sollozar-. Comprendo y estoy agradecida. No hay ninguna necesidad de hacer que esta situación sea difícil para ninguno de los dos.

-¿Difícil? ¡Diablos, eso ni siquiera se acerca a lo que siento! -Metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y contempló el largo alambrado. «Es lo único que nos separa. Unos rollos de alambre de púas», pensó-. Me has estado provocando frustraciones durante casi toda la vida.

-Estás pisando mis tierras -contestó ella, herida.

-Creo que te conozco mejor que nadie. Conozco muy bien tus defectos. Y tienes un montón de defectos. Eres terca, malhumorada, exasperante. Eres inteligente, aunque tus impulsos siempre pueden más que tu cerebro. Pero conocer tus defectos no es más que la mitad de la batalla.

Willa le pegó una patada, lo bastante fuerte como para hacerlo trastabillar y caer contra su caballo. Ben recogió el sombrero que se le acababa de caer al suelo, lo limpió contra la pierna de los vaqueros y se volvió.

-Bueno, podría luchar contigo por lo que acabas de hacer, y lo más probable sería que terminara en otra cosa.

-Inténtalo.

-Verás: eso es lo peor de todo. -La señaló con un dedo-. Esa mirada, la que tienes en este momento. Cuando lo pienso a fondo, eso es lo que lo provocó.

-¿Qué provocó?

-Que me enamorara de ti.

Ella dejó caer el martillo que había levantado para pegarle.

-¿Qué?

-Supongo que debes haber oído lo que te dije. Tienes oídos tan agudos como los de un maldito gato salvaje. -Se rascó el mentón y volvió a ponerse el sombrero-. Creo que vas a tener que casarte conmigo, Willa. No le veo otra salida. Y créeme que la he estado buscando.

-¿Ah, sí? -Se inclinó, volvió a recoger el martillo y palmeó con ella palma de su propia mano-. ¿Es lo que has hecho?

-Sí. -Miró el martillo y sonrió. No creía que lo usara. Y si lo llegaba a intentar, era bastante rápido como para evitar que lo golpeará-. Si existiera, habría encontrado una salida. ¿Sabes? -agregó acercándosele pero dando un rodeo-. Creí que te quería como distracción, porque eras tan distinta a mí, casi lo opuesto a lo que soy yo. Después, cuando ya te tuve, decidí que seguía queriéndote porque no sabía durante cuánto tiempo te conservaría.

-Sigue acercándote -dijo ella con frialdad-, y tendrás un agujero en la cabeza.

El se le siguió acercando.

-Después no pude menos que preguntarme por qué nadie me había atraído tanto como me atraes tú. Ni me hacía añorarla a los cinco minutos de separarnos, como te añoro a ti. Cuando estuviste en peligro, me enloquecí. Y ahora que estás a salvo, considero que la única manera de llevar esta situación es casándome contigo.

-¿Esa es tu idea de una propuesta de matrimonio?

-Nunca te habrán hecho una mejor. Y con tu actitud tan llena de púas, tampoco creo que te la hagan. -Le quitó el martillo de la mano y lo arrojó al otro lado del alambrado-. No tiene sentido que digas que no, Will. Estoy decidido.

-Eso es lo que estoy diciendo. No -contestó ella con los brazos cruzados sobre el pecho-. Hasta que reciba una proposición mejor.

Ben lanzó un profundo suspiro. Temía que la cosa llegara a ese punto.

-Está bien, entonces. Te amo. Quiero que te cases conmigo. No puedo vivir sin ti. ¿Eso te basta?

-Es un poco mejor. -Tenía el corazón tan lleno que le sorprendió que no se le desbordara-. ¿Dónde está el anillo?

-¿Anillo? ¡Por amor de Dios, Will! Yo no ando recorriendo alambrados con un anillo en el bolsillo. -Se echó atrás el sombrero perplejo-. De todos modos, nunca usas anillos.

-Pero usaré el que tú me des.

Ben abrió la boca para quejarse, la volvió a cerrar y sonrió.

-¿Lo dices en serio?

-Lo digo en serio. ¡Maldición, Ben! ¿Por qué tardaste tanto?

Pasó por encima del alambrado y se echó en sus brazos.